



EL PUENTE DE FAIRMONT HILL

RAFA G. CATALA

A Emma y a Nora

Es la lluvia la que me mueve, las distintas miradas que robo cuando soy capaz de imaginar una vida anónima. Sentarme frente a un cristal empapado por la tormenta me abstrae del mundanal abismo que día tras día se abre camino.

Cuando miro unos instantes la capacidad de las personas para mimetizarse con los personajes, de darles vida y dotarles de ingenio, caigo rendido a los pies de aquellos que gentilmente han cubierto el mundo en el que vivimos de historias que perduraran más allá del paso del tiempo.

No podía haber conseguido llevar a cabo este relato sin haber conocido a Oliver, a Gabriela, a David y a Hana, en los que me inspiré para desarrollar a los protagonistas. Del mismo modo, he de dar las gracias a mi familia, mis amigos, alumnos y a la ayuda de Vicen, Sonia y David, que pasaron largas horas a mi lado.

CAPITULO I

Son esos los momentos en los que te das cuenta de que las malas personas pueden hacer que las buenas, dejen de serlo.

Martes, 18 Octubre 1983. Nueva York

Nueva York siempre será la ciudad que nunca duerme. Los majestuosos atardeceres siempre dan paso a los llamativos neones que atesoran las calles. Incluso con la lluvia, los colores se hacen mucho más intensos. Me desperté aquella noche recordando uno de los momentos que marcaron mi vida.

Estaba sudando. Me sobresalté. No dejaba de llover, justo como esa noche. La lluvia repiqueteaba contra los cristales de las ventanas. Me levanté y observé durante unos instantes el inexistente tráfico por Greenwich Village a las cuatro de la madrugada. Helena seguía durmiendo.

Bajé al salón y me dirigí al sillón que estaba frente a la ventana del porche. Me senté contemplando la tormenta. Me gustaba ver como las luces de la calle dejaban distinguir la rapidez con la que el agua caía. Cerré los ojos y regresé a aquella noche.

Tenía 15 años y era la primera vez que veía a alguien intentando quitarse la vida. Al principio no comprendí bien lo que estaba viendo. Caminaba por el sendero pegado a las vías del tren, con las zapatillas embarradas y arrastrando mi bicicleta con las dos ruedas pinchadas. Ese era mi sino, ser el nuevo en el pueblo y convertirme en el blanco de los gamberros de la zona.

Me detuve cuando vi a un chico en lo alto del puente. Llevaba unos vaqueros y una camiseta. Estaba totalmente empapado, lamentándose, intentando aguantar el equilibrio. No sabía ni qué decir. El chico miraba hacia abajo, parecía que quería saltar pero no se atrevía. Se mantenía quieto, expectante, asustado. Vi a un lado del camino una pequeña y destartalada camioneta con la puerta abierta. Era del padre de Oliver Kenner. Fue entonces cuando reconocí a Oliver.

Le grité. Grité fuertemente porque sabía que no me oiría por la lluvia. Solté mi bicicleta y corrí hacia uno de los pilares metálicos oxidados sobre los que se alzaba el puente de Fairmont Hill. Corrí hasta donde él estaba y me miró. Apenas podía mantenerse en pie.

—¡Baja! ¡Baja de ahí!—echó un último vistazo hacia abajo. Un río tranquilo que dejaba de estar en calma golpeado incesantemente por incansables gotas de lluvia. Bajó. Dio un salto y cayó al suelo.

Quedó de rodillas a mi lado, continuó llorando, desconsolado. No sabía qué hacer. Nunca me había imaginado tal situación. Solamente era un niño, y bueno, también Oliver. Creo que él tenía 17 años, o aún no los había cumplido. Aún así, encontrarme de aquella forma al chico más popular del instituto, fue todo un shock.

Me acerqué hasta que casi podía tocarle sin saber qué decir y cuando estuve a tan sólo dos palmos de su cara se agarró a mí con fuerza, llorando sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Continuó con ese llanto desgarrador sin querer detenerse. No quise moverme, no podía. Coloqué mi mano sobre su cabello empapado e intenté tranquilizarle.

¿Qué o quién puede en el mundo hacer que un chico tan joven quiera desaparecer? No llegaba a entenderlo.

Domingo, 4 Marzo. 1959 Fairmont, Indiana.

1959 no estaba tan mal. Eisenhower era presidente, algo que desquiciaba a mí padre. Indiana no parecía que tuviera mala pinta, y mucho menos aquel pueblecito de unos 3000 habitantes.

Vivir en pequeños lugares me gustaba. Prefería eso a las grandes ciudades. Allí al menos podía ir en bici por las montañas, bañarme en los ríos y jugar con los animales, que era a lo que aspiraba a mi edad. Lo peor era que tu padre fuera profesor en tu instituto. Eso no gustaba demasiado a los demás chicos. Mejor dicho, no les gustaba nada.

Hacía sol cuando llegamos. Yo asomaba la cabeza por la ventanilla, mientras el sol intentaba cegarme cuando miraba a un lado y a otro. Escuchábamos una canción de los Everly Brothers que sonaba en la radio. Me gustaba esa vida en la que apenas tenía que preocuparme por nada. Fueron unos años duros en los que tuve que crecer más rápido de lo normal pero ahora volvía a ser aquel niño.

Nos trasladábamos desde un pequeño pueblecito cerca de Des Moines, Iowa. Un lugar sin apenas trascendencia para mí, un punto de tránsito entre una dura vida anterior y una en la que ahora iba a encontrarme. Desde que murió mi madre, mi padre se había convertido en alguien excesivamente protector y lo agradecía. Siempre estaba ahí cuando lo necesitaba, pero aún era muy joven para entender a qué se debía esa preocupación. Eso llegaría a entenderlo con el paso de los años.

La casa no estaba mal. Demasiado grande quizás para dos personas. Tres habitaciones y un baño arriba, comedor, cocina, sala de estar, un pequeño despacho para mi padre en la planta inferior, y un sótano. Cuando llegamos, mi padre distribuyó todo lo de la mudanza por las habitaciones y

me dejó campar a mis anchas por la casa y los alrededores.

Di una vuelta por el barrio con mi bici. Recorrí Maverly Street, nuestra calle. Eché un vistazo a las casas de alrededor. Parecía un barrio normal, aunque con demasiada tranquilidad. Detrás de mi casa se extendía una inmensa vegetación que se perdía entre bosques y montañas. Perfecto para mí. Sólo quería jugar y divertirme. Ahora sólo necesitaba tener amigos.

Aquel domingo no encontré a ningún niño de mi edad cerca de mi casa. Tenía ganas de conocer a otros chicos al día siguiente en el instituto.

Lunes, 5 Marzo 1959

Llegué al instituto con mi padre en su coche. Prefería no ir con él e ir en bici o en el autobús como los demás, pero mi padre se negó. Eso era lo malo, que quería que fuese con él siempre a todas partes. Sencillamente quería ser uno más, que no me vieran con el nuevo profesor de literatura. Sabía que si iba por ese camino, no me iban a ir bien las cosas. Ya había pasado por ahí otras veces. Sé de lo que hablo.

Mi padre se encargó de darme mi horario, la llave de la taquilla y todo lo que necesitaba durante mi primer día. Tan pronto como pude lo despisté y me perdí entre los pasillos buscando mi primera clase.

Entré en el aula y todas las cabezas se volvieron hacia mí. Chicos y chicas de mi edad que me miraban como si fuera un bicho raro. No sabía donde sentarme. Estaba allí de pie, con mis zapatos nuevos, mi pantalón y mi camisa. Impoluto. De repente, alguien me dio una colleja. Pasaron por delante de mí, riéndose, tres chicos que parecían más mayores que yo. Me llevé la mano a la nuca. Los tres se dieron la vuelta y me miraron continuando con sus burlas. Esa fue la primera imagen que tengo de Oliver Kenner en compañía de sus inseparables Michael Simmons y Mark Hartley.

No presté atención a lo que dijeron o murmuraron. Entró en ese momento el Señor Hodges, el profesor de matemáticas. Una vez todos se sentaron en sus sitios, vi que había dos huecos hacia el final de la clase así que fui y me senté en uno de ellos. El profesor echó un vistazo y sonriente, me miró.

—Señor Hamilton por favor, póngase en pie y preséntese a sus compañeros—me quería morir de vergüenza. Siempre igual. Escuchaba las risas de muchos de los chicos y algún que otro insulto inaudible para el señor Hodges.

Después de mi intervención y sin mencionar que mi padre daba clases allí, las cosas parecieron calmarse. Aguanté el resto del día como pude. Nadie hablaba conmigo, parecía un fantasma. Era el nuevo y lo seguiría siendo durante aquellas primeras semanas o al menos hasta que otro llegara.

Durante el almuerzo aquel primer día tuve otro incidente con Mark Hartley en compañía de sus amigos. Mientras buscaba un sitio para sentarme en la cantina llevando la bandeja en mis manos, tropezó a propósito conmigo, empujándola con fuerza contra mi pecho haciendo que toda la comida manchara mi ropa y cayera al suelo provocando un fuerte ruido. Todo el mundo se volvió hacia nosotros. Las carcajadas fueron inevitables. Salí de allí enfadado, sin mirar atrás, entre risas y murmullos.

Me senté en las escaleras cerca del gimnasio. Tenía ganas de llorar, pero no lo hice. Quería ser un chico fuerte, dejar atrás las malas experiencias de otros institutos, pero parecía que no me iban a dejar tranquilo. Se acercó entonces hacia mí una niña de mi clase de Historia, Carolyn Wilkes.

—No hagas caso. Son unos idiotas—me dijo sujetando unos libros entre sus manos. Levanté la cabeza y la miré. Intenté sonreír, pero no tenía ganas.

—Siempre es lo mismo. Soy el nuevo en todos los sitios, las cosas no cambian.

—Kenner y los demás son unos idiotas. Se creen los reyes del instituto.

—En todos los institutos tienen que haber idiotas. Ojalá las cosas fueran diferentes.

—Tranquilo que las cosas se arreglarán—sonrió mientras continuaba caminando escaleras arriba.

De camino a casa, mi padre me echó el sermón del siglo diciéndome que tenía que ser más cuidadoso, fijarme dónde pisaba y no ser tan torpe. Por supuesto que no le dije lo que me ocurrió en realidad. Me limité a contarle

que tropecé. Llegamos a Maverly. Pude ver dos casas más allá, en el porche, a Oliver Kenner. Hablaba con un perro, un pequeño beagle que correteaba a su alrededor con una vieja pelota entre los dientes. Me miró detenidamente desde el momento en el que salí del coche. Vaya mala suerte tenía. Si esa era su casa la mala racha seguía persiguiéndome a través de Fairmont.

Mi casa se encontraba al final de la calle, a las afueras del pueblo, en un vecindario tranquilo. Tan sólo había tres casas habitadas; la mía, la de los Kenner y otra en medio de las dos. Había que andar un buen trecho para encontrar a los siguientes vecinos. Me contó mi padre que todas aquellas casas deshabitadas siempre habían estado ocupadas por temporeros que venían a la cosecha del maíz de Louis Wittrock, pero tras su muerte, sus hijos no supieron mantener la empresa a flote y se fue a pique.

Mucha gente abandonó el pueblo y el alcalde trató de traer a Fairmont a cientos de familias de todo el estado con anuncios en prensa, principalmente y también a través de la radio. Era una medida que tomó el Ayuntamiento para preservar la población y hacer que creciera. Intentaba ocupar parte de las casas vacías, pero las de las afueras eran las más complicadas de volver a habitar. Mi padre, en cambio, prefería éstas por su tranquilidad. Le gustaba la calma para concentrarse con su escritura y sus trabajos, además de la libertad y la naturaleza que teníamos justo detrás de la casa alejados del bullicio del centro del pueblo.

Mi padre seguía hablando mientras salíamos del coche. No sé lo que me estaba diciendo. La mitad de veces apenas le prestaba atención. Le encantaba contarme mil y una historias que permanecían en mi cabeza tan sólo unos instantes. Kenner no apartaba sus ojos de mí. Me intrigaba la forma en la que miraba. Subí a mi habitación. Desde allí se podía ver su porche. Vi que continuaba allí. Alguien lo llamó desde el interior de su casa y desapareció.

Todavía tenía la habitación llena de cajas. Habían colocado las dos camas, la mesa, las dos sillas y la estantería, pero todo lo demás tenía que hacerlo yo. Odiaba esa parte de las mudanzas. Mi padre me había dicho que no saldría de casa hasta que no estuviera todo en su sitio, así que me di una ducha y pasé la tarde colocando mis cómics, sobre todo ordenando los ejemplares de la serie *Mundos Extraños*. Me encantaba la ciencia-ficción.

Estos los tenía en una caja especial. Las demás revistas y libros los puse en los estantes y mi ropa en los armarios empotrados.

Hacia las siete, el sol comenzaba a caer. No recuerdo haber visto antes ocasos como los de Fairmont. Me dijo mi padre que solía llover mucho en la zona, y que por eso, los atardeceres cuando había sol, eran espectaculares.

Bajé a la calle. No tenía hambre así que no quise cenar. Estuve sentado un buen rato en las escaleras de la entrada con mi bicicleta tirada a un lado. Apenas había movimiento por el barrio. Vi como se acercaba hacia mí una chica de mi edad aproximadamente montada en su bicicleta. No la había visto en el colegio así que me preguntaba quién sería. Por sus ropas, más parecía tratarse de un chico. Si no hubiera sido por su pelo castaño y largo y las delicadas facciones de su rostro seguramente la hubiera confundido. Se detuvo a un palmo de mi escalera sin que apenas pudiera reaccionar por decirle algo.

—¿Tú eres el nuevo?—me preguntó descaradamente sin siquiera bajar de su bici. No le respondí—¿Qué pasa que no sabes hablar?

—Sí que sé hablar. ¿Quién eres tú?

—Soy Emily. Vivo ahí al lado—dijo señalando la casa que había entre la de Kenner y la mía—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Nick.

—¿Nicky o Nicholas?

—No, Nick.

—Nicky—bromeó con un jocosos atrevimiento.

—Milly, me parece que así no vamos a ir bien—le sonreí de la misma forma, pero no pareció gustarle demasiado.

—Nick, tu ganas.

Dejó la bici a un lado y se sentó conmigo en las escaleras. Estaba resplandeciente con aquella luz. Jamás había visto una chica igual. Era preciosa. No sabía qué decirle.

—¿Y de dónde vienes? ¿Tienes hermanos? ¿Cuántos años tienes?—

¡Madre mía, apenas me dejaba respirar!. Me interrogó durante un buen rato. Quería saber todo sobre mi vida anterior a Fairmont, mis hobbies, mi familia... sólo se calló cuando me preguntó por mi madre y le conté que murió de cáncer el año pasado. Fue un silencio algo incómodo, pero lo aproveché para averiguar cosas sobre el pueblo. Era algo que ya había asimilado así que para mí no fue demasiado embarazoso.

—¿Conoces a Kenner?—miré hacia la casa del chico. Ella volvió la cabeza hacia allí también.

—¿Oliver? Es un idiota.

Según me contó Emily, Oliver era el típico chico popular del instituto. Todas las chicas estaban locas por él exceptuándola casualmente a ella. Su padre fue condecorado tras la Guerra de Corea y en el pueblo se convirtió en una especie de héroe nacional. Me contó que le recibieron con un desfile y una gran fiesta. Antes de la guerra parecían la familia perfecta, pero tiempo después todo cambió. Sólo se escuchaban gritos y discusiones. Su padre se volvió alcohólico y Oliver también cambió. Se convirtió en un idiota. Pero todo eso eran las elucubraciones de mi vecina chismosa.

—¿De qué te ríes?.

—No, de nada, me hace gracia como cuentas las cosas.

Estuvimos hablando durante un buen rato hasta que mi padre, sin saber que estaba allí afuera me llamó. Me despedí amablemente de mi nueva amiga y ella se dirigió hacia la casa de al lado.

Mi padre había contratado a una chica de color, Rose, para que nos ayudara con la mudanza y sobre todo con la cocina y demás tareas domésticas. Era una mujer joven, tendría unos 25 años y desde el momento que la vi me di cuenta que su sonrisa nunca abandonaba su rostro fuera cual fuera la situación. Me dijo mi padre que se la recomendó el director del instituto, ya que era hija de la mujer que trabajaba en su casa.

Mis primeros días en Fairmont, a excepción de los encontronazos que tuve con Kenner y sus amigos, fueron envidiables. Los mejores que pase en ningún otro pueblo anteriormente. Me gustaba ir en bici con Emily. Cada día después del instituto me llevaba a sitios increíbles perdidos en el valle. Ríos,

lagos, fascinantes salientes rocosos desde los que se veía kilómetros y kilómetros a la redonda. Me encantaba aquel lugar.

Martes, 18 Octubre. Nueva York. 1983.

¿Por dónde empiezo? Nací, crecí... Sencillamente fui alguien que tuvo una infancia diferente, con una educación distinta al resto de los chicos de mi edad. Tengo cuarenta años, vivo en Nueva York y considero que la vida me ha tratado bien.

Si tuviera que ponerme a recordar cuales son los momentos que marcaron mi vida debería hablar de cómo la ausencia de mi madre me impactó, de aquella noche en Fairmont Hill y lo que aconteció durante los siguientes meses; de la relación tan sobreprotectora de mi padre para conmigo, de Nueva York y lo que cambió mi vida tras Indiana; de escribir “Las Tormentas del ayer”, de Helena.

Me paro a pensar por un instante cómo de intensas son las experiencias que vivimos, cómo de fuertes pueden convertirse las amistades que creamos y en lo que nos convertimos. Añoro cosas que se fueron, imagino que como cualquiera hace, pero intento sonreírle al futuro.

Quizás a lo largo de esta historia uno no llegue a conocerme enteramente o se quede confundido con mi forma de pensar o actuar, pero tan sólo puedo decir que somos únicos. Siempre tendremos algo que nos hará diferentes, y que de alguna manera nos llevará a crear nuestro propio camino.

Eso fue aquel lugar para mí. Un punto sin retorno. Me convertí en alguien. Una persona capaz de querer de forma diferente, de aferrarme a los problemas de los demás como si fueran míos, intentando ayudar, tratando de hacer de mi mundo algo mejor. Tal vez eso lo aprendí de mi madre sin siquiera saberlo.

No sé si las cosas pasan por alguna razón, pero la pasada noche soñé con Oliver Kenner y esta mañana, el cartero me ha entregado una carta de Emily Matthews. Dios mío, hacía años que no sabía nada de ella. Cuando la vi entre todas las facturas y publicidad variada deseché el resto. La cogí y me senté frente a mi café.

Helena se había marchado temprano, supongo que estaría hasta las 5 en la revista en la que trabajaba. Yo había decidido tomarme esa semana de descanso. Llevaba un mes postergando el comienzo de mi nuevo trabajo pero seguía bloqueado. Tal vez las coincidencias no sean simplemente coincidencias.

Cogí un cuchillo que había por allí encima y abrí el sobre. Dentro había dos recortes de periódico de hacia unas semanas acompañando a la carta. Leí los titulares: **“El cadáver de Joseph Kenner aparece veinte años después de su desaparición”**. Derramé el café sobre la mesa. Lo limpié con un trapo, intentando no manchar la carta, y volví a coger los recortes. Me llevé las manos a la cabeza.

De inmediato, volví a sumergirme veinticuatro años atrás, a recordar lo que me despertó la pasada noche, a Oliver. Volví a revivir todo aquel infierno.

Me acerqué a mi sillón favorito. Las nubes no habían dejado pasar la tormenta de anoche y persistía, aunque débil, la lluvia. Intenté centrarme en lo que Emily me había escrito.

Querido Nick,

¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! Sé que no tengo perdón, y que hace más de cinco años que no hablamos, pero me sentía obligada a escribirte después de los últimos acontecimientos en Fairmont.

Como habrás podido leer en los recortes que te he enviado, han aparecido los restos del padre de Oliver en el bosque que había detrás de nuestras casas. Ha sido algo demasiado escandaloso para un pueblo como éste, ya sabes de lo que hablo. Fairmont siempre seguirá siendo Fairmont, pero aunque hayan pasado

veinticuatro años, parece que aquí todo siga igual.

Hace unas semanas unos chicos acamparon en la zona del bosque donde nosotros solíamos ir a bañarnos, ¿te acuerdas? Pues estuvieron cavando una zanja para gastarle una broma a uno de ellos y encontraron restos humanos. Llamaron a la policía y tras analizarlos se confirmó que eran los de Joseph Kenner. Imagínate lo que ha sucedido en el pueblo, ha sido caótico. Prensa de otras ciudades, la policía, el FBI... ¡se trataba del héroe de Fairmont.!

No podía quitarme a Oliver de la cabeza mientras seguía leyendo aquellas palabras. No puedo evitar pensar en la noche sobre el puente de Fairmont Hill. Tragué toda la saliva que pude y continué leyendo.

Sé que no tengo derecho a pedirte nada Nick, pero me gustaría que vinieras a Fairmont. Me gustaría que nos viéramos y hablar de lo que ocurrió cuando desapareció Joseph. Sé que posiblemente tendrás tus cosas, tu trabajo y no vas a tener tiempo para venir pero me gustaría que lo pensaras.

He intentado localizar a Oliver pero ha sido imposible. Su madre y su hermano siguen en el pueblo, ya sabes que la gente de aquí pertenece aquí, sólo nosotros éramos los únicos que podíamos romper con

esas tradiciones, pero al final fuiste tú quien lo consiguió. Y Oliver, claro.

¿Cómo está tu padre? ¿Sigue dando charlas de literatura? Me encantaría volver a verlo. Ojalá pudiera ir yo a verte, pero con los niños, el periódico y con Jeff sin trabajo es totalmente imposible.

Sé que mientras lees esto te estarás planteando si venir o no, te conozco muy bien, en eso no cambiarás nunca, pero si no fuera necesario no te lo pediría. Hay cosas de las que tenemos que hablar Nick.

PD. Cuando leas esto, llámame al periódico. (504) 896-8754 o bien, si no me localizas ahí, en casa (504) 896-7346. No he querido llamarte porque prefería que vieras los recortes y decidieras por ti mismo.

Emily.

Me levanté del sillón. No sabía qué hacer. Comencé a dar vueltas alrededor del salón pero sólo podía ver la cara de Oliver, sólo podía pensar en él. Fui directamente hasta mi estudio. Me senté en la silla y abrí el cajón central de la mesa donde estaba mi máquina de escribir. Saqué del fondo un manojo de cartas atadas con un cordel. Eran suyas. Estuve carteándome con él durante años, hasta que un día, sin más, dejamos de hacerlo. Pereza quizás, no sé. Ni él ni yo volvimos a decirnos nada, aún así, recuerdo que en una de las cartas dejó un número de teléfono.

Estuve revisando las últimas, y lo encontré. Estaba en Baltimore, no

muy lejos de Nueva York, si lo comparaba con Fairmont. Levanté el auricular del teléfono de mi mesa y marqué decidido ese número. Tras unos segundos de espera, dio línea. Creo que no había estado más nervioso en mi vida, o al menos, no desde 1959.

—¿Hola?

—¿Oliver?

— Sí, ¿quién es?

—Soy Nick, Oliver. Soy Nick Hamilton—durante unos segundos tan sólo podía sentirse el silencio—¿Oliver?—le costó responder nuevamente, pero lo hizo.

—Nick, no puedo hablar ahora mismo. Estoy, en mitad, de...

—Han aparecido los restos de tu padre, Oliver. En Fairmont. Tengo que hablar contigo.

No respondió. Se cortó la comunicación y no me volvió a llamar, ni yo lo intenté de nuevo, pero sé que lo escuchó. Sé que lo hizo.

Por lo que sabía de él, se marchó del pueblo al poco de mudarnos nosotros. No fue fácil. A mí me costó, pero al fin y al cabo tenía a mi padre conmigo. Para él fue devastador. Dejamos Fairmont en el 61, y él se marchó unos meses después. Estuvimos muy unidos. Desde que desapareció su padre pasaba poco por su casa. El justo para cuidar de su hermano cuando su madre trabajaba. Él no quería verla, no quería volver a mirarla a la cara, el pequeño Robert era lo único que le vinculaba a esa familia. Se sentía incapaz de volver a vivir entre esas cuatro paredes, así que tras la desaparición de su padre, se mudó a nuestra casa al principio y poco a poco fue eligiendo su camino.

A mi padre le encantaba tenerlo por casa, decía que quería inspirarse en él para un personaje de su próxima novela y creo que Oliver vio en él al padre que realmente hubiera deseado tener, y en mí, a un buen amigo. Yo en cambio vi un hermano. Le aterraba perder el cariño de su hermano pequeño, pero cada vez le resultaba más difícil pasar más de dos minutos con su madre en la misma habitación. Era demasiado duro para un chico tan joven tener que lidiar con todo aquello.

Sí, sé que puede resultar chocante que dos personas adquieran una

amistad tan fuerte en un lapso de tiempo tan corto pero sencillamente fue así. No sé explicarlo de otra forma. Ocurrió. A veces pasas tanto tiempo con alguien que ni te planteas cuánto tiempo hace que le conoces o cómo ha surgido esa complicidad, sencillamente sucede, sin que nos planteemos tener que analizar los porqués.

Volví a leer sus cartas una por una. Vivía en Baltimore con una chica, no tenía ningún tipo de relación con nada ni con nadie que le atara a Fairmont. Cuando se marchó lo dejó todo y a todos. No volvieron a saber de él. Ni dirección, ni teléfono. La vida de Oliver cambió radicalmente tras ese año.

Después de hablar con él, llamé a Emily. Estuvimos hablando durante un buen rato. ¡Dios, qué ganas tenía de volver a verla! Aquellos años fueron los mejores de mi infancia. Sé que Fairmont no era el lugar con el que todos soñamos vivir cuando somos adultos, pero esos primeros meses descubriendo la vida a nuestro alrededor, nuestras excursiones, las travesuras, siendo simplemente adolescentes, son los momentos que siempre recordaré.

Los primeros días en Fairmont sentí una carga de inquietudes difícil de explicar. Aquella chica iba a convertirse en uno de mis mayores apoyos en el pueblo. Le gustaba chincharme y tomarme el pelo, prácticamente desde la primera vez en la que detuvo su bicicleta frente a mí. Iba a ser el comienzo de algo bueno. No pude evitar pensar en ello. Me senté en el sofá, al lado de la ventana. Sonreí reviviendo viejos momentos en Fairmont.

Le dije a Emily que hablaría con Helena e intentaría escaparme. El embarazo estaba marchando con normalidad y sólo estaba de tres meses y medio, no creo que le importara si me ausentaba unos días.

En un principio me sentía algo reticente a revivir mi vida en Fairmont. Hacía años que no pensaba en ese lugar. Poco a poco se fue apagando su recuerdo, y cuando la correspondencia con Oliver dejó de llegar, apenas quedó nada. Cuando leí la carta, no tenía demasiadas ganas de enfrentarme nuevamente a los demonios de nadie, ni recordar cosas que podrían volver a hacerme daño, pero Emily cambió todo eso. Su ilusión, las ganas de verme, y el hacerme recordar todo lo bueno que tuvimos hizo que desaparecieran todos mis temores de volver a ser un adolescente.

Nunca le había hablado a Helena de mi vida en Fairmont. Ella sabía que había vivido en varios sitios, y que mi padre y yo estuvimos durante una temporada de aquí para allá, pero poco más. Es una época de la que no he hablado mucho. Las cosas que pasaron entonces quedaron enterradas allí, y realmente nunca me había planteado volver a desenterrarlas.

Pasadas las siete, Helena llegó a casa. Había parado en varias tiendas al salir del trabajo antes de regresar. Le ayudé con las bolsas y le comenté la llamada de Emily. Nos sentamos en el porche a tomar una cerveza y le puse en antecedentes. Tampoco le hablé demasiado. No le conté lo de Oliver, ni los recortes del periódico que me mandó Emily, tan sólo que sería un viaje de unos días a un bonito recuerdo de mi infancia, y que podría ayudarme a desbloquear mi cabeza y continuar con mi siguiente proyecto. Como era de esperar, no puso objeción alguna, incluso me animó a que pasara unos días más si era lo que necesitaba.

Fue instantáneo. Noté como el bloqueo iba desapareciendo en el momento en el que Fairmont regresó a mi cabeza. Comenzaba a respirar. Parecía que en mi cabeza las cosas volvían a fluir. Había tenido algún que otro tropiezo en mi última novela, y quería que la siguiente me devolviera al lugar en el que dejé mi primer trabajo. Era difícil encontrar una buena historia, pero esperaba que aquel pueblo volviera a ayudarme a crecer, como ya lo hizo entonces. Me acababa de sentar a la mesa de la cocina cuando sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien, Helena?

— No. ¿Y tú?—negué con la cabeza.

Se apresuró en dirección al recibidor. Pasaban de las ocho y media. Me levanté yo también y fui hacia la entrada. Helena estaba de pie hablando con alguien, me acerqué detrás de ella y mi sorpresa fue cuando...

—¡Nick!—Oliver atravesó el umbral ante la perplejidad de mi esposa. Me dio un fuerte abrazo.

— ¡Oliver!—Me estrechó con fuerza. Helena cerró la puerta.

— Pasad a la cocina, no os quedéis aquí.

—No ha parado de llover desde que salí de Baltimore—apartó con la

mano las gotas de agua que caían por la solapa de su abrigo.

Entramos en la cocina. Oliver actuaba con normalidad, como si nos hubiéramos visto la semana pasada, como si no hubiera pasado el tiempo. Yo sonreía agradecido por verle, y Helena, en silencio, se preguntaba quién era aquella persona y a qué era debida su inusitada familiaridad.

Oliver se quitó el abrigo y lo dobló, dejándolo sobre el respaldo de una de las tres sillas de la mesa de la cocina.

—Íbamos a cenar ahora. ¿Quieres cenar con nosotros?

— No, muchas gracias—nos sentamos los tres. Aún no sabía qué hacía Oliver allí, ¿cuál era el motivo de su presencia?—Supongo que te preguntarás qué hago aquí. Helena, tú ni siquiera me conoces ¿no?—ella negó con una ligera sonrisa.

—No—sonrió.

—Oliver, vivía conmigo en Fairmont. Era mi mejor amigo, lo que pasa es que perdimos el contacto hace ya unos años. Estuvimos escribiéndonos una temporada pero poco a poco dejamos de hacerlo—no quería explicar demasiado ni que Helena sospechara que alguna cosa le escondía. Metí la pata al decir que era mi mejor amigo y que hacía poco que perdimos el contacto cuando ni siquiera le invité a mi boda. No quise darle más importancia.

—Sí, podría resumirse así.

—Justo Nick me estaba diciendo hace un rato que estaba pensando en ir a Fairmont unos días.

—Bueno, aún no lo tenía del todo claro—.No quería comprometerme a nada. Una cosa es lo que hablé con Emily, y otra bien diferente revivir con Oliver todo lo que pasó. No sabía si estaba preparado para todo eso.

Estuvimos hablando durante un buen rato sobre nuestra infancia en Fairmont. Cuándo nos conocimos, lo diferentes que éramos el uno y el otro... omitimos gran parte de nuestra amistad, de cómo surgió, de lo que nos cambió la vida en aquel pueblo. No era algo que quisiera compartir con Helena, al menos en ese momento. No sabía cómo decírselo sin que le surgieran mil y una preguntas.

Después de tomar un café, Helena se disculpó y prefirió dejarnos solos. Sabía que tendríamos muchísimas cosas de las que hablar y se ausentó.

—Oliver, ¿qué haces aquí?—Mi tono cambió completamente. Me alegraba de verle, pero me sentía forzado a actuar de una forma en la que no estaba cómodo. Aquella pantomima que habíamos protagonizado durante la cena me había molestado en cierta manera.

—Quiero que me acompañes a Fairmont, Nick.

—Yo no sé si estoy preparado para eso.

—¿Por qué no? ¿Por qué me has llamado entonces?—Tenía razón. ¿Por qué le llamé con tanta premura si realmente no quería que viniera? No fue eso lo que me importunó. El problema era que no quería mentirle a Helena, y actuar de esa forma no me pareció correcto.

—No lo sé. Cuando leí la carta de Emily y vi los recortes de periódico...— Oliver me miró extrañado. Claro, no sabía a qué me refería— Espera un segundo—. Subí con rapidez a mi despacho. Abrí uno de los cajones de la mesa, cogí la carta de Emily que había recibido aquella mañana y bajé. Oliver se había sentado en el sillón del comedor en el que me gustaba acomodarme mientras contemplaba la calle.

Su presencia me mostró una habitación totalmente distinta. El sofá dejó de ser confortable. Las ventanas oscurecían un lugar que hasta entonces había sido mágico. Las alfombras persas, las pinturas que consiguió Helena a precio de saldo en un bazar, las novelas que los dos habíamos ido atesorando en las estanterías... toda la calidez se marchó en el momento en el que Fairmont entró de nuevo en mi vida.

—Toma—le entregué la carta. La abrió y la leyó. Examinó palabra por palabra el texto que acompañaba a las imágenes del periódico. Su rostro cambió. Esa simpatía que había traído al cruzar la puerta de mi porche desapareció. Me miró.

—¿Qué piensas Nick? ¿Qué tienes que decirme?

—Nada. No tengo nada que decirte.

—Sé que siempre has pensado que yo tuve la culpa de que mi padre no volviera. Sé que siempre lo has pensado. Nunca me lo has dicho, pero...

—¡Por Dios, Oliver!, ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—¿Te acuerdas de todo lo que pasó?

—¿Crees que alguna vez he podido olvidar algo de lo que ocurrió el año en el que llegué a Fairmont? ¿Crees que no me acuerdo de aquella noche? ¿Lo que estaba pasando cuando te metías por la ventana de mi habitación? ¿Crees que podré olvidar todo eso?—Ya no éramos niños y Oliver, cabizbajo, no supo qué decir. Sus ojos se humedecieron. Salí de la habitación.

—¿A dónde vas?

—A por unas sabanas, ¿dónde te crees que vas a dormir?—me dirigí hacia las escaleras, eché la vista atrás, y le vi esbozando una sonrisa, como años atrás, cuando se marchaba de mi habitación por la ventana.

Al bajar, lo encontré de pie apoyado en el alfeizar de la ventana con la mirada perdida. Dejé las sabanas sobre el sofá, me acerqué a él, y al darse la vuelta le di un fuerte abrazo. Lo necesitaba. Sentía que necesitaba a alguien cerca desde hace no sé cuánto tiempo.

—Nick... No creo que pueda yo sólo.

—No te preocupes. Mañana por la mañana nos vamos a Fairmont.

—¿En serio? ¿Lo has decidido?—Volví a ver al chico ilusionado que conocí hace veinticuatro años. Me sentí feliz.

Me ayudó a desplegar el sofá cama. Colocamos las sabanas y se puso un pantalón de pijama que le había bajado. La temperatura era suave, a pesar de que afuera el frío comenzaba a hacerse un hueco. Oliver se acomodó mientras yo me dirigía a las escaleras.

—Quédate anda, aunque sea un rato. Como en los viejos tiempos—sonreí y me senté—Nick, te he echado mucho de menos.

—¿Y por qué no volviste a contestar a ninguna de mis cartas?

—Supongo que por ese sentimiento de culpa. Durante una temporada estuve yendo a un psicoanalista. He tenido recaídas durante años y al final, por mucho que me negara a reconocerlo, necesitaba ayuda. Siempre he pensado que me culpabas de la desaparición de mi padre. Bueno tú y yo

mismo.

—¡Oliver, por favor! No vuelvas a decirlo. Estuve todo el tiempo contigo.

—Menos cuando nos separamos en el bosque.

—¡Jamás se me ocurriría pensar eso!.

—Creíste que fui yo quien disparó ¿verdad? Nunca quisiste hablar de ello.

—Mira, Oliver si alguna vez lo hubiera pensado...¿Crees que mi relación contigo hubiera cambiado? Éramos unos críos, ¡por Dios! ¿Sabes a lo que tuviste que hacer frente? Cualquiera en tu situación no hubiera aguantado todo eso.

—No sé cómo voy a reaccionar cuando llegue allí. Por un lado tengo que ir, he de cerrar el círculo, pero cuando me encuentre con mi madre o con mi hermano... es que no sé cómo voy a...

—No te machaques. Cuando vayamos, ya veremos cómo lo hacemos.

—Es que no pude más. Aguanté el tiempo que pude, pero nunca la perdoné. No pude seguir viviendo con ella más tiempo, y Robert no tenía ni idea de nada. Sólo era un niño al que no le podía explicar las cosas. No entendía toda esa frialdad hacia nuestra madre. Él me quería, me adoraba, pero poco a poco sé que me veía como el mal hijo que discutía siempre con su madre, y creo que para él fue un alivio cuando me marché. Pero tú ya sabes todo esto. Ya no sé lo qué pensar, Nick.

—Robert debería saber la verdad de lo que ocurrió.

—No. Eso está enterrado y se queda donde está. Si mi hermano no quiere verme ni hablar conmigo no voy a cambiarlo después de tantos años. No quiero volver a revivir aquello ni quiero que sepa nada, ni que me eche en cara el no haberle dicho nada antes... no quiero sentirme peor—se quedó mirándome—¿Qué piensas?

—No lo sé. No sé qué decirte.

—Nunca te he dado las gracias por cómo os portasteis conmigo—colocó su mano sobre mi hombro. Agradecí el gesto. Lo agradecí de

corazón.

—No sé Oliver, supongo que cualquiera en mi situación hubiera hecho lo mismo—le sonreí. Él negó con la cabeza.

—No. La gente no es así. La gente no da nada a cambio de nada, al menos la gente que yo he conocido. Vosotros erais diferentes. Distintos a la gente del pueblo. Por eso te envidiaba, por eso cuando os fuisteis del pueblo tuve que marcharme.

—¿Por qué no te viniste con nosotros?

—No lo sé. Supongo que porque no me lo preguntaste—sonrió—Sabes de sobra que hubiera dicho que sí. Tu padre se convirtió en lo más parecido a un padre, tú fuiste como un hermano después de aquellos dos años. Apenas pasaba tiempo en mi casa, ya lo sabes. ¿Por cierto que tal tu padre?

—Ya lo conoces, apenas ha cambiado. Sigue igual, más mayor, pero sigue igual. Se dedica a dar charlas y lecturas de sus primeras novelas aquí y allá. Nunca le ha gustado estar mucho tiempo en el mismo sitio pero al menos convirtió Nueva York en nuestro hogar definitivo.

—Siempre me consideré una molestia Nick.

—Para mi fuiste alguien del que aprender, fuiste una imagen a seguir. Eras el chico del que siempre se hablaba instituto. El pueblo entero hablaba de ti.

—Eso son tonterías—ironizó mientras una oscura sonrisa se atisbaba en su boca—No creo que nadie en Fairmont pasara lo que yo pasé.

—¿Estás con alguien ahora?—Traté desviar la conversación.

—Que va. No he podido mantener una relación larga con nadie. Siempre me pasa lo mismo. No puedo. Me bloqueo. Fue por eso por lo que empecé a ir al psicoanalista. Parecía que avanzaba, pero siempre pasaba lo mismo. No llegaba a funcionar. Creo que te lo conté, llegué a vivir unos meses con una chica, pero fue imposible.

—Vamos, duerme. Mañana por la mañana cuando desayunemos nos ponemos en marcha.

—Te echaba de menos—apagué la luz y subí las escaleras.

Volví a recordar aquel 1959. Nunca te planteas hasta qué punto puede la gente llegar a cambiar y el daño que pueden infringir a los que más quieren. Sentía lástima. Un chico como él destrozado para el resto de sus días, sufriendo una vida de la que ni siquiera era dueño, sin familia, sin nadie con quien compartir su dolor, su pasado o su futuro.

Me hizo polvo cuando me dijo que si le hubiera pedido que se viniera con nosotros, lo hubiera hecho. Si no lo hice fue por no ser un egoísta. No podía pedirle que se alejara de su hermano. Era él quien tenía que tomar esas decisiones, y vi lógico que quisiera cuidar de Robert. Pero también era cierto que si hubiera venido a Nueva York con nosotros, su vida hubiera sido diferente, hubiera tenido una familia de verdad, aunque nunca la sintiera real. Seguía teniendo una en Fairmont pese a que no la quisiera.

Pensé en aquella noche, la noche con la que soñé ayer. Pensé en lo duro que fue el momento, en el que conocí al verdadero Oliver Kenner, nada que ver con el imbécil que me estuvo amargando los primeros días de instituto en compañía de sus amigos.

Cuando entré en la habitación, creía que Helena dormía, pero me estuvo preguntando en la penumbra sobre Oliver. No le conté apenas nada, no me parecía excesivamente pertinente y más yéndome al día siguiente. Tampoco quería que sospechara nada raro de él, así que preferí limitarme a extender un poco más lo que le conté mientras cenábamos. No pareció importarle demasiado, simplemente era un viejo amigo del que no le había hablado y con el que me iría al pueblo en el que viví.

Estuve dando vueltas en la cama una y otra vez, intranquilo, sin poder pegar ojo. Necesitaba beber agua. Bajé a oscuras en pijama y vi la luz de la lámpara que había junto al sofá estaba encendida. Oliver sostenía algo entre sus manos.

—¡Oliver! ¿Sabes qué hora es?

—¡Dios! ¡Qué susto me has dado!

—Baja la voz. Helena está durmiendo—susurré—No puedes dormir ¿verdad? —negó con la cabeza. Me senté a un lado.

—No se la de veces que he leído este recorte de periódico. Es una

sensación que nunca antes había sentido, me siento con ganas de gritar, de romper algo, de...

—Para, para, para, para.... No pienses más en ello, hasta que no estemos allí no merece la pena que te amargues.

—¿Emily no te dijo nada más?

—No. Me dijo que cuando llegase hablaría conmigo.

—Tengo miedo.

—¿Tú? ¿A qué tienes miedo tú?

—No lo sé. A todo, a ver a mi madre, a cómo reaccionará mi hermano, a la gente del pueblo.

—¿Prefieres que no vayamos?

—Sea lo que sea he de ir. No puedo seguir adelante con mi vida. No avanzo, llevo veintidós años mirando hacia atrás sin poder cerrar esa puerta. Necesito hacerlo, y por eso he venido—le entendía perfectamente.

—Siempre has sido alguien muy fuerte. Cuando llegué a Fairmont, te vi ahí, tan firme, tan seguro de ti mismo, tan invencible.

—Sí claro, todos los que no me conocían pensarían lo mismo pero si hubieran sabido cómo era mi vida....—agaché la mirada. No le respondí. Sabía lo duro que había sido.

No recuerdo a qué hora nos quedamos dormidos. Me desperté al amanecer. Oliver todavía dormía. Cuántas veces había visto esa inocencia en su cara. Una tranquilidad que, desgraciadamente, no era habitual en su vida. Pensé un buen rato en todo ese cúmulo de sensaciones que me arrastraron durante el día de ayer. Helena bajó unos minutos después y me alejó de mis pensamientos. Vio que Oliver dormía y me indicó con la mano que fuera con ella hacia la cocina.

—¿Qué tal está tu amigo?

—Bien. Nos quedamos hablando hasta las tantas y acabé frito.

—Me lo he imaginado cuando me he despertado y no te he visto—ya bajaba vestida con la intención de irse temprano—¿Te vas a marchar al final?

—me preguntó mientras se preparaba un café.

—Pues no lo sé Helena, no quiero dejarte sola. No quiero marcharme si piensas que me necesitas aquí—. Pues claro que había tomado una decisión, pero la conocía. Se sentiría más cómoda dejándome marchar que siendo yo el que lo planteara.

—Tranquilo, Nick. Vete unos días. Te ayudará a desbloquearte. Aquí no haces otra cosa que estar en casa sin conseguir escribir una línea. Además, me parece que necesitáis volver a pasar tiempo juntos. Ve y me cuentas—se acercó y me dio un beso.

—¿Estás segura?¿no tienes ninguna revisión?—le pregunté acariciando la incipiente barriga que aún no daba demasiadas señales visibles.

—Nick, si tengo que hacer algo llamaré a mi hermana. No te preocupes cariño—.

Nos sentamos a desayunar en la mesa y estuvimos hablando un buen rato sobre cómo fue mi marcha de Fairmont. Fue muy duro irme de allí, precisamente porque nunca había tenido amigos como aquellos. Me veía feliz y eso le gustaba.

—Tu amigo es muy guapo. ¿Cómo que no tiene novia ni está casado? —no supe que responderle. Me vio algo desorientado. No entendía bien el por qué.

—Helena, Oliver es un poco complicado. Es un buen hombre pero ha tenido muchos problemas que ha arrastrado toda su vida sin verlos venir, sin esperarlos. A veces estas cosas pasan. Me arrepiento muchísimo de haber perdido el contacto y de no haberle podido ayudar más. Me frustra que la buena gente tenga que pasar por vidas que no se merecen.

—Oh, Nick, eres tan dulce... —me encantaba que me hablara así. Vimos desde allí como Oliver se desperezaba. Nos incorporamos un poco. Él hizo lo mismo y los tres sonreímos.

—Buenos días—nos dijo buscando su camiseta, avergonzado de estar con el pecho descubierto delante de Helena. Me levanté, le llené una taza con café y me acerqué a llevárselo.

—Buenos días Oliver, ¿preparado para Fairmont?—me devolvió la

sonrisa.

Pensé en lo que acababa de decirme Helena. Le vi allí delante de mí. Era la persona perfecta. Una mirada impenetrable de ojos azul turquesa, pero tras toda esa fachada, alguien demasiado dócil y débil para enfrentarse al mundo real.

Creó su escudo con mucho empeño y dificultad y una vez se sintió guarecido, no volvió a asomar tras él. Me siento afortunado de haber conocido a ese Oliver. Los dos nos ayudamos en un tiempo en el que estábamos solos. Anoche lo comprobé, a pesar del tiempo creo que sabemos demasiado, y saber, no siempre es bueno.

Hay momentos en los que te detienes a pensar en lo que tenemos, en cómo somos, en lo que no poseemos, en lo que nos gustaría ser. Envidiamos vidas ajenas, dinero, lujos, caprichos, belleza o poder... deseamos lo que no tenemos pero nunca pensamos en lo afortunados que somos siendo lo que somos. Lo felices que algunos podemos ser con apenas nada. No nos detenemos a ver los problemas que tienen esos a quienes envidiamos. Ni siquiera nos lo planteamos.

Oliver tuvo una adolescencia infernal. Aún envidiando su estatus, su forma física, su éxito entre todas las chicas de Fairmont, ser el mejor del equipo... aún pudiéndose resguardar en todo eso, había veces que no compensaba. Te das cuenta de que independientemente del mundo que recorramos, nuestra vida está construida, en alguna medida, por circunstancias ajenas.

Helena se despidió de Oliver poco después y se marchó a toda prisa. Tenía cosas que hacer antes de llegar al trabajo. Decidí llamar a mi padre. Me acerqué a la pared en la que colgaba el teléfono, al lado del frigorífico y marqué su número. Oliver me miraba en silencio.

—Papá, adivina a dónde me voy.

—Hombre... el hijo perdido. Esperaba que vinieras a mi lectura el otro día.

—Papá, te dije que tenía que ir con Helena al médico. Ya lo sabías— odiaba que no me escuchara. Me recordaba cuando era pequeño y yo hacía lo

mismo con él. Me contaba mil cosas, me hablaba de mil sitios, y nunca retenía nada en la cabeza. Siempre me reñía por no prestarle atención. Supongo que serán etapas en la vida de cada uno.

—No me dijiste nada. Nunca me cuentas nada—refunfuñó. Yo resoplé intentando no darle ninguna importancia.

—¿Y bien? ¿A dónde dices que te vas?

—Mira con quien estoy—le interrumpí pasándole el auricular a Oliver. Éste sonrió.

—Señor Hamilton, ¿Cómo está? Soy Oliver, ¿se acuerda de mí?—dijo ilusionado. Por unos instantes no hubo respuesta. Oliver se extrañó, me devolvió el auricular.

—Papá, ¿no te acuerdas de Oliver?

—Claro, claro, Oliver Kenner. ¿Cómo estás muchacho?—le volví a pasar el teléfono.

—Señor Hamilton, pues he venido a ver a su hijo, y vamos unos días a Fairmont a recordar viejos tiempos y ver cómo ha cambiado todo.

—Me alegro mucho que os volváis a ver. No sabía nada de ti, hijo.

—Ya lo sé, señor, mis disculpas, pero es que la vida que he llevado últimamente me ha mantenido un poco alejado de todo, pero estoy bien—le cogí el auricular y hablé con mi padre.

—Iremos a visitar a Emily, ver todo aquello, y bueno, poco más papá. Cualquier cosa te llamo—. Tampoco quería estar media hora hablando con él teniendo a Oliver allí delante. Pensé en decirle lo de su padre, pero no quería volver a recordárselo. Ahora que se había levantado ilusionado, no quería volver a hacerle pensar en los recortes de periódico que le mantuvieron en vilo la noche pasada.

Organizamos las cosas. Oliver me ayudó a meter algo de ropa en la maleta de mano y nos fuimos rumbo a Fairmont con una sensación agri dulce cargada de emotividad, buenos sentimientos y pesadillas. Dejábamos atrás la lluvia y las grises nubes de Nueva York en aquella mañana de octubre, para enfrentarnos al sol y a la carretera camino de Indiana.

Jueves, 12 Marzo 1959. Fairmont.

Como cada tarde después de clase, Emily y yo cogíamos nuestras bicis y nos adentrábamos en un nuevo territorio. Nuevo para mí porque ella se lo conocía de palmo a palmo. Era perfecto. Todo lo era. No teníamos que buscar nada especial, Emily se encargaba de ofrecermé las más maravillosas vistas y lugares con las que un chico, embriagado por la naturaleza y la vida salvaje podía soñar.

Nos adentramos en un bosque plagado de infinidad de tonalidades de verde y pronto pudimos escuchar el sonido del agua corriendo por allí cerca. Dejamos nuestras bicis apoyadas en un gran árbol centenario a pie de río. Emily, sonriente, ya venía preparada. Empezó a quitarse la ropa, y pude ver que llevaba un bañador azul celeste.

—¡Esto se avisa!—sonreí, quitándome la camiseta y los pantalones. Ella me sonrió, y corrió hacia la cuerda que colgaba de una de las ramas más gruesas del árbol. Saltó al vacío cogida a ella y en cuestión de segundos cayó al río. Me animaba a saltar. Uff, no lo tenía tan claro. Me asomé al borde y miré allí abajo. Me jaleaba desde el agua.

—¡Venga, vamos! ¡No seas gallina!—saqué coraje de donde pude y salté en calzoncillos del mismo modo que había hecho ella.

Sentí algo indescriptible. La medalla que me regaló mi madre antes de morir con la que me bautizaron, intentaba despegarse de mi cuerpo. La agarré bien. Sentí la gravedad. Fueron escasamente siete metros, pero para mí era toda una temeridad. No sé las veces que repetimos ese ritual, la cantidad de saltos que dimos. Estuvimos más tiempo fuera que dentro del agua. Coger aquella cuerda e imaginarte siendo *Dardo* en “*El Halcón y La Flecha*”. Adoraba las películas de aventuras que me llevaba a ver mi padre. Me sentí como un niño queriendo ser eso mismo, impidiendo que la adolescencia siguiera su curso.

Fue muy divertido. Cuando nos cansamos, fuimos nadando hasta un pequeño muelle de madera en el que solían sentarse los pescadores, a la derecha del árbol, río abajo y nos echamos sobre los tablones hablando hasta que oscureció, como todas las tardes.

Emily era diferente. Diferente a todas las chicas del Instituto. Diferente a Carolyn, a Sam, a Jane, a Wendy, a Lea... no se relacionaba con ellas. El día que la conocí me dijo que no encontraba nada interesante a Oliver y apenas la creí, con el paso de los días me di cuenta de que era cierto. Todo eran detalles insignificantes que, al final, la hacían distinta. No estaba interesada en llamar la atención de los chicos de su edad. Conforme pasaban los días, cada vez me daba más cuenta de que, aunque mis sentimientos hacia ella fueran de otra índole siempre seríamos buenos amigos. Y así era.

Durante todas aquellas tardes de marzo, me estuvo contando todo lo habido y por haber en Fairmont. Qué era lo que la gente solía hacer, cómo divertirse, dónde morir de aburrimiento. La gente del pueblo solía moverse como una masa uniforme. Ir al cine o a la bolera los viernes por la tarde; los partidos de fútbol los sábados en los que Kenner era la estrella; la iglesia los domingos y para nosotros, el instituto el resto de días. Esa era la vida en Fairmont salpicada ocasionalmente por ferias, festividades, desfiles y demás, que ponían en manifiesto la idea de un pueblo unido.

Emily no se relacionaba mucho con la gente. No sé por qué tuvimos esa conexión desde el principio. Quizás me vio diferente a todos los de allí. Por una vez en mi vida me alegraba de ser el nuevo. Emily faltaba bastante a clase, de hecho el primer día en el que llegué no vino. Su padre volvió de la guerra de Corea con las dos piernas amputadas. Fue un trauma para su madre, que con dos niños pequeños tuvo que ponerse a trabajar en la tienda de ultramarinos del pueblo ya que la pensión que le quedaba a su marido era demasiado baja. Mientras, su padre ayudaba en casa con los pequeños y Emily colaboraba como podía. Walter era un buen hombre. Tuvo una depresión cuando regresó pero poco a poco, la vitalidad de su hijos le hizo reaccionar, y no se lo tomó como una ocupación forzosa. Una familia atípica, en un pueblo típico. Así podría describirlo.

Mientras la gran mayoría de los lugareños seguía unas rutinas ya asumidas, como era el cenar a las seis y media de la tarde, como cualquier ciudad norteamericana, y tras ello, permanecer en casa con la familia, ver un rato la televisión e irse a la cama, nuestras disfuncionales vidas nos permitían alterar todas esas costumbres.

Emily tenía a sus hermanos, William y John, de 9 y 11 años

respectivamente, ambos creyéndose más mayores de lo que eran e intentando anularla la mayoría de veces. Todos adoraban a su padre. Tras su retorno y la tortura que fue al principio vivir en una silla de ruedas, las cosas fueron poco a poco mucho mejor. A veces su padre se comportaba como un niño más, algo que sacaba de quicio a su madre, pero habían conseguido tener algo muy bueno a pesar de todos los inconvenientes.

Como decía, ninguno de los dos teníamos las típicas familias sentadas alrededor de la mesa y creo que en el fondo, adorábamos ser especiales. De no ser así, no habiéramos podido disfrutar como lo hacíamos.

Pasaban de las seis cuando regresábamos a casa en nuestras bicis. Íbamos hablando y riendo por el camino que atravesaban los bosques que se alzaban tras el descampado de la parte trasera de nuestras casas. A un lado del camino estaba aparcada la camioneta del padre de Kenner. Michael, Mark y Oliver, estaban junto a ella, fumando y riendo. Nos vieron aproximándonos.

No me sentí cómodo. No quería cruzar por allí y que me hicieran sentir un idiota delante de Emily, y aunque bien es cierto que los problemas con el resto de los chicos cesaron tras la primera semana, no me gustaba encontrármelos juntos. Era como si el idiota de Michael Simmons sintiera la necesidad de creerse superior ridiculizándome en público. Lo odiaba.

Con Oliver me había cruzado varias veces en la calle mientras paseaba a su perro pero nunca me había dicho nada. Se limitaba a mirarme fijamente un tanto amenazador pero simplemente era eso. Me sentía intimidado muchas veces pero pronto desapareció esa sensación. Me acostumbré.

—Mirad la parejita—sonrió Simmons mientras nos acercábamos. Inevitablemente tuvimos que detenernos, ya que se cruzó en mitad del camino impidiéndonos el paso. Oliver y Mark le siguieron.

—Simmons, no seas imbécil. Apártate—Emily puso los pies en el suelo. Lo miró, miró a Oliver y éste desvió la mirada. Michael se sintió inseguro ante el hecho de que una chica le hablara de esa forma delante de sus amigos.

—Qué bici tan bonita tiene la gallinita—se acercó a mí. Agarró el manillar, pero antes de que pudiera hacer o decir nada, Oliver le interrumpió.

—Venga, déjalos que se vayan—Oliver regresó con Mark hacia su camioneta mientras se encendía un cigarrillo pero Michael no parecía querer dejar las cosas así.

—¿No dices nada nenaza?—me sonrió dándome una pequeña palmada en la mejilla. Intenté esquivar su mano pero fue mucho más rápido que yo. Me quedé petrificado, sin saber qué decirle.

—Vámonos Nick—Emily montó de nuevo en su bici ante el asombro de Simmons, haciendo camino entre el hueco que habían dejado Oliver y Mark. Aproveché que se despistó e hice lo mismo que ella. Salimos de allí como una bala.

—Pero, pero....—intentó decir Michael perplejo ante la pasividad de sus amigos. Desaparecimos de allí lo más rápido que pudimos. Simmons se limitó a regresar con ellos, agarrarle el cigarrillo a Oliver y darle un par de caladas.

—¿Estos son todos idiotas o qué?

—Simmons es el más imbécil de los tres—.Cruzamos el descampado que había entre el bosque y nuestras casas por el camino que había entre toda la maleza y continuó diciéndome—Oliver no es mal chico en el fondo y Mark tampoco pero se juntan los tres y adivina quién es más idiota.

—Ya me hablaste de Oliver, pero ¿qué le pasa? Está raro. Se me queda mirando muchas veces fijamente, ahora ya no tanto pero antes te juro que me daba miedo.

—Oliver cambió mucho cuando su padre volvió de la guerra. Pero no sabría decirte exactamente cuando cambió. Ya te lo conté, Nick. Yo creo que su padre les pegaba a su madre y a él—mi cara fue cambiando. No sabía qué decir.

—Eres muy cotilla, Emily.

—No, cotilla no, Nick. Tengo mi casa prácticamente pegada a la suya, como para no oírlos—.Detuvo la bici, haciendo que yo hiciera lo mismo.

—Hace un tiempo Oliver llegó a clase con un ojo morado, pero le dijo a todo el mundo que había tropezado con una puerta. Yo no me lo creí. A partir de entonces ya no se comportaba de la misma forma. No sé, podría

decirte que fue a partir de ese momento, pero no tengo ni idea de qué pasó—llevó la bici hacia la parte trasera de nuestras casas—Desde hace un año sale con Jane Chambers y son la pareja perfecta. Él es un creído y ella una repelente.

—Cualquiera diría que estás celosa.

—Nick, ni muerta saldría yo con un chico así—aceleré e intente competir con ella en una pequeña carrera hasta nuestras casas.

—¡Espérame!

Por todo lo demás la vida continuaba en Fairmont. Al menos, lo de ser el chico nuevo apenas duró. El que me vieran con Emily sirvió para integrarme aún más rápido. Pronto me adapté al pueblo, y el que mi padre se convirtiera en uno de los miembros del consejo ciudadano, a pesar de sus iniciales reticencias, ayudó a ello. Al principio, prefería no involucrarse en todas esas historias, pero su relación con el director del instituto, el Señor Edwards, era cada vez más estrecha y éste, amigo del alcalde de Fairmont, Clinton Roberts, quiso introducirlo en la vida social del pueblo. Sangre nueva, con buenas perspectivas. Así le gustaba llamarlo.

Viernes, 13 Marzo 1959. Fairmont.

Al día siguiente, las cosas transcurrieron con normalidad. La vida en las aulas era eso, algo aburrida. Esperaba con ganas que terminaran para poder irme en bici hacia mil y un lugares. Aquella tarde Emily no podía venir, su padre le pidió que se quedara con sus hermanos. Iba a ir a visitarle un compañero del ejército y para la poca vida social que tenía, Emily quiso que aprovechara hasta el último minuto. Decidí ir con mi bici a las colinas de Summon Creek, Emily siempre me había dicho que un día iríamos, pero estaba un poco lejos. Me sentía animado a hacerlo por mí mismo, así que sabiendo que mi padre no iba a estar en casa porque tenía una reunión con el consejo, no tenía ninguna prisa en volver. Rose dejaría la cena antes de marcharse y ya cenaría cuando regresara.

Cuando salí de clase, agarré la bici y me adentré en los Bosques de Clarkson, los que comenzaban justo detrás de casa. Tardé casi dos horas en

llegar a Summon Creek, pero valió la pena. Las vistas de aquel lugar eran increíbles. Me senté allí, solo, no sé cuánto tiempo me quedé pensando en mis cosas o viendo a los animales, esperando a que se acostumbraran a mi presencia y salieran sin miedo. Había cogido algunas nueces y pan blanco en la mochila y me sentí bien cuando las ardillas que me observaban con extrañeza, se acercaban a mi ofrecimiento y aunque les costó un poco, comenzaron a comer de mi mano.

Bajé al valle, me bañé en el lago, encontré una familia de puerco espines y les seguí durante un rato. Hacia las siete de la tarde el tiempo cambió. Todo el sol del que había disfrutado fue desapareciendo paulatinamente y con la llegada de las nubes, comenzaron a caer las primeras gotas. Regresé subiendo por el sendero. Tuve que ayudarme con pequeños riscos y salientes de las rocas, sortear la vegetación espinosa, y finalmente cruzar entre dos troncos con poca seguridad. Logré subir y cuando llegué al árbol junto al que había dejado apoyada mi bici, al lado del camino, vi que me habían pinchado las ruedas. Sólo me vino un nombre a la cabeza... ¡¡Michael Simmons!!

—¡Joder!—Me chirriaban los dientes, cerré el puño con fuerza. Le hubiera partido la cara, pero lo único que tenía cerca era un viejo tronco.

Miré a ambos lados pero no había rastro de los chicos. ¿Cómo era posible? Sí, claro, había estado unas cuantas horas allí, pero nadie pasa por esos lugares ¿O sí? no podía saberlo. Desde luego, me acababan de arreglar el día. Era lo que uno podía esperar de un viernes 13. Volver a casa embarrado, empapado... ¡Ah! ¡Y con mi flamante bici a cuestas!.

La lluvia empezó a caer con fuerza, así que tenía dos opciones; o esperar a que pasara la tormenta sin saber cuánto tiempo tendría que estar allí, o comenzar a caminar a pesar del chaparrón. Opté por caminar, siendo consciente de que no conocía bien la zona, ya que de noche, y estando sólo... De cualquier modo, ya llegaría a casa a la hora que fuese. Caía la noche. Aquella lluvia me arrastró a un momento que marcaría mi vida en el pasado, y que sin saberlo, también mi futuro.

Se me hacía extraño cruzar por allí. El barro me parecía cada vez más y más pringoso. Cada paso se me hacía más pesado. Arrastraba mi fantástica Schwin Wasp del 55 roja y blanca entre todo el lodo. Me entraron ganas de

llorar pero la rabia no me dejó. Odiaba a esos chicos. Los odiaba de verdad.

Las gotas de agua se intensificaban a cada paso que daba. Miraba a mi alrededor entre la incipiente oscuridad, buscaba algo a lo que agarrarme y que me hiciera el trayecto más ameno pero en plena tormenta era imposible. Comenzaba a correr un ligero viento que hizo que girara la cabeza hacia las ramas de los árboles. Se agitaban unas contra otras. Cualquier sonido era suficiente para que mis ojos fueran de aquí para allá. No tenía miedo, me sentía un chico fuerte, seguro, pero esa noche cualquier sobresalto podía empequeñecerme.

No era alguien de ciudad, pero tampoco lo era de campo. Intenté establecer una conexión entre el bosque y el niño que llevaba dentro. Traté de deshacerme de todos mis temores y me concentré en el sendero a pesar de la lluvia. Escuchaba la noche, respiré el olor del agua mojando las hojas, las ramas, la tierra. Me cobijé unos instantes bajo un roble, hasta que el ritmo de la lluvia volvió a decrecer.

Miré hacia arriba. Sonreí al ver a un pequeño mapache agazapado, asustado, sobre una rama baja de aquel árbol. Me gustó formar parte de ese entorno, de esa vida que me estaba envolviendo en sus raíces. Tenía que volver a casa.

No tardé en ver a lo lejos las luces del puente de Fairmont Hill. Desde allí, aún me quedaría una hora y algo más para llegar al pueblo. Se me estaba haciendo eterno. Mi bici cada vez era más pesada, o eso me parecía a mí. Si no hubiera sido un regalo de mi madre la hubiera dejado allí y hubiera regresado al día siguiente, pero no me arriesgaba a que me la robaran. Me apresuré hasta el puente y vi una silueta allí arriba, sobre la barandilla. No estaba seguro.

Mi primer impulso fue detenerme. No sabía exactamente lo que estaba viendo. Cada paso que daba intensificaba más aquella duda y mis ganas por ver qué era lo que tenía frente a mí. Avanzaba asustado. Cuando esas sombras me permitieron ver lo que era, le vi allí de pie dispuesto a saltar, lancé mi bicicleta al suelo y corrí hacia él.

No supe cómo consolarle. Estuvimos un rato bajo la lluvia, hasta que le ayudé a levantarse y le metí en la camioneta. Puse mi bici en la parte trasera y

entré por la otra puerta. Nos resguardamos allí un buen rato. Oliver no dejaba de llorar.

En mi vida me había sentido tan inútil. No sabía qué decirle. ¿Qué hace un chico de quince años ante una situación como esa?

Pensé en mi madre, en lo que sucedió hace poco más de un año. Apenas me di cuenta de lo que estaba pasando hasta que ya fue tarde. Mis padres no dejaron que fuera consciente de su enfermedad hasta sus últimos días. Sucedió lo inevitable. Hacía tiempo que no pensaba en ello, y allí con Oliver, volví a ser consciente de lo que significa que te arrebaten una vida.

Apenas le conocía. Las veces que se había metido conmigo en el instituto, su inquisitoria mirada desmenuzándome desde el porche de su casa. ¿Qué podría decirle? Posiblemente me viera como un niño, pero aún así allí estaba, a mi lado.

—Oliver....—no reaccionaba—¡Oliver!—le zarandeeé.

—¿Qué?

—Tenemos que irnos.

—Yo no voy a volver a esa casa—. Durante unos instantes me quedé sin saber qué decirle. Pensé en qué haría mi padre en una situación como esa.

—Pues ven a la mía, pero vámonos de aquí—me miró y acto seguido, se puso al volante y salimos de allí en cuestión de segundos.

Apenas dijo nada durante el camino. Yo tampoco. No sabía qué decir. Escuchábamos las gotas de lluvia, la rapidez con la que caían. Algunos tramos del camino apenas podíamos ver con sólo la luz de la luna. Finalmente llegamos al camino de Morgan, que llevaba a la entrada sur de Fairmont, justo por donde se encontraba nuestro barrio. No nos costó demasiado llegar una vez alcanzamos la salida. Lo peor fue salir del embarrado de los caminos interiores del bosque en los que casi nos quedamos atascados en dos ocasiones.

Estaba más oscuro de lo normal porque algunas farolas de la calle estaban apagadas. La lluvia aún no se había detenido y Oliver conducía con precaución.

—No quiero que me vean aparecer, Nick—me preguntaba qué habría pasado para que reaccionara de esa forma.

—No te preocupes, aparca allí delante—le indique con la mano casi en la intersección entre Maverly y Mulcahy Road.

Oliver aparcó frente a una de esas casas deshabitadas de nuestra calle, me ayudó a bajar la bicicleta de la parte de atrás y la arrastramos hasta mi casa. Caminamos en la oscuridad, intentando esquivar la luz de algunas de las farolas. Oliver iba detrás de mí, cabizbajo, en silencio, asustadizo. Jamás lo había visto así desde el día que le conocí. La mirada chulesca, desafiante a veces como cuando me miraba desde su porche había desaparecido. Yo miraba a un lado y a otro. Estaba nervioso y no sabía por qué.

Nos detuvimos en una esquina, desde donde podíamos ver perfectamente las tres casas del final de la calle. Había luz en la de Emily y en la de Oliver. La mía estaba totalmente a oscuras, sabía que no iba a haber nadie. Rose se habría marchado a su casa hacía ya unas cuantas horas.

Oliver ni si quiera pronunció palabra. Caminó junto a mí hasta llegar a mi casa sin quitar ojo a las luces de la suya ni un instante. Me siguió. Dejé a un lado la bici. Me quité las zapatillas que estaban sucias y muy mojadas, subimos las escaleras del porche y nos secamos un poco el pelo y la cara. Estábamos totalmente empapados. Encendí la luz de la entrada. Oliver se mantuvo a un lado de la puerta. Lo miré.

—Venga vamos arriba—le dije. Estaba incomodo, inseguro. Lo intuí inmediatamente. Me siguió sin parpadear. Fuimos directos a mi habitación. Intentó buscar su casa desde mi ventana. Todo parecía tranquilo.

—¿Qué ha pasado, Oliver? ¿Qué te ha pasado?—no quise seguir presionándole. A fin y al cabo, él y yo no teníamos nada en común. Lo que había pasado aquella noche fue mera casualidad. Cruces del destino que por el propio azar hacen que nuestras vidas cambien de un día para otro.

Sabía que no me iba a contar nada, así que me acerqué al armario, cogí unos pantalones de pijama y una camiseta y se los di.

—Toma, el baño está aquí—salí de la habitación llevándolo a la puerta de en frente. Abrí el grifo del agua caliente de la bañera y dejé que corriera—

Si necesitas algo más avísame—me fui a mi cuarto, buscando algo de ropa para mí. En ese instante, me quedé allí de pie, mirando a través de mi ventana, pensando. ¿Qué habría pasado? ¿Qué le había hecho actuar así y por qué ese miedo?

Mientras estaba en el baño, bajé y puse en una bandeja la cena que estaba preparada. Cogí una jarra de agua y dos vasos y lo llevé a mi habitación. Tardó unos quince minutos en salir.

—He dejado encima de la mesa de mi habitación algo de cena, Oliver, come lo que quieras.

—Muchas gracias—.Se acabó de secar el pelo con una toalla. Me metí en el baño mientras se acercaba a mi habitación y cerré la puerta.

Cuando entré en el cuarto quince minutos después, la luz estaba apagada y Oliver ya se había dormido. Había quitado la mesilla de noche que había entre las dos camas y las había juntado. Me extrañó aquello, pero no le di demasiada importancia. Mire sobre la mesa y se había comido parte de la cena. Algo de pollo y media mazorca.

Me recliné en la cama de al lado. Oliver dormía tranquilo o al menos eso parecía. Me hubiera gustado hablar con él, pero entendía que quizás no era el momento. Me quedé un rato más dando vueltas de un lado a otro, sin poder pegar ojo. Sería alrededor de la medianoche cuando me asomé a la ventana y vi que la lluvia ya había parado. Las nubes se mantenían igual de amenazantes pero el paso de la tormenta las había debilitado. Bajé y dejé en el cesto de la ropa sucia las ropas de Oliver y las mías. Volví a subir. Intenté volver a dormir pero era imposible. Supongo que demasiados nervios e intranquilidad. Me di la vuelta hacía él y le vi, con los ojos abiertos, mirándome. Me sobresalté.

—¡Oliver!

—Gracias por todo, Nick. Eres un buen tío.

— Hice lo que tenía que hacer, nada más. No me tienes que dar las gracias.

—No todo el mundo es igual.

—¿Quieres hablar? Puedes contarme lo que quieras, de verdad.

—Nick es que no es algo de lo que quiera hablar. Perdóname. Por eso y por las tonterías que te pudimos hacer cuando llegaste. A veces mis amigos y yo somos un poco...—. La oscuridad de la habitación le ayudó a refugiar su avergonzado rostro.

—Tranquilo. Estoy acostumbrado. Siempre suelo ser el nuevo allá donde voy, así que... De todas formas no pareces como Simmons o Mark.

—Bueno, no son malos tíos. Simplemente... son ellos. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Nunca he podido hablar con nadie de cómo soy de verdad, o de qué forma me siento. No te das cuenta de que lo necesitas hasta que pasan cosas como lo de hoy. Muchas gracias por haber pasado por allí esta noche.

—Las gracias deberías dárselas a tus amigos. Si no me hubieran rajado las ruedas de la bici, supongo que habría pasado mucho antes y no te habría visto.

—¿En serio te las han rajado?—se incorporó un poco. No quise darle demasiada importancia en aquel momento, aunque la tuvo en el instante en que la lluvia empezaba a calarme y caminaba enfurecido embarrándome los pies.

—Hombre, no puedo asegurar que fueran ellos, pero de la forma en que Simmons toqueteó mi bicicleta el otro día en el bosque y ahora me la encuentro así... —Oliver no me respondió. Sí, seguramente fueron ellos—Ni se te ocurra volver a hacer nada parecido—le dije. Volvía a no decir ni una palabra. Creo que se sentía algo avergonzado. Lo encontraba mejor de ánimo. No parecía el mismo chico que horas antes había intentado quitarse la vida, y mucho menos, el idiota del instituto. Tenía delante de mí a una persona completamente diferente.

No sé hasta qué hora estuvimos hablando. Nos dormimos, pero a la mañana siguiente, cuando me desperté pasadas las ocho, Oliver no estaba en mi habitación. Miré a mi alrededor pero todo estaba igual que anoche, excepto que él ya no estaba allí.

Sábado, 14 Marzo 1959. Fairmont.

Era sábado. No había clases, pero olvidé cerrar las cortinas y la luz del sol entró con fuerza en mi habitación. Supongo que eso habría despertado a Oliver. Me vestí, y bajé a la cocina a dejar la bandeja. Mi padre estaba en la sala de estar. Me oyó bajar.

—¡Nicholas!

—¡Sí, papá!—Fui a ver qué quería. Se entretenía ordenando unos libros en las estanterías.

—He visto que has hecho nuevos amigos aparte de la chica con la que siempre vas en bici. Era el chico de los vecinos, ¿verdad?

—Sí, bueno

—Así me gusta, que te vayas familiarizando con el barrio.

—¿Lo has visto marcharse?

—No—continuó arreglando sus cosas. Salí de allí y volví a subir a mi habitación. Me quedé mirando por la ventana. Nada había cambiado. Todo seguía igual. Me seguía desconcertando lo que ocurrió anoche en el puente de Fairmont Hill. Si no hubiera cruzado por allí, seguiríamos siendo dos extraños.

Miércoles, 19 Octubre 1983. Camino a Fairmont.

Continuábamos por la carretera. Teníamos unas nueve horas y media hasta Fairmont y Oliver conducía un subaru azul oscuro de segunda mano con una placidez inusitada. Le comían los nervios y la incertidumbre cuando me pidió que le acompañara y cuando acepté, fue como si todo hubiera cambiado.

—¿Qué tal por Baltimore? Anda, cuéntame que no sé nada de ti desde hace tiempo.

—Baltimore... pues Baltimore no está mal. La zona en la que vivo es tranquila, pero no tiene nada que ver con Fairmont, Nick. Y mucho menos el Fairmont que nosotros vivimos.

—No creo que haya nada igual que ese pueblo.

—Me ha venido bien estar allí. Era lo que necesitaba, pasar desapercibido. A ti te veo muy bien, y encima vas a ser padre.

—Sí, el primero.

—Yo no creo que pueda tener hijos nunca. No me veo capaz.

—¿Cómo que no? Lo que necesitas es tener a tu lado a la persona adecuada. Aunque no seas el mismo chico de hace veinticuatro años, hay algunas cosas que nunca cambian.

Lo último que supe de él en su última carta fue que trabajaba en una empresa de construcción y que había empezado varias relaciones sin que ninguna cuajara—¿Qué pasó con la chica con la que estabas?

—Es que no puedo.... Siempre pasa lo mismo. Stephanie fue con la que más tiempo estuve, pero nada. Nunca acabo de involucrarme, no puedo ser yo mismo, siempre está esa parte escondida, siempre está ese hueco... y en el momento en el que intento abrirme con alguien... cada vez se hace más grande y más profundo.

—Eso has de superarlo sea como sea, Oliver. Ya es hora.

—Ya, ya lo sé, solo que soy incapaz de hacerlo solo. He hablado muchas veces con un psicoanalista y siempre llega a la misma conclusión, pero no me atrevo a cerrar el círculo yo sólo. Y cuando me llamaste...

—¿Por qué no intentaste llamarme tú? Dejaste de escribirme y yo...

—Tampoco quería molestarte. Tú estabas haciendo tu vida, vi lo de tu novela... la compré—me sonrió.

—Eres idiota. Me hubiera gustado tenerte en mi vida. Fuiste lo más parecido a un hermano en aquel tiempo.

—Las circunstancias hicieron que nos convirtiéramos en eso.

Parecía que aquellos perdidos lugares nos alejaran de la civilización. Arbustos, cercados de madera que protegían el entorno. Me puse a pensar dónde me llevaba nuestro viaje. “Las Tormentas del ayer” se convirtió en número uno tras la excelente acogida que tuvo en sus primeras semanas.

Apenas pude dar crédito. Mi padre se sintió entusiasmado desde el primer instante, a pesar de ser escéptico. Fue lo mejor que podía ocurrirme. Estuve casi año y medio disfrutando del éxito hasta que publiqué “El Reflejo de la aguja”, pero aunque a mi padre le pareció mucho mejor que el primero, las expectativas eran demasiado altas.

No conseguí alcanzar aquellas cifras y aunque las críticas fueron positivas en su gran parte, me desmoroné. Mi padre intentó apoyarme en todo momento pero no fue suficiente. Helena sufrió también el bloqueo que me acompañaba desde entonces y que me había incapacitado para sentarme tras mi máquina de escribir y conseguir trazar alguna línea que me hiciera seguir.

Cuando recibí ayer la carta de Emily y apareció Oliver tras la puerta de mi casa, desapareció de repente toda esa desidia. ¿Iba el pasado a volver a convertirse en mi timón? ¿Sería esa la historia que necesitaba? Las ruedas del subaru de Oliver se adherían al asfalto rumbo a Fairmont, de igual modo que en mi cabeza, las teclas de mi Smith Corona iban consolidando palabras, una detrás de otra, formando el comienzo de lo que podría ser mi nueva historia. Aún así, no quería que mis propias experiencias conformaran mi trabajo. Aunque cambiara nombres, situaciones o ideara nuevas tramas, iba a ser complejo. Prefería que Fairmont me liberara a otro nivel, sin tener que tirar de esas bridas.

Llevábamos más de tres horas en la carretera, y Oliver se desvió en la siguiente salida para llenar el depósito y estirar las piernas. Mientras él lidiaba con el surtidor, me acerqué a la cabina telefónica que había al lado de la cafetería. Abrí la agenda que llevaba en las manos y marqué el número de teléfono del periódico de Emily. Contestó de inmediato.

—¡Qué alegría oírte, Nick!

—Voy con Oliver, Emily.

—¿Cómo?

—Sí, hablé con él. Estuvo en mi casa anoche, y vamos hacia allí.

—¡Dios mío! ¡Oliver! —apenas podía creerlo.

—Llegaremos esta tarde hacia las ocho más o menos pero no creo que nos quedemos en el pueblo. ¿Sabes de algún motel por allí cerca? ¿Aún está

El Coronado?

—No, ese ya no está abierto. Lo vendieron y construyeron un camping, pero cinco millas antes está el Credence Inn que es nuevo. Podéis quedaros allí. Está muy bien.

—Vale, muchas gracias.

—¿Cuándo podré hablar con él?

—No lo sé. Iremos al motel que nos has dicho y te llamaré desde allí— me despedí y colgué. Volví al coche y nos dirigimos rumbo a Fairmont.

Sábado, 14 Marzo 1959

Aquel sábado no había mucho por hacer. Lo de siempre. En otras circunstancias ni siquiera me hubiera planteado cualquier otra cosa. Nos hubiéramos ido con las bicis a buscar algún sitio nuevo como cualquier tarde de colegio. Pero después de lo que pasó la noche anterior, mi estancia en Fairmont ya no iba a ser la misma.

No quise contarle nada a Emily de lo que ocurrió con Oliver. Sé que realmente era la única amiga que tenía en el pueblo y que perfectamente podría decírselo y me guardaría el secreto, pero algo en mi interior me dijo que no lo compartiera con nadie. Quizás era demasiado personal como para tratarlo como un chisme más de los que Emily me solía contar.

Vino a casa después de las doce. Yo estaba en mi habitación leyendo el tercer ejemplar de *Mundos Extraños*. Uno de mis cómics favoritos. Me gustaba leerlos y releerlos una y otra vez. Eran mi tesoro máspreciado.

Después de la muerte de mi madre, es cierto que dejé de sentir cualquier apego por nada material. Todo era pasajero, todo tenía su momento. Hoy estaba aquí, mañana allá. Hoy tenía esto, mañana ya no. Aún así, aquella caja con mis cómics era lo único que mantenía mi niñez viva. Emily subió escaleras arriba a toda velocidad. Entró en mi habitación y me sorprendí.

—¡Vámonos! Hoy si que podemos ir, tenemos todo el día.

—¿A dónde?—me sobresalté. Todavía no me había recuperado de lo de anoche.

—¿A dónde va a ser? A Summon Creek. Mis hermanos van a pasar el día con mis tíos que han venido a ver a mi padre. Podemos irnos ahora, llevarnos algo de comer y volver por la noche—estaba muy emocionada. ¿Cómo iba a decirle que estuve allí ayer?

—Emily...—No sabía cómo continuar. Había estado toda la semana pasada intentando convencerla para ir, ¿cómo decirle ahora que no?—Es que me he levantado con un fuerte dolor en la rodilla—traté de mentirle.

—¿Y qué? ¿Desde cuándo te quejas tú por un dolor de rodilla?—se sentía decepcionada.

—Quiero ir, pero quiero disfrutarlo. Y ayer salí a dar una vuelta con la bici y al volver me tropecé y todavía me duele—me toqué ligeramente la rodilla derecha. Me incorporé un poco y me senté. Ella se sentó a mi lado.

—Bueno, otra vez será. Pero es que hoy era el día perfecto. Teníamos el día entero y no tenía que estar con mis hermanos.

—Ya, ya lo sé, pero podemos ir otro día ¿no?

—Si yo lo hacía por ti. Tanto insistir, tanto insistir...

—¿Por qué no vamos esta tarde a ver el partido de fútbol?—me acerqué hacia la ventana y continué mirando hacia la casa de Oliver. Ella se quedó perpleja sentada junto a mis cómics.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi amigo? ¿Cómo que a ver el partido? ¿Desde cuándo te gustan a ti esas cosas?

—No sé, era por hacer algo diferente. Me hablaste de las cosas que se hacían en el pueblo, y no sé, se me ocurrió que podríamos acercarnos a ver...

—Cuatro idiotas de clase y otros que no conoces que se creen los reyes del pueblo. Poco más. Todo el mundo allí sentado pasando la tarde. Pensaba que te gustaba hacer lo que hacíamos siempre.

—Emily, claro que prefiero eso mil veces, pero no sé, me he levantado hoy con ganas de ver algo más del pueblo—.No le di demasiada importancia. Tampoco se la dio ella.

Nos quedamos en mi habitación un rato más y nos fuimos a dar una vuelta. Comimos cada uno en su casa y pasadas las cuatro y media nos acercamos al campo de fútbol. Efectivamente, todo el pueblo estaba allí y eso que no era un partido importante. Nuestro instituto jugaba contra el de Denson. Varios autobuses habían llegado para animar a su equipo y estaban sentados en las gradas opuestas a las nuestras. No podía compararse la afluencia de público de un lado y del otro.

Dentro de mí sentía una extraña emoción por ver todo aquello tan repleto de gente. A Emily parecía no importarle. Nos acercamos a uno de los laterales y nos mantuvimos sentados en la tercera grada prácticamente separados del resto. Estuvimos hablando del pueblo, de la gente, de los chicos y chicas de clase. Fue entonces cuando salieron los jugadores al campo. Primero los de Denson y luego los nuestros.

Salieron corriendo uno tras otro, con sus equipaciones de color amarillo huevo, y los números de color azul a juego con el casco que llevaban en la mano, mientras todo el pueblo vitoreaba. Nunca antes había ido a un partido de fútbol. A mi padre tampoco le interesaba y tampoco es que hubiera tenido muchos amigos de verdad en mis anteriores lugares. La conversación que la noche pasada tuve con Oliver y mi rutina diaria con Emily, eran dos sensaciones que sentía como únicas en lo que a la amistad se refiere y que nunca antes había experimentado.

Quizás la muerte de mi madre me había hecho darme cuenta de cosas a las que antes no les prestaba atención. Lo que sentía ahora por un amigo, el valor que aún siendo tan joven le daba a una persona no era el que podía darle tiempo atrás.

Comenzó el partido y a pesar de que Emily no estaba demasiado pendiente de lo que ocurría en el campo, yo lo intentaba. Intentaba seguir los movimientos de Oliver. El chico del puente, el que se derrumbó delante de mí hacia tan sólo unas horas corría de un lado a otro. Quería saber el por qué de todo aquello y siendo realista, un partido de fútbol no iba a darme una respuesta, pero con tan pocas preocupaciones a mi edad, eso era lo único que quería desentrañar.

De pronto, lanzaron el balón hacia donde nosotros estábamos, todo el mundo miró hacia allí. Dos chicos separados del pueblo. Cualquiera hubiera

pensado que éramos novios, pero todo el mundo conocía a todo el mundo. Se acercó corriendo uno de los de Fairmont, alguien más mayor que nosotros, de nuestro instituto. Emily se había acercado a coger el balón, que por suerte, no se coló entre las gradas de madera. Se lo lanzó al chico que le ofreció una sonrisa. Ella se la devolvió. Supe que Oliver nos vio. Todo el mundo estaba pendiente del balón, y era evidente que nosotros estábamos allí. Se marchó rápidamente y el juego continuó.

A pesar de que Emily no le daba importancia a esos comentarios o miradas, sabía que todo el instituto hablaba de ella. Todas las chicas la envidiaban y todos los chicos querían salir con ella, pero ella seguía manteniéndose fiel a su espíritu. Se comportaba como un chico, más que como una chica, pero a mí me gustaba. Se había convertido en mi único apoyo hasta la noche pasada.

Terminó el partido. Fairmont ganó a Denson. Los del otro pueblo se marcharon sin apenas hacerse notar, los nuestros, en cambio, se reunieron con toda la gente que había bajado al campo. Oliver se abrazaba con su novia, los demás chicos se acercaban a sus familias... saborear una victoria era algo que sabía mejor acompañado.

Nos fuimos a casa. Emily regresó con su familia y yo me quedé en mi habitación. Cené en compañía de mi padre y me estuvo contando cosas del pueblo. Sinceramente, no me interesaban pero me quedé con él. Podía haber seguido con mis cómics pero me quedaba todo el domingo aún por delante. Los tíos de Emily se quedaban todo el fin de semana y el domingo lo tenía difícil para escaparse. Me esperaba un largo y aburrido domingo por delante.

No hice nada durante todo el día. Me quedé en casa. No me quitaba de la cabeza lo que sucedió el viernes noche. Tenía ganas de que llegara el lunes para saber qué tal se encontraba Oliver. No sabía si me saludaría, si actuaría como si nada hubiera sucedido, si se comportaría como el viernes incluso delante de sus amigos...

Eran las once de la noche de aquel tedioso domingo cuando continuaba dando vueltas en la cama. No tenía sueño, no podía dormir. Estaba nervioso, había estado aburrido todo el día y no veía el momento en el que poder cerrar los ojos. De pronto, escuche un sonido, me incorporé en la oscuridad y vi una sombra en la ventana. Me sobresalté.

—Nick.

—¡Oliver! ¿Qué estás haciendo ahí?

—¿Me dejas entrar?—me preguntó mientras metía una pierna dentro de la habitación.

—Claro—me incorporé. Encendí la luz.

—No, no la enciendas—intentaba cubrirse la cara. No le hice caso. Me levanté de la cama y fui hacia él.

—¿Qué ha pasado?—traté de apartarle las manos de la cara.

—Apágala—se acercó al interruptor de la pared y lo hizo el mismo—No quiero que me veas así otra vez—fue hasta a la cama que había al lado de la mía y se sentó.

—¿Quieres decirme lo que está pasando? Y no me digas que nada—me senté frente a él, en la oscuridad.

—Yo, es que....—miraba hacia el suelo. Había estado llorando.

—¡Oliver! ¡Venga! Después de lo del viernes, vale que no quisieras contarme nada, no te conocía, pero ahora.... quiero ayudarte.

—Es que no puedes, Nick, no puedes hacer nada.

—Es tu padre ¿no?

—Es complicado.

—Ya, ya lo sé que es complicado pero no puedo verte así. Apenas sé de ti, pero entiéndeme. Si quieres podemos hablar con mi padre...

—¡No! Ni se te ocurra decirle nada, por favor.

—Tranquilo—se llevó las manos a la cabeza. Me levanté y me senté a su lado. —Venga, cuéntamelo. No se lo voy a decir a nadie.

Miércoles, 19 Octubre 1983. Fairmont.

No tardamos en llegar al Motel que Emily me indicó. Toda aquella zona había cambiado. Hacía más de 20 años que no cruzaba por allí. Estaba a unas pocas millas del pueblo, pero Oliver prefería eso. Todavía no estaba

preparado para hacer una entrada sonada. Al igual que yo, también hacia muchísimo tiempo que no sabía nada de Fairmont, pero a diferencia de mí, él dejó allí toda su vida. Desde 1961 que no sabía nada de su madre, de su hermano, de ninguno de sus amigos. Tras mi marcha, se quedó dos meses escasos hasta que finalmente escapó. Estuvo de ciudad en ciudad al principio, trabajando como temporero en lo que encontraba, se alistó para ir a Vietnam y cuando volvió de la guerra se mudó definitivamente a Baltimore. Pero no había vuelto a acercarse a nada anterior a 1961. Era como si su vida pasada se hubiera borrado.

—Voy a llamar a Emily, Oliver—me acerqué a la mesita que estaba entre las dos camas y descolgué el teléfono, saqué el número de mi agenda y la llamé. Tardó unos segundos en contestar.

—Ya hemos llegado, Emily, estamos en la habitación 103 del Credence, frente al aparcamiento, en la planta baja.

—Voy en media hora—colgó. Oliver daba vueltas de un lado a otro de la habitación. Estaba nervioso, intranquilo.

—Oliver, cálmate. ¡Siéntate!

—Ya, ya lo sé—estaba inquieto.

Aquella media hora se nos hizo eterna. Oliver no paraba quieto. Hacía rato que había oscurecido. Estábamos los dos afuera sentados en un banco que había al lado de la puerta de nuestra habitación. Vimos acercarse un coche de color gris oscuro. No habían pasado muchos más así que supusimos que sería ella. Nos levantamos y esperamos a que se detuviera. Era ella. Le sonreí desde allí, y me vio a través de la luna delantera, me devolvió la sonrisa pero Oliver se mantuvo unos pasos más atrás. Su relación con ella prácticamente había sido nula antes de marcharse, a pesar de que intenté por todos los medios que hubiera un acercamiento entre ambos.

—¡Nick!—Salió del coche apresuradamente y me dio un fuerte abrazo. Le sonreí. Madre mía, no había cambiado, estaba guapísima.

—¿Cómo estás? Mírate—se separó y me miró de arriba abajo. Me sonrojé.

—Hola, Emily—dijo Oliver tímidamente, cabizbajo. Emily desvió la

mirada hacía él. Se quedó observándolo unos instantes.

—Hola, Oliver—. Fue algo frío si se comparaba con nuestro saludo, pero los dos dejaron escapar una ligera sonrisa.

Tanto tiempo sin hablar, tanto silencio... Entramos dentro. Nos quedamos en la habitación con la luz encendida y Oliver apenas pronunció palabra. Dejó que nosotros dos dirigiéramos la conversación y se limitó a escuchar.

—¿Cómo estás? ¡Dios!, Aún no me creo que te tenga delante.

—Eso tú, Emily. No has cambiado en absoluto.

—Hombre, no tengo dieciséis años.

—¿Qué tal van las cosas por aquí?

—Pues, no sabría qué decir—miró a Oliver, dejó su bolso sobre una de las camas y comenzó a hablar.

—Hará cosa de unas semanas, unos chicos que habían ido de acampada encontraron los restos de tu padre, Oliver—no podía mirarlo a la cara. Oliver se mantenía rígido, apoyado en la pared escuchando sus palabras. Les miré a ambos—A partir de ahí, todo ha sido un escándalo. Imaginaos este pueblo que parece que todavía siga en los 60.

—¿Todavía viven tus padres en la casa del barrio?

—Sí.

—¿Y todavía viven mi madre y mi hermano allí?—ella asintió nuevamente. Oliver se llevó la mano a la barbilla.

—¿En serio no has hablado con ellos desde que te fuiste, Oliver?—él se apartó de la pared. Aquella pregunta inquisitoria le atravesó. Abrió la puerta y se quedó justo en la entrada de espaldas a nosotros. Me acerqué a Emily.

—Emily...—la cogí del brazo suavemente. Ella me miró. Oliver necesitaba respirar.

—De verdad, Nick...—se separó de mí—Es que no entiendo nada— Oliver permaneció en silencio. Intentó contenerse pero sabía exactamente que ese tipo de cosas iban a suceder.

—Emily, por favor.

—Oliver, ¿pero por qué te fuiste? ¿Por qué desapareciste? —él se dio la vuelta. Me sentí incómodo.

—¿Qué es lo que quieres que te diga, Emily?—estaba serio, impasible. No recordaba a ese Oliver, de hecho, lo conocí únicamente los primeros días en los que llegué a Fairmont—¿Que lo dejé todo, que dejé a mi familia, que les abandoné...? ¿Acaso sabes algo más de mí? ¿Tienes idea de lo que ha significado mi vida?

—Emily! Déjalo—continué. No me esperaba eso, no pensaba que Emily fuera a actuar de aquella forma.

—Desapareció tu padre y a los dos años te marchaste ¿sabes todo lo que tuvo que hacer tu madre para no venirse abajo con un niño a cuestas?— siguió echándole en cara. Yo me aparté de ella.

—Pero, Emily, ¿a qué viene esto? Se puede saber que te importa a ti lo que él hiciera o dejara de hacer?—me enfadé. Se sintió incómoda y guardó silencio. Creo que vio mis ojos y de inmediato se sintió avergonzada. Oliver salió de la habitación, se dirigió a su coche y cuando oí la puerta salí tras él— ¡Oliver, espera!—. No me hizo caso, aceleró y me dejó allí de pie, en mitad del aparcamiento del motel. Regresé a la habitación y cuando entré, Emily estaba sentada en una de las camas de la habitación—¿A qué ha venido todo eso?

—Nick, no tienes ni idea de lo que sufrió su madre cuando se fue, ni te lo imaginas. Tuvimos que ayudarles. No tenían nada.

—Ni tú por lo ha tenido que pasar él también. Ni idea, así que no juzgues a nadie sin saber.

—Nick, tú te marchaste. Aguantó dos meses más y nadie volvió a saber nada de él. Su madre no tenía nada. Su marido desaparecido y apenas tenían dinero, vivían con la ayuda de la gente del pueblo y algún trabajo que le proporcionó mi madre. Robert prácticamente acabó de criarse con mis hermanos. Pasé mucho tiempo en esa casa, así que no me digas que no sé de lo que hablo.

—Lo único que te he dicho es que si se fue tendría sus motivos. No

todo es como parece o como la gente pueda pensar, Emily.

—Pues por muchas razones que tuviera, dejar a una madre y a un niño pequeño... Lo siento, pero es que no me cabe en la cabeza.

—Emily, tu y yo tuvimos una conversación una vez cuando éramos críos. ¿Te acuerdas? Te enfadaste conmigo porque no quería contarte lo que pasó cuando conocí a Oliver. ¿Entiendes que hay cosas que suceden en la vida que sencillamente ocurren y que uno no tiene culpa de que le sucedan?

Es difícil hacerle entender a alguien cómo son las cosas. Cada familia es siempre un mundo. Lo que se ve y se entiende como algo normal para algunos, puede ser totalmente impensable para otros.

No sabía cómo explicarle que todo lo que Oliver tenía en su interior, toda esa ira contenida y la frustración interna que no le ha dejado seguir adelante no era algo tan simple. El problema era que no podía contarle nada. Todo lo que sabía era por él. Siempre había confiado en mí, prácticamente en nadie más, y estoy seguro de que si no hubiera ocurrido lo de aquel 13 de marzo del 59 en el puente de Fairmont Hill, lo más seguro es que nuestras vidas jamás se hubieran cruzado.

Fue todo un cúmulo de cosas que se alinearon. El que viviéramos al lado había hecho que esa relación se estrechara mucho más, aunque Emily no fue consciente de ello hasta más adelante.

Siempre había querido desahogarme con ella sobre todo lo que Oliver me contaba, pero no podía hacerlo. Tenía miedo, miedo a que contara algo, miedo a que él lo supiera y dejara de ser mi amigo y yo tan sólo era un crío. Posiblemente ahora se lo hubiera hecho. Si hubiera ocurrido en estos momentos, posiblemente me desahogaría con ella, o actuaría quizás de otra forma, pero en aquel entonces las cosas eran muy diferentes. Sé que suena algo extraño decir que la persona a la que consideras tu mejor amiga, la conozcas desde hace un par de semanas, pero no tenemos el mismo conocimiento cuando somos niños que cuando vemos las cosas desde una perspectiva más realista.

La veía allí sentada, mirándome. Intentaba explicarle que los problemas de Oliver eran suyos, que no tenía por qué meterse, pero ella seguía indignada. Nunca me había contado nada en sus cartas, nunca había hecho

referencia a eso. Fui yo el primero que decidió escribirles, alentado principalmente por mi padre. Él era de esos que siempre pensaba en el bienestar de todo el mundo, un mundo utópico que nunca llegaba, ni llegaría, y aún así, no cesaba en su empeño. Tenía que mantener aquellas amistades si tanto habían significado para mí, así que le hice caso y les escribí.

Creo que mis cartas fueron las primeras que los dos recibieron en toda su vida. Éramos niños, por mucho que la vida nos hubiera hecho madurar a pasos forzados.

CAPITULO II

Mi nombre es Luke Barren, tengo 30 años y soy natural de Missouri. Me mudé a Washington cuando entré en el FBI. Tenía 27 años cuando empecé en la agencia y mi padre fue el que me envió a la central de Washington. Él había sido ayudante del gobernador Hearn, allá por el 61, y dada la amistad que les unió desde entonces, vi crecer la justicia desde muy niño. Cuando llegué, empecé desde abajo, pero siempre había sabido que la sombra de mi padre me seguiría allá donde fuera. No trabajaba como los demás, no me asignaban el mismo tipo de casos, y desgraciadamente, eso pesaba como una losa sobre mi espalda.

El que me mandaran al condado de Crawford, Indiana, a investigar un crimen acontecido hacía ya veinticuatro años era lo último que esperaba. Me sentía como si nadie confiara en mí. El protegido de un ex-gobernador del que ya nadie se acordaba pero que seguía teniéndome muy presente.

Llevaba tres días en aquel pueblo y todavía no había conseguido hacerme una idea de todo lo que había sucedido, parecía que nadie sabía nada o no querían hablar. Todo el pueblo guardaba silencio. El sheriff del condado tampoco podía ayudarme, era nuevo. Lo único que me pudo ayudar fue lo que decían los informes.

A grandes rasgos, Joseph Kenner, nacido en 1914, desaparecido a la edad de 41 años. Condecorado con la Medalla al Honor durante su servicio en la Guerra de Corea. Restos encontrados en una zanja a una milla y media de su domicilio. Cráneo con doble orificio de bala en parietal derecho. Nos dieron instrucciones para que ni el sheriff, ni nadie del pueblo tuviera acceso a los resultados obtenidos tras la autopsia. Acaté esas órdenes y me limité a no hacer preguntas.

Me había entrevistado con el alcalde de entonces, Clinton Roberts, que ya estaba jubilado, la esposa del desaparecido, su hijo menor y sus vecinos. El problema es que tenía que remontarme a veinticuatro años atrás y las cosas habían cambiado demasiado.

Me alojaba en el hotel Sunrise, cerca de la plaza del pueblo a cien metros del Ayuntamiento. Aquella noche había comprado algo de comida para llevar y me la subí a la habitación. Había esparcido a lo largo de la cama todos los informes, intentando encontrar algún sentido a todo aquello pero todavía no había puzle sobre el que encajar las piezas, y posiblemente no hubiera solución alguna. Sólo el forense, mi jefe y yo, conocíamos la verdadera naturaleza del crimen, mientras que para la gente del pueblo se limitaba a una desaparición que, tras una caída, un infarto, o por causas naturales derivó en aquel fatídico resultado.

Miércoles, 19 Octubre 1983. Fairmont.

Seguía molesto con Emily, no entendía su comportamiento. Llevábamos unos quince minutos allí sin apenas decirnos nada, me molestó

sobremanera que actuara así. Oliver se había marchado sin rumbo pero tenía bastante claro a dónde podría haberse dirigido. Le pedí a Emily que me acercara hacía nuestro antiguo barrio. Sin lugar a dudas tenía que estar allí.

No estábamos muy lejos. Había oscurecido y no pude apreciar con detenimiento todo lo que la había cambiado el lugar, aún así podía hacerme una idea. Emily se estuvo disculpando durante el trayecto, no quería haber saltado como lo hizo, pero bueno, ya estaba hecho. Tampoco iba a darle más importancia de la que tenía. Al fin y al cabo una salida de tono podía tenerla cualquiera.

Maverly Street. Atrás quedaba el tiempo en que nuestro barrio permanecía ajeno al mundanal ruido. No es que se hubiera duplicado la población como en otros lugares. En ese aspecto, Fairmont permanecía fiel a sus costumbres. La gente continuaba yendo y viniendo, pero sólo los que respetaban ese particular estilo de vida se quedaban. Muchos de los que llegaban, como cuando nosotros lo hicimos por primera vez, optaban en su mayoría por mudarse a grandes ciudades, grandes oportunidades que las industrias, los medios de comunicación y los cambios en el estilo de vida les ofrecían. Volver a Fairmont era como retrotraerse a un pasado que pisaba las suelas del presente.

De inmediato divisé el coche de Oliver, estaba aparcado cerca de la que fue nuestra casa y se lo indiqué a Emily, quien se colocó detrás sin hacer demasiado ruido. Nuestras casas continuaban allí. Había luz en el interior de las tres. No sé quien viviría en la nuestra. Tenía curiosidad, la verdad, pero ya me enteraría.

Todo estaba cambiado, el alumbrado de la calle, el pavimento, algunos detalles más y sobre todo el hecho de que ya no eran las tres casas en mitad de un lugar deshabitado. Había luz en las ventanas de muchos de los edificios que se erigían a ambos lados de Maverly. Edificios de pocas plantas que no tendrían más de diez años, sobre los cimientos de las antiguas casas de temporeros. Había tiendas, panaderías, peluquerías, todo tipo de lugares donde perderse cualquier mañana. Miraba a un lugar y otro y no podía evitar sonreír, acordándome de nuestra calle veinticuatro años atrás, comparándola con lo que había ahora.

Salí del coche y miré alrededor. No fue difícil encontrarlo. Estaba de

pie, en la esquina de lo que ahora era un edificio de apartamentos, desde el que perfectamente podía ver su casa. Emily se quedó cerca de su vehículo con los brazos cruzados, apoyada en una pared. Crucé la calle en silencio y me acerqué.

—¿Tan obvio era?—me preguntó sin ni siquiera mirarme, sin apartar los ojos de cada una de las ventanas iluminadas de su casa.

—Yo hubiera hecho lo mismo—sonreí con un gesto cómplice mirando a nuestro alrededor—¿Te das cuenta de cómo ha cambiado todo?

—Nada ha cambiado Nick. Mira nuestras casas, ahí están, las han reformado pero ahí siguen, apenas ha pasado el tiempo para ellas.

En cierta forma tenía razón, Fairmont seguía siendo Fairmont. No podíamos comparar lo que se vivía en Baltimore o Nueva York con un pueblo en mitad de la nada pero mi visión era bastante sesgada a diferencia de la suya. Tan sólo estuve un par de años en aquel lugar mientras que Oliver nació allí. Era como si le hubieran dado un barniz que lo protegiera del paso del tiempo, pero seguía siendo el mismo lugar.

—¿Sabes quién vive en tu casa?—giré mi cabeza hacia allí y negué sin decir palabra.

—Mi padre me dijo que le alquiló la casa a Rose durante una temporada pero no tengo ni idea de quién puede vivir ahora. Si te soy sincero, me encantaría volver a asomarme por esa ventana.

—Podemos probar mañana y acercarnos a ver. Ya sabes cómo somos los de pueblo, no creo que te digan que no. Aunque bueno, Emily lo sabrá. Si sus padres siguen viviendo aquí... seguro que lo sabe—.Tenía razón. Podía habérselo preguntado. Bueno, luego lo haré.

Mientras pronunciaba aquellas palabras la puerta de su casa se abrió. Emily se sobresaltó y se escondió entre las sombras que proyectaban los edificios. Oliver y yo nos apresuramos a meternos en el porche de una de las casas sin hacer ruido alguno. Permanecemos expectantes mientras Emily no nos quitaba ojo y con gestos le indiqué que permaneciera escondida.

Pasaban de las once y media de la noche. Era inusual que a esas horas alguien saliera de casa aunque el barrio se hubiera transformado. Oliver no

podía despegar sus ojos de la puerta que se abría. Tenía la necesidad de mirar, de seguir observando. Quería verle los ojos, la cara... Era Robert. Era su hermano pequeño. No pudo pronunciar palabra.

Salió caminando del porche de su casa en compañía de un perro no demasiado grande. Vestía un pantalón largo de pijama, un jersey de manga larga y una cazadora. Entonces Robert encendió un cigarrillo que sacó de una cajetilla que guardaba en la chaqueta y se lo fumó.

—Vaya con mi hermano—sonrió Oliver sin poder imaginarse que Robert fumaría. No podía creérselo. Ya no el hecho de que fumara, sino el verlo de esa forma. La última vez que lo vio tenía 11 años y ahora, con treinta y tantos...—Lo que daría por ir allí ahora mismo y darle un abrazo—no pudo evitar emocionarse.

—¿Y por qué no lo haces?

—¿Estás loco?

En ese momento ambos nos sorprendimos, ya que Emily salió de entre las sombras y comenzó a caminar en dirección hacia él. Robert, vio su silueta aparecer y cuando la reconoció, sonrió y fue hacia ella en compañía del perro.

—Pero ¿qué está haciendo?—Ni siquiera podía responderle. Estaba tan sorprendido que no sabía qué decir.

Estuvieron en mitad de la calle un buen rato, hablando, sonriendo.... Si no supiera que Emily estaba felizmente casada y con niños juraría que ambos estaban flirteando. Ni Oliver ni yo supimos qué decir. Tras intercambiar algunas sonrisas más e inaudibles comentarios Emily fue hacia casa de sus padres y Robert volvió adentro. Salimos afuera esperando una respuesta o a que Emily apareciera, pero no lo hizo.

Oliver estuvo maldiciendo el comportamiento de Emily pero incomprensiblemente gracias a ella pudimos ver a Robert sonreír, hablar. Lo había hecho bien. Todo un detalle por su parte.

Unos minutos después, nos dirigimos al coche en silencio. La calle continuaba desierta ajena a nuestra presencia y dejamos que la noche nos hiciera desaparecer. Al día siguiente por la mañana llamaría a Emily para que me contara de qué habían hablado.

Jueves, 20 Octubre 1983. Fairmont.

Oliver apenas pudo pegar ojo, y como consecuencia, yo tampoco. Estuvo dando vueltas en su cama, intranquilo, inquieto. Se despertó tres veces. Salió de la habitación y volvió a entrar. No imagino los sentimientos atrapados en su cabeza, ni el dolor que todo aquello le producía y su incapacidad para alejarlo.

Cuando abrí los ojos no estaba, me asomé fuera y su coche tampoco se encontraba donde lo dejamos la noche anterior. El despertador marcaba las 10.04 así que me tomé las cosas con calma. Me duché, me vestí y llamé a Emily al periódico pero no la encontré. Abrí la puerta de la habitación y me quedé en la entrada, sentado en un banco que había entre nuestra habitación y la contigua y esperé a que alguien diera señales de vida.

No pasó mucho tiempo hasta que el coche de Emily volvió a aparecer. Me levanté cuando salió del coche y se reunió conmigo.

—Nick, ¿cómo estás?—me dio un beso en la mejilla. Miró en el interior de la habitación a través de la puerta abierta—¿Y Oliver?

—No lo sé. Cuando me he despertado no estaba. No pegó ojo en toda la noche, y yo tampoco.

—Esta mañana ha vuelto el agente del FBI con el sheriff a casa de los Kenner, Nick. Creo que Oliver debería hablar con ellos. Han preguntado varias veces por él, pero claro, hace ya veintidós años que nadie sabe nada—. Llevaba razón. Era lógico, estábamos allí por un motivo y ahora faltaba que Oliver se decidiera a dar un paso hacia un pasado al que hasta ahora no había podido enfrentar.

—¿Qué se dice por ahí?

—Apenas nada. Yo era una cría Nick, nadie se acuerda de nada o nadie sabe nada, sencillamente desapareció. La madre de Oliver dijo que su marido se fue a cazar una mañana y ya no volvió, desayunaron todos juntos, salió de casa y no volvieron a saber nada de él.

Me quedé pensativo. Estaba mintiendo. Sabía que estaba mintiendo. Yo estuve allí y se lo qué pasó, pero no podía decir nada. El padre de Oliver no volvió a su casa aquella noche. No olvidaré jamás la madrugada del 18 de

abril. Y desde luego, ni hubo desayuno familiar, ni nada que aparentase felicidad y armonía.

—Emily, tú sabes que en esa casa eran cualquier cosa menos una familia unida, ¿verdad?

—Nick, yo no he querido decir nada. Sé de sobra los gritos continuos que había a diario y mis padres también pero, ¿qué estás insinuando? ¿Qué ella mató a su marido?

Me puse en pie y comencé a dar vueltas entre la habitación y su coche, intentando descubrir qué rondaba por mi cabeza.

—No, no, para nada, sólo que eso no tiene ningún sentido.

—Es que no hay nada más. Hablé con el sheriff pero no tienen nada, hablaron con mis padres, conmigo, con Robert.... pero sólo tenía 9 años cuando ocurrió. Y su madre Vivianne... además, ya sabes cómo es este pueblo, todo el mundo habla pero siempre chismorreos o de puertas adentro. Y del padre de Oliver, pues eso, un héroe local. Ya sabes la historia.

—Ese hombre era un mal nacido.

—Nick, tú sabes algo que no me estás contando.

—No, Emily. Son cosas de Oliver, no era un buen padre, pero bueno tu tonta no eres. Ya te olías algo.

Emily tenía su propia opinión desde que era pequeña. Podía intuir algo tras las continuas broncas que se escuchaban en esa casa, pero ninguna certeza. Algún comentario que le hice veinte años atrás sobre las discusiones que Oliver tenía con su padre, o lo mucho que había cambiado tras la guerra, pero no era nada nuevo para ella.

—Sí, bueno, desgraciadamente cada familia tiene su historia, todos tenemos nuestros propios fantasmas, Nick—. Justo en esos momentos apareció Oliver con su coche, aparcó al lado del de Emily y salió sonriente con una bolsa de papel en las manos. Me gustó verle así.

—¿Qué traes ahí?—sabía perfectamente lo que era.

—Me sentía culpable por no haberte dejado dormir en toda la noche, así que he pensado que un buen desayuno no te vendría mal—. Entró en la

habitación y Emily no lograba encajar la imagen del Oliver del instituto con el chico atento y sensible con el que se estaba encontrando. Era algo que le descuadraba los esquemas. Oliver se reunió fuera con nosotros inmediatamente. —Quería darte las gracias por lo de ayer, Emily. Al principio no entendí nada y pensé, que... pero estuvo bien ver a mi hermano de esa forma. Me gustó verle reírse y flirtear contigo.

—¿Flirtear?—se ruborizó—Oliver, por Dios, no digas tonterías.

—Oliver, tienes que hablar con la policía—dijo Nick. Su semblante cambió. No entendía muy bien lo que quería decir.

—¿Cómo?

—Emily me ha dicho que el sheriff y un agente del FBI han vuelto a tu casa y que están intentando averiguar qué es lo que pasó la mañana en la que desapareció tu padre, pero ya han hablado con todo el mundo y nadie parece decir nada que pueda ayudar a averiguar algo—Oliver se mordió la lengua y se calló—Sólo faltas tú.

—Ya, pero...

—Sé que querías ir a tu ritmo y controlar los tiempos, pero lo lógico, ya que estamos aquí, es que vayamos a hablar con el sheriff—Oliver guardó silencio asimilando aquella realidad. Estaba claro, teníamos que hacerlo. Fuimos a Fairmont a solucionar un problema que había estado arrastrando durante años, no a revivir una infancia y a encontrarnos con viejos amigos y conocidos.

Lunes, 16 de Marzo 1959

Cuando me desperté el lunes para ir a clase, Oliver había desaparecido. Lo mismo que la otra vez. Sonreí sintiendo que nuestras conversaciones eran producto de mi imaginación.

Aquel día en particular tenía realmente ganas de ir al instituto, estaba intrigado por ver cómo se encontraba.

Cuando salimos de casa estaba diluviando y vimos a Emily en su porche, mirando cómo caía el agua. Normalmente ella siempre iba en el

autobús del colegio, pero mi padre le hizo señas para que viniese con nosotros, sonrió y los dos nos sentamos en el asiento de atrás. Estuvimos hablando sobre los exámenes que íbamos a tener esa semana. Nada importante. No era un mal estudiante, mi padre siempre me había instruido en la responsabilidad y en la constancia, así que nunca me había supuesto una preocupación o problema como a muchos compañeros.

Llegamos a clase. Miré a mí alrededor. Allí estaba Oliver al final del aula, sentado sobre una mesa en compañía de sus amigos y otras chicas de clase. Me vio, me sonrió y me guiñó el ojo. Sonreí igualmente. Emily, que no había parado de hablar, no perdió detalle de su gesto y se quedó totalmente desconcertada.

—¿A qué ha venido eso?—me preguntó con los libros en la mano, mientras nos dirigíamos a nuestros pupitres.

—Nada—No quise darle ninguna importancia. Casi siempre nos sentábamos separados en esa clase, así que Emily se quedó con la mosca detrás de la oreja y estuvo toda la latosa clase de matemáticas del señor Hodges, mirándole e intentando encontrar algún significado a su comportamiento. Cuando acabó la clase, los chicos salieron antes que yo. Simmons se acercó con la intención de tirar al suelo mis libros que estaban sobre la mesa, pero Oliver se interpuso apartándolo, haciendo que casi se cayera al tropezar con una de las mesas.

—Pero, ¿qué haces?—Se enfadó Michael. Ellos se rieron del poco equilibrio de su amigo.

—Gracias—le dije mientras cogía mis libros y salía seguido por Emily. A Simmons no le sentó demasiado bien que le ridiculizara delante de todo el mundo, pero no tuvo más remedio que tragarse sus palabras y su rabia.

—¿Quieres contarme lo qué me he perdido?—me alegraba de aquello, realmente valoraba la amistad que empezábamos a tener. Ese chico al que ayude el pasado viernes, el que entró llorando por mi ventana la noche pasada, realmente no era tan superficial como Emily me había contado. Y aunque lo pareciera, al menos conmigo no lo era.

—No ha sido nada. El otro día cerca de casa me ayudó a levantarme del suelo cuando me caí con la bici y eso fue—mentí con total impunidad.

—Eso no es verdad, no te lo crees ni tú.

—Emily...—me separé de ella en dirección a mi taquilla, dejé los libros que llevaba y cogí los de literatura. Su clase estaba en otra dirección así que al menos tenía tiempo para pensar qué podía decirle para que no me insistiera con el tema.

La estuve esquivando toda la mañana. Sólo teníamos dos clases en común, la del señor Hodges y la de la Srta. Reynolds en el laboratorio de ciencias, pero nos tocaba por parejas y yo iba con Sarah Loman, así que hasta que no saliéramos del instituto no iba a hablar con ella.

No había dejado de llover así que Emily regresó con nosotros en el coche. No me dijo nada, se limitó a prestarle más atención a mi padre que a mí. Me empezaba a sentir mal conmigo mismo. No quería tener que mentirle, pero tampoco podía traicionar a mi nuevo amigo. Si hubiera sido cualquier otra tontería, cualquier insignificancia, pero ni siquiera iba a planteármelo. Salió del coche y me dijo que vendría por la tarde a casa.

La lluvia arreciaba y no parecía que fuera a acabar en unas pocas horas. Rose nos había preparado una estupenda comida típica que le enseñaron sus abuelos y mi padre insistió en que se sentara con nosotros a la mesa aunque ella se sintió bastante reacia. Aún le incomodaba que alguien pudiera pasar por allí y la vieran, pero era imposible. Las cortinas estaban echadas, y nadie solía pasar por nuestro barrio, salvo nuestros vecinos.

No estábamos en el sur profundo, así que el problema de la segregación, aunque era obvio para algunas personas, no lo era para nosotros. Mi padre siempre me había dicho que tenía que estudiar, que tenía que convertirme en alguien de provecho e ir a la universidad, aprender de nuestra historia, de nuestra cultura, creer en la igualdad de las personas y ser tolerante. Todo eso hacía que saliéramos del ostracismo y del fanatismo que provocaba en la gente el miedo a lo diferente.

Se levantó tan pronto hubo terminado y recogió los platos rápidamente. Mi padre fue en dirección a su despacho, y yo... me quedé un tanto sin saber qué hacer. Subí a mi habitación y miré por la ventana. Llovía. Simplemente eso.

Pasadas las cuatro de la tarde, vino Emily a casa. Había estado leyendo

el último ejemplar de *Mundos Extraños* tumbado en mi cama y estudiando un poco, pero no me apetecía demasiado. Bajé a abrir la puerta y nos quedamos en el porche, hoy no íbamos a poder hacer nada emocionante.

—Entonces, ¿no me vas a contar qué es lo que ha pasado con Oliver?

—Ya te lo he dicho antes.

—Nick, pensaba que éramos amigos—desvié mi mirada hacia el suelo—por eso tú querías ir el sábado al partido, no por otra cosa ¿verdad?— intenté hablar con ella pero sabía perfectamente que no iba a decirle la verdad.

—Es que es algo suyo, privado. No puedo traicionar su secreto, al igual que tampoco podría contarle a nadie nada que tú me dijeras o que me hicieras prometer que no pudiera contar. Entiéndeme.

—Lo único que entiendo es que soy tu amiga, que desde el día que te mudaste nos hemos visto todos los días, que te he ayudado en todo lo que has necesitado y que de repente, te pasa algo con un idiota en el que no puedes confiar porque es un superficial descerebrado y prefieres quedar bien con él que compartir tus cosas conmigo.

—Emily, las cosas no son así. No tiene nada que ver con lo que estás diciendo.

—Bueno, pues si no tiene nada que ver con lo que digo, tampoco te importara mucho que me quede aquí o que me vaya—se separó de mi lado y bajó las escaleras del porche, entre la lluvia, de vuelta hacia su casa. Me quedé allí de pie, en silencio, enfadado conmigo mismo por no haber sabido manejar aquella situación, pero al mismo tiempo enfadado con ella por no saber entenderme. Volví a mi habitación cabreado. Me tumbé en la cama boca abajo, y allí me quedé, escuchando el sonido de la lluvia hasta que sin darme cuenta, se cerraron mis ojos y me dormí profundamente.

Martes, 17 Marzo 1959

Aunque la lluvia cesó por la noche, las nubes seguían agolpándose entre el cielo. Fue un día igual de gris que los colores de la mañana. Emily ni siquiera se me acercó en clase, se notaba a la legua que estaba triste. Ni

siquiera me di cuenta de que, cuando me fui a mi taquilla se había acercado Oliver por detrás para hablar.

—¿Qué te pasa Nick? Te he visto toda la mañana distraído y...

—Emily se ha enfadado conmigo, apenas me habla.

—Voy a verte esta noche ¿vale?—me interrumpió sonriendo. Asentí y se marchó. Me molestó que no se preocupara más por lo que me pasaba pero tampoco quería darle tanta importancia. Me sentí muy solo esa mañana. Acabaron las clases y regresé a casa. Después de comer, me senté en la repisa de la ventana de mi habitación, me quedé allí un buen rato y me incorporé de inmediato cuando vi a Emily salir del porche de su casa y coger su bici. Pensaba que vendría a la mía, pero se quedó mirándome y pasó de largo por delante de mi casa. Me entristeció su actitud, y seguía sin entender por qué se ponía así.

Estuve sin salir toda la maldita tarde, sabía que Oliver vendría por la noche pero ni siquiera de eso tenía ganas. No me apetecía hablar ni con él, ni con nadie, lo único que quería era que ella me entendiera, que valorara la responsabilidad que era guardar un secreto, y que aunque fuéramos niños, ser coherentes con nuestras vidas y responsabilidades era un paso agigantado camino a nuestra madurez.

Mi padre intuyó que algo me pasaba, pero no quiso preguntar nada. Era mucho más observador de lo que yo era consciente y prefirió que yo lidiara con mis historias y que saliera de ellas por mi mismo.

Después de cenar, subí a mi habitación y esperé a que Oliver hiciera acto de presencia. Pasaban de las once y media. Estaba despierto y una pequeña lamparita escasamente iluminaba el cómic que tenía entre manos.

—¡Eh, Nick!—entró Oliver por mi ventana.

—Algún día si te apetece, podrías utilizar la puerta.

—Sabes que entonces no sería yo.

Era cierto que me apetecía estar solo, pero verlo sonriendo de esa forma, hizo que por unos pocos segundos, olvidara por qué me sentía así.

—¿Qué ha pasado con tu novia?

—No es mi novia Oliver, sólo que quiere que le cuente de que nos conocemos tu y yo. Y le he dicho que no podía contárselo. Lleva así desde ayer.

—No irás a...—intentó decir algo inquieto. Me levanté de la cama.

—No, tranquilo. No voy a contarle nada, pero me molesta que se comporte así conmigo. No sé porqué es así, debería entenderme. debería valorar que...

—Está celosa, Nick, no le des más vueltas.

—Ya, ya, eso ya lo sé, me he dado cuenta. No sé, y aparte de eso, ¿vosotros habéis tenido alguna vez algún problema?—Oliver se acercó a la repisa de la ventana y se quedó allí sentado un momento observándome. De algún modo me daba las gracias con su mirada por guardar nuestro secreto.

—El año pasado, antes de empezar a salir con Jane, Emily me gustaba —intuía que algo de eso había pasado. No entendía esa animadversión tan exagerada hacia Oliver sin que me diera motivo alguno.

—Pero, ¿qué pasó?

—¿Cómo que qué pasó?

No entendía por qué se extrañaba. Algo tenía que haber pasado entre ellos porque no comprendía esas reacciones tan airadas de Emily cuando mencionaba a Oliver. Hasta ayer cuando nos vio saludarnos no supe que no era normal ese cabreo. Es que tenía que entender que le guardara el secreto al chico, y ya no porque fuera él, sino porque lo hubiera hecho con cualquier persona que me confiara algo personal.

—No sé, la noto distinta cuando te mencionamos.

—Bah, no hagas caso.

—Es que la necesito Oliver, me he acostumbrado a estar siempre con ella y ahora...

—Mañana se le habrá olvidado, ya lo verás.

Estuvimos hablando durante un buen rato. Fue genial ver su otro lado. Nada que ver con la sombra que me encontré al llegar al pueblo, o con el

chico desconsolado que buscaba ayuda, era lo que tenía que ser. Dos amigos siendo eso mismo.

Me hizo gracia pensar que Emily pudiera estar celosa de Jane Chambers. Tampoco quise saber demasiado, o parecer que quisiera hacerlo. Supongo que se le pasaría pronto el enfado y haría lo posible para que me contara el porqué de todo lo referente a Oliver.

Era fácil pensar que acostumbrada a que todos los chicos suspiraran por ella, que Oliver hubiera visto un difícil camino y hubiera preferido tomar rutas más sencillas. No sé, son pensamientos que me vienen a la cabeza.

Vi a Oliver feliz, al menos sonreía y me gustó verlo así aunque lo que quiso hacer aquel viernes por la noche fue egoísta. Desaparecer era el camino más fácil. Pienso eso después del hecho de perder a una madre que no quería desaprovechar su vida pero que por circunstancias más allá de su propia voluntad tuvo que marcharse. A eso se limitaba la vida.

No podía actuar como si tuviera unos fuertes sentimientos de amistad con ese chico, pero algo me decía que iba a permanecer en mi vida por mucho tiempo. No sé cómo explicarlo, llámalo intuición o llámalo como quieras pero sabía que no me estaba equivocando con él.

Lo miraba atentamente, sentado frente a mí, tan sólo iluminados con la pequeña lámpara de mi mesita de noche. Gesticulaba, reía, hablaba sin parar contándome mil y una historias sobre el instituto y la gente de allí. Sus amigos, las chicas de la clase, lo que solían hacer en el pueblo.... Aunque Emily ya me había puesto al corriente de muchas de esas cosas, pero aún así, no me importaba escucharlo de nuevo.

Me sentí arropado por ese chico con el que apenas intercambiaba palabras en el instituto, pero con el que tenía un estrecho vínculo fuera de él. Así eran las cosas. Tampoco pedí nada más, la vida hace que las cosas funcionen como están establecidas, pero afortunadamente, nunca nada pasa desapercibido para el destino ni para los cambios que éste provoca.

Intenté tensar un poco la cuerda y sacarle el tema de conversación de su familia pero era bastante reacio. Me contó que su padre se iba a cazar un fin de semana al mes con unos amigos que conoció en Corea y con los que mantenía una buena relación. Tampoco quiso decirme más, pero poco a poco,

me sentí satisfecho de que comenzara a hablarme de ello.

Sigo pensando una y otra vez cuál puede ser el motivo de todas sus preocupaciones y su miedo. No sabía si su padre le pegaba a su madre, si le pegaba a él, a su hermano o no tenía nada que ver con la violencia, pero claro, si no era así, tampoco entendía que circunstancias le habían conducido al puente aquella noche. ¿Cuál era el motivo real?

Se marchó pronto por el mismo sitio por donde había entrado, y aunque volví a bromear con el hecho de que podía irse por la puerta como la gente normal, prefirió deslizarse fachada abajo. Le encantaba hacer esas cosas.

Miércoles, 18 de Marzo 1959

Nada fuera de lo habitual para ser miércoles salvo que Emily no vino a clase. Estuve pensando en ella prácticamente todo el día. Imagino que se habría quedado ayudando a su padre.

Estábamos teniendo una mala semana, o llovía mucho, o chispeaba, pero no daba tregua al sol para que apareciera y al salir de clase, tras una mañana nublada, comenzó a llover, no con demasiada fuerza, pero lo hacía. —Vaya, otro día más sin salir.

Bajé un momento al porche y me quedé allí sentado en el banco que teníamos junto a la pared. Si hubiera sido una calle más concurrida hubiera tenido su gracia pasar la tarde allí viendo a la gente cruzar, pero justamente desde mi casa, como mucho, podía ver la camioneta de los Kenner, una chevrolet 3100 del 55 o a la madre de Emily regresando del trabajo; vaya diversión para una tarde como esa. Sin llegar a esperármelo levanté mis ojos del ejemplar número cinco de Mundos Extraños y vi a Emily sobre los escalones. Me incorporé enseguida.

—Emily—la miré fijamente. Estaba triste, lo vi en sus ojos. Me acerqué rápidamente y le di un abrazo. Al principio se mantuvo un poco fría sin responder a mi gesto, pero rápidamente me abrazó de la misma forma—Perdóname.

—No, perdóname tú a mí—se refugió en mis brazos.

No era mi novia, simplemente mi amiga. La única persona que me

había aceptado al llegar a ese pueblo tal como yo era. Nos sentamos en el banco y hablamos sin parar, nos habíamos echado muchísimo de menos durante esos dos días y estoy seguro de que a pesar de que ella me dijera que notaba que le faltaba algo, a mí me faltaba mucho más.

—Realmente he de entender lo que me dices, Nick, y lo entiendo, sólo que me fastidia no formar parte de ello pero tengo que comprender que tú también empiezas a hacer tu vida y no voy a participar de todo lo que hagas.

—Emily, quiero compartir todo lo que pueda contigo eso no es problema pero el día que conocí a Oliver, fue en una circunstancia bastante difícil de contar y bueno, lo que me dijo en ese momento me pidió que no se lo dijera a nadie—.

—¡Nick!—me gritó ella con una tibia sonrisa. Me sorprendí un poco, sonriendo del mismo modo.

—¿Qué?

—Que no me digas esas cosas...

—¿Por qué?

—Hombre, sabes lo que me gusta alcahuetear. Te recuerdo que me llamaste cotilla y me quieres dejar con toda esa intriga.—Tenía toda la razón.

—Perdóname Emily, no debí haberte dicho nada—bromeé.

—Tranquilo. Me sentí un poco celosa, la verdad.

—Pues no sé por qué, no tiene nada de malo que le haya conocido con la relación que tengo contigo, tú eres mi amiga y a él lo conozco menos. Aunque tengo que decirte que no me parece tan mala persona o tan idiota como me dijiste.

—No es que sea un idiota, sólo que es un poco superficial—yo negué con la cabeza. Ella me miró algo extrañada.

—Nick, ¿cómo que no? ¿No te acuerdas de tu llegada al instituto? Vale que Simmons es el más capullo de los tres, pero ¿en serio te crees que si no hubieras conocido a Oliver hubieran parado de molestarte?

Esa camuflada afirmación en tono de pregunta tenía su parte de razón,

aunque realmente pararon antes de lo del puente. Bueno, no del todo si tengo en cuenta lo de las ruedas de mi bici, pero ¿cómo explicarle la sensibilidad que encontraba en las palabras de Oliver aquellos últimos días?

—Tienes parte de razón Emily, pero en serio, es un buen chico. Pensaba que iba a ser diferente.

—Sí, bueno, no es tanto como a lo mejor te lo había pintado, pero yo que sé, no me gusta cómo se comportan con la gente, Nick, antes no era así.

—¿Antes exactamente de cuándo? Porque me lo dijiste pero el que haya cambiado de forma de ser ha tenido que ser por algo.

—Ya te lo dije, pero no sé, imagino que al poco de volver su padre de la guerra, no sé. De todas formas tampoco salía mucho con Simmons y Hartley antes. Fue a partir de ahí creo, se juntaron y Oliver cambió radicalmente, aunque ya te digo que de los tres es el más normal.

—Noté que no te caía demasiado bien, imagino que por algo personal, Emily.

—No, bueno... ¿Te ha dicho algo?—negué con la cabeza. Pero le sonreí.

—Te lo ha dicho—se sonrojó.

—No me ha dicho nada pero ahora que se te ha escapado a ti...

—No fue nada, Nick, antes de que saliera con Jane estuvimos hablando unos meses. Sabía que le gustaba y él a mí, pero un día me enteré que empezó a salir con Jane y dejamos de hablar, sólo fue eso—entendí entonces las reacciones por parte de ambos.

A partir de entonces, mis momentos con Emily volvían a ser los mismos. Ir a clase por las mañanas, salir con las bicis por las tardes y disfrutar de nuestros casi dieciséis años. Apenas vi a Oliver aquellos días salvo en el instituto. Supongo que estaría bien. Puede que las cosas se hubieran arreglado. De cualquier modo, me preguntaba qué tal le iría. Sé que fueron sólo unos días pero cuando conoces a alguien así parece que siempre quieras saber de él.

Viernes, 20 Marzo 1959

El viernes por la noche Emily me llevó a dar una vuelta, pero esta vez no fuimos en bici, fuimos a pie. Me enseñó un lugar cerca del autocine, una antigua fábrica desde la que se podían ver las películas aunque el sonido no fuera demasiado bueno. Había más gente por allí, no sólo Emily conocía el lugar y tampoco nos interesó mucho la película, así que continuamos con nuestra ruta.

Se supone que Creek Lane es una colina donde suelen ir las parejas a enrollarse, aparcan sus coches uno al lado del otro, ponen música en la radio, y se quedan allí dentro. La colina del amor la llamaban los chicos. Me hacía mucha gracia ese nombre.

—¿Pero a dónde me llevas?—no tenía ni idea de a dónde nos dirigíamos, nos orientábamos únicamente por la tenue luz de la luna.

—Ahora verás—sonrió mientras se ayudaba con los troncos de unos árboles para bajar por una especie de barranco no demasiado pronunciado. Yo la seguía muy de cerca. Estaba demasiado oscuro por ese lado. Llegamos hasta abajo, y frente a nosotros apareció una hilera de coches aparcados uno junto al otro.

—Ahí la tienes, Creek Lane. La colina del amor—se moría de risa.

—Pero, ¿qué hacemos aquí?

Sencillamente, no entendía que estaba haciendo en aquel lugar, era aburrido estar en un sitio como esos. La seguí porque no tenía más remedio pero seguro que si me lo hubiera propuesto antes de salir de casa me hubiera negado rotundamente.

—Ahora verás—se apostó junto a unos arbustos que nos resguardaban totalmente de la visión de los coches. Me coloqué de la misma forma. Emily se agachó al suelo, recogió una piña seca, de las muchas que habían caído de los árboles, y la lanzó con fuerza contra el capó de uno de los vehículos. Se agachó de inmediato, y yo, sin dar crédito a lo que había hecho, me escondí de igual manera.

—Pero, ¿estás loca?—le espeté sin poder evitar una carcajada. Ella rio también colocándose la mano en la boca. De repente, desde nuestro escondite, pudimos oír cómo se abría la puerta de un coche y alguien salía.

—¡Malditos! ¿Ya estamos otra vez?—Nosotros ni nos inmutamos, con una descarada sonrisa recorriéndonos el cuerpo. Por lo visto no era la primera vez que Emily hacía lo mismo. ¿En serio?

Si algo caracterizaba a Emily era que no era una chica como las demás y de alguna manera tenía que sorprenderme llevándome a ese lugar. No encajaba con la idea que tenía de ella el que para divertirse un viernes por la noche tuviera que ir a aquel sitio. Sin lugar a dudas me demostró que estaba equivocado.

—Deberías probarlo, es como si...—la agarré de la mano y comenzamos a andar a tientas bordeando los altos arbustos que separaban el pie del barranco de la carretera que circundaba la montaña—...nos fueran a pillar.

—Venga, vamos—la arrastré fuera de allí.

—Espera—se soltó de mi mano y nos detuvimos. Se asomó con cuidado viendo desde allí, como el chico volvía a meterse en su coche y vio la camioneta de Oliver frente a nosotros.

En esta zona donde nos acabábamos de detener, los coches estaban más distanciados unos de otros y también estaba más oscuro. Era algo incongruente que la mayoría de los coches estuvieran en la zona donde aún había farolas que iluminaban la carretera, y que allí, donde se encontraba el coche de Oliver, apenas hubiera vehículos. Lo lógico era que si alguien quisiera más intimidad, estuviera en las zonas más apartadas. En fin, así era Fairmont.

—Mira quién está ahí—.Inevitablemente tuve que mirar hacia los coches pero tampoco es que me sorprendiera demasiado que la camioneta del padre de Oliver estuviera allí.

—Tírale una piña, venga.

—No.

—Por favor.

—Que no—ella se agachó al suelo, cogió una y la lanzó contra el capó. Nos agachamos otra vez—Estás loca, pero de atar—no pude evitar reírme.

—¡Mal nacidos! ¡Salid de ahí!—gritó Oliver saliendo de la furgoneta mirando hacia donde estábamos. Nosotros podíamos verlo entre las ramas de los arbustos, que crecían lo suficiente para cubrirnos por completo, estaba enfadado, se quedó allí afuera mirando, intentando encontrarnos, pero no podía vernos. De repente, Emily le lanzó otra piña y echó a correr barranco arriba.

—Pero, ¿qué haces?—me enfadé—Nos va a ver—Oliver vio perfectamente desde dónde salió.

—Os voy a...—echó a correr en nuestra dirección.

—Emily, ¡maldita sea!, nos va a pillar—intenté seguirla resbalando entre las piedras. Ella intentaba cogerse a los troncos, de la misma forma que yo, pero subir por allí no era tan fácil como bajar.

En escasos minutos, Oliver había saltado por entre los arbustos, y nos vio subiendo por el barranco, creo que no nos reconoció y que sólo vio dos sombras intentando escapar. Emily tropezó y cayó. Intenté cogerla.

—Venga, corre—le ayudé a levantarse. Ella todavía estaba riéndose—Emily, para, en serio, nos va a coger.

—¡Os voy a matar!—Escuchamos a Oliver trepando por donde nosotros lo hacíamos. Nos apresuramos a subir y cuando llegamos arriba comenzamos a correr camino abajo como si la vida nos fuera en ello. Precisamente en ese instante en el que necesitábamos la tenue luz que anteriormente nos alumbraba, las nubes dejaron paso a una intensa luna. Vaya mala suerte. Oliver llegó hasta arriba y nos vio corriendo ladera abajo. Se quedó allí, de pie, sonriendo al descubrir que éramos nosotros.

—¡Serán!...—no pudo evitar sonreír.

Corrimos y corrimos hasta adentrarnos entre aquellos bosques. Ella no paraba de reír y aunque yo me enfadé un poco, también fui partícipe de ese divertido momento. Oliver no se esperaba para nada que casi le dieran con una piña en la cabeza. Vaya puntería. Le abronqué, pero se lo tomó a guasa. Aunque no quiera asumirlo tengo que reconocer que fue gracioso, pero viéndolo desde una distancia prudencial. No pensaba lo mismo cuando Emily se cayó y casi resbalamos los dos, eso hubiera sido más divertido, si los dos hubiéramos resbalado y hubiéramos caído encima de Oliver, su cara hubiera sido indescriptible. Fuimos derechos a casa.

El sábado pasamos el día en Summon Creek y el domingo Emily nos ayudó a mi padre y a mí a vaciar el sótano. Los antiguos inquilinos habían dejado un montón de cosas inservibles y mi padre quería aprovechar una parte para construirse un laboratorio fotográfico. Había conseguido una kodak de 35mm y quería aprender a usarla. Necesitaba algo más que la escritura y la lectura para dar rienda suelta a su imaginación.

Estaba demasiado cansado para no caer rendido en la cama en el instante en el que mi cabeza golpeará la almohada, salvo porque mi amigo atravesó la ventana de mi habitación pasadas las once y media de la noche cayendo de bruces contra el suelo.

—¡Eh!¿Qué pasa?—se incorporó ensangrentado. Encendí la luz de la

mesilla de noche.

—No, no—se intentó cubrir el rostro, pero era tarde, la sangre le goteaba por la barbilla.

—¡Papá! ¡Papá!—grité levantándome de la cama.

—No, Nick. Cállate, por favor—estaba muy asustado. Pude verle entonces. Se apartó las manos de la cara sujetándome e intentando que me callara. De pronto, la luz del pasillo se encendió. Oliver no sabía qué hacer.

—¡Ya está bien!—escuchamos la voz de mi padre acercarse. Oliver se quedó inmóvil y por un instante pensó en volver a deslizarse ventana abajo, pero no tuvo tiempo de hacerlo, mi padre entró en la habitación y lo vio allí de pie con sus tejanos manchados con gotas de sangre, su camiseta blanca teñida de ese color, sobre todo la parte del pecho y la nariz. Cogió a Oliver, le levantó la barbilla para ver como tenía la hemorragia. Le acompañó al baño e hizo que se lavara toda aquella sangre.

—Nick, quedaos en tu habitación, dale algo de ropa y que se quede contigo—se metió en su habitación maldiciendo y comenzó a cambiarse. Oliver y yo guardamos silencio. Oliver se limpiaba toda la sangre, aún con los ojos húmedos. No tenía la nariz rota, pero el golpe había sido fuerte. Escuchamos entonces a mi padre bajando las escaleras a toda prisa.

—No, no—Oliver salió a toda prisa e intenté sujetarlo pero apenas podía, bajó detrás de mi padre y yo detrás de ambos.

—Ese mal nacido no puede estar haciendo continuamente lo que quiera—murmuraba mientras salía por el porche de casa. Oliver le alcanzó.

—No, señor Hamilton, no por favor. No vaya. Por favor—repetía una y otra vez, intentando cogerle del brazo y detenerle, pero cuando a mi padre se le metía algo entre ceja y ceja...

—Papá—parte de mí quería que mi padre se enfrentara a ese hombre y que dejara de hacer daño a Oliver y otra parte quería que se mantuviera alejado de ese tipo de gente. Un padre que es capaz de golpear a su hijo, no merece tener a nadie a su cargo.

A pesar de que Oliver y yo nos esforzamos en detenerle no sirvió de nada. Subió las escaleras del porche de la casa de Oliver y golpeó la puerta

varias veces. Se escuchaban los ladridos de su perro y Oliver se llevó las manos a la cabeza, estaba asustado. Vi el miedo en sus ojos.

—Por favor señor Hamilton, váyase a su casa y hágame caso—Oliver intentaba protegerlo todavía con restos de sangre por la cara.

—Nick, quedaos a un lado—. Los pasos y las voces que daba Joseph Kenner al acercarse hacían presagiar lo peor y abrió la puerta enfadado. Vestía un pantalón negro con los tirantes caídos. Por el aspecto que llevaba y el tono de voz, no parecía estar demasiado sobrio. Al fondo, por detrás, podíamos ver a su madre que entre sollozos, mantenía las distancias.

—¿Quién es a estas horas?—nos vio a los tres allí y su primer impulso fue agarrar a su hijo por el cuello e intentar meterlo dentro de casa—Tú, entra dentro de casa. ¿Qué horas son estas de estar por ahí?—. Mi padre se abalanzó sobre el brazo de Joseph Kenner e impidió que agarrara a Oliver.

—Suéltelo mal nacido. ¿Por qué no se mete con alguien de su tamaño? — Joseph, lleno de rabia golpeo a mi padre en la cara, lanzándole contra el suelo del porche. El perro ladraba, sin querer entrometerse en la escena, parecía que le tuviera pánico a aquel hombre.

—¡Usted métase en su vida! y no venga aquí a dar lecciones de nada— permaneció unos instantes en umbral de la puerta. Mi padre, en el suelo, lo miraba enojado mientras Oliver y yo nos habíamos lanzado contra el señor Kenner, tratando de evitar que volviera a acercarse a él.

Todo fue muy rápido. Un intercambio de insultos, un golpe seco y mi padre en el suelo. Nosotros intentábamos que aquello no continuara, cuando la madre de Oliver, Vivianne, salió a contener a su marido, sin que tuviera mucho éxito en esa tarea.

—Oliver, por favor, entra en casa—dijo ella entre sollozos.

—Voy a llamar a la policía.—le increpó mi padre levantándose.

—Venga, ¿no quería que me metiera con alguien de mi tamaño?— continuó Joseph tensando la cuerda. Fui hacia mi padre y me quedé con él ayudándole a levantarse—Y tú entra dentro, joder—dijo empujando a Oliver dentro de la casa apartando al perro de una patada y cerrando de un portazo. Nos quedamos allí afuera. Me puse a llorar al ver a mi padre de esa forma.

Me agarró con fuerza, en silencio, y me llevó a casa, a su lado. Vi la silueta de Emily en su ventana y la de sus padres, en la planta superior de su casa. Apagaron la luz cuando cruzamos por allí delante. Fue una larga noche.

Llamó a la oficina del sheriff nada más llegar a casa. El alguacil Derrick se personó aparcando el coche frente a nuestra casa. Mi padre le contó lo que había pasado respaldado en todo momento por mi testimonio.

Me sentí algo incómodo, no quería que Oliver tuviera problemas por mi culpa e intenté ceñirme a aquella noche sin indagar en nada más. De cualquier modo, mi padre me lo puso bastante fácil, apenas me pidió que dijera nada, tan sólo apoyarle con el numerito que el padre de Oliver dio en la puerta de su casa. Tras escuchar nuestra versión el alguacil fue a casa de los Kenner para volver aquí una media hora más tarde.

Mi padre se había puesto un poco de hielo envuelto en un pañuelo para que le rebajara el hinchazón que tendría al día siguiente en la cara. Estábamos los dos sentados en la sala de estar. Yo había estado asomándome cada dos por tres por entre las cortinas de la ventana. Cuando vi que salía de allí se lo dije a mi padre que se incorporó del sillón esperando a que regresara. Llamó a la puerta y entró. Nos estuvo contando lo que, según él, había sucedido y mi padre no daba crédito.

Dio vueltas por la habitación ante la atenta mirada del alguacil y mi perplejidad. Peter Derrick nos contó que lo que había sucedido era que Oliver se había golpeado con una pared al resbalar con las escaleras. Que efectivamente, habían discutido el señor y la señora Kenner y que Oliver se enfadó, subió corriendo a su habitación y tropezó con las prisas y la agitación del momento.

—¡Es de locos! ¡De locos!

—Ha dicho que no le va a denunciar porque quiere mantener sus problemas familiares como lo que son, familiares.

—¿Denunciarme? ¿A mí?

—Señor Hamilton, por favor, tranquilícese.

—Si ha sido él el que me ha agredido—Mi padre no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—El señor Kenner argumenta que usted se ha presentado en su casa avasallando, acusándole de maltratar a su hijo—Hasta ahí llevaba la razón, pero ¿realmente Oliver había mentido?

—¿Qué ha dicho el chaval?—el alguacil negó con la cabeza.

—El chico ha respaldado la versión de su padre.

—¡Ese golpe no ha sido un accidente!—mi padre estaba fuera de sí.

Subí a mi habitación y me encerré. Me tumbé en la cama enfadado conmigo mismo. Lo pagué con Oliver, pero al mismo tiempo no podía echarle las culpas de lo que había sucedido, son tantos los misterios que esconden siempre sus palabras que todavía no soy capaz de saber al cien por cien qué es lo que pasa dentro de aquellas cuatro paredes.

Siempre ha estado presente el fantasma de la figura de su padre pero siempre he sido yo el que lo ha insinuado o él me ha dejado entrever algo, pero sin llegar a confirmármelo. No le conté a mi padre lo del puente de Fairmont Hill por miedo a que pudiera hacer lo que ha hecho esta noche, y mucho menos ahora. Sigo pensando que su padre es el causante de todos sus problemas.

Me hubiera gustado que se hubiera plantado y hubiera dicho la verdad. Desde luego que no se había golpeado contra una pared, nadie podría llegar a creerse eso y me encendía sólo pensar que en esos instantes iba a estar encerrado en su habitación, llorando, incapaz de volver a trepar por esta ventana.

Empezaba a conocerlo poco a poco y sé que no quería volver a pisar esta casa si eso conllevaba meter a mi padre en problemas de nuevo. Tenía que hablar con él como fuera. Supongo que al día siguiente en el instituto, o no sé cuándo. Me sentía tan impotente que no sabía cómo asimilarlo.

No pude pegar ojo en toda la noche, mi padre no fue a trabajar porque llevaba la cara bastante hinchada y llamó al instituto para informar de que estaba enfermo. Por supuesto, todo el mundo en el pueblo supo lo que había pasado.

Lunes, 23 Marzo 1959

Fui con Emily al instituto en autobús y le conté todo lo que había sucedido. Me confirmó que tanto ella como sus padres nos vieron la pasada noche acercarnos a casa de los Kenner, lo que ocurrió en su porche y que después vio al alguacil Derrick llegar. Me hubiera gustado que me dijera que sus padres hablarían con la policía o que ella apoyaría la versión de mi padre... pero las personas en este pueblo sólo sabían mantenerse en silencio de puertas afuera. Podían chismorrear todo lo que quisieran pero nunca dar la cara. Yo lo único que quería era ver a Oliver, llegar al instituto y hablar con él, pero no vino en todo el día, su ausencia aún me puso más nervioso.

Jueves, 20 Octubre 1983

Convencimos a Oliver de que lo mejor era hablar con el sheriff Davis y con el agente del FBI y contestar a las preguntas que tuvieran que hacerle, era cuestión de tiempo el que sucediera, así que cuanto antes mejor. Emily se ofreció a llevarnos pero decliné la oferta ante la inquietante mirada de Oliver. No entendía por qué quería que hiciéramos el trayecto en dos coches diferentes pero tampoco le importó demasiado.

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que tu madre ha dicho que tu padre desapareció la mañana del 18 de abril después de desayunar todos juntos. Se marchó de casa y ya no volvió.

—¿Cómo?—Casi detiene el coche. Continuó más despacio.

—Es lo que le han dicho a la policía. Me lo ha dicho Emily y por eso quería estar a solas contigo un rato.

—¿Y qué se supone que tengo que decir yo? Estaba en tu casa, Nick— me miró intranquilo, nervioso.—¿Lo ves? Por esto no estoy listo. No estoy preparado para ir.

—Di lo mismo, Oliver, lo mismo, que te despertaste ese sábado, que desayunasteis como todos los días y se fue, ya está. No le des más importancia, si se la das es cuando sospecharan de que estás mintiendo.

—Entonces digo eso, ¿no?

—Es lo mejor. De cualquier forma, para ti es un día más de hace veinticuatro años, no tienes porqué acordarte de todo.

—Hombre, es el día en que desapareció mi padre. Cualquiera se acordaría de una fecha así. ¡Madre mía! Es que nadie que nos conozca va a creerse eso, Nick—empezó a ponerse nervioso.

—Mira,—le agarré por el brazo para qué se calmara—Ya sabes cómo son las cosas en Fairmont. Cuando le pregunté a Emily me dijo eso con total tranquilidad y ella sabe perfectamente los gritos que había en tu casa continuamente. Nadie dijo nada la noche del 17 de abril Oliver y si nadie dijo nada entonces nadie lo va a decir ahora, así que di lo mismo que ha dicho tu madre y ya está. No le des más vueltas. ¿Qué le vas a decir sino? ¿Qué oíste dos tiros en el bosque? ¿Quién se va a creer eso? Mantén la calma y ya está, y tranquilo que yo voy a estar contigo.

No tardamos demasiado en llegar a las dependencias de la Policía de Fairmont. Prácticamente se mantenía como cuando vivíamos allí, aunque habían reformado gran parte de la fachada y habían colocado una valla de madera alrededor del recinto.

Tanto Oliver como yo hicimos un recorrido por nuestro viejo Fairmont cruzando sus calles, todo seguía en la misma línea por mucho que se camuflara de otros tonos y colores. Seguía siendo aquel lugar que continuaba anclado en la falsa sociedad de entonces.

Dejamos los coches justo al lado de la comisaría y los tres fuimos hacia allí. El día era bastante frío y algunos nubarrones comenzaron a asomar ocultando el cálido sol de la mañana. Se cruzaron con nosotros dos mujeres de unos 60 años más o menos, ambas se fijaron en Oliver y posiblemente le reconocieron. No había cambiado demasiado. Su cara era un claro reflejo del pasado y sabía que tarde o temprano la gente del pueblo sabría que estaba allí de nuevo. Eso ya era algo que no podría detener.

Entramos en las oficinas. Dejamos que Emily que conocía a la secretaria y al alguacil entrara a hablar con el sheriff. Nos esperamos al lado de la puerta junto a unos sillones mientras escuchábamos el tecleo de la máquina de escribir de la secretaria. Oliver no dejaba de mirar por los cristales. Se sentía observado y aunque nadie le mirara, intentaba buscar

rostros conocidos, caras cercanas entre las pocas personas que cruzaban por la calle. Unos minutos después, Emily salió por un pasillo con el sheriff Davis.

—Señor Kenner, buenos días—.El sheriff le estrechó con fuerza la mano a Oliver—Siento su pérdida—asintió con la cabeza en silencio. Me presenté y los tres le seguimos hasta el interior de una sala.

—Este es el agente del FBI, Luke Barren—Luke se levantó y se dirigió hacia ellos. Era una sala pequeña, una oficina con dos mesas y sus correspondientes sillas, una pizarra en mitad de la pared parcialmente escrita con una caligrafía ininteligible, varios dossiers e informes en una de las mesas junto con unas cuantas fotografías de los restos encontrados de Joseph Kenner y una máquina de escribir frente a la que se encontraba el agente.

—Señor Barren, este es Oliver Kenner, el hijo mayor del fallecido—Emily sintió que tenía que ser ella la que lo presentara. Tal vez quisiera cobrar ese pequeño afán de protagonismo que le concedía el ser una buena periodista.

—Encantado de conocerle señor Kenner. Pensaba que sería incapaz de encontrarle.

Prácticamente el sheriff se desentendió de nosotros, se limitó a salir de la habitación y dejarnos con Luke Barren. Apenas quedaba más que retroceder veinticuatro años atrás.

—¿Les importa si me quedo con el señor Kenner un momento?—nos sonrió el agente acercándose a la puerta y abriéndola para que nosotros saliéramos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Tragué saliva e intenté disimular. Emily le devolvió la sonrisa de la misma forma que hice yo. Oliver me miró inquieto intentando mantener el tipo. Emily y yo salimos de la estancia y nos acercamos a la entrada de la comisaria, nos quedamos allí sentados en las butacas en las que había estado antes hablando de nuestras cosas, del tiempo que hacía que no nos veíamos y de su vida en el pueblo. Yo le escuchaba sin dejar de mirar una y otra vez al pasillo por el que habíamos salido. Buscaba a Oliver continuamente pero no se escuchaba movimiento alguno. Estuvimos más de media hora allí sentados, Emily me contó tantas cosas que perdí la cuenta, además ni siquiera le estaba prestando

demasiada atención. Me limité a mantener el hilo de la conversación y a ver pasar las agujas del reloj que colgaba en la pared de la sala. Pasados unos minutos me puse en pie y Emily hizo lo mismo. Vimos a Oliver salir por el pasillo sonriente en compañía del agente. Me sorprendió gratamente la soltura con la que vi a mi amigo desenvolverse y más teniendo en cuenta los nervios que traía al principio. Fuimos hacia ellos pasando por delante del alguacil y la secretaria.

—Discúlpenme, quería tomarle declaración como es debido—yo suspiré. Si él supiera lo que estaba pensando en ese mismo instante... pero Oliver me miró tranquilo, me sonrió de igual manera y de pronto, esa sonrisa desapareció. Su mirada se volvió fría e intensa, sus ojos comenzaron a sentir miedo y el gélido azul de ojos, se hizo añicos en cuestión de segundos.

La puerta de la comisaria se abrió y entraron Vivianne Kenner y su hijo Robert. Emily y yo nos quedamos petrificados. Vimos la mirada de Vivianne, su fragilidad, la agresividad en los ojos de Robert, que no dudó en abalanzarse violentamente contra su hermano ante el estupor de su madre.

—¡Maldito, mal nacido! ¿A qué has venido ahora? ¿A qué has venido?
—Luke le detuvo de inmediato separándolo de su hermano al tiempo que Emily y yo echábamos a Oliver hacia un lado. El alguacil que estaba allí sentado ayudó a Luke a contener a Robert y el sheriff salió de su oficina intentando poner orden frente a aquella situación.

—¿Qué está pasando aquí?

Robert se volvió rápidamente junto a su madre, que estaba siendo ayudada por la secretaria. Oliver comenzó a derrumbarse sin pronunciar palabra alguna. Le agarré fuertemente del brazo y en compañía de Emily le llevamos hacia los baños que estaban a un lado de la sala. Vivianne no podía apartar la vista de su hijo, que cabizbajo intentaba encontrar una salida. Cuando entramos en los lavabos, Emily salió, conocía bien a los Kenner así que si Oliver mantenía la calma conmigo ella intentaría tranquilizar a Robert.

—Nick, por favor, sácame de aquí—Estaba temblando. Yo no sabía qué decirle. Creía que tenía palabras para todo, pero para aquello no.

—Oliver, tranquilo. Estoy aquí contigo.

—Nick, tienes que sacarme de aquí, no puedo tenerla delante—me miró fijamente con una mezcla de inseguridad y miedo incapaz de describir.

Su madre estaba sentada en una de los sillones. La secretaria la abanicaba rítmicamente mientras Luke, el sheriff y Emily intentaban calmar a Robert que parecía algo menos nervioso. Desde el interior del lavabo podían escucharse los insultos que estaba profiriendo, cuyo tono era cada vez más débil. Pasados unos minutos, el agente Barren entró en el baño.

—Oliver, siento lo ocurrido. Al parecer... alguien llamó a su madre... diciéndole que estaba aquí.

—Vaya con que nadie hablaba en Fairmont—pensé en ese instante, pero no dije nada. Me limité a escuchar.

—Por favor, no quiero verlos. ¿Puedo salir por otro lado?—Luke se llevó la mano a la barbilla, pensando, buscando una solución y no supo qué contestar.

—Vamos a ver, tenemos en la parte de atrás...

—Lo que no quiero es salir de aquí y verla—Luke guardó silencio unos instantes y salió.

—Dios mío, Nick. No voy a poder con esto—comenzó a decir mientras caminaba nervioso en círculos a mi alrededor—No puedo enfrentarme a ella, tenerla delante de mí y pensar que es mi madre, que por su culpa...—Emily entró unos minutos después.

—Vámonos de aquí, venga—nos sacó del baño y nos llevó por la puerta principal hasta nuestro coche. Salimos rápidamente. Vimos unos cuantos grupos de mujeres en la acera de enfrente observando desde allí, pero nos metimos en el coche y fuimos camino del motel. Oliver estaba pálido, apenas podía hablar. Dejó que yo condujera y Emily nos siguió con su vehículo.

—Jess, no, no te imaginas el numerito que me han montado esta mañana en la oficina del sheriff.

—Lo que tienes que hacer es zanjar eso rápidamente y volver a

Washington. Eso es un puñetero pueblo en el culo del mundo, Luke. Ya sabes porque te han mandado allí.

—¿Qué quieres que haga si mi padre toda la vida me ha estado haciendo lo mismo?

—Precisamente. Siempre te quejas de que no te enfrentas a él, de que todos los casos en los que trabajas son del mismo tipo, nunca sales de Washington y cuando lo haces es para perder el tiempo...

—Esto parece una reunión familiar mal avenida en torno a los restos de un hombre que fue asesinado hace veinticuatro años. Lo que no entiendo es porque quieren llevarlo en secreto y no dejar que trascienda.

—Te llamo a la noche Luke, y hablamos que ahora tengo que salir.

Colgué le teléfono de la mesilla al lado de la cama y me senté unos instantes a pensar en todo lo que había sucedido aquella mañana. Sí, como le había dicho a Jessica, una familia mal avenida. Posiblemente una disputa que acabó con dos tiros en la cabeza.

Por un lado, una viuda desconsolada con su hijo menor, que al ver a su primogénito después de mucho tiempo casi se desmaya. Un hermano queriendo atizarle al otro. Los restos del padre asesinado y que, supuestamente, desapareció una mañana de abril de 1959. Aparte de esto, nada ni nadie más que arroje algo de luz en el caso. Lo único en lo que puedo profundizar es en el porqué su hermano mayor acabo marchándose. Lo veía negro, lo viera por donde quisiera verlo.

Para colmo, el sheriff apenas me ayudaba en nada. Cuando llegué me cedió toda la responsabilidad y se quedó al margen, me limitaba a mantener conversaciones telefónicas con el antiguo sheriff y ver a algunos coetáneos al 59 que conocían a la víctima, y poco más. Me sentía hastiado después de haber conocido a ese chico, dándome cuenta de que allí, en Fairmont, poco había que rascar. El pueblo estaba igual de muerto que los restos que habían encontrado.

Cerré con llave la habitación del hotel y salí con mi coche en dirección a la propiedad de Clinton Roberts, alcalde de Fairmont durante el periodo en el que Joseph Kenner desapareció. Me había invitado a comer y no podía

rechazar aquel tipo de invitaciones. Odiaba la comida de los bares de carretera y sentirme marginado en ese pueblo del demonio. Me puse rumbo hacia allí y con un poco de suerte quizás pudiera decirme algo más sobre la familia Kenner.

—Nick, quiero que volvamos a Baltimore.

—Ni de broma Oliver. ¿Qué quieres estar así toda tu vida? Ya has dado un gran paso. Ya los has visto, y ya saben que estás aquí.

—¿Y ahora qué?—era como si esperara que yo tuviera respuesta para todo.

—Ahora a esperar, Oliver. Os tenéis que encontrar, eso es algo que sabes que va a pasar, y tienes que hablar con ellos. Tienes que hablar con tu madre, y aunque no quieras hacerlo, Robert tiene que saber la verdad—Oliver negaba con la cabeza.

—¿Cómo que no? ¿No has visto como estaba? ¿No has visto como se te ha tirado encima? Oliver, no puedes permitir que tu hermano piense así de ti. No puedes consentir que viva engañado. Ojalá hubiera tenido yo un hermano pequeño. Tú lo tienes, así que no lo pierdas por miedo a no saber cómo va a reaccionar cuando le cuentes la verdad—Evitaba mantener contacto visual conmigo.

En el fondo, Oliver sabía que tenía razón pero no quería asimilarlo. Había venido a enfrentarse con su madre, hasta ahí todo perfecto, aunque las cosas no habían ido como él esperaba pero otra cosa muy diferente era enfrentarse a su hermano. No sabía que Robert actuaría de la forma en que lo hizo.

Posiblemente esté influenciado por ella, puede ser, hace ya mucho tiempo de aquello. Quizás hablando con Emily pueda sacar algo en claro. Sé, por lo que me contó, que tras la marcha de Oliver dependieron mucho de la familia de Emily y se ayudaron bastante. Robert pasaba mucho tiempo en la casa de los Matthews y posiblemente pueda ayudarnos a manejar la situación; sería bueno que ella mediara entre Robert y Oliver.

Guardé silencio y continué en dirección al Credence Inn. Volvíamos al

motel, había muchas cosas que hacer pero después de lo ocurrido, no creo que Oliver tuviera demasiadas ganas de hacer algo diferente o de encontrarse con cualquiera de su pasado. Por hoy habíamos tenido suficiente.

Fue directo a la habitación. Cerró la puerta y me quedé de pie junto a su coche esperando a que Emily detuviera su vehículo junto al nuestro. Salió momentos después bastante preocupada.

—Nick me siento fatal—Emily me miró a los ojos intentando dar un paso más allá y entrar en la habitación pero la agarré del brazo y la detuve.

—Espera, Emily, déjalo solo, no creo que le apetezca hablar con nadie.

—Cuéntame qué pasó hace veintidós años—ella no sabía con certeza de lo que hablaba—. Me refiero a cuando me dijiste que ayudasteis a Vivianne y a Robert cuando Oliver se fue. ¿Cómo fue aquello? ¿Qué decía Vivianne de Oliver? ¿Cómo se lo tomó? ¿Qué decía de su hijo? Ella se acercó hasta el capó del coche de Oliver, se apoyó en él y me miró.

—¿Por qué crees que reaccioné de la forma que lo hice ayer?

—No lo sé, por eso te estoy preguntando.

—No fue fácil, os fuisteis vosotros y en escasos dos meses Oliver desapareció, Robert lo idolatraba y ni siquiera se despidió de él. Simmons y Hartley tampoco supieron nada de él, aunque ya había perdido relación con ellos, eso ya lo sabías.

—Su madre cayó en una depresión. Imagínate, desaparece tu marido y dos años después tu hijo. ¿Cómo crees que lleva eso una madre? La verdad es que no sé cómo salió adelante. Mi madre la ayudó al principio, la mujer ni se quería levantar de la cama, y Robert... Tenía 11 años, me ocupé de él al igual que me ocupaba de mis hermanos. Ya tenía bastante mi madre con lo que había en casa, pero no pudo dejarla sola. Esas Navidades incluso las pasaron con nosotros. Fue muy triste verla así, pobre mujer. Pero, aún no puedo entender por qué Oliver se marchó de esa forma. No lo entiendo—intentó implicarme en aquella reflexión. Ella sabía que había algo más. Me limité a mirarla pero no le bastó con esa respuesta por mi parte—No vas a decirme lo que pasó para que se marchara ¿verdad?

—Emily, es su vida, si quieres saber algo habla con él, pero no ahora—

los dos nos quedamos callados. Intenté desviar la conversación—Tal vez si hablaras con Robert y mediaras para que intentara tranquilizarse...

—¿Qué medie? ¿Con qué? ¿Qué le digo? Lo único que sé es que se marchó y los dejó tirados. Sé lo mismo que él. ¿Qué le voy a decir? ¿Qué son sus cosas? ¿Qué trate de comprenderlo? ¡Por Dios, Nick!

Era cierto. Eran sus cosas, y por mucha confianza que tuviera con ella seguían siendo los asuntos de Oliver. Se marchó unos minutos después. Me comprendía perfectamente pero aún así necesitaba entenderlo, necesitaba saber lo que sucedió y yo no podía darle una respuesta. Me hastiaba que me lo preguntara continuamente, pero no podía hacer más.

Dejé a Oliver un rato más en la habitación hasta que finalmente entré. Estaba tumbado boca abajo sobre su cama. La luz entraba por la ventana a través de las cortinas y podía ver sus ojos abiertos, incapaces de cerrarse. Me acerqué hasta allí, me senté en un hueco, a su lado y apoyé mi mano en su espalda haciéndole saber que estaba ahí. Sé que lo necesitaba, necesitaba ese calor humano, aquello de lo que había adolecido gran parte de su vida.

—Oliver, vamos, ánimo, tío—no parecía que reaccionara.

—No sé qué hacer Nick—.Estuvo varios minutos en silencio pensando que había tirado la toalla completamente. Me levanté y me tumbé sobre mi cama, apoye la cabeza sobre la almohada y miré al techo.

—Tú sabes todo lo que pasó. ¿Cómo lo hago?

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

Y es cierto, desde fuera las cosas se ven de forma diferente. Puede que quiera lo mejor para mi amigo, que hubiera querido venir con él para acompañarle y darle mi apoyo, pero conforme nos acercábamos más al interior de Fairmont, las cosas no parecían las mismas. Quizás desde Nueva York, alejado de todo esto... es muy fácil poner los puntos sobre las íes y pasar página, pero cuando los sentimientos entran en juego, o eres alguien realmente frío a quien poco le importan las personas o es realmente duro ensamblar tus propios pedazos.

Vienes a un lugar del que apenas quieres recordar su nombre, intentas hacer lo imposible para no cruzarte con nadie, alterar lo mínimo posible tu

vida pero esas son precisamente las cosas que no se pueden controlar, vuelvo a ser ese chico de quince años a su lado, intentando ayudarlo sin saber cómo hacerlo, sin poder darle una respuesta. No puedo ayudarlo a que se enfrente a sus miedos ni tan siquiera aconsejarle cómo hacerlo. Recordaba toda mi entereza y el soporte que él buscaba cuando apareció por mi casa. Todo eso desapareció cuando se encontró con su familia en la oficina del sheriff. Ese fue nuestro regreso a Fairmont. Resoplé. Oliver se incorporó un poco y me miró.

—No sabía que esto iba a ser tan duro, Nick.

—La familia siempre lo es, Oliver. Eso es lo malo, que las cosas siempre parecen mucho más fáciles de lo que realmente son.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Presentarme en la puerta de mi casa, aguantar todo lo que Robert quiera decirme, hablar con mi madre y marcharme de vuelta a Baltimore?—me senté sobre la cama y nos quedamos cara a cara.

—Haz lo que tengas que hacer. Has venido aquí por un motivo y haz lo que tengas que hacer—me colocó una mano en el hombro y me agradeció aquellas palabras. Se acercó a la ventana y apartó la cortina dejando que la luz entrara en toda la habitación.

—No sé, Nick. Pfff. No sé si es que tú lo ves muy fácil y yo demasiado difícil o qué.

—Es más simple que todo eso. Será lo difícil que tú quieras que sea.

Conducía mi chevrolet camaro de color rojo, un regalo que me hice a mi mismo hacía un par de años y me adentré según el mapa, en las laderas de Winchester, un área algo alejada del pueblo. La utilizaban como residencia algunos de los hombres más ricos de Fairmont. Hectáreas de terreno arbolado que conformaban las fincas de las personalidades más destacadas de la vida social del condado de Crawford.

Mi padre había insistido en que fuera a comer con el alcalde Clinton Roberts, que aunque dejó el cargo en 1965 todo el pueblo seguía llamándolo como tal. Sus quince años al frente del Ayuntamiento durante los cuales

Joseph Kenner regresó de Corea por todo lo alto, fueron los de mayor prestigio social del pueblo y aunque el cierre de la compañía de Louis Wittrock, trajo algo de inestabilidad económica a la zona, supieron recuperarse gracias a sus gestiones.

Odiaba que mi padre fuera siempre por delante, se supone que estoy al frente de este caso que, aunque tiene pocas posibilidades de solucionarse, al fin y al cabo soy yo el que debe manejarlo. Directamente no ha hecho nada, pero lo conozco. Demasiados años ya no sólo siendo mi padre, sino allanándome cada una de las baldosas que pisaba por donde quiera que fuera.

Siguiendo las indicaciones que el alcalde Roberts me señaló por teléfono hacía una media hora, no tardé en llegar a una enorme verja abierta en la que se adentraba un camino asfaltado rodeado de cedros. Miraba a ambos lados observando la majestuosidad de la propiedad. Llegué a la entrada de la mansión y detuve el coche. Salí del vehículo y miré hacia arriba. Un caserón centenario decorado con motivos coloniales, con grandes columnas blancas coronadas por volutas que reflejaban un esplendor cuidado al detalle, dos a cada lado y una central. Se asomó por la barandilla de la primera planta un hombre que rondaba los 65 años aproximadamente. Nunca se me han dado bien las edades de la gente, y eso que en mi trabajo era algo fundamental, pero se había convertido en mi talón de Aquiles.

—¡Señor Barren, suba por favor!—Desde la primera planta se asomó un hombre con una amplia sonrisa invitándome a que tomara las escaleras laterales que conducían hasta allí, desde donde podía contemplarse una espléndida vista de todo lo que aquella mansión alcanzaba a presidir. Me estrechó la mano y le sonreí. Nos abrió la puerta un mayordomo de color, vestido con un uniforme gris y camisa blanca, indicándonos el paso a seguir.

—Me habían hablado muy bien de usted, señor Barren. Tenía ganas de conocerle en persona. ¿Qué le parece Fairmont? ¿Se siente cómodo?—Caminaba con su bastón de madera de roble intentando disimular una apenas imperceptible cojera. Vestía con un traje de color blanco y una camisa del mismo color con ribetes en las costuras. Parecía un disfraz. Con esa indumentaria y su sobrepeso me recordaba a un pastel de merengue andante.

Caminamos hasta un gran comedor alfombrado, de paredes cubiertas casi completamente por tapices de escenas bélicas. Grandes ilustraciones

rememorando batallas de la guerra de secesión americana y aunque Indiana fue uno de los estados unionistas, la suntuosidad de esa casa y el aspecto de aquel hombre me recordaba a algún antepasado confederado de una historia de mi país en la que no creía. Viniendo de Missouri, había tenido unas raíces sureñas demasiado arraigadas.

Observé con todo detalle la estancia. Los trofeos de caza que se agolpaban en las paredes, los cientos de libros que se apilaban en las estanterías; era un auténtico museo de la historia americana más reciente.

Nos sentamos en una mesa situada cerca de uno de los ventanales preparada para atender a dos comensales y me dejó clara cuál era su visión de lo que tenía que hacer con Joseph Kenner.

—Demasiado ruido para un pueblo tan pequeño, señor Barren—sujetaba una copa de vino tinto que previamente le había servido el mayordomo.

—Es lo que suele pasar con estas cosas, alcalde Roberts—le llamé como me habían aconsejado que lo hiciera.—Cuando todo está en calma la vida es muy sencilla, pero cuando algo amenaza esa tranquilidad hay que sacarlo afuera y dejar que todo vuelva a estar en paz.

—Usted es demasiado joven, señor Barren.

—Por favor, llámeme Luke.

—Luke, quiero decir que las cosas no son igual que hace veinticuatro años.

—Lo sé. Este país ha pasado por mucho hasta llegar a donde estamos. Aún queda bastante pero vamos por buen camino.

—Es que no vale la pena desenterrar nada que pueda alterar esa armonía. Fairmont no avanza, quizás por eso nos mantenemos tan resplandecientes, seguimos apartados del mundo con nuestros principios y nuestras costumbres y nos ha ido bien hasta ahora.

—Ya, le entiendo perfectamente, pero yo precisamente no he desenterrado nada.

—Usted sabe a lo que me refiero—le indicó con un gesto al

mayordomo, que se había alejado hacia la entrada del comedor para que sirviera la comida.

—¿Qué me está queriendo decir? ¿Que ignore lo que ha pasado aquí?

—No, no, faltaría más. Sencillamente, que tampoco hace falta que escarbe en exceso en el pasado de un pueblo, la guerra de Corea y luego Vietnam, han traído muchos quebraderos de cabeza a gente que no se lo merecía, no es tiempo para hacer revivir esos momentos a personas que ya han pasado dolor suficiente.

—Lo comprendo. No me gustaría incomodarles—comenzamos a comer un apetitoso asado con ciruelas, acompañado de manzanas asadas y puré de calabaza. Sólo con su aroma se me hacía la boca agua.—¿Qué puede decirme de Joseph Kenner usted que lo conoció?—fue la primera comida decente que probé en aquel pueblo. Echaba de menos una buena comida casera. Era lo que más añoraba del sur, y esto era lo más parecido que podía encontrar.

—Joseph era un buen hombre, le cambió la guerra, como a todos los que fueron, pero era una buena persona. Regresó como un auténtico héroe, lo merecía, gracias a él se salvaron quince vidas.

—¿Qué quiere decir con que la guerra le cambió? ¿A qué se refiere?

—Se volvió más introvertido, más callado. Simplemente se relacionaba menos con la gente del pueblo.

—¿Qué tal la relación con su mujer y sus hijos?—Poco me importaba lo que hubiera hecho en la guerra si no iba a ofrecerme alguna clave para desenmarañar aquellos dos tiros que aparecieron en su cráneo y que evitábamos filtrar a la prensa.

—Era una familia muy normal, Luke. Su mujer, Vivianne, era encantadora y su hijo Oliver era la promesa deportiva de Fairmont. Lástima que se marchara.

—¿Sabe por qué? ¿Es cierto que empezó a beber y que eso provocó que tuviera algunos problemas familiares?

—Eso son simples tonterías. ¿Quién no ha tenido alguna discusión que otra con su mujer? A la gente le gusta hablar demasiado. Desde mi punto de vista, Joseph Kenner tenía una reputación intachable. Que se emborrachara

alguna vez... Todos lo hemos hecho, pero no me parece lícito que siembre la duda con sus comentarios sobre una de las personas que más aportaron a la memoria de nuestro pueblo.

Solamente fue un comentario. Los Matthew, cuando fui a hablar con ellos mencionaron que a veces escuchaban alguna discusión que otra, pero sin darle demasiada importancia. Fue Walter Matthews el que insinuó que a lo mejor se le había ido la mano con el whisky pero su mujer le hizo callar de inmediato, a lo que él ni siquiera le replicó. Tan sólo quería asegurarme. Seguimos comiendo y no mencionamos más el tema.

Después de acompañarle a la terraza para que se fumara un buen cigarro, decidí regresar al hotel. Tenía algunas llamadas que hacer y ya había pasado demasiado tiempo con aquel peculiar personaje del cual únicamente me sorprendió la prisa que tenía para que volviera a esconder los huesos bajo tierra.

Lunes, 23 Marzo 1959

Apenas había podido pegar ojo, y las preguntas de Emily a las que tenía que responder no ayudaron a tranquilizarme. Ella comenzó a dar su opinión, como si fuera concedora de todos los entresijos, intentando hilvanar una historia de la que apenas tenía detalles. Ahí se iba labrando su insistente afán periodístico y su capacidad para encontrar la noticia. Ni siquiera presté atención a lo que decía. Seguía ensimismado en mi idea de encontrar a Oliver, sin haber tenido éxito hasta ahora.

Nadie parecía saber nada de él en el instituto. No es que preguntara a nadie en particular pero su ausencia no pareció importarles demasiado a Hartley o a Simmons, que me trataban con la misma indiferencia que días atrás. Fui a casa en autobús en compañía de Emily, que seguía intentando centrar una historia en la que el padre de Oliver maltrataba a su hijo. No creo que se alejara demasiado de la realidad. Me despedí de ella y fui rápidamente a casa.

No había puesto demasiado interés en ninguna clase durante la mañana. Entré por la puerta y escuché a mi padre hablando por teléfono. Hablaba con un amigo de la universidad, le estaba contando lo que ocurrió la pasada noche

en un tono de voz algo elevado. Escuché también a Rose en la cocina. Subí hasta mi habitación y dejé los libros sobre la cama. Me apoyé en la ventana y me quedé observando la casa de Oliver. Era como si reviviera esos primeros días en los que veía a aquel chico mirándome sin quitarme el ojo de encima y al que yo escudriñaba intentando comprender el por qué de su comportamiento.

No se observaba ningún movimiento, nada que pudiera indicar que la casa estaba habitada. No sé cuánto tiempo pasó hasta que le vi salir por la puerta de su casa. Me incorporé súbitamente, pero lejos de gritarle o llamar su atención, le seguí con la mirada detenidamente. Vi como rodeaba el porche de su casa en compañía de Max, su pequeño beagle, bordeando la valla que separaba su casa de la de Emily y saltaba por la parte de atrás en dirección a los bosques de Clarkson. Llevaba un pantalón gris y una camiseta de manga corta blanca. Salí a toda velocidad de mi habitación e hice lo mismo que él, me dirigí a la parte trasera de nuestra casa, salté y vi como continuaba en esa dirección. Eché a correr.

—¡Oliver!—Sé que se sintió acorralado y un poco incómodo, pero también sabía que tenía que darme una respuesta a lo que ocurrió la noche pasada. Aminoré la marcha hasta que le alcancé. Nos quedamos en silencio unos instantes sin saber quien debía empezar a hablar. Max se acercó a mí rápidamente, me olisqueó y volvió a colocarse al lado de Oliver.

—¿No piensas decirme nada?—le obligué a que levantara la cabeza y me hablara. Vi entonces el moratón de su mejilla. Se llevó la mano hacia allí como si quisiera cubrírsele, pero era obvio que no tenía sentido que lo hiciera.

—No sé qué decirte, Nick.

—¿Y ya está? ¿Dejamos de ser amigos Oliver?—No podía ser cierto. Me miró nuevamente. No podía permanecer mucho con sus ojos puestos en mí, se sentía demasiado avergonzado.

—No, no. No quería decir eso. Sólo que...

—Eres mi amigo, lo de anoche fue...—Creo que ninguno de los dos sabíamos cómo continuar, los dos desbordábamos sentimientos pero no podíamos expresarlos. Demasiado doloroso, demasiado esclarecedor. Le di

un fuerte abrazo. Se derrumbó de inmediato sobre mi hombro.

—Venga, nenaza—me separé de él y eché a correr hacia los bosques. Oliver se rio y comenzó a perseguirme volviendo a sonreír.

—Cómo corres ahora ¿Eh?...—recuperó la confianza en sí mismo y volvió a comportarse como si nada hubiera pasado. Aunque no iba a dejar que escurriera el bulto como en anteriores ocasiones. Íbamos a hablar. No era algo que fuera a dejar pasar.

Corrimos hasta que me cansé, y rápidamente me dio alcance. Tampoco se esforzó demasiado, podía haberme atrapado mucho antes, pero al contrario que él, yo no era un buen deportista. Para mí, hacer ese sprint suponía agotar unas reservas escasas pero las recuperé rápidamente. Me cogió por la camiseta y me detuvo.

—¡Qué flojo estás!—me dijo dándome una colleja.

—Oye, que yo no soy la estrella del equipo de fútbol—le devolví el golpe con algo más de intensidad. Sentí que volvíamos a ser esos dos amigos inseparables que se acababan de conocer.

—No, ese soy yo, no como tú, que estás hecho un mierda—bromeó. Comencé a andar en dirección al río y me siguió, continuando por el camino.

—¿Entonces ya no vas a venir por casa?—miré hacia el suelo caminando entre las piedras que formaban un camino de tierra que atravesaba toda la vegetación. No se detuvo, siguió mis pasos en silencio hasta que no pudo contenerse más.

—Nick, por eso no quería contarte nada, por eso no quería mezclarte en mi vida—se detuvo.

—Ya, pero te mezclaste. Tú me buscaste.

—Porque tú te cruzaste en mi camino, si no hubieras pasado por el puente aquella noche ahora no estaríamos aquí.

—No quería decir eso Oliver, tan sólo... que esa noche entraste en mi vida, y ya no sólo te vi como a alguien a quien le había ayudado, empecé a admirarte. Lo hago en estos momentos.

—¿A mí?—se separó unos pasos. No podía dar crédito a lo que

escuchaba.

—Sí, claro que a ti.

—Nick, que me lo diga cualquier idiota del instituto que no me conoce, incluso Simmons o Hartley lo entendería. Pero que me lo digas tú, que has visto hasta donde he podido llegar.... Entiendo que quieras apoyarme, pero no lo hagas así.

—Pues claro que te admiro, Oliver. ¿No lo entiendes? ¿No entiendes que alguien puede admirarte no sólo por la imagen que das sino por cómo eres de verdad? ¡Somos amigos!—Oliver se extrañó, no esperaba encontrarse con aquellas palabras por boca de un chico de quince años—Cuando llegué al pueblo, sí, vale, eras el chico popular, el triunfador, el mejor jugador del equipo, todas las chicas iban locas detrás de ti. Esa es la imagen que das, ¿no? Cuando empezasteis a hacerme la vida imposible me enfadé conmigo mismo por ser siempre el mismo tonto con el que los chicos se meten. Te vi desde mi ventana un montón de veces, te miraba y me preguntaba por qué la gente como vosotros erais así, siempre intentando quedar por encima de los demás sin pararos a pensar en los sentimientos de los chavales a los que molestáis. Te observaba y alguna vez noté que tú también lo hacías pero no le di la importancia que puedo darle ahora. Luego te vi en ese puente a punto de saltar, y ahí descubrí al verdadero Oliver Kenner. Y cuando te conocí, cuando subiste a esa camioneta, cuando te quedaste dormido en mi habitación dándome las gracias, cuando entraste la otra noche por mi ventana con la cara llena de sangre sin querer contar lo que había pasado, sin saber qué era lo que buscabas para no culpar a tu padre... Esa es la persona a la que admiro Oliver. El amigo que nunca he tenido.

Posiblemente jamás hubiera escuchado a nadie hablar de esa forma. No sabía cómo reaccionar, creo que ninguno de los dos sabíamos cómo hacerlo.

—Perdóname.

—¿Por qué he de perdonarte? Supongo que aunque me duela reconocerlo, anoche hubiera actuado de la misma forma—se mordió la lengua. Presionó sus dientes contra su labio inferior, se pasó la mano por la boca—Tranquilízate—le dije y continuamos andando.

—Sólo dile a tu padre que me perdone Nick. No volverá a pasar.

—Mi padre es como yo, no tiene nada que perdonarte. Querrá hablar contigo, sé que querrá hacerlo, así que por favor, que lo que pasó anoche no cambie la relación que tienes con nosotros ¿vale?—asintió. No quería seguir hablando del tema así que continuamos caminando en dirección al río el uno al lado del otro. Momentos después, me dijo algo para lo que no estaba preparado.

—Nick, muy bonito lo del viernes por la noche...muy bonito—me dejó perplejo. Mi asombro respondió a su comentario con una inusitada sonrisa.

—¿El qué? ¿no sé de qué hablas?—traté de disimular.

—Vamos, idiota—¡Vaya!, pensaba que no nos había visto, pero claro, imagino que vernos correr ladera abajo... los dos reímos. Me dio un cachete en la cabeza y seguimos hacia delante.

Jueves, 20 Octubre 1983

Después de haber hablado con mi jefe, con Jessica y con mi padre, cerré la puerta de mi habitación y salí del Sunrise en dirección a una pequeña cafetería que había a la salida de Fairmont. Hablé por teléfono con el hijo mayor de los Kenner y quedé en vernos allí. Quería que habláramos y que me explicara la reacción que tuvo su hermano para con él. Durante la media hora que estuve con él en la oficina, me pareció bastante accesible, al menos, alguien diferente a todos los de este pueblo. Le pregunté si le importaría tomarse un café conmigo y seguir hablando en algún lugar que no fuera la comisaría y no puso objeción. Sé que quizás no es demasiado ético actuar de aquella forma y hubiera entendido una negativa por respuesta, pero afortunadamente aceptó.

Nos reunimos en el “Monty’s”, justo cuatro millas en dirección a Branchville. Estuve sentado tras la cristalera esperando a que llegara. Vi que llegaba en un subaru azul oscuro con el chico que le acompañó cuando vino a la oficina del sheriff, Nick, se llamaba y luego se marchó. Me vio tras el cristal a medida que se acercaba, vistiendo unos tejanos y una cazadora y me sonrió. Tomé un sorbo del café aguado que me habían servido minutos antes, mientras él continuaba andando hacia el bar. Desde el momento en el que llegué hasta el instante en que Oliver Kenner entró, el tono grisáceo de las

nubes había cambiado.

—Parece que va a caer una buena...

—Fairmont es así. Casi se me había olvidado—se sentó en la silla y dejó su cazadora a un lado.

—¿Qué tal está?

—Bien, acostumbrándome otra vez a este pueblo.

—¿Qué fue exactamente lo que ocurrió esta mañana señor Kenner?—suspiró. Intenté analizar cada uno de sus movimientos, sus gestos...

—Llámame Oliver, por favor.

—Perdona Oliver, justo he estado comiendo con el alcalde Roberts y me he sentido del mismo modo—sonreí.

—¿Todavía es alcalde?

—No, no, sólo que parece ser que todo el mundo sigue llamándole así y así es como le gusta que lo hagan. Contéstame por favor.

—Pues...—comenzó a decir bastante nervioso. Se acercó la camarera, le sirvió una taza de café y se marchó—... me fui hace mucho tiempo.

—¿Por qué?—Apenas quise darle margen para que construyera una respuesta preparada.

—La relación con mi madre no era muy buena y sin mi padre en casa, las cosas cada vez iban peor. Tenía diecinueve años y necesitaba salir de allí.

—¿No volviste a saber nada de ellos? ¿Ni llamar por teléfono ni hablar con tu hermano? ¿nada?—negó con la cabeza.

—Le dejé una carta a mi hermano, pero era demasiado pequeño.

—Lo que me cuesta entender es el por qué. ¿Por qué un hijo puede llegar a alejarse tanto de su familia?—dejé esa pregunta en el aire sin llegar a obtener ninguna respuesta. Se quedó observando su café mirando como las nubes empezaban a descargar sobre los coches aparcados en el parking y como algunas personas se apresuraban a entrar en la cafetería antes de empaparse—¿Cuál era tu relación con tu padre?

—Buena, imagino, normal, como la de cualquier familia—intuía que me estaba mintiendo pero no comprendía el por qué.

—¿Entonces por qué con tu madre esa frialdad?—No había forma de que dijera nada más y me sentí como si me encontrara en un callejón sin salida. Por un lado, aquel viejo invitándome a dejar pasar la investigación y por otro, Oliver sin querer hablar.

Dejé a Oliver en el café. Ya habíamos hablado un poco sobre lo que tenía que hacer o decir y ahora tenía que rezar para que los nervios no le traicionaran. Nos veríamos más tarde en el motel.

Fui en dirección a nuestro antiguo barrio y aparqué el coche frente a la que fue mi casa. Había comenzado a llover hacia unos minutos así que me quedé dentro. Pensé en preguntarle a Emily pero se me olvidó por completo con todo lo que había sucedido. Miré de arriba abajo el lugar en el que viví aquellos dos años y una ligera sonrisa inundó mi rostro, me acordé de infinidad de momentos que hasta entonces parecían perdidos en mi cabeza. Pensé en mi padre, en el día en el que llegamos, en la mudanza, en Emily arrastrando su bicicleta junto a las escaleras de casa, en Oliver.

Bajé del coche y fui rápidamente hasta el porche. No quería empaparme. Llamé al timbre y unos minutos después me abrió un chico de color con el pelo rizado. Vestía un pantalón corto y una camisa blanca, parecía el uniforme de un colegio.

—Hola, buenas tardes, ¿Está tu madre o tu padre?

—¡Mamá!—De inmediato apareció tras la puerta Rose. Los dos nos reconocimos al momento.

—¡Señorito Nick!—sonrió abrazándose a mí ante la perpleja mirada de su hijo pequeño. Le devolví el gesto feliz de verla tan bien y me agarré tan fuerte a ella, que apenas podía controlar la fuerza con la que lo hacía.

—¡Rose! ¡Dios mío, cuánto tiempo! ¿Estás viviendo aquí?—ella asintió con la cabeza muy feliz. Recordaba perfectamente su sonrisa, capaz de animarme siempre que estaba triste o aburrido.

—Pase por favor, no se quede ahí—me invitó a entrar.

—Llámame Nick por favor, eras de la familia, Rose.

—Nunca podré llamarle Nick—sonrió ella mientras cerraba la puerta. Miré a mi alrededor y apenas había cambiado nada. Habían pasado los años y todo mantenía la esencia que mi padre impregnó entre aquellas cuatro paredes.

—Su padre fue muy generoso con nosotros, cuando se marcharon me pidió que me encargara de la casa y unos años después nos la arrendó y pudimos mudarnos aquí.

No sabía nada de aquello, pero supongo que habría infinidad de cosas que mi padre no me había contado...Y era absolutamente normal. Aunque dada la estrecha relación que teníamos y lo importante que fue Rose en esos años, me extrañó que nunca me hubiera dicho nada, sobre todo después de haberle llamado por teléfono estos días.

—No ha cambiado mucho esto...—miré a todas partes.

—Quería mantener el espíritu de la casa, señorito Nick.

Me quité el abrigo y nos sentamos junto a la mesa del comedor, Rose preparó un café rápido y sacó unas pastas. Me contó cómo fueron sus días en aquella casa, su vida, su familia mientras su hijo pequeño, jugaba con un camión de juguete sobre la alfombra del comedor y nos miraba de reojo de vez en cuando. Rose se desvivía en atenciones hacia mí, algo que agradecí, pero me resultaba excesivo. Su marido estaba trabajando y su hija mayor no estaba en casa. Le pedí por favor si podría subir a mi antigua habitación y accedió gustosamente.

Cuando puse mis pies sobre ese suelo de madera, infinidad de historias atravesaron mi mente. Recordé con una sonrisa *Mundos Extraños*, esos cómics que tanto me fascinaban. La habitación, decorada actualmente con motivos deportivos, principalmente de béisbol y de baloncesto hablaba por sí sola a través de sus paredes. Me acerqué hacia la ventana, puse mis manos sobre el alféizar y cerré los ojos. La lluvia aún me traía más y más vivencias de mi adolescencia. Recordé a Oliver saliendo de su casa, le recordé una y otra vez entrando por la ventana, de noche y nuestras conversaciones nocturnas.

La noche del 17 de abril me levanté de la cama por los gritos que escuché. Llovía, como en aquel mismo instante. Vi a Oliver caer por la ventana de su habitación, rompiendo los cristales con su cuerpo desnudo, rodó sobre el tejado del porche y cayó sobre los arbustos que había justo debajo.

Me llevé las manos a la cabeza. Pensé que algo le había pasado. No se levantaba. Estuve unos segundos allí de pie, esperando, asustado. De pronto se puso en pie y echó a correr. Rodeó la casa saltando por la valla trasera y se dirigió bajo la lluvia hacia los bosques de Clarkson.

Recuerdo esa noche. Recuerdo con crudeza ese instante. Me senté sobre la cama y respiré. Quería olvidarlo todo, quería recodar sólo los buenos momentos que tuve en la que fue mi casa, pero sólo podía pensar en esa noche. Estuve unos momentos más allí dentro y bajé las escaleras. Rose me esperaba abajo.

—Muchas gracias por haber cuidado la casa, me ha gustado sentirme como hace veinticuatro años, Rose.

—Me encanta esta casa. Me enamoré de ella desde el primer momento en el que puse los pies aquí—tras una breve pausa—Señorito Nick, en el sótano hay una pila de cajas que su padre dejó allí. ¿Quiere echar un vistazo?—me extrañé—¿Quiere llevárselas?—decidí bajar.

Todo eran libros y más libros, montones de cajas. Sonreí. Mi padre no cambiaría nunca, dejaba libros tras de sí por donde quiera que fuese. Comencé a ojearlos. Posiblemente aquellos libros bien conservados valdrían una buena cantidad de dinero para cualquier coleccionista. Al fondo, vi el viejo habitáculo que construyó mi padre para revelar las fotos que hacía con su kodak y recordé cuando nos enseñaba a usarla a Emily y a mí. Todo continuaba en su sitio.

Me despedí de Rose agradeciéndole su trato y le dije que volvería antes de marcharme a despedirme y a llevarme algunas de las cajas de mi padre, pero antes hablaría con él.

Salí de allí con el coche de Oliver. La lluvia parecía que había tomado algo de fuerza pero no parecía arreciar en exceso. Pensé en todo aquello, en cómo me sentí volviendo atrás y reviviendo esos momentos. Me sentí

afortunado por tener esa oportunidad y disfrutarla. Fueron unos años felices los que pasé allí con mi padre. Eché de menos a mi madre pero fue el mejor lugar para vivir con ello.

Llegué al motel y Oliver ya estaba allí, le encontré tranquilo cuando salió a recibirme. No obstante, sentí algún temor por cómo había podido salir su reunión con el agente Barren pero al verle supe, que no había nada de lo que preocuparme.

—¿Cómo ha ido?—salí del coche y le lancé las llaves al tiempo que se acercaba a mi encuentro.

—Bien. Me ha estado preguntando por la relación con mi madre, el por qué esa reacción de mi hermano al verme... Le dije que hablara con él, yo simplemente me fui.

—¿Y ya está?

—Sí, hemos hablado más de otras cosas que de mí mismo—entramos y cerró la puerta—Tampoco me ha preguntado más, le dije que la relación con mi padre era normal pero claro seguía sin entender el porqué renuncié a mi madre y por qué me fui de esa forma. Le eché la culpa a los 18 años que tenía y las ganas de irme de un pueblo en el que nadie iba a llegar a nada—le miré extrañado.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, dímelo tú—me miró sin entender nada—¿Qué ha pasado para que estés así? Te encuentro diferente, no tan preocupado o asustado como estabas esta mañana.

—No lo sé, Nick, quizás esté más tranquilo. Estaba bastante hecho polvo cuando los he visto pero después de levantarme de la cama y pensándolo fríamente, yo no he hecho nada malo—me gustó verlo así, me gustó sentirlo de aquella forma. Algo había despertado en él, una conciencia de la que no había sido consciente en veintidós años. Me sentí orgulloso de su evolución. Realmente esos pasos forzados eran los que iban a hacer que mi amigo recuperara las ganas de vivir, de relacionarse y de volver a convertirse en el Oliver que conocí hace años.

—Pues, claro que no—le dije.

—Nick, gracias por todo. No podría haber hecho esto sino hubieras venido conmigo.

—Lo que está pasando aquí es algo que tenía que suceder, tenías que haberlo hecho mucho antes.

—No, no te equivoques, ha sido al cruzarme con ellos cuando he podido empezar a creer en mí, en darme cuenta de que yo no tuve la culpa de lo que pasó.

—Es que tú no tuviste la culpa.

—Aunque sigo sin poder ver a mi madre con buenos ojos, Nick, no la quiero.

Me sentí mal, pensé en la mía, en el poco tiempo que había tenido para estar con ella, para compartir ese vínculo que mantenemos al nacer los hijos con sus madres. Evité mirarle durante unos instantes. Me di la vuelta y me acerqué a la mesa. Nos quedamos en silencio. Aproveché y me metí en el baño, cerré la puerta y me apoyé contra ella lamentándome.

No sé porqué lo hice. No lo había hecho nunca, ni siquiera siendo niño. Cuando mi madre murió me sentí derrotado pero mi padre me ayudó a cambiar rápidamente mi forma de ser, me hizo más duro en la medida de lo posible y empecé a crecer como adulto.

Pensé en ella como nunca lo había hecho, recordaba su cara, sus palabras. Acudían a mí imágenes que almacenaba cual tesoros pero hubiera deseado tener muchas más que poder revivir, odiaba cuando leía en los periódicos, veía en la televisión o me encontraba con personas como Oliver, que no valoraban el sufrimiento de una madre y su amor incondicional.

Sé que la situación con la suya es muy diferente y posiblemente sea imposible que ese amor y ese vínculo puedan mantenerse intactos después de lo que ocurrió, pero aún así, no tenía que haber dicho eso delante de mí y me dolió.

—Nick, ábreme por favor. Perdona—Oliver se dio cuenta del error que había cometido. No le respondí, esperé unos momentos en silencio—Nick, por favor, abre, no quiero que estés mal, tú nunca estás mal. Perdóname—aguanté unos minutos, me lavé la cara y salí de allí, me miró cuando aparecí

tras la puerta y desvié la mirada. Me cogió por los brazos, sujetándome, pero me zafé rápidamente. Entonces me abrazó con fuerza—Nick, en serio, tío, lo siento. No quería hablar así, lo he dicho sin pensar. Por favor, ya sabes cómo soy—agradecí el gesto.

—Tranquilo, te conozco bien y sé que lo has hecho sin querer. Es que a veces me pregunto cómo puede ser que algunas personas se vayan sin disfrutar de la vida y otras, que pudiendo hacerlo, no lo hagan o que vean sufrir a los suyos y no intenten evitarlo.

Entendía a Oliver, lo que sentía, su rechazo, pero me veía a mí mismo privado de un amor que añoraba, que deseaba y que me había sido arrebatado tan pronto. Sentía envidia de todos los que podían disfrutarlo. Después de conocerle, me di cuenta de que no todo lo que yo añoraba tenía el mismo valor para los demás. Aún así, reaccioné de esa forma sin poder evitarlo.

Hacía un buen rato que había anochecido y allí estábamos tirados en nuestras camas. Oliver volvía a zozobrar. Esa seguridad con la que le vi al llegar se tambaleaba después de haber puesto en tela de juicio el amor de su madre, sobretodo comparándolo con aquel sentimiento con el que yo no pude tener. Se sintió mal por mí, se sintió culpable por algo en lo que ni siquiera él tenía nada que ver. Falsas esperanzas eran las que me habían alcanzado, me había hecho ilusiones demasiado pronto. Si Oliver había estado mal tantos años realmente no podía pensar que con una simple conversación, todo iba a olvidarse, que se iba a reconstruir a sí mismo y comenzar una nueva vida, sin que nada le pasara factura. Intenté desviar la conversación para que dejara de pensar en ello, hablamos un poco de todo y le conté que había ido a mi antigua casa y que Rose vivía allí con su familia. Le gustó oírlo. De hecho me dijo que quería pasarse también a saludarla. Unos minutos más tarde me incorporé y cogí el teléfono.

—Papá. Soy yo. Estamos en Fairmont—.Estaba sentado sobre la cama. Oliver me miraba. Le gustaba mi padre. Le idolatraba de niño y supongo que esa sensación no había cambiado.

—Nick, ¿cómo está todo por allí?

—Bien, papá. Lo que esperábamos.

—¿Lo que esperabais?¿Por qué no me dijiste que habían encontrado los

restos del padre de Oliver?

—Pues, porque...—no sabía qué decir—No quería preocuparte.

—He tenido que enterarme por la prensa de que mi hijo se va al pueblo en el que vivíamos a jugar a policías.

Estaba haciendo lo de siempre. Me volvía a tratar como si fuera un niño pequeño, un chaval al que había que proteger, al que aún habiéndome inculcado toda aquella entereza, un saber estar y hubiera hecho de mí alguien de provecho, cuando quería me hablaba como a un inconsciente.

—Papá no hemos venido a eso, he venido a acompañar a Oliver, nada más. No empieces con esa imaginación de novelista buscando problemas dónde no los hay. Además, nunca me cuentas nada tú tampoco. ¿Por qué no me dijiste que Rose vivía en nuestra casa? A lo mejor hubiera venido mucho antes a Fairmont.

—Nicholas, eso fue hace muchos años, hijo. ¿Qué tendrá que ver? Rose estaba muy mal económicamente y cuando nos fuimos, como pensaba mantener la casa le dejé que la cuidara y con el tiempo se mudó allí.

—Hay un montón de cajas viejas allí, con libros y cosas tuyas. Esas colecciones valdrán mucho dinero hoy papá.

—Nick, no has de preocuparte por el dinero ya lo sabes.—No quiso darle mucha importancia a mi comentario.

—Y también está tu pequeño laboratorio.

—¿Cómo está ella?—dijo ignorando totalmente mis observaciones.

—Bien. Casada, con dos hijos y muy feliz. La casa sigue estando prácticamente como la dejaste.

—¿Cuándo vas a volver a Nueva York?

—Pues no lo sé papá iba a quedarme tres días pero las cosas igual se alargan un poco, prefiero quedarme un poco más, creo que es necesario.

—¿Alargan?

—No, Oliver se ha cruzado con su hermano y su madre y no ha sido un encuentro demasiado agradable—Oliver me escuchó perfectamente, se puso

en pie y comenzó a caminar por la habitación.

—Dile a Oliver que arregle las cosas, que no vale la pena estar a malas con la familia. Que él arregle su vida y tú vuélvete a Nueva York, tienes que ayudarme con la promoción de mi novela—desvió la atención exactamente a donde quería llevar la conversación.

—Vale papá. Te llamo mañana y seguimos hablando que ahora vamos a salir a cenar.

Me despedí de él. Odiaba que me tratara con condescendencia, pero si no pude reconducir su forma de ser cuando era un niño, difícilmente iba a poder hacerlo ahora. No podía decirle a Oliver lo que me había dicho de esa forma. A veces mi padre desbordaba insensatez. Sabía de sobra que era una persona especial aunque no tenía ni idea de cómo era la relación con su madre. Sólo sabía lo que yo le conté; la relación con un padre dañino, que descubrió en sus propias narices después de una malograda noche y poco más.

Sé que mi padre se alegró de que Joseph Kenner desapareciera, no hacía falta que nadie lo dijera. Fue extraño el cómo transcurrió todo a partir de aquel 18 de abril. Desapareció, pero a nadie le importó. Su mujer esperó dos días para poner una denuncia en la oficina del sheriff y Oliver actuó con indiferencia. Nadie más se preguntaba lo que había pasado o dónde podía haber ido. Fueron pasando los meses, y algunos periodistas sí que se interesaron por el héroe de Fairmont, pero supongo que la mayoría de la gente pensaba que se había marchado con otra mujer o que sin más, decidió dejar a su familia y empezar una nueva vida aunque la sombra de esa duda siempre había permanecido latente.

No había sido hasta el momento en el que encontraron sus restos, que el pueblo entero empezó a plantearse locas hipótesis o historias con las que fantasear en un lugar en el que nunca había pasado nada. El periódico del condado en el que Emily trabajaba, *The New Chronicle*, se había volcado por completo en la historia del patriota que se convirtió en un ídolo para sus vecinos.

Oliver me dijo que Luke Barren le preguntó si era cierto el problema del alcoholismo de su padre. Se limitó a contestar que su relación era buena

pero que alguna vez se le había ido la mano con el bourbon, aunque no por ello lo podría considerar un alcohólico. Decidió culpar a los vecinos por sus comentarios y habladurías ya que querían tener sus minutos de gloria en los medios de comunicación.

Habíamos quedado con Emily para cenar. Había estado trabajando toda la tarde en el periódico y nos llamó para reunirse con nosotros. Quedamos con ella en un restaurante del centro “Cinnamon Tree”, el que antiguamente fue “Doris & Doe”, una hamburguesería a la que solían ir todos los adolescentes de Fairmont cuando nosotros vivíamos allí.

Había cambiado por completo el espíritu de los 60 pero había mejorado. Un gran salón con una docena de mesas aproximadamente. Todas con su impecable mantelería, copas y cubiertos. Cuatro sillas alrededor de cada una y una decoración cuidada, con colores planos y cálidos y algunos carteles de películas de los años 70. No había mucha gente, tan sólo dos parejas cenando a unos metros de nosotros. Elegimos la mesa que estaba más cerca de las ventanas y al mismo tiempo, la que estaba más separada del resto.

Emily no tardó en llegar y se reunió con nosotros. Habíamos pedido unas cervezas mientras la esperábamos. Dejamos atrás nuestra conversación en el motel y trivializamos un poco con la vida que encontramos en Fairmont. Emily se sentó y sonrió. Nos vio felices. Supongo que sería más por las cervezas que por otra cosa, al menos en mi caso.

—¡Qué contentos estáis!—dejó su bolso en la silla de al lado y se quitó el abrigo. Los dos la miramos de arriba abajo. Seguía siendo esa chica que te quitaba la respiración. Con tan solo un jersey de cuello cisne y unos pantalones, deslumbraba. Los dos nos quedamos boquiabiertos.

—¿Qué pasa?—nos miró a ambos. Los dos despertamos de aquel momento onírico en el que nuestra imaginación posiblemente fuera mucho más allá de la realidad.

—Nada—intentamos disimular.

—¿Cuántas cervezas os habéis bebido?

—No, no, sólo éstas—dije sujetando la jarra que tenía entre manos—

¿Qué tal tu día de trabajo?

—Cansada, llevo toda la tarde intentando escribir un artículo y no he podido acabarlo porque no funcionaba mi ordenador.

—Bueno, sólo son problemas técnicos...

—Oliver, quieren hacerte una entrevista y escribir un artículo—Emily se dirigió a él, haciendo que volviera a la tierra y dejara de mirar por los grandes ventanales del restaurante.

—¿Cómo?

—Todo el pueblo sabe que estás aquí y con la aparición de los restos de tu padre, quieren hacer un amplio reportaje para el fin de semana.

—Emily, ¡No! Si he venido aquí ha sido para solucionar mis problemas. Que lo de mi padre haya influido, vale, pero de ahí a aparecer en prensa y ser otra vez el centro de atención de este jodido pueblo, no—yo tragué saliva. Sabía que llevaba razón pero entendía también la postura de ella, era su trabajo.

—Oliver, tranquilo. No te estoy pidiendo nada, tan sólo que nada más saber que estabas aquí querían mandar un fotógrafo para que te sacara unas fotos y te siguieran pero les dije que yo hablaría contigo y lo arreglaría.

—Que no Emily, que no voy a hacer nada de eso.

—Si no me dejas a mí lo van a hacer igual.

—Me da igual, que hagan lo que quieran, pero no voy a participar en ningún circo.

—Pues mira lo que viene por ahí—resopló ella algo airada. Los dos nos dimos la vuelta.

Tanto Oliver como yo nos habíamos sentado de espaldas a la entrada, así que ella, cuando llegó y se colocó frente a nosotros pudo ver perfectamente la escena. Oliver se quedó blanco. Atravesaron por entre las mesas del restaurante Michael Simmons y Jane Chambers impecablemente vestidos. Ella llevando un vestido negro, bajo un abrigo de piel de color oscuro y él enfundado en un traje de color similar, parcialmente cubierto por una gabardina gris.

Se detuvieron durante un instante en mitad del pasillo, ninguno de los tres supo qué hacer pero fue Simmons el que tomó la iniciativa. Sonrió al que durante un tiempo fuera su amigo y tomó la determinación de acercarse hacia nuestra mesa. Oliver prefirió levantarse y encontrarse a medio camino. Jane ni siquiera nos dirigió una mirada, sentándose en dirección opuesta a la nuestra, mientras que Emily y yo continuamos pendientes de la situación. Se estrecharon la mano. Apenas podíamos oír lo que decían.

—¿Están juntos?—no me lo podía creer.

—A las dos semanas de irse Oliver, Jane y Simmons comenzaron a salir. Se casaron años después y tienen dos hijos.

—Pero si era un gilipollas...

—Claro que lo era, y lo sigue siendo. Ahora lleva una inmobiliaria en la zona y se cree el rey de pueblo. Jane hizo bien casándose con él. Siempre ha querido ser “la esposa de”... Ahora lo es, la esposa de un gilipollas.

—¿Qué fue de Hartley?

—Pues trabaja de bombero y ya no tiene relación con Simmons. Dejaron de verse cuando empezó a salir con Jane.

—Joder Emily, lo sabes todo de este pueblo—me terminé la cerveza.

—Soy periodista, Nick.

—Sí, y muy cotilla también, siempre lo has sido—disfrutamos entre risas de la complicidad que seguíamos teniendo.

Esperamos unos minutos hasta que Oliver regresó a la mesa. Volvió tranquilo. Se sentó y no le dio más importancia.

—Oliver, ¿qué te ha dicho?

—Será mejor que pidamos algo ¿no? Tengo hambre—ignoró mi pregunta. Levantó la mano llamando a la camarera.

—¡Eh!—chasqué los dedos en su cara—¿Que qué te ha dicho?

—Luego os lo cuento—quiso aparentar normalidad, cómo si no hubiera significado nada aquel reencuentro.

—Yo no sé qué te habrá dicho, pero Jane no te ha quitado ojo desde

que se ha sentado. A nosotros ni nos ha mirado, pero a ti... continua igual a pesar de tener al paleta de Simmons al lado—miró de reojo Emily.

—Vamos, dejadlos.

Terminamos de cenar y nos despedimos. Disfruté mucho con la cena. Me encantó estar con ellos en la misma mesa hablando sobre nuestras cosas. Me sentí feliz. Me hubiera gustado que los dos hubieran tenido ese tipo de relación hacía veinticuatro años pero tuve que conformarme con tenerlos por separado. Supieron entenderse a la perfección. Era como si hubieran sido amigos toda su vida, pero aquel grado de familiaridad me hacía sentir otra vez en casa, en un Fairmont idílico en el que Oliver no tenía problemas ni había intentado quitarse la vida. Un universo paralelo en el que volvíamos a ser niños.

—La verdad es que habéis hecho que vuelva a revivir lo que era el Fairmont que conocí—le sonreí mientras, a mi lado, conducía su subaru. Me devolvió el mismo gesto de camino al motel.

—Ha estado bien Nick, me he reído, no sabía que Emily era así.

—Emily siempre ha sido así, lo que pasa es que no quisiste conocerla—soltó una disimulada sonrisa.

—Pues...conmigo nunca.

—Claro que no, porque le gustabas idiota—volvió a sonreír. Le gustó la complicidad que teníamos. Fue una noche diferente.

Resulta más sencillo de lo que parece, ver la vida a través de un cristal y elegir qué reflejo queremos ver. Éramos tres personas que durante un par de horas habíamos olvidado cualquier problema, simplemente nos sentamos a reír, a cenar, a hablar de nuestras cosas y a recordar aquellos maravillosos años en los que ese pequeño pueblo se convirtió en nuestras murallas y en nuestro castillo.

Oliver había dejado atrás su lúgubre historia para conocer a una Emily con la que jamás hubiera imaginado coincidir. A mí no me sorprendió ya sabía cómo era y a pesar de todos esos años sin vernos, nuestro vínculo seguía existiendo igual que entonces. Sé que Oliver sentía envidia por la forma en que nos compenetrábamos y que en cierta forma se arrepentía de

haber pasado más tiempo haciendo el idiota con sus amigos que conociendo a personas como ella.

—¿Sabes? Hacía tiempo que no sentía nada tan fuerte como lo que he sentido esta noche.

—¿En serio?—me sentía feliz de que viera a esa chica y que comenzara a conocerla de la misma forma que hice yo en su momento.

—Oliver, me encanta verte como lo estoy haciendo ahora.

—Gracias.

—De verdad. Por un momento pensé que todo había cambiado, que las cosas se habían arreglado. Te veía como he querido verte siempre—él asintió con la cabeza al frente sabiendo que aquello tan sólo había sido un pequeño destello de una vida que no era real.

—Ojalá la hubiera conocido antes.

—Bueno, lo importante es que empieces a recuperar la confianza en ti mismo y que vuelvas a sentir así, es señal de que algo está cambiando.

—Si, quizás tengas razón, hoy me he sentido diferente, encontrarme con Simmons y haber estado con vosotros...

—¿Te ha sugerido que volváis a veros?

—¿Quién? ¿Simmons? Que va, lo ha comentado pero ha sido simplemente saludarnos y ver que tal iba todo. Lo de Simmons y Hartley fue hace mucho tiempo. Hay un tiempo en el que frecuentamos a algunas personas y luego cambiamos. Tú ya lo sabes Nick, cuando desapareció mi padre apenas salía con ellos, ni siquiera tenía ganas de estar con Jane, tan sólo aguanté con ella un poco más por estar con alguien.—Ya me lo imaginaba. Sabía todo lo que pasó previa y posteriormente a la desaparición de su padre. Después de la noche en que su padre golpeó al mío y a pesar de que pareciera que fuéramos a distanciarnos, supimos ver cómo redireccionar lo que había sucedido sin que las cosas se complicaran para él.

Pasaban de las once de la noche cuando llegamos al motel. Emily regresó a casa con su marido y sus hijos y quedó en vernos al día siguiente. Convenció a Oliver en cierta manera para hacerle una pequeña entrevista

para su periódico. Aceptó, pero no de muy buena gana. Se fue directo a la ducha y yo me quedé hablando con mi padre por teléfono.

Prefería hablar con él sin Oliver delante. No por nada, sino porque me hacía sentir incómodo el hecho que me tratara como si fuera todavía un chico de 15 años. Me dijo que al volver nos trajéramos un par de cajas que había en el sótano de nuestra antigua casa y la cámara de fotografiar que estaba debajo de la pila donde solía revelar sus fotografías. No tenía ni idea de que mi padre había venido regularmente a Fairmont al poco de mudarnos a Nueva York.

Me llenaba la cabeza de historias que me importaban un pimiento y en cambio, las cosas por las que sentía realmente interés, las pasaba por alto. Bueno, le entendía en parte por el hecho de que cuando nos marchamos a la gran ciudad, Fairmont quedó enterrado. Fue un pueblo más por el que cruzamos a lo largo de nuestra vida.

Una vez allí, viví con él hasta que terminé la Universidad y poco tiempo después me independicé. A partir de entonces, nos veíamos esporádicamente, le ayudaba en sus charlas y conferencias, pero exclusivamente hablábamos de trabajo y poco más. Dejó de ser aquel padre protector para convertirse en lo más parecido a un jefe. Tenía que aprender de él, seguir sus pasos. Su primera novela fue un auténtico éxito. Todo el dinero que conseguimos en gran parte fue debido a la cantidad de ediciones que consiguió con “La Distancia”, una bonita historia de amor que le dedicó a mi madre. Tanto la segunda como su tercera novela fueron otros dos grandes éxitos.

Recorrió el país con su primer éxito dando conferencias en las mejores universidades del país. Mientras tanto, yo comencé una relación con alguien de quien prefiero no hablar y no fue hasta después de unos años cuando conocí a Helena y mi vida tomó un camino diferente.

Afortunadamente, nunca había tenido que preocuparme por el dinero, vivíamos bien. Mi padre nunca dejó que desaprovechara mi tiempo en trabajos que no eran dignos de mi capacidad intelectual, así que hasta que escribí “Las Tormentas del ayer”, todos aquellos años los pasé viajando, descubriendo el mundo y disfrutando de las ventajas que mi padre me ofrecía. Aproveché que Oliver todavía no había salido del baño para llamar a Helena.

—Cariño, es mañana cuando tienes la cita con el doctor, ¿verdad?

—Sí. Susan vendrá a recogerme y me acompañará. No te preocupes.

—¿Qué tal está yendo por allí? ¿Ya tienes alguna idea nueva?

—Que va, no. Por el momento acabamos de llegar como aquel que dice, y bueno, a lo mejor me quedo unos días más de lo que pensé en un principio.

—Como quieras—me animó a aprovechar el viaje para que saliera a flote del bloqueo que llevaba—Eso sí, prométeme que si vuelves con tu amigo Oliver quedaremos a cenar con Susan.

—¿Qué? No, Helena.

—¿Por qué no? Mi hermana necesita rehacer su vida, y ese chico es perfecto.

—Bueno, ya hablaremos cuando vuelva. Te llamaré de nuevo cuando tenga un hueco, y si ocurre algo mañana por favor llámame a este número—busqué en mi libreta de notas el teléfono del periódico de Emily.

Colgué el teléfono en el instante que Oliver salía del baño. Helena me había dejado una ligera sonrisa en los labios.

—¿Con quién hablabas? ¿Con Helena?

—¿De qué te ríes?—Se acercó a su maleta para coger el pijama.

—Helena, que no se le ocurre otra cosa que querer presentarte a su hermana—Oliver se quitó la toalla y me la lanzó a la cara.

—¿Y qué pasa? ¿Qué no soy bueno para ella o qué?

—Que va no es eso, Susan es muy guapa, pero no os veo juntos.

—¿Y por qué? ¿No me ves como alguien que quieras tener en tu familia?— bromeó.

—No, Oliver, que no es eso. Ojalá estuvieras en mi familia. Sólo que Susan es demasiado complicada—me miró buscando una respuesta a ese comentario pero tampoco quería ahondar en ello—Ya te lo contaré pero no pienses que es por ti, capullo—salté sobre su espalda, cayéndonos al suelo. Los dos parecíamos unos críos. No podíamos parar de reír.

Martes, 31 Marzo 1959

Los días transcurrieron con una atípica normalidad. Hablé con Oliver la tarde en la que fuimos a bañarnos al río y poco más. He estado con Emily casi todos los días excepto las tardes que tuvo que quedarse cuidando de sus hermanos. No hicimos nada en especial. He echado de menos a Oliver, extrañaba esos momentos en los que aquel acróbata se colaba por mi ventana. No ha venido a hablar conmigo, aunque seguía saludándome cuando nos cruzábamos por los pasillos. Sentía en su mirada el agradecimiento por todo lo que había hecho por él o por cómo le había tratado. Estuve algo triste. Era fácil intentar entender que quería alejarse un poco de mí para no involucrarme en sus problemas, eso yo ya lo sabía, pero aún así, no me gustaba que las cosas cambiaran.

Aquella mañana, durante la clase de literatura del señor Finnell, la profesora Reynolds llamó a la puerta y entró. El señor Finnell fue hacia ella y miraron hacia la parte de atrás de la clase.

—Por favor, señor Kenner, ¿podría salir un momento?—Todos nos volvimos hacia Oliver. El chico salió fuera del aula con la señorita Reynolds y desaparecieron. No volví a verle en el instituto durante ese día. Estuve preguntándome toda la mañana qué habría pasado. Nadie sabía nada, hasta que al final del día, cuando me fui a casa con mi padre me dijo que su hermano pequeño estaba muy enfermo y lo habían llevado al hospital. Su padre se presentó esa misma mañana en el centro para llevarse a Oliver.

Cargué sus cosas y las mías en el asiento de atrás y fuimos a casa. Ni Simmons ni Hartley se preocuparon por coger los libros de su amigo al sonar el timbre, así que yo los guardé. Pensaba llevárselo a su casa esa tarde. A lo mejor no le sentaba bien que fuera pero me daba igual.

Estuve con Emily en el porche de nuestra casa. Había estado lloviendo, así que pospusimos nuestras aventuras en bici para el día siguiente. Hicimos una tarea en la que teníamos que trabajar por parejas para la clase del señor Hodges y cuando acabamos, ella se fue a su casa y yo fui a la de Oliver con sus libros. Llamé al timbre un tanto nervioso, esperaba no encontrarme a su padre. Volví a llamar, pero nadie respondió. Regresé sobre mis pasos y subí a

mi habitación. Dejé las cosas sobre la mesa y me tumbé en la cama. Esperaba que todo hubiera salido bien y que su hermano no estuviera grave.

Hacia las ocho y media de la tarde llamaron a la puerta. Mi padre estaba en su despacho y Rose comenzaba a preparar la cena, así que abrí yo mismo. Era Oliver.

—¡Oliver! ¡Tú por la puerta!—¡Menuda carcajada solté!

—¿Qué pasa Nick?

—Entra—le abrí la puerta—¿Qué tal está tu hermano?

—No lo sé. No me han querido decir nada.

—¿Pero qué le ha pasado?

—Pues, llevaba todo el fin de semana en la cama con fiebre y tos y esta mañana se lo han llevado al hospital—estaba bastante apenado.

—Pero ¿lo has visto?—él negó con la cabeza al tiempo que mi padre salía de su despacho y se reunía con nosotros.

—Hombre Oliver, ¿cómo estás, hijo? ¿Cómo está tu hermano?

—Bien señor, lo han llevado al hospital, pero creo que se recuperará.

—¿Dónde lo han llevado?

—Está en el St. Francis, señor.—El St. Francis era el más cercano a Fairmont. Fue fundado en 1912, unos años antes de la primera guerra mundial por unos religiosos y se convirtió con los años, en uno de los mejores hospitales de la zona. Estaba a sólo veinte minutos del pueblo así que su padre no tuvo mucho problema en llevar a Oliver a casa y volverse al hospital.

—¿Te quedas a cenar?—me sonrió así que estaba claro. Mi padre fue a la cocina a hablar con Rose para decirle que seríamos uno más y nos acercamos al comedor. No tenía rastro alguno en la cara del supuesto golpe con la puerta, supongo que por ello se decidió a presentarse delante de mi padre. Subimos un rato a mi habitación hasta que estuviera la cena. Le enseñé unos cómics que me enviaron por correo esa misma semana.

Rose no quiso sentarse a cenar con nosotros esta vez y mi padre lo

entendió. No quiso ponerla en un compromiso. Oliver cenó con nosotros y charlaba amigablemente con mi padre. Ninguno de los dos sacó el tema de lo que ocurrió la pasada semana. No quería ponerle entre la espada y la pared, sabiendo al igual que yo que aquello no iba a llevarnos a ninguna parte.

Intentaba familiarizarse con él y lo consiguió. No sé exactamente qué tipo de problemas familiares podría haber en casa de los Kenner, pero desde luego, allí con nosotros, se comportó como un chico ejemplar. El teléfono sonó. Mi padre se levantó y fue hasta el salón.

—¿Quién es?—preguntó mi padre. Alguien respondió, pero no pudimos descifrar quién estaba al otro lado de la línea—Sí, soy yo, ¿quién es?—tras un breve silencio mi padre nos introdujo en la conversación—Sí, aquí está.—Contestó mi padre. Los dos nos dimos la vuelta mirando hacia allí. Se escuchaba perfectamente la voz de mi padre desde el comedor. Era evidente que estaban hablando de mi amigo. Guardamos silencio intentando escuchar algo más, la puerta del salón estaba abierta pero cada vez mi padre hablaba más bajo. Tuvimos que esperar a que regresara a la mesa para preguntarle.

—¿Quién era papá?

—Tú madre—señaló a Oliver mientras se sentaba de nuevo. Él no daba crédito a lo que acababa de oír, ni yo tampoco.

—¿Pasa algo con mi hermano?—se inquietó sobresaltado.

—Tranquilo, tus padres van a estar unos días con tu hermano en el St. Francis.

—Pero, ¿qué tiene?

—Puede que sea una fuerte gripe, pero tu madre me ha dicho que estés tranquilo, que parece que va a mejorar, que está estable, sólo que me ha pedido si podías quedarte aquí unos días ya que ella no se va a mover de allí y tu padre tampoco estará mucho en casa.

—Pero por una gripe no te quedas ingresado en el hospital.

—Hay veces que es mejor prevenir para evitar algo peor, sobre todo con los niños. Así que cálmate que tu hermano se pondrá bien.

—¿Y no puedo ir?

—Me ha dicho que aunque quieras ir no te van a dejar entrar, así que no puedes hacer nada. Estate tranquilo—se llevó un bocado al paladar.

Robert tenía neumonía pero su madre le pidió a mi padre que no dijera nada, no quería preocupar a su hijo innecesariamente. Esperaban que se recuperara pero cuanto menos supiera mejor. Mi padre me lo dijo durante la cena cuando Oliver se ausentó unos minutos para ir al baño y yo intenté disimular para que Oliver estuviera pendiente de otras cosas.

Seguía preocupado, pero estuvo genial que pasara unos días con nosotros. Quería traerse a Max, pero a mi padre no le gustaba demasiado la idea, así que lo cuidaría a distancia. Seguimos hablando pero Oliver ya no estaba igual que cuando llegó, me recordó los días previos a la muerte de mi madre, cuando mi padre intentaba disimular su preocupación delante de mí. Esas lágrimas contenidas y esa pena intentando disfrazarla de amabilidad. Acabamos de cenar y subimos rápidamente a mi habitación.

Fairmont era Fairmont, me he recreado en esa afirmación infinidad de veces, y lo seguiré haciendo. Es algo que tengo y tendré muy presente. No me resultó muy difícil el que la madre de Oliver encontrara nuestro número de teléfono haciendo un par de llamadas, todo era fácil de averiguar en este pueblo. Pero me sorprendió muchísimo que nos llamara a nosotros, y más con lo que había pasado la semana anterior.

De cualquier manera un hijo es un hijo. Una madre sabe más de lo que pensamos que puede llegar a saber. Con aquella llamada, Oliver se sorprendió de que le conociera tanto, dado que aunque tenían buena relación no es que hablaran mucho, principalmente por el comportamiento tan autoritario de su padre. Aún así le descuadraba que nos llamara a nosotros y no a los padres de Simmons o Hartley, por ejemplo.

—Tío, se va a poner bien ya verás.

—Ya, bueno, pero mientras estén todos allí no voy a poder estar tranquilo.

—Lo sé, pero ya verás como todo va bien—me senté en la cama. No le quedó otra que acatar aquello.

Me hubiera gustado hablar de mil cosas con él, de todo lo que nos había pasado esa semana en la que apenas habíamos hablado, pero no era el momento. Le dejé algunos de mis cómics y nos quedamos con la luz de la lamparilla hasta que los ojos se me cerraron.

—No se cómo te pueden gustar estas cosas...—cerró el ejemplar de *Mundos Extraños* de un manotazo—Siento si he sido un idiota estos días, Nick—Yo dormía plácidamente—¡Nick!—me zarandeó hasta que desperté.

—¿Qué quieres?—aún tenía los ojos medio cerrados.

—Quería darte las gracias, y que me perdonaras por haber sido un poco gilipollas esta semana.

—Bah.... No te preocupes, tampoco ha pasado nada. Sabía que volveríamos a hablar—estrujé mi almohada con una sonrisa abriendo un poco los párpados. Me estaba mirando.

—¡Es que no puedo dormir!

—¡Pues tío! ¡Te duermes o por lo menos inténtalo! Estoy muerto.

—Claro—sonrió.

—Mira, mañana hablamos y me cuentas lo que pasa en tu casa—continuaba sobre la almohada mirándole a los ojos. Él se había incorporado un poco y apoyaba su cabeza contra la pared.

—No puedo, Nick. En serio, no puedo.

—Si después de lo del puente ...¿qué puede haber peor que eso?

—Mañana hablaré con tu padre—trató de cambiar de tema.

—¿De qué?—abrí los ojos por completo mientras me incorporaba yo también.

—Creo que tengo que disculparme con él por lo de la semana pasada.

—Pero ¿qué dices? Mi padre es mayor y sabe que tú no tienes la culpa de nada—volví a apoyar mi cabeza sobre la almohada—Vamos, duérmete—Si esta conversación la hubiéramos tenido al irnos a la cama seguramente estaríamos hablando sin parar, pero con el sueño que tenía y viendo que no me iba a contar nada de lo que realmente quería saber, sólo tenía ganas de

que se durmiera.

—Aún así, creo que tengo que hacerlo, Nick. Fue a defenderme y yo escondí la cabeza y me metí dentro de casa, y encima, sin atreverme a venir ninguna noche.

—¡Venga! ¡Por favor! ¡Duérmete!—cogió su almohada y me dio con él en la cabeza.

—Maldito enano, ya verás—sonrió también—Cuando seas tú el que tenga ganas de hablar entonces me haré el dormido—se cubrió con la sabana e intentó dormir. Yo me quedé con una ligera sonrisa hasta que mis ojos se cerraron de nuevo.

Viernes, 21 Octubre 1983

Esa mañana nos quedamos dormidos, habíamos cerrado bien las cortinas para no despertarnos como la mañana anterior pero aún así, la luz conseguía colarse por rendijas que ni siquiera sabíamos que estaban, pero no fue eso lo que nos despertó. Aporrearon la puerta fuertemente.

—¡Niiiiick!, están llamando, levántate y mira a ver quién es.

—¿Sí? ¿En serio?—dije sarcásticamente. Me levanté de la cama en calzoncillos y me acerqué a la ventana intentando mirar por uno de los extremos de las cortinas, me sorprendí y me di la vuelta hacia él.

—¡Es tu hermano!—él se sobresaltó, se quitó el pantalón del pijama, se puso unos vaqueros y fue hacia la puerta ante mi sorpresa.

—Tranquilo que no va a pasar nada—se sintió muy seguro de sí mismo. Le creí. Volví hacia la cama y me senté. Abrió la puerta justo en el momento en el que Robert iba a volver a llamar.

—Robert, ¿qué pasa?

—¿Podemos hablar un momento?

—Espera,—volvió dentro, se puso un jersey y salió afuera—ahora vengo.

Los dos se mantuvieron distantes, separados el uno del otro. Robert

había llegado en su coche, un Ford Maverick del 72 de color rojo, todo un clásico y se había apostado junto a su coche, aparcado al lado del de Oliver y éste se dirigió hacia él.

CAPITULO III

Oliver Kenner. Ese es mi nombre. He buscado ayuda desesperadamente desde que tenía 14 años y todavía no he sabido encontrarla. Regresar a Fairmont era una cuestión personal más allá de averiguar lo que le pasó a mi padre.

Siempre había sido un niño feliz hasta que algo marcó mi vida. A eso podría reducirse todo lo que sé. Tengo conocimiento de lo que significa morir sin estarlo. Toda esa inocencia se truncó de la noche a la mañana, y nada pude hacer para poder reconducirla. Poco a poco iba apagándome, intentando disimular algo que no era, tratando de que mi hermano continuara viéndome como el chico al que admiraba, que mi madre fuera capaz de ayudarme pero tampoco sabía como llegar hasta ella. Intentaba pasar tiempo con Max, salir a correr con él de vez en cuando, alejarme de esa casa.

La llegada de Nick Hamilton fue inesperada. Nunca pensé en que alguien así entrara en mi vida, ni mucho menos, que fuera capaz de hablar con un extraño como lo hice con él, pero es entonces cuando uno se da cuenta de lo que tiene y de lo que le falta. Necesitaba su ayuda sin ni siquiera saberlo.

Al principio fue realmente extraño. Me sorprendía esa forma de ser tan intensa y fraternal sin apenas conocerme, pero por aquel entonces, no estaba yo para ponerme a pensar si lo que estaba haciendo era lo correcto o no. Sencillamente dejé que ocurriera. Él era un niño excesivamente sensible al que no pude negarle nada desde que vio mi lado más amargo.

A partir de entonces, todo transcurrió como en una montaña rusa. No esperaba que tanto él como su padre me trataran como lo hicieron. Volví a

sentirme querido nuevamente, pensé que las cosas estaban arreglándose hasta que se marcharon. Entonces me sentí más solo que nunca e intenté quedarme, traté de ser una especie de padre para mi hermano pero tras morir Max en un accidente volví a venirme abajo. Ese perro me ayudó a refugiarme antes de que Nick llegara y sé que para muchos no era equiparable a una vida humana pero para mí, sí lo era.

Empecé a pasar más tiempo con Nick. Max, por su parte, me buscaba en Robert. Inevitablemente, sin apenas darme cuenta, lo echaba de menos. Sabía que estaba en casa, pero aún así... cuando aquel vehículo lo arrolló una tarde que regresábamos a casa casi muero. Sentí en su pérdida todo lo que había pasado aquellos meses y lloré como nunca había hecho. Robert se mantenía a mi lado y mi madre... sé que quería aprovechar ese instante para volver a acercarse a mí pero no se lo permití. Lo enterré en el jardín al lado de la puerta trasera.

Ver a mi hermano con un perro la otra noche me hizo recordarlo. Sonreí unos instantes y pensé en las veces que había salido de casa y me había seguido ciegamente fuera donde fuese.

Tras mi marcha, no hubo ni un sólo día que no pensara en Robert. Pensé en escribirle. La primera carta que mandaba a alguien fue a Nick. Recibí una suya a las dos semanas de marcharse pero no le respondí hasta que estuve en Salt Lake City. Estuve más de dos años dando vueltas por el medio oeste, trabajando a cambio de cobijo y comida en algunas ocasiones, sin apenas nada en los bolsillos. Posteriormente pasé algunos años en Salinas (Monterrey). Me movía de un lugar a otro en la época de la cosecha recogiendo cualquier cosa que me diera algo de dinero. Albaricoques, naranjas, fresas, etc. Cuando reuní algo de dinero dejé atrás el calor de la Alta California y me trasladé a la Costa Este.

Con 28 años me alisté como voluntario para luchar en Vietnam. No me importaba si regresaba con vida o no y fue eso lo que hice, intentar encontrarme a mi mismo arriesgando mi vida. La guerra me convirtió en algo que no era. Tan sólo el joven Tommy Davenport me ayudó a mantener los pies en la tierra. Tenía esa mirada que a veces Nick usaba para chantajearme. No quise entablar ningún vínculo con él. Inevitablemente, tarde o temprano, acabaría metiéndose en mi vida.

No supe lo que se sentía matando a alguien a sangre fría hasta ese instante. No vacilé. Vietnam sacó a la luz el demonio que habían creado en mi interior y sin ni siquiera saberlo, la guerra se tomó la justicia por su mano. Juré enterrar en mi memoria ese episodio, pero como bien dijo el sargento Jackson, lo que íbamos a vivir en aquel infierno nos acompañaría el resto de nuestros días. Nunca pude hablar con nadie de todo eso. ¿Cómo podría contar que golpeé repetidamente con la culata de mi M-16 la cabeza de ese bastardo hasta que sus sesos se desparramaron por el suelo? ¿Me hacía eso mejor o peor persona después de lo que sucedió en la jungla? Siempre estarán los que digan que matar siempre es matar o que nunca hay que tomarse la justicia por su mano, pero no pude quitarme de la cabeza lo que le ocurrió a Tommy.

A mi regreso de Vietnam, no sé si hice bien mudándome a Baltimore, pero parecía un lugar tranquilo y totalmente diferente a Fairmont. Desde allí volví a escribir a Nick y aunque sabía que tan sólo estaba a tres horas de Nueva York nunca quise coger un autobús y presentarme en su casa después de todo este tiempo. Preferí dejar que la distancia nos separara.

Seguí con mi vida. Una vida a la que no le encontraba sentido. Stephanie, Danielle, Rhina, Katherine, Marla, Julia... un sinfín de nombres a los que ya no sabría ponerle rostro. He intentado olvidar y comenzar de cero tantas veces que seguir los consejos de mi psicoanalista no funcionaba. Finalmente, regresar al epicentro de todo era la única respuesta y la llamada de Nick fue providencial para volver al pasado.

No estaba preparado para encontrar a mi hermano y no lo estuve cuando nos cruzamos en la oficina del sheriff, y ahora le vi allí delante, tenía tantas ganas de abrazarlo, de verlo, de hablarle. Tanto tiempo pensando en él, tantos años, y ahora le tenía delante y era como si se hubiera construido un intenso muro invisible que no me dejaba cruzar más allá.

—¿Puedes decirme a qué has venido?—Ya no me sentía intimidado ante aquel Fairmont como lo estuve la pasada mañana. Me sentía diferente y aunque quería a mi hermano y le guardaba respeto no iba a consentir que ocurriera lo mismo que sucedió ayer.

—He venido a solucionar cosas que tenía pendientes, Robert—dije intentando esconder mis sentimientos reales hacia él. No quería derrumbarme y llorar porque eso era lo que sentía que quería hacer.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?—se indignó acercándose hacia mí, mirándome fijamente a los ojos, retándome—¿Qué se te ha perdido a ti aquí si hace más de veinte años que no has venido? ¿Qué vienes a ver? ¿lo que ha pasado con papá?

—Robert, no tienes ni idea de por qué me fui y lo difícil que ha sido mi vida desde entonces, te dejé una carta. Te la dejé para que cuando fueras mayor entendieras un poco que mi ausencia no tenía nada que ver contigo.

—¿Una carta? ¿Qué carta? ¿Qué dices?—me extrañé. Creo que lo notó pero no hizo caso.

—¿No viste la carta?

—No cambies de tema. En serio, ¿no ves lo que le estás haciendo a mamá?— me di la vuelta. No quería oír el nombre de mi madre, ni siquiera que la mencionara. Pensé en la carta que le escribí, la que le dejé sobre la mesa de su habitación. Supe en ese instante que ella la cogió. Había dado por sentado que mi madre la leería, que Robert se la daría. No hablaba ofensivamente de ellos, sencillamente era una carta que le escribí desde lo más profundo. Comencé a encenderme por dentro, pero no quería explotar y preferí tragarme mi orgullo y aguantar.

—Robert, déjalo, no sé a qué has venido aquí—me volví hacia él.

—He venido a...—no supo qué decir. Se quedó sin palabras. Sé que quería verme, quería volver a verme pero no quería reconocerlo. No quería asimilar que necesitaba verme y estar conmigo.

—¿A qué?—Robert me miró con lágrimas en los ojos, lleno de rabia, enfadado. Le miré detenidamente, fui directamente hacia él y lo abracé como nunca había hecho, mientras él, intentaba separarse con fuerza sin poder conseguirlo.

—¡Quita! ¡Aparta!—me gritaba sin poder desembarazarse de mí. Ayer por la mañana tan sólo era un conejillo asustado que quería salir de aquella sala como fuera, que no podía enfrentarse a su hermano y su madre, pero algo en mí había cambiado. Algo hizo que encontrara fuerzas donde no las había, que comenzara a creer en mí mismo.

—Robert, te quiero. Te quiero, hermano—le susurré al oído mientras él

no dejaba de luchar contra mis brazos. Finalmente consiguió separarse de mí enfurecido.

—No me digas que me quieres—se dirigió hacia la puerta de su coche con los ojos humedecidos—No me vuelvas a decir que me quieres—le miré con tristeza y me mordí la lengua. ¿Qué podía decirle? ¿Qué podía hacer para volver a recuperarle? Fuera lo que fuese, no iba a ser en ese instante.

—Volveremos a hablar Robert, volveré a hablar contigo y me entenderás.

—Vete a la mierda. ¡Vete! ¡Vete de aquí ya!. No te acerques a nosotros, por favor—se metió dentro de su coche.

—Dile a tu madre que te de la carta que te escribí—cerró la puerta, encendió el motor y salió de allí rápidamente. Me quedé de pie mientras el coche se alejaba a gran velocidad.

No esperaba su reacción, o quizás sí. Hacía tanto tiempo ya, que apenas conocía nada de su vida. Han pasado tantas cosas desde entonces que ya no sé cómo es. No sé hasta que punto le afectó realmente mi partida, y más, dándome cuenta de que ni siquiera leyó la carta que le dejé. Aunque realmente, ¿importan algo unas palabras escritas cuando la persona a la que admiras desaparece de tu vida para no volver? Pero había vuelto, estaba aquí. Sé que es algo muy egoísta el pretender que acepte mis disculpas o el que intentemos actuar como si nada hubiera pasado sin saber la verdad de lo que sucedió, pero no puedo contárselo. Sé que le dije a Nick que quizás lo hiciera, que lo intentaría, pero es demasiado duro. No quiero destrozarle su infancia pero he de recuperarle. Ahora sé que he de hacerlo. Le he visto tan indefenso...

No importa la edad que tenga, seguía siendo el niño pequeño que dejé atrás. Me sentía mal conmigo mismo. Nick salió nada más escuchar el sonido del coche alejándose.

—¿Cómo estás?

—Bien—seguía allí de pie, con sus ojos puestos en aquel diminuto coche en la lejanía. Se dio la vuelta en dirección a la habitación.

—¿Qué quería?

—Verme—entró sin saber qué hacer. De inmediato le dio un puñetazo en la pared ahogando un grito cargado de rabia.

—¿Pero qué haces?—le agarré el puño y le detuve—¿Qué cojones te pasa?

—Mi madre no le dio la carta Nick. No se la dio—se separó de mi lado y continuó maldiciendo. Se sentó en la cama—Claro que me odia—me miró.

—¿Y qué esperabas? Hace más de veinte años que no sabe de ti. Ese chico te admiraba, ¿qué importa una carta? Son sólo palabras—Oliver reaccionó, que era lo que yo pretendía. Se me quedó mirando unos instantes.

—Ya lo sé Nick, ya lo sé. Pero es que contaba con esa carta. Se la escribí para que supiera que le quería—me senté a su lado.

—Lo que tienes que hacer es hablar con tu madre y decirle todo lo que tienes dentro, sólo así saldrás adelante—asintió.

—Tienes razón Nick. Tienes razón.

—Vámonos al periódico a ver a Emily y comemos algo—miré el reloj de la mesilla de noche que había entre ambas camas, marcaba las 12.40pm—y ve haciéndote a la idea de que entre hoy y mañana has de enfrentarte a ella.

Tardamos unos quince minutos en estar listos. Llamé por teléfono a Emily. No estuvo nada mal reunirnos la pasada noche, pero había que solucionar lo que habíamos venido a hacer allí. Durante la cena sé que pensé de forma diferente. Me hubiera quedado en aquel Fairmont nuestro durante mucho tiempo pero no podía vivir de recuerdos o crear una ficción que solamente estaba en mi cabeza. Tenía que poner los pies en el suelo, y eso empezaba por empujar a Oliver a su propio abismo y que supiera salir de él por sus propios medios.

Abrió la puerta de la habitación mientras yo cogía las llaves que estaban en la mesilla y de repente, escuché dos disparos. Uno de ellos impactó en el espejo que había al lado de la puerta del baño. Me sobresalté. Giré mi cabeza hacia la entrada y le vi caer, desplomándose en el suelo.

—¡Dios mío! ¡Oliver! ¡Oliver!—Fui hacia él, echándome en el suelo,

arrastrándome hacia él, intentando mirar a mi alrededor, buscando a alguien y averiguar quién había disparado pero la luz del medio día me deslumbró demasiado. De cualquiera modo, lo único que me preocupaba era que mi amigo estaba en el suelo.

Miércoles, 1 Abril 1959

Mi padre entró a despertarnos, golpeó la pared de mi habitación con dos fuertes palmadas y bajó rápidamente. Era temprano, un poco más de lo habitual y los dos nos sobresaltamos en la cama.

—Buenos días, Nick. Venga, vamos a desayunar—me subí los pantalones y cogí una camiseta de mi armario. Le dejé algo de ropa, pero le venía algo pequeña, así que prefirió ponerse lo que llevaba el día anterior. Bajamos al comedor, y Rose nos había preparado un desayuno algo diferente a lo que estábamos acostumbrados. Tortitas con arándanos y crema, sirope, beicon, huevos fritos, zumo de naranja y leche.

Nos quedamos perplejos ante tal cantidad de comida sobre la mesa. Yo sonreí, pero tampoco daba crédito. Mi padre estaba sentado a la mesa con un café en la mano.

—Venga, chicos. A comer, que nos vamos en veinte minutos—nos sentamos a la mesa y nos atiborramos de todo aquello. Normalmente, Rose siempre me prepara unas tortitas, un par de huevos fritos, y un zumo, y casi siempre me lo tenía que comer a toda velocidad. Pero viendo toda esa mesa parecía que íbamos a desayunar siete personas. Arrasamos con todo. Mi padre se quedó alucinando al igual que Rose que se limitaba a sonreír.

—Pero Nick, normalmente no comes tanto.

—Papá, normalmente no me dejas tiempo para desayunar—solté una carcajada. Nos miró a los dos pensativo. Oliver mantenía las formas mucho más que yo, que, sintiéndome en mi casa, disfrutaba como el niño que era. Oliver sabía cuál era su lugar. Le preguntó a mi padre por su hermano, por si había alguna novedad, y yo no quise decir nada. Al final le dijo que tenía principios de neumonía pero que iba a estar bien. No tenía por qué preocuparse que las cosas se iban a solucionar.

Cogimos nuestros libros y mi padre nos llevó al Instituto. Vi por el espejo retrovisor como Oliver miraba por la ventanilla. ¿En qué estaría pensando? Le noté preocupado, aunque era lógico después de lo que le había dicho mi padre. Me dijo anoche que su madre no quería que le dijéramos nada, pero mi padre entendía que antes de que se enterase por nadie en el colegio o en el pueblo, era mejor que lo supiera por él mismo, explicándole las cosas con delicadeza para que no tuviera ninguna duda. Escuché palabra por palabra todo lo que le dijo, y aunque los ojos de Oliver se entristecieron, poco a poco fue consolándose con las palabras de ánimo y superación con las que terminó mi padre. Le había animado un poco gastándole alguna broma cuando nos levantamos de la mesa, y se relajó un poco.

Ese amigo que acababa de entrar en mi vida era alguien que nunca pensé que conocería. Ni siquiera me lo planteaba, ni siquiera me imaginaba que los demás chicos tenían problemas. Mi padre, aún así, siempre me había mantenido despierto al mundo haciéndome partícipe de lo que existía a mí alrededor. Me había educado ofreciéndome una visión completa de lo que eran los Estados Unidos en los 50. Sabía que existía la segregación en las escuelas, que no todos los niños tenían las mismas oportunidades, que la sociedad se dividía entre blancos y negros y yo no entendía el por qué. Por mucho que le preguntara a mi padre, no tenía una respuesta que me convenciera de que todas esas desigualdades eran válidas.

Mi padre nos dejó en el aparcamiento y fuimos rápidamente hacia la entrada. Él se quedó más rezagado. Simmons y Hartley, que llegaban en el coche de Simmons, nos vieron llegar con mi padre. Ambos se sorprendieron sin entender el por qué de aquello. Teníamos clase a primera hora con el señor Hodges y fuimos a nuestra aula. Simmons se sentó al lado de Oliver hacia el final de la clase.

—¿Qué hacías con el niño ese?

—Mis padres están en el hospital con mi hermano. Me estoy quedando con ellos— Oliver no quiso darle demasiada importancia.

—Es verdad ¿Cómo está tu hermano? Te llamé anoche a casa pero no contestó nadie.

—Porque estaban en el hospital.

—¿Y qué le pasa?

—Tiene neumonía—Simmons se calló. Hartley hablaba con Donna Lewis en el instante en el que Emily entraba acompañada por el señor Hodges. Todos fueron a continuación a sus pupitres y guardaron silencio.

El profesor de matemáticas era alguien bastante peculiar. Mi padre sabía que el álgebra y yo no es que fuéramos los mejores amigos. Simplemente intentaba aprobarlas, lo conseguía pero me costaba muchísimo. Al igual que mi padre, mi futuro iba a estar en las letras. Intentaba atender, hacer los ejercicios, pero su forma de explicar y de realizar los exámenes era totalmente diferente al resto de profesores.

—Tengo que contarte muchas cosas—susurré a Emily en voz baja aprovechando que nos había dado unos minutos para hacer unos ejercicios.

—¿Qué ha pasado?

—Oliver se está quedando en mi casa. Su hermano está en el hospital con neumonía—Emily me miró sorprendida.

—Pero ¿cómo ha sido?

—¡Señor Hamilton! ¡Hombre! Ya veo que ha sido el más rápido de sus compañeros en terminar. Por favor, salga a la pizarra e ilústrenos con la solución a los problemas—ni siquiera me miró. Quise que me tragara la tierra en esos instantes, ya que me convertí en el centro de todas las miradas. Emily sonrió mientras me ponía en pie. Sabía que apenas había comenzado a hacerlos. Me tuvo allí de pie, de brazos cruzados, hasta que sonó el timbre.

—Vaya mañanita llevo—me encontré con Emily en su taquilla unas horas después. La estaba esperando para irnos a comer un sándwich a la cantina a media mañana.

—¿Qué más te ha pasado?

—¿No te vale con que después de su clase me haya hecho quedarme con él y que el señor Finnell quisiera que expusiera delante de todos el trabajo de poesía que nos mandó la semana pasada?

—Nick, si no te ayudara tanto tu padre a estas cosas no te pasaría esto —comenzamos a andar en dirección a la cantina.

—En serio que no me ayudó, te lo prometo.

—Pues entonces no lo hagas tan rematadamente bien. Pero cuéntame, ¿cómo que Oliver se queda en tu casa?

—Su madre llamó a mi padre—Emily escuchaba perpleja y más teniendo en cuenta lo que había pasado entre mi padre y Joseph Kenner—No sé por qué intuyó que estaría allí. Me sorprendió, la verdad, y nos dijo que el hermano de Oliver estaba en el hospital con neumonía y que estarían unos días con él.

El día transcurrió con normalidad. Oliver regresó a casa con nosotros en el coche y cuando llegamos, la camioneta de su padre estaba aparcada en la entrada de su casa. Vi como su cara cambiaba a través del espejo retrovisor del coche. Creo que mi padre también se percató de ello.

—Oliver, ¿quieres que te acompañe yo a casa?

—No, señor Hamilton, muchas gracias—salió del coche una vez lo hubo detenido frente a nuestra puerta. No sabía qué decirle. Cogió sus libros y cerró la puerta del vehículo.

—Nick, luego más tarde me paso por tu casa. Gracias por traerme, señor Hamilton—Apenas miró a mi padre a la cara. Le vimos alejarse a toda prisa, estaba asustado. Su madre le dijo que estarían fuera unos días, y aunque el Saint Francis estaba cerca de Fairmont, su madre no iba a separarse del lado de su hijo ni un instante, pero tal vez el que hubieran regresado fuera señal de malas noticias. Oliver subió las escaleras del porche y llamó a su puerta.

—Vamos Nick—dijo mi padre arrastrándome prácticamente hasta nuestra casa. Quería ver quien abría la puerta, pero no pude. Vi como rebuscaba en la maceta que había al lado de la entrada, sacaba de allí unas llaves y abrió finalmente la puerta de su casa y desapareció.

Entré en mi casa asustado. No quería ver a mi madre. Max se acercó a mí con rapidez y me siguió en todo momento. Sabía que si la veía era señal de que mi hermano no iba a estar bien. Recé durante unos segundos hasta que fui a la cocina y vi a mi padre sentado en una silla de madera al lado de la

puerta del jardín. La botella de bourbon estaba medio vacía. No sé cuánto podría haber bebido. El vaso estaba sobre la mesa y mi padre estaba mirando su contenido. Sabía que estaba en la puerta de la cocina, mirándole, pero no me dijo nada.

—¿Cómo está Robert, papá?—ni siquiera se inmutó. Me acerqué y dejé los libros sobre la mesa—¿Cómo está Robert?

—Tu hermano tiene neumonía—tamborileaba con sus dedos sobre la mesa sin levantar los ojos de su mano. Me asusté, y aunque el señor Hamilton me lo había dicho esta mañana no me gustó la forma en la que lo dijo. No sabía exactamente la gravedad de su enfermedad pero sabía que era algo serio. Evitó mostrar ningún sentimiento, aunque tampoco me sorprendía. Me di la vuelta con la intención de subir a mi habitación.

—¿Ahora te has vuelto un señorito?—me detuve unos instantes. Guardé silencio y continué andando—Te he hecho una pregunta—golpeó con el pie a la silla que había arrimada contra la mesa lanzándola al suelo. Me volví hacia él.

—¿Qué es lo que te molesta?

—Me molesta que te juntes con indeseables que se creen mejor que los demás—parecía bastante lúcido a juzgar por el alcohol que suponía que se había bebido.

—Papá...—se puso en pie y me miró fijamente, acercándose a mí. Tragué saliva, no quería enfrentarme a él.

—Sube a tu habitación y quédate ahí dentro.

—¿Va a venir hoy mamá?—negó con la cabeza.

—Volveremos cuando tu hermano esté bien. Mientras tanto quiero que te quedes ahí dentro y no salgas.

—Pero, papá...

—Pero nada. Si quieres comer en el frigorífico tienes comida. No tienes porque mendigar en casa de nadie, nosotros no somos vagabundos.

—Si no es eso, es que mamá...—intenté decir antes de que me diera una bofetada.

—¡Sube a tu jodida habitación y quédate allí!—no le respondí. Le obedecí.

¿Por qué tenían que ser así las cosas? ¿Qué había hecho tan mal para que se comportara así? No quería llorar pero no podía aguantar más aquello. Si no hubiera pasado Nick por el puente de Fairmont Hill esa noche, ahora no estaría en este pueblo. Odiaba la vida que tenía, intentaba escapar de ella de cualquier forma pero no había manera de hacerlo, ni de mi casa, ni de Fairmont.

Sé que sólo tengo 17 años, bueno en breve los cumpliré, pero ¿qué se supone que ha de hacer alguien cuando vive en un infierno y no sabe cómo salir de él?

No sé cuando empezó todo, o qué le pasaría por la cabeza para cambiar de esa forma y comportarse así, pero si tuviera que marcar una línea sería al poco de volver de Corea. Ya no era la misma persona que se fue.

Siempre había sido alguien a emular. Me encantaba irme con él a entrenar, a pescar, que me llevara a los partidos en lugar de ir con el autobús con el resto del equipo... siempre estaba ahí para mí, para cualquier cosa que necesitara. Ahora ya, nada era igual. Me entraban ganas de llorar cuando pensaba en el padre que había tenido y en el que vive en estos momentos en mi casa.

Subí las escaleras y me encerré en mi habitación. Cogí la pelota de fútbol que estaba sobre la estantería junto con los demás trofeos del equipo y me tumbé en la cama. Pensé en Nick y en cómo le envidiaba. La relación que tenía con su padre, su educación, su forma de ser... envidiaba su vida porque pensaba que yo la podía haber tenido. Mi padre era así antes de la guerra. Cambió. Siempre dicen que las guerras cambian a las personas pero nadie me había preparado para verlo con mis propios ojos.

Mi madre era la que más sufría con todo aquello y no sabía qué hacer para ayudarla. Siempre habíamos sido una familia perfecta, y por culpa de esa maldita guerra... Simmons llamó por teléfono pero mi padre le dijo que no iba a ir a entrenar, así que supongo que ese día lo iba a pasar en casa.

Hacia las ocho de la tarde escuché a mi padre marcharse. Miré por la ventana. Bajé al comedor y encendí el televisor. Unos minutos después

llamaron a la puerta. Supuse que sería alguno de mis amigos, pero no, era el señor Hamilton.

—Oliver, venga, mete en una bolsa un poco de ropa, coge tus cosas y vamos a casa.

—Pero...

—Acabo de hablar con tu madre hace un rato. He esperado hasta que se fuera tu padre para venir a por ti. Venga, que la cena está en la mesa—asentí con la cabeza y subí. Cogí la bolsa de deporte que llevaba a los entrenamientos, la vacié sobre la cama y cogí dos pantalones, un par de calzoncillos, los pantalones de entrenamiento y algunas camisetas. Pensé en que si necesitaba algo más Nick me lo dejaría. Cogí los libros de clase y bajé las escaleras. Max me miraba sin saber a dónde iba, me dio pena dejarlo allí, pero me aseguré de dejarle comida y agua en sus cuencos. Cerré la puerta con llave y seguí al señor Hamilton hasta su casa.

—Señor Hamilton, ¿la neumonía es muy grave?

—Bueno, ya lo hemos hablado esta mañana, Oliver. ¿Te ha dicho alguien algo?

—Mi padre. Y no me ha gustado el tono en que lo ha hecho.

—Olvídate. Se va a poner bien. Tu madre me ha dicho que no te preocupes, lo peor ya ha pasado.—Sé que intentaba calmarme, lo intuí enseguida, pero tampoco podía hacer nada más. Llegamos enseguida. Cuando entré, Nick me sonrió.

—Ya pensaba que no ibas a venir.

—Yo también pensaba eso—su padre cerró la puerta y nos dirigimos hacia el comedor.

—¡A cenar chicos!—dejé la bolsa de deporte en el suelo de la entrada y fuimos a la mesa.

Todo estaba delicioso. Chuletas de cerdo con puré de patata y unas deliciosas tartaletas de fresa con moras. Hacía tiempo que no comía nada parecido y eso que mi madre era la mejor cocinera de Fairmont. No sólo lo decía yo, sino todo el pueblo. Pero son sólo recuerdos que tengo de cuando

mi padre regresó de Corea y solían festejar cenas y comidas en casa con gente de Fairmont. Todo eso, poco a poco fue dilatándose en el tiempo hasta llegar a un punto en el que ya apenas tenían vida social más allá de los homenajes anuales que se le hacían a mi padre.

Le agradecí al señor Hamilton su interés y preocupación. Me hubiera gustado disculparme mejor cuando mi padre le golpeó aquella noche, pero ¿qué más podía decir? Bastante incómodo me sentí cuando me vi obligado a asumirlo delante de Nick.

Después de cenar nos quedamos un rato con el señor Hamilton en el comedor escuchando unas interesantes historias sobre la guerra de Troya, y cuando acabó, Nick y yo nos subimos a su habitación. Mi madre sabía perfectamente que mi padre no me dejaría volver a casa de los Hamilton, del mismo modo que era consciente de que en el momento viera la camioneta aparcada frente a nuestra puerta, pensaría que ya habían vuelto e iría directamente hacia allí.

Apagamos la luz y nos acostamos. Me encontraba más tranquilo. Creo que ninguno de los dos teníamos sueño. Allí estábamos, boca arriba, iluminados por la luz que entraba por la ventana.

—Oliver, ¿qué es lo que pasa con tu padre?—Estaba cansado de evadir todas sus preguntas pero no podía decirle nada más. No me sentía preparado, presentía como que todo se derrumbaba y pensé en la tarde en la que me dijo que me admiraba y en cómo me sentí.

Sé que soy un chico popular en el Instituto, no es necesario ser alguien superficial para serlo, aunque realmente me comportaba como tal muchas veces. Quizás por el hecho de actuar conforme se espera de ti. Yo en realidad no he sido así siempre. Empecé a jugar en el equipo de fútbol del instituto muy animado por mi padre que se sentía orgulloso de mí. Sabía que era bueno, pero los del equipo no y se sorprendieron al igual que el entrenador Gilbert. Hicimos un buen año, de los mejores, y este curso apuntaba a ser más de lo mismo.

Siempre fui un chico normal. No es que fuera un excelente estudiante, porque estudiar no me gustaba demasiado pero intentaba hacer las cosas bien. Éramos una familia feliz y no teníamos problemas, pero Corea lo cambió

todo. Los primeros años fueron tranquilos. Todo fueron celebraciones y fiestas y tuve que acostumbrarme a despertarme con los medios de comunicación y el ejército prácticamente en mi casa. Fue divertido al principio. Éramos la familia modelo. Teníamos que hacernos un montón de fotos e ir a pueblos cercanos. Recorrimos todo el estado de Indiana asistiendo a presentaciones y festivales. No era tanto el valor que se le dio a una guerra en la que América salió derrotada, sino a la labor de mi padre como oficial y en cómo arriesgó su vida a cambio de la de quince hombres a los que rescataron.

Me sentía orgulloso de él. Todos lo estábamos. Fue entonces cuando empecé a salir con Simmons y Hartley. Nunca había tenido demasiados amigos. Siempre había estado muy ligado a mi padre, y durante la guerra, estuve mucho tiempo en casa, jugando con mi hermano o con los hijos de los temporeros que solían quedarse en el barrio durante la cosecha.

El cambio hacia la adolescencia me sentó bastante bien. Comenzaba a sentir la envidia de muchos chicos ya no sólo por mis aptitudes deportivas, sino también por ser el blanco en los corazones de las chicas de clase. Una cosa llevó a la otra y sin darme cuenta, Simmons, Hartley y yo comenzamos a sentirnos los dueños del lugar. Nuestro comportamiento no tenía mala intención, bueno, quizás al principio pensaba así, no lo sé.

Mientras pienso esto me siento culpable por todo lo que hemos podido hacer, o cómo hemos hecho sentir a chicos como Nick. No quiero quitarme ninguna culpa, sé que fui partícipe al igual que los demás, pero realmente nunca he tenido malas intenciones hacia nadie. Tal vez me sentía atraído, junto con el resto de mis amigos, por esa sensación de superioridad o de poder. Solamente éramos adolescentes. Sé que no es una justificación pero hasta que no conocí a Nick en el puente de Fairmont Hill, hasta que no me salvó de mí mismo, no entendí hasta que punto lo que hacíamos no tenía sentido alguno.

Subido a ese puente llegué al límite. No podía más. No quería vivir. Nick solamente fue un aliento desesperado por regresar a una vida que no quería. Pensé en mi padre y cómo había llegado a convertirse en aquel hombre. Nunca olvidaré ese día con 14 años. Aquel 13 de octubre de 1956. El instante en el que todo se hizo añicos.

Oliver intentaba esquivar como siempre cualquier pregunta que le hiciera referente a su padre. Me había acostumbrado ya a ello. Aún así esperaba que alguna vez surgiera de él, que se abriera y me contara con sus propias palabras lo que pasaba dentro de esa casa.

Mi padre era demasiado progresista, incluso para los demócratas. Nadie culpaba a un padre por darle unos azotes a su hijo. Era 1953. Aún así, mi padre nunca me había puesto una mano encima. Entendía que el padre de Oliver pudiera haberse comportado autoritariamente con su hijo en varias ocasiones, pero había un límite. De cualquier manera, seguía evitando cualquier referencia a eso.

Viernes, 3 Abril 1959

El viernes por la tarde regresaron sus padres con Robert a casa. Su madre y su hermano iban en la ambulancia mientras que su padre les seguía en la camioneta. Llevaba lloviendo desde las cuatro de la tarde, así que Oliver no fue a entrenar. Los dos estábamos en mi habitación hablando y cuando escuchamos los vehículos acercarse supe que estaba asustado.

Su padre le dijo que se quedara en su casa y desobedeció. No volvió a traspasar aquella puerta desde la noche que mi padre lo recogió, y tenía pánico de volver a encontrarse con él, aún así, tenía que ir.

—Nick, voy a casa—. No podía apartar sus ojos de la ambulancia viendo como sacaban a su hermano en una camilla, agarrando la mano de su madre. Al mismo tiempo, un enfermero les cubría con un paraguas para que no se mojaran. Guardé silencio. Escuché sus pasos alejarse escaleras abajo y el sonido de la puerta de la entrada.

Apenas había visto a Emily durante esos días. No había querido venir a casa estando Oliver aquí. Tenía que hablar con ella. No quería que el tener a Oliver como amigo significara perderla a ella. Pero Emily era demasiado cabezota para aceptar condiciones.

Vi como Oliver corrió rápidamente hacia su casa y entró dentro. Su padre ya había entrado hacía unos minutos. Me preocupé pero quise pensar

que todo iría bien.

Viernes, 21 Octubre 1983

Fueron unos angustiosos minutos hasta que tras mis gritos, comenzaron a salir de sus habitaciones algunos de los huéspedes del motel. Llamaron desde recepción a la policía y a la ambulancia pero Oliver no reaccionaba. Tenía sangre en la cabeza y en el pecho. Intenté tomarle el pulso en su muñeca y en su cuello pero no encontraba ritmo cardíaco. Traté de despertarle llamándole por su nombre, abofeteándole, pero no había respuesta.

La gente se agolpaba a nuestro alrededor formando un círculo. Pasaron unos cinco eternos minutos hasta que comencé a escuchar las sirenas de la policía. Era el alguacil el que llegó en primer lugar. Apartó a la gente que nos rodeaba y me vio en el suelo al lado de mi amigo. Unos minutos después llegó la ambulancia casi al mismo tiempo que el agente Barren. Estuve acompañando a Oliver en todo momento, pendiente de si reaccionaba o no. Luke Barren me agarró por el brazo y me separó de él mientras los enfermeros lo subían a la camilla y se lo llevaban en dirección al Saint Francis Memorial.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, no lo sé—estaba muy nervioso. No encontraba palabras con las que expresarme. La ambulancia salía de allí a toda velocidad seguida por el coche del alguacil. Luke hizo que me metiera en el suyo.

—Te llamas Nick, ¿verdad?

—Sí—le dije con cara de circunstancia.

—Cuéntame que ha sucedido.

—En serio, no lo sé. Estábamos en la habitación, nos íbamos a ir a comer con Emily y al abrir la puerta, le dispararon. Yo estaba cogiendo unas llaves de la mesilla y le vi caer.

—Pero, ¿no has visto quién?

—No. Me agaché, intenté mirar a todos lados, pero estaba a contraluz y

no pude ver a nadie.

—Es que no entiendo nada.—No podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Discutió con su hermano veinte minutos antes—recordé, pensando lo que pasó frente a nuestra habitación.

—¿Cómo?

—Estábamos durmiendo y nos despertaron unos golpes en la puerta, me asomé por la ventana y vi a su hermano. Oliver salió, estuvieron hablando unos cinco o diez minutos, no me acuerdo muy bien y se marchó.

—¿Entonces discutieron?

—Sí, sí que discutieron. Les escuché desde la habitación.

—¡Joder! ¿Cuánto tiempo transcurrió desde que se marchó hasta que le dispararon?

—Pues, no sé muy bien, quince minutos tal vez. Lo suficiente para arreglarnos y salir—el agente guardó silencio. Conducía pensativo siguiendo al vehículo policial.

Estaba hecho un flan. Me sentía totalmente vulnerable en aquellos momentos. Quería a Oliver como si fuese mi hermano. Sé que había pasado muchísimo tiempo, que no manteníamos el contacto, pero apenas fueron unas horas para que volviéramos a sentir esa unión.

Se hizo eterno el camino hacia el hospital. Seguimos a la ambulancia hasta la puerta de urgencias y me pegué al agente Barren como una lapa. Acompañamos al alguacil que permanecía junto a la camilla y las enfermeras nos impidieron cruzar más allá del pasillo.

—Nick, quédate fuera—yo negaba con la cabeza una y otra vez.

—Por favor, espera fuera, aquí no puedes hacer nada.

—No me voy a mover de aquí, señor, si quiere detenerme deténgame, pero de aquí no me muevo—. Habló unos instantes con el alguacil y éste se marchó hacia la entrada. Nosotros dos nos quedamos allí unos minutos hasta que una enfermera se nos acercó y habló con Luke. Intenté acercarme a

escuchar su conversación pero él me detuvo. Estaba muy nervioso, así que me alejé unos pasos y esperé a que terminaran.

—Tranquilízate. Se va a poner bien, se recuperará.

—¡Pero si no respira!

—Sí que respira Nick, si que respira. Está inconsciente. Una de las balas le ha rozado la cabeza y tienen que sacarle la del hombro—tragué saliva. Al fin pude respirar. Me había ofuscado pensando que no tenía pulso, que había muerto.

—¿Cuándo despertará?

—No lo sé. Ahora sólo queda aguardar—me condujo hacia la sala de espera —He de ir a hacer unas llamadas. Espera aquí.

Dejé a Nick y salí del hospital. Fui directamente hacia mi coche cuando escuché que me llamaban. Me di la vuelta. No podía creerlo, eran ellos. Vi acercarse hacia mí a su hermano y su madre. Me detuve.

—Hemos escuchado que le han disparado a mi hijo—la mujer se deshacía entre lágrimas.

—¿Cómo está mi hermano?—No estaba seguro de lo que estaba oyendo.

—Pero...¡Tú discutiste con él hace una hora!—se quedó blanco. No esperaba que le dijera eso directamente, creo que ni siquiera estaba relacionando aquello.

—¿Yo?—se detuvo, justo al lado de su madre.

—¿Robert?—él la miró asustado.

—Mamá....No, no, yo no... yo...—no sabía bien a quién mirar. Después de unos instantes, reaccionó.

—Pero cómo puede pensar que yo dispararía a mi hermano. Sí, fui a verle, quería verle, quería saber qué hacía aquí, pero por Dios, ¿dispararle?

Entré con ellos. Les acompañé a la sala de espera y les dejé allí con Nick Hamilton. Tenía que encontrar la forma de aclarar el asunto. Hubiera

sido muy fácil que en un momento de agitación uno le hubiera disparado al otro. Disputa familiar y solucionado. Ahora bien, si su hermano era inocente, tenía un cadáver de hace veinte años por un lado y por otro, un intento de homicidio. Tras dejarles a la espera de que hubiera alguna novedad, fui al teléfono de recepción y llamé a Jessica.

Su madre estaba llorando y Robert me miró. Me reconoció del día de comisaria. Sabía quién era aunque la última vez que me había visto tenía once años. Su madre me miró, pero no me dijo nada más. No sé si avergonzaba por lo que pudiera saber, o simplemente por desinterés.

Estábamos sólo nosotros tres. No había nadie más. El Saint Francis Memorial recibía a vecinos de Fairmont y de los pueblos de los condados aledaños de Perry y Harrison principalmente. Normalmente tenía una gran afluencia de gente. Era el mismo problema de siempre. Las distancias entre las ciudades eran muy grandes y no podían dejarse desatendidos a la cantidad de pueblos diseminados a lo largo y ancho del estado.

Se sentaron en un extremo de la sala mirándome de reojo. Aguanté allí un buen rato hasta que Emily entró por la puerta. Se topó de frente con ellos, que al verla se pusieron de pie. Me vio apartado al fondo de la habitación.

—Hija...—Vivianne Kenner se acercó a Emily dándole un abrazo y un beso. Robert se mantuvo a un lado emocionado al ver a Emily. Ella fue hacia Robert y le abrazó. Me sentí muy incómodo y salí por detrás de ellos fuera de la sala. Cuando ella terminó de hablar con Vivianne y Robert, se despidió y salió a buscarme. Me vio apoyado en la pared del pasillo.

—¿Cómo estás, Nick?—negué con la cabeza. No daba crédito a lo que estaba pasando.

—Mal, Emily, mal—estaba enfadado conmigo mismo.

—Se va a poner bien—me dijo tratando de reconfortarme y me abrazó.

—Emily, esto no puede estar pasando.—Robert salió de la sala. Se quedó en el pasillo unos instantes mirándonos y se acercó. Emily se separó de mí.

—Tú eres Nick, ¿verdad?—asentí. Emily se mantenía entre nosotros.

Me ofreció su mano—Soy Robert, el hermano de Oliver—se la estreché, titubeante, no sabía qué hacer. ¿Habría sido él quien le había disparado? Habían discutido frente a la puerta del motel, pude oírles, pero no le creía capaz de aquello.

—Sé quién eres, Robert. ¿No te acuerdas de mí?

—Sí, un poco...—dejó entrever una tímida sonrisa entre sus labios que pronto desapareció—...no quiero que pienses que yo he tenido nada que ver con esto, fui a verle, pero estuvimos hablando cinco minutos—Emily se sorprendió.

—¿Fuiste a su habitación hoy?—se metió directamente en la conversación. Él asintió.

—Fui porque quería hablar con él, quería que se fuera, que no le hiciera más daño a nuestra madre—me encendí con aquel comentario.

—Mira Robert, no tienes ni idea de nada. ¡De nada!—Salí de allí. Les dejé allí parados. No podía escuchar más esa ignorancia combinada con ingenuidad. Sé que él no tenía culpa de nada y que toda su vida había estado alimentando un pasado que no era real, pero no era yo quien tenía que hablar con él y decírselo. Tenía que hacerlo Oliver.

Robert regresó con su madre y Emily salió tras de mí. Los dos nos quedamos en la entrada de la puerta de urgencias del hospital. Estaba nublándose otra vez.

—¿Me vas a decir ya de una jodida vez qué está pasando Nick?—no le respondí. Seguí allí de pie mirando al suelo, intentando zafarme de sus preguntas. Se colocó delante de mí—¿No me vas a contestar?—me obligó a mirarla a los ojos.

—Sabes de sobra que no te voy a decir nada, así que no me lo preguntes más.

—Es que estoy harta de tanto secretismo. Quiero saber lo que está pasando.

—Yo no puedo decirte nada, tendrás que esperar a que Oliver se ponga bien y se lo preguntas tú misma. Yo sólo sé que no puedo escuchar más lo de “pobre madre, que mal lo está pasando”. No tenéis ni idea de lo que tuvo que

pasar él—me miró enfadada y regresó sobre sus pasos. Me quedé unos instantes solo, pensando. Quería que pasaran las horas y todo se solucionara. Quería volver a ver a Oliver.

Pasado un buen rato, entré. Tenía frío y la cazadora que llevaba ya no me abrigaba lo suficiente. Cuando fui nuevamente a la sala de espera, no había nadie. Pregunté por Oliver a una de las enfermeras y me enteré que lo habían subido a la unidad de cuidados intensivos. Salí del pasillo de urgencias y aprovechando que no había nadie, crucé por un corredor en dirección a los ascensores. Subí a la cuarta planta donde indicaban los carteles y busqué la sala.

—¿Qué haces aquí?—me preguntó Luke, tropezándose conmigo al girar en una galería.

—Me han dicho que Oliver está en la unidad de cuidados intensivos.

—No puedes entrar, Nick—me agarró por el brazo pero me solté con facilidad.

—¿Por qué no?

—Sólo puede estar la familia, y sólo dos personas.

—Pero si hace veintidós años que no saben nada de él. Él no quiere que esté su madre allí.

—¿Por qué?—no supe que contestarle—¿Por qué?—insistió. Vio la duda en mis ojos—Él no puede hablar conmigo en estos momentos, así que tú me vas a contar qué está pasando aquí—me acorraló con sus palabras contra la pared.

—Quiero verlo.

—Está sedado. Le han quitado la bala del hombro, que, afortunadamente no ha tocado ningún órgano vital y creen que en las próximas horas despertará, pero hasta que lo haga, necesito que alguien me diga qué coño está pasando aquí.

—Yo no puedo decirte nada. Es su vida, y es él el que tiene que decirlo. Son sus problemas.

—Pues por eso mismo, por sus malditos problemas está en la UCI y podía no haberlo contado, así que quiero saber ya, qué es lo que está pasando. —Tenía razón con esa reflexión. No sé quien quería matar a Oliver pero si de verdad le querían muerto teníamos que saber por qué. Me notó indeciso. Me

cogió nuevamente del brazo y comenzó a arrastrarme hacia el pasillo por el que había salido—Si consigo que lo veas, ¿vas a hablar conmigo?—me asusté, así que asentí.

No tardamos en llegar a la zona de cuidados intensivos, atravesamos una puerta que estaba cerrada, y una enfermera se acercó hacia nosotros. No nos quería dejar entrar, pero Luke, enseñando su placa insistió en que serían sólo unos minutos, así que accedió a regañadientes.

Entramos en la sala de la UCI. Las camas de los pacientes estaban separadas por unos biombos de tela de color blanco. Caminamos en silencio. Sólo había seis camas, tres a cada lado del pasillo. En el exterior y junto a cada una de ellas había un cristal tras el cual se situaban las visitas. En aquel instante estaban Robert y su madre, observándonos. Intenté no mirarles. No quería sentirme más incómodo de lo que ya estaba.

Luke y yo llegamos hasta la cama seguidos muy de cerca por la enfermera encargada de la vigilancia de la unidad y me acerqué despacio. Parecía que Oliver dormía. Estaba cubierto con una sábana blanca hasta la altura de las axilas. Llevaba dos vendajes, uno en la parte izquierda de la cabeza y otro que probablemente le cubría la mayor parte del pecho.

—Tienen que marcharse por favor—la enfermera trató de sacarnos de allí. Luke intentó empujarme.

—Vamos, Nick, por favor—me acerqué rápidamente y le cogí a Oliver de la mano. Le echaba de menos. No sabía cuánto le echaba de menos hasta que ocurrió esto.

Luke me arrastró fuera de allí ante la atónita mirada de su madre y hermano. Finalmente accedí. Comenzamos a caminar en dirección hacia la puerta cuando de repente oímos una voz. Los dos nos dimos la vuelta y fuimos directos hacia la cama en la que estaba Oliver. Se encontraba con los ojos abiertos mirando a su madre, que lloraba tras el cristal. Oliver negaba con la cabeza—.

—No, no, no...—podía escucharse su voz suavemente.

—¡Oliver!—noté una sensación que me devolvió la tranquilidad. La enfermera al verlo reaccionar nos sacó de allí como pudo.

—Por favor, tienen que marcharse—se acercó a la cama y pulsó un botón que había sobre ella. Corrió la cortinilla, por la que la madre de Oliver y Robert nos observaban y rápidamente entraron dos enfermeras a toda prisa sacándonos de allí.

Nos quedamos en la entrada de la sala, y rápidamente se reunieron con nosotros Robert y Vivianne. Luke nos acercó a una pequeña sala de espera que había contigua en aquel pasillo y nos obligó a sentarnos.

—No se va a levantar nadie de aquí hasta que no me digan qué está pasando. Y por favor, señora no se haga la víctima que usted sabe de lo que hablo.

—Oiga, un poco de respeto—Robert se puso en pie.

—Su hermano casi muere—le dijo Luke, se llevó las manos a la cabeza y mirándonos salió de la sala. Creo que hacía años que no me sentía tan incómodo como esta noche.

Sea como sea tenía que entrar ahí dentro y hablar con Oliver. Abrí la puerta por la que habíamos salido hacía unos minutos y de inmediato, vino hacia mí una enfermera distinta a la que nos había atendido antes. Saqué mi placa y le dije que era urgente que hablara con el paciente. Noté que no sabía qué hacer. Miró a su alrededor buscando a alguien que se lo permitiera o se lo denegara pero no había nadie más. Al final aceptó a venir conmigo. Llegamos junto a la cama de Oliver y me miró. Estaba más calmado que hacía unos minutos.

—Menudo susto—el chico sonrió. Alcancé una silla que había justo al lado de la cama de en frente y la coloqué a su lado.

—Señor, aquí no puede estar mucho tiempo.

—Está vivo de milagro. Si no hablo con él y me cuenta qué es lo que ha pasado, podría estar en peligro, así que por favor, déjeme hacer mi trabajo—la enfermera se marchó.

—¿Es eso cierto? ¿Estoy en peligro?

—Dímelo tú. ¿Quién te disparó?

—No lo sé—negó con la cabeza—Abrí la puerta y noté en la cabeza y aquí,—se llevó la mano al hombro—dos golpes y no me acuerdo de nada más.

—Eso no me sirve Oliver. No me sirve—me puse en pie. Me llevé la mano a la barbilla buscando algo en mi cabeza que me ayudara.

—Su hermano...

—¡Mi hermano no ha sido!

—Acabas de decir que no sabes quién te ha disparado.

—Ya sé lo que he dicho, pero él no ha sido. Es mi hermano—no pude evitar resoplar.

—Si yo te contara cómo está el mundo...—guardó silencio. No sé porque ese comentario le hizo reflexionar—Entonces, ¿Quién te quiere muerto?—no supo que contestar.

¿Realmente alguien quería que muriera? ¿Quién puede llegar a plantearse eso alguna vez? Ni siquiera me acuerdo de nada. Noté dos impactos y ni siquiera pude reaccionar, me desplomé, intenté abrir los ojos y mirar a algún lado sin entender lo que me estaba pasando, pero sólo vi la luz del sol que me cegaba.

Sé que mi hermano vino a verme. Independientemente de que quisiera discutir conmigo y de que me insultara, quería verme. Vi en esas lágrimas al niño que me seguía a todas partes y que siempre intenté proteger. Definitivamente no había sido él.

Traté de recordar pero sólo había mantenido contacto con mi madre, con Robert, Emily y me crucé con Simmons y Jane. ¿En serio tenía que plantearme que alguna de aquellas personas de mi pasado quería quitarme la vida? Cuando abrí los ojos y vi a mi madre tras la ventana creí encontrarme en una pesadilla. No quería verla, no quería acordarme de ella.

Me sonó el busca. Tenía que localizar un teléfono y llamar a Jessica y al alcalde. Dejé que Oliver descansara para tranquilidad de la enfermera y salí

de la sala. Busqué un teléfono y aprovechando que no vi a nadie llamé a mi compañera.

El alcalde Roberts ya se había enterado de lo sucedido. Todo el pueblo lo había hecho. No era algo demasiado habitual como se puede entender, y teniendo en cuenta que hacía unas semanas habían aparecido los restos del padre del chico, no parecía que mi investigación fuera algo tan sencillo como inicialmente pensaba..

—¿Qué tal está yendo todo?

—No muy bien, la verdad. Pensaba que todo iba a ser sencillo, pero ahora han disparado al hijo del muerto.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Y aquí aún no sabe nadie que encontramos dos orificios de bala en el cráneo del padre. Bastante nos costó el que no se filtrara a la prensa. Lo tratamos con el mayor de los cuidados, por un lado porque no queríamos hacer de esto un circo mediático, y por otro, porque Thomas me lo ordenó.

—Voy a ver si puedo coger un avión, Luke. Si no te localizo en el hotel dejaré un mensaje en la oficina del sheriff.

No es que no pudiera con aquello yo sólo, claro que podía comenzar la investigación, pero me gustaba trabajar con ella. Era tener un punto de vista diferente. Siempre habíamos trabajado en equipo, de hecho sólo me había ocupado de casos en solitario cuando eran asuntos que no tenían trascendencia alguna. Éste parecía eso mismo, pero tras los disparos de hoy, no parecía que fuera a resolverse por sí solo.

Al colgar el teléfono, informé a mi superior de lo acontecido. Hablé con Thomas Piers. Insistí en la relevancia que tenía el que fuera de dominio público el homicidio de Joseph Kenner, pero se negó en rotundo a que saliera a la luz. No quería que ese hombre, el héroe de Fairmont, fuera objeto de un asesinato. Intenté dar mi punto de vista pero fue inútil, así que si Jessica me echaba una mano, seguro que las cosas se resolverían con mayor celeridad.

No me iban a dejar entrar en la unidad de cuidados intensivos, así que

hasta la mañana siguiente no podía hacer nada. Intenté quedarme en la sala de espera, pero el agente Barren me dijo que me marchara al motel y que al día siguiente a primera hora volviera al hospital.

Vivianne y Robert se habían marchado también. Apenas crucé palabras con ellos. Su madre no me dijo nada, pero tampoco di yo pie a que pudiera hacerlo, y Robert, con cierto recelo, me miraba sin atreverse a volver a decirme nada delante de ella. Pasé un buen rato allí dentro. Esperaba que Emily viniera a rescatarme, pero no lo hizo. No supe de ella en toda la tarde. Finalmente y pasadas las 12 de la noche cogí un taxi y me fui al motel haciéndole caso a Luke.

Viernes, 3 Abril 1959

Aquella noche no aparté la mirada de la ventana de mi habitación. Desde que la ambulancia se fue, no hubo ningún movimiento en la casa de Oliver. Ni su padre salió, como muchas veces solía hacer, ni se escuchó ningún grito en el silencio de esa oscuridad, nada. Salí a la calle. No había hablado con Emily en todo el día y el que yo pasara mucho tiempo con Oliver hacía que se sintiera rara. Diferente. Ella le conocía de una forma distinta y no entendía como conmigo se comportaba así. Al principio pensó que eran imaginaciones mías, que nadie es capaz de tener comportamientos tan opuestos pero fue dándose cuenta poco a poco. Le costó comprender que había estado viviendo toda su vida al lado de alguien que ahora se comportaba como un completo extraño. Quizás era eso lo que la desconcertaba y no sabía cómo actuar con él.

Mi padre se había encerrado en el sótano. Estuvo toda la tarde haciendo fotos en la parte de atrás de la casa, en el jardín que teníamos en el campo abierto que había entre nuestras casas y los bosques de Clarkson. Nos enseñó a Emily y a mí una vez a hacer fotos, pero nos decía que revelar era un poco más difícil y ya aprenderíamos.

Era tarde, pasaban de las diez y media cuando salí al porche y vi que había luz en la ventana de Emily, así que salté al jardín y fui rodeando mi casa hasta llegar allí. Busqué unas cuantas piedrecitas y comencé a golpear el cristal, hasta que después de seis o siete intentos, la vi asomarse y sonreír.

—¿Qué haces?—me preguntó en voz baja, desde allí.

—Baja. Vámonos.

—¿A dónde?

—Tú baja.

Lo hizo sin hacer demasiado ruido. Teníamos libertad para salir y entrar cuando quisiéramos, pero era cierto que no era lo mismo cuando lo hacíamos después de cenar, arriesgándonos a despertar a todo el mundo. La esperé en la entrada de su casa. Salió rápidamente a mi encuentro como si hubiera estado aguardando todo el día a que fuera a recogerla.

—¿Por qué no has venido antes?

—No pensaba salir y como no he sabido de ti prácticamente en toda la semana...—Caminábamos en dirección al claro que había detrás de nuestras casas.

—Estabas con Oliver—me dijo ella sin mirarme a los ojos.

—Ya te lo dije, no tiene nada que ver que él y yo seamos amigos para que nuestra relación cambie.

—No, si no ha cambiado.—Que va. En realidad, parte de razón tenía, últimamente sólo nos habíamos visto en el instituto.

Cruzamos bordeando mi casa y comenzamos a caminar alumbrados por la escasa luz que provenía de las farolas de las que poco a poco nos íbamos alejando, y cuando salimos al descampado la oscuridad nos invadió.

—¿Qué tal está Oliver?

—Pues le he visto bastante bien estos días, pero hoy cuando ha llegado la ambulancia se ha marchado a su casa y no he vuelto a saber nada.

—¿Y su hermano? ¿Ya está mejor?

—Imagino que sí, si ya han vuelto, supongo que ya estará bien.

—Mi madre quería ir a verlos esta tarde pero al final me ha dicho que irá mañana.

—Emily, si sigo quedando con Oliver, ¿tu nunca vas a venir con

nosotros?—me acerque a una roca, que había en el claro.

—Nick, es que no es amigo mío, ya te lo dije, a mí me parece perfecto que le conozcas y que seáis amigos pero a mí me gusta elegir a las personas con las que quiero estar.

—¿No puedes darle una segunda oportunidad a alguien?—no lo entendía, no sabía el porqué de tanta negación. ¿Por qué hace un año estuvieron tonteando un poco? ¿Y qué más daba? Podíamos irnos a nadar, de aventuras como las que solíamos tener ella y yo.

—Es que no se reduce a dar una segunda oportunidad a nadie, Nick, es que somos de mundos diferentes, pero ya no él y yo, sino, tú y él también. La forma en que tú y yo nos divertimos, como hablamos, lo que hacemos... no es lo que él está acostumbrado a hacer. A ti te gusta leer, te gusta jugar con los animales, te gusta salir en bici... ¿Qué hace él? Lo único que hace contigo es hablar, Nick. No hacéis nada más—.

—El otro día fuimos a bañarnos al río.

—No vayas por ahí. Ya sabes lo que quiero decir. No tenéis nada en común.

—Es mi amigo, ya está.

—¿Pero por qué es tu amigo? ¿Qué te ofrece? ¿Qué te da?.

—Es difícil de explicar. Me gusta hablar con él. Y creo que a él le gusta hablar conmigo. Simplemente eso.

—Ya, pero una amistad no es solamente hablar, Nick, es compartir muchas cosas, y tú eres un buen chico.

—Él también, ya lo verás. ¿Vamos a bañarnos?—le guiñé un ojo sacándole la lengua y corrí en dirección al río.

—Claro que sí pero no he cogido el bañador.

—¿Y qué? Yo siempre me baño en calzoncillos. ¡Va! ¡vámonos!— Insistí. Me adelantó y echó a correr.

Aunque no hubiéramos tenido la luz de la luna, nos hubiéramos guiado a ciegas por aquel lugar, conocíamos al dedillo cada matorral, cada arbusto,

cada piedra. Aún así, casi nos caímos dos o tres veces en dirección al árbol desde el que nos gustaba saltar.

Me quité la ropa y salté en calzoncillos como de costumbre. El agua no estaba fría, al contrario, quizás estaba mucho más caliente que cuando nos bañábamos por las tardes.

—¡Vamos! ¡Salta!—ella se quedó mirando como nadaba en dirección hacia la cuerda del árbol.

—¡Date la vuelta!

—¿Cómo?

—Que-te-des-la-vuelta. Venga—sonreí y me quedé de espaldas a ella.

Se quitó la camisa que llevaba y los pantalones y saltó al agua en ropa interior. Cuando escuché el salto me giré. Vi asomar su cabeza por el agua, con todo el pelo mojado hacia atrás, iluminada por la luna y pareció ralentizarse el tiempo, era imposible no sentirme atraído. Me di la vuelta, pero... pensé con mis quince años qué tal sería eso de enamorarse y dar el primer beso a una chica. Sería fantástico que fuera con alguien como ella, pero para estar con alguien como Emily, tendría que ser alguien como Oliver.

No me sentía inferior a ese tipo de chicos pero la relación que había creado con ella iba más allá de lo que se podía esperar entre un chico y una chica. No me planteaba eso de tener novia. Creo que el pasar tanto tiempo con mi padre y sentirme diferente a los chicos de mi edad, hacía que a veces, me olvidara de todo lo que era ser un adolescente. Prefería meter la cabeza entre mis libros y cómics, o escuchar las historias de mi padre, o incluso ir al cine con él, antes que perder el tiempo pensando en chicas. Pero desde que conocí a Oliver mi vida cambiaba sin que apenas me diera cuenta y el pensar en Emily de esa forma no entraba en mis planes.

Fue un fugaz pensamiento que cruzó por mi cabeza pero rápidamente lo olvide para acercarme a ella y tirarle del pelo y así hacer que me persiguiera.

A este tipo de cosas es a lo que me refiero cuando digo que Emily nunca se fijaría en alguien como yo. No estuvimos mucho rato en el agua porque comenzó a refrescar pero me gustó aquella noche de viernes con ella.

Seguimos hablando un rato más cuando salimos del agua. Volvimos a

hablar de Oliver. Era como nuestro tema recurrente, pero no me importaba. Sé que ella sentía algo por él, aunque quisiera negármelo mil veces. No era tonto, y aunque no fuera demasiado diestro en esos temas sabía un poco de la vida.

La llegada de Jane Chambers a la vida de Oliver, cuando ella se estaba tomando con calma el comienzo de un algo que no llegaba a materializarse, hizo que ese chico simpático se convirtiera en el engreído y superficial jugador de fútbol del instituto por el que todas bebían los vientos y del que debía de distanciarse. Por lo tanto no había mejor cura para ese desencanto que el menospreciar todo el mundo del que Oliver formaba parte.

Sábado, 4 Abril 1959

Me desperté no demasiado temprano. Me quedé tumbado en la cama, pensando en mis cosas. Alguien llamó a la puerta pero ni me inmuté. Me puse a pensar quien sería. Podría ser el cartero, aunque luego reaccioné y me di cuenta de que era sábado así que lo descarté. Pensé en que sería algún compañero de mi padre, o... era la madre de Oliver, escuche su voz. Fue el mismo tono que empleo la noche en la que su padre golpeó al mío. Guardé absoluto silencio e intenté escuchar.

—Señor Hamilton, muchísimas gracias por haber cuidado de mi hijo toda esta semana.—Mi padre agradeció sus palabras y la invitó a entrar pero ella declinó la oferta.

—No tenía por qué haberse molestado, por Dios.—Mi padre aceptó algo que, desde allí arriba no podía intuir que era. Luego cuando bajé, supe que nos había hecho una tarta de arándanos frescos con vainilla.

Se disculpó por el comportamiento de su marido la noche de la pelea y volvió a agradecerle el haber cuidado de su hijo. Rápidamente se marchó. Mi padre fue muy cortés, y por mucho que intentó acercarse a ella y que le invitara a tomar un café, no lo consiguió. Cerró la puerta, le dio la tarta a Rose y subió a mi habitación. Yo seguía en la cama, pero la luz inundaba todo mi cuarto.

—Nicholas, ¿estás despierto?

—Sí, papá—Todavía tenía la cabeza en la almohada. Odiaba que me llamara Nicholas. Siempre lo hacía cuando quería hablar de algo serio o cuando tenía que castigarme por algo.

—Esa mujer vive asustada—me dijo sentándose a un lado de mi cama. Yo me incorporé un poco y esperé a que siguiera hablando. No sabía qué decirle. ¿Qué se supone que debía contarle yo? Oliver era un muro de piedra. Sufría más que nadie que hubiera conocido antes, pero yo tan solo era una almohada para él, un colchón sobre el que poder desahogarse y por el momento, todavía no había conseguido que se abriera lo suficiente como para poder ayudarlo—¿Qué te cuenta Oliver, hijo?— intenté levantar los hombros inseguro. ¿Qué tenía que decirle? Era mi padre. Estaba claro que tenía que contarle la verdad, pero después de lo que ocurrió cuando mi padre se presentó en su casa, tenía que medir bien las palabras. Oliver nunca me había contado nada de su padre, me había dejado entrever alguna cosa pero nunca había sido realmente claro. Sí, tanto mi padre como yo vimos aquella nariz sangrando pero necesitaba algo más.

—Papá, no lo sé. Ha venido alguna noche aquí a casa y se ha quedado a dormir, pero nunca me ha contado nada. No me ha dicho nunca que su padre le pegue o...

—¿Cómo os habéis hecho tan amigos?—no supe qué decirle. ¿Por dónde empezaba? ¿Cómo obviaba lo del puente?

—En el instituto, papá. No sé, en la clase de la señorita Reynolds—afortunadamente mi padre no sabía nada de esas primeras semanas en las que fui el centro de las idioteces de esos chicos.

—¿Y así de repente, se coló por tu habitación, Nick?

—Bueno, no sé...

—Hijo, si hay algo que creas que tienes que contarme sabes que estoy aquí—colocó su mano sobre mi hombro. Guardé silencio. Me gustaría contarle lo de Fairmont Hill pero no quería arriesgar mi amistad con Oliver.

—¿Qué tal está su hermano?—.

—Se recuperará—.Se levantó de la cama. A mi padre no le gustó demasiado que no confiara en él. Sabía de sobra que algo le ocultaba pero

esperaba que, con la educación que me había dado y los valores que había aprendido, fuera lo suficientemente maduro para saber cuándo debía hacer las cosas.

Bajó con cuidado las escaleras y me quedé en mi habitación pensando. Me levanté y me vestí. No había mucho por hacer el sábado. Me hubiera gustado verle, hablar con él, preguntarle por su hermano, ir al partido de fútbol, pero jugaban en otro pueblo esa tarde. Supongo que daría una vuelta con Emily e intentaríamos hacer algo divertido. La próxima semana no íbamos a tener clases, eran las vacaciones de primavera y el pueblo entero había preparado eventos y celebraciones para todos los días. El circo había llegado y estaban montando las carpas al otro lado del instituto. Iba a ser una semana sin obligaciones en la que afortunadamente tenía a Emily a mi lado. Sabía que a ella todas estas cosas no le gustaban demasiado.

Aquellos días con Nick y su padre me hicieron darme cuenta de la vida que tenía, de lo que quería y no tenía. Asumí que el autoritarismo de mi padre no llevaba a ningún lado, y que si las cosas, desde que había vuelto de Corea, iban a desarrollarse como el día a día que estaba viviendo, no quería seguir más en ese lugar.

Veía al padre de Nick, lo observaba en silencio. Cada gesto, cada palabra hacia su hijo y me entraban ganas de llorar. Pensar que disfruté de todo aquello pero que de repente todo había cambiado.... No sabía en qué lugar me colocaba.

Mi hermano iba a recuperarse. Había sido una neumonía, pero Robert era fuerte. Adoraba a mi hermano. Sabía que se pondría bien y me alegré cuando volvieron a casa. Al principio no supe cómo iba a reaccionar mi padre por haberle desobedecido y por eso no me separé de la cama de mi hermano desde el momento en que llegó. No me dijo nada, se limitó a pasar varias veces por delante de nosotros, sin decir nada. Mi madre preparó estofado de ternera para que cenáramos y Robert se encontraba más animado. Le gustaba que estuviera con él. Me arrepentía de no poder pasar más tiempo a su lado, o hacer las cosas que suelen hacer los hermanos pequeños con los mayores, pero entre el entrenamiento, los chicos, Jane y la necesidad de pasar el mayor tiempo posible fuera de esa casa....

Aquel fin de semana antes de las vacaciones de primavera había muchas cosas por hacer. Cosas de las que no podía escabullirme. Podía imaginar que este año mi padre y yo seríamos los Kenner, ya que mi madre se quedaría con Robert hasta que estuviera totalmente recuperado.

Las vacaciones de Primavera se celebraban antes de Pascua y era todo un acontecimiento en Fairmont. Comidas y cenas populares sufragadas por el ayuntamiento, bailes, festivales de música, entretenimiento... todos los años llegaban el circo y la feria al pueblo y todo el mundo pasaba las tardes y noches disfrutando de las fiestas. Pero este año en particular, no me apetecía verme envuelto en ninguna de esas actividades. Ni siquiera me animaba el fútbol.

Sábado, 22 Octubre 1983

Cuando abrí los ojos, llamé a Helena y la desperté. Todavía no se había levantado así que me respondió desde la cama. No le dije lo que le había pasado a Oliver, al menos lo de los disparos. Con su embarazo no quería que se estresara, así que simplemente le mentí. Le dije que le habían operado de urgencia de apendicitis y que aguantaríamos aún un poco más en Fairmont. No le dio gran importancia. Me escuchaba activo y feliz. Al menos era la imagen que quería darle, y ella prefería que aguantara el tiempo necesario para conseguir desbloquearme.

Me contó que su cita con el ginecólogo fue a la perfección, que su hermana Susan había pasado el día entero con ella, que le habló de Oliver... Para haberse despertado con mi llamada no había quien la callara. No podía evitar sonreír escuchando todas esas cosas. Tenía ganas de verla.

Cuando terminé de hablar con ella cogí el subaru y me dirigí al hospital. Apenas había podido pegar ojo, pero necesitaba ir a verla. Ayer tan sólo pude hacerlo unos minutos, y con aquella sensación extraña teniendo a su madre y hermano delante... Emily y ese agente del FBI fueron los únicos con los que podía ser yo mismo para el resto del pueblo era un extraño y de igual modo me sentía yo.

No tardé en llegar. Había llamado a Emily al periódico antes de salir de casa, pero era demasiado temprano y no conseguí encontrarla.

Miré a ambos lados y había algo extraño. No sé si era por la gente que se agolpaba por allí afuera, o por la cantidad de coches que había en el aparcamiento. Fairmont era un pueblecito de unos 3000 habitantes. No entendía a que se debía toda esa multitud aquella mañana.

Subí las escaleras de la entrada y fui hacia la centralita. Pregunté al celador por su habitación, les dije que estuvo en la UCI la pasada noche, pero me dijeron que no había nadie con su nombre registrado. No tenían ninguna entrada de nadie con ese nombre durante el pasado día. Sonreí y disimulé actuando como si me hubiera equivocado. Me di la vuelta y fui hacia unos sillones que había enfrente.

Aproveché el despiste de los celadores cuando una mujer se acercó a hablar con ellos y me escabullí. Me introduje por un pasillo por el que ponía “Solo personal autorizado” y cerré la puerta. Caminé por el corredor intentando buscar indicaciones que me llevaran a la UCI, y tras perderme varias veces llegué a un ascensor. Sabía que estaba en la cuarta planta, así que lo mejor era llegar hasta allí. Pulsé el botón de llamada del ascensor varias veces pero no funcionaba, así que subí por las escaleras que había justo al lado.

Cuando llegué a la cuarta planta, dos hombres me impidieron el paso. Me preguntaron por mi pase de seguridad pero les dije que sólo iba a ver a un amigo. No me dejaron cruzar y me indicaron que volviera por donde había llegado. Les pregunté a qué se debía aquello y no quisieron decirme nada así que, bajé las escaleras e intenté buscar otro camino hasta la UCI.

Esos dos hombres enfundados en un traje oscuro, como si fueran guardaespaldas me desconcertaron, pero mi sorpresa fue mayor cuando empecé a ver a otros hombres vestidos de igual manera recorriendo el hospital. Ninguno me dijo nada, ni me impidió desplazarme por allí, pero seguía sin comprender.

Eran las ocho de la mañana, y me parecía extraño todo aquel revuelo. Ya no sólo el que no me hubieran dejado entrar en la planta, sino el hecho de haber visto a demasiada gente en la entrada del hospital. De pronto vi a Luke caminando por un pasillo y le llamé.

—¡Luke!—grité no demasiado alto, pero con un tono suficientemente

audible para que se diera la vuelta. Me vio y me esperó. Fui rápidamente hacia él—No puedo subir a ver a Oliver, no me dejan entrar en la planta—resopló algo contrariado.

—Tenía que habértelo dicho, el gobernador del estado viene a inaugurar un ala nueva esta misma mañana—le miraba atentamente, sin entender qué relación había entre una cosa y la otra. Ayer se me olvidó por completo decírtelo con el ajeteo que llevaba.

—Pero, bueno, ¿qué tiene que ver eso con mi amigo? Por cierto, he preguntado por él en centralita y me han dicho que no hay nadie registrado con su nombre. ¿Qué pasa?

—Después de lo que le ocurrió decidimos que permaneciera en secreto, Nick. No me arriesgaba a que volvieran a intentar hacerle algo.

—¿Y qué ocurre con el gobernador? ¿Qué tiene que ver?

—Pues que por motivos de seguridad, hasta que no haga la visita que será hacia las doce, todo va a estar paralizado.

—Pero ¿no hay ninguna forma de poder subir como ayer?—negó con la cabeza.

—Está mejor, no te preocupes. Sólo necesita reposo. Acabo de hablar con los médicos y lo han bajado a planta. Está perfectamente. Fue más el susto que otra cosa. En la cabeza no tiene nada, el disparo solamente le rozó y lo único que necesita es reposo, ya está. Así que no tienes por qué preocuparte.

—Me parece muy bien Luke, pero ayer intentaron matarlo. No me voy a marchar de aquí por mucho que venga el senador, el gobernador o quien quiera que sea.

—Yo no puedo hacer nada, Nick. ¿Por qué no hablas con tu amiga la periodista a ver si ella te puede ayudar en algo?—se desligó completamente de cualquier responsabilidad. No me sentó nada bien su contestación. No era eso lo que quería escuchar.

—Es urgente que me vaya, he de recoger a una compañera. Si quieres, en dos horas podemos vernos en el hall y vemos a ver qué podemos hacer—me sacó de allí devolviéndome a la entrada del hospital nuevamente. Me

senté y miré a mi alrededor. Sólo veía gente entrar. Me acerqué a la cabina telefónica que había ubicada al lado de la entrada y llamé al periódico de Emily otra vez, pero me dijeron que había salido hacia unos minutos hacia el hospital, así que esperaba verla en breve. Salí del edificio y me quedé en la puerta.

No tardé en ver su coche llegar al parking, así que bajé las escaleras y me fui a esperarla. Se apresuró a salir del coche al verme.

—Te estuve llamando un montón de veces a tu habitación, Nick.

—¿Qué ocurre? Llegué muy tarde anoche, Emily.

—Se me olvidó decirte que hoy venía el gobernador y todo estaría patas arriba. Pero bueno, eso es lo de menos. Estuve hablando con un enfermero que es primo de un compañero de trabajo y me dijo que no me alarmara, que no había sido nada, que no estuviera preocupada.

—Me habías asustado. Ya, ya sé que está bien, acabo de hablar con Luke y me dijo que fue más el susto que otra cosa—ella asintió mientras cerraba la puerta de su coche y cogía su bolso.

—Llegó inconsciente, pero cuando le sacaron la bala del hombro y le curaron la herida de la cabeza, tan sólo había que esperar a que se despertara.

—Sí, sí, lo que yo quiero es verlo y aquí no se puede entrar, ni por un lado ni por otro.

—Claro, es que hoy es la inauguración del ala pediátrica que está justo en el piso de arriba y supongo que por seguridad habrán decidido tomar esas medidas.

—Pero Emily, necesito entrar.

—Ven, vamos a ver cómo lo hacemos.

Accedimos al edificio. Me gustó sentirme al lado de aquella Emily. La mujer fuerte y decidida que apuntaba maneras ya siendo niña. La seguí en silencio. Atravesamos por recepción por delante de los celadores sin que nos dijeran nada. Yo me pegué a ella.

—¿A dónde vamos?

—Tú calla y déjame a mí.—La vi tan segura de sí misma que no quise insistir. Llegamos hasta una sala y me pidió que me esperara fuera unos minutos. Abrió la puerta, entró y la cerró a continuación. A los pocos minutos salió en compañía de un chico vestido con pantalones y camisa verde.

—Tú eres Nick, ¿no?

—Sí.

—Yo soy Ian. Bueno, acompañadme a la sala de guardias.—Nos condujo a una sala cercana. No entendí nada hasta que llegamos a la habitación. Ian cerró la puerta, me miró de arriba abajo y buscó entre las camisas y pantalones de color verde que se apilaban sobre unas estanterías, los que se aproximaran a mi talla.

—Venga, quítate la ropa—miré a Emily y le sonreí.

—Date prisa—ella me apremió. Comencé a quitarme el cinturón y me dio los pantalones. Luego me quité la chaqueta y el suéter y me puse la camisa. Me dio también unos zuecos y un gorro de tela del mismo color. Pusimos mi ropa en una bolsa y la escondió en una esquina de la habitación.

A Oliver ya se lo habían llevado de la UCI, lo habían trasladado a cirugía, a la habitación 242. Ian y yo caminábamos en silencio arrastrando una camilla que había localizado en un pasillo. Los tres nos acercamos a los ascensores y tras sacar unas llaves de su bolsillo, Ian introdujo la más pequeña en la hendidura del panel de control de los elevadores y la giró hacia la derecha. Los ascensores tardaron en abrirse unos minutos. Entramos y nos dirigimos hasta la segunda planta.

Al llegar, arrastramos la camilla en dirección a la entrada del pasillo de cirugía donde se encontraban dos hombres apoyados en la puerta. Agaché la cabeza y no la levanté del suelo ni un instante. Emily nos había adelantado dejándonos la distancia suficiente para que cuando llegáramos al pasillo los dos guardias estuvieran impidiéndole entrar y nosotros lo tuviéramos más fácil. Y efectivamente, así fue.

Cuando nos acercamos a la puerta ni siquiera nos miraron. Evitaban que Emily cruzara, y aunque ella esgrimía sus derechos como periodista, de ninguna de las formas accedían a que pasara por allí. Nosotros ya estábamos

dentro. Me hubiera gustado darme la vuelta y guiñarle un ojo, agradeciéndole lo que había hecho por mí, pero estaba tan asustado por si me pillaban que no lo hice. Ian me llevó directamente a la habitación 242 y me dejó en la puerta.

—Suerte y que vaya todo bien—continuó su camino arrastrando la camilla. Llamé unos instantes y abrí a continuación. Le sonreí, me miró y me sonrió de igual manera.

—¿Pero qué haces vestido así?

—Lo que tengo que hacer por venir a verte, idiota—bromeé. No dejé de reírse. Me quitó aquel incómodo gorro y me arregle un poco el pelo.

La habitación era pequeña pero al menos no la compartía con nadie. Tenía su baño, dos grandes ventanales, un sillón debajo de ellos y la cama en mitad de la estancia. Estaba incorporado. Llevaba una camisa de pijama abierta, a través de la cual podía verse el vendaje en el hombro. Llevaba también un apósito adherido en el lado izquierdo de la cabeza y por lo demás, seguía viendo al Oliver de estos días, como si nada le hubiera pasado. Me acerqué a la cama y me senté. No sabía si tocarle o no. Estaba bastante nervioso.

—¿Te duele?—No podía dejar de mirar la herida de la cabeza.

—Que va. Nick, no seas nenaza. Después de Vietnam esto no es nada—dijo dándole escasa importancia. Sí, claro, para él quizás ha sido una cicatriz más en su armadura, pero para mí, encontrarme con alguien tan cercano hablándole de esas cosas con tanta tranquilidad me dejaba sin palabras—¿Y tú por qué vas vestido así?

—Uff,—resoplé—una larga historia, Oliver. Al parecer hoy viene a inaugurar un ala en la planta de arriba el gobernador del estado y está todo cerrado. No dejan entrar a nadie en ningún sitio, si no es por Emily que me ha echado una mano no sé si hubiera podido entrar.

—Mejor, así no tendré que ver a mi madre—recordó el momento en el que la noche pasada despertó en la UCI y vio a Vivianne y a su hermano tras la ventanilla de la sala—¿Cuándo nos vamos de aquí?—trató de salir de la cama, resintiéndose del dolor del hombro. Le volví a empujar hacia las sábanas para que se estuviera quieto.

—Pero ¿tú estás loco?

—Nick, odio los hospitales. No quiero estar aquí.—En ese instante la puerta se abrió y entró una auxiliar vestida de blanco, que se quedó sin palabras viéndome allí de pie, intentando que Oliver no se levantara de la cama. Rápidamente reaccionó.

—¿Otra vez señor Kenner? Por favor, cómo le he de decir que no se mueva de la cama.—Se acercó a Oliver por el otro lado, ayudándome a mantenerlo allí—el médico ha dicho que necesita reposo, así que por favor, haga caso.

—Venga, Oliver, haz caso, hombre—a regañadientes aceptó.

—¿Se conocen?

—Sí, somos amigos.

—Pues haga que se quede en la cama que necesita reposo—se dirigió a la puerta nuevamente—Dentro de media hora volveré con el doctor.

—Oliver, ¿Eres consciente de lo que ha pasado no?—su mirada cambió y asintió con la cabeza—Cuando estés mejor, tenemos que irnos de aquí—se quedó pensativo unos instantes mirando la sábana—¿En qué piensas?

—No lo sé. No puedo creer que esto esté pasando. Te veo a ti vestido de enfermero, han intentado matarme...—desvió la mirada hacia la ventana. Realmente no supe qué decirle, era de locos.

Habíamos llegado a un pueblo perdido en nuestra memoria. Algo del pasado había regresado a nuestras vidas, sobre todo en el caso de Oliver, parecía que todo estaba siendo mucho más crudo de lo que podía imaginar.

—¿No viste nada?—negó con la cabeza—¿Cómo viste a tu hermano?

—Él no fue, Nick. Seguro. No fue.

—¿Qué te dijo?

—Se moría de ganas por verme, lo vi en sus ojos en todo momento, a pesar de que me gritaba y me insultaba. Las lágrimas que le caían hablaban por si solas.

—Robert, te quiere Oliver. Tienes que hablar con él.

—No sé lo que le voy a contar Nick, sinceramente, pero algo tengo que decirle. No me voy a marchar de aquí dejando que entre nosotros se haya acabado todo. Lo que no sé es que le voy a decir a mi madre porque lo único que siento es rabia cada vez que la veo.

—Ahora no lo pienses. Lo mejor es que descanses y cuando estés bien lo solucionamos—me levanté de la cama.

—¡Eh! Que sepas que no voy a quedarme aquí.

—¡No me toques las narices! Tienes una herida en la cabeza y otra en el hombro. Si te molesta, te jodes. Es lo que hay—guardó silencio y se recostó en la cama a regañadientes. Me senté en el sillón que había debajo de la ventana y descansé un rato. Cuando mis ojos estuvieron a punto de cerrarse, me sobresalté. Luke chasqueó sus dedos frente a mi cara haciendo que reaccionara.

—¿Pero tú que estás haciendo aquí?—no supe qué decir. Vi a Luke delante de mí. A su lado, cerca de Oliver, vi a una mujer rubia de unos treinta años, vistiendo un traje oscuro y llevando una coleta alta—¿Y qué haces vestido de médico?—tocó el tejido de mi camisa. Me aparté de él y me puse en pie.

—No pensabas que me iba a quedar allí abajo esperando. ¿Quién te dice que quien haya intentado dispararle no vuelve a hacerlo? Mira si ha sido fácil que encontrara la habitación.

—Por favor, tranquilícese—aquella chica hizo que la mirara de arriba abajo.

—Relájate, aquí todos queremos lo mismo—no dije nada más—He estado hablando con el médico, Oliver. En un par de días podrás irte.

—Yo no me voy a quedar aquí.

—Se va a quedar aquí hasta que averigüemos qué es lo que está pasando—dijo ella.

—Y tú tienes que empezar a contarme qué es lo que está ocurriendo. Se acabaron los secretos—señaló Luke con el dedo a Oliver.

—Mi nombre es Jessica Rice. ¿Quién cree usted que quisiera verle

muerto?—Oliver despreció aquella nueva intromisión. No le gustaba el tono que la chica estaba empleando.

—¡Y yo que sé! Escuche, esto me viene muy grande. A lo mejor ustedes están acostumbrados, pero yo no sé ni qué pensar, ni qué decir. Que yo sepa, nadie de aquí quiere verme muerto. Hace más de veinte años que no piso este pueblo, he venido para solucionar los problemas que tuve en el pasado con mi madre y que a fecha de hoy, todavía no me han dejado continuar con mi vida. Hace dos días que he llegado y ayer me dispararon. Y ahórrese lo de mi hermano, porque él no ha sido.

—Bien, ya que estás siendo tan directo y tan enérgico en tus reflexiones, ¿podrías decirme, cuáles son esos problemas que tuviste en el pasado con tu madre y que no te han dejado continuar con tu vida?—Luke aprovechó el momento para intentar sacarle afuera toda la información.

—No.

—¿No?—se extrañó. Jessica y yo le miramos de la misma manera. Esperaba una respuesta más lógica o que al menos se explicara.

—No, porque primero he de hablar con ella, pero tranquilo, que cuando hablemos le contaré hasta el último detalle.

—Tú no sabes con quien estás hablando. ¿Sabes que te puedo detener por obstrucción a la justicia?

—¿Y tú no sabes que me importa una mierda que me detengas? ¡Hazlo! ¡Venga hazlo!—Oliver estaba enfadado—No he vivido hasta ahora. Desde hace más de veinte años que mi vida ha sido una completa mentira, y ahora que estoy encontrando los pasos para volver a ser yo mismo he de hacerlo a mi modo, Luke. Sólo te pido tiempo, por favor.

—Es que no hay tiempo, Oliver. No hay tiempo. Tengo los restos de tu padre en el depósito de Evansville. Nadie parece querer decirme nada de lo que pasó en el 59. Salió una mañana de casa y no regresó. Nadie lo echó de menos. Ni tú, ni tu madre... Pusisteis unos carteles, denunciasteis la desaparición y nada más. Ahora parece que todo el mundo quiere que esto se acabe lo más rápido posible. Me piden que esconda a la prensa que llevaba dos agujeros de bala en la cabeza—Oliver y yo nos miramos instintivamente,

mientras Luke vacilaba al tiempo que nos daba la espalda. Jugó aquella baza esperando conseguir una respuesta por nuestra parte—El alcalde Roberts me pide que “literalmente” deje intacta la memoria de tu padre y que no escarbe en el pasado y ayer intentan matarte. Ya no es sólo cuestión de decir que tienes problemas que solucionar para seguir adelante Oliver, es que podrías estar muerto y lo que quiero saber es por qué, si guarda alguna relación con tu padre o lo que sea y quiero averiguarlo.

—¿Por qué os habéis mirado cuando ha dicho lo de los agujeros de bala?—Luke nos miró a ambos también tras la pregunta de Jessica—Eso no se filtró a los medios así que es imposible que lo supierais chicos—los dos guardamos silencio.

—No lo sabíamos—traté de disimular..

—No te creo.

—Nos hemos mirado porque nos ha sorprendido. ¿Cómo íbamos a saberlo?—Oliver trató de trivializar la conversación y que no pareciéramos sospechosos de algo en lo que no teníamos nada que ver.

—Vosotros dos no me estáis contando la verdad. Te voy a dejar hasta mañana para que te recuperes y pienses bien lo que vas a decirme. No quiero ni una mentira, ni un interrogante, ni una coma fuera de sitio. No sé por qué, algo me dice que tú tienes que ver con la desaparición de tu padre, aunque no creo que ninguno de vosotros le dispararais,—se volvió hacia mí—pero pensad bien lo que vais a decir porque a la mínima duda que tenga, a la primera incoherencia que encuentre, os detengo y me dejo de tonterías. Vámonos Jess—salieron de la habitación.

—Dos tiros, Oliver—recordé bien la madrugada del 18 de abril de 1959. Oliver asintió.

—Si, Nick, los dos tiros que oímos—el silencio nos invadió.

—Yo no fui—dijo Oliver.

—Ya sé que no fuiste tú.

—No, no lo sabes.

—Claro que lo sé. ¿por qué dices eso?—me acerqué a su cama y me

senté a su lado.

—Ya te lo dije la otra noche en tu casa, siempre he pensado que en el fondo me culpabas de que hubiera desaparecido y que pensabas que yo lo maté.

—Oliver, ya te lo dije, nunca pensé eso. ¡Nunca!

—Yo siempre he pensado que sí. Nunca volvimos a hablar de ello después de esa noche.

—¿Y de qué querías que habláramos? ¿Crees que me quedaban ganas de revivir lo que ocurrió? ¿No crees que fue suficiente como para intentar olvidarlo?

Cuando salimos de la habitación nos fuimos a la cafetería. No comprendía cómo estaban jugando al perro y el gato conmigo, y lo peor de todo era, que yo se lo estaba permitiendo. Jessica no entendía como estaba siendo tan condescendiente con ellos. Ya le extrañó esa forma de hablar tan familiar, como si nos conociéramos de toda la vida, pero me conocía y prefirió no entrometerse.

Tuvimos suerte, la cafetería estaba medio vacía. El Gobernador ya había llegado y estaba dando un discurso en el salón de actos del hospital. Pedimos dos cafés y nos sentamos en una de las mesas del centro de la sala.

—¿Qué opinas?—di mi primer sorbo.

—No sé qué decirte, Luke. Pensaba que era una broma, que era un caso más de los que te solían dar.

—¿Qué piensas de ellos? No han tenido nada que ver.

—Mmm... Pues.... Nunca he entendido tus corazonadas, Luke.

Rara vez me equivocaba cuando me pasaba algo así. Eran mayores que yo, pero seguía viendo la inocencia en sus ojos, en los de ambos. Llámalo sexto sentido, o cómo quiera llamarse, aún así muchas veces me sentía desaprovechado en mi trabajo haciendo tareas de oficina.

Jessica sabía de lo que hablaba, me conocía perfectamente. Estuvimos

juntos en la academia. De hecho fue la primera persona que conocí cuando llegué de Jefferson City. Los dos empezamos en Langley al mismo tiempo y poco a poco se convirtió en uno de mis principales apoyos.

—Creo que estás siendo demasiado blando con ellos.

—No es que sea blando, Jess, sencillamente es, que he de adaptar mi forma de trabajar a esta gente, es como mejor me siento y cuando funciono mejor.

—Ese siempre es tu problema, Luke. Te involucras demasiado.

—Tal vez sea porque todo en lo que he trabajado apenas me ha hecho salir de un despacho—ella hizo una mueca aceptando mi respuesta. Sabía de sobra lo de mi padre, se lo había contado infinidad de veces.

—Pero no es tu primer trabajo fuera del despacho, Luke.

—Vamos a ver... sabes perfectamente en lo que he trabajado. ¿En serio me estás diciendo esto?—dije contrariado. Ella negó con la cabeza.

—Tranquilo, te entiendo perfectamente así que ¿qué vamos a hacer? ¿en qué quieres que te ayude?—prefería no discutir conmigo. Lo sabía. No íbamos a llegar a ningún acuerdo. Siempre que salía a colación el tema, acabábamos igual y no valía la pena perder el tiempo.

—Lo primero de todo es averiguar qué motivó el que Oliver se marchara de su casa. Algo tiene que ver con su madre y aunque aparentemente todo el mundo me diga que la relación con el padre era buena, no me lo acabo de creer del todo. Hay rumores de que el hombre bebía y todo eso siempre acaba en problemas. Además, realmente me molesta que el que fuera alcalde en el momento de la desaparición me insinúe que pase un poco del asunto.

—Voy a ir yo a comisaria. Haré unas cuantas llamadas y veré cómo solucionamos esto—ella se puso en pie. Me pareció correcto el que nos separáramos. Pensé en quedarme en el hospital y esperar a ver si Oliver hablaba, pero intuía que iba a perder la mañana. Después de darle vueltas a la cabeza intentando trazar un patrón a seguir pensé en sentarme a hablar con Emily Matthews, la periodista que acompañó a Nick y Oliver a la oficina del sheriff. Ya hablé con ella nada más llegar a Fairmont y me puso en

antecedentes de lo que ocurrió en aquel tiempo, incluso hablé con sus padres que eran vecinos del desaparecido, pero lo que realmente necesitaba era ahondar más allá de las paredes que delimitaban la idílica y aparente vida de los Kenner en 1959.

Lunes, 6 Abril 1959

Eran las 10 y media de la mañana de un lunes de abril, cuando escuché a la banda del pueblo acercarse por nuestro barrio. Las nubes y las tormentas desaparecieron del cielo para dar paso a una brillante luz que parecía dar el pistoletazo de salida a una semana de festividades y actos públicos. Me asomé a la ventana y vi a toda la comitiva acercándose, tocando “The Marines Hymn”. Miré de inmediato hacia la casa de Oliver y allí estaba impecablemente vestido al lado de su padre.

Joseph vestía un uniforme militar de color verde colmado de condecoraciones y medallas. Estaba de pie sobre las escaleras del porche de su casa. Oliver a su lado, vestía un traje militar de cadete con un gorro algo más pequeño que el de su padre.

La abanderada, al frente, marchaba marcando el paso y tras ella, dos hombres de la edad de Joseph, enfundados en sus uniformes, guiando la dirección del desfile. Cuando llegaron a la entrada de su casa, se detuvieron. Oliver y su padre, bajaron, se colocaron frente a los dos sargentos, generales o lo que fueran y saludaron como si estuvieran en el ejército. Oliver me vio desde allí abajo. No me dijo nada, ni siquiera me indicó algún gesto con el que intuir que todo estaba bien o que lo que estaba haciendo le aburría infinitamente. Me quedé allí de pie un buen rato viendo como se desarrollaba la escena. Su madre completamente ataviada para la ocasión, les observaba feliz y orgullosa desde arriba. No vi a Robert por ningún lado, así que imaginaba que todavía no se habría recuperado.

Nada me hacía intuir que sería la última vez que desfilaría en Fairmont. Todos los años era la misma historia. Comenzaban las vacaciones de primavera con un desfile militar en honor a mi padre y al resto de veteranos del pueblo y toda la familia salíamos a la calle. Mi padre y yo marchábamos delante de la banda junto con otros soldados y altos mandos a los que íbamos

recogiendo a lo largo de la mañana. Continuábamos el desfile por todo Fairmont, mientras las esposas y demás familiares de los condecorados se colocaban detrás de la marcha.

Vi a Nick en su ventana y no supe ni qué decirle. Continué con aquella parafernalia, me puse al lado de mi padre y comenzamos a alejarnos de nuestra calle. Este año mi madre y Robert no vendrían con nosotros. Robert aun no había acabado de recuperarse y decidieron que era mejor que no fueran, aunque si llega a ser por mi padre lo hubieran vestido como otros años y le hubieran hecho caminar por todo Fairmont para que la gente viera lo orgulloso que estaba de su familia.

Empezaba a estar cansado de tanta hipocresía y posiblemente no me hubiera dado cuenta de ello si no hubiera conocido a Nick, posiblemente porque ya estaría muerto. Sé que Simmons y Hartley pensaban que me estaba dejando llevar por él, que estaba cambiando mi forma de ser y que ya no era el mismo, pero realmente de lo que estaba huyendo era de ser como ellos. Seguir los mismos pasos de nuestros padres, caminar sobre las huellas que iban dejando para convertirnos en meras imágenes de lo que querían que fuéramos. No sé si fue Nick o su padre quien me abrió los ojos, pero desde que escuche ese “click” en mi cabeza ya nada volvió a ser como antes, ni quería que lo fuese.

Me sentía atrapado en una vida que no quería, pero no encontraba la forma de salir de allí. Prefería llorar a que la rabia me arrastrara, pero tenía que seguir siendo el chico fuerte al que todos admiraban, a quien todos querían parecerse.

En las últimas semanas, me había mantenido al margen. Intentaba evitar a Simmons y a Hartley a toda costa, aunque era imposible separarme de los que compartían su vida a diario conmigo. Jane también se sintió desplazada, pero con ella era diferente, era mi novia, pero nuestra relación era bastante fría. Me limitaba a acostarme con ella y a salir con los chicos. Ella lo sabía, pero estando conmigo, el resto le importaba poco. Era feliz siendo la novia de Oliver Kenner.

Pensé en que si no hubiera conocido a Nick, seguiría siendo el chico arrogante que los demás veían, pero por una vez en la vida, había descubierto que quería vivir una vida que nadie me hubiera enseñado, que no tuviera

reglas ni elementos preestablecidos. Quería ser ese chico de casi 17 años que no iba tener miedo de llegar a casa y enfrentarse a su padre. Ojalá las cosas fueran tan fáciles y pudiera sólo vivir de ilusiones, pero desgraciadamente a cada uno le toca lidiar con lo suyo.

Salimos de allí hasta el cruce con Fairbanks Rd. y continuamos hasta la plaza del pueblo. Aún teníamos que recoger a doce personas más, así que me esperaba una mañana bastante cansada. Si pensaba en todo lo que quería conocer, en los sueños que me alejaban de Fairmont y en las esperanzas puestas en una vida diferente, el conocer a los Hamilton hizo que esas ilusiones se convirtieran en necesidad.

Simmons seguirá en este pueblo. Se casará con alguna chica de aquí, tendrá hijos y morirá sin despertar ningún interés más allá de lo que representaba su vida. Si no hubiera sido por mi padre, habría seguido sus mismos pasos y cuando decidí saltar por el puente de Fairmont Hill, era porque pensaba que mi vida ya no tenía ningún sentido.

Fuimos a comer con todo el mundo a la plaza mayor, frente al Ayuntamiento. Vi a los chicos cuando terminamos y me sentí libre como para poder desembarazarme de mis obligaciones por unos momentos. Jane había estado presente toda la mañana en la plaza presumiendo de novio. Simmons y Hartley, y algunos más del equipo también estuvieron allí. Y es que todo el pueblo al completo disfrutaba de aquella oda al patriotismo a pesar de que no hubiéramos ganado la guerra.

CAPITULO IV

Sábado, 22 de Octubre 1983

Ser periodista era lo que deseaba desde mi adolescencia. Me llamo Emily Matthews y nací, crecí y todavía vivo en Fairmont

Cuando unos chicos alertaron al sheriff, en ningún momento se pensó que los huesos pudieran pertenecer a Joseph Kenner. El hallazgo fue una novedad en este pueblo pero tampoco trascendió demasiado. Se los llevaron al Instituto Médico Forense de Evansville y unas semanas después, me enteré en el periódico de que pertenecían al padre de Oliver.

A partir de entonces todo dio un giro brusco. No había nadie en el pueblo que no hablara de ello. Comenzamos a investigar y a remontarnos exactamente veinticuatro años atrás, hasta el día de su desaparición. Se había

rumoreado mucho sobre las causas de su ausencia, pero nadie podría imaginar que ese iba a ser su final. Comenzó a barajarse la idea de que fuera borracho, tropezara y cayera en una zanja, pero todo eran hipótesis.

El sheriff apenas sabía enhebrar un hilo en una aguja, así que difícilmente podría esclarecer nada, pero lo sorprendente fue, que desde el mismo día en que se supo quién era el fallecido, las riendas de la investigación quedaran en manos de un agente del FBI que apareció en el pueblo.

Todos en el periódico nos sorprendimos al igual que la mayor parte de los vecinos. Sacamos la noticia en primera plana y no fue hasta pasados unos días cuando decidí escribir a Nick.

Pensé en llamarle, pero hacía ya tiempo que perdí su número de teléfono. Sí, sé que suena a excusa y tal vez lo sea. Desde hacía unos años que no nos escribíamos, así que pensé en volver a hacerlo. Tampoco quería involucrarme demasiado en su vida. Pedirle que volviera a Fairmont era algo que quizás no entrara en sus planes, así que con mi carta tal vez le hiciera reflexionar.

Fue en Oliver en quien pensé en un primer instante. Empecé a recordar toda nuestra infancia, sobre todos los meses previos a que su padre desapareciera. Recuerdo todas las conversaciones con Nick y su incomprensible fervor hacía Oliver. Nunca entendí, ni entenderé, toda esa complicidad nacida de la nada.

Cuando escuché su voz al otro lado de la línea, me relajé. Sabía que iba a volver. Oí lo de su primera novela y no tengo perdón por no haberle llamado para felicitarle. Me sentía un tanto agobiada por su reacción si volvía a ponerme en contacto con él después de tanto tiempo.

Mi vida no fue demasiado emocionante. Finalmente fui a la Northwestern en Chicago y estudié periodismo con una beca completa, y conocí allí al que hoy es mi marido, Jeff Pembroke. Casualidades de la vida harían que aquel chico de Riddle, un pueblo cercano al mío, y yo, nos enamoráramos. Llevamos casados desde que terminamos la universidad, y decidimos quedarnos en Fairmont.

Una vida tranquila, preocupándome sólo de noticias locales al uso.

Siempre había esperado un momento como ese, y venía a mí de la mano del chico que me acompañó durante esos años y que me hizo creer que no toda la gente era como mis vecinos. Existía otro mundo fuera de las fronteras de Fairmont.

Para mí, toda aquella historia enmarañada entre secretos y mentiras era desconocida. Fui recordando a medida que los días pasaban nuestra infancia. Traté de anotar en mi memoria mis momentos con Nick y Oliver, traté de escuchar de nuevo los gritos y voces que salían de las paredes de los Kenner, pero era un callejón sin salida. Recé para que Nick me ayudara y lo hizo trayendo de vuelta a Oliver.

Lo que acababa de suceder, el ataque a Oliver, era algo nuevo para el condado. Olvidé cualquier noticia que anduviera en mi cabeza. No se trataba de ningún juego de niños. Algo estaba ocurriendo y quería descubrir qué era lo que sucedía.

Lunes, 6 Abril 1959

Fairmont comenzaba hoy con sus festejos, y como todos los años, tenía que encontrar algo que hacer que me liberara de las responsabilidades de asistir a actos que me aburrían mortalmente. Este año al menos estaba Nick y podíamos buscar algo con lo que entretenernos afortunadamente para mí, Oliver iba a estar ocupado, con eso de las presentaciones al menos, los tres primeros días.

Nos habíamos cruzado infinidad de veces por la calle. Los dos nos conocíamos pero no fue hasta que empezamos el curso hace un año y medio aproximadamente el que comenzáramos a hablar. Bueno, realmente para ser fiel a la realidad, él fue quien comenzó a sonreírme y a cruzar algún que otro saludo. Me sentí halagada, no voy a negarlo.

Oliver era el chico más guapo del instituto, incluso de todo Fairmont diría yo, pero no iba a comportarme como el resto de chicas y beber los vientos por él o al menos hacerlo de forma tan evidente. No es que fuera un chico creído pero cuando empezó a juntarse con Simmons y Hartley fue consciente de que tenía a la chica que quería a sus pies.

No quise comportarme como todas las demás, así que una mañana, cuando me dijo si me recogía y dábamos una vuelta, le dije que tenía otras cosas que hacer. Supongo que no le sentaría demasiado bien, porque a pesar de saber que la respuesta sería afirmativa y de ser consciente de que había cierta atracción entre nosotros, el hecho de tener que acercarse a mí y pedirme una cita, le aterraba.

Aquella mañana en el instituto, entre clase y clase, escuché a sus amigos como le animaban, como dirigían hacia mí sus comentarios. Cualquiera otra estaría contando los segundos para abalanzarse sobre él y eso fue lo que me detuvo. Les observaba un poco más separados, en el pasillo, mientras Oliver se acercaba algo nervioso a mi taquilla en la que guardaba mis cosas. Me miraba con esos ojos azules hipnóticos, y cada vez me sentía más atrapada. Realmente no sé de dónde saqué las fuerzas para rechazarlo, pero lo hice. Me di la vuelta y me marché con un par de narices. Cada paso que daba alejándome de mi taquilla era un golpe cargado de arrepentimiento. Me gustaba ese chico, pero no lo hice por orgullo sino por no caer en los comentarios que, a partir de ese momento, inundarían las horas muertas de los chicos de mi edad en Fairmont.

No quise darme la vuelta y mirarle a la cara pero me la podía imaginar. Los murmullos cesaron, los ánimos y vítores hacia Oliver se desvanecieron. Se dio la vuelta y regresó con sus amigos. Me fui directamente al baño y dejé los libros sobre la pila del lavabo, me miré en el espejo y respiré, quería salir de allí, quería desaparecer y todavía me quedaban tres clases, de las cuales, dos eran con Oliver.

Aguanté como pude aquellas horas en primera fila, evadiéndome del resto de comentarios y habladurías, y cuando terminaron me fui a casa, me encerré en mi habitación y quise gritar hasta quedarme sin aliento.

Pasó una semana, en la que ni siquiera me miraba a la cara. Durante el último mes se había acercado a mí esporádicamente, me había preguntado alguna que otra tontería, cruzamos nuestras sonrisas, pero desde el incidente de mi taquilla, me evitaba a toda costa. Los demás, me trataban como si tuviera la lepra, pero realmente eso me daba igual. Siempre había sido autosuficiente y no había necesitado de amigos superficiales que me involucraran más de lo necesario en este pueblo.

Me sentía mal por haber reaccionado así, me hubiera gustado volver a hablar con él y explicarle el por qué de mi reacción, pero cuando una semana después me enteré que estaba saliendo con Jane Chambers, toda la atracción que sentía por él se convirtió en rechazo.

Estaba siendo una idiota. Estaba dejando escapar a un chico que me gustaba pero no así su entorno, y él no tenía culpa de ello. Me enfadé conmigo misma pero no hice nada por evitarlo. Me limité a encerrarme más en mí y dejar pasar los días. A partir de entonces fui Emily Matthews, todos me conocían. Y al igual que las chicas de Fairmont convirtieron a Oliver en el sueño de cada una de ellas, desde que Ron Deacon, un chico del equipo de béisbol dos años mayor que yo, me invitó a salir y acepté, me convertí en el blanco de cada uno de los chicos del pueblo.

Apenas salí dos tardes con Ron y rápidamente me di cuenta de que yo no servía para eso. Ron era un chico muy guapo, pero no me sentía cómoda, más que nada porque no era con él con quien quería estar. Quizás lo hice para dar en las narices a todo el mundo y que no me vieran más como el bicho raro en el que me estaban intentando convertir, y aunque Ron se portó genial y fue muy educado y amable, ni siquiera nos besamos. Creo que le imponía mi forma de ser a pesar de ser dos años más joven.

A partir de entonces, me sentí observada por todos los chicos de Fairmont. No sé cómo se sintió Oliver cuando le dijeron que estaba saliendo con Ron Deacon, pero imagino que no le sentaría demasiado bien. Él, ese chico por el que todas suspiraban, había sido rechazado y ninguno más se atrevió a decirme nada.

Comencé a verle con otros ojos. Empecé a ver su otro lado. Lo vi como un abusón más. El efecto que causaba Simmons en él lo anuló por completo y junto con Hartley, se convirtieron en los mayores idiotas del instituto.

Se burlaban de los que ellos consideraban más débiles, los menos agraciados, cualquiera que no encajara con su prototipo de chico Fairmont. Formaron un grupo junto con algunos más de del equipo de fútbol, y desde que Oliver comenzó con Jane, el resto empezó a salir con algunas de las amigas de la chica, conformando uno de los grupos más repelentes que podía haber. No me imaginaba a mí misma con todos esos elementos. Y así estuve

hasta que llegó Nick a Fairmont.

Nunca había querido mezclarme con nadie más de mi edad. Me sentía totalmente diferente a las chicas de clase que únicamente se preocupaban por los chicos, sin ninguna meta más en la vida. La gran mayoría se limitarían a tener hijos y a formar una familia, copias de lo que estaban siendo sus madres. Yo aspiraba a mucho más que eso y no podía compartir esas aspiraciones con nadie.

Cuando llegó Nick a Fairmont algo me atrajo de él, y no estoy hablando de una atracción como la que podía haber sentido por Oliver, sino que me gustó la forma que tenía de observar todo lo que le rodeaba. Era un chico muy guapo y delgado, de ojos azules, pero le veía muy niño. Carecía de ese brillo en los ojos que Oliver tenía, algo que le impregnaba de madurez y de rebeldía al mismo tiempo. Hablar con Nick era como estar con tu hermano pequeño. Lo vi sentado en las escaleras del porche de su casa, con su bicicleta a un lado, aburrido y supe en ese momento que me acerqué que íbamos a ser buenos amigos.

Oliver quedó en mi vida como alguien que no merecía la pena, y pasó a la historia, pero en el momento que entró en la vida de Nick me sentí traicionada. Sentí como que mi amigo me abandonaba sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Al principio no reaccioné demasiado bien, me comporté como una niña orgullosa que quería salirse con la suya como siempre había hecho. Pero tuve que tragarme mi orgullo y valorar de verdad lo que Nick era para mí, el mejor amigo que había tenido hasta el momento. El único que había pasado por mi vida.

Sé que suena bastante frívolo decir eso de alguien a quien conoces desde hace unas pocas semanas, pero nunca antes había tenido con nadie esa complicidad.

Mi madre no me había insistido demasiado en el hecho de que no tuviera amigos, porque simplemente, ella sola no podía ocuparse de la casa, de mis hermanos y de mi padre que, después de la guerra, a veces se convertía en una carga. Durante los primeros años fue muy duro, pero poco a poco supo adaptarse a esa nueva perspectiva. Él era diferente, yo era

diferente. Mi madre era la que estaba anclada en un pueblo en el que le hubiera encantado comportarse como la típica familia americana de aquellos cincuenta. Pero ni mi padre ni yo seguíamos su estela, y cuando los Hamilton llegaron a la casa contigua, comencé a sentirme más viva de lo que nunca antes había estado.

Esa fue la razón que necesitaba para entender que mi vida, no se limitaba a los 3000 habitantes de Fairmont, sino que había mucho más allá de las fronteras estatales. Eso me llevó a intentar convertirme en lo que realmente quería ser.

Cuando el vínculo con Nick se estrechó de la forma en que lo hizo, de repente, entró Oliver en la ecuación, y aceptar su presencia, me costó bastante. De todos modos, nunca volví a cruzar más de cuatro o cinco palabras con él, no quería hacerlo. Eso supuso distanciarme un poco de Nick durante el último año en el que estuvo aquí, pero seguía viéndolo cuando podíamos encontrar tiempo. Recuerdo que por aquel entonces yo salía con Carson Miles. Comencé con él y en cierta forma me volví alguien más independiente. Carson era un buen chico, muy maduro, atento y creo que fue una de las personas que más me apoyaron y me ayudaron a convertirme en lo que hoy soy. Tuve que compartir mi tiempo y por lo tanto ya no le achaqué a Nick nuestro distanciamiento. Oliver estaba ahí y sabía que no le dejaría solo.

Fue complicado para Nick al principio tener que estar entre uno y otro, pero por mucho que Oliver quisiera ponérmelo fácil, me sentía incapaz de aceptarle nuevamente en mi cabeza. Quedó en eso, un recuerdo. Me sentía tan avergonzada de que hubiera pasado tanto tiempo en volver a tener contacto con él que lo evité totalmente. Preferí agarrarme a la imagen actual que tenía de él como la de un matón más.

Al principio era lo que sentía, pero cuando Nick comenzó a ocultarme cosas, me sentí relegada a un segundo plano y no me gustaba. Me preguntaba continuamente sobre la familia de Oliver pero tampoco había mucho más que decir. No me planteaba que algo fuera de lo común sucediera tras aquellas paredes.

Hablábamos de un pueblecito situado en la región medio oeste del país, con unas costumbres y valores basados en la familia. Todos escuchábamos los gritos en casa de los Kenner pero nadie le daba ninguna importancia. Ni

mi madre, ni mi padre llegaban a alterarse. Oíamos a la mujer llorando, los portazos y gritos del padre, pero ni siquiera nos inmutábamos. Recuerdo una noche, cenando alrededor de la mesa al son de sus voces, las del padre principalmente, porque la madre era incapaz de alzarla. Alguna vez oíamos ruido de platos romperse, muebles, pero nadie decía nada. Mis padres actuaban como si nada pasase y aunque no lo veía coherente, yo tampoco hacía comentario alguno.

Así era nuestro pueblo, y no creo que se diferenciara demasiado de los del resto del estado, incluso del país. Nos habíamos educado con todos esos principios y nadie parecía querer cambiarlos.

Todo comenzó a los pocos años de volver su padre de la guerra. No recuerdo ninguna discusión anterior a su regreso de Corea. Es como si la persona que hubiera regresado fuera otra totalmente distinta. Ese hombre siempre había sido muy cuidadoso y detallista con su casa, su familia y su trabajo pero cuando volvió todo cambio y dejó de preocuparse por todo. Siempre pasaba su tiempo con Oliver. Le ayudaba en sus entrenamientos, salían a correr juntos, le enseñaba a conducir... todo eso lo veía a diario antes de que de repente, dejara de comportarse como hasta ese momento. No sé porqué lo hizo, y aunque me sorprendiera, eran problemas que no me incumbían siendo una niña. Seguía la corriente como hacían los mayores.

No sé si he sido la primera en plantearme el no creer en unas tradiciones que envejecían a la juventud. Mi familia era bastante atípica, y si no hubiera sido por la tragedia que sufrió mi padre posiblemente hubiéramos seguido el mismo patrón que todos nuestros vecinos.

Sé que para mi madre fue todo un esfuerzo pasar de ser un ama de casa, a convertirse en la cabeza de familia en una época en la que no estaba bien visto ese rol para alguien como ella, pero en nuestro caso no teníamos otra salida.

Fairmont se me quedaba pequeño. Al contrario que la gente del pueblo, mis ambiciones iban mucho más allá del ser un ama de casa. Quería ser periodista. Me encantaba leer, me gustaba escribir y siempre me había interesado esa profesión. Era feliz pensando en que sería alguien diferente y que, al contrario que el resto de compañeras de clase, no me limitaba a responder “maestra” cuando me preguntaban qué quería ser de mayor.

Los desfiles comenzaron por la mañana, como todos los años. El padre de Oliver se convirtió en una estrella cuando regresó de la guerra. Ni siquiera le permitieron volver a trabajar en la tienda de caza y pesca que tenía en la avenida Palmer. Fue un continuo desfilar por programas de televisión, de radio, prensa. Los medios de comunicación siempre estaban apostados en su casa. Lo seguí muy de cerca cuando le entrevistaban. Me sentía atraída por todo ese mundo lleno de cámaras, pero con el tiempo, las entrevistas y los reportajes decrecieron. Ya no era noticia, aunque lo seguía siendo para Fairmont, que, año tras año se encargaba de sacar a relucir que ese hombre salvo quince vidas en el 53.

Lo leí en los periódicos, todo el pueblo hablaba de ello, era imposible no saberlo. A partir de entonces, ya no sólo él, sino Oliver, se convirtió en el hijo predilecto, el novio perfecto, el amigo, el jugador, etc. Pero la relación entre padre e hijo ya no era la misma. No lo notó demasiada gente, pero yo viviendo a su lado, sabía lo que ocurría.

Sábado, 22 Octubre 1983

Me sorprendió ver a Nick vestido de médico. Fue gracioso verlo entrar, asustado, como si huyera de algo. Lo que ya no fue tan divertido, fue pensar que el que estuviera en el hospital era porque alguien me quería muerto. Cuando entraron los agentes del FBI ya no pensé en Fairmont como un lugar en el que reencontrarme.

Nos quedamos allí sentados sin saber qué más hacer. Yo ya no quería estar más tiempo metido en la cama. Me encontraba bien y la herida de la cabeza había sido simplemente un rasguño. Podía levantarme perfectamente de la cama, podía caminar. Me dolía el hombro si me movía demasiado, pero como le dije a Nick, si regresé de Vietnam, no fue precisamente por haber estado sentado detrás de una máquina de escribir. Fue dura aquella guerra, creo que de lo peor que he visto nunca, pero no es momento ahora de ahondar en algo sobre lo que no quiero volver a pensar.

Estábamos esperando no sé a qué. Hablé con Nick cuando se fueron pero seguía sin tener claro qué decirles. No quería que todo el mundo supiera lo que ocurrió, pero algo me decía que tarde o temprano todo se sabría. No sé

cómo reaccionará Robert cuando se entere si es que alguna vez llego a contárselo. Me gustaría sentarme y poder hablar con él, pero sé que en estos momentos no es posible.

Cuando Nick me llamó y me dijo que había aparecido mi padre, no sé lo que sentí. Por un lado volví a revivir mis días en Fairmont y todo lo que ocurrió y por otro, sentí miedo. No quería volver a tener pesadillas. Todo había acabado pero no en mi cabeza. Mi psicoanalista me empujó a que viniera aquí y hablara con mi madre. Él era la única persona a quien le había contado lo que realmente ocurrió. No sé si pensó que yo le maté o no. Nunca se lo pregunté, del mismo modo que nunca se lo pregunté a Nick durante aquellos años.

Estaba en el bosque, asustado, cubierto de barro. Me sentía perdido. Nunca había tenido tanto miedo en mi vida. De pronto, escuché dos ensordecedores ruidos, que aislaron cualquier atisbo de vida a mí alrededor. Todo se detuvo. Tan sólo escuchaba el murmullo de la propia noche.

Intenté alejarme de los disparos. Eché a correr lo más rápido posible en dirección contraria, y de pronto, tropecé con Nick. Los dos caímos al suelo. Los dos los habíamos escuchado, pero no volvimos a hablar de ello hasta ahora.

Lo que tenía claro era que no sólo iba a abrir una parte de mis problemas y solucionarlos, sino que todo se iba a desgranar sin que pudiera evitarlo. Supongo que tendría que estar un día más aquí, pero lo tenía muy claro. Iría a casa de mi madre, llamaría a la puerta y hablaría con ella. Nick me acompañaría hasta allí pero tenía que ser yo el que se enfrentara a ella, decirle lo que tenía dentro e intentar recuperar a Robert en la medida de lo posible. Sé que será difícil hacerlo después de veintidós años, pero era mi hermano.

Muchos podrían preguntarse por qué ahora, por qué veintidós años después. Está claro que podía haber intentado verlo mucho antes o haber mantenido correspondencia con él, pero cuando me fui él sólo era un niño y todo era muy complicado. Si no hubiera sido por Nick y su padre, no hubiera podido seguir en el pueblo y tampoco hubiera sabido explicárselo.

Cuando me fui de aquí quería empezar una nueva vida y alejarme del

pasado. Luego llegó Vietnam y terminó por desanclarme del mundo, y si añadimos mi incapacidad por mantener una relación sentimental...

Tras la primera sesión con mi psicoanalista todo mi pasado salió a la luz, todo mi dolor y toda mi rabia y supe que sin poner en orden mi pasado iba a ser incapaz de organizar mi futuro.

Me escapé de la conferencia antes de que terminara, y subí a llamar por teléfono al periódico. Les pasé la información necesaria para empezar con el artículo para la edición de mañana. Nada emocionante, una aburrida noticia en la que, como de costumbre, se inauguraba algo con motivos políticos. No pude entrevistar a Oliver, así que mañana saldría un reportaje en el semanal del domingo hablando de su llegada a Fairmont veintidós años después y de cómo le había afectado a nivel familiar. Apenas tenían nada que contrastar, unas cuantas fotografías y una historia contada desde el punto de vista de su madre. Hablé con Peter mi editor, para escribir algo con mayor profundidad pero necesitábamos mucho más material. Hoy tan sólo había una pequeña reseña relacionada con la hospitalización de Oliver y lo que sucedió en el Credence Inn pero sin demasiada relevancia. Todo era muy impreciso.

El gobernador, seguía en el salón de actos del hospital y en media hora aproximadamente haría la inauguración oficial del ala. Fui a la cafetería a comer algo y vi al agente Luke Barren, que venía en mi dirección. Nos encontramos en la entrada.

—Hola Emily. ¿Tienes un momento?—asentí.

—Iba justo a tomar un café.

—Te acompaño si no te importa...—vino conmigo y nos sentamos junto a una de las ventanas de la cafetería.

—Ya sé que no es fácil lo que te voy a pedir, pero ya que estás en el periódico, tienes mucho más acceso a información de hace veinte años que yo, y aunque esto te lo podría haber pedido al llegar al pueblo, pienso que ahora que nos hemos conocido, y somos conscientes de que algo más está ocurriendo, es el momento de que me ayudes y podamos ver qué está pasando aquí.

—Sabemos lo que hemos publicado, Luke, no sabemos nada más.

—No, no me estás entendiendo. No te estoy hablando de ti como periodista, Emily, sino como vecina, amiga o la relación que tuvieras con los Kenner.

—Pero, ya te dije lo que sabía, hablaste con mis padres también—dije tratando de completar los huecos que aún no encajaban en su investigación.

—¿Quién piensas que pudiera querer a Oliver muerto?—lo había pensado, me lo había planteado en el momento supe que le habían disparado, pero no tenía una respuesta. ¿Quién? ¿Su madre? ¿Robert? ¿En quién más podía pensar? Negaba con la cabeza sin encontrar sentido.

—No lo sé. Es que es tan absurdo que no sabría qué contestarte.

—¿Cómo era su relación con la demás gente del pueblo?

—Pues Oliver se llevaba bien con todo el mundo. Todos le envidiaban y le querían, pero claro, todo eso fue hace veintidós años. No había vuelto a venir por aquí. Nosotros vivíamos al lado de su casa y eran buenos vecinos. No sé qué más podría decirte.

—Tus padres hicieron algún comentario sobre su padre diciendo que bebía demasiado.

—Sí, bueno, eso es lo que pensábamos Nick y yo también. Oíamos discusiones y gritos muchas veces pero tampoco pensé que fuera demasiado extraño. Vino cambiado de la guerra y comenzó a despreocuparse de sus cosas.

—¿Cómo por ejemplo?

—Pues, por ejemplo, el jardín. Tenían uno muy bonito. Su padre se encargaba de él. Y dejó de hacerlo. Las plantas se morían y los hierbajos crecían a su antojo. También le gritaba mucho a su mujer...

—Según ellos tenían una relación muy buena y tranquila—negué con la cabeza.

—Nadie en este pueblo asumiría públicamente que esa familia sufría ningún tipo de maltrato.

—¿Realmente piensas eso? ¿piensas que su padre les maltrataba?—no supe qué contestar. Me quedé pensativa, pero enseguida me hizo volver a la realidad.

—No lo sé. Nick y yo lo habíamos hablado varias veces, él se preocupaba mucho por Oliver, pero creo que nunca llegó a decirle lo que le pasaba o al menos a mi no me lo contó. Ambos cambiaron. Algo pasó en esa casa.

—Tendré que volver a hablar con su hermano y su madre.

—Robert sólo tenía nueve años cuando su padre desapareció. Todo lo que sepa será por su madre—Luke guardó silencio y miró a su alrededor.

—Es que no entiendo nada. Entiendo que desapareciera, que tropezara, que tuviera un accidente y...—Luke negó con la cabeza. Guardé silencio y le escuché atentamente.

—Si te cuento esto, extraoficialmente, prométeme que no publicarás nada.

—¿El qué? No puedo prometerte eso.

—Si lo descubres de cualquier otra forma, no tengo ningún problema en que lo hagas, pero que nada te relacione conmigo—yo asentí. Me intrigaba.

—No tropezó, ni se cayó, ni nada parecido, tenía dos tiros en la cabeza —me quedé estupefacta. No daba crédito a lo que me estaba diciendo.

—¿Cómo?

—Dos orificios de bala en la parte occipital derecha. Eso es lo que se reveló en la autopsia. Ahora que sabes esto, ¿qué me puedes decir de Joseph Kenner en el momento de su desaparición?

—Es que yo era una niña, pero esto le da un sentido diferente a todo—me dio la razón—¿Por qué lo mantenéis en secreto?

—Porque son órdenes de arriba. Nos prohibieron compartir esa información, incluso eliminaron cualquier rastro en los informes por si había filtraciones. Sólo lo sabe nuestro forense y nosotros. Cuéntame ¿Qué me puedes decir de eso? ¿Cómo era la relación de Oliver con su padre durante su

desaparición? ¿Tensa?—no sabía que contestarle. No quería comprometer a Oliver en nada, pero, dijera lo que dijera, le habían disparado.

—Pues no tenían mucha relación, creo. Las discusiones eran continuas, de hecho la noche antes de su desaparición tuvieron una muy fuerte.

—O sea que de familia perfecta nada ¿verdad?

—¡Exacto!—no me parecía justo ocultarle aquella información después de haber compartido lo suyo conmigo—¿Saben Oliver y Nick lo de los disparos?

—He estado hablando con ellos hace un rato, lo hemos mencionado mi compañera y yo y parece que los dos se han mirado de una forma un tanto sospechosa. Intuyo que sí que lo sabían, pero ninguno de los dos lo ha reconocido.

—Intentaré hablar con ellos para ver qué averiguo—me levanté de la silla. Luke me cogió del brazo suavemente y le miré.

—Emily, discreción por favor,—asentí con la cabeza—ahora te va a ser imposible ir a verlos dentro de nada es la inauguración y las medidas de seguridad serán mayores.

—Tranquilo, veré qué hago.

Si realmente lo sabían, ¿por qué no me habían dicho nada? Me puse a pensar en cualquier cosa que me ayudara a dilucidar lo que pasó con Joseph Kenner. ¿Quién podría quererle muerto? Tenía que hablar con mis padres, tenía que hablar con ellos. Posiblemente me hicieran recordar cosas que en estos momentos se me escapan. Necesitaba saber nombres, personas que conocieran a los Kenner. Necesitaba verlos ahora.

No tenía tiempo para ir a buscar a Ian y que me camuflara para entrar en la planta de cirugía y con todo el alboroto que había con la visita del gobernador, poco más podía hacer allí, así que decidí coger el coche y dirigirme a casa de mis padres.

Pensé en buscar a Robert y hablar con él, tratar de mediar entre ellos de alguna forma. Me entristecía ver a Oliver allí tumbado tan decaído. No podía

salir de la habitación. Ninguno de los dos podíamos hacerlo. Esperábamos a la enfermera que anteriormente nos dijo que regresaría con el médico pero no lo hizo. Oliver no tenía ganas de hablar, lo supe con solo mirarle. Se había acurrucado junto a la almohada y guardó silencio. No quise importunarle. Me acomodé en el sillón e intenté cerrar los ojos, deseaba que acabara la visita del gobernador y que entrara Emily por la puerta, pero hasta ese momento, no podía hacer nada más.

Nunca le dije a Oliver que pensaba que él tuviera algo que ver con la desaparición de su padre. Escuché aquellos dos disparos antes de que tropezáramos, pero nunca pensé que hubiera sido él. Estaba demasiado asustado. Hubiera sido incapaz. Me dolió que me dijera que asumía el que yo pudiera pensar que él lo había matado, pero era algo que yo no podía aceptar. No quería que me viera capaz de asimilar eso. De cualquier modo, intentaba pensar en quién podría haberle disparado. Si Oliver no fue, ni yo tampoco, ¿quién más? ¿su madre? Era demasiado incongruente.

CAPITULO V

Tan sólo era un niño cuando mi hermano se marchó y aquello me marcó. Nunca lo entendí y el que esté aquí ahora, aún me desconcierta más. Me está haciendo plantearme cosas que no entiendo. ¿Por qué?

Siempre lo había admirado, siempre. Supongo que de la misma forma que él a mi padre. Yo sólo era un niño. Recuerdo que cuando mi padre desapareció, todo el año siguiente lo pasé con mi hermano, me vienen a la memoria pequeños flashbacks. Le recuerdo abrazándome fuerte una tarde en el circo, mientras yo no dejaba de llorar asustado al ver a los leones. ¿Cómo se puede querer a alguien y de repente abandonarlo?

Cuando fui a verle al motel, me habló de una carta que me dejó. No quise decirle nada a mi madre cuando llegué a casa, ni siquiera quería que me notase que había estado llorando. De todas formas, al poco tiempo la llamaron por teléfono diciéndole que Oliver estaba en el hospital. Era de locos, no daba crédito. Acababa de estar con él minutos antes.

No sé qué pensar. He estado con mi madre la mayor parte de mi vida. Intenté marcharme un par de veces pero me sentía en deuda con ella. Creo que le afectó mucho más la marcha de mi hermano que la desaparición de mi padre. Es la impresión que siempre he tenido.

Mi madre quería que fuéramos al hospital a verlo, pero teníamos que ir por la tarde porque por la mañana no iban a dejarnos entrar. Salí un rato a pasear a Rocky y desde el parque que había detrás de mi casa, me fijé en la casa en la que vivieron los Hamilton. Sentí envidia del chico que iba con mi hermano. Yo casi no lo conocía, y apenas me acordaba de él. Sé que era amigo de mi hermano, nada más. No dejaba de hacerme preguntas. De niño, siempre me asustaba tener la culpa de que mi hermano se marchara. Era evidente que no, pero me castigaba una y otra vez ese sentimiento y mi madre

me ayudó a superarlo. Me hizo ver que no nos quería, que prefirió desaparecer como había hecho mi padre y todo aquello hizo que siempre desconfiara de la gente. Nunca había sabido querer a nadie.

Ahora, con mis 31 años, me limitaba a trabajar en el taller, salir de vez en cuando a tomar unas cervezas con mis amigos y poco más. Mi vida se había centrado en eso. Y, por supuesto, en cuidar de mi inseparable amigo de cuatro patas.

No puedo perdonar a Oliver por lo que hizo, no me lo puedo permitir. Pero cuando lo vi allí afuera, cuando me abrazó... sólo tenía ganas de llorar, de atizarle, de tirarle al suelo y molerle a palos, pero jamás lo hubiera hecho. Sé que reaccioné de malas maneras cuando nos encontramos en la oficina del sheriff, pero era más por mi madre que por mí. Sabía el dolor que ella sentía, todo lo que había sufrido y cómo envejeció a los pocos meses de no saber de él.

Cuando descubrieron los restos de mi padre fue un shock para ella. Nadie lo esperaba. Al principio fueron simplemente unos huesos encontrados cerca de casa, pero cuando la policía identificó las medallas que mi padre siempre llevaba al cuello, mi madre terminó por identificar las botas y los pantalones que llevaba cuando desapareció. No entiendo cómo no lo descubrieron antes o por qué estaba enterrado. Quizás cayó en alguna zanja o no lo sé. Nosotros siempre habíamos pensado que se había ido con otra mujer. Al menos eso era lo que mi madre decía.

El que Oliver hubiera llegado justo en ese momento, me asqueó. No se había preocupado por nosotros en tanto tiempo, ¿qué más le daba que apareciera un padre que no veía, si tenía una madre y un hermano de los que tampoco sabía nada? ¿Por qué no había venido antes a vernos a nosotros? ¿Qué le había hecho yo para que me odiara o no quisiera verme? Siempre acababa con la misma conclusión, llevándomelo al terreno de lo personal. Asumiendo una culpa que no tenía.

Fueron unos años muy duros. Yo era un niño y apenas me daba cuenta, pero cuando cumplí los quince y supe entender lo que era trabajar, fue complicado. Veía a algunos de mis amigos llevar una vida que me hubiera gustado tener a mí también, pero no podía. Tenía que sacar tiempo para buscar trabajos que me permitieran ayudar a mi madre. Era vergonzoso

aceptar ayuda de nuestros vecinos o de gente del pueblo a la que conocía, incluso de padres de amigos míos.

Evidentemente lo agradecí, gracias a todo ello pudimos salir adelante, pero no fue justo. No fue justo que los dos desaparecieran.

Lunes, 6 Abril 1959

El primer día de vacaciones no hicimos nada diferente a cualquier otro después del instituto. Emily me estuvo contando que aquella semana Fairmont se engalanaba. No le gustaba nada relacionarse con la gente del pueblo, de eso me di cuenta cuando la conocí. Su forma de hablar, su relación con el resto de los vecinos... no es que se sintiera superior a los demás, sencillamente se sentía diferente.

Esa mañana después de que la banda recogiera a Oliver y a su padre, fuimos a las colinas de Levendale, cerca del instituto y desde allí, estuvimos viendo como terminaban de montar las carpas del circo apresurándose para tenerlo listo para la función de las cinco.

Fue fantástico ver cómo lo preparaban. Veíamos como sacaban a los animales de sus jaulas, cómo los lavaban. Me impactó ver por primera vez a los elefantes, nunca había visto uno al natural, sólo por fotografías. Convencí a Emily para bajar al valle y verlos más de cerca y aunque no le gustó demasiado la idea lo hicimos.

No fuimos los únicos que pensamos de esa forma. Se acercaron niños con sus padres, que posiblemente nunca habían visto lo que era un circo, o que como yo, tampoco habían visto muchos de los animales que allí había. Algunos de los trabajadores del circo, los que se encargaban del mantenimiento vinieron a echarnos. No querían que estuviéramos por allí merodeando. Si queríamos ver los animales, teníamos que pagar la entrada. Así nos lo dijo uno de ellos.

Mi padre ya me dijo por la mañana que, aunque le encantaría quedarse en casa toda la semana y escribir, salir a disparar con su cámara y aprovechar para leer, tenía que estar en infinidad de actos con el alcalde y el director del Instituto, el señor Edwards y posiblemente no estaría mucho en casa. Me

preguntó si quería ir con él a las comidas y cenas pero le dije que no. Sabía de sobra que a Emily no le iba todo aquello, así que sería como estar solo en casa. De todas formas, mi padre se fiaba de mí. Sabía que no era mal niño, no iba a hacer ninguna trastada. Rose vendría a dejarme la comida y la cena y así mi padre se despreocupaba completamente de cualquier obligación.

Tal vez no fuera el mejor comportamiento para un padre, pero ya me trataba como a un adulto, y la verdad que lo agradecía. Podíamos hablar de cualquier cosa, nos intentábamos poner el uno en el lado del otro y así era como teníamos una relación tan buena. Me entristeció esconderle lo de Oliver, pero lo que de verdad me dolió fue que supiera que algo le ocultaba.

Le dije a Emily que se quedara a comer en mi casa, pero tenía que ayudar a su madre, así que hasta que no terminara, no nos veríamos. Después de comer me senté en el porche a esperar. No tenía nada más que hacer. Mejor dicho, no me apetecía hacer cualquier otra cosa que no fuera no hacer nada.

Escuché el sonido de una motocicleta acercarse y vi llegar a Simmons conduciendo su moto, llevando consigo a Oliver. Él bajó rápidamente cuando Simmons se paró frente a la entrada de su casa y se metió dentro. Me levanté de la silla del porche y me quedé de pie. Simmons giró la cabeza hacia donde yo estaba y me miró con desprecio, luego apartó su mirada de mí y se centró en esperar a que Oliver saliera de casa. No tardó en salir. Me acerqué a las escaleras del porche y Oliver me vio. Me sonrió. Se acercó a Simmons a decirle algo y montó en su moto. Se acercaron hasta la entrada de mi casa, volvió a bajar y vino hasta dónde yo estaba.

—Nick, ¿Por qué no vienes a la feria esta noche con Emily?

—No sé lo que haremos ¿Cómo está tu hermano?

—Está bien, se está recuperando rápido.

—¡Venga! ¡Oliver! ¡Vámonos!—gritó Simmons desde la calle.

—Me tengo que ir, si no te veo esta noche, me paso por tu casa cuando pueda ¿vale? Ya te contaré, esta semana va a ser un poco complicada— Simmons no parecía muy conforme con que Oliver hubiera querido parar a hablar conmigo y su mirada lo decía todo. Salió de allí a toda velocidad

dejando un rastro de polvo que fue disipándose mientras me metía dentro de casa.

Entendía que aquello formaba parte de su vida. El chico estaba haciendo un esfuerzo, pero iba a ser complicado abrirse. No con gente como Simmons. No son el tipo de personas que saben aceptar las diferencias entre unos y otros. Son de los que se juntan con los que son iguales a ellos, que desprecian a los que consideran diferente o inferiores. Ese era Simmons y así pensaba que era Oliver en un principio.

Le conté a Emily más tarde lo que sucedió pero ella no me entendía. Por mucho que intentara pensar en Oliver de otra forma no lo hacía, y tampoco me apetecía enzarzarme en una discusión sin sentido. Simplemente era mi amigo, aunque los demás no quisieran verlo. No le sentó demasiado bien que lo defendiera tan acérrimamente así que me plantó y no quiso salir por la noche. Quizás mi error fue decirle que insinuó que fuéramos a la feria, aunque ya de antemano sabía que ella no se iba a juntar con ellos.

Estuve leyendo hasta que no pude aguantar con los ojos abiertos y me dormí. Eran más de las dos de la madrugada cuando Oliver me despertó con unas palmadas en la mejilla. Abrí los ojos y aún adormilado me incorporé.

—Tu no respetas el sueño, ¿verdad? ¿Qué haces aquí?—me invadió repentinamente un olor intenso a cerveza. Se sentó en la cama de al lado, mirándome.

—¿No has salido? Tendrías que haber venido, el primer día siempre es alucinante.

—¿Estás borracho Oliver?—

—No, no. Hemos bebido unas cervezas, pero nada más—. Uno no desprendía ese olor por una o dos cervezas.

—Además, ¿con quién iba a ir?—traté de hacerle entender cómo eran las cosas. No supo que responder pero parecía que no le importaba demasiado —Bueno, voy a seguir durmiendo, Oliver. Estoy muerto. Túmbate ahí si quieres—cayó rendido, pero parecía que no iba a dejarme dormir.

—Tú y Emily ¿qué? Vamos, cuéntame—me sentí incómodo—Nick, Nick, Nick, Nick, Nick...

—¡Oliver!, ¿qué quieres?

—Nada. Quiero que me contestes.

—¿Qué quieres que te cuente? Nada, no hay nada, lo sabes de sobra.

—¡Joder! Que a mi no me puedes engañar—le seguía notando ebrio. No quería llevar la charla por esos derroteros así que intenté redirigirla y que me contara sus propias experiencias.

—Tu vienes de estar con Jane, ¿verdad?—no me contestó—Seguro que estás harto de acostarte con ella.

—Bueno...sí,—no dijo nada más, pero no era ese chico sobreexcitado que había estado instigándome. Noté un silencio que congeló el cariz que estaba tomando la conversación.—pero el que de verdad está harto es Simmons. Es la leche—volvió a sonreír. Desvió nuevamente el ser el foco de atención. Era como si no quisiera hablar de sí mismo.

—A tu amigo yo no le caigo bien.

—Bueno, déjalo. Es bastante capullo cuando quiere, pero no es mal tío. Entonces tu con Emily.... ¿nada de nada?

—¿Otra vez? Venga, Oliver, ya está bien por esta noche...

—Seguro que lo has pensado algún vez. Si no voy a tener que pensar que eres ra-ri-to.

—¡Me cago en la leche! Vamos a ver, es Emily y es mi amiga.

—Sí, ¿Tú la has visto? Es increíble—colocó sus brazos por debajo de la almohada.

—¿Y entonces qué haces con Jane?—balbuceó mientras sus ojos se cerraban pero yo ya me había desvelado. Siempre hacía lo mismo. Cuando conseguía que me despertara por completo y se me fuera el sueño, aprovechaba para caer rendido. Odiaba eso, pero en el fondo me gustaba tenerle allí, me apetecía explorar un camino en el que no me sentía siempre como el hijo único que era.

Pensé en ello, en el sexo. Pensé en lo que había insinuado Oliver. Claro que me había imaginado el estar con Emily, pero ¿quién no? Recuerdo la otra

noche que fuimos al río y nos bañamos. Pensé en cómo sería besarla, pero se me fue de la cabeza rápidamente, era mi amiga. No la veía con aquellos ojos, aunque era bastante difícil no pensar en ella como la mujer de tus sueños.

De todos modos, lo que conocía de ella, eclipsaba cualquier otra faceta suya, así que aunque la viera como una chica preciosa, su forma de actuar hacia mí, y mi comportamiento para con ella, hacía que tuviéramos una relación de iguales, como si fuéramos dos chicos. Sólo en momentos puntuales había pensado en ella como algo más, como en el instante en el que Oliver me estaba interrogando, o como la noche del río, pero nunca como algo habitual. De hecho, las discusiones que tenía con ella, eran las que podía haber tenido con cualquier otro chico.

A la mañana siguiente, me desperté temprano y para mi sorpresa, Oliver seguía tumbado boca abajo sobre la cama de al lado. Había llenado parte de la almohada de babas. Le desperté de la misma forma que había hecho él conmigo la noche pasada, con un par de tortas.

—¡Eh! ¡Despierta! —pero tuve que zarandearle para que causara efecto.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

—¡Son las nueve de la mañana! Vamos a desayunar—de repente, se incorporó, acercó la cabeza fuera de la cama y vomitó. —¡Dios! ¡tío! ¿Qué haces?—aparté mis pies descalzos del suelo, aunque no pude evitar que me los salpicara.

—Nick, perdona, me encuentro fatal—se retorció en la cama.

—¿Ah sí? No sé por qué será.

Sábado, 22 Octubre 1983

Entré en casa y mi padre estaba en la sala de estar mirando la televisión. Últimamente era lo único que hacía. Mi madre en cambio, estaba en la cocina, preparando un pastel de manzana. Recuerdo cuando de pequeña solía hacerlos con las manzanas que recogían mis hermanos del árbol de la señorita Leffers. Estaban deliciosos. Esperé a que mi madre metiera el pastel en el horno y la llevé junto a mi padre obligándole a que apagara el televisor. Se extrañaron de que tuviera ese comportamiento hacia ellos.

—Hija, ¿qué ocurre? Me estás asustando.

—No pasa nada mamá, no es nada mío, es solo que necesito que me contestéis a unas preguntas. Los dos—miré principalmente a mi padre, que era al que menos le apetecía sentirse interrogado.

—Dime ¿qué es lo que quieres saber?

—Es sobre Joseph Kenner—mi padre hizo un gesto desaprobando ese tema. Mi madre intentó levantarse y regresar a la cocina, pero los agarré a ambos por las manos—Lo que voy a deciros ahora no podéis decírselo a nadie o me podría meter en un lío—tras pronunciar aquello, los dos fueron conscientes de que se trataba de algo serio, y aunque estuvieran cansados de haberles contado una y otra vez a la policía, a la prensa y a cualquiera que les hubiera preguntado, los problemas que pudieran tener los Kenner antes de que Joseph desapareciera, me escucharon atentamente—Ya sé, que lo que le habéis contado a la policía es lo único que sabéis. Pero hoy me he enterado de que a Joseph Kenner le mataron. Tenía dos tiros en la cabeza papá—le miré fijamente. Los dos se asombraron, guardaron silencio y mi madre se llevó la mano a la boca, sin poder dar crédito.

—¿Asesinado?—Mi padre no daba crédito. Comenzó a preocuparse.

—Así es.

—Hija, no quiero que te metas en ningún problema...

—Papá, ayer le dispararon a Oliver, su hijo mayor.

—Sí, nos hemos enterado.

—Lo único que os pido es que me ayudéis y penséis si hace veinticuatro años conocíais a alguien que odiara a Joseph Kenner o que quisiera matarlo.—Los dos se quedaron estupefactos. Mi madre negaba con la cabeza, no estaba preparada para ese tipo de asuntos y mucho menos en Fairmont.

—Emily, cariño, esto era muy pequeño. Nos conocíamos todos, nadie quería matar a Joseph, nadie que nosotros supiéramos, ¿verdad Walter?—mi padre permaneció en silencio.

—Joseph se llevaba bien con todo el mundo, Emily. Acuérdate, era el

héroe de Fairmont,—ironizó él con el nombramiento que le hicieron en el pueblo—pero no creo que nadie le quisiera muerto. Sí, tenía problemas en casa con la bebida, pero eso tú también lo sabías. Escuchabas los gritos y las voces igual que nosotros.

—Sí, pero necesito algo más, papá. Piensa en alguien del pueblo, o en... no sé, piensa en algo—se quedó un rato recordando veinticuatro años atrás y finalmente habló.

—Cuando Kenner volvió de la guerra estuvo un tiempo sin salir de casa, ¿no Anne?—mi madre asintió—Y venían de vez en cuando unos hombres que estuvieron con él en Corea.

—¿Qué hombres?—Estaba intrigada.

—Estuvieron con él en su división, Emily. Fue hace mucho tiempo. Yo no los conocía. Venían a los homenajes que le hacían a Joseph. Una tarde discutieron en el porche de su casa, pero no me preguntes por qué. De todas formas tampoco fue una discusión muy fuerte.

—¿De qué hablaban?

—Uy, Emily, ni idea, no lo recuerdo. Fue hace mucho tiempo, cariño.

—Con el alcalde Roberts también tuvo un problema, ahora que lo pienso. Lo comentaba la gente del pueblo—añadió mi madre.

—¿Te acuerdas por qué?

—Era algo de una parcela que tenía, pero no estoy segura.

—Tranquilos, no pasa nada, muchas gracias por haberme ayudado. Aunque sea poco intentaré averiguar algo—me levanté del sofá. Ellos me miraron algo inquietos.

—Cariño, ten cuidado con estas cosas, a veces rebuscar en el pasado de las personas no trae nada bueno.

—Lo sé, papá. Gracias.

Sé que no les gustaba mi arrogancia sobre todo cuando me empeñaba en tener la razón. Siempre había sido así y mis padres tuvieron que lidiar con ello. A mi padre apenas le preocupaba, le gustaba que tuviera mi propia

personalidad en un pueblo en el que todos seguían las mismas pautas, pero también he de decir que su forma de pensar cambió cuando volvió de la guerra y vio lo complicado que era vivir sin piernas. Mi madre fue la que más lo sufrió. Pensar que su adorada hija no iba a seguir sus pasos, que se comportaba más como un chico que como las hijas de sus amigas... fue todo un trauma. Tuvo que hacerse a la idea, y teniendo a los niños y a mi padre sin apenas movilidad, no podía preocuparse por nimiedades.

Ser periodista en Fairmont no era nada del otro mundo. Cubríamos las noticias más importantes del condado de Crawford, desde el infarto de la mujer del sheriff a la incorporación del nuevo sacerdote, pasando por la desaparición y afortunado rescate de algún niño perdido.

Lo que tenía claro, era que iba a hablar con el alcalde Roberts, y que tenía que pasar por el antiguo edificio del periódico a revisar los archivos de cuando el padre de Oliver llegó al pueblo tras la guerra por ver si podía encontrar los nombres de los hombres que le acompañaron. El problema era que el edificio estaba cerrado. Lo vendieron a una empresa inmobiliaria y tendría que hablar con ellos o quizás con alguno de los antiguos trabajadores.

Fairmont había tenido su propio periódico hasta 1974 año en el que cerró para anexionarse al periódico del condado. Los periódicos locales tuvieron su auge tiempo atrás, pero la calidad de las noticias así como su cantidad empobrecía el resultado, así que decidieron aglutinar en una sola edición las noticias de todos los pequeños pueblos del condado como Alton, Leavenworth, Marengo o Milltown, aunque manteniendo la base en Fairmont.

Las instalaciones del anterior periódico se trasladaron a la antigua fábrica de conservas de Dillon O'Keefe y desde entonces, trabajé con ellos. Mi trabajo principalmente se centraba en las noticias locales exclusivamente de Fairmont, mientras que algunos compañeros de otros pueblos acudían a la redacción una o dos veces por semana. El mayor problema que había en el condado de Crawford era la distancia entre los municipios, pero claro, si tenemos en cuenta que la población total del área que abarcaba rondaba los ocho mil habitantes, diseminados en poblaciones de las que algunas no llegaban ni a los 200 vecinos... de igual manera eran zonas a cubrir porque nunca sabías dónde podía aparecer la noticia.

Jessica revisó todos los informes, los clasificó y se reunió conmigo en el parking del hospital. No le dije que había hablado con Emily Matthews porque sabía que no lo entendería, pero a mi parecer era lo mejor que podía hacer. Jessica metió toda la documentación en el maletero de mi coche y ahora solo faltaba comenzar a buscar un hilo del cual ir tirando hasta desenmarañar la madeja.

Había hablado con nuestro superior, y aunque los disparos hacia Oliver, en estos momentos eran la única pista que podíamos seguir, desde arriba nos instaron a determinar en un plazo de 24 horas tanto si tenía relación con el cuerpo encontrado o no. Si no había ninguna respuesta, las directrices eran pasar a realizar un funeral con todos los honores militares a Joseph Kenner y desvincularlo totalmente de lo que le ocurrió a Oliver. No comprendíamos las prisas, ninguno de los dos lo entendíamos, pero no replicamos y nos limitamos a obedecer. Teníamos sólo un día para relacionar las dos cosas, sino nuestra obligación era regresar cuanto antes a Washington y dar carpetazo al asunto.

—No lo puedo entender, Jess—cerré el maletero de mi coche, después de haber revisado todo lo que había dentro.

—Ni yo tampoco. Cuando me lo dijiste, pensé que exagerabas pero vamos, tienen demasiada prisa en cerrar esto y en que volvamos.

—No quieren que nadie sepa lo de los dos disparos en la cabeza.

—Lo sé, y no entiendo por qué. Es muy diferente la investigación de una desaparición a la de un asesinato.

—Así es imposible que podamos hacer nada, aquí nadie habla, esto está muerto. Y los que hablan mienten—maldije. La única salida que tenía era Emily Matthews.

—Nick, creo que quiero que avises a mi hermano—Oliver estaba pensativo, tumbado en la cama. El médico ya había pasado hacía un rato, le habían limpiado el vendaje y le volvieron a curar el rasguño de la cabeza. Unos días más de reposo y podría marcharse a Baltimore, pero las

intenciones de Oliver no eran esas sino llegar al final de todo el entramado.

—¿Quieres hablar con él?.

—Primero con él, y luego con mi madre, y cuando lo haga podemos marcharnos si quieres.

—Tranquilo Oliver, le he dicho a Helena que te han operado de apendicitis—sonreí—así que tenemos todo el tiempo que necesites, no hace falta que te apresures.

—¿Apendicitis?¿No había nada mejor?¿Y tú eres escritor?¡Hombre de grandes ideas!.

—Tampoco quería que se preocupara demasiado. ¿Qué vas a decirle a Robert?

—Que le quiero Nick, que me gustaría que me diera una oportunidad, y que con el tiempo, intentaré hablarle del pasado, pero no ahora. No puedo contarle nada de lo que ocurrió—le entendí perfectamente. Me hubiera gustado que hubiera hecho otra cosa, pero no sabía cómo ponerme en su lugar. Tenía claro lo que había que hacer, pero era muy difícil.

Es complicado meterse bajo la piel de alguien sin haber experimentado sus vivencias. Sé perfectamente cómo yo les hubiera dicho las cosas a su madre y a su hermano. Les explicaría lo que estuvo bien y lo que no, alejado de cualquier remordimiento o sentimiento de duda. Pero sabiendo todo lo que le pasó, por mucho que lo intentara, sería incapaz de hacerlo.

—¿Piensas volver a Fairmont?—negó con la cabeza.

—No se me ha perdido nada aquí Nick. Quiero ver si Robert puede venirse una temporada conmigo—yo me levanté del sillón en el que había estado recostado gran parte de la mañana y le contradije.

—Oliver, ya no tiene 11 años, tú te fuiste viéndole un niño, pero ya no lo es. Él tiene su vida aquí, su gente, su...

—¿Su qué? Aquí no tiene nada, Nick. Hemos sufrido los dos por lo mismo, por nuestra madre. Él, por no dejarla sola y anteponerla a su propia vida y dejando escapar cualquier oportunidad de salir de aquí. Y yo, ya sabes tú por qué, ella es la que nos ha arrancado la vida, Nicholas.

—De todas formas, Robert no va a dejarla ahora por irse contigo si no lo ha hecho antes. ¿En serio crees que eso va a pasar?—Estaba nervioso. Ya no tenía las cosas tan claras. La imagen que había creado en su cabeza iba desmoronándose a medida que yo continuaba hablando.

De pronto, comenzamos a oír mucho jaleo. Me acerqué a la puerta, abrí con cuidado y pude ver a algunas enfermeras apresurándose por el pasillo, en dirección a la entrada de la planta de cirugía. Supuse que tendría que ver con la visita del gobernador.

—¿Qué pasa?

—Nada. Unas enfermeras que pasan. Supongo que será lo del gobernador.

Ya le había contado antes a Oliver, el por qué de mi ropa. Sabía que llegaba hoy el gobernador por eso tanto control y tanta vigilancia. No sabía exactamente la hora que era, pero debía de ser alrededor de las doce.

—Justo tenía que ser hoy.

—Dímelo a mí, mira cómo voy—le ofrecía así una divertida imagen como médico. Unos minutos después Oliver intentó sacar su pierna de la cama y bajar. Me apresuré a detenerle.

—¿A dónde te crees que vas?—evité que pusiera el pie en el suelo.

—Nick, me estoy meando.

—Espérate y te traigo la botella que hay en el baño.

—No voy a mear en ninguna botella, Nick.

—¿Por qué no?—sabía que no iba a poder llevarle la contraria así que no pude hacer otra cosa que ayudarlo. Me puse a su lado e intenté que me cogiera por el hombro.

—Nick, puedo andar, ¿eh?—se quejó en ese instante de su hombro.

—Venga, joder. Deja que te ayude—dejé que se apoyara en mi y fuimos caminando al baño. Era muy pequeño para dos personas, pero aún así entré y cerré la puerta. Me miró extrañado.

—Nick, ya puedo yo solo hombre.

—Dejo medio abierto, ¿vale? Si necesitas algo dímelo.—Justo antes de acabar la frase una explosión hizo que nos cayéramos al suelo.

El estruendo hizo temblar toda la habitación, cayeron de la planta superior numerosos escombros que aplastaron el lugar en el que había estado tumbado Oliver y el sillón en el que yo me había recostado, destrozando la habitación por completo. Era consciente de lo que nos podía haber pasado si Oliver tarda unos minutos más en decidirse a levantarse de la cama.

Vi a Oliver en el suelo, no se movía. Estaba muy asustado. No sabía qué hacer. Me arrastré poco a poco entre los escombros y fui hacia él. Prácticamente salí despedido del baño mientras Oliver cayó en la dirección opuesta golpeándose con el espejo del pequeño lavabo rompiéndolo en pedazos.

—¡Oliver! ¡Eh! ¡Oliver!—me coloqué a su lado haciéndole reaccionar.

—¿Qué ha pasado?—balbuceó intentando incorporarse. Los dos nos ayudamos mutuamente a ponernos en pie, aunque a él le costó mucho más. Nuestras ropas estaban manchadas de polvo y sangre. Oliver tenía varias heridas en la cabeza y brazos pero no parecía nada serio, al menos aparentemente.

—Levántate, vamos, salgamos de aquí.

Los dos miramos lo que quedaba de la estancia y pensé en esos instantes en la suerte que tuvimos. Las paredes del pequeño aseo nos protegieron en su justa medida, si Oliver no llega a tener ese impaciente deseo por levantarse ambos estaríamos muertos.

Oliver, tardó mucho más que yo en reaccionar. Entraron en la habitación dos enfermeras alarmadas por el estruendo. Nos vieron allí de pie, asustados, llenos de rasguños, yo sujetaba a Oliver rodeándolo por el hombro. Mientras él se apoyaba en mí, se sentía desorientado, incapaz de sostenerse en pie. Miramos hacia arriba y vimos el enorme agujero que se había producido en el techo. Escuchamos voces, gente corriendo en la planta de arriba. Se escuchaba una alarma sonando de forma estridente, desorientándonos por completo.

—Vengan, por favor, vengan con nosotras—nos sacaron de allí.

Comenzaba a salir gente asustada de las habitaciones. Una de las enfermeras se separó de nuestro lado y se apresuró a alcanzar dos sillas de ruedas que se alineaban a un lado del pasillo. Vimos correr hacia nosotros a Luke y a su compañera, de entre los pacientes que salían desconcertados. Habían desenfundado sus armas, apresurándose hacia nuestra habitación.

—¿Estáis bien?—Luke estaba alterado.

—Sí—pronuncié tímidamente, al tiempo que Jessica entraba en la habitación, sosteniendo su arma entre las manos. No sabía exactamente qué era lo que tenía que buscar o lo que había sucedido. Nos agarró a los dos asegurándose de que estábamos bien. Las enfermeras se asustaron al principio, viéndolos con las pistolas pero entendieron por nuestra reacción y su comportamiento que eran policías. Ambos pudieron comprobar lo que Oliver y yo acabábamos de presenciar.

—Ayúdenme—Luke se dirigió a las enfermeras mientras nos sentaba en las sillas de ruedas.

—Vamos Jessica, saquémoslos de aquí.

—Pero...—trató de decir una de ellas.

Oliver apenas reaccionaba. Permanecía recostado en la silla mientras Jessica la empujaba y Luke hacía lo propio conmigo. Nos arrastraron por un largo pasillo alejándonos de nuestra habitación y desaparecimos en cuestión de segundos de la atenta mirada del resto de personas que se agolpaban cerca de donde se había producido el estruendo.

—Oliver, Oliver. ¿Estás bien?—Jessica intentaba que el chico reaccionara.

—Sí—estaba aturdido por los golpes y la virulencia de la explosión.

—Tenemos que salir de aquí—dijo Luke.

Cuando escuché aquel sonido, algo me decía que venía de la habitación de Oliver. Me apresuré junto a Jessica y a cada paso que dábamos en su dirección, una corazonada acrecentaba más y más la incertidumbre por si le habría pasado algo. Cuando vimos a gente correr en nuestro mismo sentido

fue cuando decidí desenfundar y corrí hasta que los vimos saliendo de su habitación con unas enfermeras.

La explosión provenía de arriba. Les sacamos de allí por el pasillo de la planta con las sillas de ruedas y les llevamos al aparcamiento. Todo el mundo estaba nervioso. Corrían a un lado y a otro. La gente gritaba asustada. Todos hablaban de un atentado, de que habían intentado matar al gobernador. Alguien había hecho detonar un explosivo justo cuando éste cruzaba por el pasillo superior. La alarma seguía sonando alertando a todo el personal del edificio.

Algo dentro de mí no creía aquello. Todos los indicios hacían pensar eso, pero parecía demasiado calculado. Una parte de mí me estaba intentando convencerme de que sucedió por Oliver, no por el gobernador y cada vez que pensaba en ello, estaba más seguro.

Salimos por la puerta más cercana al parking y los metí en mi coche. Nadie tenía que vernos. En cualquier otra circunstancia habría pedido una ambulancia pero viendo que se encontraban aparentemente bien, lo mejor era llevarlos a mi habitación del Sunrise. No sabía en qué otro lugar estarían a salvo.

—¿Qué ha sucedido?—sujetaba el volante sin poder dejar de prestarles atención. Todavía estaban algo asustados, aunque parecía que Nick presentaba mayores signos de consciencia. Oliver se reclinaba en el asiento, adormilándose contra la ventana.

—Oliver, despierta—Jessica, sentada a mi lado, intentaba incorporarse para alcanzarle en la parte de atrás.

—No lo sé. Nos habíamos levantado porque Oliver se estaba meando, y justo cuando estábamos dentro algo explotó.

—¿Nada más?¿No visteis a nadie?—quería saber cualquier cosa que me asegurara que aquello nada tenía que ver con el gobernador Johnson. Nick negó con la cabeza. Le vi a través del retrovisor central y guardé silencio.

Definitivamente no tenía nada que ver con Johnson. La clave de todo era Oliver Kenner.

Me parecía absolutamente increíble lo que había sucedido, y más si tenía en cuenta la reacción del agente Barren que todavía daba más rienda suelta a la imaginación de escritor que yo ya tenía. ¿Realmente alguien quería matarnos? ¿Había sido provocada la explosión?

Comenzaba a llover en el momento que inclinaba mi cabeza contra el cristal del coche. Contemplaba las gotas de lluvia zigzagueando frente a mis ojos, deslizándose hacia abajo. Al mismo tiempo reflexionaba sobre nuestra vida allí en Fairmont. Pensar que si Oliver no se hubiera levantado de la cama, ahora los dos estaríamos muertos... Me aterraba.

He escrito muchas historias, he desarrollado tramas y situaciones alejadas de la realidad, y que, en mi cabeza, tenían emociones y motivaciones distintas, pero jamás sentí como escritor el miedo a morir de esa forma. Sí, podía haberlo ideado o imaginado quizás, aunque nunca sería igual al pánico que sentía en este momento.

Miré a Oliver, a mi lado. La agente Jessica Rice intentaba mantenerlo despierto, apartándolo del aturdimiento que todavía llevaba, pero sabía que estaba bien. Se había cortado con algunos cristales del espejo pero todo parecía bastante superficial. Yo en cambio, me había cortado en una ceja, y tenía varias heridas en brazos y piernas a causa de la caída, pero simples arañazos. No sabía a dónde nos dirigíamos. Sólo sabía que allí, estábamos seguros.

Llegamos en cuestión de veinte minutos a la entrada de un hotel. Luke dejó el coche lo más próximo a la parte trasera y entre él y Jessica nos ayudaron a subir la escalera metálica medio oxidada del exterior del edificio. Yo podía manejarme perfectamente, era Oliver quien presentaba una mayor dificultad. Subimos los sonoros peldaños y entramos en el edificio. Luke nos dirigió a su habitación y una vez dentro, acostamos a Oliver en la cama.

Estaba revuelta. Se amontonaban bolsas y cajas vacías de comida rápida y pizza sobre la mesa de la habitación. Había un montón de ropa arrugada sobre una butaca, una maleta cerrada arrinconada bajo la ventana, y todo el suelo lleno de papeles, informes y fotografías de Joseph Kenner y todo lo relacionado con el caso.

—Disculpad el desorden, no esperaba que nadie entrara aquí—Luke

intentaba excusar aquel caos. No le dijimos nada. Oliver empezaba a recuperar el sentido y se sentía incómodo, sucio al igual que yo. Necesitaba quitarme la ropa.

—¿Puedo ducharme, Luke?— Tanto él como Jessica me miraron y entendieron perfectamente que tenía que quitarme el disfraz de médico ensangrentado y lleno de polvo que llevaba.

—Sí, sí claro— se acercó a su maleta, la abrió, cogió una camiseta, y unos pantalones y me los dio— No hay toallas limpias, porque no he querido que entrara nadie aquí.

—Eso ya se nota, Luke— dijo Jessica— Voy a mi habitación y a recepción a pedir unas y vengo enseguida.— Yo me metí en el baño, me quité todo lo que llevaba y lo dejé apilado en un rincón del suelo.

Necesitaba ducharme. Necesitaba que el agua me limpiara por dentro y por fuera. Sentir que estaba vivo. Me eché a llorar llevándome las manos a la cara. Me acurruqué a un lado en el suelo, coloqué mis brazos sobre mis rodillas y apoyé la cabeza dejando que el agua me golpeará.

Necesitaba sentirme vivo de aquella forma y al mismo tiempo, valorar lo que era mi vida, lo afortunado que me sentía por todo lo que tenía. Pensé en mi padre y en el escaso tiempo que pasábamos juntos últimamente, en Helena y el niño que nacería en unos meses... Esa sensación de ser padre, de sentir que traes a alguien a este mundo que forma parte de ti. Pensé en lo que había supuesto volver a recuperar a Oliver y a Emily. Sentía pena por todo lo que pasó en el 59, por la vida que había llevado mi amigo y porque casi morimos bajo la explosión. Era una combinación de dolor, frustración e impotencia mezclados por el cálido afecto por la amistad y por la sensación de que a veces no somos culpables de todo lo que nos ocurre. Pensé principalmente en Oliver y todo lo que había sido su vida hasta aquel instante en el que, si no llegamos a evitarlo, hubiéramos muerto irremediabilmente, sin que él hubiera conocido apenas una vida alejada de problemas y disfrutado sintiéndose feliz..

Escuché como alguien llamó a la puerta, poco después abrió y entró dentro. Yo reaccioné y miré hacia allí— Te traigo unas toallas, Nick— yo me estaba levantando del suelo, apoyándome en la pared de la ducha. Él las dejó

sobre el lavabo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Salgo enseguida—corrí la cortina al tiempo que Luke salía y cerraba tras de sí.

Me vestí con unos pantalones, y camiseta que me prestó Luke y salí afuera. Oliver estaba sentado sobre la cama preparado para hacer lo mismo que yo mientras Luke terminaba de recoger la mayor parte de cosas de la habitación, adecentándola un poco.

—¿Estás bien?—le pregunté a Oliver mientras entraba en el baño con algo de ropa y una toalla limpia.

—Sí, Nick. No te preocupes—Apenas levantó la mirada del suelo. Cerró la puerta y me quedé mirando a Luke, que terminó de llenar la papelera de la habitación con las bolsas de restos de comida que llevaba en las manos y se acercó hacia mí.

—Nick, siéntate por favor. Tenemos que hablar—le obedecí—Espera un segundo a que salga Oliver de la habitación. Voy a hacer una llamada fuera y vuelvo enseguida.

Seguía asustado. Seguía sin quitarme el miedo de encima. Verme allí atrapado, pensando en lo que podía haber sucedido... era algo que no lograba quitarme de la cabeza. Me senté sobre la cama y esperé a que Oliver saliera. No tardó demasiado. Unos quince minutos aproximadamente que se hicieron eternos. Nos sentíamos nuevos por fuera, aunque las marcas y los rasguños todavía fueran visibles, pero totalmente rotos por dentro. Se sentó a mi lado. Apenas nos dijimos nada. Luke regresó de inmediato.

—Bueno—nos miró fijamente. Tomó la silla que había cerca de la ventana y se sentó frente a nosotros—Vais a contármelo todo. Esto no es jugar al yo no sé nada, yo no he hecho nada. Ya habéis visto lo que ha pasado. Y esto no ha sido un atentado contra el gobernador, aunque los medios de comunicación vayan a decir lo contrario. Vamos a poner las cartas sobre la mesa y vais a contarme todo lo que sabéis. Empezando por lo que pasó en el 59 cuando tu padre desapareció.—Los dos escuchábamos atentamente, con la mirada puesta en el suelo. Desplacé mi cabeza hacia

Oliver, sin decir una sola palabra, esperando que él tomara las riendas de la situación.

—Eso no es así, Luke—dijo.

—¿El qué no es así?

—No desapareció esa mañana. No regresó a casa la noche anterior.

¿Realmente alguien me quería ver muerto? ¿Por qué? ¿Qué había hecho yo? Lo único que me importaba entre aquellas cuatro paredes era intentar proteger a mi hermano. No entendía por qué tenía que soportar todo lo que sucedió. No recuerdo nada más allá del dolor desde que tenía 14 años. He vivido, he intentado mantenerme alejado de sensaciones que me hicieran retrotraerme a mi pasado pero era insuficiente.

Mi padre comenzó a abusar de mí cuando todavía no había dejado atrás una inocencia que se interrumpió el 13 de octubre del 56. Dejaba atrás la añoranza, la sensibilidad, el amor por la infinidad de cosas que me rodeaban. Se rompió algo dentro de mí que hizo añicos el brillo que aún resplandecía y que hacía de nosotros una familia perfecta. Los idílicos Kenner de Fairmont, el héroe de guerra, su primogénito, su adorada esposa... una mentira como muchas otras que corrían por un lugar en el que la arrogancia y la hipocresía hacían que ese micromundo no evolucionase y se mantuviera fiel a sus endemoniados principios.

Sólo tenía 14 años cuando descubrí lo que era el irremediable dolor de sentirse sólo en el mundo. Dormía tranquilamente, ajeno a que mi padre había entrado en mi habitación y cerrado la puerta con llave. Se acercó a mi cama y se sentó a mi lado.

Unos minutos después noté su mano acariciándome la espalda. Había apartado las mantas que me cubrían, iluminándose exclusivamente por el reflejo de la pálida luna que se adentraba en mi habitación. No me desperté hasta unos instantes después, asustado al principio, pero tras escuchar su voz, me resguardé en su seguridad. Dormía boca abajo, pero cambié de posición y me puse de lado. Mi padre apartó su mano y se echó junto a mí. Me sorprendí pero no dije nada. Escuchaba una y otra vez sus palabras. “Tranquilo,

Oliver”. Decía suavemente. Volvió a acercar su mano hasta mi brazo, y me estrechó fuertemente, deslizándola por mi pecho. Intenté separarme pero cada vez me apretaba con más fuerza.

—Papá...—intenté desembarazarme de él, pero no lo conseguí. Bajó con fuerza su mano hasta mi entrepierna y le grité, pero se echó sobre mí, colocándose encima, y cubriéndome la boca con una mano, mientras intentaba arrancarme el pantalón del pijama con la otra. Note el olor a bourbon en su aliento. Intenté rechazarlo, pero de igual forma que ese pútrido olor iba envolviéndome, mis fuerzas cada vez se debilitaban más.

—¡Cállate!—estaba enfurecido. No había visto esa mirada antes. Nunca le había visto así. Nunca sus ojos fueron tan oscuros como en esos momentos.

—Papá, papá...—sollozaba, al tiempo que él se bajaba los pantalones y se abría camino entre mi cuerpo.

—¡Cállate o te mato!—En ese instante cortó todo vínculo con cualquier Oliver que hubiera existido anterior a esa noche. Aguanté esos interminables minutos hasta que hubo acabado. Se levantó de la cama, se vistió y salió de la habitación. No me dijo nada más. Estuve llorando el resto de la noche. No pude volver a dormir. Me levanté por la mañana antes que el resto y vi sangre en las sábanas. Las agarré, asustado, y me las llevé fuera de allí. No quería que nadie supiera lo que pasó, no quería que nadie viera aquello. Sólo quería olvidarlo, sólo quería desaparecer. Salí corriendo de casa y me fui al río por Clarkson. Llegué, me quité toda la ropa y salté. Moje las sábanas, intenté frotar la sangre pero no desaparecía, así que dejé que el río las arrastrara y desaparecieran. Nadé hasta que mi cuerpo entró en calor, hasta que las aguas tomaban mi temperatura y cuando estuve suficientemente cansado y aterido de frío, salí, me vestí y regresé a casa. Todos estaban desayunando cuando llegué. Mi madre se extrañó pero subí rápidamente a mi habitación, cogí las cosas del colegio y bajé a comer algo. Mi padre ni siquiera me miró, aunque no me atreví a levantar la cabeza. Sentía dolor por todo mi cuerpo, un dolor que las frías aguas no habían mitigado, un dolor que me hizo recordar durante días lo que pasó aquella noche.

Después de eso, intenté olvidarlo como pude. Intentaba hacer una vida normal, sin conseguir apartarlo de mi cabeza. Desapareció esa figura que idolatraba. Seguía haciendo cosas con él, pero siempre lleno de temor. Tenía

miedo de que me hablara, de que me tocara, de que me pidiera hacer algo. Ya no era mi padre. No lo sentí más así.

Luke Barren me escuchaba atentamente. No perdió detalle de mi historia. Se llevaba las manos a la cabeza, se levantaba de la silla incapaz de escuchar todo ese dolor acompasado por mis sollozos. Era un hombre, era un chico duro, me había hecho a mí mismo, pero estaba hecho pedazos por dentro. No podía enmudecer cuando todo aquello salía por mi boca. Nick me agarró de la mano mientras intentaba continuar reforzando mi autoestima, haciéndome saber que estaba allí para lo que necesitara, como había hecho siempre siendo niños.

—Pensé que había acabado pero unos dos meses después más o menos, cerca de Navidad, volvió a hacerlo. Siguió metiéndose en mi habitación por las noches, aunque espaciando el tiempo. Intentaba poner muebles tras la puerta, atrancarla, pero nunca sabía exactamente cuándo volvería. Recuerdo que una noche, cuando tenía quince años intenté detenerle. Me sentí fuerte para ello. Había empezado a entrenar con el equipo e intentaba estar fuerte. Me amenazó. Me dijo que si no dejaba que eso ocurriera, iría a buscar a Robert. Sólo tenía siete años. Lloré. Me puse a llorar mientras dejé que continuara. Continuó haciéndolo hasta que ya no pude más e intenté suicidarme. Esa fue la noche que conocí a Nick. Me vio de pie sobre el puente de Fairmont Hill, pero me faltó valor suficiente para saltar.

—¡Dios mío, Oliver! ¿No lo denunciaste? ¿no se lo contaste a nadie?—
negué con la cabeza.

—¿A quién? Era 1959. Mi padre era el héroe de Fairmont. Me hubiera matado. Se lo conté a Nick—Luke le miró y no supo qué decir—Le hice prometer que no se lo diría a nadie, ni siquiera a su padre. No quería que nadie tuviera problemas por mi culpa. Mi padre no era un buen hombre—
Oliver hizo una breve pausa.—La noche del 17 de abril entró en mi habitación. No sé qué hora sería pero posiblemente pasadas las dos o las tres de la madrugada. Esa vez ni siquiera cerró la puerta. Hacía tiempo que ya no lo hacía. No le preocupaba como las primeras veces en las que cerraba con llave para que no intentara escaparme, o cuando me tapaba la boca con su mano para que no gritara. Sabía que desde el momento en el que acepté ponerme en el lugar de Robert lo hacía voluntariamente. Me desnudó y se

colocó encima de mí, y lloré. Comencé a llorar como siempre hacía intentando decirle que parara, que era mi padre, que le quería, pero no me escuchaba. Lloraba con fuerza cuando le sentía, en silencio. Giré la cabeza hacia la puerta y vi a mi madre observando y llorando. Me vio, me vio allí, vio como abusaba de mí y se limitó a marcharse. Eso hizo que me diera cuenta en lo que me había convertido y de que mi mundo ya no existía. Volví a buscarla tras la puerta pero había desaparecido. —No podía dejar de llorar mientras lo recordaba.

—Dios mío...—Luke me compadecía.

—Siguió sobre mí, y se acercó a mi oído mientras me lamía el cuello. Sentía asco y me odiaba a mi mismo por consentir todo aquello. Nunca se me olvidarán las palabras que me dijo. “El próximo fin de semana te vendrás conmigo, quiero que mis amigos sepan lo buen hijo que eres, Oliver. Ya les he hablado de ti y están deseosos de conocerte”. Me sonrió mientras me lo decía. Algo dentro de mí se apoderó de toda la rabia que tenía y me acerqué a su cara y le arranqué media oreja de un bocado. Gritó fuertemente, aproveché para separarme de él y me empujó contra la ventana haciendo que rompiera los cristales y cayera desnudo desde la primera planta. Estaba lloviendo. Apenas recuerdo lo que pasó hasta que me levanté del suelo. Escuché sus gritos maldiciendo por la casa, pero sólo pude ponerme en pie y salir corriendo hacia los bosques de Clarkson.

—Yo le vi desde la ventana de mi habitación. Me despertó el ruido de los cristales. Me levanté de la cama y me asomé. Le vi correr hacia la parte de atrás de su casa, saltar la valla y correr desnudo hacia el bosque. Oí los gritos de su padre y cómo se encendían las luces de la casa. Salió con un rifle, mirando a su alrededor. Desde el porche vio a Oliver corriendo por el descampado que había detrás de nuestras casas y salió en esa dirección. Me vestí, cogí algo de ropa y salí a buscarle.

—¿Qué pasó en el bosque?—nos miró a ambos. La puerta se abrió y entró Jessica. Todos la miramos y volvimos al relato. Ella guardó silencio y se quedó de pie junto a Luke. Oliver se restregaba con las mangas del jersey que le había prestado Luke las lágrimas que todavía cubrían sus ojos.

—Nada—le interrumpió Oliver—me escondí. Permanecí oculto tras una roca y le vi pasar. Gritaba mi nombre llevando su rifle en la mano. Estaba muy asustado. Vi a Nick. Le llamé con gestos y se escondió conmigo. Me dio la ropa que había cogido y me vestí. Nos quedamos escondidos escuchando cómo me llamaba una y otra vez. Nada más. Escuchamos dos disparos un poco después. Seguimos escondidos, pero ya no le volvimos a escuchar. Recuerdo que nos apresuramos en echar a correr y salir del bosque y pasé la noche en casa de Nick.

Luke se levantó de su silla, miró a su compañera llevándose una mano a la cara, pasándosela por el pelo, sin saber muy bien qué decir. Le susurró algo a Jessica que no pude escuchar. Murmuraron algo y salieron de la habitación antes de que ninguno de los dos pudiéramos decir nada más.

—Oliver,—no se atrevía a mirarme a la cara—¿por qué le has mentado?

—Nick, no hace falta que sepan lo que pasó en el bosque.

—Creo que deberían saberlo.

—¡No! Aquí acaba todo lo que pasó esa noche. Ninguno de los dos va a decir nada más, ¿entendido?—me miró fijamente, enfadado, asustado, tembloroso. Asentí y no volvimos a hablar. Entraron nuevamente en la habitación.

—¿Quién lo mató?—nos miró fijamente a ambos. Ninguno de los dos sabíamos qué decir. Yo negué con la cabeza.

—Nosotros no fuimos. Escuchamos los disparos pero no vimos a nadie más. Pensamos que había disparado él mismo para asustar a Oliver o ver si salía de donde se hubiera escondido.

—Cállate, Nick. ¿Crees que si le hubiera matado yo te hubiera contado todo esto?—se puso en pie—¿Crees que ha sido fácil contarte toda mi vida? Volver a arrastrar afuera lo que me ha costado años de sufrimiento, de no poder sonreír o tener una vida normal. ¿Crees que hubiera vuelto a este pueblo del demonio si le hubiera matado yo?

—No creo que tu lo hicieras. Aún así, sigo preguntándoos si sabéis quién lo mató, o al menos si tenéis idea de quién pudo hacerlo—yo negué con la cabeza sin saber que decir y dejé que fuera Oliver el que hablara.

—No, y no me imagino a mi madre, por mucho que la odie, corriendo por ese bosque, de madrugada, lloviendo, llevando un arma y enfrentándose a mi padre cuando nunca había tenido valor para hacerlo. Mi hermano tenía nueve años, ¿crees que fue él? No, no tengo ni idea de quien lo mató, pero si me preguntas si me alegro de que esté muerto, sí, lo hago, me alegro de que no pudiera hacerle a mi hermano lo que me hizo a mí.

—Disculpad—Oliver se dirigió al cuarto de baño. Me sentí incómodo. Quería levantarme y ayudarlo, pero era algo que tenía que afrontar él mismo.

Fue muy incómoda la situación. No podía ver a Oliver de esa forma sin hacer nada por evitarlo, pero ya no teníamos dieciséis años, no podía estar protegiéndolo toda mi vida. Y aún así, aunque quisiera hacerlo, ayer le dispararon dos veces y hoy casi nos mata una explosión en el hospital. No soy capaz de controlar algo que no sé cuando y cómo va a suceder.

Intentaba hacerme a la idea de todo lo que me había contado pero me sentía incapaz de asimilarlo. Sentía lástima por él. Nunca había conseguido distanciarme de las personas. Jessica siempre hacía hincapié en ello, se molestaba cuando me ponía en la piel de las víctimas pero no podía evitarlo.

Había estado imaginándome su vida arrebatada a los catorce años, su inocencia perdida y convertida en odio, rabia y dolor. Si entré a trabajar en esto fue para impedir que cosas así ocurrieran, pero me di cuenta tarde de que no somos los encargados de evitarlo, sino de castigar a los que lo hacen. Desgraciadamente, para que haya culpables, ha de haber víctimas. Nunca podré impedir que nadie sufra porque siempre habrá alguien que irremediablemente lo hará. Oliver protegió a su hermano, evitó que le ocurriera lo mismo que a él, pero tuvo que sacrificarse.

Jessica se puso en contacto con el hospital, con la oficina del sheriff y con nuestro jefe mientras Oliver me había estado contando su historia. Nada hacía sospechar que lo del hospital fuera otra cosa distinta al ataque al gobernador, y menos teniendo en cuenta su impopularidad tras la última subida de impuestos. A pesar del testimonio de Oliver, seguíamos atrapados en un callejón sin salida. Nuestro jefe, a pesar de la insistencia de Jessica, sólo nos dio veinticuatro horas y no nos quedaban recursos.

—Oliver,—llamé su atención. Salió del baño, mientras se secaba las manos con una toalla—cuando has dicho antes que tu padre te dijo que quería que conocieras a sus amigos, ¿a quién se refería?—Aquella pequeña anécdota era la que más me había desconcertado de toda la historia.

—No lo sé. Nunca conocí a sus amigos, bueno a los de Corea, sí. Sé que una vez al mes se marchaba fuera el fin de semana. Decía que se iba a cazar y pescar con sus amigos, pero no sé a quiénes se refería. Los únicos que conocimos fueron sus compañeros de Corea que vinieron a los homenajes que les hicieron, cuando acabó la guerra. Yo era muy pequeño, casi ni me acuerdo, pero venían cada año creo. Eran los únicos que había conocido porque apenas tuvo relación con nadie del pueblo después de la guerra.—Era algo por lo que podíamos empezar, pero teniendo sólo ese margen de tiempo era imposible. ¿Qué podíamos hacer sino? No quería que los chicos pisaran la calle. Si mi corazonada era cierta y alguien iba tras ellos, cuanta menos gente supiera que estaban con nosotros, mejor. No había que arriesgarse.

Lo primero que teníamos que hacer era hablar con la madre de Oliver y averiguar por qué nos mintió. Aunque si todo lo que nos había contado era cierto, puedo llegar a entender que quisiera ocultar lo que ocurría bajo su propio techo. Me encontraba dándome de bruces contra una pared. Si lo de sus compañeros no nos llevaba a algún lado tendríamos que cerrar el caso, dejar que organizaran el funeral militar y regresar a Washington cuanto antes, pero me resignaba a hacerlo.

Cuando pasé por el periódico antes de dirigirme a la propiedad de Clinton Roberts escuché la noticia de la explosión. Me asusté. No pensé en el Gobernador Johnson, ni siquiera visualicé la noticia en mi cabeza, sólo podía pensar en Oliver y en Nick. Hablé con mi compañero que permanecía en el hospital atento a cualquier novedad, pero no había habido ningún herido. Me explicó la situación. Habían atentado contra el Gobernador mientras paseaba en la inauguración de la nueva planta de pediatría. Le atendieron los servicios médicos pero no tenía ni un rasguño. La suerte fue para el paciente de la habitación del piso inferior que quedó destrozada, justo en el momento en el que no había nadie.

En ese instante no pensé en nada más. Me sentí aliviada sabiendo que

mis amigos estaban bien. De cualquier modo quería hablar con ellos. Necesitaba escuchar la voz de Nick. Recogí mis cosas y cuando estaba a punto de salir por la puerta del periódico, Eric me llamó.

—¡Emily!—volví la cabeza hacia atrás sujetando la puerta con la mano y le miré.

—Anótalo en la agenda, Eric.

—Es urgente—gesticuló. Solté la puerta y regresé. Dejé mis cosas sobre la mesa, me apoyé junto a la silla y me pasó la llamada a al teléfono más cercano.

—¿Si?

—Emily. Te he llamado antes—dijo Luke al otro lado de la línea.

—¿Están Oliver y Nick bien?

—Tienes que venir ya—anoté la dirección de su hotel y salí a toda prisa hacia allí.

Eric era el chico que se encargaba de atender el teléfono, principalmente, aunque todos teníamos el nuestro junto a nuestros ordenadores. Mi lugar de trabajo era cálido y acogedor. Normalmente no éramos más de cinco o seis personas en aquella diáfana sala. Los despachos del editor y del jefe de sección estaban al fondo, y se mantenía un ambiente de trabajo bastante tranquilo. Era Fairmont, y aunque extrapoláramos la actividad periodística a todo el condado de Crawford, seguía siendo bastante calmado. Rara era la vez que tenía que hablar con Peter Berry, mi editor, por la línea a seguir en un artículo, o si elegíamos una noticia en lugar de otra. Apenas había mucho material sobre el que escribir. Peter siempre me daba vía libre para escribir lo que quisiera.

Es cierto que, las pasadas semanas, tanto él como el jefe de sección pusieron bastante interés en que cubriéramos lo de Joseph Kenner, más que nada por la importancia que habían tomado las corresponsalías de otros condados al desplazarse a la zona, o el seguimiento destacado que tomó la situación cuando descubrieron el cadáver. Prácticamente, todos los periódicos estatales se hicieron eco al tratarse de un héroe de guerra. Aunque como he dicho, fue una noticia puntual que no los tuvo más de dos días en el pueblo.

Nosotros en cambio, estábamos dándole al tema un enfoque más humano, remarcando la fragmentación familiar que supuso su desaparición vinculada a la de su hijo mayor, Oliver, y lo que estaba suponiendo para su madre y para Robert su regreso a Fairmont. Esto no tendría mayor relevancia una vez traspasadas las fronteras del pueblo, porque realmente el elemento humano no funciona en prensa, pero parecía que a los habitantes del lugar les interesaba saber cualquier cosa de sus vecinos.

Hasta esa misma mañana no supe que Joseph fue asesinado, lo cual nos daba un margen de tiempo considerable con respecto a los otros periódicos. Me pilló por sorpresa. Para mí, sencillamente había sido alguien que se fue y no regresó.

Martes, 7 Abril 1959

Oliver se había marchado a casa hacía unas horas. Verlo con resaca me hacía pensar en lo que éramos capaces de hacer por sentirnos mejores que los demás, por querer ser adultos y por llegar cuanto antes a una edad para la que quizás no estamos preparados. Queremos ser un punto de referencia para el resto de nuestros amigos y no ser el cordero que sigue el resto del rebaño, sino el pastor que los conduce.

Eso también me lo enseñó mi padre. Fumar, el alcohol, el sexo, todo lo que en la juventud, o en la propia adolescencia podía acelerar un camino que deberíamos tomar con más tranquilidad, pero era una batalla con la que no se podía lidiar. Cuanto más férrea y disciplinada fuera la educación en casa, mayor descontrol buscaríamos fuera.

No era el caso de Oliver. Él ya gozaba de una imagen pública que todos los chicos de Fairmont querían tener y que todos envidiaban. En su caso, el fumar, el beber o el tener sexo no eran motivos para reafirmar cualquier tipo de seguridad. Lo sería en mi caso si intentara parecerme a él, pero tal vez nuestra amistad crecía por eso mismo, porque no era ninguna sombra o reflejo de lo que tenía con Simmons y Hartley o con cualquiera de los chicos

con los que solía salir. Fueran cuales fuesen sus problemas, buscaba comprensión, apoyo y sentimientos no tan proclives a encontrarlos entre los chicos de su edad, pero como bien dice mi padre, hay que entender lo que es ser adulto, antes de serlo.

Quizás, por mi forma de ser, algunos puedan verme como un bicho raro. Nunca hacía cosas como el resto de chavales. Sí, me divertía, me encantaba salir con la bici, y alguna vez había jugado a béisbol, pero no era una estrella del deporte ni lo sería. No se me daba mal, pero era uno más y era consciente de ello, por eso cuando llegué a Fairmont no tuve ningún interés en formar parte de ningún equipo. Prefería aprovechar mi tiempo estudiando, con mis cómics, divirtiéndome con Emily... aunque mi padre me aconsejó que formara parte de algún club, así que me apunté al club de ciencias. Por lo demás, seguía siendo un don nadie para la mayor parte del instituto y tener a Emily y a Oliver a mi lado, día a día, fue haciéndome sentir una persona especial.

Convencí a Emily para ir a ver los desfiles por la tarde. Tampoco era que le entusiasmara demasiado la idea pero accedió. A las seis de la tarde había una fiesta en la plaza mayor. Seguían allí las largas mesas en las que la gente del pueblo pasaba la semana comiendo y aunque habían colocado entoldados de lona para protegerse de la lluvia, el tiempo dio una tregua esos días.

Colocaron cerca de las mesas, en la parte central de la plaza, una enorme tarima de madera decorada con banderas estadounidenses, guirnaldas y elementos conmemorativos que honraran a Joseph Kenner y a los cuatro compañeros que vendrían a recibir el homenaje. A las siete estaba prevista la recepción y a continuación un banquete al que todos los asistentes estaban invitados.

A Emily no le gustaba nada toda esa parafernalia. No pensaba del mismo modo que su madre que, a pesar de no poder formar parte del comité, algo que le encantaba hacer, tenía que contentarse con acercarse con los niños y dar una vuelta por la plaza antes de cenar. Su padre no se sintió ni agradecido ni bien tratado por su país después de volver lisiado de Corea, así que todo lo que tenía que ver con cualquier homenaje le molestaba. Todos los años le invitaban a que formara parte de los desfiles pero nunca aceptaba. Ni

siquiera salía a verlos.

Ni al alcalde, ni a mucha de la gente del pueblo le sentaba bien su postura ya que les hacía sentir incómodos teniendo todos esos elogios hacia Joseph Kenner como héroe local y apenas ninguno para el resto de combatientes que regresaron. Todos recibían una distinción, sólo que Walter Matthews no estaba enfadado con el pueblo por conmemorar aquello, lo estaba con la propia guerra.

Emily odiaba llevar falda pero ese día se la puso. Sonreí cuando la vi esperándome en el porche de casa. Yo me había puesto un pantalón largo, una camisa y una cazadora. Era la primera vez que iba a un acto de esos y a pesar de que Emily y su transgresora forma de pensar quisieran boicotear cualquier tipo de tradición del pueblo, la convencí para comportarse y por una vez, intentar controlar sus impulsos.

—No hacía falta que te pusieras falda que no estamos en el instituto—sonreí mientras comenzamos a caminar hacia la plaza mayor. Tan solo eran veinte minutos, y sé que a su lado se pasarían rápido.

—Hombre, tanto insistirme siempre en que no visto como una chica, por una vez, no tenía ningún problema en hacerlo—tan sólo bromeaba, era una exagerada, pero me gustó que lo hiciera. Era... no sé cómo explicarlo, simplemente diferente. Hizo que pensara en la noche en la que nos bañamos en el río. Recuerdo el momento en el que sacó su cabeza del agua. Lentamente he memorizado esa imagen una y otra vez sin poder olvidarla.

—¿Cómo te va con tu nuevo amigo?

—Emily, no seas así—no me gustaba que hiciera eso. No quería que me hiciera sentir culpable por no compartir muchas de las cosas de las que hablaba con Oliver con ella aunque realmente, tan sólo era lo que ocurrió en el puente de Fairmont Hill. En el momento que supo que éramos amigos ya no me importaba que supiera que se quedaba a dormir en mi casa alguna que otra vez. Realmente poco más hacíamos juntos. El otro día fui con él a bañarnos al río, pero no era algo que hiciéramos habitualmente y tampoco le veía muy por la labor. No guardaba ese espíritu aventurero como el que tenía Emily. De cualquier modo me lo tomaba con calma. Sabía que con Oliver las cosas iban paso a paso.

Llegamos a la plaza y todo el pueblo estaba allí reunido. Muchos estaban ocupando las sillas de madera plegables que habían dispuesto frente a la plataforma, sobre la que había un podio con un micrófono, diez sillas a un lado, en dos hileras, y diez al otro. Otros se habían apresurado a volver a tomar los asientos en los que se acomodaron el día anterior junto a las mesas. Me gustaba ver toda esa gente unida, no sé porqué, pero sentía que formaban parte de algo. Mi padre estaba en el comité del Ayuntamiento así que también estaría por allí. Nunca le han gustado ese tipo de acontecimientos, pero desde que llegó al pueblo, apenas se perdía ninguna reunión local. Puede que me pase como a él.

Cuando tuvo el altercado con Joseph Kenner intentó hablar con algunos de los miembros del consejo, pero el director del instituto al que ya consideraba su amigo, le pidió que desistiera en su empeño. No valía la pena y a regañadientes, lo hizo. Joseph era un peso pesado en el lugar y a no ser que cometiera algún delito, nadie movería un dedo por mi padre, e incluso si lo cometiera, tampoco harían nada. Así eran las cosas.

La gente más joven todavía no había llegado. Los pocos que había se situaron al lado de la fuente en la parte derecha de la plaza. No era algo que pudieran perderse, más que nada porque sus progenitores estarían allí y aquel homenaje, según ellos, era lo que iba a formar a sus hijos como personas sabiendo de primera mano lo que era defender su país, salvar la vida de hombres y regresar para convertirse en alguien a admirar y seguir. Así se sentía Joseph Kenner en Fairmont.

Mi padre me había enseñado a no creer en ello y no sentía que formar parte de esas conductas tuviera algún sentido. La individualidad en la forma de pensar es algo que he aprendido durante este año pasado, y tener a mi padre para solucionararme todas las dudas que surgían en mi cabeza era un regalo.

Me sentí algo observado al principio. No conocía prácticamente a nadie, pero estando al lado de Emily cualquier temor o duda se desvanecía. Nos acercamos junto a la fuente donde estaban los chicos de clase pero mantuvimos las distancias. Llegaron Simmons, Hartley, Jane Chambers y su grupo. Jane nos miró con cierta arrogancia y desvió la mirada con rapidez.

—Esa chica es idiota—Sin apenas darme cuenta, estábamos siendo el

centro de atención de más de medio instituto. Todos los chicos miraban a Emily, era indiscutiblemente el foco de atención, causando las envidias y despertando la rivalidad de todas las chicas de su edad. Ella no era tonta y sabía lo que iba a provocar vistiendo como nunca solía hacerlo, y aún así lo hizo. Incluso Simmons, que aparentemente siempre la menospreciaba cuando podía, sentía una irrefrenable atracción hacia ella a pesar de estar muy bien acompañado por Belinda McDaniels.

Anunciaron por los altavoces con el himno estadounidense de fondo, que en unos minutos comenzaría el acto y poco a poco subieron a la plataforma, el alcalde, tres asesores del ayuntamiento, el sheriff, el alguacil, el director del instituto y cuatro hombres vestidos con el uniforme militar, uno de ellos era el padre de Oliver. Emily me dijo que los otros tres eran compañeros suyos. Allí estaba Oliver también, al lado de su padre con su uniforme de cadete; su madre, ataviada con sus mejores galas y Robert que también llevaba un uniforme para niños. Parecía que se había recuperado del todo. A los demás, no les presté demasiada atención. Realmente estábamos allí para ver a Oliver.

Comenzaron a hablar. Primero el alcalde, presentando el acto y saludando a los allí presentes, nombrando uno por uno a todos los asistentes. Aquellos militares que acompañaban al padre de Oliver fueron compañeros suyos en su división según me dijo Emily. Todos los años, desde que acabara la guerra, conmemoraban la heroicidad de Joseph Kenner ese mismo día.

Emily tenía razón, fue un tostón de casi una hora y lo único que valió la pena fue ver a un Oliver sonriente, presentado como el futuro de nuestro Fairmont. Joseph Kenner contó sus experiencias en Corea, al igual que sus tres compañeros, Douglas Fisher, Russell Maynard y Jefferson Dillane. El quinto integrante del grupo, William Cushman, no pudo asistir al acto por problemas de salud.

Cuando terminó, la gente irrumpió en aplausos y vítores y comenzó a sentarse alrededor de las mesas para disponerse a cenar, pero nosotros nos quedamos por allí. Los demás chicos tampoco se movían. Oliver se dirigió hacia su grupo de amigos, vestido de aquella guisa. Le aplaudieron cuando llegó y él les rio la gracia. Estuvo con ellos un buen rato. Jane no se despegaba de él orgullosa de presumir de novio delante de las otras chicas.

Entre una de tantas bromas y comentarios que hacían los chicos, Oliver desvió la mirada hacia nosotros ajeno a que estábamos allí. Lo cierto era que, aunque Emily deslumbraba entre toda la gente, desde la tarima en la que estaba Oliver, era incapaz de vernos bien por la luz de los focos. Se disculpó un momento con sus amigos, y se nos acercó.

—Ya veis como me sienta el traje—sonrió mirándonos a ambos. Emily lo ignoró por completo, así que se dirigió únicamente a mí.

—Vaya con el soldadito.

—Tengo que estar sentado con esto hasta que acabemos de cenar—Emily miró hacia otro lado y le devolvió la sonrisa a Carson Miles, jugador de béisbol del equipo local que intentaba flirtear con ella a unos metros de distancia.

—Ahora buscaré a mi padre a ver si nos encuentra un sitio—dije yo.

—¿Por qué no venís con nosotros?

—No,—Emily se entrometió en nuestra conversación—gracias, Oliver, pero tenemos cosas más interesantes que hacer—le dejó con dos palmos de narices. Oliver se entristeció al oírla hablar así. La miró a los ojos pero ella le ignoró totalmente. Estaba guapísima, y más aún cuando se enfadaba. Fue incómodo el silencio que tuvo lugar a continuación. De pronto, dispararon fuegos artificiales. Todos miramos hacia arriba. Oliver aprovechó esa distracción para despedirse de mí y decirme dónde encontrarle si quería algo. Se separó de nosotros y regresó con sus amigos.

—No sé por qué tienes que actuar así.

—Nick, ya hemos hablado de esto. Oliver y yo no vamos a ser amigos.

—¿Pero por qué no puedes intentarlo?

—Porque no. Me sentí una idiota cuando me dejó por Jane Chambers, no voy a hacer como si nada y mucho menos unirme a ese grupo de inútiles que lo único que saben es pavonearse delante de los demás.

Entendía su punto de vista, pero egoístamente odiaba no poder tenerlos a los dos al mismo tiempo. Me resultaba triste tener que elegir los momentos para estar con cada uno de ellos, o sentirme como en esos instantes. Emily no estaba satisfecha con sus propios comentarios pero no quería mostrar ni un ápice de debilidad.

Me acompañó a buscar a mi padre. Vi como Oliver nos miraba cuando nos marchamos pero no le di ninguna importancia. Sabía que estando con Emily no íbamos a poder juntarnos así que, mejor no darle más vueltas. Mi padre nos hizo un hueco en la mesa en la que estaba, junto con otros miembros del comité y sus familias y Emily y yo nos sentamos y cenamos con ellos.

No estuvo mal. Incluso vi que Emily sonreía de vez en cuando. No quería quedarse pero mi padre la convenció. Compartí toda aquella complicidad con ella, y al menos nos sirvió para mezclarnos un poco entre la gente y no parecer unos bichos raros, ya que al fin y al cabo, sólo éramos dos críos. Ella, manteniendo sus ganas de tener una identidad propia ajena a todo el rebaño, como le gustaba decir, pero formando parte al mismo tiempo de

ellos y yo, analizando cada momento, cada palabra, cada gesto de todos los que estaban allí sentados ante la atenta mirada de mi padre.

Después de la cena todo el pueblo iba a ir a la feria, así que animé a Emily y la convencí. Ya que iba vestida para la ocasión que menos que regalarme ese día al más puro estilo Fairmont.

Llegamos al recinto en el que habían instalado las atracciones. La gente se agolpaba delante de las taquillas del circo de los Hermanos Mills para el pase nocturno, para el que prácticamente todo el mundo se apresuraba a ir, y no sólo la gente de Fairmont, sino que se habían desplazado vecinos de los pueblos colindantes. El resto, como nosotros, nos conformábamos con la feria. Era el momento perfecto para subir a la noria.

Mi padre me dio algo de dinero, y compré algunos tickets para las atracciones y también algodón de azúcar para Emily. Se sintió emocionada aunque no quisiera reconocerlo. Vi desde lo alto de la noria como llegaban Simmons y el resto de chicos, pero no le dije nada a Emily. Oliver no iba entre ellos. Las vistas eran fantásticas. Podíamos ver todo el pueblo iluminado. Me sentía feliz. Sonreímos, hablamos, bromeamos... Comencé a meterme con su vestido de niña bien y a provocarla para que ella hiciera lo mismo conmigo. Por un momento pensé en lo que podía estar sintiendo por ella, en si era real o no.

De cualquier modo, yo no era el tipo de Emily. Salvo su frustrado flirteo con Oliver, siempre que había mencionado a algún chico, era mayor que nosotros. Sé que me ve como un amigo pero yo no sé si la veo de la misma forma.

Cuando bajamos de la noria nos encontramos con Carson Miles, que jugueteaba con la barandilla. La rodeaba, para que nadie se colara. Salimos por allí, riéndonos, y se nos acercó.

—Hola Emily—sonrió, mirándonos a los dos. Ella le devolvió la sonrisa. La había visto mirándolo en la plaza, no era tonto, pero qué le iba a hacer. Ese chico era dos años mayor que yo, muy fuerte, de ojos azules... vamos, yo nunca he tenido porqué compararme con nadie pero ante tal chico, nunca tendría una oportunidad.

—Carson, ¿cómo estás?—ella tonteaba descaradamente.

Me quité aquellas ideas locas de la cabeza de que Emily y yo fuéramos algo más que amigos y volví a la realidad. Los dos estaban flirteando el uno con el otro, no hacía falta estar ciego para no verlo, así que hice lo mejor que podía hacer.

—Esperadme aquí, vengo enseguida—Emily intentó detenerme, pero salí deprisa prometiendo que volvía al momento y Carson aprovechó para mantenerla ocupada dándole conversación.

Me acerqué a una caseta en la que por unos pocos centavos podías disparar con un rifle y conseguir un peluche y pedí tickets. Mi puntería era tan mala como cuando intentaba encestar la pelota en la canasta en clase de gimnasia. No sirvió para nada. Justo cuando salía de allí alguien me cogió por el brazo.

—Nick, tienes que venir conmigo—me extrañó que Michael Simmons quisiera hablarme. No era alguien en quien pudiera confiar—Oliver tiene un problema y me ha dicho que venga a buscarte—me asusté. Pensé en que algo le había pasado. No algo similar a lo del puente, porque no consentiría que sus amigos lo supieran, pero... dejé de preguntarme qué podría ser y le seguí.

Nos apresuramos hacia el improvisado aparcamiento, al lado izquierdo de la entrada de la feria y subió en su moto. Me indicó que montara, y aunque dudé unos instantes, lo hice. Salimos de allí a gran velocidad y me agarré a él fuertemente para no caerme.

Apenas podía abrir los ojos. Hacía frío a aquella velocidad y no estaba muy acostumbrado a ir en motocicleta. De hecho era la primera vez que subía en una. Tardamos más de quince minutos en llegar. Detuvo la moto junto a un roble a un lado del camino. Bajé y a continuación lo hizo él.

—¿Dónde está Oliver?—le pregunté inquieto. Me propinó un puñetazo en la mandíbula que me hizo tambalear y caer al suelo.

—No vuelvas a acercarte a nosotros. No te acerques a Oliver, ni le hables. No quiere tener nada que ver contigo así que déjalo en paz bicho raro—me dijo mientras me lanzaba dos patadas contra el estómago.

Me intenté incorporar, traté de mirar hacia arriba, pero me deslumbraba la luz del faro de su motocicleta. Simmons se acercó hacia mí. Me volvió a

dar un puñetazo en la cara, me agarró por la camisa y me levantó. Era mucho más fuerte que yo.

—Si le dices a alguien que he sido yo el que te ha hecho esto, te juro que te mataré—me dijo escupiéndome en la cara y me lanzó contra el suelo nuevamente. Desde allí, pude escuchar como montaba nuevamente y desaparecía dejándome en la oscuridad, perdido en la noche.

Me eché a llorar, sentí que me habían tomado el pelo y que había sido un idiota por fiarme de Michael Simmons. Me sangraba la nariz, me dolía el estómago y las costillas. Me levanté con dificultad y comencé a caminar en dirección hacia donde Michael se había marchado. No sé cuánto tiempo estuve andando pero se me hacía eterno. El dolor en el costado me impedía ir más deprisa y tenía que detenerme cada cinco minutos para recuperarme.

Estuvieron pasando coches que, cuando se daban cuenta que caminaba por el borde del camino me gritaban o le daban al claxon, pero nadie se detenía. Un buen rato después una camioneta pasó de largo, pero de pronto vi, que encendía las luces de frenado y se detenía. Me paré y me di la vuelta. Se abrió la puerta del copiloto, y la vi correr hacia mí. Era Emily.

—¿Nick?—no pude evitar romper a llorar—¿Dios mío, ¿qué te ha pasado?— Carson se acercó deprisa.

—Yo, yo...—estaba desconcertado.

—¿Te ha atropellado algún coche? ¿Qué estás haciendo aquí, chaval?— el chico se interesó por mi estado. No sabía que contestarles. Se dio cuenta de que me dolía el costado. Tenía la mano sujetándome con fuerza el lado izquierdo—Ven—me agarró en brazos. Me moría de vergüenza por que Emily me viera así de débil, de que aquel otro chico tuviera que levantarme para que el dolor no continuara. Carson me dejó en el suelo al pie de su camioneta, soltó los cierres de la parte trasera, dejó caer la portezuela y me volvió a coger para subirme arriba. Luego subieron los dos.

Estábamos a un lado de la carretera. Allí arriba, en la parte de atrás, se dieron cuenta de que tenía sangre en la camisa y que aunque se me había detenido la hemorragia de la nariz, los restos eran visibles.

—Nick, ¿qué te ha pasado? ¿qué haces aquí? Hemos estado buscándote

casi una hora.

—¿Vamos al hospital?—le preguntó Carson a Emily.

—No, no al hospital no. Estoy bien—traté de incorporarme, aparentar que estaba mejor de lo que realmente estaba.

—Nick, ¿qué ha pasado? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿quién te ha hecho esto?—la miré sin saber qué decirle.

CAPITULO VI

Sábado, 22 Octubre 1983

Emily no tardó en llegar al hotel que le había indicado Luke. Fue directamente a la habitación 314 y llamó a la puerta. Rápidamente Jessica le abrió y entró dentro. Nos vio allí sentados, sobre la cama. Vino hacia mí y me dio un abrazo fuerte. Me levanté.

—Estamos bien, tranquila—a continuación abrazó a Oliver. Notó la tristeza en su rostro y se dio cuenta de que había llorado.

—¿Qué ha pasado?—Oliver apenas podía levantar la cabeza del suelo.

—Nosotros salimos un momento—Luke prefirió darnos esa intimidad acercándose hasta la puerta con su compañera—Creo que será mejor que habléis—Emily no les prestó demasiada atención, tan sólo se preocupó por nosotros. Cuando cerraron, Oliver se separó de nosotros.

—Nick, cuéntaselo tú porque yo no voy a poder hacerlo—se marchó al

baño sin poder mirarla a la cara. Yo tragué saliva. Sentía su angustia y su preocupación, y sabía que no iba a volver a poder contarle de nuevo. Emily nos miró extrañada sin saber a qué nos referíamos. No entendía nada.

—¿Qué está pasando, Nick?

—Ven, Emily, siéntate. Tenemos que hablar—la cogí de la mano e hice que se pusiera a mi lado. Nos quedamos allí sentados mientras comencé a contarle todos los abusos que sufrió Oliver desde los 14 años y lo que nos llevó hasta Fairmont realmente. Emily no podía dejar de llorar y al mismo tiempo se sentía culpable por no haber podido hacer nada por evitarlo. Estuvo recordando en la medida de lo posible, todos aquellos gritos y discusiones, sobre todo la noche del 17 de abril. Pasados unos minutos Oliver salió del baño. Continuaba sin poder mirarla y ahora, sabiendo que ya conocía toda la historia, mucho menos. Ella se puso en pie, no sabía bien cómo actuar.

—Oliver...

—Emily, no digas nada. No quiero que me digas nada. Ahora ya lo sabes todo—trató de cubrirse la cara. No se acercó a él respetando la distancia entre ambos. Guardó silencio. Se sintió tan molesta consigo misma que decidió salir fuera de la habitación.

—Espera aquí, Oliver—salí detrás de ella. Dejé la puerta entreabierta.

—Emily....

—¿Lo sabías verdad? Quiero decir, cuando éramos pequeños, tú lo sabías ¿verdad?

—Yo no lo supe hasta una o dos semanas antes de que desapareciera su padre, Emily. No quiso contarme nada.

—Me siento una auténtica imbécil.

—¿Por qué? Nadie sabía nada, no quiso decírselo a nadie, no podíamos hacer nada.

—No lo digo por eso, sino por como reaccioné cuando lo vi y todo lo que le dije—ahí ya no supe qué decirle—¡Dios!—rompió a llorar de nuevo. La abracé y apoyó su cabeza en mi hombro.

—Me siento tan mal, Nick. Pobre Oliver.

—Entiendes por que se marchó ¿no?

—Claro que lo entiendo. Si hubiera estado yo en su lugar... ese hijo de puta...

—Tranquilízate.

—Entonces, ¿fue él quien lo mato?—Oliver apareció tras la puerta justo cuando ella me preguntó.

—No, Emily, no fui yo—le molestó oír ese comentario. Volvimos la cabeza hacia él. Oliver regresó al interior y los dos le seguimos.

—Oliver perdona, no quería incomodarte, solo que si lo hubieras hecho lo entendería.

—Ya sabes todo lo que pasó, no siento lastima por él y no siento que esté muerto, pero yo no le maté—. Los tres guardamos silencio. Necesitaba que algo ocurriera para que pudiéramos romper aquel hielo.

—No lo sabe Robert, ¿verdad?

—¿Estás loca?—le respondió.

—Tiene que saberlo, él tiene que saberlo.

—Emily, no es tu vida y no son tus problemas. Mantente al margen, por favor.

—Pero no puedes dejar que las cosas sean así, no puedes dejar que te odie. No tiene ni idea de todo esto. Es tu hermano, lo necesitas—estaba lleno de rabia. Sabía que ella tenía razón pero no quería admitirlo, y si lo hacía, no sabía cómo afrontarlo—¡Dios! ¿Por qué nunca dijiste nada? ¿por qué no se lo contaste a alguien?

—Pero ¿tú te crees que es fácil decir algo así? ¿Sabías quién era mi padre? ¿Qué querías que dijera? ¿A quién?—ella guardó silencio. Sabía que en el fondo llevaba razón. En ese momento entraron Luke y Jessica.

—Por favor, no dejéis la puerta abierta.—A juzgar por nuestras expresiones daban por sentado que habíamos tenido tiempo suficiente para hablar.

—A ver cómo os digo esto. Sólo tenemos 24 horas para averiguar lo

que le sucedió a tu padre y si hay alguna conexión con los disparos de ayer y el accidente de esta mañana—el semblante de Luke era firme.

—¿Cómo que 24 horas?—No entendía nada.

—Sí, si en ese tiempo no hemos descubierto nada cerrarán el caso, harán un funeral militar aquí en Fairmont y regresaremos a Washington.

—Pero en sólo ese tiempo no vamos a poder...

—Lo sé. Sólo tengo una pista por la que intentar averiguar algo, pero para ello necesito que vosotros os quedéis aquí y no os mováis.

—¿Y qué pista es esa?

—Vamos a investigar a los compañeros de guerra de tu padre, los que vinieron a Fairmont durante los homenajes. No sé si se refería a ellos como sus amigos o sólo como sólo sus compañeros del ejercito pero son los únicos que tú recuerdas haber visto por aquí, Oliver. Tal vez por ahí podamos averiguar alguna cosa, pero necesitamos algo en 24 horas para poder seguir adelante.

—Pero no lo entiendo.

—Ni nosotros tampoco. Si fuera una simple desaparición ese sería el procedimiento, pero no entiendo porqué quieren cerrarlo sabiendo que tu padre fue asesinado—no supimos decir nada más.

—Yo tenía una cita con Clinton Roberts...—Emily intentó aportar su grano de arena a la investigación.

—Eso es tiempo perdido, créeme—dijo Luke.

—Ya lo sé. He hablado con él un par de veces desde que se encontró el cuerpo, pero quería volver a verlo por si podía decirme algo referente a Oliver. Además sé que discutió con Joseph Kenner por una parcela en venta o algo así—Luke negó con la cabeza.

—Lo de la parcela... Podría ser cualquier cosa, pero por lo demás, tiempo perdido, lo que yo te diga.

—También iba a pasar por el antiguo periódico, pero necesito hablar con la inmobiliaria que tiene el edificio. Puede que allí pueda encontrar lo

que buscáis de esos hombres. El problema es que siendo hoy sábado por la tarde...—dijo mirándose el reloj de pulsera. Ya pasaban de las tres.

—Tranquila, hablaremos con el sheriff, no creo que haya ningún problema. Pero ¿no tenéis en el periódico que trabajas lectoras de microfilms? Supongo que tendréis los periódicos más antiguos en rollos.

—Las lectoras no funcionan desde hace un mes y no sé cuándo van a repararlas. Por eso había pensado acercarme al archivo de las antiguas instalaciones. Allí tienen que quedar muchas cosas incluso en las oficinas, si es que aún sigue todo allí.

Oliver y yo nos quedamos entre aquellas cuatro paredes mientras los tres se marcharon. Iba a ser un tanto asfixiante estar allí dentro sin poder movernos, pero después de lo que había pasado en nuestro motel y en el hospital no podíamos correr más riesgos.

Madrugada. Miércoles, 8 Abril 1959

—¿Vas a decirme lo que te ha pasado Nick, o vas a hacer que me enfade?

—Emily, cálmate, deja que el chico respire.

—No, Carson, míralo, si le han atropellado podría haber muerto.

—No me han atropellado. Tranquila.

—No, tranquila no, si no te han atropellado, ¿qué ha pasado?

—Ha sido Simmons—intenté aguantar, pero tenía que decirlo. No quería parecer un chivato pero no iba a tenerle miedo a ese imbécil.

—¿Qué?

—Escucha, ¿esto te lo ha hecho Michael Simmons?—asentí—¿Pero qué le pasa a la gente de este pueblo?—Carson se puso de pie sin dar crédito a lo que le había dicho.

—Maldito hijo de...—intentó decir ella. Me incorporé como pude.

—No ha pasado nada, estoy bien. No quiero que nadie se entere, Emily.

—Pero Nick, no puedes dejarlo así. ¿por qué ha sido?

—Estaba dando una vuelta por la feria y me cogió por el brazo diciéndome que Oliver me necesitaba que quería hablar conmigo... y hemos ido al parking y me ha dicho que montara en su moto y me ha traído por este camino—señalé en la misma dirección—Luego detuvo la moto a un lado de la carretera y me pegó. Me dijo que no volviera a acercarme a Oliver, que no quería verme más y que les dejara en paz— Emily dio un salto y bajó de la camioneta. Carson hizo lo mismo. Me quedé sentado con los pies por fuera cabizbajo, esperando que entendieran mi postura.

—Nick, no puedes dejarlo así, al menos díselo a Oliver si tan amigos sois—No sabía si decírselo o no, esa era la duda que tenía, porque si me salía algún moratón en la cara me lo notaría y no podía mentirle. Él sabía perfectamente la diferencia entre un golpe contra una pared o una puerta y un puñetazo.

—¿Quieres que volvamos a la feria?

—No voy a ir así, Emily—le señalé mi ropa manchada por el polvo del suelo, y la sangre que se había secado en torno al cuello de la camisa— Además, ¿a qué? ¿a verle la cara? Lo mejor es que me lleves a casa si no te importa, Carson—asintió sin problema alguno y aunque Emily parecía bastante reticente, aceptó. Me hicieron un hueco en la camioneta en la parte delantera. Emily se colocó entre los dos y fuimos a casa.

Me sentí avergonzado. Ninguno de los tres pronunció palabra hasta que llegamos a nuestro barrio. Carson detuvo el coche frente a la casa de Emily y bajamos. El chico me dio una palmadita en el hombro ofreciéndome su apoyo y Emily me dio un abrazo fuerte y un beso en la mejilla. Me metí en casa sin hacer el menor ruido. Mi padre todavía no había llegado, no era excesivamente tarde para aquella noche festiva. Fui al baño, me duché y bajé la ropa para que Rose la lavara al día siguiente. No tenía ganas de nada más, solo de meterme en la cama y despertarme al día siguiente.

Estaba incómoda. Me despedí de Carson amablemente y entré en casa. Todos estaban durmiendo. Me quedé en el comedor, sentada en el sillón, al lado de la ventana. Hasta las dos de la madrugada no vi aparecer la camioneta

de Oliver por la calle. Me levanté y sin hacer mucho ruido salí al porche. Me aseguré de que era él y no su padre el que la conducía y bajé a la calle. Oliver me vio esperándole y me sonrió. Salió del vehículo.

—¿Has venido a disculparte?

—¿Eres imbécil?—no hizo ningún comentario. Cerró la puerta de la camioneta y me ignoró yéndose hacia su casa.

—¿Sabes que tu querido amigo Michael Simmons le ha dado una paliza a Nick?—Oliver se detuvo, se dio la vuelta y me miró.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

—Tu amigo Simmons le ha golpeado y le ha dicho que no vuelva a acercarse a ti. ¿Hablas tú con él? ¿o como quieres hacerlo? Porque el idiota de Nick no quería decírtelo.—No podía creerlo, me ignoró por completo, pasó por mi lado y fue directo hacia la casa de Nick. Saltó la valla de la entrada y le vi encaramarse por el lado derecho de la casa subiendo hasta el porche y deslizándose por allí hasta la ventana de su habitación.

Parte de mi continuaba contrariada ante su reacción, pero tal vez Nick tenía razón y ese chico de verdad le apreciaba, pero es que no podía comprenderlo. El Oliver que yo conocía, el idiota y presumido de Oliver Kenner preocupándose por alguien que no fuera él mismo... Sé todo lo que me había dicho Nick, intentaba entenderle, pero no podía. Le había visto tantas veces comportarse como un imbécil que no lo concebía de otra forma. Lo vi desaparecer por su ventana, y me metí en casa. Ya hablaría con Nick al día siguiente.

Me sobresalté cuando noté una mano encima.

—Joder—vi a Oliver frente a mí, en la oscuridad como de costumbre cuando solía colarse por mi ventana.

—¿Es verdad?—fue lo primero que me preguntó, pero mientras reaccionaba, encendió la luz de la lamparilla de la mesilla de noche y me vio la cara. No había podido esconder el moratón que tenía en el ojo derecho. Intenté disimular y cubrírmelo pero me apartó la mano—¡Lo voy a matar!—se levantó de la cama.

—No grites, Oliver, mi padre está durmiendo.

—Cuéntame lo que ha pasado.

—Te lo ha dicho Emily, ¿no?—asentí. Bajé la mirada y me incorporé un poco, con cierta dificultad en el costado. Oliver se dio cuenta de ello.

—¿Seguro que estás bien? Te juro que lo voy a matar.

—No, no Oliver, por favor. No quiero darle más importancia a esto— quise relajar los ánimos. Sí, vale, me había hecho sentir como si fuera un trapo, pero quería olvidarlo. Ya estaba hecho pero Oliver parecía no querer dejarlo correr.

—Cuéntame que ha pasado, por favor—se sentó a mi lado. No quería hacerlo, pero no tuve remedio.

—Pues estaba en la feria con Emily y se quedó hablando con un chico, un tal Carson...

—Carson Miles—me corrigió él. Yo asentí—Sigue.

—Pues como los veía muy... vamos que veía que les apetecía estar solos, les dije que me iba un momento a ver una cosa y que volvía enseguida. Y fui a la caseta esa de los rifles, que podías conseguir un premio si le acertaba a la diana, y bueno, no gané nada.

—¡Nick! ¡Al grano!

—Vale. Bueno me cogió Simmons por el brazo y me dijo que necesitabas hablar conmigo y me fui con él. Me dijo que subiera en su moto y nos fuimos de la feria.

—¿A qué hora ha sido eso?

—No lo sé—intentaba acordarme, pero no tenía ni idea. Desde que llegamos a la plaza a eso de las seis y media, hasta que nos fuimos... No supe indicar una hora concreta. —Bueno, pues fuimos un rato en moto hasta que me llevo a un sitio al lado de la carretera y me pegó.

—¿Así? ¿Ya está? ¿Por las buenas?—yo asentí—me dijo que no volviera a acercarme a ti, que no querías verme más y que era un bicho raro —Oliver se puso en pie intentando mantener la calma—Éste se va a enterar.

—No, en serio, déjalo correr. Son celos y ya está.

—Ya sé que son celos. Pero ¿y qué? No voy a dejarlo así—caminaba de un lado a otro de la habitación. De pronto, se marchó por donde había entrado, sin siquiera despedirse ni decir nada.

—Oliver...—susurré mientras salía por la ventana, pero no me respondió. Volví a tumbarme en la cama e intenté pensar. Con que facilidad se complicaba todo....

Sábado, 22 Octubre 1983

Nos habíamos quedado solos, sentados sobre la cama. Tenía hambre, pero cuando Luke, su compañera y Emily se marcharon, tan sólo nos dijeron que no saliéramos de la habitación.

—Vaya tarde nos espera.

—En serio, Nick, no puedo creerme que esto sea por mi culpa.

—No es tu culpa. Tú no has hecho nada.

—¿Entonces qué sino? Lo de ayer por la mañana, lo de hoy... —sonrió.

—¿Qué te hace gracia?

—Simplemente es ironía. Me marché de aquí para tener una nueva vida y cuando vuelvo a intentar arreglarla, me quieren muerto.

—Tiene que haber una explicación. Estas cosas no...

—¿No qué?—se puso en pie. Yo no sabía cómo continuar—Ya no sé lo que hacer—sentí lástima por él—Vivir, sólo me ha traído problemas.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de decir eso?

—¿De qué me sirvió marcharme? ¿De qué me sirvió que me ayudaras en el puente si al fin y al cabo estoy en la misma situación?

—Has vivido Oliver, has intentado hacer tu vida.

—¿Y de qué me ha servido? No tengo nada. Baltimore podría ser cualquier ciudad del país, para mí significaría lo mismo. Me alisté en una guerra en la que no creía pensando en que al día siguiente no me despertaría.

No tenía miedo a nada, pero me faltaba valor para...—me puse en pie y lo agarré del brazo.

—¡Deja ya de hablar así, Oliver! He estado escuchando todo eso desde que salimos de Nueva York. Ya sé que fuimos como hermanos, que nos echaste de menos, pero Oliver, fuiste a vivir tu vida.

—Y no pude hacerlo, por eso estoy aquí. ¿Te crees que todos hemos tenido la suerte que has tenido tú?

—Yo perdí a mi madre con catorce años.

—Y yo como si no la hubiera tenido.

Era perder el tiempo volver a sacar el mismo tema de conversación, los dos sabíamos la suerte que habíamos corrido y ahora ya no podíamos hacer nada mirando hacia atrás.

—¿Sabes lo mejor de todo? Que pensaba que la guerra era lo peor que podía haber conocido pero no fue Vietnam lo que casi me mata, sino la monotonía de una vida sin sentido.

—Nunca me hablaste de la guerra, Oliver.

—Vietnam fue.... Otro capítulo de mi vida que mejor olvidar.

—¿Por qué te alistaste?

—¿Por qué no? ¿Qué tenía que perder? No pensaba en nada más, sólo quería saber qué era lo que había cambiado a mi padre.

—¿Y lo averiguaste?

—No lo sé. La guerra cambia a las personas, pero a cada uno de forma distinta. Conocí a chicos que se dejaban llevar por los demás, gente que no tenía personalidad y que se limitaba a intentar llamar la atención. Lo único que descubrí fue que la guerra anula a las personas. Nos convertíamos en bultos que con mucha suerte llegábamos intactos al día siguiente. Vietnam me hizo ver día tras día, como las personas con las que me reía, con las que jugaba a las cartas, iban desapareciendo. Alguno volvía tullido a casa, pero la gran mayoría desaparecía como si se hubiera tratado de visiones. Poco a poco me di cuenta de que no valía la pena estrechar lazos con nadie. Lo hice con Tommy y... Me limité a no mirar atrás, a intentar fijar la vista al frente y a

evitar que me alcanzara alguna granada o algún disparo.

—¿Quién es Tommy?

—Nadie.

—¿Cuánto tiempo estuviste?

—Un año—tragué saliva. No era capaz de imaginar lo que podría haber sido aquello. Me miró desde abajo. Me había sentado momentos antes sobre la cama escuchando como recordaba ese episodio de su pasado.

—Sé que piensas que he tenido mucha suerte, Oliver.

—No, no digo eso. Sólo que comparado conmigo... Tal vez tengas razón y tendría que haber hecho esto mucho antes pero tenía tantas ganas de huir de aquí...

—¿Qué tal Baltimore? No me has contado nada de allí. Sé que vives y trabajabas en una empresa de construcción, pero no me cuentas nada más.

—Es que no hay nada más que contar. He trabajado a temporadas, he ahorrado dinero, he viajado cuando he podido y a eso se ha reducido todo.

—Ojalá hubieras venido a Nueva York.

—Da igual, al fin y al cabo mi vida tenía que encontrarla yo mismo. Me asustaba hacerme mayor y convertirme en mi padre, por eso intenté saber lo que le pasó. Cuando volví me aislé mucho más. Todo me daba miedo.

—Bueno, pero tendrás amigos en Baltimore ¿no? Con alguien saldrás...—él negaba con la cabeza

—He ido a tomar alguna cerveza cuando acababa el trabajo con algunos de mis compañeros, pero poco más.

—Venga, Oliver, ¿y las chicas qué?, Alguien como tú... No me creo que las chicas no se lancen a tus pies.

—Cállate, anda. Cuando te conocí pensaba que eras un poco raro.

—¿Cómo que raro?

—Nick, a ver seamos realistas, no eras un niño normal. Siempre me mirabas fijamente, y...

—Leches, claro que te miraba, eras mi vecino, y el chico más popular del pueblo. Además, tú también me mirabas.

—Claro, porque tú lo hacías, y yo pensaba ¿este crío qué mira?

—¿Así que pensabas que yo...?—me levanté de la cama. Me sonrió nuevamente.

—No estamos acostumbrados en el pueblo a gente tan... inteligente.

—¿En serio pensabas que me gustaban los chicos?

—No lo sé... sí, se me pasó por la cabeza. Pero luego te conocí, conocí a tu padre, y vi que lo único que necesitabas era afecto—asimilé sus palabras, guardé silencio y me volví a sentar. Oliver se levantó—¿Te ha molestado que te lo dijera?

—No, en absoluto. Sólo que eso que me has dicho del afecto... Siempre lo he pensado ¿sabes? Desde que murió mi madre mi padre me había sobreprotegido demasiado Oliver, no me di cuenta hasta más tarde. Por eso te vi desde el primer día como alguien...—no sabía cómo continuar.

Realmente fue así, se convirtió en lo más parecido a un hermano en muy poco tiempo. Durante el año siguiente a la desaparición de su padre prácticamente vivía con nosotros. Él necesitaba un padre y yo un hermano. Fue un intercambio mutuo, pero me hizo gracia que pensara eso.

—Conocí en Vietnam a un chico raro.

—¿Y os hicisteis amiguitos?—quise bromear.

—¿Qué dices? No sabía que lo era, algunos lo sospechaban, pero cuando me di cuenta, me vi reflejado en él y en lo solo que se sentía. Sólo que a mí no me importaba lo que me pasara y él estaba aterrado.

—¿Qué ocurrió?—se quedó en silencio unos instantes, recordando lo que pensé yo que sería aquella guerra.

—Eh Nick, ¡Ya está!—evitó así una conversación que él mismo había iniciado. Entendí que no era momento para preguntarle sobre ello así que quise desviar el tema de conversación, aunque me intrigó su silencio.

—No sé si llamar a mi padre y contarle lo que ha pasado.

—¿Para qué se lo vas a decir? ¿Para preocuparle?

—No, para preocuparle no, pero ya sabía que estábamos aquí por lo de tu padre antes de que se lo dijera. Sé que se va a enterar de lo del hospital y de los disparos. La gente habla, Oliver.

—Ya, ya lo sé. A Helena no voy a decirle nada estando embarazada pero creo que voy a llamar a mi padre—me puse en pie y me acerqué al teléfono. Marqué el número y esperé a que respondiera.

—¿Papá?

—¿Cómo estáis hijo? ¿Cómo va todo?

—Pues... no has hablado con nadie de aquí, ¿verdad?

—¿Qué pasa Nick?

—Nada, papá. Estamos bien.

—Te conozco demasiado bien Nicholas, como para saber cuándo me estas mintiendo incluso sin tenerte delante.

—No papá, no es eso, es que...

—Arranca hijo, no tengo todo el día.

—Ayer le dispararon a Oliver.

—¡Cómo! ¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos, papá. Pero está bien, no te preocupes.

—¿Está ahí contigo?

—Sí, lo tengo aquí.

—Dale el teléfono, quiero hablar con él—me separé el auricular de la oreja y se lo pasé, sin que él supiera cómo reaccionar. Oliver al principio parecía reacio a responder, pero tomó el teléfono.

—¿Qué le digo?—me susurró Oliver.

—No sé, tú habla.

—Hola, señor.

—Hijo, ¿qué ha pasado? ¿estás bien?

— Sí, sí...—tartamudeó sin saber cómo seguir.

—¿Cómo que te dispararon?¿Cómo es eso?

—Si... bueno... saliendo de la habitación del motel...es que no me acuerdo de nada más. Eso fue lo que Nick me contó y—vacilaba sin saber cómo responder—...desperté en el hospital.

—¿Pero qué pasó?

—Realmente no lo sé. Me dispararon en el hombro y me rozó una bala en la cabeza, pero estoy bien—no podía evitar ser presa del nerviosismo.

—Pásame a mi hijo—Oliver prácticamente me lanzó el teléfono.

—¿Me quieres explicar eso de que le han disparado en el hombro y en la cabeza?

—Mira papá no quería contarte nada porque sabía que te ibas a enfadar, pero conociéndote y sabiendo que estábamos aquí sabía que te ibas a enterar igualmente.

—Pues claro que me iba a enterar. O sea, asimilo que mi hijo se va a jugar a ser Philip Marlowe, pero una cosa es jugar y otra bien diferente que intenten mataros—tragué saliva.

—Papá, por favor, no te pongas así. No es cómo lo estás pintando, aquí nadie está jugando a nada. Vinimos a que Oliver hablara con su madre y su hermano nada más, papá—mi padre guardó silencio unos instantes—además, antes de que te enteres por la prensa, porque sé que ahora llamarás a alguien, ha habido una explosión en el hospital, y gracias a dios que Oliver no estaba en su cama porque la habitación de Oliver quedó destrozada.

—Pero ¿esto va en serio? No me estarás gastando ninguna broma ¿verdad?

—Papá, el gobernador del estado estaba en ese hospital inaugurando una nueva planta y al parecer, se ve que a quien pretendían matar era a él, lo que pasa que justo la habitación de Oliver estaba debajo de donde explotó la bomba o lo que fuera, y todos los escombros cayeron sobre su cama. Al principio pensábamos que podría ser una coincidencia, pero el FBI cree que puede tratarse de una artimaña para que parezca eso, pero en realidad a quien

querían matar era a Oliver—me escuchaba a mí mismo y difícilmente podía creerme.

—¿Cómo que el FBI? ¿Qué hace ahí el FBI?

—Pues, no te lo había dicho, pero encontraron dos agujeros de bala en el cráneo del padre de Oliver, pero nadie lo sabe, no se ha filtrado a la prensa ni nada.

—Cojo el primer avión y voy para allá, Nick.

—No, papá. ¡No!

—¿Pretendes que me quede aquí con todo lo que me estás contando? Y aunque no me lo hubieras dicho, ¿pensabas que no me enteraría?

—Pues por eso te he llamado papá. Porque sabía que si no te lo contaba yo, lo sabrías y te asustarías si no conseguías hablar conmigo.

—¿Dónde estás ahora?

—Pues no hemos vuelto al motel. Estamos en la habitación del agente del FBI en el hotel Sunrise, en el centro.

—Creo que sé donde está.

—Esto no ha cambiado demasiado papá.

—Ya lo sé. Si os movéis deja en ese hotel una nota porque será al primer sitio al que vaya. Supongo que llegaré mañana.

—Por favor, papá, no le digas nada a Helena.

—Tranquilo hijo—se despidió. Me senté en la cama ante la expectante mirada de Oliver.

—Al final viene mi padre... ¿te lo puedes creer?—le dije un tanto desanimado.

—¿Qué esperabas que no viniera después de contarle todo lo que le has dicho? Si te estaba oyendo y parecía que le contaras el argumento de una película.

—Ya... también es verdad.

—No pasa nada, Nick, al fin y al cabo es tu padre—pero eso era

precisamente lo que me temía, que era mi padre.

Estuvimos en la oficina del sheriff y Luke y Jessica hablaron con él para que nos ayudara a conseguir una orden para entrar en las antiguas instalaciones del periódico, pero ante nuestra sorpresa, se negó en rotundo. Luke le dijo que era urgente, pero después de realizar unas cuantas llamadas en su despacho, manteniéndonos a la espera fuera de su oficina, esa fue su respuesta. Por lo que sabía, la inmobiliaria que llevaba el edificio era la de Michael Simmons, la más importante del condado de Crawford, así que la única opción que teníamos era ir a verle y hablar con él. Y eso hicimos. Luke y Jessica se limitaron a discutir el porqué de tantas trabas en un caso que aparentemente no le importaba a nadie. Yo, sentada en el asiento trasero del coche que conducía Luke, prestaba atención, pero al mismo tiempo intentaba encontrar una forma de poder saber por mis propios medios el porqué Joseph Kenner tenía en el cráneo dos disparos y la única forma era conseguir una copia de la autopsia o en su defecto, alguna fotografía donde se apreciaran los disparos, pero ninguna de las dos eran opciones reales. Tenía que exponerlo sin cometer ningún delito. La única posibilidad que se me ocurría era que Oliver o Nick lo hicieran, que ellos lo filtraran. Tenía que hablar con ellos.

Les conduje a la vivienda de Michael pero les pedí que me dejaran en el coche. No creo que Simmons me ayudara en nada, incluso sabiendo que era para echarle una mano a Oliver. No las tenía todas conmigo, así que después de explicarle la situación a Luke y Jessica, lo más inteligente era presentarse en su casa como agentes del FBI y esperar que colaborara.

Llamaron a su puerta y después de hablar con él unos minutos, regresaron al coche. Luke me sonrió, asintiendo con la cabeza. A los pocos minutos, Michael salió de su casa y se subió al coche aparcado frente a la entrada. Tenía que pasar antes por la oficina para recoger las llaves del inmueble.

Creo que no me vio. Le seguimos en el coche y continuamos el camino. El edificio llevaba tiempo abandonado. Marble Road permanecía algo alejada del centro del pueblo, pero estaba bien comunicada en cuestión de minutos. No era una zona muy comercial, abundaban las viviendas unifamiliares que se habían construido después de derribar edificios como el del periódico, pero

las condiciones en las que se mantenían esas viviendas no eran las idóneas. Algo parecido a las casas abandonadas de nuestro barrio en los 60, pero con la diferencia de que éstas sí que estaban habitadas.

Tan solo tenía tres pequeñas plantas, pero para Fairmont era más que suficiente. Cuando aparcamos el coche detrás del suyo, Michael me vio bajar y se quedó boquiabierto.

—¿Ocurre algo, señor Simmons? ¿Algún problema?—preguntó Luke. Michael negó con la cabeza sin pronunciar palabra. Yo le sonreí y los cuatro nos dirigimos hacia la entrada del edificio. Simmons estaba nervioso, no sé por qué. No lo estuvo tanto la otra noche cuando nos vimos cenando.

Abrió el candado que mantenía la puerta cerrada y se ayudó de un empujón para que pudiéramos entrar. Yo iba la última. Las escaleras estaban llenas de periódicos amontonados y de cajas vacías cubiertas de moho. Las paredes estaban sucias y había telarañas en prácticamente todas las esquinas. No parecía que hubiese pasado tanto tiempo para que estuviera así.

Subimos al primer piso y entramos en lo que había sido la redacción. Me acordé de cuando puse el pie allí por primera vez. De pronto vino a mi memoria toda aquella gente entrando y saliendo, el sonido de los teclados de las máquinas de escribir, el olor a tabaco rancio que fumaba Ronald, el editor de entonces. Apenas habían movido nada. Sé que se llevaron las imprentas y poco más. Querían que The New Chronicle fuera algo nuevo, más dinámico, más actual, así que no movieron mucho más. Dejaron aquí los armarios, los ficheros, todo lo que podía hacerles recordar al viejo periódico, y empezaron de cero.

—Emily, tú mandas—Luke me abrió paso a la investigación. Sonreí ante la perpleja mirada de Michael y sin decir nada más, fui directa a los ficheros metálicos que se apilaban bajo una de las ventanas.

La sala tendría unos 50 metros cuadrados con dos hileras de ventanas a ambos lados. Había dos puertas de madera al fondo, en el lado derecho, y los lavabos en el izquierdo. Todo el suelo estaba cubierto de papeles, y sobre las mesas que quedaban, montones y montones de periódicos y más y más papeles.

Algunos de los cajones de aquellos grandes archivos estaban oxidados

y no podían abrirse bien, pero a base de forcejear un poco pude conseguirlo. Luke y Jessica caminaron entre los pasillos que dejaban algunas mesas y los huecos que habían dejado otras, mientras yo me afanaba en encontrar lo que buscaba. Simmons se mantuvo de pie en la puerta, esperando.

Intenté encontrar alfabéticamente los ficheros correspondientes a Joseph Kenner, pero el cajón en el que supuestamente tendrían que estar no podía abrirse. Estuve escudriñando uno a uno todos los nombres escritos en esas fichas, por si se me escapaba algo. Algunos apenas podían leerse, pero echando un ojo a su interior, podría hacerme a la idea. Llamé a Luke para que me ayudara y consiguió sacar el cajón. Estuve buscando en la K de Kenner y saqué la carpeta. Era bastante gruesa. La ojeé por encima y estaba llena de documentación sobre la guerra de Corea y todas las entrevistas que le hicieron, junto con muchas más cosas que a simple vista no podía discernir.

—Habrà muchas más cosas en el archivo.

—¿Dónde está?—Jessica parecía decidida a dirigir la investigación.

—En la planta de arriba—sujeté la carpeta con fuerza y les seguí. Subimos las escaleras, sorteando viejas sillas rotas y más montones de cajas y periódicos y Michael abrió el candado de la puerta de los archivos que a diferencia de la redacción, permanecía cerrada.

Costó un poco más que la de la entrada pero finalmente se abrió. El olor a humedad era muy fuerte, casi insoportable. No funcionaba el interruptor de la luz y los cristales de las ventanas estaban cubiertos por cartones. Apenas se podía ver nada. Se intuían las largas estanterías que se organizaban a lo largo de la estancia, construyendo cuatro interminables pasillos y la escasa luz que entraba en la sala nos permitía ver las montañas de ediciones de periódicos, apiladas en los estantes junto a magnetófonos, cintas de grabación y cajas llenas de discos.

—Esto va a ser imposible y encima sin luz—Luke trataba de volver a accionar el interruptor sin conseguir lograrlo.

—Quizás podamos arreglarlo para el lunes—Michael intentaba cooperar.

—El lunes será demasiado tarde—le respondió Jessica.

—Creo que con esto tenemos suficiente para lo que buscamos— dije echando un vistazo a lo que tenía entre las manos. Así que lo mejor sería ponernos a sacar algo en claro de todo aquello y ver a dónde nos conducía.

Salimos del edificio y fuimos directos al hotel. Pasamos antes por una pizzería y Luke recogió algo de comida para Oliver y Nick. Llegamos al Sunrise, entramos y allí estaban los dos sentados sobre la cama, descalzos, jugando a póker.

—Espero que os guste la pizza de cebolla y beicon porque es lo que hay. ¿De dónde habéis sacado esas cartas?

—Hemos llamado a recepción—Jessica cerró la puerta y los chicos dejaron la partida esperando ver qué habíamos encontrado.

Miércoles, 8 Abril 1959

A la mañana siguiente me desperté y noté que me dolía la mandíbula. Estaba asustado. No quería que mi padre me notara nada. Me fui directamente al baño y me miré en el espejo. Allí estaba. Un ojo morado. ¡Demonios! Intenté lavarlo, frotarlo, pero era imposible. Mi padre no estaba. Bajé a la cocina a beber algo de leche y vi a Rose que salía en ese preciso instante, sin darme tiempo a cubrirme.

—Señorito Nick, ¿Qué le ha ocurrido?—estaba muy preocupada, se acercó a mí y me observó con detenimiento la marca.

—No, no es nada—intenté disimular sin éxito. Salí de allí sin desayunar, dejándola pensativa y me quedé en el porche. No había mucho que hacer. Serían alrededor de las once de la mañana y esperaba que Emily se hubiera presentado en casa o viniera a despertarme, pero no lo había hecho.

Pensé en ir a su casa pero no quería que sus padres vieran el moratón de mi cara, así que me senté en la barandilla. Hacía sol. La verdad que habíamos dejado atrás la lluvia y las tormentas por el momento. No había estado nunca en un lugar donde lloviera tanto. Pensé en la noche pasada en cómo Oliver salió de mi casa, enfadado. Quería hablar con Emily y ver lo que le dijo, pero me extrañaba que todavía no hubiera salido. Tal vez estuviera cuidando a sus

hermanos.

Continué esperando. No tardó en aparecer. Me vio nada más cerrar la puerta de su casa y corrió hacia la mía con esa bonita sonrisa que la caracterizaba. Espere a que subiera las escaleras de mi porche y me tocó suavemente el moratón de la mejilla, preocupada.

—¿Cómo estás?

—Bien—Lo cierto es que me encontraba bien. Tenía cierto dolor en las costillas, pero lo soportaba.

—Se te nota bastante, Nick.

—Ya, ya lo sé—lo toqué suavemente. Era un engorro tenerlo tan a la vista. No podía mentirle a mi padre, sé que lo vería.

—¿Qué te dijo Oliver anoche?

—Tu le contaste lo que pasó, ¿verdad?

—Sí, claro que lo hice, sé que tú no se lo ibas a decir.—Tenía razón, no quería involucrarle en ningún problema con sus amigos. Comencé a andar bajando las escaleras y ella me siguió.

—Estaba enfadado y me preguntó si era verdad lo que tú le dijiste, tuve que contarle con detalle lo que pasó y se fue enfadado.

—¿Hace mucho eso de trepar por las ventanas?

—Siempre le digo que también puede usar la puerta, pero prefiere no hacerlo—caminamos unos metros en dirección a los bosques de Clarkson. Hacía un día espléndido para pasear por allí.

—Creo que deberías hacer algo con esto, Nick.

—¿Con qué?

—Con esto que ha pasado. Lo que pasó anoche.

—Emily, ¿qué quieres que haga? Somos amigos...

—Simmons es un imbécil, pero lo que hizo anoche... Oliver y tú no podéis mantener esa amistad rara que tenéis a escondidas. Si sois amigos lo sois para todo no sólo para quedaros hablando en tu casa de vez en cuando—

En eso tenía razón, pero me sentía cómodo teniendo esa pequeña parcela del Oliver al que nadie conocía. Me hacía sentir importante.

Aquella tarde había una carrera en el pueblo. Todos los chicos de nuestra edad participaban pero preferí mantenerme al margen. Ya estuvo bien con lo que ocurrió la noche pasada como para socializar un poco más. Emily y yo nos quedamos sentados en el porche de casa viendo pasar a los corredores.

Toda la semana iba a estar plagada de actividades y entre ellas, la carrera de 10 kilómetros que rodeaba gran parte del pueblo y del valle. La meta la habían situado en la plaza del pueblo, justo frente a la plataforma de madera que iba a presidir el lugar hasta el domingo. Allí recibirían a los ganadores el alcalde, el padre de Oliver y el entrenador del equipo de fútbol.

Era increíble el que pese a no pertenecer a ningún club del pueblo, o formar parte de ninguna de las actividades que tenían lugar allí, Emily sabía cualquier cosa que fuera a suceder. En realidad se convertiría en una buena periodista.

La gran mayoría de los chicos de Fairmont desviaba la mirada al pasar frente a nosotros para centrarla en Emily. Era inevitable. Todos corrían con pantalón corto, una camiseta de manga corta y llevaban los dorsales con sus correspondientes números a la espalda.

Todavía no habían comenzado a sudar ya que nuestra calle estaba relativamente cerca de donde habían situado la salida, frente a la vieja fábrica de Louis Wittrock. Allí cruzó Oliver de los primeros. Nos saludó a los dos con un gesto, aunque Emily, como de costumbre, no fue tan simpática. Unos metros más atrás pasaron Carson y algunos chicos más del equipo de béisbol, que sonrieron animadamente cuando cruzaron por allí, haciéndole bromas al bueno de Carson. Emily se ruborizó. También había jóvenes de otros pueblos cercanos. Vimos pasar a Mark Hartley y a Simmons. Ni se inmutaron al cruzar frente a nosotros, pero lo que no pudimos evitar ver, fue el moratón que llevaba Michael en la parte derecha de la cara. Parecía un golpe idéntico al que tenía yo en el otro lado.

—Al parecer Oliver ha hecho lo que un buen amigo haría—Emily ni siquiera me miró a la cara mientras yo sonreía. No me gustó que se enfrentara

a Simmons, quería que las cosas se quedaran donde estaban, pero el que Oliver me hubiera defendido de esa manera me hacía entender que valoraba nuestra amistad del mismo modo que yo lo hacía.

Sábado, 22 Octubre 1983

Llevaba un buen rato recogiendo datos, examinando uno a uno todos los documentos. Por el momento, habíamos recopilado todas las noticias referentes a Kenner y su hazaña en Corea. Teníamos los nombres de algunos de sus compañeros de división, y las fotografías de los homenajes que se hicieron en 1959 en primavera conmemorando sus logros. Fotografías del acontecimiento. Kenner en compañía de R.Maynard, M.Fisher y J.Dillane. Así se marcaba. Eso era todo lo que teníamos. Tres de los compañeros de Joseph Kenner en la tercera división de infantería y su aventura en la batalla de la reserva de Chosin, en febrero de 1950.

Prácticamente todo eran referencias a Joseph Kenner y a su vida familiar. Sus días tras la guerra y cómo ella lo cambió, su hazaña en Chosin y como consiguió salvar la vida a quince soldados norteamericanos con la ayuda de algunos miembros de su división.

Pasaban de las nueve cuando había trazado, junto con Luke, una línea de investigación a seguir. Teníamos sólo tres nombres sobre los que investigar y tan sólo tres fotografías. Debería haber mucho más material de otros homenajes anteriores y demás actos, pero posiblemente estuviera todo en el archivo.

Oliver y Nick permanecían algo ajenos a nuestras observaciones. Jessica, Luke y yo habíamos estado repasando hoja por hoja todo lo que encontramos en la carpeta que cogí de los ficheros, mientras que ellos dos devoraban las pizzas continuando con su partida de póker.

—Oliver, ven un momento—se levantó de la cama diciéndole a Nick que no mirara sus cartas y se acercó a la mesa en la que estábamos. Jessica le enseñó varias fotografías de 1959.

—Mira estas fotografías—. Jessica las colocó sobre la mesa. Eran todas de la semana de primavera de 1959, durante la celebración de los actos en

honor a su padre.

—¿Les conoces?—preguntó Luke. Aunque las caras apenas podían distinguirse bien en esas viejas fotografías, Oliver recordaba bien ese día.

—Fue el año que desapareció mi padre—las miró bien. Se fijó en su hermano y su madre—hace más de veinte años de todo esto—las cogió entre sus manos.—Sí, son los compañeros de mi padre que venían a las celebraciones. Pero creo que siempre venían cuatro, aquí sólo hay tres.

—¿Te acuerdas de ellos?

—Que va... desde que volvió de la guerra yo apenas tenía relación con mi padre. Sé que vinieron varias veces durante las celebraciones anuales pero sólo los veía en los homenajes.

—¿Y no te suenan los nombres?—Jessica le mostró una hoja con las iniciales y sus correspondientes apellidos.

—Necesitamos algo más—Luke repasó los artículos y las fotografías que teníamos.

—La lectora de microfilms del periódico no funciona. Tenemos los archivos en película desde 1923 hasta hace diez años, tendríamos que desplazarnos a Evansville o alguna otra ciudad y solicitarlo, pero hasta el lunes o martes no sabríamos nada.

—Demasiado tarde, Emily.

—Podemos encontrar más información en la segunda planta del edificio en el que hemos estado.

—El problema es el tiempo Emily, lo necesitamos ahora—insistía Luke. Jessica se levantó de su silla.

—Voy a mi habitación y haré unas cuantas llamadas—se llevó la hoja con los nombres de los compañeros de Joseph Kenner. Oliver había regresado a la cama sentándose frente a Nick, continuando con su partida de póker. Todavía me rondaba por la cabeza cómo hacer llegar a la redacción lo de los dos disparos y creí tener una buena idea.

—Escucha Luke, sé que te prometí que no diría nada, pero sé como tener más de 24 horas más para investigar esto.

—¿Cómo?

—Si se filtra a la prensa lo del homicidio de Joseph Kenner van a tener que mantener el caso abierto, porque todas las cadenas de televisión y demás medios de comunicación vendrán a Fairmont.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque...

—Piénsalo. Van a tener que dejarlo abierto hasta que encuentren algo, o en el peor de los casos podrán cerrarlo, pero siempre tendremos más de veinticuatro horas—se lo estaba replanteando.

—Necesitáis pruebas y si no las tenéis no podéis publicar nada Emily.

—Pero, ¿y si las tenemos? ¿Y si conseguimos alguna fotografía? ¿O si ellos hablan?—Nick y Oliver me miraban extrañados.

—Ellos no van a hablar Emily, y lo de la fotografía....¿piensas robar los restos o qué?—sonreí.

—¿Por qué no? Vosotros oísteis los disparos ¿verdad? ¿Por qué no pueden decir que los escucharon?—Por sus miradas no parecía que me apoyasen demasiado.

—No les metas en esto, ya sabes cuál fue nuestro acuerdo. De todas formas, una cosa quiero decirte ahora que no está Jessica. En ningún momento me ha preguntado si sabes o no lo de los disparos. Imagino que lo dará por hecho, o pensará que ellos te lo habrán contado—asentí rápidamente.

—Si me pregunta algo le diré que me lo dijeron Oliver y Nick, no tiene por qué pensar que tú me lo has dicho—Ni siquiera replicaron. Se limitaron a escucharnos. En ese instante escuchamos una sirena en el exterior que nos sobresaltó. La reconocí de inmediato.

—Son los bomberos—dije preocupada. Algo así no era habitual en Fairmont. Oliver y Nick se incorporaron de la cama. Inmediatamente después Jessica abrió la puerta y entró apresurada.

—Es el periódico donde hemos estado antes. El edificio entero está ardiendo. —Luke miró a Nick y a Oliver.

—Vosotros dos quedaos ahí. Emily, adelante, haz lo que tengas que hacer pero hazlo ya—se dirigió a mí en voz baja. Jessica ni siquiera se dio cuenta, estaba más interesada en la nueva noticia. Recogí mis cosas y salí a toda velocidad. Jessica y Luke se marcharon rápidamente, dejando a mis amigos a solas.

Todo se complicaba a cada paso que dábamos. Emily Matthews tenía razón. Estaba traicionando mi naturaleza por algo en lo que creía, y aunque iba en contra de las directrices que teníamos que seguir, me sentía incapaz de no cooperar con algo que en definitiva, me iba a permitir solucionar lo que estaba haciendo en Fairmont. ¿Quién nos estaba siguiendo? ¿Quién se escondía en la sombra? No sabía qué hacer con Nick y Oliver. No podían volver a su motel, pero no creo que pueda protegerlos eternamente en el mío. La única opción que tenía era hablar con el sheriff y ver qué solución me daba, pero me aterraba la idea de dejarles en malas manos y que, después de lo que ocurrió en el hospital, volviera a suceder algo similar.

De todas formas, no entendía esa negativa por parte de la gente del pueblo por no ayudarnos con esto. Esperaba que si la idea que había tenido Emily funcionaba, levantara ampollas entre los vecinos y que alguno hablara.

Jess y yo nos desplazamos hacia el inmueble al que anteriormente nos había llevado Emily. Cuando llegamos, los bomberos apagaban las enormes llamaradas que salían a través de las ventanas, al tiempo que enfriaban las fachadas de los edificios colindantes. Bajamos del coche y vimos a varias personas del pueblo detrás de las vallas que había colocado la policía asegurando la zona. El sheriff se encontraba junto a los bomberos, observando la evolución del incendio, mientras que el alguacil se encargaba de que la gente permaneciera tranquila y no se acercaran más de lo debido.

El alguacil nos reconoció e hizo caso omiso viendo que nos dirigíamos hacia el sheriff.

—¿Este era el edificio en el que quería entrar?—me preguntó cuando nos vio acercarnos.

—Exacto. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sabemos, habrá que esperar hasta que los bomberos terminen y nos digan algo—no le respondí. Di un vistazo atrás, intenté buscar alguna cara conocida entre los que se agolpaban, cuyo número, cada vez era mayor. Vi a Michael Simmons, estaba preocupado. No había nadie más que me resultara conocido o que hiciera despertar en mí las sospechas de que aquello hubiera sido provocado, porque evidentemente, lo había sido.

Sé que era tarde para presentarme en su casa, pero era urgente. Peter me abrió la puerta. Su mujer estaba preparando la cena y la saludé amablemente. La conocí hace ya bastantes años durante la fiesta del periódico en la que se jubiló Ronald Tredsit. Aquel año, Peter se convertía en el editor del New Chronicle.

Me condujo directamente a su despacho. Sus dos perros intentaban subirse a mis piernas mientras caminaba, pero no me importaba, estaba acostumbrada. Eran unos animales muy cariñosos. Cerró la puerta y fue hacia su silla.

—¿Qué ocurre?—se sentó. Me coloqué al otro lado de la mesa y dejé mis cosas sobre ella.

—Peter, tengo algo que contarte.

—¿Te has enterado del incendio?

—Sí, sí, pero no es de eso de lo que quiero hablarte.

—Nunca pasa nada en este pueblo y en este último mes, todo se ha convertido en una locura. Encima tenemos ahora a toda la prensa estatal aquí con lo del gobernador. La edición de mañana vendrá con las fotografías que han tomado Lance y Jerry en el hospital cuando...

—¡Peter!—intenté que me hiciera caso. Desvió entonces su mirada hacia mí y se extrañó.

—¡Suéltalo! ¡Venga!

—Joseph Kenner fue asesinado.

—¿Qué estás diciendo?

—Tiene dos agujeros de bala en el cráneo.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Ahora mismo no te lo puedo decir. ¿Qué necesitas para sacarlo en portada?

—Necesitaría una fotografía de los restos, Emily, del cráneo, pero aún así, la noticia del gobernador va a copar la actualidad de la semana.

—¿Y si te digo que no iban a por el gobernador, sino a por el hijo de Kenner?—Peter me miró de forma extraña. No entendía nada de aquello—Ayer, intentaron matarle en la puerta de su motel y le ingresaron en el St. Francis Memorial. Esta mañana, cuando el gobernador inauguraba el ala de pediatría del hospital, cuando tuvo lugar la explosión, él no era su objetivo, esa explosión destrozó la habitación de la planta de abajo en la que estaba Oliver, pero por suerte no estaba dentro. Lo del gobernador lo han utilizado para desviar la atención, Peter—él se puso en pie.

—¿Pero qué locura es ésta que me estas contando?—realmente lo parecía, parecía un disparate, pero le hice ver que teníamos la noticia del año entre manos. Quería que confiara en mí igual que siempre había hecho. Al principio se mostró algo escéptico, pero creía en mí, nunca me había equivocado en nada. De cualquier forma, no me dio libertad total para cubrirlo. Tanto la edición del domingo como la del lunes se centraría en el supuesto atentado contra el gobernador Martin Johnson, y si conseguía la fotografía del cráneo o cualquier otra prueba que consolidara lo que le había contado, lo publicarían en portada en la edición del martes.

No podía decirle nada de Luke, ni de todo lo que Nick me contó. Sé que era una noticia de primera plana. Escribir algo así era lo que siempre había esperado y teníamos que ser los primeros en sacarlo, pero me sentía incapaz de hacerle eso a Oliver. Peter me dijo que le enseñara cualquier cosa que pensara escribir porque quería seguir con mucho detalle toda esa surrealista noticia que le había contado. No vinculé lo que le ocurrió a Oliver con Joseph porque, solamente con eso, la noticia derivaría hacia una posible venganza familiar.

Lo que le ocurrió a Oliver al llegar a Fairmont no era una venganza por la muerte de su padre, no tenía nada que ver con eso. Tampoco le conté que estuvimos aquel mismo día en las instalaciones del antiguo periódico porque aún resultaría mucho más inverosímil sin saber toda la información que yo tenía, así que preferí guardármelo para cuando tuviera algo más contundente que mostrarle. Me marché a casa. Jeff estaba con los niños y tenía que llamar a Lance, el fotógrafo con el que mejor me llevaba para ver si podía ayudarme.

—Nick. ¿Me acompañarías a casa ahora?—Oliver estaba recostado sobre la cama. Habíamos terminado de jugar a las cartas hacía un rato. Pasaban de las diez de la noche. Le miré extrañado.

—¿Ahora? Oliver, no podemos salir de aquí.

—Quiero ir ahora. Quiero hablar ahora con mi madre—se incorporó mirándome seriamente.

—Pero... ¿Estás seguro?

—Completamente. Si no me acompañas, iré yo solo.

—¿Y tiene que ser ahora? ¿no te das cuenta de todo lo que está pasando?

—Me da igual, llevo toda la tarde machacándome la cabeza con todo lo que me pasó hace más de veinte años. He intentado desconectar jugando a las cartas contigo pero lo tengo aquí ahora mismo—se dio un puñetazo en el corazón, mirándome de la forma más desgarradora posible. Le entendía, claro que le entendía, pero seguía pensando que no era el momento.

—Ahora que lo he verbalizado, es cuando he de verla, al menos quiero que me mire a la cara y me lo diga, que me diga que me vio y que no hizo nada—tragué saliva y desvié la mirada.

—¿Vas a contárselo a Robert?

—No quería hacerlo, Nick. No quiero, de hecho, pero en estos momentos me da igual, lo único que he de hacer es cerrar esto y largarme de aquí.

—Vale, te acompaño.

—Me estoy ahogando en estas cuatro paredes—intentaba ponerme en su lugar, y tal vez tuviera razón. Sé lo que le costó contar todo aquello, lo sé, porque la primera vez que fui consciente de ello, apenas pudo estar cerca de mí los días siguientes.

No quise llevarle la contraria así que accedí a ir con él. Buscamos entre los zapatos de Luke unas zapatillas para mí y unas botas para Oliver y salimos de la habitación. Abrimos la puerta de la parte trasera y bajamos a oscuras las escaleras por las que subimos al mediodía. Era de noche, así que podíamos mantenernos ocultos entre las sombras y alejarnos de las calles principales. Yo apenas recordaba cómo llegar desde allí hasta dónde nosotros vivíamos pero Oliver lo tenía muy claro.

Tardamos unos veinte minutos en llegar hasta la que fue nuestra calle durante esos años. Estuvimos caminando en silencio, cabizbajos. Me mantuve pegado a su espalda. Apenas nos habíamos cruzado con nadie durante nuestra escapada. Posiblemente la gente que aún anduviera por la calle a esas horas se habría acercado al incendio del periódico. De cualquier forma, aunque fuera sábado por la noche, la gente en Fairmont no salía demasiado.

Nos colocamos en la esquina en la que estuvimos la otra noche cuando espiamos a Robert. Apenas pude decir nada. Esperaba cada uno de sus movimientos para obedecerle e intentar ayudarle en la medida de lo posible.

—¿Cómo lo quieres hacer? ¿Quieres que vaya contigo?—me miró sin saber qué decir.

—Tengo que entrar sólo. Ahora me siento fuerte.

—Aún así, te acompaño hasta tu casa. Me quedo en el porche ¿vale?—asintió, así que nos dirigimos hacia allí, cruzando la calle.

Recordé de inmediato como era volver a casa de noche, pensando en que mi padre estaría allí y rezaba para que estuviera dormido y no me oyera. Miré a mi alrededor. La calle no era la misma. Había muchas más luces que antes, pero a cada paso que daba en dirección al porche de mi antigua casa, toda esa luz iba extinguiéndose. Cruzamos la valla que rodeaba la casa,

subimos las escaleras y Nick se quedó a un lado. Me acerqué a la puerta y tras meditarlo durante unos segundos, llamé. Miré a Nick una última vez hasta que escuché pasos acercándose. Volví la cabeza hacia la puerta. Cuando se abrió, vi a mi hermano frente a ella.

—¿Oliver?—me miró. Se quedó observándome fijamente. Su perro se quedó a su lado mirándome extrañado.

—¿Puedo pasar?

—¿Estás bien? Oímos lo del hospital...—abrió la puerta para que pasara—Rocky, aparta—el perro regresó por el pasillo, me limité a entrar y Robert cerró la puerta.

Caminé lentamente por el suelo de madera. Allí adentro las cosas apenas habían cambiado. Las paredes seguían igual de vacías que siempre. El espejo del recibidor acumulaba suciedad en los bordes y apenas habían fotografías. Desde la entrada podía verse luz en la cocina pero no se escuchaba ningún sonido.

—Robert, ¿quién era?—escuché la voz de mi madre tras el umbral de la sala de estar. Miré a Robert y él me miró sin saber muy bien qué contestar. Aparecí por la puerta y vi a mi madre cosiendo sentada en el sofá. Se quedó sin palabras. La miré detenidamente. Había envejecido muchísimo después de todos estos años. Examiné las arrugas de su cara, el pelo recogido en un moño alto, las canas que se extendían por su cabello, la blusa color beige abotonada que vestía y la falda de color azul oscuro que llegaba casi hasta el suelo. Miré aquella sala. A excepción del televisor, lo demás seguía recordándolo igual que la última vez que estuve allí. Vi en el aparador de madera los mismos libros que acumulaban polvo, los trofeos que gané cuando era niño, algunas fotos familiares con sus viejos marcos. Todo me devolvía a los 60.

—Oliver, hijo...—intentó incorporarse sin poder lograrlo. Robert se mantuvo detrás de mí y yo ni siquiera reaccioné. Me limité a verla allí sentada, en el viejo sofá, con unos pantalones en las manos y su costurero a un lado.

—Pensábamos que... Íbamos a ir esta mañana al hospital, pero con lo del gobernador...Llamamos y nos dijeron lo de la explosión y que tu

habitación estaba destrozada—mi hermano habló en su lugar. Cruzó por mi lado seguido por Rocky y se colocó cerca de nuestra madre. Me tocaba a mí. Tenía que hablar yo pero no sabía cómo comenzar.

Miré a Robert, esperaba que dijera algo más. Supongo que desde que me vio en el hospital, toda esa ira contenida desapareció.

—¿Te importa si me quedo con ella a solas?

—Sí, Oliver, sí que me importa. Lo que tengas que decirle, me lo vas a decir a mí también—me lo estaba poniendo muy difícil.

—Hijo, sal. No te preocupes—ella tampoco quería que se quedara pero él se mantuvo firme. Se quitó la cazadora y se sentó a su lado.

—No, mamá. No me marchó. Quiero oír todo lo que tenga que decir.

—Pues... madre, ¿quieres contarle tú por qué me fui?—me encaré con ella haciendo que una lágrima comenzara a caer por su rostro. Se llevó la mano izquierda a la cara, temblorosa, intentando apartar aquel recuerdo de su memoria. Robert no entendía nada.

—Mamá, ¿qué pasa?—Robert estaba enfadado, volviendo su mirada hacia ella sin saber qué estaba ocurriendo. Me acerqué al sillón que había junto al de mi madre situándome frente a ellos dos y me senté.

—Madre, ¿aún tienes la carta que le dejé a Robert o simplemente la rompiste?—hice que volviera a mirarme. Robert nos miró a ambos, seguía perdido.

—Oliver, ¿qué estás haciendo?—estaba viendo como nuestra madre se estaba desmoronando, y aún así yo, ni me inmutaba—Mamá, ¿qué carta? ¿qué está pasando?—ella se puso en pie. Mantuvo la compostura y salió de la habitación. Nos dejó a los dos el uno frente al otro. Escuchamos sus pasos subiendo las viejas escaleras de madera.

—Oliver, ¿qué pasó? ¿por qué te fuiste?—Robert estaba desconcertado. Intenté no hablar, pero no me dejó hacerlo. Se acercó a mi lado, se desplazó por el sillón hasta que me tuvo cara a cara. Me agarró por la muñeca e intentó forzarme a hablar—¿Qué pasó? ¿Por qué no has venido antes?—logré soltarme y me puse en pie.

—Pregúntaselo a ella—no tardamos en escuchar sus pisadas bajando. Apareció al otro lado de la puerta intentando mantener la calma, llevando el papel que escribí hace años entre manos. Robert se levantó con rapidez y se la arrancó de las manos, sin que ella pusiera impedimento alguno. Volvió a caerle otra lágrima por el rostro mientras me miraba. No pude ver cómo lo hacía. Tuve que apartar la vista de allí y desviarla hacia la ventana de la habitación. Robert se sentó mientras comenzaba a leer mis palabras, buscando una respuesta.

Querido Robert,

Posiblemente esto sea lo más difícil que he hecho y que haré en toda mi vida. Nunca antes había escrito una carta, y aunque ahora no la entiendas, espero que la leas de nuevo dentro de unos años. Entonces sí serás capaz, si no de perdonarme, sí de entenderme mejor.

No puedes ni imaginar lo duro que es para mí marcharme y dejarte sólo. Ahora eres el hombre de la casa. No puedo escribir sin que me caigan las lágrimas, sin que me ponga a pensar en qué va a ser mi vida sin ti detrás de mí, sin tus preguntas, sin verte crecer, sin ayudarte. Te estarás preguntando por qué me voy, por qué te abandono y no tengo una respuesta clara que puedas entender.

Son muchas las cosas que han pasado y que no me dejan seguir adelante en Fairmont. Nunca pienses que me marché por ti, o que tienes algo que ver en mi decisión, al contrario, si me he quedado más de lo necesario ha sido por ti, Robert, siempre por ti.

Eres mi hermano y nada va a cambiar eso. No sé si volveremos a vernos, espero que sí, pero si no es así, quiero que pienses que nunca he dejado de quererte, que siempre lo haré, y que aunque no me entiendas, intentes comprender que las personas a veces hacemos cosas que no se pueden explicar. Que si hoy me voy es porque realmente lo necesito, que si me quedara no sería feliz y acabaría muriendo lentamente por dentro, y sé que en el fondo, aunque ahora sólo tengas once años, nunca querrías eso. Querrías que tu hermano, aunque lejos, fuera feliz. Pero esto no lo entenderás hasta dentro de unos años.

Hoy te enfadarás conmigo, te pondrás a llorar, querrás pensar que es tu culpa, pero hazme caso Robert, eres la persona que más quiero y si me voy, es porque no quiero que me veas sufrir. Quiero que estudies, que te cuides mucho y que intentes hacerte fuerte tu solo, sin la ayuda de nadie. Que aprendas de todo lo que te he enseñado y que siempre me recuerdes como tu hermano mayor, el que siempre te va a querer, el que sabe que vas a ser alguien muy especial. Quiero que eso lo arrastres el resto de tu vida, y que si volvemos a vernos, por favor, que me perdones, que me des un abrazo e intentes comprenderme.

Conviértete en una de esas águilas de madera que

te gustaba que talláramos detrás de casa. ¿Te acuerdas? ¿te acuerdas cuando con un pequeño tronco conseguías hacer esas pequeñas maravillas? Sigue así, sé una de ellas. Sé como esos animales que sobrevuelan el cielo y que se convierten en los dueños de todo lo que la vista alcanza. Sé mi pequeño y haz que siempre esté orgulloso de ti.

Te quiere tu hermano,

Oliver.

Apenas había comenzado a leerla, y ya veía como sus ojos comenzaban a agrietarse. No tardó en asomar la primera lágrima. Intentaba que no se le notara demasiado pero no pudo. Miré al perro, que no sabía bien qué sucedía. Se acercó hacia mí y yo me agaché sonriéndole y acariciándole la cabeza. Fue lo único que me abstraigo.

—Mamá, ¿qué significa esto?—yo guardé silencio. Ella me miró jugueteando con el perro. Levanté la cabeza y le devolví la mirada.

—No pensaba contárselo, madre. No pensaba decirle nada, pero ahora ya me da igual que lo sepa. Yo no hice nada malo.

—Pero ¿decirme el qué?—nos miró a ambos, pero parecía que le estuviéramos ignorando. Mi madre y yo nos estábamos hablando sin palabras. Guardábamos silencio, como el que nos había mantenido distanciados durante todos estos años.

—¿Cómo pudiste dejar que ocurriera, madre? ¿Cómo una madre deja que a su hijo le pase eso?

—¡Cállate! ¡Cállate!—rompió a llorar saliendo de allí y dirigiéndose a la cocina. Robert no sabía qué pensar. Vio como una lágrima caía por mi mejilla. Me arrodillé en el suelo y me eché a llorar. Rocky empezó a lamerme. Intenté quitármelo de encima pero no se estaba quieto. Robert vino

de inmediato hacia donde yo estaba y se puso de cuclillas. Echó a Rocky a un lado y me agarró por la cara.

—Hermano, ¿qué pasó? ¿Qué es todo esto?—estaba muy nervioso. Me agarré a sus hombros y descansé mi cabeza sobre él. Me abrazó con esa misma fuerza que le había descrito en mi carta y estuvimos así unos minutos. Robert se levantó y se acercó a la cocina, dejándome allí en el suelo.

—¡Mamá!—se dirigió a pasos agigantados hacia allí. Me levanté y fui tras él. Vi como le arrancaba un vaso a su madre de las manos rompiéndolo contra el suelo y la agarraba con fuerza. Me acerqué a la cocina y vi la botella de lejía sobre el poyo de mármol. Rompió a llorar sobre Robert.

—¡Estás loca! ¿Qué querías hacer?—estaba asustado, viendo que su madre había intentado quitarse la vida. Se había roto por completo. No supe qué decir. Me daba lástima que hubiéramos llegado hasta ese punto pero no me sentía culpable. Puede que diciendo esto parezca insensible, pero nada más allá de la realidad. Yo pasé por eso mismo con casi diecisiete años y si no llega a ser por Nick, no estaría aquí en este momento. Ella era consciente de lo que estaba pasando y no hizo nada por evitarlo. Es a lo único que me agarro para no desmoronarme por completo.

No quiero que me pida perdón, no quiero perdonarla. Solo quiero que me mire, que reconozca lo que pasó, que me lo diga a la cara, que me mire a los ojos y me diga que permitió que aquello ocurriera. Después de eso, me irá. Robert la ayudó a sentarse en una de las sillas junto a la mesa de la cocina, y continuó llorando.

—Aquella noche, sabía que uno de los dos no iba a volver—intentaba recomponerse. Aguanté estoicamente la mirada—Y me alegré de que el que no volviera fuera él—los labios me temblaban.

—¿Por qué no hiciste nada? ¿Por qué dejaste que pasara?

—¿Y qué querías que hiciera, Oliver? ¿Cómo querías que me enfrentara a tu padre?

—¿Sabes que con dieciséis años intenté suicidarme y que si no es por mi amigo Nick no estaría aquí ahora?—ella se derrumbó sobre la mesa de la cocina. Las lágrimas seguían brotándome de los ojos. Robert me miraba lleno

de tristeza. Acababa de oír lo que había dicho y sintió el dolor propio de un hermano.

—¿Qué hizo papá, mamá?

—Tu padre, Robert...—intenté decir desde la entrada de la cocina apoyado en el marco de la puerta. No podía continuar. Me faltaban las palabras.

—Oliver...—trató de detenerme.

—A tu padre le gustaba meterse en mi cama por las noches—. Me eché a llorar tras pronunciar esas palabras. Salí de la cocina y me fui de allí. Abrí la puerta de la entrada y allí estaba Nick apoyado en la barandilla. Me eché sobre él nada más verlo. Estaba totalmente descompuesto. Lloré sobre su hombro y me quedé allí de pie. Nick no me preguntó entendía perfectamente como me sentía.

Robert no sabía cómo actuar. Aún no había asimilado aquellas palabras. Estaba interiorizándolas, y el que su madre se quebrara entre lágrimas cuando pronuncié aquello, le alejó más de ella. Comenzó a caminar hacia el porche dejándola sola en la cocina. Rocky le seguía, sin entender lo que había ocurrido en tan sólo unos minutos. Salió afuera y me vio agarrado a Nick. No pude verlo, apareció de espaldas a mí. Nick se separó un poco. Al verle la cara a mi hermano hizo que me diera la vuelta.

—Oliver...—Mi hermano estaba hecho añicos. Intenté recuperarme, pero no lo conseguía.

—No digas nada, Robert.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué no lo denunciaste?—Mi hermano apenas tenía idea de lo que significaba Joseph Kenner en este pueblo. Nick lo miró y negó con la cabeza intentando que dejase de hablar, pero entendía que mi hermano tuviera mil y una preguntas sobre lo que ocurrió hace más de veinte años.

—Tú eras muy pequeño, Robert.

—Pero tú eras fuerte, ¿Por qué no te resististe?—me costó responderle. No quería hacerlo, pero tenía tanta ira dentro, que no pude aguantarlo.

—Porque me dijo que si me resistía iría a por ti...—me eché a llorar nuevamente. Robert se partió en dos en ese instante y se echó a mis brazos. Nick entró en la casa y vio al fondo del pasillo a mi madre sobre la mesa, llorando desconsolada. Se quedó con ella mientras Robert y yo intentábamos aliviar mutuamente la pena que sentíamos.

Era difícil explicarle a mi hermano cómo cambió mi padre después de la guerra. Sólo tenía dos años y medio cuando regresó.

No fue un hombre cariñoso después de Corea. Robert era solo un niño y pasaba conmigo la mayor parte del tiempo que yo estaba en casa. Fue por ello que me costó tanto marcharme. Para él sólo era el recuerdo de un héroe del pueblo imagino, y lo que mi madre le hubiera contado de él. No creo que tuviera demasiados recuerdos suyos, o tal vez sí, no lo sé y sinceramente tampoco me importaba demasiado.

Sentí lástima al verlos así. Es decir, me alegraba que finalmente se hubieran reencontrado, pero no que hubieran esperado tanto para ello. Demasiado tiempo perdido.... Si Oliver no hubiera esperado tanto tiempo para esto... pero bueno, lo importante es que aunque fuera tarde ya estaba hecho.

Sentí lástima por su madre, la vi sobre la mesa de la cocina, echada sobre su brazo sin poder dejar de llorar. Me senté a su lado, la agarré de un brazo y me miró.

—Señora Kenner, tranquila.

—Gracias, hijo—le apreté la mano, para que se sintiera reconfortada y me quedé con ella mientras Oliver y Robert hablaban.

Sentir que toda tu vida gira en torno a una mentira y tener sólo unos minutos para reaccionar y asimilarlo es lo más duro que le puede pasar a alguien.

No sé de cuando son mis primeros recuerdos con mi padre. Era

pequeño y mi madre no me hablaba demasiado de él. Ahora entiendo el por qué. Al principio no fui muy consciente de por qué se fue Oliver. Sencillamente, ya no estaba. Recuerdo que tenía once años. Entré en mi habitación y se había llevado sus cosas. Le pregunté a mi madre y no supo qué decirme, pero no me dio esa carta. Imagino que no quería que me fuera a buscarlo cuando fuera mayor y la dejara sola, no lo sé. Hablaré con ella cuando las cosas se tranquilicen.

Aquellos días en Fairmont sabiendo que Oliver había vuelto y no había pasado por casa fueron de un dolor insoportable. Nos enteramos porque una amiga de mi madre lo oyó y llamó por teléfono. No podía creer que estuviera allí. ¿Qué le había hecho? Era sólo un niño.... Ahora lo entiendo.

Saber que tu propio padre es capaz de hacer algo así... Me protegió, intentaba protegerme... y a qué precio. Escuché cuando le dijo a mi madre que con dieciséis años intentó suicidarse. Tal vez si no hubiera estado yo lo habría hecho, o sencillamente se hubiera enfrentado a él.

No entiendo a mi madre, no entiendo cómo me ha permitido odiar a Oliver. No le dejé que tuviéramos ninguna fotografía suya en casa, tan sólo una que había sobre el televisor en la que estábamos los cuatro. Sigo sin comprenderlo. Me pongo a pensarlo y sigo sin poder hacerlo.

—¿Por qué no has venido antes, joder?—no me contestó. No sentía fuerzas para ello. Seguí abrazándole con fuerza. No quería separarme de él, otra vez no.

No quiero imaginarme lo que sería sufrir aquello. De hecho, cuando comenzó a hablar... no entendí nada hasta que lo contó todo y todo se derrumbó cuando fui consciente.

Intento ponerme en su piel y encontrar alguna razón para que no se hubiera marchado, pero imagino que yo en su lugar hubiera hecho lo mismo. Me hubiera alejado. Pero, ¿mi madre lo sabía? ¿realmente fue consciente de lo que pasaba y no hizo nada por impedirlo? No me podía creer las palabras que se dijeron el uno al otro. Oliver sólo era un crío, ¿desde cuándo sucedía? ¿fue sólo una vez? ¿varias? Eran tantas las preguntas que tenía, y tanto dolor el que crecía en mi interior, que buscar una respuesta iba a ser complicado.

Recuerdo los homenajes a los que mi madre y Oliver me llevaban,

vestido con un traje militar infantil. Recuerdo cuando todo el pueblo estaba allí delante y aplaudían. Sólo era un niño y me sentía afortunado por ser el más envidiado entre todos mis amigos. Todos querían ser como yo. Todos querían tener a Oliver como hermano, y a mi padre, el que fuera un héroe de guerra, como insignia de su familia. Dios, que mentira he estado viviendo toda mi vida.

Todas las viejas fotografías de mi padre, todas las imágenes que comenzaban a cruzar por mi memoria iban rompiéndose una por una. Recuerdo cuando le preguntaba a mi madre por papá y me decía que se había marchado, pero que volvería, que la guerra le había hecho enfermar, que tenía que marcharse pero que volvería. Esa fue la excusa que me dio cuando aún era un niño, pero al menos tenía a Oliver. Él se convirtió en lo más parecido a un padre cuando sólo éramos tres en casa.

Cuando Oliver desapareció, mi madre no fue tan benevolente. “Oliver se fue porque ya no nos quería y era un egoísta”. Esas palabras se quedaron grabadas en mi cabeza con sólo once años. Y en ese momento mi mundo comenzó a derrumbarse.

Tiré todas sus cosas, no quería volver a ver nada suyo. Una noche, con dieciséis años, había bebido cerveza con mis amigos y cuando llegué a casa, me metí en su habitación y la destruí. No quedó nada en pie. Mi madre entró asustada al oír los gritos que estaba dando y los golpes y se echó sobre mí. Exploté, saqué toda la rabia que tenía dentro y lloré como un niño.

Fue la última vez que hablamos de Oliver. Al día siguiente llegaron unos amigos de la tienda en la que trabajaba mi madre y se llevaron todo lo que había quedado inservible de la habitación, hasta que quedó como si no hubiera vivido nadie allí. Mi madre la decoró a su gusto y la convirtió en un salón para coser en la que ella y sus amigas solían pasar las tardes.

Nadie volvió a mencionar el nombre de Oliver en esta casa, aunque no podía evitar que alguien en el pueblo me preguntara por él. Fui convirtiendo a mi padre en el ídolo que todo el mundo quería que fuese y a mi hermano en mi enemigo.

Fui a verlo a su motel. Quería que se fuera, pero me miró con ojos tristes y no tuve el valor para enfrentarme como lo hice en la oficina del

sheriff. Vi que no tenía miedo, que no estaba asustado, pero no entendía el por qué estaba aquí.

Cuando nos enteramos de lo que había pasado y fuimos al hospital, tal vez algo cambió dentro de mí. Mi madre estaba sufriendo, no podía disimularlo y yo tampoco. Al fin y al cabo era mi hermano y aunque le odiara, aunque no quisiera verle más, le habían disparado. Empecé a preguntarme por qué no quería saber nada de nosotros, pero no ha sido hasta esta noche en la que se ha presentado en la puerta de casa, que he visto que realmente había un motivo y que había vivido engañado toda mi vida.

Me separé de él, e hice que levantara la cabeza, sin apenas tener fuerza para ello. Me miró. No podía mantener una conversación sin romperme por dentro, sin intentar meterme dentro de mis propios recuerdos, arrugarlos y sacarlos afuera. Todas esas memorias plagadas de odio y rencor, que hacían que cada vez que pensara en ellas se retorciera mis tripas.

—Te he echado tanto de menos, Robert—me acerqué al banco del porche y me senté. Limpié las lágrimas con el puño de la camisa e intenté tranquilizarme. Él me siguió y se quedó a mi lado. Me agarró la mano y la apretó fuertemente.

—Ahora ya estás aquí. Has vuelto.

—No puedo quedarme aquí. Si me fui es porque no podía estar más en este pueblo, y no podía estar con ella. Tú no tenías culpa de nada, pero solo tenías 11 años y yo iba a cumplir 19, ¿qué iba a hacer? ¿secuestrarte?

—Ya lo sé—lo comprendía, ¿pero a quién intentaba convencer? Recuperaba a mi hermano, pero no iba a poder verlo cómo a mi me gustaría.

Siento que la vida no ha sido fácil y que no lo es. Siento que el destino se ha cebado conmigo y me ha hecho vivir una ilusión de algo que nunca ha existido. He sentido a un padre que ojalá hubiera muerto en aquella maldita guerra, he odiado el recuerdo de un hermano que lo único que había querido era protegerme y he mimado la tristeza y soledad de una madre que me ha mantenido engañado toda una vida. ¿Cómo logra uno curarse de eso?

Creo que es lo mejor que he hecho. Tenía mis dudas sobre si debía

contárselo a mi hermano o no, pero creo que sin su apoyo, sin sus abrazos, sin sus lágrimas no habría sabido continuar. No sé qué hubiera hecho si hubiera visto a mi madre con ese vaso de lejía en las manos intentando suicidarse. Sí, supongo que lo mismo que él, pero ¡me recordó al puente de Fairmont Hill desde el que miraba como la corriente estaba a punto de llevarme! Cada vez que lo imagino, que lo recuerdo, cada vez que veo a aquel chico corriendo bajo la lluvia, enfangado, intentando ayudarme...

Cuando me lo dijo, cuando me agradeció el haberme recuperado y que ahora me tenía allí... ¿Qué iba a decirle? ¿Quiero que te vengas conmigo a Baltimore? Él tiene su vida en Fairmont, sus amigos, su gente, aunque egoístamente quiera pensar que no tiene a nadie más y que ha tenido una vida tan desarraigada como la mía. No puedo arrancarle de estas raíces y llevármelo a un lugar en el que no tiene nada. No le he preguntado por su vida, no sé si está casado, si tiene hijos, dónde trabaja. No sé nada. Lo único que sé es que su perro se llama Rocky. Hay tanto de lo que hablar, quiero saber tanto de todos estos años de ausencia...

En esos momentos vimos acercarse a Luke Barren, aparcando justo frente a la casa de mi madre. Al principio, no reconocí el vehículo y me sentí algo nervioso, pero cuando se detuvo y les vi bajar, me tranquilicé. Me puse en pie y Robert, sin entender nada, hizo lo mismo. Luke nos vio desde la calle, y se apresuró a acercarse al porche seguido por Jessica.

—¿Alguna vez vais a hacerme caso?—dijo enfadado—Suponíamos que estabais aquí. Hemos estado en el motel pero nadie ha entrado en vuestra habitación desde ayer por la mañana. He supuesto que el siguiente sitio al que vendrías sería aquí después de lo de esta tarde.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Nick saliendo al porche.

—No sabemos nada. Imagino que hasta mañana o pasado los investigadores no dirán si ha sido provocado o no.

—¡Oh! ¡Venga! Por supuesto que ha sido provocado—añadió Oliver. Robert nos miraba sin saber qué decir.

No quería separarme de Robert y él tampoco quería hacerlo de mí. No íbamos a volver a la habitación de hotel para estar encerrados, así que acordamos en regresar a nuestro motel y cambiar de habitación mientras

Luke hacía guardia. Jessica regresaría al Sunrise e intentaría conseguir más tiempo. Nick se quedó en casa con mi madre. Robert no quería que la dejáramos sola después de lo que había ocurrido en la cocina, así que era la única solución. Mi madre no quería moverse de allí y aunque parecía que las palabras de Robert la tranquilizaron un poco, yo no fui a despedirme de ella. No quería verlo de ninguna otra manera, ni poniéndome en su lugar, ni intentando comprender su sufrimiento. Quizás parezca egoísta pero no podía ir contra lo que realmente sentía. A Nick le pareció bien, de hecho, él lo propuso. Entendía perfectamente que quisiera pasar la noche con Robert.

Miércoles, 8 Abril 1959

La carrera hacia un buen rato que había terminado. Emily se marchó a su casa a ayudar a su madre con los niños y con la cena y yo subí a mi habitación. Vi llegar a Oliver con su padre en la camioneta. Los dos bajaron del vehículo. No podía escucharles, pero Oliver, aún sudado, se despidió de él diciendo que iba a dar una vuelta por el bosque antes de que anocheciera, y él, vistiendo el uniforme militar, comenzó a subir los escalones del porche. Pensé en ir y darle una sorpresa, como la vez en la que le alcancé. Bajé las escaleras con rapidez y encontré a mi padre arrastrando una estantería por el pasillo ayudado por Rose.

—Nick, ayúdame. No sabía que estabas arriba.—Tiraba fuertemente del armatoste—Pero, ¿qué te ha pasado en la cara?—no pudo evitar fijarse en mi cardenal. Yo no quise darle importancia, así que sujeté con fuerza el mueble intentando desviar su atención.

—Nada papá, me peleé con un amigo—no quería darle importancia.

—¿Cómo que te has peleado con un amigo? ¿Qué ha pasado?

—Cosas de chicos. ¡Ya está! ¿Pero de dónde has sacado este trasto, papá?—le pregunté mientras le ayudaba a bajarlo al sótano.

—Me lo he traído del instituto. El director me dijo que ya no lo querían.

Tardamos unos minutos en llegar hasta allí. No era excesivamente grande, pero apenas podíamos doblar por las escaleras. Finalmente y asesorados por Rose, conseguimos deslizarlo y arrinconarlo al fondo, donde mi padre se había empeñado en colocar su estudio fotográfico.

Hacía bastante que no bajaba y lo cierto es que parecía totalmente diferente a lo que me había imaginado. Había conseguido separar la zona a través de unas cortinas, era un lugar no muy amplio, pero con el espacio suficiente como para instalar el equipo de laboratorio de revelado de fotografías. Colocamos allí dentro el mueble y me limpié un poco las manos, frotándomelas contra el pantalón.

—Mira Nick—accionó un pequeño interruptor. Se encendió una pequeña bombilla que iluminaba de rojo aquella parte del sótano—Quería habértelo enseñado antes pero nunca estás en casa hijo.

—Eres tú el que nunca está, papá. Y se suponía que querías tranquilidad—me separé de ellos y subí las escaleras. Tanto él como Rose me devolvieron la sonrisa.

—¿A dónde vas ahora?

—Con Oliver—salí por la puerta del sótano.

—Luego hablaremos tu y yo de lo que tienes en la cara. ¿Qué te crees que no me vas a dar una explicación sensata?—hice cómo que no le escuchaba y seguí hacia delante.

El sol estaba bajando, así que eché una carrera en dirección al bosque y cuando llegué a los primeros árboles me detuve. Miré a mi alrededor pero no había señal de Oliver. Quería darle un susto y sorprenderle, así que no le llamé. Caminé un poco más hasta que escuché algo al lado derecho del camino, oí lo que parecía ser un forcejeo. Bajé con cuidado por entre las piedras y arbustos hasta que llegué a mitad del barranco. No podía creer lo que estaba viendo. Tragué saliva.

Oliver estaba tumbado en el suelo, sudado, con la cara sucia, desencajada, recubierta de lágrimas. Su padre le retorció el brazo por la espalda, inmovilizándole. Llevaba puesta una camiseta de manga corta cubierta de barro, los pantalones y los calzoncillos los tenía medio arrancados y su padre con el pantalón caído, empujaba contra él, que ya había perdido cualquier impulso por resistirse. Solo podía escuchar sus gemidos y el forcejeo que provocaban sus piernas contra las hojas del suelo.

Me quedé sin aliento. Tuve pánico. No sabía qué hacer. Quería que

aquello acabara pero ¿cómo?. Miré a mi alrededor, busqué un palo, un tronco con el que... no podía hacer nada contra ese hombre. Volví sobre mis pasos, en el más absoluto de los silencios y cuando llegué hasta arriba asegurándome que no podían verme, ni yo a ellos, le llamé.

—¡Oliver! ¡Oliver! ¿Dónde estás?—pretendía que me oyeran. De pronto, escuché el sonido de unas hojas en el suelo, unos pasos y a alguien marchándose de allí a toda prisa. Fui directamente al lugar en el que había estado hacía escasos segundos y vi a Oliver tratando de cubrirse con una ropa ya inútil. Me miró asustado. Me apresuré hacia él. No quería que supiera lo que había sucedido, pero su cara, sus ropas rasgadas y con toda aquella suciedad por su cuerpo, no podía hablar.

—Nick, yo...—balbuceaba, intentaba buscar una mentira que fuera creíble.

—Le he visto, Oliver— apenas pude decir nada más. Se estableció un silencio entre los dos y no supo contener las lágrimas.

Me acerqué a su lado, me agaché en el suelo y le abracé con fuerza. Era esto, esto era de lo que huía en el puente de Fairmont Hill. Estuve allí hasta que oscureció. Cuando apenas podíamos ver nada, conseguí que se pusiera en pie y comenzara a andar.

—¿Puedes caminar? ¿Estás bien?—le llevé entre los arbustos por los que yo había bajado antes. Me siguió sin pronunciar palabra. Llegamos arriba y se separó de mi.

—Vete, Nick. Vete de aquí—no podía mirarme a la cara.

—¿Qué estás diciendo? No me voy a ir.

—¡Márchate!—me gritó fuertemente haciendo que me asustara. Nunca había visto esa mirada tan fría que sólo mostraba ira.

—Pero.. Oliver...

—Y no le digas nada de esto a nadie, ni a tu padre ni a nadie.

—Yo, no...—comenzó a andar dándome la espalda y me quedé petrificado. Me adelanté y me abalancé sobre su espalda, abrazándole e impidiendo que se marchara.

—Oliver...—se derrumbó. Cayó de rodillas al suelo.

—No lo entiendes...Nick. No puedo mirarte a la cara ahora mismo, no después de lo que has visto.

—Te ayudaré en lo que me pidas, haré lo que me digas.

—No puedes hacer nada, ya no puedes hacer nada más. Suficiente has hecho.

—Pero...

—Es mi padre Nick, es una de las personas más importantes del pueblo. Además, no quiero que le pase esto a mi hermano. Si me enfrento a él, esto le pasara a mi hermano y no podría vivir con ello.

—Y tampoco puedes vivir ahora.

—¿Y qué quieres que haga?—se volvió a mí y me miró a la cara. Yo no supe qué contestarle. Guardamos unos minutos de silencio. No supe a dónde mirar. Volvió a ponerse en pie y yo hice lo mismo.

—Nick, quiero que vayas a tu casa y hagas como que no ha pasado nada.

—Joder, no puedo hacer eso.

—Entonces olvídate de mí y no me veas durante un tiempo.

—¡No!

—¡Pues olvídale!—se separó de mí y comenzó a andar hacia el descampado. Me quedé allí quieto sin poder moverme.

Jamás hubiera imaginado que el motivo por el que quiso quitarse la vida fuera ese. Pensé que su padre le golpeaba o que lo hacía con su madre, pero nunca hubiera imaginado aquello. Alguien como él, fuerte, siempre sonriente, siendo la envidia de todos. Me sentía incapaz de poder pensar en algo para ayudarlo. ¿Qué podía hacer un chico de quince años? No podía contárselo a mi padre, pero ¿por qué no? Tal vez, pudiera ayudarlo, tal vez Oliver no volviera a hablarme nunca más pero al menos conseguiría que ese dolor acabara...o quizás tenía razón y no serviría para nada.

Sabía que denunciándole no conseguiríamos nada. Pensé en la noche en

que mi padre se acercó a su casa y lo que ocurrió a continuación. Joseph Kenner era intocable en este maldito pueblo. Aquello continuaría y Oliver seguro que se llevaría alguna paliza y tal vez intentara volver a quitarse la vida. No, no podía hacerlo. ¿Qué, entonces? Sí, seguir con él, a su lado, pero me pide que borre esto como si no hubiera pasado... No puedo hacerlo. ¿Cómo voy a conseguir quitarme de la cabeza esta imagen tan dolorosa?

Caminé hasta llegar a casa, siguiendo las huellas que había dejado Oliver al marcharse. Subí a mi habitación y cerré la puerta. Me tumbé en la cama y pensé en mi madre. No sé por qué lo hice. Pensé en ella y algo dentro de mí hizo que me levantara, encendiera una vela y la colocara en el alféizar de la ventana. Me volví a acostar y me dormí mientras la miraba.

Sábado, 22 Octubre 1983

Contesté a todas las preguntas que hizo Oliver. Él parecía algo más esquivo conmigo insistiendo en que su vida no tenía nada relevante, pero tampoco la mía era muy interesante, ni lo había sido. Me limité a seguir en el instituto y a trabajar de mecánico en el taller de Dwight Fledmon. Fairmont no me había aportado nada más. Nuestra madre no pudo cobrar la pensión de viudedad, ya que nuestro padre había desaparecido. Llegué a pensar que estaba muerto, los dos lo pensamos o al menos quisimos hacerlo.

Se limitaba a decir que la guerra le había matado, que no había sido el mismo desde que regresó y por esa razón cuando le dije que quería alistarme para ir a Vietnam casi le dio un infarto. La vi realmente mal, así que me lo replanteé y me quedé en Fairmont. Muchos de mis amigos no volvieron, fue triste verlo así, pero me sentí afortunado por haberme quedado. Después de la desaparición de mi padre y de la marcha de Oliver, nadie me vio como un cobarde, sino que la gente veía a un chico que se quedaba a cuidar de su pobre madre.

No me marché por miedo a que le pudiera pasar algo. Creo que ese fue el motivo principal que me impulsó a quedarme aquí. Tuve una novia varios años, Samantha Douglas pero rompimos ante mi negativa a marcharme del pueblo. Desde entonces no ha pasado mucho por mi vida. Cuando ella me dejó, me quedé bastante tocado y no tenía ganas de volver a empezar ninguna

relación con nadie, así que me limité a adoptar a Rocky y a seguir trabajando. No quería dejar sola a mi madre, y bueno, creo que me acostumbré a ello.

Había una cosa que todavía no le había preguntado y no sabía cómo hacerlo. Cuando descubrieron los restos de nuestro padre... cuando nuestra madre dijo eso de “sabía que uno de los dos no volvería”, ¿tuvo ella algo que ver en su desaparición? ¿cómo ocurrió? ¿que le sucedió? Tenía un montón de preguntas y no sabía por dónde comenzar.

Oliver y Nick se instalaron en la habitación 221, y el agente del FBI en la contigua. Trasladamos todas las cosas suyas y de Nick y nos quedamos allí dentro. Luke nos prohibió que saliéramos. Ni siquiera podíamos abrir la puerta ante cualquier novedad. Unos golpes a través de la pared servirían para comunicarnos. Entramos y Oliver fue directamente a la mesita que separaba las dos camas y la apartó de allí. A continuación juntó las camas y se tumbó en la de la izquierda. Me quité las botas que llevaba, salté por encima y me quedé a su lado.

—No te imaginas la de tiempo que hace que he pensado en esto, y te aseguro que dudaba de que volviera a ocurrir.

—Ya te lo he dicho, si me hubieras contado todo esto...¿Por qué no lo hiciste?¿o por qué no me escribiste ?

—¿Y cómo se hace eso Robert? ¿Cómo lo iba a hacer? ¿Te escribo y te digo que nuestro padre abusaba de mí?¿Que nuestra madre lo sabía y no hizo nada? ¿Que por eso me marché?

—¿Cuándo empezó?—Oliver apagó la luz. No quería que le mirara a la cara mientras hablaba del pasado, o al menos, no quería sentirse observado.

—Yo tenía catorce años, Robert. Fue unos años después de que volviera de Corea. Tú eras un renacuajo.

—¿Y hasta cuándo?

—La noche que desapareció fue la última vez. Tú tenías nueve años.

—¿Tanto tiempo? Dios—no podía creerlo.

—Dependía del mes, de la semana, del año. A veces pensé que se había acabado, que ya no iba a hacerlo más, pero cuando menos lo esperaba

aparecía. No sé lo que le pasó en la guerra. Antes no era así, era el mejor, un buen padre, pero desde que volvió...

—¿Cómo te diste cuenta de que mamá lo sabía?

—La última vez que ocurrió la vi llorando al otro lado de la puerta de mi habitación, y se marchó dejándonos allí.

—¿Esa noche a la que se refería mamá fue la última vez?

—Yo no lo maté, te lo juro que no lo hice—volvió su cabeza hacia mí. Le observé detenidamente a través de la escasa luz de la habitación e intenté memorizar sus rasgos, su cara.

—No estoy diciendo que lo matarás. No pienso eso—aunque sí que era cierto que la idea me había cruzado por la cabeza, y que posiblemente hubiera entendido que lo hiciera a pesar de ser nuestro padre.

—Escuchamos dos tiros. Estuvo persiguiéndome por el bosque pero no volví a saber nada de él.

—¿Escuchamos? ¿a quién te refieres?

—A Nick. Nick estaba conmigo, vino a ayudarme.

—Los periódicos no han dicho nada de que fuera asesinado.

—Ya lo sé. El FBI no sé por qué no quiere que la prensa lo sepa, pero el cráneo tiene dos agujeros de bala—no podía dar crédito a todo aquello. ¿Asesinado? En fin, tampoco sé de qué me extrañaba, porque en un par de horas todo lo que conocía se había esfumado.

—¿Por qué has venido ahora?

—Pues porque Nick me llamó para decirme que habían encontrado los restos y... toda mi vida estaba siendo una mierda desde que me marché. Bueno, ya lo era antes de eso.

Me puse a pensar en lo duro que habría sido sobrellevar todo aquello. Haber estado conviviendo con él durante aquellos últimos años, tener que ver a nuestra madre, saber que sabía lo que ocurría, marcharse y alejarse de mí y de todo lo que conocía. Me contó su incapacidad para poder mantener una relación sentimental, el poco interés que sentía por la vida, haber estado de

trabajo en trabajo sin que nada pudiera llenar el gigantesco vacío que sentía. Me dijo que vivió en varios sitios, que fue a Vietnam, y que finalmente tomó Baltimore como su destino definitivo, pero que se sentía la persona más solitaria del mundo. Sentía tanta lástima por él... Y yo pensando que mi vida era una mierda. Me dormí abrazado a él. Creí que lo había olvidado, o al menos quise hacerlo, pero aquel calor familiar regresó rápidamente como si jamás hubiera desaparecido.

Vivianne me bajó unas mantas y me preparó el sofá. Me prometió que no intentaría hacer ninguna estupidez, pero aún así, no las tenía todas conmigo. Me trajo un sándwich con sobras de la comida y lo agradecí. Se sentó a mi lado en el sillón e intenté darle conversación para que se quedara conmigo y no se marchara a su habitación. No iba a dejarla sola, pero tampoco quería parecer demasiado insistente.

Es curioso como hasta ese momento, apenas había reparado en mí. Hasta que no se presentó Oliver frente a su puerta no hubo ninguna palabra, ni ningún gesto. Al menos, Robert se acercó a mí en el hospital, pero ella, imagino que asustada por lo que pudiera pensar, o por si sabía toda la verdad, prefirió mostrarse distante, aún sabiendo lo que mi padre hizo por Oliver y cómo se preocupó por él.

—Siempre has sido un buen chico, Nicholas—bebió un poco de leche caliente mientras veía como devoraba aquello—Tengo tanto que agradecerte por haber cuidado siempre de mi Oliver.

—No fue nada. Fue la mejor persona que conocí durante el tiempo que viví aquí.

—Ay, Dios mío...—se echó a llorar. Dejé lo que quedaba de sándwich sobre la mesa, y me acerqué a ella. La cogí las manos e intenté consolarla.

—No se preocupe, ahora ya está, Oliver ha vuelto.

—No merezco vivir. No merezco estar viva—no sabía qué decirle. ¿Cómo le ayudaba a mitigar aquel sentimiento de culpa?

—Todo eso fue hace mucho tiempo, señora Kenner. Ahora eso ya está olvidado—evidentemente no era cierto, pero sé que necesitaba escucharlo.

—Jamás podré olvidar lo que mi marido le hizo a nuestro hijo, jamás. Me lo quitó, me lo arrebató—guardé silencio.

—Échese hacia atrás y descanse.

—Tú lo sabías todo, ¿verdad Nicholas? Te lo contó Oliver ¿verdad?— asentí. Apenas pronuncié palabra—Pensaste que era una madre horrible, ¿verdad?

—No. Era muy pequeño para pensar nada, señora Kenner.

Necesitaba desahogarse. Llevaba años así, sin poder hablar con nadie, viéndose reflejada en el espejo como una bruja. Me contó cómo se sentía, el dolor que tenía cada vez que Oliver entraba en casa y su marido estaba por allí. No estuvo segura de lo que ocurría hasta que aquella noche lo vio allí en su habitación. Hasta entonces sólo meras sospechas que le hacían daño sólo imaginarlas. Pensó en envenenarlo, en matarle, pero tenía miedo a que le descubrieran, a dejar a sus hijos solos. De cualquier modo, no quería creerlo. No podía hacerlo. Su marido, ese hombre tan importante... era inconcebible. Quizás por eso dejó que ocurriera sin querer admitirlo.

Sintió un alivio cuando desapareció, pero supo que esa noche, aquella última noche, cuando Oliver la vio, sería el principio del fin.

—Me vio allí de pie, me vio. Quería pedirme ayuda y no podía hacerlo. Yo me fui dejándole con esa maldita bestia. Cayó por la ventana.—Recordé esa noche. Volví a revivir aquellos momentos y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. —Pensar que eso podía pasarle a mi pequeño Robert...

¿Su pequeño Robert? ¿Qué había de todo lo que sufrió Oliver? Estuve a punto de levantarme y gritarle mil y un improperios, pero me contuve.

—Los únicos momentos en los que estaba tranquila era cuando mi marido se iba de caza una vez al mes con sus amigos—ese último comentario despertó mi curiosidad.

—Señora Kenner, disculpe que la interrumpa. ¿Usted se acuerda de esos hombres? Los amigos de su marido quiero decir, con los que se iba esos fines de semana—desvié todo aquel dolor hacia un tema concreto. Guardó silencio. Pensó durante unos instantes y me miró.

—Sí, claro que me acuerdo.

—¿Eran los que venían a los homenajes? ¿Sus compañeros de Corea?— ella asintió—¿Sabría cómo encontrarlos? ¿O tiene alguna fotografía de ellos? ¿O sabe algo de alguno?

No les había estado prestando atención a Emily y a los agentes cuando Oliver y yo estábamos jugando a poker, pero recuerdo algo de lo que hablaban.

—Creo que entre las cosas de Joseph de la guerra puede que haya algo... Pero todo eso está en la buhardilla.

—¿Le importa si echo un vistazo? Creo que podría ser importante.

—¿Importante para qué?—no podía decirle nada de lo que estaba pasando. No podía contarle que alguien quería matar a Oliver, se volvería loca, pero algo tenía que decirle. Quería que siguiera pensando que los disparos de ayer, sencillamente había sido un accidente. Si ahora le contaba lo de la explosión en el hospital y que no tenía nada que ver con el Gobernador, o todas las sospechas que tenía en la cabeza...

—Oliver quería saber todo lo que le pasó a su padre durante la guerra para intentar comprender lo que le ocurrió y saber qué produjo un cambio— traté de dar credibilidad a lo que estaba contando. Pareció entenderlo. Se levantó del sillón.

—Hace años que no se ha tocado nada de lo de ahí arriba, Nicholas— me condujo por las escaleras hacía la planta superior.

Llegamos justo debajo de la trampilla ubicada sobre nuestras cabezas, en mitad del pasillo. Se acercó a la que fue la habitación de Oliver, cogió un taburete y lo colocó justo debajo.

—Nicholas, suelta el cordel—me indicó que subiera y descolgara la cuerda del gancho que la mantenía sujeta al techo. Una vez suelta bajé del taburete y tiré de ella, desplegando la pequeña escalerilla de madera que subía hasta la buhardilla.

—Yo no voy a poder subir ahí. Tengo serios problemas de cadera.

—Tranquila, señora Kenner, yo me ocupo.

—La luz está en mitad de la habitación. Tira del cordón de la bombilla

—intenté caminar a tientas entre tanta caja con la que iba tropezando, pero pronto la alcancé, tiré de ella y miré a mi alrededor. Tampoco es que la bombilla fuera demasiado potente, pero lo suficiente para reconocer el lugar. Había muchísimas cajas apiladas unas sobre otras, espejos, trastos viejos y gran cantidad de polvo. No sabía por dónde empezar.

—Creo que todo lo de mi marido está en un arcón de madera, pero no estoy segura—comencé a rebuscar, apartando caja tras caja buscando ese arcón, pero no había forma. Una cuna, dos mecedoras, un magnetófono, dos cajas llenas de discos, ropa, libros.... No sabía por dónde empezar.

CAPITULO VII

Llegar a Fairmont a ayudar a Luke no parecía ser algo demasiado interesante. Si no me hubiera pedido ayuda no lo hubiera hecho, era algo que parecía sencillo, pero a medida que íbamos adentrándonos en la historia todo se complicaba cada vez más.

Mi vida no tiene gran trascendencia. Conocí a Luke en Quantico, Virginia, cuando los dos aspirábamos a los trabajos que ahora tenemos. Era un chico con demasiados problemas. La culpa era principalmente por su forma de ser. Siempre hacía suyas las dificultades de todo el mundo y así era imposible que estuviera tranquilo. Yo, en cambio, aunque algo me afecte, nunca doy muestras de ello. No es que sea de hielo, aunque a Luke le encante describirme como tal, sino que en este trabajo ves demasiadas cosas. Gente nueva continuamente. Sabía que llegar aquí sería una continua discusión con él y con su manera de enfocar el caso, aún así lo hice. Aquella periodista inmiscuyéndose, los dos implicados con los que estaba trazando un vínculo que iba más allá de lo profesional...esto no iba a acabar bien.

He intentado distanciarme de él muchas veces laboralmente debido a la relación que tenía su padre con algunos de nuestros jefes. Siempre iba a salir

perdiendo y bastante me había costado ya llegar a dónde estoy ahora.

Hablar con ese hombre era una de las cosas que más detestaba, me hacía sentir inferior. Siempre lo lograba. Por mucho que quisiera que me viera como una agente más, nunca conseguía que me tomara en serio. Siempre cualquier reproche era más adecuado que cualquier distinción.

—Señor, no puedo hacerlo.

—Saca a mi hijo de ahí como sea, Jessica. Se suponía que tenías influencia sobre él.

—Y la tengo, señor, la tengo, sólo que esto no es tan sencillo como parece.

—Le enviamos allí para que se sintiera útil y diera carpetazo a algo que no tenía más vuelta de hoja. Ir, pasar dos o tres días allí y volver.

—Lo sé, lo sé, soy consciente de ello, pero a medida que avanzan los días, esto no parece que sea algo tan sencillo.

—Jessica, he estado hablando con tu superior.

—Lo sé, señor.

—Mi amigo Lawrence Chapman, que fue senador durante seis años por Missouri, su hijo, Andrew Chapman, actual senador por Delaware... No quiero decirte la influencia que puedo llegar a tener. Así que mételo en un coche y tráelo de vuelta a Washington de inmediato—colgó el teléfono. Me quedé allí sentada sobre la cama.

Odiaba que me hablaran así. Me repugnaba todo ese nepotismo y el uso de las influencias para hacer lo que a cada uno mejor le convenga. Luke no era demasiado difícil de convencer, a excepción de que se le metiera algo entre ceja y ceja. Precisamente algo como esto.

En un principio, como bien ha dicho su padre, fue algo para mantenerlo motivado y que no pensara que únicamente servía para papeleo burocrático, pero yo misma estaba viendo que eso tenía un trasfondo totalmente diferente a lo que imaginábamos.

Acababa de hablar con nuestro jefe y aunque he intentado hacerle ver que necesitábamos más tiempo, su respuesta ha sido la misma. El lunes lo

prepararía todo para realizar un funeral militar y al día siguiente y regresaríamos a Washington, tal y como el padre de Luke quería. ¿Tanta influencia podía llegar a tener ese hombre? Trabajó para el gobierno hace muchos años pero nunca tuvo un cargo importante. Cuidó muy bien de que su hijo se convirtiera en alguien destacado, pero con tanta sobreprotección lo único que conseguía es que le transformaran en alguien contenido, cuando lo que en realidad deseaba era hacer algo como esto, saltarse las normas y obtener resultados. No iba a ser fácil llevarme a Luke de aquí.

Madrugada Domingo, 23 Octubre

Eran más de las dos de la madrugada cuando encontré el dichoso arcón, detrás de una pila de cajas de madera que sólo contenía botellas vacías. Sí, ya sé que debería haber empezado por localizar el maldito baúl, pero como me dijo que no estaba segura del todo, tampoco perdía nada buscando en todas partes.

Lo arrastré hasta el centro de la habitación justo debajo de la bombilla, pero cuando lo abrí, apenas encontré nada interesante. Un viejo uniforme bien doblado en una funda de plástico para que no cogiera polvo y algunas viejas revistas playboy de los años 50. No había nada más. Miré a ambos lados, aún me faltaba media habitación por escudriñar. Hacía rato que no escuchaba a su madre por allí, así es que bajé por las escaleras y la encontré durmiendo en la mecedora que había en la habitación de costura. Volví sobre mis pasos sin hacer ruido y continué buscando.

Encontré un poco más tarde, una caja de cartón en la que había ropa militar, viejos libros, postales y cartas atadas con un lazo. Era todo de Corea. Eso era lo que buscaba. Me arrodillé en el suelo y comencé a sacar de la caja ordenadamente todo lo que contenía.

Cogí el fajo de cartas y deshice el nudo. Fui mirando una por una. Todo era correspondencia entre la señora Kenner y su marido. Nada importante. Abrí una de esas cartas por mera curiosidad pero eran las palabras de un hombre que intentaba no preocupar a su esposa prometiéndole que regresaría pronto, que se moría de ganas de ver a sus hijos, que echaba de menos su hogar... La volví a guardar y las dejé a un lado. Encontré una biblia. Tenía

varios párrafos subrayados. Decidí echar luego una ojeada con más detenimiento y la aparté junto con las cartas. Un viejo casco militar, una cantimplora, varias medallas guardadas en sus respectivos estuches y una caja metálica llena de fotografías.

Comencé a verlas una por una, pero la cara de Joseph Kenner era la única que reconocía. Fotografías con su división mostrando sonrientemente su M1 entre manos, con el equipo de paracaidistas en su campamento, sentado junto a un tanque M4 Sherman. Diferentes instantáneas en distintos momentos. Posaba con algunos de sus amigos o eso parecía. Guardé la caja junto con la biblia y las cartas. Saqué por último una bandera estadounidense doblada y no encontré nada más. Me levanté, cogí todas las cosas que pensé que me servirían y bajé con cuidado para no despertar a la señora Kenner con el sonido de la escalera.

Fui al comedor y me tumbé en el sillón. Comencé a leer las cartas hasta que el sueño se apoderó de mi y caí rendido.

Domingo, 23 Octubre 1983

Eran las seis de la mañana cuando Lance me recogía. Hablé la noche pasada con él y le convencí para acompañarme a Evansville y fotografiar los restos de Joseph Kenner. Revisé en casa mis archivos y no había ninguna fotografía en la que pudiera apreciarse los dos orificios de bala en el cráneo. Todas las fotografías estaban tomadas en planos más generales.

Lance era uno de los mejores fotógrafos con los que había trabajado y a diferencia de su compañero Jerry Feldman, la juventud hacía que sintiese pasión por su trabajo y no le importaba si tenía que infringir alguna norma para conseguir la fotografía perfecta. Estuve hablando con él un buen rato, a pesar de que eso me conllevó una fuerte discusión con Jeff, ya que durante estos días apenas había puesto un pie en casa. Tenía razón, pero nunca pasada nada en Fairmont, así que no podía ignorarlo.

Lance revisó sus negativos y demás fotografías no usadas en las ediciones publicadas, esperando encontrar alguna que pudiera evitar que nos coláramos en las instalaciones del Servicio Médico Forense, en donde se encontraban los restos de Joseph Kenner, pero no había nada tan destacado como para sacarlo en portada.

No podía dar crédito a lo que le había contado, así que se mostró mucho más que interesado en acompañarme de lo que pensaba y me dio las gracias una y mil veces por haber contado con él y no con Jerry.

Necesitábamos una buena toma para incluirla en la portada del martes, pero además, necesitábamos toda la información pertinente que acompañara a la fotografía, en caso contrario, Peter jamás me dejaría publicarlo. Me recogió en la puerta de casa y nos dirigimos allí. Evansville tan solo estaba a una hora y diez minutos de Fairmont, así que si todo salía bien sería cuestión de un momento.

Me recogió en el Chrysler imperial blanco del 81 de su padre y nos dirigimos rumbo hacia allí. Le conté durante el camino lo que había descubierto, pero obviando cualquier referencia a Oliver y su pasado.

Evansville era una bonita ciudad. Tenía todo lo que no encontrábamos en Fairmont. Conocía a algunas personas allí pero hacía mucho que no iba. El centro se encontraba prácticamente desierto los fines de semana. La gente solía hacer vida en los suburbios como cualquier ciudad norteamericana. Atravesamos las grandes avenidas sin que apenas nos cruzáramos con nadie.

Cuando localizamos las dependencias forenses, justo detrás de los juzgados, detuvimos el coche unas manzanas antes y bajamos. Era una gran avenida a las afueras de la ciudad. Lance llevaba su pentax en la mano.

No había nadie por las inmediaciones. Había un oficial de policía y un

coche aparcado en la puerta de los juzgados, pero nada más. Cruzamos por una estrecha calle en uno de los laterales del edificio y nos acercamos a la entrada de las instalaciones pero estaban cerradas. Empujamos la puerta y no hubo suerte. Rodeamos el edificio y cuando llegamos a la parte trasera, Lance se dirigió a unas escaleras que conducían al sótano. Aquella puerta también estaba cerrada. Regresó conmigo nuevamente. No había forma de entrar, al menos eso pensaba.

—¡Ven aquí!—intentó no levantar demasiado la voz. Fui deprisa hacia donde él estaba y vi unas pequeñas ventanas casi a ras de suelo.

—¿Quieres entrar por ahí?

—¿Por dónde sino?—miré a ambos lados. Estábamos solos.

No eran demasiado grandes pero creo que podríamos caber por aquellos huecos rectangulares. Lance se alejó unos metros giró la esquina de la calle y regresó con un ladrillo que había encontrado cerca de un coche abandonado, y sin que pudiera reaccionar, de un golpe secó, rompió el cristal de una de las dos ventanas, introdujo la mano por el lado inferior y abrió el pasador. Sujetó la ventana para que yo entrara después de haber sacado todos los cristales que continuaban adheridos al marco y me colé dentro con mucho cuidado. Salté al suelo y esperé a que él hiciera lo mismo.

Estábamos en una especie de trastero lleno de utensilios de limpieza, sacos con ropa sucia, estanterías con montones de cajas... me acerqué hasta la puerta. Las luces no estaban encendidas pero se vislumbraba algo en la oscuridad del pasillo gracias a que la mayoría de las puertas no estaban del todo cerradas.

Caminamos mirando en todas las habitaciones, pero la gran mayoría estaban destinadas a archivos o almacén. Al fondo del pasillo había una doble puerta metálica. Tenía que ser allí. Lance se me adelantó y la abrió. El olor a formol nos inundó por completo. Tuvimos que llevarnos las manos a la nariz y cubrírnoslas. En efecto debía ser allí. Había dos plataformas blancas a modo de mesas en mitad de la sala hechas con baldosas blancas, del mismo color y misma forma que el resto de las paredes. En la parte izquierda de la habitación había grandes estanterías, una mesa metálica y una silla. En la parte derecha, había seis cámaras frigoríficas.

Fui directamente hacia los papeles que había sobre la mesa metálica y comencé a revisarlos. Lance se dirigió a las cámaras frigoríficas.

—Lance, lleva muerto más de veinte años. ¿para qué quieres que lo refrigeren?—él sonrió, y desistió en esa tarea. Fue hacia la estantería y empezó a revisar lo que allí había.

—Aquí no hay nada—revisó todas las etiquetas correspondientes a las cajas que se apilaban allí. Me senté en la silla y estuve ojeando todos los informes recientes. Abrí el cajón que se encontraba debajo de la mesa y revisé los nombres de la etiquetas de las carpetas alineadas una tras otra.

—Aquí está—la saqué de allí. Lance vino hacia mí y se colocó detrás. Comencé a leer los resultados de los análisis realizados a los huesos y efectivamente, doble orificio de bala en parietal derecho de un calibre .357, seguía detallando las condiciones de los restos óseos, su identificación y demás parámetros. Iban adjuntas varias fotografías de los restos, pero me quedé observando detenidamente una en la que se distinguían perfectamente los agujeros de bala.

—No están los huesos—Lance miraba a nuestro alrededor.

—¿Qué vamos a hacer?—me sentía indecisa. Si nos lleváramos aquello no sé hasta qué punto podríamos publicar la noticia. Una cosa es que tengamos nuestro propio material, pero...

—Coge la carpeta y vámonos de aquí—apuntó Lance viendo cómo miraba una y otra vez las fotografías. Decidí hacerle caso y salimos dejándolo todo como lo habíamos encontrado. Regresamos en silencio al trastero por el que nos habíamos colado y salimos del mismo modo que habíamos entrado.

Me despertó la madre de Oliver. Me había quedado frito en el sillón con una carta entre las manos. Me zarandeó suavemente y reaccioné de inmediato.

—Señora Kenner...—me incorporé. Ella vio las cartas que había estado leyendo y se sentó a mi lado cogiendo una del suelo.

—¿Las has leído?

—Sí, espero que no le moleste.

—No, no, para nada. Hace mucho tiempo de eso...—recordé. La observé. La miré detenidamente. Vi que sus ojos comenzaban a nublarse pero reaccionó rápidamente—Aquí solo encontrarás palabras, Nicholas, nada más, pero éste no fue el hombre que volvió de la guerra.

—¿Qué fue lo que cambió?

—Todo. Todo cambió. Al principio no le di mucha importancia, pero poco a poco fui notando cosas que me hicieron pensar qué algo le pasaba, aunque no le dije nada—le mostré mi interés y la escuché atentamente—Cada vez pasaba menos tiempo con Oliver y al pequeño, a Robert, que prácticamente no lo conocía, no le prestaba demasiada atención—cogí la caja metálica con las fotografías y se la di.

—Señora Kenner, ¿reconoce a los amigos de su marido? ¿los que venían a los homenajes que se hacían aquí en Fairmont?

—Déjame ver—las cogió entre sus manos y las miró detenidamente—Sí, éste es Russell—señaló una foto en la que estaba su marido con él, sonrientes, cogidos por los hombros.

—¿Russell qué más?¿sabe su apellido?—se quedó pensando unos minutos.

—No lo recuerdo, Nicholas. Sé que era Russell. Se quedó aquí en una de las ocasiones en las que vino.

—Señora Kenner, ¿tiene un lápiz?

—Sí, hijo, un momento—se levantó y regresó de inmediato con uno pequeño. Tomé la fotografía en cuestión y escribí aquel nombre en la parte de atrás. Continuó pasando fotografías. Estos dos son Douglas y Jeff. Douglas Fisher y Jefferson Dillane, de ellos sí que me acuerdo bien. Iban todos los meses a pescar un fin de semana a Shawnee. Ellos dos, Russell y Will.

—¿Dónde está eso?—lo ignoraba por completo.

—Es el Parque Natural de Shawnee en Illinois. Creo que Will tenía una cabaña allí.

—¿Will?

—Sí—dijo ella rebuscando entre las fotos—William Cushman, aquí esta. Ellos eran los cuatro amigos de Joseph—me mostró una nueva fotografía. Los dos estaban apoyados junto a un tanque, sonrientes.

—Con los que se iba a cazar ¿verdad?

—Sí.

Aparté las fotografías con los cuatro nombres en la parte posterior. Vivianne vio aquella vieja biblia en el suelo y la cogió.

—¿Y esto?—me preguntó con cierta duda. Se la tomé y la abrí.

—No lo sé, estaba en la caja con todo lo demás y tiene varios párrafos subrayados. Pensaba leerlos, pero me quedé dormido—la hojeé. De pronto, me llamó la atención algo en lo que no había reparado antes. En la cubierta trasera, adherida con algún tipo de adhesivo a la parte interior había una pequeña llave de metal. La despegué sin encontrar mayor dificultad y se la enseñé.

—¿De dónde es?—ella la miró detenidamente.

—Pues...—titubeó— ...Nosotros teníamos un escritorio pero no sabría decirte. Eso fue hace mucho tiempo.

—¿No lo tiene todavía en casa?—negó con la cabeza.

—No. Estaba en el sótano, pero Robert quiso hacerse una habitación más grande y sacó todos los muebles que teníamos allí. Lo tiraré imagino.

—¿Le importa si me la quedó?

—Quédate lo que quieras, hijo. Todo lo que Oliver necesite—se puso en pie.

—¿Quieres que te prepare un buen desayuno, Nicholas?

—Sí, por favor.—Echaba de menos los copiosos desayunos de los cincuenta. En Nueva York no podía encontrar nada parecido.

Me desperté hacia las nueve y media, y lo primero que vi fue a mi hermano a mi lado, durmiendo plácidamente. Sonreí. No podía dejar de pensar en cuánto tiempo había desaprovechado por mis miedos y mis

inseguridades.

No me preguntó sobre quien me disparó, y me pareció extraño, tal vez pensara que me molestaría o qué me haría sentir incómodo. Prefería saber de mí, de todo este tiempo que habíamos estado alejados. Y la verdad es que lo agradecía.

La pasada noche, a pesar de que tuve que sacar fuera todo el dolor que había intentado mantener controlado tanto tiempo, el resultado fue satisfactorio. Recuperé la confianza en mí mismo y por primera vez en mi vida, después de dejar Fairmont, no me sentí solo.

Me puse a pensar en quién querría verme muerto, en lo que había hecho para que las cosas se torcieran de esa manera. Hasta hacía unos días, apenas me importaba lo que pasara con mi vida, siempre me había considerado una persona gris, una sombra que no le importaba a nadie, que solamente seguía unas rutinas y que no esperaba nada. No esperaba nada de la vida de igual modo que ella no esperaba nada de mí.

Volver a Fairmont me había aportado una nueva ilusión y ahora, en estos momentos, me daba cuenta de ello. Volver a pasar horas y horas con Nick y ver a Emily, me hacía sentir bien y por supuesto, tener a Robert a mi lado. No quise pensar demasiado en mi madre, intentaba ponerme en su lugar pero no podía, no podía imaginarla, mirarle a la cara y recordar la noche en la que la vi. La tenía grabada a fuego en mi memoria y me sentía incapaz de no pensar en ese instante cada vez que escuchaba su nombre.

Me levanté de la cama, me puse unos pantalones vaqueros y fui al baño. Cuando salí, Robert seguía durmiendo, así que me senté en una silla. La habitación estaba parcialmente a oscuras y me quedé mirándolo y recordando los años que pasé cuidando de él.

CAPITULO VIII

Hacía más de 20 años que no ponía los pies en Fairmont. Iba pensando en ello desde que me senté en el avión. Las casi tres horas de vuelo hasta Indianápolis, más las dos horas y media en coche hasta Fairmont me habían dado tiempo suficiente para volver a revivir aquellos tiempos.

Recuerdo el día en que llegué con el pequeño Nick, alejándome de cualquier cosa que me recordara a Sophia y a nuestros días en Adel, Iowa. Hicimos lo posible para que Nick apenas se diera cuenta de su enfermedad y sus días transcurrieran con normalidad. Era demasiado pequeño para comprender cómo funcionaban las cosas.

Cuando Sophia murió, nos trasladamos a Fairmont. Fueron unos buenos años. Llegué a este pueblo con una intención pero todo fue diferente a

lo que imaginaba. Quería aprovechar el tiempo para escribir, estar con Nick, relajarme, pero desde el primer día en que puse los pies en el instituto, su director, Fred Edwards, se encargó de introducirme en la vida social del pueblo. Fred y yo hicimos muy buenas migas, era un hombre mayor y quería jubilarse siendo el director de aquel centro. Siempre me trató como a un hijo, algo que me extrañó demasiado, pero tratándose de un nuevo lugar en el que me estaba instalando, lo agradecí.

Al principio no llevaba demasiado bien el hecho de tener que acudir a un sinfín de reuniones, cenas y eventos, pero poco a poco fui familiarizándome con ello y como veía que Nick comenzaba a relacionarse con los hijos de los vecinos, dejé de preocuparme por él.

No le vino mal. Le estaba sobreprotegiendo, siempre lo había hecho, pero el año anterior antes de venir aquí lo hice mucho más. Me gustó verlo aprendiendo de sí mismo, llegaría a ser una gran persona.

No sé cómo conoció al mayor de los Kenner. Hasta el momento siempre me lo había contado todo, o al menos lo más relevante. No me decía cuando los chicos se metían con él por ser el nuevo pero siendo profesor, sabía que eso era lo habitual. Sentía el que nos hubiéramos trasladado varias veces antes de llegar a Fairmont, pero con la enfermedad de su madre, cada vez teníamos que estar más cerca de los hospitales y eso suponía buscar una ubicación más próxima a los centros médicos. Fueron cuatro las veces que nos mudamos en menos de dos años.

Pronto me di cuenta de los problemas que tenía Oliver y en qué medida eso iba a afectar a mi hijo. En un principio, no sabía cómo enfocarlo. Les escuchaba hablar todas las noches hasta las tantas sin que se percataran que de noche, el silencio hacía que las paredes se convirtieran en finas láminas de papel a través de las que podía escucharse incluso su respiración.

Fue la noche en la que me presenté en su casa y ese mal nacido me atizó cuando me di cuenta de que no se podía hacer nada. Fred me advirtió que lo dejara correr, que esas cosas pasaban en las mejores familias. Recuerdo que me enojé con él, eso no pasaba en mi familia. Nunca le hubiera levantado la mano a mi hijo, nunca.

No sabía qué hacer. Me enfurecía saber que aquello estaba ocurriendo y

no podía hacer nada por evitarlo, pero me gustó que Nick fuera consciente de lo que sucedía a su alrededor. Sé que él ya sufrió suficiente con la muerte de su madre, pero intenté remediarlo arropándole con toda mi atención y mi cariño. Sólo hubo una cosa que no pude darle, un hermano.

Eso lo entendí en el momento en que conoció a Oliver y en lo estrecha que se convirtió su amistad. Cuando su padre desapareció, prácticamente pasaba aquí todo el tiempo. Comía, cenaba y dormía muchas de las noches. A mí no me importaba, porque realmente durante ese último año, pasaba muy poco tiempo en casa, y, egoístamente, sabía que si estaban juntos Nick no se sentiría solo.

Sophia y yo no pudimos darle un hermano por las complicaciones que hubo tras el parto, y que provocaron que fuera incapaz de tener más hijos, pero no pensé que eso le crearía un problema. Tenía que haber mirado más allá y darme cuenta de que yo solo no podía cubrir los vacíos de una madre.

No pensé en volver a casarme ni en darle otra madre a Nick, en breve volaría por sí solo. Cuando llegamos a Nueva York todo fue muy rápido, empecé en el Brooklyn College y matriculé a Nick en un instituto. Durante el último curso, no tuvo un amigo como Oliver, no se involucraba con los demás. Le gustaba escribir, ir al cine, pasar tiempo en su propia compañía, como a él le gustaba decir. No podía cambiar aquello, era el estilo de vida que estaba escogiendo. Si el tener una amistad como la que tuvo con Oliver, favoreció ese comportamiento a raíz de su separación, yo no iba a impedirselo.

Llegué al pueblo con un servicio de transporte que contraté en el aeropuerto y me dejó en el hotel Sunrise, pero cuál fue mi sorpresa cuando descubrí que allí no había nadie. Reservé una habitación para unos días y pedí un taxi que me llevó a nuestro antiguo barrio. No tenía ni idea de dónde podía estar Nick, pero Fairmont no era demasiado grande como para perderse. Le pedí al taxista que diera una vuelta por el pueblo para ver cuánto había cambiado y finalmente me llevó a Maverly Street.

Efectivamente había más gente, aquella parte del pueblo ya no parecía tan abandonada como cuando nosotros vivíamos allí, pero seguía pareciendo tranquila. Me detuvo frente a nuestra casa y bajé. Me quedé mirándola recordando con una sonrisa los dos años que habíamos pasado allí.

Sé que realmente no es demasiado tiempo, y que en cualquier otro sitio en el que hubiéramos pasado un periodo mayor habríamos atesorado muchos más recuerdos, pero fue el impacto de todo lo que ocurrió en ese pueblo lo que lo convirtió en el centro de nuestras vidas.

Miré las otras dos casas, la de los Matthew y la de los Kenner. Prácticamente no habían pasado los años. Si cerrara los ojos y los abriera segundos después, me despertaría en los sesenta y lo creería a pies juntillas.

Abrí la cancela de la entrada y la cerré tras mi paso. Caminé hasta las escaleras del porche, subí y llamé a la puerta.

Jueves, 9 Abril 1959

Me desperté, como si de una pesadilla se tratara. Fue real. Vi las zapatillas sucias en el suelo junto a la cama, la vela apagada sobre el alféizar de la ventana. Fue tan desagradable ver aquello... miré el reloj que había sobre la mesilla de noche. Marcaba las 11.23 a.m. No tenía ni idea de las actividades preparadas para ese día, pero de cualquier modo no me interesaban lo más mínimo. Sólo me preocupaba Oliver.

No supe nada de él en todo el día. Pasé la mañana con Emily, dimos un paseo, fuimos a la heladería del pueblo y vino a comer a mi casa. Fuimos al circo por la tarde, pero no le vimos.

Cuándo volvíamos de allí, cruzamos por la plaza y vimos a Simmons, Hartley y los demás. Simmons nos vio, pero noté que se escondía. Me gustó sentir que se había acabado todo con él. Emily pretendía acercarse y ridiculizarle delante de todos, pero yo no quería que nadie se enterara de lo que pasó. No necesitaba ser el pobre chico al que le habían pegado y que llegara a oídos de mi padre. Oliver no estaba con ellos y me incomodaba no saber dónde estaba mi amigo después de lo que presencié ayer.

Disimulé todo lo que pude delante de Emily y no notó nada. Me estuvo hablando de Carson, quería que el sábado por la mañana fuéramos a verle jugar y accedí. Me parecía un buen chico.

El viernes, más de lo mismo. Estuvimos todo el día sin hacer nada

interesante. No había tampoco señales de Oliver. Me preocupé. No podía concentrarme pensando en lo que podría haberle pasado. Por la tarde, pasadas las siete, me aventuré y fui a su casa. Subí las escaleras del porche y llamé a la puerta. Recé para que no estuviera su padre. Minutos después su madre abrió la puerta.

—Hola.

—Hola, señora Kenner, ¿está Oliver?

—No está hijo. Se ha marchado a casa de mi hermana con Robert. No volverán hasta el lunes.

—Ah, vale—le devolví la sonrisa. Me despedí educadamente y me marché a casa.

Al menos estaba bien, me tranquilicé. Nunca me había hablado de su familia, ni de si tenía primos, tíos, o más familiares, pero tampoco le había hablado yo de la mía. Tendría que esperar hasta el lunes para volver a verlo en clase.

No fue un fin de semana demasiado aburrido. Pasé mucho tiempo con Emily y Carson y algunos amigos del chico. Eran más mayores que yo, pero me trataron como a uno más. Me gustó sentirme así. Nada tenían que ver con idiotas como Simmons.

Fuimos a comer con ellos el sábado después del partido de béisbol. La gran mayoría tenía 18 años, y no tenían un futuro demasiado planificado a largo plazo, sólo se preocupaban del momento en el que vivían, de las chicas, de beber cerveza y fumar tabaco, de cualquier cosa que les alejara de la sensación de ser todavía unos niños.

El domingo por la noche vi llegar un coche. Me asomé por la ventana y vi bajar a Oliver y a su hermano Robert. Bajaron también un hombre y una mujer y los cuatro se acercaron al porche de su casa. Se metieron dentro. Me quedé sentado en mi cama un buen rato con algunos cómics entre manos.

Me tumbé con la luz de la lamparilla esperando a que Oliver cruzara por la ventana como siempre solía hacer. Sonó el despertador y me di cuenta de que la noche había caído dando paso al lunes. Me vestí rápidamente y bajé a desayunar.

No tardamos mucho en irnos al instituto. Llegué a clase y me senté. Emily se acomodó a mi lado. Teníamos clase de matemáticas con el señor Hodges y desde el momento en el que se sentó empezó a hablar de Carson. No le presté demasiada atención porque llevaba todo el fin de semana con lo mismo y ella ni se percató de mi disimulada indiferencia. Entró Oliver en compañía de Mark Hartley, y me saludó, con un ligero y tibio gesto. Ni siquiera me miró a la cara.

—¿Qué le pasa a éste?

—Tendrá el día torcido—disimulé. A continuación entró Simmons al que apenas se le notaba ya el morado de la cara al igual que a mí, y el señor Alan Hodges, se dispuso a sorprendernos con una magistral clase de matemáticas.

Me di la vuelta un par de veces a ver si conseguía establecer contacto visual, pero no hubo forma. Se limitó a ignorarme. No lo hizo de una manera brusca pero sus gestos eran fríos. No era la misma persona de días atrás, no era el que me defendió partiéndole la cara a Michael Simmons.

Se convirtió en una semana anodina, en la que nada merecía ser digno de mención. Pasar las tardes con Emily, tampoco era lo mismo. Por un lado, estaba distraída con ese nuevo chico y por otro me hubiera gustado que se hubiera dado cuenta del distanciamiento entre Oliver y yo. Hubiera preferido que me preguntara si me ocurría algo, si había sucedido algo entre nosotros... pero no.

Echaba de menos a Oliver, echaba de menos a Emily... ninguno era el mismo que hacía unas semanas. Me resigné a que las cosas cambiaban a pensar que hoy podían ser de una forma y mañana de otra. No me lo había planteado, pero ¿qué esperaba? No hacía ni dos meses que estaba en este pueblo y hablaba de dos personas como si fueran amigos míos de toda la vida. A lo mejor no tenía que darles tanta importancia, tal vez debería pensar más en mí y no obsesionarme tanto.

¿A quién intentaba engañar? Si sentía eso por ellos era porque las cosas habían llegado así. Ni lo vi venir, ni me imaginaba que podría sucederme nada parecido. Nunca antes había hecho amigos con tanta rapidez y tampoco antes habían significado tanto como ellos. Puede que sea por el hecho de

haber perdido a mi madre el año pasado y a lo mejor ha influido el que no quiera sentirme tan solo, o que intente escapar un poco al control de mi padre, no lo sé, quizás una mezcla de todo. De lo único que estoy seguro es de que nunca podré olvidar cómo entraron en mi vida.

Viernes, 17 Abril 1959

El viernes por la tarde estuve a punto de presentarme en casa de Oliver. Llevó rondándome esa idea por la cabeza durante toda la semana, pero su padre, aquellas tardes las pasaba sentado en el porche leyendo el periódico. Era raro, nunca antes lo había visto por allí. Nunca me había detenido a pensar en qué trabajaba su padre. Nunca me lo había dicho ni yo se lo había preguntado. Sabía que había sido el héroe de Fairmont, pero no creo que una familia pudiera vivir de ello. Aún así, no era el momento de ponerme a pensar en esas cosas, lo único que no quería era encontrarme de frente con Joseph Kenner.

Eran las 02.37 de la madrugada del sábado cuando me desperté. Llovía. No lo había hecho desde hacía casi dos semanas. El sonido de unos cristales rompiéndose hizo que saltara de la cama. Me asomé a la ventana inmediatamente y lo vi en la oscuridad, levantándose con dificultad del suelo. Corriendo desnudo alrededor del jardín de su casa, atravesando por entre algunas sábanas tendidas. Saltó la valla trasera y se dirigió con cierta dificultad hacia los bosques de Clarkson.

La luz de su habitación permanecía encendida y se oía la voz de su padre saliendo de la casa. Me vestí, cogí rápidamente algo de ropa del armario, me puse las zapatillas y me apresuré a bajar a toda velocidad. Salí en mitad de la noche corriendo pero me escondí cuando me di cuenta de que la figura del padre de Oliver entraba con rapidez en el bosque gritando su nombre con un rifle en las manos.

Me agaché. Estaba asustado. Caminé a escondidas entre la maleza, pero era imposible que pudiera verme desde allí, así que poco a poco fui acercándome. Escuchaba como gritaba su nombre una y otra vez sin importarle que pudiera escucharle alguien. Entré en el bosque, dejando a mi derecha el camino. Fui palpando entre la oscuridad los troncos de los árboles,

estaba totalmente empapado pero no me importó. Intentaba esconder la ropa que había cogido debajo de mi camiseta porque comenzaba a humedecerse.

Dejé de escuchar la voz del padre de Oliver pero aún así, seguí avanzando. Intentaba mirar a mi alrededor pero era incapaz de distinguir nada. Si Oliver estaba por allí, estaría escondido. Esperaba que me viera antes que su padre y me hiciera alguna señal. Caminé y caminé, hasta que de repente, alguien me agarró del pelo y tiró de mi. Era Joseph Kenner.

—Maldito entrometido—me arrastró entre los árboles mientras yo no dejaba de gritar—Siempre metiéndote donde no te llaman...—intentaba quitarle las manos de mi cabeza sin poder lograrlo. La ropa que había cogido para Oliver se desperdigó por el suelo. Empecé a llorar. Tenía miedo. Creo que nunca antes me había sentido tan indefenso—Pues se te van a quitar las ganas de volver a meterte en la vida de los demás—me gritaba mientras me llevaba hasta un claro. Me lanzó contra un tronco que debía llevar mucho tiempo caído y antes de que pudiera hacer nada para levantarme, colocó su rodilla sobre mi espalda, presionando con fuerza para que no pudiera levantarme.

De repente, escuché un fuerte sonido y giré mi cabeza hacia allí. Era Oliver. Joseph no lo vio venir. Le golpeó de tal manera con un tronco en la cabeza que cayó fulminantemente al suelo.

—¡Nick, vamos!—me agarró por el brazo y me ayudó a levantarme. Me incorporé y salimos de prisa de allí. Recorrimos unos cuantos metros, y nos escondimos al otro lado del camino. Nos mantuvimos ahí agazapados sin decir nada, asustados y totalmente empapados. Ninguno nos atrevíamos a hablar. Tras unos minutos, volvimos a escuchar su voz.

—Mal nacidos. Os voy a matar—mantuvimos la respiración. Escuchamos sus pasos, su movimiento entre las hojas mojadas, las ramas, la lluvia... dejamos de escucharle. Volvimos a quedarnos en silencio.

Fueron unos interminables minutos en los que no podía pensar en nada. Solo sentía frío, miedo, me temblaban los labios, las manos. Oliver estaba a mi lado igual de asustado que yo. Posiblemente quisiera aparentar entereza para darme seguridad, pero sé que en el fondo estaba igual o más aterrado

que yo.

Los minutos pasaban sin que pudiéramos hacer nada por remediarlo. Cada vez las gotas caían más rápido, pero ni nos dábamos cuenta de ello. Queríamos que aquello pasara, queríamos escapar, salir corriendo, pero teníamos mucho miedo. Estábamos acurrucados. No podía dejar de tiritar. Intentó tranquilizarme pero era imposible.

De pronto, la culata del fusil de Joseph golpeó la cabeza de Oliver, dejándolo en el suelo. Me di la vuelta asustado y le vi, lleno de rabia, empapado, colérico. Intentó agarrarme de la camisa, pero conseguí zafarme, y caí al suelo. Me levanté tan rápido como pude y eché a correr. Oliver se quedó tumbado en el suelo boca abajo. No se movía.

Corrí con dificultad, embarrado, intentando no caerme. Le tenía tras de mí, corriendo de igual forma.

—Ven aquí—trató de alcanzarme. Tropecé con unas ramas y caí rodando por el barranco que se abría bajo mis pies. Se quedó arriba, intentando buscarme en la profundidad de la noche. Me quedé inmóvil en el suelo. Vi como me buscaba en la oscuridad. No pronuncié palabra. Desapareció.

Me quedé unos minutos más, temblando. Escuché dos disparos y un estremecedor silencio, únicamente alterado por el rítmico sonido de la lluvia. Me puse en pie de inmediato. Temía lo peor. Comencé a caminar en silencio cuesta arriba ayudándome por las ramas que sobresalían y algunos arbustos pero no vi nada. No le vi. Me asomé con cuidado, pero la oscuridad, de igual forma que me protegía, jugaba en mi contra. Poco a poco la lluvia era menos intensa, hasta que se desvaneció, dejando el bosque en absoluta calma. Comencé a caminar prácticamente a tientas. Continuaba aterrado, pero tuve que sacar fuerzas de donde fuera para enfrentarme al miedo que sentía. Pensé en Oliver, pensé en esos dos disparos. No quería que le hubiera pasado nada y la duda me asfixiaba. Le buscaba en todos los lugares, intentaba vislumbrar alguna silueta, alguna sombra en el bosque, pero no veía nada.

Era como si el reloj se hubiera detenido, como si los segundos se espaciaran en el tiempo y resonaran una y otra vez los dos disparos. Trataba de no pensar en que algo podría haberle pasado a mi amigo. Mi visión

luchaba entre la oscuridad y cada uno de mis movimientos se ralentizaba. El sonido de las hojas se intensificaba, rugían en mis oídos, alertándome de que cualquier cosa podría pasar. Seguía con miedo. Temblaba.

De pronto, me di la vuelta y tropecé con Oliver. Los dos caminábamos en el más absoluto de los silencios alertados por los disparos. Nos caímos al suelo y rápidamente nos incorporamos, me agarró con rapidez por la muñeca y me sacó de allí a toda prisa.

—¿Qué ha pasado?.

—No lo sé. Vamos, camina, salgamos de aquí—no escuchamos nada más. No volvimos a girarnos, seguimos hacia delante hasta que salimos del bosque. Nos detuvimos allí afuera. Miramos hacia el interior, pero era como si los propios árboles se lo hubieran tragado. No se escuchaba nada más. No sabía qué pensar, estaba calado, tiritando, muerto de frío. No quería que mi padre me viera así, semidesnudo, totalmente embarrado.

—¿Qué hacemos, Oliver?—miró a todos lados. Intentaba ayudarme, pero estaba más desorientado que yo. Todos los árboles parecían iguales. Conocíamos el lugar, habíamos cruzado por allí infinidad de veces y aún así, sentíamos que estábamos perdidos. Me agarró del brazo intentando moverme, tratando de encontrar a dónde dirigirnos pero no sabía qué hacer. Los dos estábamos temblando. Recogió alguna de las prendas que habían quedado por el suelo, cuando su padre me agarró y se las puso.

—Vamos a mi casa, Oliver.

—¿Estás seguro?—mi padre podría pillarnos, pero era eso o ir a su casa, y después de cómo salió de allí no creo que tuviera muchas más ganas de regresar.

Caminamos entre la noche. Comencé a toser deshaciendo el silencio, nuestra preocupación iba en aumento. ¿Qué habría pasado?

No tardamos en llegar a la parte trasera de casa. Saltamos la valla sin hacer el menor ruido, ayudándonos el uno al otro. No quería cruzar por la entrada, me asustaba la idea de que alguien pudiera vernos. Me acerqué al jardín trasero, donde estaba bajo el porche la ropa tendida y la manguera y en absoluto silencio, abrí el grifo.

La lluvia nos había calado por completo, pero cuando caí rodando por el barranco, todo el barro se quedó incrustado en mi ropa. Oliver estaba igual de sucio. La lluvia no nos limpió de la forma que nos hubiera gustado, no hizo desaparecer cualquier rastro de lo sucedido. Permanecía allí, fuera y dentro de nosotros, así que lo primero era eliminar todo el fango. El resto, tardaría más en desaparecer. Comencé a echarme agua por encima, me quité la camiseta y las zapatillas y las dejé a un lado. Cuando estuve completamente limpio, le pasé a Oliver la manguera y cogí una toalla, unos pantalones y una camisa del tendedero. Seguía muerto de frío.

Le observé mientras el agua limpiaba todas las impurezas, y escuché nuevamente en mi cabeza los dos disparos. Pensé que estaba muerto. Cuando me incorporé del suelo en el barranco pensé que Oliver ya no estaba y que al igual que mi madre, había desaparecido. Un sentimiento de impotencia me atrapó hasta que él me agarró por la muñeca. Pero ¿entonces? ¿Qué ocurrió? ¿Por qué su padre no volvió a aparecer? ¿Quién disparó?

Le pasé mi toalla. No había otra tendida, así que tuvo que arreglarse con ella. Cogí un pantalón de mi padre y una camiseta y se lo di. Cuando los dos estábamos secos dimos la vuelta a la casa y me ayudó a trepar por el porche hasta mi ventana. Me costó subir un poco, ya que no estaba muy acostumbrado, pero conseguimos hacerlo sin mucho ruido. Entramos, cerré la ventana y la puerta. Cogí dos mantas, que había arriba del armario, le pasé una a Oliver y me quedé la otra. Nos la envolvimos por el cuerpo y nos quedamos cada uno en una cama. Nos quedamos mirándonos fijamente, sin que ninguno de los dos se atreviera a decir nada.

¿Le disparó? No volvimos a saber nada de su padre. Era una duda que comenzaba a corroerme. No quise pensar en ello, pero ¿por qué desapareció entonces? ¿por qué no nos siguió?

Cuando le vi en el suelo... cuando vi a mi padre sujetando su rifle con una mano y con la otra a Nick.... Miré a mi alrededor, encontré un tronco en el suelo. Me agaché, lo cogí y sin pensarlo dos veces, al escuchar los gritos de Nick, salí de detrás de un árbol, me deslicé con cuidado sin hacer ruido alguno y agarrándolo con fuerza con las dos manos, estrellé el tronco contra su cara lanzándolo contra el suelo.

Agarré a Nick con fuerza por la muñeca y me lo llevé de allí. Estaba completamente asustado, con los ojos llenos de lágrimas. Tartamudeaba, no podía construir una frase completa, se le trababan las palabras. Le dije que guardara silencio y me escuchó. Nos quedamos agazapados detrás de un árbol grande y permanecimos allí hasta que mi padre volvió en sí y me golpeó con su arma en la cabeza.

Creo que perdí el conocimiento, no lo sé. Me desperté en el suelo minutos después y con cuidado, me puse en pie. Intenté encontrarles. Miré en todos los huecos a mi alrededor, aunque la lluvia y la oscuridad dificultaban bastante mi búsqueda. Instantes después, escuché dos disparos. Me quedé quieto. Los oí algo lejos de dónde yo estaba, así que poco a poco fui acercándome hacia aquel lugar. Traté de ir con cuidado para que mi padre no volviera a encontrarme. Caminé en silencio, casi a tientas, hasta que tropecé con Nick.

No sé qué era lo que pasaba por mi cabeza. Estaba tan cegado con la idea de salir de allí... No me lo hubiera perdonado si le hubiera pasado algo a mi amigo. Intenté apartarlo de mi vida durante esta pasada semana por esto mismo, no quería que se involucrara en mis cosas más de lo necesario, ya había hecho bastante y se lo agradezco, le estaré eternamente agradecido por haber intentado ayudarme, por aparecer en el bosque la semana pasada, por venir esta noche. Si él le hubiera hecho algo... no podría vivir con esa carga.

Me arrancó la inocencia sin que supiera exactamente lo que esa palabra significaba. Empecé a perder la confianza en mí mismo, comencé a creer que todo me pasaba por algo, que había hecho algo que merecía ese castigo... pero que le ocurriera a Robert, o a Nick... eso no podría perdonármelo.

Agradecí esos disparos. No sé si fue Nick, o alguien más, no sé lo que ocurrió ni me importa, sólo que esa noche desaparecimos del bosque dejando el miedo atrás. No podía volver a casa después de lo que había sucedido.

Me derrumbé. Intenté aguantar el tipo por Nick para que no me viera consumido. Él buscaba mi seguridad, mi entereza y no podía defraudarle. Pero a medida que estaba siendo consciente de todo lo que había tenido lugar esa noche... ¿Cómo mi padre podía ser capaz de hacer todo eso? ¿Hasta qué punto dejamos de ser humanos y nos convertimos en animales?

Miraba la habitación en la que estaba y que me resultaba al mismo tiempo extraña y familiar, con aquel chico frente a mí, que no hacía ni dos meses que lo conocía, y que se había convertido en la única persona en la que podía confiar.

No sabía cómo iba a enfocar a partir de mañana mi vida. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué había pasado con mi padre? No podía volver a vivir bajo su mismo techo, pero ¿y Robert? ¿qué podría hacer? Tendría que hablar con mi madre. No, no podía hablar con ella, no quería tener nada que ver con ella. Tenía que pensar algo.

Intentaba no pensar, pero era inevitable hacerlo. ¿Quién podría? Supongo que me vio debilitado. Saltó hacia mi cama y se quedó a mi lado, cubriéndose todavía con la manta. Hizo que le mirara, pero tuve que desviar mis ojos.

—Sólo puedo pedirte perdón por lo que ha pasado esta noche.

—Tú no has tenido culpa de nada, Oliver, en serio—colocó su mano sobre mi brazo, intentando consolarme.

—Sí, Nick, sí que es mi culpa. Si te llega a pasar algo... no sé que hubiera hecho. Me hubiera vuelto loco, creo—Nick negaba con la cabeza.

—No pienses más en eso.

—¿Qué no piense en ello? ¿En serio acabas de oír lo que has dicho?—Quizás no fui demasiado justo diciéndole eso. Entendía perfectamente a qué me refería—No sé qué voy a hacer a partir de mañana, no lo sé.

—Deberías hablar con tu madre. Contarle lo que ha pasado—me derrumbé. Intenté disimular las lágrimas entre la oscuridad de la habitación, pero notó que algo me preocupaba.

—¿Qué ocurre? Creo que sería lo mejor. Tu madre te ayudará.

—Nick... mi madre lo sabía—apenas pude controlar mis entrecortadas palabras.

—¿Cómo?

—Ella nos vio y no dijo nada. No hizo nada—dije echándome sobre la cama, intentando ocultar mi cara entre la manta y las sábanas. Durante unos

instantes Nick se quedó callado, sin saber cómo actuar. Era tan increíble que aquello fuera cierto que no le cabía en la cabeza como una madre podría ser partícipe de esa aberración.

—Venga, ahora intenta descansar, mañana cuando nos despertemos ya pensaremos qué hacemos.

—¿Y si vuelve mi padre?—tragué saliva. Nick me miró extrañado. No me dijo nada más. Me eché a un lado de la cama, y él, viendo que nos quedábamos sin espacio, hizo lo que yo solía hacer siempre. Apartó la mesilla que separaba las dos camas, las juntó y se quedó a mi lado.

Habían cambiado tanto las cosas para mí... que me sentí como alguien totalmente indefenso. Volví a verme cayendo desde el puente de Fairmont Hill.

Ni Simmons, ni Hartley, ni Jane... nadie me había visto en situaciones similares. No habría permitido que nadie me viera hecho pedazos, bajo la lluvia, dispuesto a saltar al vacío. Nick cruzaba por allí, un desconocido que desde ese instante se convirtió en mi único apoyo y quien me recordaba que el mundo real no era tan idílico como la gente pensaba.

Eran tantas las cosas que me pasaban por la cabeza mientras Nick cerraba los ojos, que pensaba que me iba a estallar. Se durmió sintiéndose seguro. Yo no lo estaba. No me atrevía a cerrarlos. Pensaba que si lo hacía, mi padre entraría con su rifle y nos dispararía a los dos. Me quedé en vela hasta no sé qué hora. Poco a poco, sin quererlo, fui cayendo, hasta que ya no fui consciente de lo que era real y lo que no.

Domingo, 23 Octubre 1983

Salí de mi antigua casa cuando vi llegar un coche que se detenía frente a la de los Kenner. Estuve tomando un té, viendo como Rose y su familia habían cuidado del lugar en el que vivimos y eché un vistazo a los libros que había en el sótano. No reparé en ellos las últimas veces que vine a Fairmont. Sentía curiosidad tras la llamada de mi hijo. Ya ni me acordaba la cantidad de ejemplares que dejaba atrás. Pasaban de las once y media cuando vi salir a Oliver Kenner del subaru azul oscuro. Me quedé de pie en la entrada de la

casa y esperé a ver lo que sucedía. Oliver seguía manteniendo esa templanza que ya tenía con 18 años, sólo que el tiempo había pasado para todos. No reconocí a su acompañante ni al conductor del camaro rojo que llegó a continuación y aparcó a su lado. Los tres fueron directamente hacia su casa.

Subieron las escaleras del porche pero antes de que alguno de ellos abriera la puerta, creí distinguir a mi hijo asomando por la entrada de la casa. Eso fue lo más extraño de todo. Apresuré mi marcha en su dirección y antes de que cerraran la puerta, llamé su atención.

—¡Un momento!—me acerqué. Aquel desconocido y Oliver, se giraron buscando quien les había llamado.

—Nick, es tu padre—vi a Oliver hablando con mi hijo, haciendo que éste saliera del porche y viniera con rapidez a reunirse conmigo.

—Papá, ¿cuándo has llegado?—los demás se mantenían expectantes desde el porche.

—Nicholas, ya te dije ayer que llegaría esta mañana pero he ido a buscarte al hotel que me dijiste y no te he encontrado y como no tenía otro lugar al que ir, he venido a ver a Rose y a ver que tal estaba la casa. ¿Qué estas haciendo en casa de los Kenner?

—Ven, papá, será mejor que vengas con nosotros—Nick me adentró de lleno en el problema. Le seguí sin apenas pestañear y tras entrar el joven de pelo rubio cerró la puerta.

—¿Así que tu eres el pequeño de los Kenner?—su semblanza a Oliver, ya desde una distancia más corta era obvia.

—Sí, señor.

No estuvo mal volver a ver a Vivianne Kenner, el tiempo había hecho mella en todos nosotros y no podíamos volver a vernos reflejados en los que éramos hace más de veinte años. Siempre fue una mujer muy bella, aunque ya no el tiempo sino el dolor, se había apoderado de ella.

Me sonrió. Coincidimos varias veces, sobre todo después de la desaparición de su marido pero había sido una mujer muy reservada. Recuerdo la noche en que se presentó en casa con una tarta de arándanos agradeciéndome el haber cuidado de Oliver cuando estaban con Robert en el

hospital. Ahí me di cuenta de lo encerrada que vivía en sí misma y de la prisión en la que vivía.

Después de más de una hora en el salón saqué en claro tres cosas. La primera, que alguien no quería que Oliver estuviera aquí, algo totalmente insólito, teniendo en cuenta que toda su vida había sido un fantasma sin apenas vida propia. Por otro lado, Joseph Kenner había sido asesinado. Los dos orificios de bala eran muestra irrefutable de ello y tercero, amenazados por un inminente cese en las actividades y preparando el funeral de Joseph, el agente del FBI persistía en investigar el entorno más inmediato de la víctima, comenzando por los compañeros de división del fallecido.

Nick intentó no pronunciarse demasiado delante de Vivianne. Me estuvo relatando todo lo que había sucedido durante los últimos días a espaldas de la madre de Oliver y Robert. Seguimos con la idea de no contarle nada a Vivianne referente a la persecución que había estado sufriendo Oliver desde que llegamos al pueblo, ya que para ella, pensar que alguien quería muerto a su hijo podría ser devastador.

Nunca llegué a imaginar que los abusos que sufría esta familia iban más allá de las violentas agresiones físicas a las que ese indeseable sometía a su hijo mayor. Nunca pensé que aquellos asaltos podrían llegar a tomar un cariz sexual, porque a pesar de que podía escucharles hablar por la noche ellos intentaban no ser demasiado explícitos. Pensé en mi hijo y en lo cerca que había estado de ese tipo. Me costaba asimilarlo. Cuando Nick me lo contó, Vivianne, consciente de ello, ni siquiera pudo levantar los ojos y mirarme a la cara. Intenté imaginarme cómo sería vivir bajo ese techo sabiendo lo que sucedía, pero no podía. Salí un momento fuera y me quedé en el porche. Necesitaba asimilar aquellas palabras. Nick se preocupó un poco al verme reaccionar así, pero entendió que necesitaba encajarlo y prefirió dejarme solo. Minutos después, Vivianne abrió la puerta, salió y tras cerrarla, se sentó en el banco que había junto a la pared. La miré sin saber qué decirle. Me llevé la mano a la barbilla y me di la vuelta dándole la espalda, me acerqué a la barandilla y apoyé mis manos sobre ella.

—Sé qué piensas que no soy una buena madre, que no lo he sido— tardé un poco en contestarle. No era el momento de hundirla literalmente, que era lo que realmente me apetecía. Intenté ser lo más benévolo que mi

educación me permitía.

—No soy yo quien tiene que juzgar eso, Vivianne—ella se levantó y vino hacia mí.

—No tienes ni idea de lo que era vivir aquí cuando volvió de la guerra.

—Sea lo que fuera lo que ocurriera, era tu hijo. Tú, tenías que protegerlo.

—¿Te crees que no me arrepiento? Pero cuando me enteré ya era tarde—miró hacia el suelo.

—¿Tarde? ¿Tarde para qué? Seguía ocurriendo, Vivianne.

—Pero no lo sabía, no estaba segura. ¿Crees qué es fácil saber algo como eso? Intentaba negarlo en mi cabeza, pensar que eran imaginaciones mías, pero no estuve segura hasta la noche en la que lo vi. No quería que eso le pasase al pequeño—No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿En serio me estás diciendo esto? ¿En serio es cierto lo que estoy oyendo? ¿Sacrificaste a uno por el otro? Lo que tenías que haber hecho era coger el hacha con la que solía cortar madera y abrirle la cabeza.

—¿Te crees que no pensé en matarlo? ¿Crees que no se me pasó por la cabeza?

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¿Para qué? ¿Para dejar a unos niños sin madre? Estaría encerrada o muerta.

—Es de ser muy cristiana el no sacrificarte tú por ellos, y en cambio salvar a uno y no al otro. Haber cogido a tus hijos y haberte marchado de aquí.

—¿Y qué crees que solucionaba con eso? No conocías a Joseph, ¿verdad? Me hubiera seguido, me hubiera arrastrado de vuelta aquí y hubiera convertido nuestra vida en un infierno—guardé silencio.

Era una mujer demasiado sumisa. Lo supe en el momento en el que vi a Oliver sangrando en mi casa y me presenté aquí. Aquellos ojos asustadizos ante cualquier palabra de su marido, el vivir con miedo, depender día a día de

que tus hijos no sufrieran las brutalidades de aquel bastardo.

Cuando llegué a Fairmont, tenía las ideas muy claras. No quería educar a Nick como a un retrógrado sintiéndose superior al resto y que tomara el mal ejemplo de la segregación como uno de los hitos de un país democrático. Sentí que mi obligación para con él era diferente. Muchos podrían tacharme de liberal, pero nada más allá de la realidad. Desde que tuve mi primer libro entre manos, comprendí que el mundo no se circunscribía a lo que entendíamos como normal, sino que iba mucho más allá. Devoraba los libros ávido de entusiasmo e ilusión. Mark Twain y su humorismo, la desgarradora pasión por la aventura de Herman Melville y la Europa cosmopolita de Henry James viajaron con nosotros. Esa pasión, en Nick, no fue tan obvia como lo fue conmigo, pero al menos hizo que dentro de él algo creciera y le convirtiera en lo que hoy en día es. No quiero culpar a Oliver por haberlo llevado por un camino diferente, nunca jamás pensaría eso. De hecho, quizás le convirtió en alguien mucho más humano de lo que yo he sido.

—No sé quien lo mató. No tengo ni idea pero por Dios que me alegro. Me alegro que alguien acabara con ese mal nacido.

—Discúlpame. No tengo derecho a decirte todo esto.

—No, Scott. Sí que lo tienes. Claro que lo tienes. Has cuidado de mi hijo más y mejor de lo que yo pude desde que estuvisteis aquí. Cuando Joseph desapareció, prácticamente no pisaba esta casa. Sólo lo hacía para estar con su hermano, y apenas podía mirarle a la cara. Me sentía avergonzada.

—Hice lo que cualquiera hubiera hecho Vivianne. Era el único amigo que mi chico tenía, él y la niña de los Matthew. Además, era un chico excelente—ella me agradeció esas palabras.

En un principio me sorprendió que no se extrañaran ni ella ni su hijo pequeño, cuando el joven agente del FBI confirmó que Joseph Kenner había sido asesinado. Pero a tenor de lo sucedido en las últimas horas, era comprensible. Para lo que no estaban preparados, ni siquiera yo mismo, era para comprender lo que pasaba con Oliver y los dos frustrados intentos de asesinato.

Desde mi punto de vista como escritor, la posibilidad de que la

explosión contra el gobernador Johnson tuviera algo que ver con Oliver era sugerente e interesante pero también rocambolesca. Lo que era innegable eran los dos disparos que sufrió saliendo del motel en el que se alojaba. No era algo trivial. Y quizás, alguien también podría pensar que ocurrió porque algún desaprensivo pasaba por allí en esos momentos y fuera una lamentable y azarosa situación, pero nunca he sido una persona que creyera en las coincidencias. Algo ocurría.

Sólo Vivianne y yo mismo podíamos ponerles en fiables antecedentes sobre la vida de Joseph Kenner. Según Luke Barren, habían hablado con varias personas del pueblo, pero poco habían podido decirle de un suceso así, que tuvo lugar hace más de veinte años. Lo de los problemas de Joseph con el alcohol eran nimiedades comparado con lo que moralmente estábamos juzgando.

Yo no creía que fuese demasiado pertinente aún pensar que cuatro desconocidos pudieran tener algo que ver con la muerte de aquel desgraciado. Fairmont podía guardar muchos más secretos de los que imaginábamos. Tal vez, el lugar en el que no habíamos mirado, la persona en la que no habíamos pensado podía tener un motivo oculto para estar detrás de esto. Sí, quizás este punto de vista sea más propio de un escritor de novela negra.

Por lo que yo sabía de Joseph Kenner, aparte de ese lado oculto que pertenecía al margen de lo que los habitantes del pueblo podían llegar a pensar, para todo el mundo era una persona pública, con una familia notoria, de la que todos podían hablar u opinar.

Trabajó hasta que se marchó a Corea como carpintero en el taller de Wilson Phillips y tenía una pequeña tienda de caza y pesca y cuando regresó de la guerra, con los honores que eso le aportó, dejó esos trabajos para convertirse en un alto cargo del Ayuntamiento con un puesto creado específicamente para él, con el objetivo de promover la institución militar y el patriotismo.

Según su mujer, en lo que respectaba al trabajo tras la guerra, apenas hacía nada. Los tres primeros años, no paraban de viajar, iban de una ciudad a otra sin apenas descanso. Incluso Oliver perdió la mayor parte de un curso, con lo que tuvo que repetirlo al año siguiente. Era una familia idílica de puertas a fuera.

Cuando acabaron aquellos años, apenas hacía nada más. Una o dos veces por semana se acercaba al Ayuntamiento y poco más. El resto del tiempo lo pasaba en la taberna de Renn Owen o sencillamente, perdido por ahí. No se comunicaba con su familia, dejó de hacer planes a largo plazo, perdió el contacto con todo el mundo, especialmente con su esposa e hijos.

Vivianne se encargó de rellenar los huecos de mi historia, ya que pudo completar un perfil de Joseph anterior a la guerra que casaba con el del padre y esposo perfecto. El numerito del borracho que me agredió por pedirle explicaciones sobre la educación de su hijo mayor se contraponía con aquella familiar imagen.

Tal vez no era tan descabellado pensar que los compañeros de combate tuvieran algo que decir sobre su amigo. Algo tuvo que pasar en la guerra para que volviera diferente, aunque tanto Oliver como Vivianne reconocían que no fue hasta los tres años siguientes a su regreso cuando todo fue mucho más drástico.

A la una de la tarde llegó una chica rubia bellísima. Era otra agente del FBI. Cuando apareció, después de que el agente Barren la llamara por teléfono a su hotel, le sacó de la casa y se ausentaron unos momentos. Intenté mirar por la ventana para ver de qué hablaban sin conseguirlo aunque ella parecía bastante alterada.

—¿Tú te has vuelto loco?

—¿Por qué?

—Luke, eres agente del FBI, se supone que tú deberías estar conmigo, intentando solucionar todo esto y no creando una especie de... ¿qué se supone que es esto?

—Jess, me están ayudando. Gracias a ellos hemos descubierto muchas más cosas del pasado de ese hombre.

—Pero... No puedes hacerlo, no puedes poner en peligro a esta gente, Luke.

—No están en peligro. Estamos nosotros aquí—me corrigió. Se me estaba yendo de las manos y no podía consentir eso.

—Luke, no hay más tiempo. Tenemos hasta mañana. Intenté hablar con Thomas anoche y no lo encontré pero he hablado con él esta mañana mientras esperaba a que me llamaras y el martes van a celebrar el funeral por ese hombre—no le gustó escuchar aquello.

—Bueno, si filtramos a la prensa lo del homicidio, estoy convencido de que van a darnos más tiempo—estaba muy seguro de lo que acababa de decir. Mi semblante cambió con rapidez. Guardé silencio y me separé de él.

—¿Qué estás diciendo, Luke?—no podía creer lo que acababa de decir.

—Es así de sencillo, Jessica. Estoy hasta las pelotas de que suceda siempre lo mismo. Siempre has tenido razón. Tenía que haberme revelado antes contra mi padre. ¿Has hablado con él? Seguro que sí—resopló. Veía a un Luke diferente, no al ingenuo recluta con el que me acosté una vez hace años y que siempre rondaba a mi lado buscando aprobación sobre cualquier cosa que le ocurriera. Esa inseguridad evidente era la que había creado cierta dependencia hacia mí, por eso estaba yo aquí.

—Hablaré luego con él. En serio, Jess, voy a hablar con mi padre.

No quería llevar la conversación por aquellos derroteros, sabía que me había equivocado siguiendo esta estrategia, y no sabía cómo encauzarlo.

—Lo que vas a hacer ahora Luke es despedirte cortésmente de toda esa gente, coger a Oliver y dejarlo custodiado en el hotel. Si no solucionamos esta historia para el martes, cuando termine el funeral, regresamos a Washington y aquí acaba todo.

—De eso nada, Jessica. Si quieres ve tú al hotel y quédate allí todo el tiempo que quieras. Me voy a llevar a estos dos conmigo y voy a intentar averiguar donde están los hombres que lucharon con él en Corea. Si mañana no sabemos nada, te aseguro que soy capaz de hacer lo que sea para que salga publicado en primera plana de todos los periódicos—estaba enfadado. Se separó de mi lado y entró en la casa.

Me quedé fuera un buen rato. Me apoyé en la barandilla y miré a mi alrededor. Comenzaba a llover en aquellos instantes. Me crucé de brazos y suspiré. Iba a tener que seguirle el juego o contárselo todo a Thomas. Iba a darle ese día de margen y por la noche tomaría una decisión.

Llevaba toda la mañana en el periódico frente a mi ordenador, intentando trabajar en mi artículo para el martes. Peter me había dicho que llegaría a las dos, pero todavía faltaba media hora. No había nadie más en la redacción. Los domingos siempre estaba la mitad de la plantilla, y sólo algunas horas. Preferí quedarme allí a la hora de comer porque no quería que nadie supiera nada. Sólo lo sabía Lance y confiaba en él, a los dos nos interesaba sacar la noticia.

No tardó en llegar. Escuché el sonido de la puerta de la entrada cerrarse y supe que era él. Me di la vuelta hasta verle entrar por la redacción. Se acercó a mí y dejó unos papeles en la mesa contigua a la mía.

Era una sala bastante cómoda. No era tan grande como el antiguo edificio que se quemó la noche pasada, pero era lo suficientemente confortable y moderna para trabajar. Estaba totalmente acristalada. Los atardeceres a través de esas ventanas eran increíbles. Me encantaba escribir mientras oía como la lluvia golpeaba contra las ventanas. Además, era una forma de distanciarme del viejo Fairmont y ofrecerme unos momentos de libertad personal.

—Dime ¿qué has conseguido?—Peter se apoyó en la silla de la mesa de al lado. Me levanté, abrí mi bolso y saqué la carpeta que habíamos robado del Servicio Médico forense. Se la di, la abrió y empezó a revisar los documentos, pero al darse cuenta inmediatamente de lo que era, lo cerró de golpe.

—¿Lo habéis robado, Emily?—le miré inquieta. Sí, sabía que no teníamos que haberlo hecho, pero fue todo muy rápido y no me dio tiempo a pensar ninguna otra solución más viable.

—No estaban los huesos, Peter, no los encontramos. Pero ahí está todo, —le agarré la carpeta de las manos enseñándole los análisis realizados— orificios de bala. Léelo—intenté decirle para que abriera los ojos.

—Así no nos sirve de nada, no podemos publicarlo. ¿Cómo demonios se te ha ocurrido hacer eso? Sabes de sobra como funciona esto—comenzó a dar vueltas alrededor de mi mesa, pensando en cómo salir de ese atolladero.

—No lo sé, Peter. Me quedé en blanco. Nos colamos en la sala y al no encontrar nada y tener esto en las manos...—continuó en silencio—¿Qué piensas?

—Vamos a hacer una cosa. Baja y que copien toda esa documentación y la preparen para publicarla—le escuché atentamente—cuando esté todo copiado, os volvéis Lance y tu para allá y lo devolvéis—me agarró la carpeta de las manos y volvió a ojearla. Comenzó a hablar nuevamente sin apartar la mirada de las fotografías y los demás informes que había.—Habla con Lance y que busque algún descarte que se pueda usar y publicaremos la noticia el martes con nuestro propio material. Si quieren demandarnos, guardaremos una copia de toda esta documentación para protegernos las espaldas. No lo has hecho bien Emily, pero aún así, buen trabajo—me dio una ligera palmada en la espalda. Guardé silencio y me senté en mi silla.—Voy a mi despacho. Si necesitas cualquier cosa estaré ahí hasta las cinco—asentí y llamé a Lance para que viniera al periódico urgentemente, luego continué con el artículo muy ilusionada. Iba a ser nuestra oportunidad para conseguir notoriedad y adelantarnos a todos los demás medios. Posiblemente, no iría más allá de una noticia estatal, pero para mí era mucho más importante que todo eso. Era un logro personal y quería disfrutarlo.

CAPITULO IX

Sábado, 18 Abril 1959

No había podido pegar ojo en toda la noche. Me levanté, volví a acostarme. Estaba nervioso y asustado. Buscaba entre la noche, asomado por la ventana de la habitación de Nick alguna sombra, alguna silueta. Nada. Tan sólo la noche. Me senté en la repisa y le observé durmiendo plácidamente. Reviví el momento en el que mi padre le atrapó violentamente en el bosque. Recordé su cara, llorando, asustado, buscándome entre la oscuridad. Escuché nuevamente aquellos dos disparos que retronaban en mis oídos. Volví a la cama. Intenté dormir. Volví a levantarme. Me quedé junto a la ventana con los ojos puestos en el horizonte. No sabía cuándo había sido la última vez que

vi amanecer pero creo que fue la cosa más bella que nunca antes había presenciado.

Las nubes habían desaparecido completamente, y comenzaba a aparecer un fulgor rojizo más allá de las montañas del valle. Poco a poco el rojo fue tornándose más y más intenso hasta que una esfera redonda apareció entre las laderas. En cuestión de segundos, el sol apareció presidiendo el cielo, y pude sentirme orgulloso de haber sido capaz de disfrutar de ese instante lleno de vida.

Sería capaz de hacer eso cada mañana. Levantarme al amanecer, desde mi calabozo, para volver a esconderme después de escasos minutos de complacencia.

Me senté en la cama, y miré el reloj. Todavía eran las siete. No sabía qué hacer. No podía despertar a Nick así que me acurruqué un momento a su lado y fue en ese instante en el que conseguí cerrar los ojos.

Pasadas las diez, su mano sobre mi hombro, zarandeándome con suavidad. Me desperté. Le miré y sonreí. Sentí aquella complicidad en su mirada.

—¿Cómo has dormido, Oliver? ¿Cómo estás?

—Pues no lo sé, Nick. No sé qué decirte. Hoy no es un día cualquiera.

—Intenta que lo sea—suspiré. ¿Qué podía hacer sino? Pero no, ya se lo dije la noche pasada. No podía volver a vivir allí. Si me cruzaba con mi padre le mataría.

Rose nos preparó el desayuno cuando bajamos, ya que el padre de Nick estaba encerrado en su estudio escribiendo una novela. Me sorprende la capacidad de algunas personas para hacer cosas para las que yo me siento incompetente. Jamás se me habría ocurrido sentarme en una mesa delante de un bloc y ponerme a escribir. Ni tenía talento, ni creía poder hacerlo.

Salimos al porche de su casa y nos quedamos allí de pie, contemplando la mía. Me aterraba tener que caminar hacía allí. Me aferraba fuertemente a la barandilla de madera que rodeaba el porche de la casa de los Hamilton. Era como si un ejército de termitas comenzara a recorrer mis brazos, subiendo hasta mi pecho y cuello. Comenzaba con un cosquilleo nada placentero, que

iba convirtiéndose en un punzante dolor.

Le vi allí parado sin saber cómo decidirse. Tenía que estar con él, no podía dejarle solo, pero algo me decía que hay cosas que uno debe hacer por sí mismo. Pensar en lo que me contó la noche pasada... Pensar en su madre, siendo cómplice de esa horrible y violenta pesadilla. ¿Cómo una madre era capaz de comportarse de esa forma? ¿Cómo una madre podía destrozar así la vida de un chico? Me acerqué por detrás y coloqué mi mano sobre su hombro cuando entendí que había pasado suficiente tiempo como para reaccionar. No podíamos estar más tiempo sintiendo miedo a enfrentarse a la realidad.

—Tienes que ir, Oliver.

—Ya, ya lo sé—trató de que el silencio se extendiera lo más posible, pero tenía que hacerlo, así que poco a poco fue separándose de mí y salió del porche. Me quedé sentado sobre la barandilla sin perder ojo a cada uno de sus pasos. Se quedó de pie unos instantes frente a la entrada. Momentos después, abrió la cancela que rodeaba su parcela y la cerró tras su paso.

Miré a mí alrededor. No había señal alguna del forcejeo de la noche pasada. Miré hacia arriba y la ventana de mi habitación no estaba. No tenía cristales, ni siquiera las bisagras permanecían en su sitio. Volví a mirar al suelo y no quedaba ni rastro de las maderas y cristales que cayeron conmigo. Afortunadamente no me clavé nada, rasguños simplemente, aunque posiblemente el dolor de aquello sería mucho menos intenso que el que llevaba sintiendo desde hacía años.

Me agaché y encontré un cristal, lo agarré, lo sostuve un momento entre mis manos, apretándolo, casi hasta hacerme sangrar y lo dejé caer nuevamente. Estaba lleno de rabia.

Regresé sobre mis pasos y subí las escaleras del porche. Todo estaba en silencio. No escuchaba ningún sonido. Empujé la puerta de casa, que como de costumbre estaba abierta, y entré. Miré a todos lados. Buscaba a mi padre, le buscaba para no encontrarlo. Y no lo hice.

Caminé muy despacio y fui directo a la cocina, a través del pasillo.

Entré y vi a mi madre de pie, de espaldas a mí. Cortaba unos tomates. Me quedé pensativo. No sabía qué hacer. Irme, quedarme, decirle algo. ¿Qué iba a decirle? Algo le hizo darse la vuelta. Me quedé en silencio sin hacer ningún ruido, sin dar un paso, pero se dio la vuelta y nos miramos a los ojos.

Jamás me había sentido tan frío como en ese instante. La miraba y no sentía ninguna emoción, ni buena ni mala. Era como si estuviera frente a una extraña. Alguien que no sabía de mí, y de quien yo no quería saber nada. Noté como apenas podía tragar saliva. Vi como se le inundaban los ojos y como su cuerpo comenzaba a temblar. Dejó el cuchillo que tenía entre manos sobre el mármol y se quedó quieta. Negué con la cabeza instintivamente y me di la vuelta. Comencé a caminar por el pasillo y fue entonces cuando oí como su cuerpo caía al suelo rompiendo a llorar. Ni siquiera me detuve. Continué caminando y fui directamente a la habitación de Robert. Estaba justo enfrente del comedor con la puerta cerrada. Entré muy despacio y le vi sentado dibujando frente a la ventana. Max vino rápidamente hacia mí. Intentó subirse a mis piernas, pero me agaché, lo acaricié, y dejé que me lamiera haciéndome sonreír. Se dio la vuelta y, emocionado, se levantó y vino a darme un abrazo.

—¡Oliver!—me apretó con fuerza por la cintura. Le abracé yo también, colocándole mis manos sobre la espalda, y sonreí. Cerré los ojos unos instantes y deseé que aquel momento durara para siempre. Me agarró de una mano y me llevó hasta su mesa. —Ven, mira lo que he dibujado.—Me enseñó su bloc. Mi hermano era un artista. Me agaché y me senté sobre su cama y él se acomodó en su silla frente a mí. —Me ha salido genial.— insistió, enseñándome el dibujo de un águila posada sobre la rama de un árbol.

—Te encanta dibujar águilas, ¿verdad canijo?—se limitó a sonreír—
¿Ya has desayunado?

—Sí, he desayunado antes con mamá.

—¿Ha venido papá?

—No.

—Sigue dibujando Robert—quise devolverle así a su mundo artístico. Me sonrió y volvió a colocarse frente al papel. Me puse en pie, miré a mi

alrededor, la habitación, su inocencia, sus inquietudes... También tuve yo nueve años y pensé que la vida era un regalo aunque en mi caso, envenenado. Cogió su lápiz y continuó con su trabajo. Yo me quedé paralizado. No sabía qué hacer. Sé que desde que llegué anoche a casa de Nick llegaba siempre a la misma conclusión. ¿Qué iba a hacer con mi vida? Si no fuera por Robert.... Cogería una mochila y me marcharía de aquí, pero necesitaba verlo, quería verle crecer, pero al mismo tiempo no podía estar con ella en la misma habitación.

Podía oírla sollozar, aún con la puerta cerrada. No sé si Robert la escuchaba, o si ya se había acostumbrado a que ese tipo de cosas sucedieran en esta casa y directamente, las apartaba de su cabeza. Era triste que aquello pudiera ser así. Pensar que un niño tan pequeño sea capaz de disociar el dolor humano... era tan cruel el mundo que nos había tocado vivir que sencillamente cada uno había de crear el suyo propio. Salí, junto a Max, y cerré la puerta. De repente sabía lo que tenía que hacer. Subí las escaleras a toda prisa, entré en mi habitación y tuve que cerrar los ojos. No podía hacerlo. Grité. Grité fuertemente y me eché a llorar. Poco a poco fui deslizándome por la pared hacia el suelo y me quedé sentado, cubriéndome los ojos con las manos.

Max me miraba asustado. Sabía lo que ocurría en esta casa. Hubiera dado su último aliento por protegerme, pero mi padre se encargó de que el perro permaneciera atado en el jardín todas las noches con un bozal. Yo quería que durmiera conmigo, pero me arriesgaba a que mi padre lo echara de casa. Ya amenazó alguna que otra vez con llevárselo en su camioneta y abandonarlo en alguna gasolinera, así que no quise tensar esa cuerda y tuve que acatar sus órdenes. No sé hasta qué punto le temía a mi padre, pero imagino que como cualquiera de nosotros. Entró Robert a toda velocidad y se echó sobre mí lloriqueando.

—Oliver, no llores, por favor, Oliver...—Tan sólo era un niño de nueve años. Tuve que recomponerme. No quería que me viera así, no podía consentirlo. Enmascaré con rapidez mi lamentable estado y me incorporé haciendo que se levantara.

—Vamos, vuelve abajo, que estoy bien—le di una palmada. No me creía, pero aún así, lo hizo por mí. Salió de mi habitación y nunca olvidaré su

mirada. No estaba preparado para ello, pero era mi hermano pequeño. No podía consentir que viera atisbo alguno de debilidad. Tenía que protegerle de la crueldad de este mundo, que no le ocurriera nunca nada similar a lo que yo había vivido.

Agachó la cabeza y regresó por donde había venido. Me levanté del suelo y miré a mi alrededor. Observé cada detalle tratando de no recordar la noche pasada. Volví a verme caer, desnudo contra esa ventana destrozada. Intenté que mi cuerpo dejara de respirar y borrara los amargos recuerdos que, tristemente, iban a acompañarme hasta el resto de mis días.

La habitación estaba totalmente ordenada, como si no hubiera ocurrido nada. La cama hecha, ni una mota de polvo, el suelo totalmente limpio, mentira tras mentira.

Disimulé mis temblores, mi certera inseguridad y me levanté. Abrí el armario de mi habitación, cogí la bolsa de deporte del estante de arriba y cerré los ojos, dejándola sobre la cama. Cogí un montón de ropa de los cajones; calcetines, camisetas, pantalones, calzoncillos y los metí dentro, hasta que apenas podía cerrar la cremallera. Me la eché al hombro y salí de la habitación. Me detuve en la entrada unos instantes, pero no quería recordar nada más, ni siquiera podía verla. Lo único que tenía claro era que no podía volver a entrar allí, no podía volver a apoyar mi cabeza sobre esa almohada. Ni siquiera me despedí de nadie. Salí por la puerta y dándole un fuerte abrazo a Max, que no entendía lo que significaba aquello, la cerré tras mi paso. Quería que mi perro, a partir de ese instante, cuidara de mi hermano. No quería mirar atrás. Era un adiós, pero no sabía si iba a marcharme, no quería dejar a Robert, aún así, sentirme en esa casa, en esa habitación... No podía estar allí más tiempo. Una contradicción tras otra.

Al principio tuve algo de miedo por si aparecía mi padre, pero después de estar con Robert esa sensación fue desvaneciéndose. No quise hablar con mi madre, supongo que lo haría tarde o temprano. Iba a cumplir 17 años, y aunque tenía las ideas muy claras, había cosas que todavía no podía entender por mi cuenta. Bajé las escaleras del porche, abrí la cancela y miré a mi alrededor. ¿Qué podía hacer? Nick todavía me esperaba en el porche de su casa. Me vio con la mochila en mi hombro y me indicó con la mano que fuera hacia allí. Le hice caso. Subí las escaleras y me quedé a su lado.

—¿Cómo ha ido?—asentí con la cabeza sin hablar demasiado—¿Estaba tu padre?

—No, y no puedo volver a esa casa, Nick. No sé que voy a hacer—estaba bastante asustado. Me miró inquieto. No sabía qué responderme.

Domingo, 23 Octubre 1983

Fue una mañana cargada de emociones contenidas. Comenzaba a llover con más fuerza, y estábamos allí en medio del salón. Intenté mirar a través de las cortinas, pero la fuerza de la lluvia apenas me dejaba ver nada. Hablé con Robert sobre la pequeña llave que encontré pegada a la biblia. Le pregunté por el escritorio del que me habló su madre, pero me dijo que hacía mucho tiempo que sacaron los viejos muebles de allí abajo, aunque todavía podrían estar en el almacén de su jefe. Al día siguiente, cuando fuera a trabajar le preguntaría.

Por lo demás, fue una situación algo incómoda para Oliver estar tanto tiempo tras aquellas paredes. Sabía que no quería estar allí, pero hizo un esfuerzo. Su hermano se encargaba de tenerlo ocupado, tratando de que no desviara su mirada a ningún sitio. Ambos estaban sentados en el sillón. Luke revisaba todas las fotografías que yo había descartado antes, intentaba desentrañar el porqué de los párrafos subrayados. No le dije nada de la llave que encontré, me pareció que no era demasiado importante y tampoco quería parecer que estaba haciendo su trabajo. Jessica continuaba apoyada junto a la pared, de brazos cruzados, mirándonos con indiferencia, mientras que mi padre y Vivianne permanecían en la cocina hablando de sus cosas. No tardamos mucho en separarnos. Pensé en quedarnos a comer, pero Oliver no quería estar allí, lo intuí cuando Robert nos lo propuso, así que declinamos la oferta, aún así, él quiso venir con nosotros. Le dije a mi padre que nos marchábamos a nuestro motel, que comeríamos algo allí y él prefirió quedarse con la Señora Kenner. Luke y Jessica nos dieron algo de tregua. Se reunirían con nosotros en el Credence Inn y poco más íbamos a hacer.

En realidad, después de lo ocurrido, Oliver debería estar custodiado, pero tampoco nos lo tomamos demasiado a rajatabla, aún teniendo en cuenta las complicaciones que de ello pudieran derivarse. Supongo que mi padre

haría algo de turismo si la lluvia se lo permitía.

Estuve con Jessica toda la tarde en mi habitación. Tenía aquellos cuatro nombres entre manos, Douglas Fisher, Russell Maynard, Jefferson Dillane y William Cushman y esa era mi idea, empezar por ello. No notaba a Jessica demasiado cooperante. Se limitaba a revisar su agenda, levantarse, sentarse, darle un vistazo a las fotografías, poco más. No le sentó muy bien cuando le dije que iba a hablar con mi padre. Desde que la conozco siempre me ha echado en cara lo mismo, y ahora que intento mirar por mis propios intereses, es cuando no me apoya. No lo comprendo, pero tampoco quería seguir discutiendo con ella, iba a hacer lo que tuviera que hacer.

Estuve al teléfono toda la tarde. Estuve hablando con amigos en el departamento y no fue muy difícil encontrarles. Russell Maynard, 59 años, Hopkinsville, Kentucky; Jefferson Dillane, 62, Topeka, Kansas; Douglas Fisher, fallecido y William Cushman, 62, Wichita, Kansas. Necesitaba toda la información disponible de estos cuatro hombres. Les indiqué el número del fax de la oficina del sheriff. Ella me estuvo escuchando palabra por palabra pero no dijo nada. Seguía en silencio. Colgué el teléfono, me acerqué al baño a lavarme las manos y ella se preparó para salir.

—¿Nos vamos?—asentí con la cabeza sonriente. Ella no reaccionó del mismo modo. Me acerqué a la habitación de Oliver y Nick. Les dije que no salieran de allí. Cuando tuviera más información volvería a hablar con ellos.

Pensé en todo lo que iba a significar traer a Oliver de vuelta. Estábamos sentados en la habitación hablando sin parar. Habíamos estado jugando a las cartas, hablando de la gente del pueblo, disfrutando de aquellas horas. Nick estaba tumbado en la cama de al lado, supongo que quería dejarnos algo de intimidad.

Apenas conocía a Nick. Cuando era pequeño, recuerdo que mi hermano pasaba mucho tiempo en su casa, pero no entendía muy bien el por qué, pero claro, ahora lo comprendo todo. No quería estar cerca de nuestra casa y aún así, se encargó de estar pendiente de mí todo el tiempo que pudo. De

cualquier modo, han pasado ya más de 20 años. Lo que no quiero pararme a pensar ahora es lo que va a ocurrir a partir de este momento. ¿Hasta cuándo va a estar aquí? No quiero que se marche. Le oigo hablar y no escucho lo que dice porque mi cabeza va más allá de lo que puedo asimilar.

Entró Luke para decirnos que se marchaba. Quise ir con él para dejar a Oliver y a Robert juntos pero no me lo permitió. Nos dijo que hasta que las cosas no se calmaran un poco prefería que no fuéramos a ninguna parte. Accedí, no de demasiada buena gana, me sentía un poco incómodo estando allí dentro. No por nada, simplemente porque pensaba que era su momento. Sí, sé que tuvieron toda la noche pasada, pero aún así, les ha faltado toda una vida.

Me acerqué al teléfono de la mesilla de noche y busqué el número de Emily. Llamé a su casa pero nadie lo cogió. Me extrañó que ni su marido respondiera. Llamé al número del periódico, aunque mirando en el reloj de la habitación que eran más de la siete, no pensaba tener suerte, pero la localicé.

—¿Emily?

—Sí, ¿Nick?

—¿Qué haces ahí metida? ¿Llevas ahí todo el día?

—Tengo que contarte muchas cosas. ¿Dónde estás?

—Pues, estamos en el Credence Inn, pero nos hemos cambiado de habitación. Ahora estamos en la 221.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—¿Cuánto te falta para acabar? Podrías venir, me gustaría que cenáramos juntos. Oliver está con Robert y me siento aquí un poco fuera de lugar—susurré a través del auricular. Me había apartado un poco, aunque Oliver intentaba estar atento a las dos cosas al mismo tiempo.

—Dame quince minutos y voy para allá—los dos colgamos prácticamente al mismo tiempo. Creo que me escuchó decirle a Emily, que no me sentía cómodo pero me entendió. Me miró complaciente, sabía la amistad que había entre nosotros y que, a pesar de los años, nada había cambiado, al

contrario, todo se había fortalecido.

Pensé que llegarían antes Luke y Jessica pero no, Emily se adelantó. Llamó a la puerta de la habitación y los tres nos quedamos en silencio, prácticamente nuestra respiración se detuvo.

—Soy yo—reconocí su voz, antes de que pudiéramos aventurarnos a pensar que alguien nos buscaba. Salté de la cama y abrí la puerta. Ella entró sonriente y dejó su bolso y unas carpetas sobre la mesa.

—Necesito salir de aquí. Me estoy subiendo por las paredes.

—Nosotros también—Oliver se levantó de la cama. Emily nos miró a todos. La verdad es que no pensaba que Oliver y Robert quisieran venir, pero entendía también que estuvieran hartos de estar encerrados.

—Pues... vámonos a comer algo si queréis—se miró el reloj. Salimos en dos coches. Nosotros íbamos delante y Robert y Oliver en el subaru.

—¿Qué ha pasado?—nos contamos todo lo que habíamos hecho. Le hablé de la noche pasada en casa de los Kenner, de lo que encontré en la caja, las fotografías, las cartas, la biblia, lo que me contó la madre de Oliver. Le dije que mi padre había llegado a Fairmont. Ella, a su vez, me puso al corriente de todo lo que habían hecho en Evansville y de cómo iba el artículo que iban a publicar el martes.

—¿Cómo está Oliver?

—Pues, le veo bien. Imagino que fue un shock enfrentarse con su madre y echarle en cara todo lo que durante años le había atormentado y fue bueno que Robert estuviera delante.

—Llevan así desde ayer por la noche. No se han separado ni un minuto.

—Cuando me enteré de lo que le había sucedido, Nick... entiendo que no quisieras contarme nada, aunque te insistiera... pero es que nunca te imaginas que algo así pueda pasarle a alguien. Cuando me lo contaste ayer... me sentí tan vacía por dentro...—mantuvo la vista fija en la carretera—
¿Cómo lo lleva Robert?

—Pues si te soy sincero, no lo sé. Le veo bien, les veo bien a los dos, pero no sabría decirte lo que les pasará por la cabeza. No vamos a estar

mucho más por aquí. Yo tengo que volver a casa, pero no me gustaría dejarlo solo sin saber qué hacer.

Había estado hablando con Helena prácticamente todos los días, Siempre sacaba algún minuto para llamarla desde la habitación, o desde la casa de los Kenner, como anoche. Sencillamente saber que todo iba bien. Ella no parecía preocupada, al contrario, le parecía interesante que estuviera sacando ideas para mi próxima novela pero evidentemente, no le había contado nada de todo lo que había sucedido.

Hablamos durante un buen rato hasta que llegamos a un restaurante llamado The Owl. Era nuevo, al menos no recordaba haberlo visto antes. Estaba situado en la entrada de Fairmont. Le dije a Emily que no me apetecía encontrarme con nadie, como la noche que vimos a Simmons y a Jane. Sabía que Oliver y Robert lo agradecerían también. Me sugirió ese lugar y me pareció bien. Al menos un sitio en el que pudiéramos comer y estar tranquilos.

—No me están yendo demasiado bien las cosas con Jeff—dejó un lado el tema de conversación.

—¿Por qué?

—Discutimos mucho. Y esta semana, con todo lo que ha estado pasando, apenas pasé por casa. Hoy se ha ido con los niños a casa de su madre a comer y a cenar y se van a quedar allí esta noche.—Tampoco sabía qué decirle.

—Pero lo vais a arreglar ¿no?

—Sí, imagino que sí, claro. Pero cada vez me doy más cuenta de que vamos por caminos diferentes. Yo, cada vez, estoy más tiempo en el periódico, y él no está trabajando. Pasa mucho tiempo en casa, y la verdad, que me encanta que esté con los niños, pero me echa en cara siempre que no esté en casa, que prefiera quedarme en el trabajo hasta tarde...

—Es normal, Emily, entiéndelo. Puede que se sienta inútil, estando sin hacer nada—traté de ponerme en su lugar.

—Mi padre se quedó cuidando de mis hermanos mientras mi madre iba a trabajar y no se acababa el mundo.

—Emily, tu padre perdió las piernas. No es que no quisiera trabajar, es que no podía. No tiene nada que ver.

—Sí, bien, no es el mismo caso, pero no se quejaba tanto si mi madre no estaba en casa. Entendía por qué no lo hacía.

—No le des más vueltas, seguro que todo se solucionará. Me gustaría conocerlo, por cierto.

—Te caerá bien.

Realmente no sabía mucho de él. Dejamos de escribirnos justo después de dar a luz al más pequeño. Calculo que unos cinco años atrás o seis. Sé que a Jeff le conoció en la Universidad y que se casaron al poco de terminar. Me mandó alguna foto, creo recordar, pero eso fue hace muchísimo tiempo.

Llegamos frente al restaurante y Oliver detuvo su coche al lado del nuestro. Entramos los cuatro y nos sentamos. Me resultó extraño ver un lugar tan moderno en un pueblo tan pasado de moda, porque aunque las cosas intentaran cambiar en Fairmont, la propia gente nos había enseñado que preferían mantenerse alejados de cualquier novedad. Parecía un bar de carretera, sólo que mucho más elegante. Todo construido en madera, con algunos neones con frases que parecían sacadas de postales que adornaban las paredes e iluminaban el lugar. Nada que ver con la claridad del “Cinamon Tree”. Nos habíamos colocado en una mesa cerca de la entrada. Así a simple vista parecía una típica hamburguesería americana, con las mesas separadas por pequeños tabiques que aún daba mucha más intimidad al lugar, pero Emily nos dijo que se comía muy bien allí y Robert secundó su opinión.

Seguimos hablando de todo lo que había sucedido aquellos días, pero no profundizamos demasiado. Era un tanto violento hablar de sentimientos en voz alta, por decirlo de alguna forma. Además, todos éramos conscientes de lo que había sucedido y no hacía falta indagar más y provocar con ello incomodidad, sobre todo en Oliver y Robert. Claro que me gustaría saber cómo se sentía Robert, cómo había encajado lo de ayer, qué sentimientos tenía hacia su madre o cómo iba a reaccionar a partir de ahora. Me pasaba igual con Oliver. Aún no había estado a solas con él ni un instante y me moría de ganas por hacerlo y hablar con él durante un buen rato, pero imagino que tenía que aguardar.

Estuvimos en la oficina que inicialmente utilicé para investigar el caso hasta que nos enviaron toda la información por fax. Algunas páginas apenas podían leerse, Douglas Fisher falleció en 1965 pero teníamos los tres otros nombres, tres números de teléfono y tres direcciones. Y aunque independientemente de que Fisher hubiera muerto, con alguien de su familia podríamos hablar. Mañana acababa el plazo que nos dio nuestro jefe para seguir con esto, así que teníamos que seguir trabajando en el caso sin descanso pero había un problema, que éramos dos personas para cuatro direcciones. Dos en Kansas, una en Kentucky y otra en Tennessee.

—Yo puedo ir a Kansas, Luke. Desde Evansville a Wichita hay unas cinco horas en avión, y de Wichita a Topeka son sólo dos horas en coche—se apoyó sobre la mesa. Había cogido el listado con la documentación y fue trazando una directriz entre las ciudades y los nombres. Yo tenía otra copia entre manos. Me pareció buena idea.

—Sí, Jess, porque desde aquí a Hopkinsville sólo hay dos horas, y desde allí a Nashville hay otra hora más, con lo que mañana por la mañana podía estar allí e intentar averiguar todo lo necesario para ver si hay algo que conecte el asesinato de Kenner con estos hombres o si es simplemente un callejón sin salida.

—Luke, perdóname si antes he estado esquivo o si ha parecido que no quisiera ayudarte. Sólo que no quiero que tengas problemas.

—No, no me lo he tomado a mal, Jess, no te preocupes aunque me hubiera gustado que me hubieses apoyado más.

—No es que no quisiera hacerlo, es que es así como tenemos que solucionar esto. Nosotros dos. No me sentía cómoda compartiendo este caso con una periodista y con los otros implicados. Sobre todo cuando hemos ido a la casa de la viuda de Joseph Kenner y les hemos hecho partícipes de toda nuestra información y de todos nuestros avances...

—Jess, no hubiéramos encontrado ese cuarto nombre, el de William Cushman si no es por las fotografías que encontró Nick—. Sabía que tenía razón, pero no quería reconocerlo. De cualquier forma, ahora ya había pasado todo. Recabamos toda la información que seguía llegándonos desde el FBI,

detalles familiares, trabajo, etc. Era extraño. La información era abundante en el caso de Dillane, Maynard y Fisher, pero de Cushman y aunque había bastantes datos, eran insuficientes en comparación al resto. No le di mucha importancia. Le di los dossiers pertenecientes a Dillane y Cushman a Jessica y yo me quedé con los otros dos. Eran las diez y media cuando salíamos de la oficina del Sheriff. Dejé a Jess en el Sunrise y me marché al Credence. Tenía que hablar con ellos. No iba a darles demasiados detalles, pero al menos quería que las cosas estuvieran tranquilas y que salieran lo menos posible de la habitación.

Para mi sorpresa, cuando llegué, llamé y no hubo respuesta. Maldije, aunque en el fondo sabía que aquello podía pasar si los dejaba solos. Me acerqué a recepción pero no supieron decirme nada. No se dieron cuenta de que salieron y tampoco dejaron ninguna nota. Sólo podía esperar. Llamé a Jessica pero me dijo que me tranquilizara, que volverían pronto, aún así, comenzaba a ponerme nervioso.

No me quedaba otra que esperar, así que me senté sobre la cama y empecé a ojear todos los dossiers sobre Douglas Fisher y Russell Maynard. Me planifiqué para salir a las siete de la mañana rumbo a Hopkinsville, Kentucky. Tenía una dirección, un teléfono y la esperanza de conocer algo más de Joseph Kenner. Pensé en llamar por teléfono, pero preferí presentarme de improviso. Me preocupaba si lo ocurrido en el pasado tenía relación con lo que le había sucedido a Oliver. ¿Quién le quería muerto? ¿Y por qué?

Por lo que leía en el informe, a Russell Maynard apenas se le conocía familia alguna. Padres fallecidos, sin hijos ni esposa. Tan sólo una hermana. Residía en el 73 de Princeton Road a las afueras de la ciudad. Miré en el mapa de carreteras que llevaba en el coche y no fue muy difícil encontrar su casa. Por otro lado, Douglas Fisher, fallecido. No había nada más. Me incomodaba la forma en la que había sido certificado. Nada que dijera la causa o que me diera una ligera idea de a qué fue debido. Estaba enterrado en el cementerio de la ciudad. Tenía esposa y dos hijos. Pensé que sería buena idea hablar con ellos y aunque dudaba que me pudieran aportar algo relevante, tenía que intentarlo. La dirección familiar se encontraba cerca de Battlemont Park, una zona acomodada separada un poco del centro de la

ciudad.

Revisé los otros dos nombres, Cushman y Dillane, pero esperaría a que Jessica obtuviera algún resultado y al día siguiente por la tarde decidiríamos qué íbamos a hacer. Me harté de esperar. Cogí el coche y fui directamente al Sunrise. Llamé a la puerta. Jessica asomó unos segundos después.

—Luke, ¿qué pasa?—abrió la puerta para que entrara. Tenía un montón de informes sobre la mesa, esparcidos de tal forma que apenas quedaba un hueco libre.

—No han llegado todavía—resoplé no de muy buena gana. Entendía que quisieran desahogarse, salir a comer algo, pero no era lo más recomendable—¿Estás trabajando?—me acerqué a comprobar todos aquellos papeles.

—No te preocupes que llegaran enseguida. Ya lo verás—eché un vistazo a la habitación—Ya, ya sé que tengo que madrugar, pero no puedo pegar ojo.

—Yo tampoco.

—¿Quieres beber algo?—se acercó al minibar y me miró de reojo—¿Quieres que nos tomemos una cerveza?

—Pero que esté bien fría—me acerqué hasta allí. Me senté junto a la cama y me pasó una botella pequeña. Ella abrió otra y brindamos por aquel momento de descanso que ambos merecíamos. Se sentó a mi lado.

—¿Cómo lo llevas?

—Bueno, intento llevarlo. Espero encontrar algo mañana que nos ayude a sacar más tiempo—me dio la sensación que no me estaba escuchando a pesar de la evidente atención que me prestaba. Además, ya empezaba a intuir esa sonrisita que me resultaba familiar—¿De qué te ríes?

—De nada—continuó con su descarada actitud. Sorbió nuevamente y volvió a mirarme.

—Sabes lo que pasó la última vez que bebimos juntos, ¿verdad?—bajó su mirada ignorando mi pregunta, aprovechando para acercarse cada vez más.

La observé detenidamente. Movi6 su cabeza hacia un lado, dejando su cuello al descubierto. Era obvio lo que pretendía.

Dejé caer mi cerveza sobre el suelo, y subí con mis manos por sus piernas. Ella me acariciaba el cuello, intensificando cada beso. Al instante nos dejamos arrastrar por una pasi6n que en el pasado ya habíamos experimentado. Sentía en cada caricia su deseo. Cuánto tiempo había soñado con volver a sentir aquello, verla de esa forma, besándome como cuando llegué a Washington.

A pesar de no estar segura, lo hice. Me dejé llevar. No quería que nuestra amistad se resintiera pero le vi allí, sonriente, bebiendo conmigo. Luke era guapo, era de esos hombres que comenzaban a hablar y te embaucaban literalmente con sólo una palabra. Te quedabas absorta mirándolo sin escuchar nada de lo que decía. Así fue como me acosté con él la primera vez. Y ahora, aunque fuera yo la que estaba tomando la iniciativa, dejé que mi deseo me guiara.

Quería que me besara, que recorriera con sus manos todo mi cuerpo, que sus labios rozaran mi cuello, mi pecho, que me tocara como si fuera la primera vez que hiciera el amor. Le desnudé y sentí su piel suave, palpitante, erizándose al contacto con la mía.

Le cogí fuerte tomando yo el control. Acerqué mis manos a su pecho y subí hasta su cuello, su boca, su cara y su pelo. Veía cómo me miraba, cómo me deseaba. Sabía cómo y dónde, intensificando cada gesto hasta perder el control.

Cuando le besé en el cuello se levantó y volvió a dedicarme aquella sonrisa cómplice. Le observé detenidamente mientras se vestía de espaldas a mí. No comprendía ese comportamiento viniendo de él. Nunca lo hubiera imaginado. Pensé que querría quedarse a pasar la noche, dormir abrazado a mí, quedarse dormido... como lo hizo en Washington, pero me sorprendió. No dije nada. Me limité a sonreír y a verle marchar. Se despidió con un beso alegando que al día siguiente teníamos que madrugar y me quedé tumbada junto a las sábanas, mientras la puerta se cerraba tras su marcha. Hizo lo que me hubiera gustado que hubiera hecho nuestra primera vez, pero ahora, tal

vez prefería que se quedara conmigo.

No quise hacerlo. Cerré la puerta y permanecí allí de pie, en el pasillo, queriendo volver a entrar y acariciarla hasta despuntar el alba. Siempre había querido volver a acostarme con ella y tener algo más, pero fui un inmaduro. Un enamorado agente que actuaba como un niño. Ella buscaba otro tipo de hombres, de esos de los que no se está seguro de si seguirán ahí al día siguiente. Yo no era tan complicado. Sólo era uno más, un hombre apasionado que actuaba delante de ella para no parecer un ingenuo. Mientras me vestía me iba arrepintiendo cada vez más, pero fui frío. Actué como esos hombres egoístas que suelen usar a las mujeres como ella, del mismo modo que ella solía hacer con los jóvenes a los que seducía y desaparecí de allí.

Regresé al hotel una hora y media después aproximadamente, pero no había señal del coche de Oliver. Me puse nervioso. Fui directo a su habitación, llamé, pero era obvio que no iba a recibir respuesta alguna. Regresé a la mía, lo único que podía hacer era esperar.

Pasaban de las once de la noche cuando prácticamente nos echaron del restaurante. Habíamos estado comiendo, bebiendo, hablando y riendo. Era como si todo hubiera terminado y la vida nos hubiera dado una segunda oportunidad. Desde hacía un buen rato éramos los únicos que quedábamos en el lugar.

Emily miró su reloj de pulsera y se dio cuenta de lo tarde que era. Robert tenía que trabajar al día siguiente en el taller. Pagamos la cuenta y salimos de allí. Decidimos ir primero a casa de la madre de Oliver y dejar a Robert, y luego regresar al Credence. Emily insistió en venir con nosotros, así que fui con ella.

—Me ha encantado verlos así—sonrió Emily mientras conducía.

—Oliver es así, Emily. Siempre lo ha sido.

—Ya, ya lo sé. Sólo que aunque he disimulado un poco, no he podido quitarme de la cabeza, todo lo que me contaste ayer—mi semblante se tornó frío y distante.

—Fue todo una locura. Cuando me enteré...—no quería ni acordarme.

—¿Te lo dijo él?

—No. Les vi.

—¿Cómo que los viste?

—Fue una semana antes de que Joseph desapareciera o así, no lo recuerdo bien. Estaba abusando de él en el bosque de Clarkson, detrás de nuestras casas. Hice ruido para que supiera que había alguien por allí y se fue corriendo.

—Dios... Es que no me lo puedo creer. ¿Qué te dijo?

—¿Qué me iba a decir? No podía mentirme, Emily. Sabía que lo había visto. Estaba medio desnudo, lleno de barro y hojas secas pegadas por el cuerpo. No quería hablar conmigo. De hecho estuvo evitándome durante una semana. Lo que pasa es que tú no te enteraste porque estabas más pendiente de Carson Miles que de otra cosa. Cuando volví a hablar con él fue la noche en que su padre desapareció.

—¿Por qué no se lo contaste a tu padre?—dudé unos instantes antes de contestar. Miré por la ventanilla. Apenas había nada de luz a nuestro alrededor. Circulábamos a la altura de Lavender Drive bordeando las montañas. Afortunadamente habían arreglado la carretera que hace años tan sólo eran polvorientos y peligrosos caminos al bode de los barrancos. Sí, me lo había preguntado a mí mismo cien mil veces. ¿Por qué no lo hice? Siempre había llegado a la misma conclusión. No hubiera solucionada nada. De cualquier forma, desde que lo supe hasta ese 17 de abril, tan sólo transcurrieron unos días. Afortunadamente aquella fatídica noche, todo terminó.

—Pues no lo sé, Emily. Estaba tan asustado que...

De repente, un coche embistió por el lateral izquierdo al subaru de Oliver, sacándolo de la carretera. Un mustang negro con los cristales tintados salió de la nada, justo en la carretera que conectaba la salida de Fairmont con el Credence Inn. La zona no estaba muy iluminada, así que supongo que esa era la clave para pillarnos por sorpresa. Emily detuvo el coche como pudo. Frenó con fuerza y casi me fui de bruces contra el cristal. No llevaba

abrochado el cinturón, pero pude protegerme con las manos. De inmediato pude ver el coche como aceleraba intentando empujar el de Oliver hacia el barranco. Fue todo muy rápido, apenas pudimos reaccionar.

—Dios Mío—dijo Emily viendo como el mustang intentaba despeñar a nuestros amigos.

—¡Arranca! ¡Deprisa!—le hice reaccionar, y aunque asustada, lo hizo. Coloqué mi pie sobre el suyo, acelerando a gran velocidad. Las ruedas chirriaban y nuestro coche salió rápido estampándonos sobre el vehículo, intentando que girara y se despegara del subaru de Oliver.

Salió de allí a toda velocidad después de maniobrar sobre el asfalto al no lograr su propósito. Había desplazado el coche varios metros, pero no los suficientes como para abocarlo al precipicio. No podíamos seguirle. Ni siquiera nos dio tiempo a reaccionar. Robert salió del coche maldiciendo enfadado, a la par que asustado. Oliver también salió.

—Joder—se acercó a la parte del conductor, ya que por ese lado no pudo abrir la puerta, y observó la enorme abolladura que la había destrozado. Nosotros salimos del coche sin poder comprender lo que acababa de suceder.

—¿Estáis bien?

—Si, Nick. ¡Joder!— Oliver miró a lo largo de la carretera por dónde el coche se había marchado. Emily cojeaba.

—Eres un bruto—me di cuenta de que tenía el pie algo magullado.

—Perdona, Emily. Fue todo muy rápido.

—¿Qué ha sido esto?—preguntó Robert ajeno a todo lo que nos había estado sucediendo hasta el momento.

—Hermano, esto es lo que nos ha sucedido desde que hemos puesto el pie en Fairmont. Es la tercera vez que intentan matarme—Oliver sintió frío. No supo qué decir. Se asustó igual que lo estaba Emily, pero creo que tanto a él como a mí, después de lo del hospital, esto no nos afectó de la misma forma.

—Hay que llamar a la policía. Hay que llamar a Luke—Emily no estaba preparada para todo esto.

—Lo mejor será que vayamos al motel—dije. Era lo que pensaba.

—Estará allí—comprobamos los dos coches y funcionaban perfectamente, aunque al de Emily se le había roto un faro y había perdido el guardabarros.

—Emily, ¿puedes llevar a mi hermano a casa?

—Espera un momento, no me voy a marchar después de esto.

—¡Robert! Ahora no puedo permitir que a ti te pase nada. Métete en el coche de Emily y ve a casa, por favor, hermano—él intentaba negar con la cabeza, pero la voluntad de Oliver fue más firme y finalmente accedió. Se dieron un fuerte abrazo y le obligó prácticamente a meterse en el coche. Cambié de vehículo, recogimos el guardabarros y lo metimos transversalmente como pudimos en el interior del coche de Emily, saliéndose parte por la ventanilla. Robert lo sujetaba con una mano para que no le diera en la cabeza. Condujimos despacio. Oliver no le quitaba ojo a la carretera. Vigilaba cualquier movimiento que creyera ver en la noche, que le hiciera sospechar. Redujo bastante la velocidad cerciorándose de que Emily y Robert continuaban pegados a nosotros.

—Me gustaría saber quien está intentando hacernos esto. ¡Joder!—dijo golpeando el volante.

—Venga, que falta poco para llegar.

—Si le llega a pasar algo a mi hermano, Nick, te juro que...—Intentaba continuar balbuceando. Pensaba lo mismo que él. ¿Qué estaba ocurriendo para que nos sucediera todo aquello? No entendía nada. Era la tercera vez que intentaban acabar con él, pero ¿Por qué? ¿Qué se nos estaba escapando?

Emily había insistido en seguirnos hasta el motel. No accedieron a desviarse en el camino. Llegamos en unos diez minutos y dejamos los coches en el parking. Emily insistió en acompañarnos hasta arriba y hablar con Luke y no íbamos a hacerle desistir en su empeño. Subimos las escaleras que llevaban al primer piso y llamé a la puerta de la habitación de Luke. Inmediatamente la abrió.

—¿Dónde os habíais metido?

—Acaban de intentar sacarnos de la carretera—dijo Oliver enfadado

entrando en la habitación.

—¿Cómo?

—Un coche se nos ha echado encima e intentaba tirarnos por los despeñaderos de Lavender Road—Oliver se sentó sobre la cama ante la impasible mirada de Luke.

—Pero ¿no os dije que no os movierais? Esto precisamente es lo que quería evitar, que volviera a pasar algo así—caminó de un lado a otro de la habitación. Oliver echó un vistazo a los papeles que había sobre la cama. Cogió uno de ellos y comenzó a leerlo.

—¿Qué es todo esto?—Luke se acercó a él y se lo agarró de las manos.

—Nada, y visto lo visto, cuanto menos sepáis, mejor—Emily se acercó hacia allí presa de la curiosidad, mientras Luke comenzaba a recoger todas las hojas. Robert y yo nos mantuvimos a un lado de la puerta.

—¿Qué es esto?

—Ya hemos recibido la información sobre los cuatro amigos de tu padre. Mañana a las siete me iré a Kentucky y a Tennessee y mi compañera Jessica irá a Kansas. Por la noche sabremos si ha servido de algo o no. Y vosotros, por favor, no os mováis de la habitación en todo el día.

—Yo quiero ir contigo—Emily intentaba aprovechar cualquier oportunidad para entrometerse en la historia. No dejaba de apartar sus ojos de las hojas que iba alejando de su ángulo de visión y las amontonaba en sus manos.

—Ni hablar.

—¿Por qué no?

—¡Pues porque no! Y no hay más que hablar. Esto se está complicando más de lo que pensábamos—se acercó a la puerta, la abrió y nos condujo hasta nuestra habitación. Oliver abrió y entramos.

—Robert, vete con Emily, por favor—éste asintió y se quedó esperando.

—Luke, el martes sale en primera plana la noticia, me lo debes. Déjame

ir contigo mañana—él negó, pero ella le hizo recapacitar—puedo ayudarte. Soy buena en mi trabajo. En serio—. La mirada que Luke le devolvió le hizo ver que había una pequeña posibilidad de que estuviera planteándose esa opción—A las siete estaré aquí—. Se llevó a Robert de allí. Luke entró en nuestra habitación después de cerrar la suya. Se apoyó junto a la mesa mientras nosotros nos sentábamos en nuestras respectivas camas.

—¿Se puede saber a qué estáis jugando?—nos preguntó mirándonos a los dos. Yo no supe qué decirle.

—¿Cómo?—se extrañó Oliver.

—¿Por qué salisteis de la habitación? ¿Qué cojones os dije?

—Sí, está claro lo que nos dijiste pero ¿te crees que es fácil estar aquí sabiendo que alguien te quiere matar?

—¿Y qué se supone que quieres hacer? Algo me dice que todo esto está relacionado.

—¿El qué? ¿Qué a mi padre le mataran hace más de veinte años y ahora quieran matarme a mí?

—¿Y qué sino? ¿Encuentras alguna otra respuesta?

—Vosotros mañana os quedaréis aquí hasta que yo vuelva. Dormís, coméis, jugáis a las cartas, lo que os de la gana, pero no salgáis por esa puerta—estaba bastante enfadado. En ningún momento quería que se pusieran en duda sus decisiones después de lo que nos sucedió en la carretera.

—Está bien. Mañana nos quedaremos aquí—zanjó la conversación no muy contento. Luke se dirigió hacia la puerta y se marchó. Oliver se echó sobre la cama.

Sábado, 18 Abril 1959

Quería hablar con mi padre, pero no sabía qué decirle. No iba a volver hasta la hora de comer, así que solo podíamos esperar. Parecía un niño asustado. Estaba allí sentado, en el banco del porche, con la mochila repleta de ropa que había cogido de su casa junto a los pies mirando a un lado y a otro. No sabía qué hacer para ayudarle. No podía decirle a mi padre que se

viniera a vivir con nosotros, seguro que me preguntaría el motivo y tampoco podíamos contarle lo que le había estado sucediendo.

El tiempo siempre pasa tan lento cuando más deseas que transcurra. Apenas hablamos. No lo vi demasiado receptivo para responder a mis preguntas sobre lo que había sucedido en su casa cuando había visto a su madre.

No podía quitarme de la cabeza lo que me dijo anoche. ¿Su madre sabía lo que le estaba haciendo su padre y no dijo nada? ¿No hizo nada por ayudarlo? Desde luego que no podía permitir que sufriera más, pero yo sólo era un adolescente. ¿Qué podía hacer?

Esperamos a que llegara. Nos vio y sonrió, pero nuestras caras no mostraban ese entusiasmo que él manifestaba.

—¿Qué hacéis ahí sentados un sábado con el buen tiempo que hace?— subió los peldaños de la escalera del porche. No sé de dónde vendría, imagino que de la biblioteca o de alguna reunión. No llevaba su ropa de trabajo pero vestía elegantemente de igual forma.

—Papá...—me vio en la cara su respuesta. Miró a Oliver y este bajó la cabeza, apretando fuertemente las correas de su mochila.

—¿Qué ha pasado?—se agachó de inmediato, intentando que Oliver levantara la cabeza y hablara, pero no lo hizo. No podía contener aquella tristeza.

—Papá.. Oliver se ha marchado de su casa.

—Pero, ¿cómo que se ha marchado de casa?

—Sí. No voy a volver—se mantuvo firme en su decisión, apartando cualquier atisbo de duda y alejando esa muestra de debilidad que sentía, cuando sus ojos comenzaban a humedecerse.

—Pero, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está tu padre?

—No lo sé, ni me importa. Pero no voy a volver a esa casa.

—Entrad, vamos a hablar y dejaos ya de tonterías—abrió la puerta de casa y nos condujo al salón. La cerró e hizo que nos sentáramos en los sillones.

—Oliver, ¿qué ha pasado?

—Pues que ya no puedo más, no quiero estar más en esa casa y me voy a marchar.

—Hijo, no puedes tomarte las cosas así, piensa en tu madre, en tu hermano...—Oliver se tragó sus propias palabras. No podía contar nada más.

—Mi hermano es por lo único que no me marcharía del pueblo, pero no puedo estar con ella. No quiero verla más.

—Oliver, entiendo la situación de la que me hablas, pero es complicado. Lo único que podríamos hacer es denunciar a tu padre y...

—¿Pero no entiende que no puedo denunciarlo? No van a hacer nada. Mi padre es amigo del alcalde, del sheriff, de toda la gente del pueblo. Ni me van a creer ni mi madre me apoyará tampoco y no quiero que le pase lo mismo a mi hermano.

—¿Y quieres dejarle solo?—Oliver se contuvo unos instantes. Mi padre reaccionó con rapidez—Disculpa Oliver, no quería decir eso—se arrepintió, pero Oliver había bajado la guardia.

—Es que no sé lo que hacer...—se echó sobre el respaldo intentando camuflar su debilidad. Mi padre comenzó a caminar a nuestro alrededor pensativo, intentando encontrar una solución. Al final solo pudo hacer una cosa.

—Nick, id con Rose y que os prepare algo de comer. Ahora vuelvo.

—¿A dónde vas, papá?

—Tranquilo, todo va a salir bien.

Salí de casa totalmente desconcertado. Me habían surgido algunas ideas pero no sabía de qué modo explicarlas para encontrar una solución. Fui directamente hasta la casa de los Kenner y llamé a la puerta. Vivianne Kenner me abrió. La miré y por mucho que intentara disimular con una sonrisa, era evidente que su rostro se mostraba afligido.

—Señora Kenner, ¿puedo hablar con usted un momento?—abrió la

puerta para que yo pasara y me condujo hasta el salón.

—Si, claro, pase—No sabía cómo comenzar, así que intenté hacerlo lo mejor posible—Siéntese, por favor.

—No, no. Estoy mejor así—. Hubo un frío silencio entre nosotros. Ella esperaba a que comenzara a hablar, pero me ponía en su lugar y era difícil realmente hacerle ver a alguien que no estaba cuidando bien de sus hijos. No quería avasallarla ni parecer que quería destruir su familia, ya lo estaba consiguiendo ella sola, pero quería ser prudente—Su hijo Oliver está en mi casa, señora Kenner. Dice que no quiere volver a aquí y que se quiere marchar. Ayúdeme a encontrar una solución—ella, inevitablemente, comenzó a llorar. Se sentó en el sillón y se llevo las manos a la cara. Me senté a su lado.

—Señora Kenner, por favor ¿Está su marido en casa?

—No, y no va a volver.

—¿Cómo que no va a volver?

—No va a volver a esta casa—guardé silencio y esperé a que se calmara y me diera una respuesta algo más clarificadora. Intenté descubrir yo mismo lo que eso significaba, pero por mucho que pensara, no lo entendía. Finalmente controló sus lágrimas—Joseph no va a volver.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Usted cree en las corazonadas?—insistió mirándome con aquellos ojos verde jade apagados.

—No.

—Pues yo sí, y sé que no va a volver.

—Ayúdeme a encontrar una solución.

—No puedo hacer nada si él no quiere estar aquí. Ya tiene casi diecisiete años.

—¡Pero es su hijo...!—me levanté del sillón.

—Sé que es mi hijo, qué se cree que no lo sé, pero ¿qué quiere que haga? ¿Qué lo ate a una silla?

No entendía su comportamiento. Sé que Oliver ya era mayor y aunque apenas conocía a qué aspiraba en su vida, al menos, sólo por el niño ilusionado que conocí cuando estuvo en mi casa y por toda la estabilidad que le aportaba a Nick, sólo por eso, egoístamente, pensaba que no se merecía que tuviera que comenzar su vida de esa forma. Hablé con ella, y sólo se me ocurrió una cosa. No puso objeción alguna, eso sí, no dejó de llorar hasta el momento en el que me fui.

Me extrañó que hablara de esa forma de su marido. ¿A dónde había ido? ¿Por qué estaba tan segura de que no iba a volver? No quise pensar más en ello. Llegué a casa y hablé con los chicos. Se habían sentado a la mesa y Rose les había preparado unas mazorcas con algo de queso y un poco de pollo. Me senté con ellos.

—Chicos... he hablado con tu madre, Oliver. Le he dicho que querías marcharte y hemos llegado a un acuerdo—notaba como mi hijo escuchaba sin querer perder detalle alguno—Por el momento, te quedas aquí unas semanas. No tengo ningún problema con ello—me di cuenta a medida que hablaba que mi hijo irradiaba felicidad por momentos. Oliver comenzaba a sonreír, pero no fue un gesto demasiado notable—Más adelante ya veremos, pero tienes que pasar tiempo con tu hermano, Oliver. Tienes que pasar tiempo con él. De entrada, eso es lo que hay, chicos. Y cuando llegue tu padre... pues a ver qué es lo que ocurre—Oliver se extrañó. Miró a mi hijo, noté cierta complicidad entre ellos, y volvieron a mirarme.

—¿Qué es lo que no sé, Nick? ¿Qué ocurre?—pero mi hijo no hablaba. Guardó silencio e intentó no mirarme a la cara—Oliver, ¿por qué tu madre me ha dicho que tu padre no va a volver?

—No lo sé...

—Tu madre parecía muy segura de ello pero no entiendo por qué. ¿Discutieron o algo?

—Bueno, siempre hay discusiones en casa.

—Pero no sé... ella sabrá—No parecía que tuviera muchas ganas de hablar de ello. Preferí guardarme mi opinión. Les noté bastante incómodos, así que les di vía libre para que salieran del comedor y que subieran a la habitación e hicieran lo que quisieran.

Oliver era un buen chico. Eso se veía a la legua. Me sentía en deuda con él por haber hecho que mi hijo se sintiera feliz en Fairmont. Estaría eternamente agradecido tanto a él, como a la hija de los Matthew. Desde la muerte de Sophia, no podía yo sólo con su adolescencia, y el sentirse protegido y seguro con aquellos chicos, era de gran ayuda.

Si me hubiera apartado, si no hubiera actuado como lo estaba haciendo y hubiera dejado que la vida continuara su curso, posiblemente el futuro de Oliver no sería nada halagüeño. Hubiera caminado por las carreteras del medio este, con su mochila al hombro, vendiendo su trabajo por algo de comida y techo y sin nada más a lo que aspirar. Me daba lástima que alguien con un padre de esa calaña tuviera que sufrir las consecuencias de algo que él no había buscado.

No se me ocurrió otra cosa que acogerlo, en la medida que pudiera permitírseme, ya que no quería involucrarme en problemas familiares con los Kenner, pero claro, era eso, o quedarme de brazos cruzados y ver como el chico desaparecía de nuestras vidas, así que no me lo pensé.

No sabía por qué mi madre le había dicho al padre de Nick que mi padre no iba a volver. No quise hablar con ella esta mañana de lo que pasó. Ni me sentía con fuerzas, ni quería hacerlo, sólo desaparecer. Me gustó que el Señor Hamilton hiciera eso por mí. Desde la guerra, nunca antes había vuelto a ver a mi padre como cuando era pequeño. Me sentía sólo e intentaba pasar más tiempo con mis amigos o con mi hermano, pero cuando llegó Nick, y comencé a conocerle, la vida la sentía de otra forma. No quería marcharme, no quería haber tenido que coger mis cosas y salir de mi casa como lo hice, pero no quería volver a verla. Sentía lástima por mi hermano, pero ¿qué iba a hacer? Acabaría volviendo a intentar quitarme la vida.

Subimos a la habitación y, muy ilusionado, me hizo un hueco en su armario para que colocara mi ropa y la verdad es que me gustó el gesto. Era extraño como venían las cosas. En sólo un par de meses, aunque mi vida seguía siendo un caos, al menos alguien intentaba echarme una mano, algo que agradecía. Me resultaba raro que personas, a quienes apenas conocía, se volcaran en mí de esa forma, pero a veces, y sólo a veces, la bondad de los desconocidos te hace creer un poco más en el ser humano.

Madrugada. Lunes, 24 Octubre 1983

Pasaban de las dos de la madrugada y algo me despertó. Creo que fue el sonido de un vehículo o algo así. Me incorporé un poco y me quedé sentado en la cama. Entraba algo de luz por la ventana. Me levanté y me asomé, pero todo estaba en silencio. Volví a la cama, Oliver también se había despertado.

—¿No puedes dormir?—le dije.

—No. Me he desvelado.

—Yo tampoco puedo dormir. ¿Cómo estás? ¿Qué tal llevas todo esto?

—Bueno. Intento asimilarlo lo mejor posible.

—¿Qué vas a hacer cuando nos vayamos?

—Nick, no lo sé. No imaginaba que esto pudiera pasarme.

—¿El qué?

—Pues esto... no me había planteado que iba a recuperar a mi hermano. Cuando llegué, la idea que tenía era la de hablar con mi madre, soltarle todo lo que llevaba dentro y largarme. Ya está, no esperaba contarle a mi hermano lo que me pasó.

—Bueno pero a medida que nos acercábamos sabías que esa opción estaba ahí.

—Sí, y cada vez que me lo decías, lo veía menos descabellado, pero yo que sé... Tampoco sabía que fuera a ocurrir esto.

—Dile que se vaya contigo una temporada si tú no te quieres quedar por aquí.

—No lo sé. No quiero ser egoísta.

—¿Y por qué no? Tu no tuviste la culpa de lo que pasó. Y ahora él lo sabe— Parecía asentir y reconocer que lo que le había dicho era sensato, pero tenía sus dudas. —Además, digas lo que digas, aquí no tiene nada, está trabajando en un taller, no está casado, no tiene hijos...

—Aún así, es su vida—Hubo un breve silencio entre los dos—Con

quien fui un idiota fue con Emily—quería quitar hierro al asunto cambiando de tema.

—Tampoco le des muchas vueltas.

—Bueno, yo le gustaba pero fui un idiota, pensaba que simplemente me estaba mareando y me puse a salir con Jane—eso ya lo sabía yo—¿Y tú por qué no intentaste nada con ella, Nick? Siempre estabais juntos.

—Te lo he dicho, le gustaban los chicos más mayores.

—Menos yo—bromeó—está guapísima—Oliver volvió a reposar su cabeza contra la almohada.

Pensé en Emily. Pensé en cada momento que había pasado con ella, en su forma de ser, en lo guapa que seguía, esa era ella. Hubieran formado una pareja perfecta, si el Oliver que yo conocía hubiera sido ese chico a la vista de los demás, pero la vida les deparó caminos bien distintos.

CAPITULO X

Lunes 24 Octubre. 1983

Hablé con Jessica antes de que se marchara de madrugada rumbo al aeropuerto de Evansville. La llamé por teléfono e intenté obviar lo que pasó hacía unas horas. Seguía dudando sobre si esperar a Emily Matthews para que me acompañara a Hopkinsville a buscar a Russell Maynard, o salir directamente del hotel a las seis y media y marcharme en aquella dirección siguiendo las directrices que a Jessica le hubiera gustado.

No estaba hecho de la misma pasta que Jess por mucho que intentara doblegarme, así que esperé sentado sobre mi cama hasta que escuché el motor de un coche acercarse y detenerse en el parking frente a nuestras habitaciones. Miré a través de la cortina de mi habitación y la vi salir del vehículo. Allí estaba, miró directamente hacia arriba e inmediatamente después, abrí la puerta, cogí las carpetas que había estado ordenando meticulosamente la noche anterior antes de acostarme y salí. Bajé las escaleras de la primera planta, echando antes una mirada atrás hacia la habitación de Oliver y Nick, pensando en que me harían caso y no saldrían de allí.

—Ya está cambiando el tiempo—me sonrió ella. Nunca me había fijado en esos ojos tan increíbles. Le devolví la sonrisa mientras me abrochaba la chaqueta y observaba las nubes.

—Por lo visto, es lo que tiene este pueblo—dejó su coche y nos

acercamos al mío. Puse rumbo a Hopkinsville, Kentucky. Dos horas y veinte minutos calculaba que tardaríamos en llegar, así que teníamos todo ese tiempo para ponernos al día en lo referente al caso y a nuestras estrategias.

Emily era una mujer lista, lo supe desde el momento en el que la vi. He conocido a muchos periodistas a lo largo de mi vida y sé distinguir entre cuando uno está dispuesto a vender a quien sea por una noticia y entre quien sabe jugar bien sus cartas. Ella lo estaba haciendo bien. Conservaba ese respeto intrínseco hacia sus amigos, que creo que cualquiera debería mantener siempre como un marco infranqueable, al mismo tiempo que intentaba sacar adelante la noticia y descubrir qué estaba ocurriendo.

Lo del Gobernador Johnson fue una mera cortina de humo. Regresó a Indianápolis inmediatamente tras el incidente del Saint Francis. A excepción de los periódicos que lo publicaron ayer en la edición matinal, supongo que algunos otros continuarían hoy dando pábulo a las especulaciones sobre el supuesto atentado. Todos teníamos muy claras las ideas sobre lo sucedido. El único problema era que nos sentíamos totalmente indefensos, sin respaldo alguno por ninguna de las instituciones que deberían confiar en nuestras investigaciones.

El sheriff de Fairmont pasaba sin pena ni gloria por encima de la investigación, dándome vía libre a cualquier cosa que quisiera hacer sin mancharse las manos, hasta el pasado sábado, cuando le pedí ayuda con lo de la inmobiliaria. A partir de ahí, supe que no podía contar con su colaboración. Tenía que llamar a mi padre y no lo hice, pero cuando regrese a Fairmont será lo primero que haga. He de enfrentarme finalmente a todo lo que siempre me ha mantenido atado a sus propias reglas, sin que pudiera alejarme de lo que él había preparado para mí, ligado íntimamente a la supervisión de Thomas Piers.

Seguía sin entender por qué tanta negativa a la hora de seguir con nuestra investigación, arrastrándonos a esas veinticuatro últimas horas para poder descubrir lo que sucede con Oliver Kenner y si existe alguna relación con el asesinato de su padre. Entiendo que quieren mantener el honor intacto de alguien a quien condecoraron como un ejemplo a seguir después de la guerra y que su memoria permanezca inalterable pero después de escuchar como su hijo relataba toda una vida de dolor y abusos, no podía permanecer

impasible.

Contaba, como bien me dijo Emily, que con la publicación de mañana de la noticia del asesinato de Joseph Kenner, todo diera un giro de 180 grados. Le pregunté acerca de la fuente que iban a utilizar si el FBI les reclamaba la información que habían utilizado para difundir la noticia, pero no quiso decírmelo. Le sonreí. Tampoco quise indagar demasiado. Mañana vería el resultado de nuestra secreta colaboración y que suponía todo aquel esfuerzo. En ningún momento le hice pensar a Jessica que Emily lo sabía, aunque teniendo en cuenta que Oliver y Nick eran concedores de ello, tenía las espaldas cubiertas.

Me sobresalté con el sonido del teléfono. No sabía la hora qué era, pero teniendo la habitación completamente a oscuras, y lo poco que había dormido esa noche, me imaginaba que sería todavía de madrugada. Respondí de inmediato, al tiempo que Nick, se mantenía expectante desde su almohada escuchando la conversación que estaba manteniendo.

—¿Sí?

—Oliver, soy Robert.

—¿Qué hora es?—apenas podía alcanzar a ver el reloj de la mesilla de noche.

—Las nueve y media. Despertaos ya, Oliver—no pude evitar dejarme llevar por aquella frescura en su voz.

—¿Qué pasa hermano? ¿Cómo estás?—me incorporé y me senté en la cama, dejando salir mis piernas afuera.

—Han llamado a mamá esta mañana. Van a organizar mañana a las doce de la mañana el funeral por papá.

—¿Cómo?

—Sí, eso le han dicho. Que pasaran a recogernos a las diez y que estemos preparados, porque van a organizar una ceremonia militar y va a venir gente de todo el estado y no sé qué más—Nick se incorporó viendo mi reacción al oír apenas la voz de Robert. No supe qué decirle a mi hermano.

¿Qué se suponía que iba a hacer desde allí? No podía moverme de la habitación después de lo de anoche. Se lo prometimos a Luke y en esta ocasión creo que debíamos hacerle caso.

—Robert, no sé...

—Cuando salga del trabajo iré a veros. Ya sé que no podéis salir de ahí, pero tenía que contártelo.

—Sí, sí, tranquilo. Nosotros estaremos aquí—colgué.

—¿Van a enterrar a tu padre mañana?—Supo que la información me había descolocado por completo—No hagas caso,—Nick volvió a recostarse —mañana van a publicar en el periódico que fue asesinado, así que lo cancelaran, ya lo verás.

—De todas formas, si te digo la verdad, me da igual si lo entierran o no. Yo no tengo ya nada que ver con él.

—Eso está claro, pero qué menos que aclarar lo sucedido o el por qué te persiguen a ti ahora.

—Bueno, eso sí, me gustaría que todo esto se acabara y poder tener una vida normal con mi hermano y volver a ser el que era, o al menos intentarlo.

—¿No tienes curiosidad por saber quién lo mató?

—No, Nick, sinceramente. Murió, le metieron dos tiros, y todo se acabó. Realmente había que hacer algo así para que la tranquilidad volviera a nuestra vida, lo único que me aflige es que sea quien sea, no lo hubiera hecho antes—guardamos silencio unos instantes.

Era cierto, poco me importaba ya quién disparó las dos balas que acabaron con su vida. Tal vez si no hubiera sido así, nosotros dos no hubiéramos salido del bosque. Intento no pensar en ello, pero cada vez que vuelve a mi memoria esa madrugada, ver a Nick en el suelo, sobre aquel tronco, con la rodilla de mi padre clavada sobre su espalda....

Me extrañó que no sintiera curiosidad por saber quién fue. Cuando apareció en Nueva York, la noche en la que le dije que nunca había pensado

que él tuviera que ver en la desaparición de su padre, mentí. Claro que lo había pensado, infinidad de veces, pero ¿cómo podía no haberlo imaginado después de saber todo lo que le estaba haciendo? ¿Quién en su lugar no hubiera querido tomarse la justicia por su mano? Aunque claro, me pongo en esa situación y tener a alguien en frente, apuntarle con un arma y dispararle... sólo podría llegar a entenderlo si hubiera sido Oliver o su madre, con lo que según mi criterio, aquella muerte sólo tenía sentido si hubiera sido algo personal. De otro modo lo que ocurrió se me escapaba de las manos.

Aún no había reaccionado completamente a lo que sucedió la noche anterior. Fue tan insólito, y al mismo tiempo tan imprevisible, que no supe qué pensar. Después de lo del motel y lo del hospital, no es que no tuviéramos miedo, sencillamente que, al no ocurrirnos nada, quizás no le dimos la importancia que tenía, pero era algo en lo que teníamos que pensar seriamente. Nos esperaba un largo día entre aquellas cuatro paredes. Robert nos dijo que vendría a vernos con algo de comida cuando saliera del taller.

Lunes 20 Abril 1959

Me sentí raro por la mañana. Sé que reaccioné mal el sábado y que quizás actué como un insensato delante del padre de Nick, pero no sabía qué hacer ni cómo enfocarlo. No podía ir a ningún sitio más. Mis tíos, ya tenían suficiente con sus hijos, y tras la guerra no tenía demasiado contacto con mis abuelos.

¿Qué iba a hacer? ¿Presentarme en su casa cuando casi no les conocía? ¿Qué iba a decirles? La única opción real era Nick, y tampoco quería sentir que tenían una obligación conmigo. Era extraño pensar que en tan poco tiempo hubiera podido depender de él y su padre antes que en mis amigos o en gente que conocía de mucho más tiempo.

Ayer estuve con Robert detrás de casa jugando con él. No quería tener que echarle de menos. Aproveché que Nick y su padre salieron al cine y cuando regresaron, volví a su casa. Su padre, Scott, quería hablar conmigo. Quería que nos sentáramos en su despacho y habláramos tranquilamente, sin ninguna prisa, cuando yo estuviera preparado. Le dije que sí, pero me daba pánico estar a solas con él y que me llevara a su terreno. No era muy bueno

con esas cosas. Con Nick, era otra diferente, porque había sabido bien cómo esquivarle, pero con su padre era complicado.

Llegamos al instituto con Scott, y todos se hicieron eco de nuestra presencia. No era la primera vez que habíamos ido con su padre, pero a partir de ahora, imaginaba que iba a ser habitual. Vimos a Emily, con aquel chico, Carson Miles; vi a mis amigos, Simmons y Hartley y cuando cruzamos la puerta de la entrada me fui con ellos.

Le agradecía tanto a este chico, que no sabía exactamente como poder devolverle todo lo que estaba haciendo. Ni Hartley, ni Michael me preguntaron nada de por qué había llegado con él. Simmons aún estaba algo resentido conmigo por el puñetazo que le di cuando me enteré de lo que le había hecho a Nick el día de la feria, pero intentaba pasar del asunto.

No fue hasta la hora del entrenamiento cuando me enteré de lo que había sucedido. Llegaba tarde. Había preferido ir caminando pero no había controlado demasiado bien el tiempo. Cuando llegué, todos los chicos estaban ya en el campo calentando así que me di prisa y me metí en el vestuario. Me estaba cambiando el pantalón, cuando Simmons y Hartley entraron de prisa.

—Oliver, ¿estás bien?—me preguntó Simmons acercándose hacia mí. Yo, sentado en el banco del vestuario, mientras intentaba ponerme las zapatillas, le miré extrañado.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Nos hemos enterado de lo de tu padre, Oliver.—Hartley hizo que por momentos me estremeciera.

—Sí, a mi me lo han contado mis padres—continuó Simmons. No entendía nada, no sabía a qué se referían.

Los dos vieron la expresión de mi cara y se sorprendieron. No entendían que actuase como si no lo supiera.

—Oliver, en serio, aunque hayamos tenido nuestros más y nuestros menos, si necesitas lo que sea, nosotros somos tus amigos—Simmons me ofreció su apoyo. Yo asentí agradeciendo su gesto, pero seguía desconcertado.

—Oliver, si no quieres hablar también lo entendemos, tranquilo. El entrenador nos ha dicho que si prefieres no entrenar hoy que no tengas ningún problema—Hartley se sentía apenado.

—¿Pero qué pasa?—No entendía nada. Me levanté del banco después de haberme calzado las zapatillas. Los dos se miraron incrédulos. Luego volvieron a mirarme a mí.

—Pero... ¿no...?—intentó preguntarme Hartley.

—¿No qué?

—Mis padres me han dicho que tu padre ha desaparecido, que tu madre ha ido esta mañana a la oficina del sheriff a denunciar su desaparición—dijo Simmons explicando la situación. Ahora lo entendía todo.

Hasta esa misma mañana, lo que pasó el viernes por la noche, permanecía encerrado entre cuatro paredes. Sólo Nick y yo éramos partícipes y a la vez, cómplices de lo que sucedió, pero ingenuamente, no sé bien por qué, pensaba que aquello se iba a quedar ahí. Cuando mi madre decidió tomar las riendas de la situación y denunciar la desaparición de un padre todo tomó un cariz totalmente diferente.

Volví a sentarme sobre el banco y apoyé los codos sobre mis piernas y me cubrí la cabeza. Ellos se quedaron sin saber qué decirme. Se sentaron a mi lado y noté la mano de Simmons sobre mi espalda. ¿Qué iba a pasar a partir de ahora? ¿Realmente estaba muerto? ¿Estaría allí tirado en el bosque? ¿Lo encontraría alguien? ¿Los dos disparos que oímos le mataron? ¿Seguía vivo? Eran tantas las preguntas que apenas pude pensar en el entrenamiento, así que preferí quedarme en el vestuario y no salir al campo. Hartley regresó con los demás y Simmons se quedó conmigo. Insistí y le dije que me dejara solo, que prefería no estar acompañado, pero no se marchó. Agradecí su apoyo, pero no podía compartir nada con él. Se duchó mientras yo volvía a cambiarme y me llevó a casa en su moto. Me dejó en la puerta, y se marchó. Yo me quedé allí de pie hasta que desapareció. Sé que le pareció raro que no entrara, pero no iba a poner un pie en mi casa, por muchas ganas que tuviera de acercarme y preguntarle a mi madre qué había hecho y por qué.

Fui a casa de Nick directamente. Estaba sentado en el porche con Emily. Los dos me vieron llegar y subir las escaleras, con mi bolsa de deporte

a la espalda. Intenté ser cortés y sonreír, pero esta vez tampoco lo conseguí con Emily. Si ella no quería saber nada de mí y no tener trato conmigo, yo ya no podía hacer nada más.

—Nick, ¿podemos hablar cuando tengas un rato?—él asintió con la cabeza y me metí dentro de casa, subiendo a la que ahora era nuestra habitación.

Emily me estuvo contando su historia con Carson Miles. Había decidido salir con él. Me alegraba por ella, a pesar de haber tenido algún que otro momento en el que sentí algo más que una bonita amistad. Carson era un buen chico. Me lo demostró durante el pasado fin de semana y sobre todo, la noche de la feria, así que imagino que desde entonces Emily y yo íbamos a vernos menos que antes.

Emily no era alguien que tuviera amigas con las que compartir sus cosas. Desde que llegué al pueblo, siempre lo habíamos hecho todo juntos, y desde luego no quería que eso cambiara, pero tenía que ser realista. Ahora estaba Oliver en casa, y aunque no se lo hubiera contado, necesariamente, él y yo pasaríamos más tiempo juntos, de igual modo que ella haría lo mismo con Carson. Pero al menos, en ese momento, intenté conciliar la situación y que no pensara que el que ella tuviera novio iba a significar que dejáramos de ser amigos. Le prometí que iría con ella y con Carson a la bolera el próximo fin de semana y así le demostré que mi intención era seguir a su lado estuviera con quien estuviera.

Escuchamos la moto de Simmons acercarse y levantamos la vista hasta casa de Oliver. Vimos como lo dejaba allí y se marchaba. Simmons pasó por delante de mi casa sin percatarse de que nosotros estábamos allí.

—Odio a ese chico—me recordó la noche en la que ella y Carson me recogieron en la carretera. Preferí no opinar. No se merecía que dijera nada.

Cuando Oliver subió las escaleras del porche y posteriormente entró en casa, Emily se extrañó. Se suponía que no debíamos decirle nada a nadie y que Oliver tampoco podía ser tan obvio con su actitud.

—Ni que fuera su casa, Nick—observó perpleja la indiferencia que

tuvo con respecto a ella.

—Le dije que viniera y se quedara a cenar, Emily—a ella no le pareció demasiado correcta su actitud, pero tal vez la indiferencia que había demostrado hacia ella le ofendió. No quise decirle que ella se había estado comportando así con él desde que empezamos a relacionarnos. Se despidió. Tenía que ayudar a su padre con los pequeños, así que entré dentro y subí a mi habitación. Cuando llegué, Oliver estaba sentado sobre su cama.

—¿Qué pasa, tío?—le sonreí. Él levantó la cabeza del suelo y me miró. Estaba serio. Su semblante me contagió, y me preocupé.

—Mi madre ha denunciado la desaparición de mi padre—tragué saliva. Me quedé allí de pie, frente a él. Me acerqué al alfeizar de la ventana y me apoyé.

—Bueno, tampoco es algo tan... Era algo que tenía que pasar, ¿no?— Oliver no sabía bien cómo reaccionar.

—Sí, bueno, no sé. Pero ¿y si no está muerto, Nick?—Yo no entendía a qué venía a cuento aquello.

—¿Cómo que si no está muerto?

—Yo qué sé.

—Oliver, ¿crees que si estuviera vivo no hubiera parecido ya? ¿No te acuerdas de lo que ocurrió o qué?

—¿Crees que alguna vez voy a poder olvidarlo?

—Pues entonces... Si piensas en la forma en la que actuó, si estuviera vivo, nosotros no estaríamos aquí ahora.

—Ya—se levantó de la cama y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—¿Qué te preocupa?

—No lo sé, Nick. El que aún esté ahí, a lo mejor.

No entendía aquella preocupación cuando ya habían pasado dos días. Comprendo que durante el fin de semana no quisiera hablar del tema y respeté su silencio, pero ¿sentir esa intranquilidad ahora? Me resultaba

chocante.

—¿Qué quieres hacer Oliver? ¿Por qué no hablas con tu madre y que te explique por qué ha denunciado la desaparición si eso es lo que te preocupa?

—No. No vuelvas a pedirme que hable con ella porque no lo voy a hacer—tras un silencio algo incómodo me preguntó lo que realmente tenía en la cabeza.

—¿Por qué no me acompañas al bosque?

—¿Ahora?

—¿Qué más te da ahora que después?—No sabía qué decir. Me sentía algo inquieto pensando en volver allí.

No lo pisamos desde que regresamos el sábado de madrugada, y aunque intentaba mantenerme tranquilo, a pesar de mi edad, me aterraba volver a pisar ese camino. No quería que Oliver pensara que tenía miedo, pero había que ser realistas, había que enfrentarse a aquello. Teníamos que volver allí.

Accedí a acompañarle disimulando mi estado real. Ya había anochecido, así que cogimos dos linternas que tenía mi padre en el sótano y fuimos hacia los árboles. Parecíamos dos desconocidos. No nos dijimos nada desde que salimos de mi casa hasta que llegamos a la entrada del bosque. No sé si estaba igual de asustado que yo o sencillamente no sabía qué decirme.

Lo que ninguno de los dos queríamos era revivir esa malograda noche. Cada paso que daba a través del camino, iba recordando nuestras caras, el frío, la lluvia que había cesado, el barro, el miedo.... Los dos nos detuvimos justo con los primeros troncos del bosque de Clarkson. Era como si no quisiéramos seguir adelante, pero allí estábamos. Oliver encendió su linterna, y eso me hizo reaccionar. Encendí la mía.

—Vamos, Nick—comenzó a caminar. No dije nada. Le seguí muy de cerca. Estábamos asustados, podíamos sentirlo a cada paso que dábamos. Fuimos en dirección al lugar donde todo sucedió. Jamás podríamos olvidar el sitio exacto. Íbamos caminando uno junto al otro. Le agarraba de la camiseta con una mano, como si tuviera miedo a perderme. Intentábamos iluminar el suelo, las hojas que se amontonaban junto a las ramas rotas y las piedras, no sabiendo exactamente lo que estábamos buscando. No sabía ni qué decirle.

Me sentía totalmente intimidado por el propio lugar. Oliver movía la linterna a un lugar y a otro sin llegar a enfocar realmente en ningún sitio. Escuchábamos el silencio de la noche dirigiendo nuestras luces hacia cualquier sonido que pudiéramos escuchar.

—Oliver...—susurré.

—¿Qué?—me preguntó sin dejar de mirar a nuestro alrededor.

—No va a estar aquí.

—¿Y los disparos? ¿Entonces si no está aquí? ¿Dónde está?—No supe qué contestarle. Era cierto. ¿Dónde estaba entonces?

Caminamos unos metros más adelante y llegamos hasta el pequeño claro en el que estaba el tronco contra el que el padre de Oliver me empujó. Empecé a ponerme nervioso. Comencé a temblar. Oliver se dio cuenta de mi preocupación.

—Nick, tranquilo. No va a pasar nada. Estoy aquí contigo—trató de tranquilizarme, pero no podía mantener la calma. Él intentaba estar en todo, preocuparse por mí y al mismo tiempo buscar alguna señal que le dijera que su padre estaba allí. Comencé a alterarme. Empecé a respirar cada vez más y más fuerte, como si me estuviera dando un ataque de ansiedad. Hasta ese instante no había exteriorizado todo lo que sentí aquella noche.

—¡Nick! ¡Nick!—me agarró por los brazos—Escucha, estoy aquí. Tranquilízate. No va a pasar nada—pero yo ya era presa de mis propios miedos. Todo me temblaba. Oliver me acercó hasta una roca que había junto a unos árboles y me sentó sobre ella.

—Oliver, vámonos, por favor—quería recuperar el sentido y alejarnos de todo aquello. Miró a nuestro alrededor enfocando al suelo con su linterna, buscando cualquier señal que le indicara que el cadáver de su padre permanecía por allí, pero no había rastro. Finalmente desistió. No podía moverse libremente estando yo así.

No pensé que lo sucedido me iba a pasar factura de esa forma. Me ayudó a levantarme, me sujetó por los brazos y me sacó de allí poco a poco. Continuaba tiritando y ya no sólo era el frío, sino el miedo.

No esperaba que reaccionara así, de cualquier modo, ¿qué podía esperar? Todavía tenía quince años y nadie está preparado para algo como lo que nos sucedió. Me asusté cuando empezó a temblar. No reaccionaba. Intentaba buscar el cuerpo de mi padre en cualquier lugar. Trataba de alumbrar en todas las direcciones pero no encontraba nada. No sé qué pretendía buscar, quizás la seguridad de que estaba muerto, de que los dos disparos que escuchamos, los que le hicieron desistir en venir tras nosotros, significaron algo.

No vi nada. No encontré nada. Tampoco estuve demasiado tiempo buscando porque Nick parecía catatónico. No podía dejarle allí sentado mientras yo me iba a buscar el cuerpo de mi padre. Quizás pensé que tras su comportamiento el fin de semana, algo más tranquilo, intentando calmarme, lo iba a llevar mejor. Siempre actuaba de una forma mucho más madura de lo que yo pudiera pensar en alguien de quince años. No es que yo lo haya asimilado, pero lo que estuvo a punto de pasarle, traumatizaría a cualquiera. Tendría que haber estado sorprendido de cómo reaccionó estos días y no desconcertarme ahora.

Lo saqué de allí con cuidado, pero no parecía volver a la normalidad. Caminamos en dirección a la salida del bosque y tenía que ir tirando de él para que avanzara. Cuando llegamos al descampado, apagué mi linterna y la suya.

—Nick, en serio, venga, ya ha pasado—no reaccionaba. Estaba ahí plantado mirando a ninguna parte. Le abracé con fuerza intentando que cambiara su expresión. Me estaba asustando. Cuando notó que estaba allí, que estaba a su lado, comenzó a relajarse. Sentí que dejaba de temblar.—Nick, vamos chico, que ya ha pasado, ya está—volví a decirle, tratando de reconfortarle. No he tenido tiempo para pensar lo que podría estar sufriendo, pero es que no lo imaginaba. Nada en su apariencia o en su forma de hablarme podía hacerme pensar lo contrario.

Continuamos andando, hasta que llegamos a casa, y subimos directamente a su habitación. No pronunció palabra, yo tampoco sabía qué decirle. Entramos y se sentó en su cama. Cerré la puerta. No quería que su padre nos viera.

—¿Qué te ha pasado? Si hubiera pensado que te iba a afectar tanto no

te hubiera dicho que me acompañaras.

—No sé qué decirte.

—Yo pensaba que estabas bien. Y como este fin de semana has actuado normal...

—Me he bloqueado.

—Ya, ya...—no supe cómo continuar.

Bajamos a cenar, y actuamos con normalidad, pero Nick no estaba igual que de costumbre. Esa claridad en todo lo que decía, esa extroversión, esa atención total a cualquier cosa que yo hiciera... Incluso su padre le preguntó durante la cena si se encontraba bien. Él se limitó a disimular, sonreí y lanzar alguna broma. Tras el postre, subimos de nuevo y nos quedamos tumbados. Me pasó unos cómics pero no estaba demasiado interesado en ellos, así que intenté dormir. Él parecía absorto en la lectura, así que preferí no distraerle, imagino que al día siguiente se le habría pasado o que ya me diría algo si le apetecía hablar. Me incomodaba que estuviera así. No tardé en cerrar los ojos.

—¡No! ¡No!—me desperté en mitad de la noche. Era Nick. Se había incorporado, respiraba entrecortadamente. Me sobresaltó. Gritó fuertemente haciendo que me asustara. De inmediato, el pasillo se iluminó y su padre entró corriendo en nuestra habitación.

—¡Nicholas! ¡Hijo! ¿Qué ocurre?—Encendió la luz y se acercó a la cama de su hijo. Yo me levanté pero me quedé en silencio, a un lado. Lo miré. Estaba sudando. Su padre se sentó a su lado, le tocó la frente, lo miró de arriba abajo.

—Nada, papá. Estoy bien. Ha sido una pesadilla—.

—¡Dios! Casi se me ha salido el corazón cuando te he oído gritar— salió de la habitación y apagó la luz. Cerré sigilosamente la puerta sin hacer ruido y regresé a la cama. Inmediatamente después, me senté a su lado. Todavía estaba inquieto.

—¡Dime! ¿Qué ha pasado?—intenté que me dijera qué era lo que había soñado. Se echó sobre mí, allí sentado, y comenzó a llorar. No supe qué hacer. Me hizo pensar en la noche que me encontró en el puente de Fairmont Hill—Tranquilo, ya ha pasado. Ha sido un sueño. Tranquilo—intentaba mantener las lágrimas en silencio. Intentaba hablar pero se le trababan las palabras—Venga, tranquilo, que estoy aquí. No voy a dejar que te pase nada —le di un fuerte abrazo. Momentos después se separó de mí. Parecía más calmado—¿Qué has soñado?

—Estaba yo en el bosque como tu el día que te vi. Tu padre estaba encima de mí y....

—Venga, amigo mío—coloqué mi mano tras su nuca y volví a colocar su cabeza sobre mi hombro. No podía decirle nada más. Había estado raro desde que regresamos del bosque y había culminado en eso. Dejé que llorara todo lo que pudo hasta que se durmió. Me quedé a su lado, en aquella estrecha cama. Cualquiera otro día, me hubiera levantado y hubiera colocado las camas juntas como solíamos hacer muchas veces, pero noté que no quería que me levantara, así que me mantuve a su lado y cuando se durmió, me levanté y regresé a mi cama. No sabía qué hacer, esperaba que mañana estuviera bien o que al menos, pudiéramos hablar y que desapareciera cualquier miedo que pudiera tener.

Lunes 24 de Octubre 1983

Llegamos a Hopkinsville pasadas las diez de la mañana. Paramos unos quince minutos a tomar un café y nos perdimos al tomar la entrada a la ciudad a pesar del mapa de carretera que llevaba Emily. Se situaba en el centro oeste del estado de Kentucky, en el condado de Christian y contaba con una población cercana a los 20.000 habitantes.

Bordeamos el centro de la ciudad y no tardamos en llegar al número 5 de Princeton Road, al lado de la Iglesia Baptista de Northwest. Detuve el coche y los dos bajamos. Nos quedamos observando la pequeña casa blanca de madera de una planta, nos miramos y decidí a dar el paso.

—Espérame aquí, Emily—ella bajó del vehículo y comenzó a negar con la cabeza, pero una simple mirada le bastó para acceder a aguardar allí.

Ya era suficiente con dejar que me acompañara.

No pensaba que pudiera ser peligroso. Me adelanté y caminé junto a la senda empedrada que discurría por el recién cortado césped y subí las escaleras que había frente a la puerta. Llamé al timbre y me separé. Observé la casa desde allí, con su techado, su pequeña chimenea, sus ventanas rectangulares y con la bandera estadounidense colgando de un asta a un lado de la entrada.

—Típica casa de un veterano de guerra—recuerdo que pensé. No tardó en abrir la puerta un hombre de unos cincuenta años aproximadamente. No era Russell Maynard. No encajaba aquella cara con la foto que encontramos ni aún teniendo en cuenta los veinte años de diferencia.

—¿Sí?—el hombre vestía una bata marrón, atada a la cintura. Se dejaba entrever una camiseta de tirantes blanca algo manchada y unos pantalones de color verde militar.

—Por favor, estoy buscando a Russell Maynard—no me presenté como agente federal.

—Creo que se refiere al propietario—sorbió de la taza de café que llevaba entre manos.

—Sí, bueno.

—Ya hace tiempo que no vive en esta casa—comenzó a decir, dando con mi idea de localizarlo al traste—pero su hermana vive a dos calles de aquí, en el número siete,—añadió señalándome la calle en cuestión—yo voy una vez al mes a llevarle la correspondencia que suelen dejar por equivocación en el correo—continuó diciendo.

—Muchas gracias—regresé al coche a toda prisa, con la carpeta que llevaba entre manos—Venga, sube—le conté lo que me había dicho el vecino y fuimos hasta la segunda calle a la derecha. Nos detuvimos frente a una casa de doble planta y bajamos los dos.

—Déjame ir contigo—lo pensé unos instantes pero no me importó. Fuimos hasta la entrada y llamé a la puerta.

Nos abrió una mujer mayor, rondando los sesenta y pocos años. Tenía el cabello blanco, los ojos claros, y llevaba un vestido floreado muy alegre.

—Buenos días. Estoy buscando a Russell Maynard. ¿Es usted su hermana?

—Sí, ¿Quiénes son ustedes?—parecía una señora muy amable.

—Señora, soy periodista y estoy realizando un reportaje sobre las vidas que salvaron su hermano y sus compañeros en la guerra de Corea—. Emily, con su perfecta apariencia, podía embaucar a cualquiera. Antes de que yo pudiera decir nada, la mujer se mostró feliz de cooperar con ella y nos invitó a entrar. Miré a Emily extrañado y ella me guiñó un ojo. Me pareció graciosa su actitud, aunque no teníamos demasiado tiempo para estar allí.

—Mi hermano Russell, hace tiempo que no vive ya en su casa—dijo con una voz entrecortada—Imagino que vendrán de allí.

—Sí, señora. La verdad es que necesitamos hablar con él en relación a un compañero suyo, llamado Joseph Kenner.

—Sí, Joseph, uno de sus amigos de aquella época. ¡Cuánto hace de eso! —continuó mientras nos llevaba hacia el salón—¿Quieren tomar un café ?

—Señora, la verdad es que tenemos...—intenté decir, pero Emily me interrumpió.

—Claro, señora. Nos encantaría.

—Esperen aquí un momento—terminó diciendo mientras salía de la estancia y se metía en la cocina.

—¡Emily! No tenemos tiempo para esto—le dije intentando hacerle entender que no estábamos allí para escuchar viejas historias.

—Venga hombre, que será un momento. Pobre mujer, ¿no has notado lo sola que está?—me preguntó haciendo que observara al resto de la casa.

Todo tenía un particular olor a cerrado. Algo que hacía que la casa todavía pareciera más antigua de lo que era. El salón se presentaba ante nosotros como la habitación más grande de la planta. Dos puertas; la cocina, por la que la señora Maynard se había marchado y otra que podría ser el baño, perfectamente. Cerca de la entrada unas escaleras llevaban a la parte superior pero ya tenía bastante con centrarme en todos los muebles y en los innumerables marcos fotográficos. Las cortinas, las alfombras sobre las que

pisábamos, los cuadros de paisajes que colgaban por las paredes. Nos sentamos en un sofá de terciopelo rojo, situado bajo una de las ventanas que iluminaban la sala. Frente a nosotros, una pequeña mesa de té y un aparador con un televisor con más viejas fotografías y figuras de porcelana decorándolo. No tardó en salir llevando una bandeja entre manos.

—Será mejor que cojan fuerzas, si van a ir a ver a Russell, al menos vayan con el estómago lleno—nos dijo sentándose en uno de los sillones y dejando la bandeja con las tres tazas de café y un plato de pastas.

—Muchas gracias Señora Maynard—le agradeció Emily tomando una galletita —¿Dónde está su hermano?—le pregunté directamente.

—Russell hace mucho que no baja por aquí—Yo me extrañé. No entendía qué era lo que quería decir.

—¿No baja?¿dónde está?

—Hace unos años que se marchó a las montañas, a los bosques de Pennyrile. A Russell no le gustaba la gente. Cada vez se sentía más incómodo y decidió marcharse a la parcela que teníamos en las montañas. Alquilé su casa justo hace cinco meses, porque era una tontería tenerla ahí al lado almacenando polvo y con el dinero que sacábamos del alquiler tenía suficiente para no preocuparse por la comida semanal que le subía una camioneta todos los lunes.

—Le importa si...

Le interrumpí. Quería darle un vistazo a todas las fotografías que se agolpaban sobre los muebles frente a nosotros.

—Adelante. Todas son de los niños, mis nietos y de la familia.

—Russell no se casó ¿verdad?—no dejaba de observar todas las instantáneas familiares de hacía bastantes años.

—No, mi hermano después de la guerra se dedicó principalmente a sus animales y comenzó a arreglar la casa de las montañas y poco a poco cada vez pasaba más tiempo allí. De todas formas, siempre había sido un hombre muy introvertido—Emily sacó su agenda y comenzó a anotar todas las cosas que a su parecer podían ser pertinentes.

—Entonces, ¿después de la guerra cambió? ¿Notó algo diferente?

—No sabría cómo explicarlo.—Sus ojos parecían humedecerse, pero no dejó que ninguna lágrima cayera—Salía menos que antes, pasaba mucho tiempo con mi marido que en paz descansa. Construyeron la cabaña y todo lo que ahora tiene en la parcela. Decía que los animales llegaban a ser más nobles que las personas y a lo único que se dedicaba era a ellos y a sus sobrinos. Cuando mis hijos se marcharon de casa, cada vez tuvo menos contacto con el resto de la gente, se fue alejando—tomó un sorbo de su taza de café—Sólo se marchaba a aquella cabaña cerca del lago en Shawnee con sus amigos de vez en cuando, pero de eso hace ya mucho tiempo.

—Señora Maynard, ¿usted sabría indicarnos cómo llegar a su parcela en un mapa de carretera?

—Sí, bueno no creo que tenga mucha pérdida.

—Vuelvo enseguida—me acerqué hacia la puerta y salí hasta mi coche. No tardé en regresar con el mapa.

Martes 21 Abril 1959

Nick parecía estar mejor. Lo veía como de costumbre. No le mencioné lo de ayer por la tarde, ni siquiera hice referencia alguna a la pesadilla, pero su padre, de camino al instituto sí que lo hizo. Achacó su mal sueño a los últimos cómics que había recibido por correo. Le amenazó con decirle a su amigo, el que se los solía enviar, que no volviera a mandar ninguno de ciencia ficción por mucho que le gustaran, si con eso evitaba sustos como el de anoche. Nick le rogó que no lo hiciera, que no era por culpa de aquellas historias. Me limité a mirar por la ventanilla del coche sin querer prestar atención a la conversación. Bastante tenía en la cabeza.

Me agobiaba el hecho de que no apareciera mi padre por ningún lado. Sí, pensaba que estaba muerto, y era lo que quería, pero el no encontrar su cuerpo me preocupaba. Tenía miedo de que apareciera y nos ocurriera algo. Decidí guardarme esa duda para mí. Después de cómo reaccionó Nick ayer,

no podía atormentarle con estas sombras que, seguramente, alterarían su día a día. Pero, ¿y si estaba vivo? Tenía que volver a ir, pero yo sólo. Esta tarde antes de ir a entrenar volvería a ir al bosque. Tal vez haya rodado por algún barranco y esté allí hasta que alguien lo encuentre, y sé, que si eso sucede, podría ser un problema para mí, porque empezarían a salir a la luz cosas que quizás, deberían estar ocultas, pero al menos podría estar tranquilo.

Después de comer, nos quedamos con el padre de Nick hablando. Nos estuvo organizando unas horas con él para ayudarnos con los estudios. Sé que lo hacía principalmente por mí, porque Nick funcionaba perfectamente sólo, y aunque lo agradecí, tenía la cabeza en otra parte. Le dije a Nick que tenía que marcharme antes a recoger unas cosas a casa de Simmons y le dejé en su habitación. Me aseguré que no sospechaba nada y fui al bosque.

Reviví todos aquellos momentos en los que estuvimos escondidos, los forcejeos, la carrera que dimos dejándolo allí, pero no había nada que indicara que eso sucedió. Traté de ver alguna huella, algún rastro, pero nada. Al final tuve que regresar después de estar allí más de veinte minutos. Me sentí decepcionado y asustado, pensando que me lo iba a encontrar en cualquier lugar. Miré hacia atrás. Lo busqué. Intenté distinguir su figura entre los árboles, tras las sombras, pero era sólo forzar mi imaginación. Resonaron de nuevo en mi cabeza los dos disparos. Tenía que confiar en mi instinto y zanjar el asunto porque si no iba a volverme loco. Eché a correr y me marché a casa de Michael. Iría con él a entrenar.

Mis padres me contaron que Vivianne Kenner había denunciado la desaparición de su marido. No se hablaba de otra cosa en el pueblo. Era tarde, pero aún así tenía ganas de hablar con Nick. No me dijo nada en clase de todo esto, y seguro que ya lo sabía. Estuve con Carson por la tarde y cuando me dejó en casa aproveché y pasé a verlo. Sabía que Oliver aún estaría entrenando así que no tenía por qué preocuparme.

Siendo sincera, ahora con todo esto de su padre, me sentía algo avergonzada por mi comportamiento tan infantil. Scott Hamilton me dejó entrar y me dijo que Nick estaba en su habitación. Subí las escaleras y lo

encontré sentado junto a la mesa enfrascado en su cuaderno.

—¿Qué haces?

—¡Emily!—soltó el lápiz—Pensaba que no te vería hoy—me acerqué a su mesa y vi que estaba dibujando.

—¡Qué bonito! ¿Desde cuándo dibujas tú?—intenté coger su cuaderno y contemplar mejor aquel paisaje de lo que parecía ser Fairmont desde las montañas. Lo apartó, cubriéndolo con su brazo para que no pudiera verlo.

—No, no lo mires. Todavía no está acabado—me senté en una de las dos camas y el continuó en la silla.

—No me habías contado lo del padre de Oliver, Nick—me miró extrañado.

—¿Qué?—parecía como si no supiera de lo que hablaba.

—Pues eso, que ha desaparecido. Me lo han dicho mis padres cuando he vuelto de clase, pero me ha extrañado que no me dijeras nada esta mañana.

—Es que yo también me he enterado cuando hemos venido a casa.

—¿Pero qué ha pasado?

—Pues me ha dicho Oliver que no ha aparecido desde el sábado.

—Nosotros oímos jaleo el viernes por la noche en su casa, pero ya ni nos levantamos de la cama—y era cierto. Era tan habitual que su padre estuviera dando voces, que ya ni nos preocupamos. Mi padre a veces lamentaba la dirección que estaban tomando las relaciones familiares de los Kenner, pero nunca quiso entrometerse. Conocía a Joseph. Los dos tenían muchas cosas en común desde Corea, pero no se relacionaban. Creo que no se caían demasiado bien y mi padre, sabiendo que tras la guerra su comportamiento era algo más violento, prefirió lavarse las manos.

A mi madre le daba mucha pena Vivianne Kenner. Hablaban alguna que otra vez, pero no tenían mucho más trato. Éramos el ejemplo claro de una familia que sabía que las cosas no iban bien en casa de sus vecinos pero no hacían nada por evitarlo. Mis padres nunca llamarían al sheriff para denunciar a Joseph Kenner. Eso no iba a suceder, aunque tuviera consecuencias desastrosas.

No supe qué decirle. ¿Qué podía hacer? Sabía que había venido a que le contara cualquier cosa que supiera sobre la desaparición del padre de Oliver, pero no quería tener que mentirle demasiado. Sé que no lo estaba haciendo bien, pero no podía contarle nada.

—¿Tanto se oye desde tu casa?—traté de desviar la atención.

—Ya te lo dije, si estamos al lado, Nick.

—Pues, pobres—pensé realmente en todo lo que habrían tenido que sufrir en aquella casa.

Realmente yo no sabía nada más allá de lo que me dijo Oliver anoche. Al parecer, la noticia había corrido como la pólvora en un pueblo en el que escudriñar los problemas familiares de los vecinos era mejor que cualquier programa de radio o televisión. Le dije realmente lo único que se podía decir.

—¿Y sabes por qué se iría? A lo mejor le ha pasado algo.

—Emily, no empieces. Se habrá ido con sus amigos, ya volverá.

—¿Te imaginas que su madre se lo haya cargado?—me preguntó dando rienda suelta a su imaginación.

—¡Emily! ¡Estás hablando de matar a alguien!—se contuvo. Reaccionó entonces dándose cuenta de lo que había dicho.

—No, no, Nick, no me malinterpretes. No quería decir eso, pero...—me levanté de la silla y se me quedó mirando algo intranquila.

—Emily, Oliver no está bien. Se está quedando aquí unos días.

—¿Sí?—se sentía incómoda por su comportamiento.

—Sí. Discutió con sus padres el viernes y mi padre le ha dicho que se quede unos días si quiere. Porque se quería ir del pueblo ¿sabes?—dije en un tono más elevado—Supongo que discutirían y su padre se iría o no lo sé, vete tú a saber.

—Bueno, quizás no ha sido una buena idea que viniera a verte, Nick—se sentía molesta e intentó ponerse en pie. Me acerqué rápidamente antes de que pudiera tomar la decisión de salir de mi habitación y la abracé con fuerza.

—Perdóname Emily, no quería gritarte.

—No, Nick, ha sido culpa mía. No sabía que Oliver estaba aquí, y que a lo mejor estás más sensibilizado con sus problemas—me separé y le hablé con calma.

—No lo sé. No sé si es eso. Sólo que me parece tan injusto que haya familias así—me senté sobre mi cama. Ella me miró, se sentó a mi lado y se sintió comprensiva conmigo.

—No tengo que ser tan impulsiva, Nick—me dijo dándome un abrazo suavizando el tono de la conversación. Prefirió contarme sus cosas con Carson e involucrarme en una salida en bici que iban a hacer el próximo sábado, además de la bolera. Quería que fuera con ella y unos amigos del chico, y bueno, no pude decirle que no.

Lunes 24 Octubre 1983. Hopkinsville, Kentucky.

Al fin salimos de la casa. Si hubiera sido por Emily aún estaríamos allí dando vueltas y vueltas a las historias familiares que aquella mujer tenía para contarnos. Como bien decía, hacía mucho tiempo que no tenía la oportunidad de hablarle a alguien de esas aventuras, pero tampoco era el momento de que lo hiciera con nosotros.

Conseguí que nos trazara en el mapa de carretera que llevaba en el coche, el camino a seguir hasta la parcela que tenía su hermano Russell en los bosques de Pennyrile. Tan sólo era media hora en coche hasta allí, si es que no nos perdíamos. Nos explicó cómo era la entrada y las señales que había allí cerca, que podrían orientarnos perfectamente. Así que nos pusimos en marcha.

En ningún momento le dije que era agente federal. No quería incomodarla y tras la presentación de Emily, no había inconveniente alguno por levantar nuestra tapadera. Realmente tampoco le mentimos, tan sólo evitábamos explicar más de la cuenta. Posiblemente, todo aquello de los compañeros de Corea no fuera nada serio, y mañana se celebraría el funeral y volveríamos a Washington, dejando aparcadas mis sospechas, pero así eran las cosas.

Nos desviamos de la carretera por la salida que nos indico Betty Maynard y continuamos por un camino sin asfaltar. Circulábamos montaña arriba, contemplando como los arboles se amontonaban a ambos lados. Llegamos hasta el final del camino y seguimos a la derecha, justo donde se encontraba un viejo tronco partido en dos, probablemente por un rayo. Continuamos por allí y después de dejar a un lado cuatro caminos de tierra a la derecha, nos adentramos por el quinto.

Conducíamos muy despacio. Emily miraba el mapa atentamente, mientras yo no le quitaba el ojo al camino. Estaba lleno de piedras y baches que tenía que ir sorteando.

Finalmente al fondo, encontramos una señal pintada a mano clavada sobre el tronco de un árbol. “Prohibido Pasar” decía. La ignoramos y continuamos. Ya le habíamos preguntado a Betty si Russell tenía teléfono en la cabaña, pero ella nos contó que quería vivir lo más alejado posible de la sociedad, así que contaba con un generador de luz, pero poco más. La mayor parte del tiempo estaba incomunicado. Ella temía por su estado de salud, por si alguna vez pudiera ocurrirle algo, pero cada siete días sabía de él.

Detuvimos el coche frente a la verja cerrada por la que ya no se podía cruzar y bajamos. Lo dejamos a un lado del camino. Miramos alrededor del enrejado metálico de color rojo oxidado pero no había timbre ni nada con lo que llamar. Lo bordeamos y saltamos por la valla que parecía rodear la parcela y que no era excesivamente alta. Trepé yo primero, salté y sujete el bolso que llevaba Emily. A continuación puso sus pies sobre el suelo. Miramos a nuestro alrededor algo inquietos y comenzamos a andar por el camino. Al fondo podía divisarse lo que era la cabaña en un claro entre grandes pinos.

—Me da miedo este lugar—no se separó de mi lado. Yo no le respondí, permanecí en silencio, atento a cualquier sonido o movimiento, dispuesto a desenfundar mi arma en cualquier momento. Comenzamos a escuchar unos ladridos a lo lejos, cuyo sonido se acentuaba cada vez más a medida que nuestros pasos avanzaban.

No tardamos en llegar a aquel lugar. Había dos perros atados a un lado de la casa. Dos doberman de color negro intenso, con unas voraces mandíbulas y unos ojos que atemorizarían a cualquiera. Frente a la casa,

había una mesa de madera, con muchas herramientas que parecían ser de carpintería. Troncos apilados a un lado, un hacha clavada sobre uno de ellos y algunos animales disecados en el porche.

—Dios, me pone los pelos de punta el estar aquí.

—¡Señor Maynard!—grité desde allí, haciendo que los perros dejaran de ladrar. Miramos hacia ellos, y a continuación insistieron con sus ladridos. —¡Russell Maynard!—volví a decir, provocando que, momentos después, la puerta se abriera y apareciera tras de ella un hombre de pelo canoso con barba de pocos días, vistiendo un pantalón verde oscuro, con unas botas de caza, una camisa de color azul intenso algo sucia y una cazadora del mismo color que el pantalón. Llevaba en la mano una escopeta que estaba cargando con cartuchos en el momento que salía.

—Salgan de mi propiedad—nos miró enfadado. Saqué de inmediato mi placa y mi identificación.

—Señor Maynard, soy agente federal. Estoy aquí porque tenemos que hacerle unas preguntas.

—No tengo que contestar nada. ¡Váyanse de aquí!—levantó el arma, pero antes de que nos apuntara, me adelanté con una sorprendente rapidez y lo situé en mi punto de mira.

—Suelte el arma, o el que no va a seguir en pie va a ser usted—se quedó mirándonos fijamente y Emily se escondió tras de mí completamente asustada. Tras aquel momento de tensión, en el que hasta los perros dejaron de ladrar, finalmente, Russell Maynard bajó el arma. Cuando la dejó apoyada junto a la barandilla del porche guardé la mía y nos adelantamos hasta donde estaba él.

—¿Qué hacen aquí? ¿Tienen una orden? Yo no sé nada de nadie. Vivo aquí aislado de todo y quiero seguir estando así.

—Lo sé, señor Maynard. Y disculpe nuestra intromisión en su vida, pero es urgente que hablemos con usted—Emily no dejaba de mirar los conejos, mapaches, castores y mofetas disecados que se apilaban en el suelo.

—¿De qué se trata?—se frotó las manos, mientras bajaba del porche.

—Usted conocía a Joseph Kenner, ¿verdad? Fue compañero suyo en

Corea. —Fui sutil, intentando ver algún tipo de respuesta en sus gestos, su mirada o su actitud. Lo examiné desde el momento en que dije aquel nombre. Noté cierto nerviosismo en sus ojos, como si quisiera esconder algo e intentando disimular a toda costa.

—¿Kenner? Hace mucho tiempo de eso—comenzó a caminar en dirección a los perros. Nos dio la espalda. Intentaba poner algo de distancia entre nosotros.

—Sí, señor, lo sabemos. Pero ha aparecido recientemente su cadáver, y llevaba muerto más de veinte años—no dijo nada. Comenzó a acariciar a sus perros, que le lamían las manos, agradecidos por las muestras de cariño y meditaba sus respuestas con una total aparente calma. Sus manos comenzaban a temblar. Fui consciente de ello. Alerté a Emily con un gesto para que se diera cuenta de ello.

—¿Y qué es lo que quieren saber?

—Por favor, señor Maynard, ¿puede usted darse la vuelta?—me acerqué a su posición.

Me intranquilizaba aquella actitud. Poco a poco fue dándose la vuelta y de inmediato, sacó un cuchillo que guardaba en el cinturón del pantalón y antes de que intentara rajarse el cuello, me lancé sobre él frustrando su intento. Los perros comenzaron a ladrar violentamente. Los dos forcejamos en el suelo y conseguí que soltara el cuchillo inmovilizándolo. Uno de los perros se me echó encima, y me mordió en el brazo. No pude evitar soltar un fuerte quejido. Emily estaba petrificada. Sin saber qué hacer. Arrastré a ese hombre por el suelo, a pesar de las dentelladas que parcialmente me limitaban el brazo derecho hasta un lugar en el que los perros no nos podían alcanzar.

El hombre estaba llorando. Apenas se resistió cuando le hube inmovilizado. Se quedó boca arriba, sollozando, pronunciando algo apenas inaudible.

—Tortugaaa...Tortugaaa....—pronunciaba entrecortadamente. Yo no entendía nada.

—Señor Maynard, por favor—le dije. Intentaba cubrirse la cara con las manos. Los perros ladraban fuertemente, intentando soltarse de las cuerdas

que les mantenían atados al tronco. Daba miedo. Parecía que fueran a soltarse y dado el dolor que me estaba produciendo la mordedura en el brazo, lo mejor era salir de allí lo antes posible. Levanté a Russell del suelo, y lo senté en las escaleras del porche.

—¿Estás bien?—Emily estaba preocupada, mirando como la sangre goteaba por la manga de la camisa, manchándome completamente la mano. Intenté sujetarme y apretar la herida.

—Sí, estoy bien. Tranquila.

—Tortugaaaaa, Tortugaaaaa...

—Señor Maynard, ¿qué significa eso?—me agaché hasta colocarme a su altura.

Era como si hubiera entrado en trance. No reaccionaba. Se había obsesionado con aquello que no dejaba de repetir una y otra vez. Cada vez me dolía más la herida. Fue una suerte llevar puesta la cazadora ya que amortiguó la profundidad del mordisco.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí sí. No te preocupes.

—Tenemos que irnos de aquí, Luke—estaba muy nerviosa. Lo sabía, teníamos que llevárnoslo de allí e interrogarlo en algún otro lugar. De cualquier forma, en el estado en el que estaba, poco más podía decirnos.

—Señor Maynard, venga levántese y venga con nosotros—tiré de su brazo. Se levantó asustado. Cuando me di cuenta, se había meado encima.

—¡Dios!—Emily tampoco daba crédito. Me miró sin saber qué hacer.

—Señor Maynard, por favor. No tiene que temer nada—intentaba protegerlo con mis palabras, pero no llegaba a comprender el alcance que tenía el nombre de Joseph Kenner como para que aquel hombre de aspecto agresivo y tosco, casi amenazante diría yo, a juzgar por el modo en el que nos recibió, intentara quitarse la vida y se convirtiera en cuestión de segundos en alguien sin voluntad propia.

Lo senté en una silla de las que había en el porche, y entré en la casa. Estaba muy desordenada. Restos de comida por el suelo y en la mesa. Ropa

sucia por todos lados. Todo estaba construido con madera. Una chimenea encendida en mitad del salón, aunque no hacía tanto frío como para tenerla en funcionamiento, dos sofás, una mesa, varias sillas y poco más. Ardillas, un águila, más mapaches y una interminable colección de ojos inanimados que me observaban mientras me movía por la sala. Intenté buscar... no sabía por dónde empezar entre tantos trastos viejos. Giré mi cabeza y miré al hombre que insistía una y otra vez repitiendo esa palabra, moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás rítmicamente. La cabaña podía esperar. Regresé a él y le pedí a Emily que me ayudara. Lo levantamos y comenzamos a caminar en dirección a la verja de la entrada.

—Luke, no entiendo nada de lo que ha ocurrido—era cómo si esperara encontrar en mis palabras una respuesta.

—¿Y crees que yo sí? Tan sólo le he preguntado por Joseph Kenner.

—¡No! ¡No! ¡No!—gritó fuertemente Russell, golpeándose en la cabeza con los puños cerrados—¡”Tortuga”! ¡No! ¡”Tortuga”!—no podíamos pronunciar más ese nombre delante de él. Nos detuvimos unos instantes hasta que se calmó y pudimos continuar el paso. Intenté esbozar en mi cabeza alguna idea sobre lo que significaba aquello pero podría ser cualquier cosa. El principal problema era que no teníamos tiempo para continuar, y eso me corroía. Llegamos hasta la verja, y comencé a registrar los bolsillos de la cazadora de Russell por si encontrábamos las llaves que abrían la puerta situada en la gran reja que prohibía la entrada desde el exterior. Había un manojo de llaves, así que, afortunadamente, si conseguíamos abrirla, no tendríamos que volver a trepar por la valla. Eran más de quince llaves, pero tuvimos suerte con la séptima y finalmente pudimos salir por allí.

En el momento en el que la cerramos, escuchamos como los ladridos de los perros se hacían cada vez más intensos, y echando la vista atrás, observé como corrían veloces por el camino que nosotros habíamos seguido.

—¡Al coche! ¡Corre!—se apresuró, al tiempo que yo sacaba del bolsillo del pantalón mis llaves y arrastraba a Russell hasta el vehículo. Los perros ya habían llegado hasta la verja e intentaban lanzarse contra ella, pero era imposible que pudieran trepar. Me apresuré a abrir la puerta, y metí a Russell en el asiento de atrás. Fue entonces cuando se lanzaron sobre la valla, y ahí me di cuenta de que pronto alcanzarían el otro lado.

—¡Abre, corre, Luke!—entré y levanté el seguro de la puerta del copiloto y entró al tiempo que uno de los perros se abalanzaba contra la puerta. Cerré la mía, mientras el perro daba la vuelta al coche intentando encontrar un hueco por el que entrar. Respiré. Emily estaba sobreexcitada, mirando a todos lados. Russell se había tumbado sobre el asiento, en posición fetal. No dejaba de repetir aquella palabra entre susurros.

—Arranca ya—metí las llaves y salimos de allí a la mayor velocidad posible.

Los perros nos estuvieron siguiendo durante un buen rato, ladrando e intentando lanzarse contra el vehículo, pero a medida que el terreno iba mejorando y pude pisar el acelerador los fuimos dejando atrás hasta que desaparecieron por el retrovisor.

—Es de locos, Luke—miró a Russell acurrucado en el asiento, sin apenas mostrar iniciativa.

—Déjame pensar.

—¿Qué significa eso? ¿"Tortuga"? ¿Qué es? ¿Un nombre? ¿un animal? ¿una ciudad?

—¿Y yo qué sé?—cogió las carpetas que había dejado en el suelo—Lee su informe—yo no apartaba la vista del camino.

Había llevado conmigo toda la información que pude relativa a Russell Maynard y Douglas Fisher. No había mucho, pero tal vez pudiéramos empezar por algún sitio. Estuvo repasando las hojas que me enviaron por fax a la oficina del sheriff pero ninguna referencia a nada relacionado con esa palabra. Repasamos los datos de Douglas Fisher pero no había nada. Era como estar en un callejón sin salida. Sólo había una opción. Su hermana. Tal vez ella conociera a quién o a qué se refería.

No tardamos en llegar a la dirección en la que anteriormente habíamos estado. Dejé el coche casi en la puerta y salimos del vehículo. Sujeté a Russell y lo llevé con cuidado hasta la entrada de la casa de su hermana. Emily nos siguió, llevando los papeles en las manos. Llamé a la puerta con agresividad bastante nervioso. Y tras unos minutos allí esperando, finalmente, Betty apareció.

—¡Oh, Dios mío, Russ!—se abalanzó sobre él, intentando meterlo dentro de la casa. Nosotros entramos a continuación—¿Qué ha pasado?—nos miró algo molesta al encontrarse así a su hermano.

—Señora Maynard, ¿Qué significa “Tortuga”?

—¿Cómo?—Russell volvió a repetir aquel nombre nuevamente en un tono algo más elevado. Echó a correr a través del comedor tropezando con una silla y cayendo al suelo. Su hermana y Emily se apresuraron a ayudarlo a levantarse y a tranquilizarlo, sentándolo en el sofá. Era como si estuviera loco. Momentos después, Russell pareció recobrar aquella calma con la que nos había acompañado durante el camino de vuelta.

—¿Qué ha pasado allí arriba?—observó los restos de sangre que asomaban por mi muñeca. Se asustó al verlo. Se incorporó y me cogió del brazo.

—No, no, estoy bien. Tranquila, señora Maynard.

—Venga conmigo—me agarró a la fuerza y me llevó al baño que estaba en la misma planta. Emily se quedó junto a Russell. No separó su ángulo de visión de mi en ningún momento. Me quité la cazadora, la chaqueta y la camisa.

—Señora Maynard, ¿Qué significa esa palabra? ¿Por qué ha reaccionado así? —le pregunté mientras metía mi brazo bajo el grifo del lavabo y lo desinfectaba con agua oxigenada. No pude evitar dejar escapar algún que otro molesto quejido.

—No tengo ni idea de lo que significa. Jamás lo había escuchado antes.

—¿Nunca había visto a su hermano así?

—No, jamás—dijo muy enfadada.

—Señora Maynard, su hermano ha intentando quistarse la vida en el instante en el que pronunciamos el nombre de Joseph Kenner—baje la voz— No me diga que no sabía nada—sabía que algo ocultaba. Lo estaba viendo en sus ojos. No quería mirarme a la cara.

—Mi hermano estuvo en una residencia psiquiátrica unos cuantos años.

—¿Por qué?—le pregunté, mientras comenzaba a vendarme la herida.

—Tuvo un brote esquizofrénico—sentía curiosidad por todo lo referente a aquello. ¿Qué tenía que ver Joseph Kenner con ese comportamiento? ¿Fue algo que ocurrió en Corea? ¿Aquí? Tal vez estábamos encauzando la investigación por el camino correcto, pero ¿cómo averiguar que sucedió entre Joseph Kenner y Russell Maynard para que éste haya actuado así?

Me acabé de vestir y salimos del baño. Fui directamente a por los papeles que tenía Emily entre manos, se los cogí ante su sorpresa y comencé a indagar en lo poco que tenía sobre esos hombres. Betty Maynard guardaba silencio observándome de arriba abajo. Emily se sentía incómoda viendo a aquella mujer desmoronarse. No encontraba nada.

—¿Qué estás buscando? Ya te he dicho que no he encontrado nada.

—Señora Maynard, ¿podemos hablar un momento?—intenté sacarla de allí. Estaba claro que no podía volver a pronunciar el nombre de Joseph por miedo a que Russell reaccionara de forma violenta pero necesitaba respuestas. Ella asintió con la cabeza y me llevó a la entrada. Nos quedamos junto a la puerta hablando en silencio.

—¿Cuándo ingresaron a su hermano en esa residencia? No consta en ninguna parte—dije mostrándole los informes de su hermano.

—En 1965, pero fue todo muy complicado.

—¿A qué se refiere con complicado? Un brote esquizofrénico debió ser la consecuencia de algo ¿verdad?

—Murió un...—no podía dar crédito. De pronto, alguien comenzó a disparar indiscriminadamente hacia la casa. Me lancé con la mujer al suelo. Ella no dejaba de gritar alarmada. Emily se agachó y se tiró al suelo, intentando arrastrar a Russell, pero no pudo con él.

—¡Emily!—le hice señales para que tirara a Russell, pero no podía moverlo. De pronto, se puso en pie gritando aquella palabra, “Tortuga”, mientras los disparos le alcanzaron en innumerables partes del cuerpo. Su hermana se echó a llorar viendo como Russell caía al suelo. Saqué el arma enganchada en mi cinturón y me deslicé, arrastrándome hacia donde estaba Emily, muy alterada, con el cuerpo de Russell a su lado. Toda la estancia

estaba siendo completamente acribillada destrozando cada uno de los muebles, retratos, figuras, etc. Cuando cesaron los disparos me mantuve en el suelo junto a Emily, esperamos un poco y le hice señales a la señora Maynard para que no se moviera, pero de pronto, la puerta se abrió y comenzaron a disparar nuevamente. Intenté que el cuerpo de Russell nos protegiera a Emily y a mí, pero poco pude hacer por la señora Maynard que pereció con los primeros disparos. Comencé a disparar hacia la puerta sin poder ver claramente quien nos amenazaba, pero no dejé de disparar hasta que sus disparos cesaron. Emily se aferraba al cuerpo de Russell, cubriéndose los oídos con las manos y cerrando los ojos. Afortunadamente, Russell Maynard era un hombre robusto y pudimos resguardarnos tras él.

Escuchamos el motor de un coche marchándose a toda velocidad, esa era la señal de que todo había acabado. Me levanté con cuidado y fui con premura a ver el estado en el que se encontraba la señora Maynard. No hacía falta que me agachara. Estaba muerta. La habían cosido a balazos. Levanté a Emily del suelo que se abrazó a mí completamente asustada y se echó a llorar. Salimos por la puerta de la casa, justo en el instante en el que los vecinos comenzaban a agolparse con precaución, alrededor de la casa. Escuché la sirena de la policía que llegaba. El sol me deslumbraba con fuerza, apenas podía tener una imagen clara de lo que había sucedido allí. Bajamos las escalerillas del porche y nos quedamos de pie sin poder dar un paso más.

—¡Tire el arma!—gritaron desde un coche de policía apostado frente a la casa. La solté. Dejé caer mi pistola.

—¡Soy agente federal!

—¡Levanten los dos las manos!—escuchamos y los dos obedecimos. Dos agentes se acercaron a nosotros y nos separaron.

—Mi nombre es Luke Barren. Soy agente federal—nos apartaron de allí y nos llevaron a su coche.

Miércoles 22 Abril 1959

Cuando llegamos del instituto, el coche de la policía junto con el del

alcalde Clinton Roberts, estaban apostados frente a la casa de Oliver. Mi padre redujo la velocidad. Los tres estábamos atentos a cualquier movimiento que pudiera haber.

—¿Qué ocurre papá?—Ni Oliver ni yo apartamos nuestros ojos de los cristales.

—No lo sé, hijo, pero sea lo que sea, enseguida lo sabremos—miró de reojo los dos vehículos.

Me gustaría entrar en mi casa y enterarme de si sabían algo de mi padre, de si había aparecido. Me aterraba el hecho de que estuviera vivo. Pero, ¿cómo voy a pensar que está muerto si no ha aparecido ningún cadáver? Los bosques de Clarkson no es que estén muy transitados, pero suelen cruzarlos muchos pescadores, cazadores y gente que a veces, va a caminar. Nadie había dado la alerta. Ayer, cuando fui yo sólo, tampoco encontré nada que me hiciera pensar que estaba muerto. Sólo teníamos aquellos dos disparos a los que agarrarnos, pero con ello no podíamos estar seguros de nada. No es que le tuviera más miedo ahora que antes, seguía teniéndole el mismo, sabía que podía matarme en cualquier momento, pero ahora me preocupaba no sólo mi vida, sino también las de los demás. Mi hermano Robert, Nick, su padre.... Sé que puede sonar insensible si digo que no me importa si le ocurre algo a mi madre pero tampoco podía mentirme a mí mismo.

Cuando todo se calmó, Scott Hamilton me convenció para que fuera con él a casa. Sabía que no quería ver a mi madre, pero quería que fuese con él. Me negué desde el principio, pero poco a poco y presa de la excitación por saber de primera mano qué estaba sucediendo, accedí. Scott llamó a la puerta de casa y esperamos a que mi madre nos dejara entrar. Abrió la puerta y ni siquiera la miré.

—Hola, Vivianne—le saludó el padre de Nick, haciendo que mi madre sonriera. No pude evitar mirar de reojo, aunque no quisiera verla.

—Pasad—nos dijo acercándonos al salón—Oliver, esta es tu casa, cariño—no le respondí. Scott sabía que estaba siendo muy difícil para mí así que intentó echarme una mano. Max ladró, corriendo hacia mí, se alegraba de

verme. Me mantuve pegado a él.

—Hemos visto a la policía y al alcalde cuando llegábamos del instituto, ¿se sabe algo de su marido?—ella negó con la cabeza. Nos sentamos en el sofá y desvié la mirada. Me hubiera gustado marcharme en busca de Robert, que seguramente estaría en su habitación, pero quería saber lo que tenía que decir mi madre.

—No. Desde que desapareció no he vuelto a saber nada.

—¿Cómo está usted?—me levanté de allí después de haber escuchado lo que quería oír y salí de la casa dejándolos hablar. ¿Para qué quedarme? No sabía nada, no había aparecido. Salí y bajé las escaleras del porche. Max intentó seguirme pero logré que se quedara en la entrada. De pronto, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Como si alguien me estuviera observando y el mismo viento que comenzaba a levantarse pronunciara mi nombre. Me di la vuelta y miré a todos lados. No había nadie. Me estaba volviendo loco. Salí corriendo de allí y me marché a casa de Nick.

No tenía intención de perturbar mucho más al pobre chico, pero debía intentar que estrechara los lazos con su madre. No sé exactamente lo que sucedió entre ellos para que Oliver tomara aquella decisión tan drástica. De cualquier modo, él era excesivamente reservado. Tenía una apariencia extrovertida y animada, un niño simpático y ávido por vivir y disfrutar de todo lo que esté al alcance de su mano, pero había algo dentro de él que no salía al exterior. Ese algo de lo que había hecho partícipe a mi hijo y que había conseguido que Nicholas se distanciara de mí y de la sinceridad y transparencia que había marcado nuestra relación de padre e hijo.

No podía tomarme su actitud como algo personal, pero inevitablemente, le hacía responsable de que las cosas cambiaran. Por otro lado, le agradecía esa complicidad y esa buena fe para con Nick. Los dos eran buenos chicos.

Había comenzado a escuchar comentarios y rumores en el pueblo sobre Joseph Kenner. No quise decirle nada a Nick para que no se le escapara delante de Oliver, pero la gente murmuraba sobre la posible relación de su padre con otra mujer, y que debido a eso se había marchado de casa. No sé

hasta qué punto eso habría llegado a los oídos de Vivianne Kenner, pero sería una noticia devastadora.

Aquella misma mañana, la secretaria del director Edwards, hablaba con la señorita Reynolds en la sala de profesores sobre el posible romance con una mujer de Leavenworth. Todo parecían habladurías de gente que no se detenía a pensar en sus propios problemas y prefería elucubrar sobre los ajenos, haciendo daño a otros, sin siquiera importarles las consecuencias, o quizás sí les importaban, pero les daba igual.

Me tomé un café con la señora Kenner, antes de regresar a casa y al menos se desahogó un poco conmigo. No la notaba excesivamente preocupada por la desaparición de su marido. Intentaba de vez en cuando fingir algún que otro lamento, pero la conversación estaba siendo demasiado distendida. Tal vez fueran ciertos esos rumores y la razón de los problemas en aquella casa fuera la existencia de otra mujer, quién sabe, no quise darle mayor importancia.

Lunes, 24 Octubre 1983. Hopkinsville. Kentucky.

Llegó la ambulancia, más coches de policía... tuvieron que desplegar un recinto de seguridad para que los vecinos no se inmiscuyeran en las tareas oficiales. Una vez comprobaron mis datos se despreocuparon un poco por mi estado, y me dejaron sentado junto a la ambulancia en compañía de Emily. Nos sentimos afortunados por no tener ningún rasguño. Vimos como sacaron los cuerpos de Russell Maynard y su hermana en dos bolsas negras de plástico. Los cargaron en el vehículo del médico forense y desaparecieron. Me apenó esa pobre mujer. Tenía que hablar con Jessica cuanto antes y también con mi jefe para explicarle lo que habíamos encontrado. Intenté centrarme en los vecinos que hablaban con la prensa que se había apostado allí y en los movimientos de la policía intentando encontrar algún sentido a lo que había pasado.

Por lo que pude entender un encapuchado vestido de negro, salió de un coche oscuro y comenzó a disparar con un arma de grandes dimensiones contra la casa. A continuación, abrió la puerta, y desde allí, comenzó a disparar hacia el interior y entonces, se escucharon otros disparos que

provenían de la casa. El hombre se apresuró a volver a su coche y desapareció.

Así, a grandes rasgos discurrieron los testimonios de algunos de los allí presentes, discrepando sobre si el hombre era más alto o más bajo, más o menos robusto, si el coche era negro o azul oscuro... nada destacable. Necesitaba un teléfono y hablar con Thomas. El sheriff del condado acababa de llegar y me estaba acribillando a preguntas que no podía contestar, así que le pedí que me llevara a su oficina para hablar con mis superiores.

Cuando llegamos a su despacho, uno de los alguaciles me dejó una camisa limpia. Le estuve contando al sheriff que estábamos en medio de una investigación, pero sin revelar nada del asesinato de Joseph Kenner, ya que hasta que saliera publicado en prensa al día siguiente, no podía enterarse nadie. Emily apenas pronunciaba palabra. Imagino que el tiroteo dinamitó cualquier interés periodístico que pudiera tener. No estaba preparada para algo de tal envergadura. Creo que a todos nos venía grande. Nos dejó a solas en una habitación con una mesa y un teléfono y llamé primero a mi padre.

—Papá.

—¡Luke!

—¿Dónde estás? ¿Por qué no me has llamado antes?

—Papá, necesito que me ayudes, y no quiero que hagas como has hecho siempre. Quiero que me ayudes de verdad. No empieces diciéndome que me vuelva a Washington porque esto es serio—nunca antes le había hablado así.

—Luke, hijo, he hablado con Jessica y me ha estado contando...

—Papá, olvídate de gilipolleces. Casi me matan. Nos acaban de tirotear.

—¿Cómo? Hijo, ¿estás bien?

—Sí, papá. Afortunadamente estoy bien, pero deja de poner trabas a mi trabajo, deja de protegerme—no supo qué decirme.

—Hijo...

—No, hijo no, papá. No soy un crío de quince años. Así que échame

una mano con Thomas y que me de más tiempo.

—¿Dónde estás ahora?

—En Hopkinsville, Kentucky.

—¿Qué demonios estás haciendo allí? ¿Investigando?

—Papá, el hombre del que te hablé, Joseph Kenner, fue asesinado, nadie me deja avanzar, estáis limitando mi investigación tú y Thomas.

—Luke, lo mejor será que vuelvas a Washington y te tranquilices. Estás bastante alterado—con su respuesta, lo único que hizo fue desestabilizarme más aún.

—Papá, no sueñes con que voy a dejar esto. Es lo único que he hecho en mi vida que ha tenido sentido. Ya estoy harto de que siempre estés detrás de los jodidos trabajos de oficina que me asignan. Esto es por lo que quise ser agente del FBI, pero si tú crees conveniente, que cuanto más difícil sea algo, lo mejor es zanjarlo y dejarlo correr, no te voy a dar esa satisfacción. Así que si me disparan o si es la última vez que hablamos, quiero darte las gracias por no hacer nada—colgué el teléfono.

Emily me miró en silencio. No quise decirle nada. No sabía nada de mi vida, así que tampoco era el momento para contar nada más. Me crucé de brazos durante unos minutos.

—¿No vas a llamar a tu jefe?

—Esperaré unos minutos más. Ahora estará hablando con mi padre—intenté usar la cabeza. Sabía que esa era la opción más factible. Pasados unos instantes, llamé a Washington.

—Luke. Acabo de hablar con tu padre.

—Ya lo sé señor. Sabía que le llamaría y hablaría con usted, pero sepa que no voy a volver a Washington hasta que esto no esté solucionado—tragué saliva. Jamás me hubiera atrevido a hablarle a Thomas de esa forma si no estuviera bajo presión—Vas a coger el primer avión que haya para Washington y vas a venir a hablar conmigo. Vamos a enviar a alguien para que solucione el caso.

—¿Cómo?—estaba enfadado.

—No hay nada más que hablar, Luke—colgó. Me quedé allí plantado con el teléfono en las manos.

—Luke, ¿qué ocurre?—Emily se acercó a mí y me cogió por el brazo.

—Me han sacado del caso, Emily. Estoy fuera—no podía creerme lo que acababa de suceder. Ella no me respondió. Sentí la pena y la lástima en sus ojos, pero no podía decir nada que me reconfortara.

Quería hablar con Jessica, con Oliver y Nick e intentar zanjar aquello que nos había explotado en la cara, pero no iba a tener tiempo. Iban a enviar a alguien para que diera carpetazo y terminara con todo esto. Dios, ni siquiera me había dejado explicarme, ni contarle lo de Russell Maynard y su asesinato. ¿Qué pretendían enviando a alguien? ¿Qué significaba “Tortuga”? Todo se me estaba haciendo demasiado grande. Necesitaba hablar con alguien, tenía que averiguar qué pasó realmente entre Russell Maynard y Joseph Kenner. Tal vez Jessica arrojara algo de luz tras su viaje a Kansas. Tendría que conformarme con lo que pudiera decirme porque tenía que regresar a Fairmont. Se cancelaba así la segunda fase de mi viaje. Tenía que dejar Nashville y la familia Fisher.

CAPITULO XI

Lunes 24 Octubre 1983. Fairmont

Robert vino al motel cuando terminó el trabajo. Nos trajo algo de comer que había comprado en un puesto de comida rápida; unas hamburguesas y unas cervezas. Nos levantamos tarde, y vimos un poco las noticias en el viejo televisor que había sobre la mesa. Lo del gobernador

Johnson en el hospital quedó en un mero incidente.

Nos quedamos dentro de la habitación, pero al menos dejamos las ventanas abiertas y así que se aireara todo un poco. Robert nos dio más detalles sobre el funeral de mañana. Por un lado, aquello significaba el final de nuestro periplo. Era el momento de marcharse. Había que tomar decisiones y continuar con nuestras vidas. Yo no podía estar allí mucho más tiempo, por mucha libertad que me diera Helena. Era Oliver el que tenía que decidir si volver a Baltimore, donde nada le ataba o si por otro lado, decidía quedarse en Fairmont y darse otra oportunidad.

La complicidad que tenían los dos cuando hablaban o cuando se sonreían era innegable. Cada vez que estaba con los dos sentía que sobraba, pero por supuesto que los entendía. Me hubiera gustado hablar con Oliver sobre la toma de aquella decisión. Sí, ya sé que se lo he dejado caer varias veces, pero dado que si mañana tiene lugar el funeral, todo iba a acabar ahí, tenía que elegir.

Por otro lado, Emily nos había dicho que el martes publicarían la noticia en primera plana, con lo que lo más probable era que se paralizara todo, así que eso aún nos daría más tiempo, pero tengo que hablar con mi amigo y decirle que no puedo quedarme mucho más.

Venir a Fairmont me ha sentado mejor de lo que pensaba. Por un lado, recuperar un pasado que creía olvidado y en el que no había vuelto a pensar. Sólo estar con Oliver, me hizo volver a mi adolescencia y a los momentos que marcaron mi vida tras la muerte de mi madre.

Pasaban de las cuatro de la tarde cuando regresamos a Fairmont. El trayecto había sido bastante pesado. Tenía tantas cosas en la cabeza y tanta rabia al mismo tiempo que no sabía cómo digerirlo. Le conté a Emily la complicada relación que he tenido siempre con mi padre a pesar de haberlo llevado todo en el más absoluto de los silencios. Aquella era la primera vez que me había enfrentado a él y el resultado no fue el esperado. Pensé que conseguiría más tiempo, que por una vez me haría caso y me dejaría disfrutar con mi trabajo o como mucho que podría presentarse aquí y no sé... pero Thomas Piers no se había andado con minucias. Estaba fuera.

Emily intentó animarme. Me dijo que al día siguiente todo estaría patas arriba con la noticia del asesinato de Joseph Kenner por lo que esto no iba a cerrarse así como así. Quería creerla pero ya no esperaba nada de nadie. En mi cabeza sólo quería ver a Jessica. Hablar con ella. Necesitaba llegar al motel lo antes posible y esperar su llamada.

Mi cabeza iba a mil revoluciones por minuto. ¿"Tortuga"? ¿Russell Maynard? ¿Realmente ese asesinato estaba abriendo una nueva y enrevesada trama? ¿A dónde me estaba llevando aquello? Eran tantas las preguntas y las incongruencias que aparecían en la investigación que me estaba volviendo loco, aunque no tanto como el desgraciado que encontramos en las montañas. Dejé el coche junto al de Oliver, que continuaba allí, frente a la habitación del motel que tuvieron antes de los disparos y subí a toda prisa por las escaleras. Emily me siguió.

Llamé a su puerta y tras preguntar quién era y reconocirme, me abrieron. Me vieron bastante nervioso, así que intenté serenarme, y acompañado por Emily, les conté todo lo que había sucedido. Sus caras fueron extremadamente expresivas, pero creo que el que más sorprendido estaba era Robert. Tan sólo era una persona de pueblo atrapado en mitad de un vendaval.

—No te irás a marchar, ¿verdad?

—¿Qué quieres que haga, Oliver? Mi jefe me acaba de ordenar que vuelva. Van a traer a otra persona para que acabe el trabajo.

—¿Y vas a hacerle caso? ¿Te vas a marchar?—me miró sin saber qué hacer. Intentaba llevarse las manos a la cabeza y con rabia contenida se acercó a la pared y dio un fuerte puñetazo.

Confiaba en él. Apenas le conocía pero me inspiraba confianza. Se había involucrado más de la cuenta en mi protección. No había tenido mucha más experiencia con la policía, salvo con los paletos del pueblo cuando era pequeño, pero aquel agente, Luke Barren, fue muy honrado conmigo.

—Todo esto está aún en el aire. Mañana se publicará la noticia sobre lo que pasó de verdad con tu padre y no van a poder frenarlo con un funeral.

Fue asesinado y siendo quien era, no van a poder barrer y esconder el hecho bajo la alfombra—Emily fue certera en su afirmación.

—No vais a publicar nada sobre lo que me pasó ¿verdad?—ella negó con la cabeza.

Intenté hacer un ejercicio de memoria y acordarme de las caras, de los hombres que venían anualmente durante las conmemoraciones, pero siempre intentaba estar lo más alejado posible de mi padre. Miré a Robert como si quisiera preguntarle a él, pero sólo era un crío. Si yo tenía mis dudas, no quería ni imaginar lo poco que él podría recordar.

Luke se marchó a su habitación, quería ducharse así que nos dejó con Emily, que nos contó desde otro punto de vista y con más detalle, todo lo que les ocurrió en la cabaña de las montañas y el miedo que sufrió durante el tiroteo. Los tres la compadecimos. Se puso a llorar mientras recordaba como la pobre mujer era acribillada. Los cuatro habíamos vivido durante aquellos últimos días experiencias que perfectamente podían parecer producto de una pesadilla.

Emily se fue al periódico, quería supervisar ella misma todo lo que iba a publicarse en la edición de mañana. No quería que ningún error pudiera entorpecer el artículo así que prometió avisarnos con cualquier cosa que surgiera. Luke permaneció en su habitación esperando a que Jessica diera señales de vida. No quería saber nada más del resto. Sólo si eran buenas noticias y que le permitieran continuar en el caso.

Abrí el grifo y me coloqué debajo, como si quisiera olvidarme de todos los problemas que se me venían encima. Dejé correr el agua hasta que apenas me di cuenta de que estaba cayendo. Llevaba desde que salí de Hopkinsville pensando en cómo poder quedarme sin desobedecer a Thomas y esclarecer la muerte de Joseph Kenner, pero no podía por mí mismo y esperaba la llamada de Jessica que nunca llegaba. La llamé a su hotel, le dejé mil mensajes en recepción pero sólo podía esperar.

Me limpié bien la herida del brazo. Apenas se notaban ya las dentelladas del perro. Me vestí, me tumbé en la cama y cerré los ojos un instante.

Sólo quería desaparecer por unos minutos y descansar, pero aquellos minutos se convirtieron en tres horas. Me desperté sobresaltado por el sonido del teléfono.

—¿Diga?

—Luke, soy yo.

—Jess, ya era hora. Ha sido de locos. ¿Dónde estás?

—Sigo en Kansas, Luke. No puedo coger ningún vuelo antes de mañana de madrugada—No me molestaba en exceso mientras pudiera hablar con ella, aunque reconozco que me hubiera gustado tenerla allí conmigo.

—¿Has averiguado algo de alguien o algo llamado “Tortuga”?

—¿Cómo? ¿”Tortuga”?—se extrañó ella.

—Sí, Russell Maynard no dejaba de repetirlo cuando pronuncié el nombre de Kenner. Se volvió loco, Jess.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado?

—Jess, ¿Qué has averiguado? ¿Has ido a Topeka y Wichita?—tenía tal necesidad de averiguar lo que ella había descubierto, que lo que nos sucedió a nosotros pasó a un segundo plano.

—Sí, claro. Acabo de reunirme con William Cushman. He estado esta mañana con los Dillane y he repasado toda la información que teníamos, Luke. Me ha llamado Thomas, también.

—Sí, a mí también me ha llamado, Jess. Estoy fuera del caso.

—¿En serio?

—Sí. Esperaba que encontraras algo que me ayudara.

—¿Qué ha pasado con Maynard?

—Eso te quería contar. Nos han tiroteado. Russell Maynard y su hermana han sido asesinados. Y Emily y yo nos hemos salvado de milagro.

—¿Te la has llevado? Luke, por Dios. Ya lo hablamos ayer, es una civil.

—Ya lo sé, pero mira, han salido así las cosas. Antes de morir la hermana de Russell Maynard nos dijo que su hermano fue ingresado en una residencia psiquiátrica en el 65 por esquizofrenia, pero eso no aparece en ningún informe. No está en ningún lado. ¿Cómo es posible?

—Pero eso no puede ser. Todo esta ahí.

—Sé lo que pone en los informes, cuando he llegado, he repasado los documentos varias veces, pero aquella mujer me dijo eso, intentaba decirme el por qué del internamiento. Iba a decir que murió alguien pero en ese instante se la cargaron, a ella y a su hermano que no dejaba de pronunciar, fuera de sí esa palabra, “Tortuga” y cuando nosotros le nombramos a Joseph Kenner fue como si se volviera loco. Intentó cortarse la garganta con un cuchillo. Aquí hay algo más y no sé por qué nadie quiere que se descubra. Thomas me ha dicho que van a enviar a alguien a encargarse de esto. ¿Sabes algo?

—He hablado con él, y me ha dejado caer que teníamos que volver pero en ningún momento me había dicho que estabas fuera del caso. Mañana van a venir al funeral en representación de la agencia, Casey Dunham y Stewart Henson.

—¡Joder! Los niños bonitos del departamento.

—Harán lo de siempre, Luke. Vendrán, lucirán su mejor sonrisa y se marcharán.

—¿Qué tal Cushman y Dillane?

—Cushman bien, un hombre de negocios, Luke. Empresario, buena familia... nada más allá de lo que ponía en los informes. Estuvo muy amable y me ha tenido casi dos horas contándome batallitas de la guerra, imagínate. Dillane, más de lo mismo. Esposa, hijo, un buen trabajo. Nada destacable.

—¿No has notado nada raro cuando les has hablado de Kenner?

—No, al contrario. Estaban bastante desolados por la muerte de su amigo. Cushman tenía intención de venir al funeral, pero al decirle que iba a ser mañana no podía. Tenía reuniones pendientes, y Dillane no podía dejar la

ciudad.

—¿Les preguntaste cuando fue la última vez que fueron a la cabaña de Cushman en Shawnee?

—Sí. Hace mucho ya de eso. Me dijeron que no tenían ni idea en el estado en el que estaría. Cuando desapareció Kenner, fueron alguna que otra vez pero poco más.

Me despedí de ella sin decirle lo de la primera plana del periódico de la edición de mañana. No sé por qué algo me decía que no compartiera con ella aquella información. Siempre he seguido a pies juntillas mis corazonadas, aunque eso significara traicionar la confianza de personas cercanas, pero rara vez me equivocaba. Preferí que se llevara la sorpresa al mismo tiempo que todos los del pueblo.

Me acerqué a ver a Oliver y a Nick antes de acostarme y les dije que estuvieran alerta a cualquier cosa que pudiera suceder al día siguiente. Todavía no estaba claro que el funeral fuera a tener lugar pero por el momento estaba previsto así. A las once tenía que estar en el Ayuntamiento, puse el despertador a las diez, y rezaba para que el teléfono sonara antes. Eso sería una buena señal para el caso, aunque posiblemente una mala para mí, pero no me importaba. De cualquier forma, estaba fuera.

Martes, 25 Octubre 1983

Eran las 8 de la mañana cuando el teléfono sonó. Me incorporé de inmediato. Esperaba que fueran buenas noticias para el caso. Era Jessica.

—¿Por qué demonios no me dijiste ayer que iba a salir en portada?— estaba histérica. Algo dentro de mí me dijo que aquella reacción era lo que el caso necesitaba para que no lo cerraran.

—¿En portada el qué?—me hice el sorprendido.

—Por Dios, Luke, encima no me hagas esto. No me tomes por tonta— su reacción hizo que esbozara una ligera sonrisa entre mis labios.

—Te digo que no tenía ni idea de que fuera a pasar. Deja que me vista y me reúno contigo en tu hotel.

—No, ya voy a salir. Voy a por ti, acabo de llegar del aeropuerto. Te llevaré el periódico para que veas por ti mismo lo que has hecho—colgó muy molesta. Aquel enfado suponía que las cosas marchaban bien. Me vestí con rapidez. Quería ver cómo iban a desarrollarse los acontecimientos. Emily me llamó unos minutos más tarde.

—¿Si?

—Luke, todo ha salido como esperábamos.

—¿Qué ha pasado?—le pregunté excitado.

—Han cancelado el funeral. Se han presentado en la oficina del sheriff las primeras cadenas de televisión, y están llegando decenas de periodistas desde que la noticia se ha filtrado por todos lados. Todo el pueblo ha comprado el periódico. En cuestión de una hora se han terminado todos los ejemplares—no podía sentirme mejor. Necesitaba ver cuál iba a ser ahora la respuesta de Thomas Piers.

Me acabé de vestir y fui a la habitación contigua. Me abrieron al reconocer mi voz y les dije que se había cancelado el funeral, pero no les sorprendió demasiado ya que Robert les había llamado minutos antes comunicándoselo. Oliver no parecía estar de acuerdo con continuar en aquel encierro, así que me dijo claramente que fuera lo que fuera, allí no volvía a quedarse. Minutos después, vi aproximarse desde la puerta, el taxi en el que venía Jessica y me quedé de pie junto a la barandilla de la primera planta esperando a que subiera. Ni siquiera me miró a la cara mientras se aproximaba por el parking. Comenzó a subir las escaleras con la arrogancia que la estaba caracterizando aquellos últimos días y cuando se colocó frente a mi, me lanzó el periódico a la cara haciendo que las hojas se desparramaran por el suelo.

—Ahí lo tienes. Eso es lo que has conseguido—Ni siquiera me molesté en responderle. Me apresuré a recoger las páginas, ordenándolas y leí el titular en portada. **“EL HÉROE DE FAIRMONT MURIÓ ASESINADO”**. Acompañaba al encabezado, una fotografía similar a la que publicaron semanas atrás. Comencé a leer la entrada y el cuerpo de la noticia pero Jessica me lo arrancó de las manos antes de que pudiera continuar.

—¿Cómo sabían ellos el calibre de las balas? ¿Me lo puedes explicar?

—Oliver y Nick se asomaron a la puerta, sin querer participar en la discusión pero manteniendo los oídos alerta.

—¿Qué quieres que te explique? No tengo nada que ver en esto, ¿vale?
—mi tono de voz se equiparó al suyo. No me iba a amedrentar.

—¿Ah no? Has estado esperando esto para que no te sacaran del caso, reconócelo, incluso pensaste que era lo mejor que podía pasar.

—¿Y qué si he pensado esto? Al menos he hecho mi trabajo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Desde que has llegado sólo has querido que regresara a Washington y dejara esto. Te has ido a Kansas y como si nada. Para ti esto no significa nada.

—¿Cómo te atreves a decir eso? El que tu actúes de forma poco profesional no es mi problema, Luke. Estás viendo fantasmas donde no los hay.

—¿Fantasmas? Hace unas horas casi me matan. Esto es real, lo quieras ver del color que quieras—el teléfono de mi habitación comenzó a sonar. Me metí dentro, dejando la puerta abierta. Los chicos no dejaban de mirarla pero ella les dio la espalda.

—¿Sí?

—Luke, ¿Qué demonios ha pasado y cómo se ha filtrado a la prensa esa noticia?—mi jefe no estaba de muy buen humor.

—Señor, me ha despertado Jessica con lo mismo. No tengo ni idea de lo que ha pasado—le mentí descaradamente.

—Han cancelado el funeral previsto para hoy, Luke. Esta mañana llegaran Casey y Stewart. Recibidlos tú y Jessica y ponedles en antecedentes sobre todo lo que tengáis.

—Pero señor, ¿no hay ninguna posibilidad de que podamos ayudar en la investigación?—guardó silencio unos instantes.

—Luke, ahora ellos van a llevar el caso. Preferiría que vosotros dos volvierais a Washington, pero si ellos consideran que es mejor que os

quedéis, podéis hacerlo.

—Gracias señor.

—Luke, eso no significa que de mi beneplácito. Depende de ellos.

—Sí, sí, lo entiendo. Muchas gracias—colgué el teléfono.

Jessica permanecía en la puerta de mi habitación. Me acerqué a ella y me dejó pasar sin pronunciar palabra.

—Jessica, si quieres enfadarte, no es mi problema, ya se te pasará, pero yo voy a actuar como lo he estado haciendo hasta ahora—salí al rellano. Oliver y Nick habían estado pendientes de la discusión, pero estando ella presente, no quisieron decir nada. En ese momento apareció el coche de Emily por el parking. Todos miramos hacia allí. Jessica resopló.

—Dame las llaves de tu coche.

—¿Para qué?

—Voy al Ayuntamiento, no quiero estar aquí—claramente no quería ver a Emily. Entré en la habitación, cogí las llaves de encima de la mesa, salí y se las di. Ni esperó unos segundos más. Salió por donde había venido. Emily subía las escaleras, pero Jessica evitó cruzar la mirada con ella. Pasaron una al lado de la otra sin decir palabra. Emily se reunió con nosotros y nos quedamos allí afuera viendo como Jessica cogía mi coche y se marchaba.

—Parece que no le ha gustado el artículo—sonrió. Le devolví el gesto. En serio, no entendía su comportamiento. Esa no era la chica con la que tanto había trabajado y compartido tantas cosas. No quería decir que no me fiara de ella, pero hice bien no contándole lo del periódico. Hubieran sido capaces de detener la publicación. Quien sí me sorprendió fue Thomas, no esperaba que fuera tan condescendiente conmigo. Creía que me iba a penalizar de alguna forma más severa, pero agradecí su gesto.

Oliver y Nick se reunieron con nosotros en el rellano, pero les insté a entrar en la habitación. De la forma en que se estaban desarrollando los acontecimientos, lo mejor era permanecer ocultos el mayor tiempo posible. Oliver encendió la luz y tanto él como Nick se sentaron en una cama. Emily se sentó en la contigua y yo tomé una silla, con el periódico en las manos,

observando detenidamente la primera página. Los tres guardaron silencio.

—¿De dónde sacasteis toda esta información?—le pregunté refiriéndome a los detalles de la autopsia, plasmados junto a la fotografía del cuerpo de Joseph Kenner.

—Ya sabes, Luke. Nunca hay que revelar las fuentes.

—¿Habéis tenido algún problema en el periódico por publicarlo?

—He salido esta mañana y por el momento no ha llamado nadie.

La noticia tampoco tenía mucha más trascendencia a excepción del llamativo titular, que al fin y al cabo era lo único necesario para poner aquello en boca de todo el mundo. Habían utilizado material de archivo para ilustrarlo y los detalles de la autopsia. Lo sé porque yo mismo tenía una copia.

—¿Qué vais a hacer ahora?—quería saber Emily. Me levanté de la silla y comencé a divagar mientras intentaba pensar cómo hacerme un hueco en la investigación que había dejado de estar en mis manos.

—Lo primero que quiero hacer es hablar yo mismo con Jefferson Dillane y con William Cushman—Oliver y Nick parecían perdidos.

—¿Quiénes?

—Los otros dos. Si Maynard se volvió loco al pronunciar el nombre de tu padre, quiero saber cómo reaccionan los otros dos.

—Pero Jessica ha hablado con ellos ¿no?—dijo Emily.

—Si, pero...—me puse en pie. ¿Qué hacía sino? Si aquellos otros dos hombres no podían ayudarme a seguir con la investigación ¿cómo podría continuar?—No es que no la crea, sólo que no me sirve de nada todo lo que me ha dicho, es lo mismo que dicen los informes.

—¿Por qué no hablas con su familia?—preguntó Oliver. Todos le miramos.

—¿Cómo?

—Puede que sus hijos sepan algo. A ver, cuando mi padre volvió de la guerra, cambió. Ese hombre, Maynard, estaba loco. Sus familias tienen que

saber lo que les pasó—Era una opción. Dudé un poco antes de contestarle. Me apoyé junto a la ventana y le miré. Sus ojos buscaban una respuesta.

Tal vez tenía razón. Traté de atar cabos. Joseph Kenner desaparece en 1959. Un hombre muere en 1965 sin dejar clara la causa de la muerte, otro hombre ingresado en una residencia psiquiátrica... ¡El mismo año!

—¡Maynard fue internado en 1965 el mismo año que murió Fisher!

—Puede que sea una coincidencia—añadió Emily.

—En mi trabajo no existen las coincidencias.

—¿Qué hay de la casa de Shawnee?—me preguntó Nick. Todos desviamos la atención hacia él. Era inteligente por su parte pensar en ello, allí era donde solían ir los cinco, por lo tanto, era un lugar que también podría ayudarnos a esclarecer si tuvieron algo que ver con la muerte de Joseph Kenner.

—Esperad, esperad un momento—dije levantándome de la silla y acercándome a la mesa. Cogí un bolígrafo y tracé en unas hojas un esbozo de todo lo que teníamos hasta el momento. La cabaña de Shawnee podía ayudarnos, pero mucho más lo haría el vínculo que unía a aquellos hombres y necesitaba desgranarlo.

—Luke, puede que a alguno de sus hijos le pasara algo como lo que me sucedió a mí—trató de involucrarse Oliver nuevamente en mi investigación.

—No es muy probable Oliver, pero es cierto que nadie mejor que ellos para testimoniar lo que vivieron con sus padres después de Corea.

—¿Qué tal el hijo de los Dillane? Adam—me dijo Emily dándome unos documentos que había dejado sobre la cama y que había estado ojeando mientras hablábamos. Dudé un poco. Recogí la información y dejé alguna que otra anotación más en mi borrador.

—Adam Dillane, Steven y Stella Fisher y la hija de William Cushman, Natalie—dije—Esto es lo que tenemos.

—Yo empezaría por Adam—añadió Emily.

—¿Por qué por él?

—Pues porque Fisher está muerto y solo vas a tener la confesión de su hijo. Pero en cambio con Dillane puedes hablar con los dos. Tal vez encuentres algo que te diga que pasó en el 65. Desde luego el muerto no te lo va a contar—terminó Emily. Era una buena reflexión. Asentí, asimilando esa idea.

—Tienes razón.

—Yo quiero ir contigo a hablar con Adam, Luke—interrumpió Oliver.

—No es bueno que salgas de Fairmont, y menos ahora.

—¿Por qué? Aquí lo único que han hecho es intentar matarme. Además si me voy contigo estaré seguro, ¿verdad?—pensé en lo listo que había sido al sugerírmelo y sonreí.

—Podéis ir vosotros dos a Kansas, Luke y Nick y yo a la cabaña de Shawnee—propuso Emily.

—No, no, ni hablar. Vosotros no vais a ningún sitio sin protección, y con Jessica no puedo contar.

—Si el problema es el tiempo, eso es lo único que podemos hacer—tenía razón aunque yo siguiera negándolo. No lo veía seguro, por mucho que la idea pareciera interesante. Que Oliver me acompañara no era tan mala idea, de hijo a hijo, podría tratarse el tema de otra forma, y tal vez consiguiéramos más información que si iba yo sólo. Además me aseguraba de que no le ocurría nada.

—Yo ahora tengo que ir al Ayuntamiento, chicos, ¿qué os parece si nos vemos a las tres, comemos y hablamos sobre lo que hay que hacer?—asintieron. Le pedí a Emily que me acercara hasta allí y accedió.

Había olvidado que oficialmente estaba fuera el caso, pero la sugerencia de Thomas fue tan positiva que entendía que volvía a estar dentro. ¿Por qué hizo eso?

Casey Dunham y Stewart Henson no podían ser más diferentes, pero allí estaban. La élite de una organización que los había escogido por su presencia, dedicación, solvencia y profesionalidad, dejando a un lado sus

anónimas vidas privadas. Casey vestía un traje marrón. Tenía ojos azules y el pelo negro corto. Me atraía mucho más Stewart, quien, enfundado en un traje azul marino, sin corbata, era mucho más interesante.

Cuando llegué, me encontré con ellos en una sala de reuniones provista de una gran mesa con doce sillas a su alrededor, varios retratos de los anteriores alcaldes de Fairmont sobre las paredes y muchos libros. Stewart flirteó conmigo sin que apenas pudiera notarse, pero después de tantos años tratando con hombres, sé cuando alguien me está tirando los tejos. Casey, en cambio ni siquiera reparó en mí. Se mantenía ajeno a cualquier circunstancia distinta de la que le había llevado a Fairmont. Sabía que Luke no tardaría en llegar así que nos quedamos en la sala de reuniones en silencio, tomando un café.

Pensé en dos noches atrás cuando me acosté con él y la forma en la que me había hablado aquella misma mañana. ¿Dónde estaba el chico al que yo pensaba que podía manejar a mi antojo? Era un cambio que no esperaba y hacía que me replanteara mis sentimientos por él.

El tiempo pasaba cada vez más lentamente. Casey miraba por la ventana examinando con detalle cualquier coche o cualquier sombra que circulara frente al edificio; Stewart, observaba con detenimiento cada uno de los volúmenes que se apilaban en las estanterías que envolvían la estancia y yo continuaba sentada, aburrida, cansada de estar allí.

Luke no tardó en entrar. Se notaba que llevaba prisa. Saludó a Casey y Stewart acercándose a ellos y estrechándoles la mano y dejó toda la documentación que llevaba sobre la mesa.

Ya habían sido informados de lo más relevante del caso, pero Luke empezó a divulgar sus absurdas teorías conspiratorias y me puso enferma. Los dos escuchaban atentamente todo lo que estaba diciendo. Les relató todo lo que Oliver Kenner nos contó sobre los abusos sufridos por su padre y la sorprendente y al mismo tiempo surrealista historia sobre Russell Maynard, con tiroteo incluido. Era obvio que no podían dejar de lado aquella situación tras la muerte de dos personas, pero se había trasladado la investigación a la policía estatal de Kentucky. Ellos estaban aquí para esclarecer la muerte de Joseph Kenner y cerrar el caso.

Tras la exasperante exposición de Luke, a la que añadió la extraña coincidencia de la muerte de Douglas Fisher y el internamiento de Russell Maynard en una residencia psiquiátrica en el mismo año, yo les hablé de mi visita a Kansas y las anodinas charlas que tuve con Jefferson Dillane y con William Cushman, sin que ello aportara ninguna novedad al caso. Cualquiera hubiera notado las patentes diferencias entre nuestras formas de pensar. Stewart se mantuvo a mi lado, sin pocas ganas de indagar en historias remotas, pensando que era mucho más factible y creíble que la solución a aquella muerte se encontrara dentro de los límites de Fairmont. Casey, en cambio, sorprendentemente, parecía interesado en todo lo que Luke estaba contando. Después de estar más de media hora asumiendo toda aquella información, y tras ojear el periódico que Luke había traído, los dos nos pidieron que saliéramos de la habitación unos minutos.

—Te has salido con la tuya—no pude evitar soltarlo de esa forma. Me miró irónico.

—No entiendo todo lo que estás haciendo, Jess.

—No hay nada que entender, Luke. Te estás extralimitando.

—Si llego a saberlo, te aseguro que no te hubiera llamado—se sentía decepcionado. Sé que lo estaba pero no quería un enfrentamiento, así que, aunque fui yo la que comenzó, no quise continuar y decirle cosas de las que posiblemente después me arrepintiera. Nos limitamos a quedarnos el uno cerca del otro sin apenas mirarnos. Se hicieron interminables aquellos quince minutos que nos mantuvieron a la espera. Cuando terminaron de deliberar, abrieron la puerta de la sala y nos hicieron entrar.

—Sentaos—nos sonrió Stewart. A pesar de que anteriormente nos habían tratado como a iguales, se notaba ahora cierta tensión en el ambiente. Ese era el efecto que Casey y Stewart causaban. Podían actuar con familiaridad y con una simple mirada convertirte en un auténtico desconocido. Ninguno de los dos dijimos nada. Nos limitamos a sentarnos el uno al lado del otro.

—Hemos estado hablando—comenzó Casey—y hemos pensado que podéis volver a Washington. Nosotros terminaremos esto.—Causó cierta

euforia contenida en Jessica—Pero Luke, no nos importa si quieres quedarte unos días a echarnos una mano—ella me miró no de muy buena gana—Cualquier cosa que hagas la harás bajo nuestra supervisión. Nos informarás antes de dar cualquier paso y estarás en todo momento en contacto conmigo personalmente—yo asentí con una palpable seguridad. Jessica se levantó de la silla sin apenas pronunciar palabra y antes de que terminaran de hablar salió de la habitación. Stewart intuyó que no estaba muy de acuerdo con su decisión y salió tras ella. Agradecí que Casey Dunham tuviera ese detalle hacia mí sabiendo cómo estaban las cosas. Seguía sin entender por qué tanta presión en un principio, intentando que regresara cuanto antes a Washington y cerráramos el caso de Joseph Kenner, y ahora esa tranquilidad.

No quise pensar en ello, así que decidí tomar lo que se me ofrecía y salí de allí. Por lo que me habían dicho, lo primero que iban a hacer era hablar con Vivianne Kenner, Oliver, sus vecinos, el alcalde Roberts y todos los frentes que nosotros ya habíamos investigado. No quise decirle nada. Egoístamente pensé que mientras más tiempo pasaran en cosas que nosotros ya habíamos dejado atrás, mayor libertad para poder indagar en lo que ahora mismo tenía en la cabeza.

Todo el pueblo hablaba de lo mismo aquella mañana. A nadie se le habían escapado los titulares del periódico y lo que eso acarrearía. La casa de los Kenner se convirtió en el nuevo centro de Fairmont, todo el mundo quería acercarse a Vivianne Kenner, hablar con ella, intentar hurgar en su pasado y ver si eran capaces de tropezarse con algo que les hiciera conocedores de qué pasó en 1959.

Cualquier otra persona hubiera cerrado las puertas de su casa sin querer ver a nadie, pero nadie se planteaba que Vivianne pudiera haber acabado con la vida de su marido. Aparentemente eran la familia perfecta. No había trascendido el tema de los abusos y salvo Casey y Stewart, el tema seguía quedando entre nosotros. Ellos tampoco pretendían sacarlo a la luz, principalmente por mantener la imagen del ejercito lo más limpia posible, así que, si no era necesario, el asunto se quedaría al margen. Les acompañé a casa de la viuda y regresé al motel.

CAPITULO XII

Finalmente los secretos quedaron al descubierto. Mi intención, cuando mandé a Luke a Fairmont, a pesar de las continuas preguntas de su padre, era solucionar algo por la vía rápida pero era un chico competente, sagaz y demasiado desaprovechado por culpa de ese excesivo control al que le sometíamos

Las primeras noticias que tuvimos eran simples y no pensé que tuviera mucha trascendencia, pero cuando la autopsia arrojó aquellos datos, recibí la orden de que no debía filtrarse. Pregunté por qué, pero no me dieron una respuesta suficientemente clara. Comencé con mis pesquisas pero me enviaron un documento interno en el que se me instaba a desistir en mis indagaciones o mi traslado a Chicago sería inminente. No lo decía exactamente así, pero sabía leer entre líneas.

Hice que Luke acatará las órdenes, pero cuando Oliver Kenner apareció en el pueblo e intentaron silenciarlo, ya no podía exigirle un compromiso sin ofrecerle respuestas que no tenía. Pensé que la aparición de Jessica sería positiva, ya que ella sabía como manejarle y además, pondría fin rápidamente a la situación, pero cuando Luke comenzó a tocar algunas teclas que no debería ni siquiera haber rozado, mis superiores me forzaron a traerle de vuelta o ir yo mismo a cerrar el caso.

Propuse a Casey y Stewart, como la mejor solución posible y parecía que iba a concluir todo a la perfección, hasta que saltó la noticia a los periódicos.

Desde primera hora no dejé de recibir llamadas, culpándome por la negligente forma en la que había llevado la investigación. Me resultaban tan desacertadas aquellas palabras que la rabia podía conmigo. Fue por ello que autorice la permanencia de Luke en Fairmont, a pesar de que le había instado a regresar horas antes. Hable con Casey y le permití que lo mantuvieran con ellos.

Por un lado, quería hacer mi trabajo y obedecer, del mismo modo que me gusta que lo hagan conmigo, pero la presión de los últimos días me ahogaba. No sé quien era la mano que manejaba los hilos por encima de mí, pero algo oscuro se escondía tras el asesinato de Joseph Kenner y los posteriores intentos de asesinato de su hijo. Así que, aunque me disgustó que finalmente acabara filtrándose la noticia, en cierta forma lo agradecí para así librarme de la coacción encubierta que estaba sufriendo. Le di a Luke una vía libre camuflada en mis palabras. Le conocía, él sabría cómo actuar.

Lunes, 27 Abril 1959

Los días transcurrían con normalidad, teniendo en cuenta lo sucedido. Hacía más de una semana de la desaparición de mi padre, y nadie podría imaginarse que fue debido a dos disparos, o eso era lo que nosotros pensábamos.

No fui tan tajante como dije en un principio. Solía pasar por casa de vez en cuando a ver a Robert y a Max, pero apenas cruzaba palabras con mi madre. Comía y cenaba en casa de Nick y también dormía allí. Alguna noche pensé en quedarme a dormir con Robert, seguramente lo haría.

Pasaba mucho tiempo con Nick y eso había debilitado mis vínculos con Simmons o Hartley. Jane seguía conmigo, pero no sé para quien de los dos aquello representaba más un pasatiempo que otra cosa.

Ni Simmons ni Hartley me dijeron nada. Creo que el altercado que tuve con Michael cuando ocurrió lo de la feria, sirvió para hacerles ver lo que Nick significaba para mí. Sabían que si tenía que elegir iban a salir perdiendo y no entendían el por qué. Era como si la llegada de Nick a Fairmont hubiera puesto en jaque nuestra relación. Ellos no iban a aceptarlo y yo no iba a sacarlo de mi vida. O aprendían a vivir con ello o nos distanciaríamos y

aunque ninguno de los tres queríamos eso, inevitablemente, era algo que podría pasar en cualquier momento.

Me sentía algo incómodo viviendo en casa de Nick sin pagarle nada a su padre. Era algo en lo que no debía pensar, lo sé, pero tampoco había hablado con mi madre sobre el dinero ahora que no estaba mi padre. Ella no trabajaba y tenía que cuidar de mi hermano. No es que nos sobrara, mi padre había ahorrado algo desde que volvió de la guerra pero tampoco es que fuéramos ricos, así que no sabía por dónde iban a ir los tiros. Intenté hablar con Scott pero no quiso escucharme. Le planteé que podía ayudar a Richard Lumis en su taller. Era un viejo conocido de la familia y sabía que podría trabajar con él en cualquier momento. Me dijo que no me preocupara, que lo único que tenía que hacer era centrarme en estudiar y que lo demás ya saldría. Casi me echo a llorar después de que hablara conmigo. No pensé que nadie me trataría así después de cómo lo estuvo haciendo mi padre.

Nick no me había dicho nada de lo que se comentaba en el pueblo, pero sé que lo sabía. Todo el mundo hablaba de que mi padre podría haberse marchado con otra mujer, mientras que mi madre quedaba como la pobre esposa desconsolada, abandonada y con dos hijos. Nadie vino a decirme nada de aquello. Ni los chicos del equipo, ni nadie en el instituto, ni siquiera Jane cuando me preguntó por lo sucedido. Realmente le dije lo que le había dicho a todo el mundo, que no sabía nada de él, que había desaparecido.

Martes, 25 Octubre 1983

Me acerqué con Oliver y Nick a un restaurante de carretera cerca de nuestro motel. Estaba frente a una gasolinera, en un área de servicio. Emily no tardaría en llegar. Pasaban de las tres cuando nos sentamos a la mesa y la camarera nos sirvió un vaso de agua con hielo antes de traernos el menú. Les conté que por el momento teníamos vía libre, porque aunque Casey me dijo que tenía que informarle directamente de cualquier paso que fuera a dar, no me vi tan arrinconado como antes de que se publicara la noticia en la prensa. Ellos estaban bien. Nick planteó que no tardaría mucho en regresar a Nueva York. No tenía mucha prisa pero ya llevaba en Fairmont una semana. Su mujer estaba embarazada y lo entendía perfectamente, de cualquier forma esto iba a acabar pronto. Cuando el departamento enviaba a Casey y Stewart

a investigar algo, el caso siempre se cerraba en menos de una semana. No me gustaba demasiado su forma de trabajar, al menos por lo que había oído por ahí y me sorprendió que me dejaran a mi aire. No tardaron en llegar Emily y Robert. No esperábamos que viniera con ella, pero a su hermano le gustó tenerle cerca.

Pedimos la comida nada más llegaron. Estábamos muertos de hambre, al menos Oliver y yo. Cuando ellos se sentaron la camarera regresó con las cartas. Emily nos contó que durante la mañana todo había sido un sinfín de llamadas en el periódico. Se presentaron varias corresponsalías en la zona. Todo el mundo preguntaba a todo el mundo y nadie tenía una respuesta clara, hablaban del pasado y de cómo quedó aquella familia tras la desaparición. Todos recordaban las ayudas que le prestaron a Vivianne Kenner y lo agradecida que debía estarles y ahora es cuando se sembraba la duda sobre su matrimonio.

Todos en Fairmont tenían un pasado. Todos sabían que, una vez se cerraba la puerta de casa, lo que ocurría dentro no era un claro reflejo de lo que se exponía en el exterior. En el caso de los Kenner, nadie había puesto nunca en duda que su matrimonio no fuera perfecto, salvo por alguna que otra pincelada teñida de alcohol que fue ocultada por el alcalde o el sheriff. Nadie podía permitir que su imagen fuera dañada por algún desafortunado incidente con su camioneta después de haber bebido unas cervezas. Era como si todo lo hubieran disculpado.

Emily siguió contándonos todo lo que, tanto ella como sus compañeros de redacción habían estado escuchando a lo largo de la mañana. A Oliver no parecía afectarle en absoluto. No guardaba ningún buen recuerdo de sus progenitores pero Robert, a pesar de haberse dado cuenta de cómo fueron realmente las cosas, no quería sentir ese menosprecio hacia su madre. Necesitaba no pensar en ello y escuchar también su propia voz interior, ofreciéndole mil y una imágenes de su adolescencia, sus momentos más duros sin un padre o un hermano a su lado. Notaba como cada vez que relacionaban aquel pasado con una supuesta infidelidad, miraba hacia la mesa o desviaba la atención hacia las ventanas.

El principal problema era que nadie quería admitirlo, pero todos ponían

en tela de juicio la inocencia de Vivianne Kenner. No se escuchó ninguna defensa a ultranza sobre ella, sino todo lo contrario. Comenzaba a sembrarse la duda sobre si ella o su hijo mayor podían haber tenido algo que ver con el crimen. A Oliver no le gustó escuchar eso y todos sabíamos lo que había sucedido en el bosque, al menos parcialmente. Todos sabían lo que había sufrido y sería totalmente comprensible si él lo hubiera hecho, pero si no fue él, ¿quién fue? En apariencia, las ideas descabelladas de Luke, ni siquiera habían sido enunciadas por nadie, en particular las sospechas sobre los cuatro veteranos a quienes nadie hubiera puesto nunca en entredicho.

Aunque Luke le hubiera contado a sus superiores todo lo que había investigado y sus teorías reforzadas por los sucesivos abusos que Oliver sufrió, todos parecían decididos a colocarle el cadáver a alguien de Fairmont, y todo apuntaba directamente a Oliver y a su madre. Y sin quererlo, Luke les había dado a sus jefes un motivo.

—No se lo tenías que haber dicho, Luke.

—Si no se lo hubiera dicho, no hubiera tenido sentido que me quedara aquí, Emily. Me hubieran facturado de vuelta a Washington.

—Está claro, pero les has dado un argumento para centrar su atención en ellos—dije mirando a Oliver. Éste agachó la cabeza mirando fijamente su vaso de agua y Robert colocó su mano sobre su brazo ofreciéndole su apoyo.

—De todas formas no lo sacarán a la luz, Nick. No les interesa manchar la reputación del ejército con abusos sexuales. ¿sabes cómo corre eso entre la gente? Y a no ser que tengan alguna pista clara que les conduzca a ellos, lo más seguro es que cerraran el caso sin encontrar un culpable.

—¿Así de claro? ¿Lo enterrarán y ya está?—le increpé. Oliver agachó la mirada. Apenas me di cuenta de ello, fue Emily la que lo apreció.

—Oliver...—ella le alcanzó con su mano por encima de la mesa, haciendo que todos desviáramos la atención hacia él. Intentó hacerse el fuerte y esquivar ese instante, aprovechando el momento en el que llegaba la camarera llevando unos cuantos platos en una bandeja.

—No pasa nada, venga, vamos a comer, que me muero de hambre—trató de sonreír. Robert estaba preocupado. Imagino que no le gustaba la idea

de que su hermano pudiera cargar ahora con todo el peso de la investigación. Bastante había pasado ya. Todos guardamos un ligero silencio mientras nos servían.

—Entonces, ¿vamos a hacer lo que hemos hablado esta mañana?— Emily miró a Luke. Éste levantó sus ojos del pollo con patatas y lo pensó antes de contestar.

—Lo de que Oliver se venga conmigo a Topeka, no me parece una mala idea después de haberlo pensado un poco. Al fin y al cabo vuestros padres lucharon juntos en la guerra. Es más fácil entrar por ahí.

—¿Ir a dónde?—Robert no tenía ni idea de la conversación que habíamos tenido por la mañana. Luke le explicó cómo el caso había derivado hacia Adam Dillane y lo que podía aportar a nuestra investigación.

—¿Y tu compañera?—le preguntó directamente.

—No he vuelto a hablar con ella desde que hemos salido del Ayuntamiento. Me devolvió las llaves de mi coche y supongo que habrá regresado a Washington—parecía que no le importara lo que hubiera pasado con ella. Todos percibimos que aquello no había acabado bien.

—Yo voy con vosotros.

—No, Robert. Tú trabajas, además será mejor que te quedes aquí—dijo Oliver.

—No, ni hablar, yo voy con vosotros. Gracias a ti no me pasó nada y si le pasó a otros chicos quiero saberlo, Oliver. Además, por el trabajo no te preocupes, Dwight me dijo que me tomara los días que necesitara después de que apareciera mi padre, y sólo he faltado un día al trabajo, lo entenderá—A Luke no le pareció del todo una mala idea así que entendía que ellos tres estaban dispuestos para marcharse a Kansas.

—Perfecto, vosotros vais a Kansas y nosotros a Shawnee—Emily parecía bastante excitada.

—No, ni hablar—dijo Luke algo preocupado

—Luke, en serio, no tienes tiempo, tú mismo lo acabas de decir. Te arriesgas a que cierren la investigación sin más. No te fíes de tu compañera

pero sabes que nosotros estamos en el mismo equipo.

—¿Equipo? Emily, esto no es un juego. ¿No te acuerdas de lo que nos pasó ayer? ¿de lo asustada que estabas?—la evidenció delante de todos nosotros haciendo que desistiera en su empeño.

—Luke, entiendo lo que me quieres decir, pero no va a pasar nada. Además, estaré con Nick.

—Emily, no podéis ir. Necesitáis protección. Si no llego a llevar ayer el arma, ¿qué nos hubiera pasado?—Era cierto. Nos contó como un encapuchado salió con su arma, amenazándoles. No sé hasta qué punto tengo el valor de ir a solas con ella. Quería ir, claro que quería hacerlo e intentar esclarecer aquella historia, pero no quería morir. No me considero un cobarde pero soy realista. El momento que más miedo he pasado en mi vida fue la noche en la que Oliver y yo escapamos de su padre, algo que sólo nosotros dos sabemos y que por mi protección, él no quiso contar. No había vuelto a pensar en ello hasta que volví a poner mis pies en Fairmont y aunque ya habíamos crecido y no éramos aquellos chicos, nunca más quería volver a experimentar esa sensación.

—Luke, esa casa está abandonada. He llamado esta mañana—adelantó Emily.

—¿Cómo?

—Tan sólo tenía que hacer unas cuantas llamadas. Hablé con un compañero que tiene una amiga en el Chicago Tribune y me puso en contacto con uno de los guardas forestales del Parque Shawnee.

—¿Así de simple?

—Hay pocas casas allí, Luke. Me he informado. William Cushman tiene una cabaña desde 1937, bueno su familia es la propietaria pero no va nadie por allí desde hace años, me han dicho—nos explicó con detalle toda la información—No va a pasar nada, tendremos cuidado—Luke no contestó, parecía ser que iba a apoyar la insistencia de Emily. No dije nada. No me iba a oponer, aunque sinceramente tenía serias dudas.

Quería averiguar la verdad como el que más, pero creo que ninguno éramos conscientes realmente de a qué nos enfrentábamos. Habíamos estado

viviendo durante esa semana algo que nunca hubiéramos imaginado. Lo que ocurrió en el hospital, los dos disparos de Oliver, lo que nos pasó en la carretera la otra noche... y actuábamos como adolescentes sin que aquello nos preocupara. No sé si era el único de los que estábamos allí que tenía sus dudas. Imagino que no, aunque el resto no parecía decir nada. Todos estaban de acuerdo con esa decisión a pesar de las reticentes opiniones de Luke Barren.

Apenas hablé con mi hijo desde mi llegada a Fairmont. El día que le encontré en la casa de los Kenner y poco más. Hubiera esperado ver más a Nick pero imagino que iría con Oliver de aquí para allá. Decidí dar un paseo después de comer y acercarme a casa de Vivianne Kenner. Pensé que no sería una buena idea porque nada más saltar la noticia todo el mundo habría querido ir a fisgonear, pero no perdía nada si lo intentaba, y si no veía clara la situación, siempre podía ir a ver a Rose.

Caminé desde el Ayuntamiento hasta mi antiguo barrio y lo que podía escuchar de las conversaciones de la gente con la que me cruzaba, se referían siempre a lo mismo, Joseph Kenner. Llegué hasta allí y encontré gente cerca de la casa, aunque ninguno de ellos se dirigía a ella. En los 60, cuando vivíamos en ese lugar, era impensable que algo así sucediera. Cuatro o cinco personas como mucho, pasaban por allí. Decidí abrir la cancela y entrar. Subí las escaleras del porche y llamé a la puerta. No tardó en recibirme.

—Vivianne, ¿qué ocurre?—Había estado llorando. Pude verlo inmediatamente. Entré en la casa con ella, y cerré la puerta. Se echó sobre mi hombro, y comenzó a desplomarse. Tuve que sujetarla para que no se deslizara hasta el suelo—Dios mío, Vivianne. ¿Qué ha pasado?—la acerqué hacia la sala de estar sentándola en el sillón.

—No he entendido nada, Scott. Nada—no podía comprender a qué se refería.

—¿A qué te refieres?

—Han venido el agente del FBI que estuvo aquí el otro día cuando viniste con dos compañeros más. Luego él se ha marchado y los otros dos se han quedado conmigo. Han comenzado a insinuar que tenía algo que ver con

la muerte de mi marido...

—¿Cómo?

—Sí, han dejado caer que iban a investigar hasta el último detalle para esclarecer su muerte, y que si Oliver o yo teníamos algo que ver lo mejor era que lo dijéramos.

—Pero, ¿cómo ha sido eso? Pensaba que ya estaba todo claro con vosotros.

—Y yo también lo creía, Scott. Ni Oliver ni yo tuvimos nada que ver con la desaparición—asentí con la cabeza entendiéndola perfectamente.

—Tranquilízate, Vivianne. No va a pasar nada.

—Sí, sé que mentí en un principio, lo sé, pero fue por proteger a Oliver. Aquella noche desaparecieron los dos. Oliver regresó con tu hijo y Joseph ya no volvió. Los vi volver del bosque pero estoy segura de que Oliver no fue. No pudo matarlo, aunque lo entendería si lo hubiera hecho después de todo lo que estaba haciéndole.

—No, no hagas eso—ella abrió los ojos y me miró sin entenderme—No dejes caer la menor duda sobre él. Sí, tenía motivos, pero el chico no lo hizo. No tenía la maldad de coger un arma y dispararle a su padre, a pesar de lo que le hizo— Obviamente no estaba dentro de su cabeza, ni sabía si era capaz de cometer aquel delito pero vivió conmigo más de un año, sé lo que ese chico podía o no hacer. Pero no entendía como eso que le estaba diciendo yo, no salía de ella. ¿Cómo era capaz de no protegerle como yo hubiera protegido a Nick? No podía concebirlo.

Hablamos durante un buen rato. Le ayudé a hacer café y me quedé hasta que se tranquilizó. Le hice ver cómo tenía que actuar si volvían esos agentes. Tenían la confesión de Oliver hablando de los abusos sufridos, eso los condicionaba a los dos, así que tenían que mantenerse firmes en sus declaraciones y no derrumbarse como ella lo estaba haciendo.

Me dijo que iban a volver a revisar todos sus testimonios, teniendo en cuenta las últimas pruebas y que iban a resolverlo costara lo que costara. No iban a quedar como unos incompetentes. Necesitaban un culpable. Era comprensible que quisieran acelerar el paso y descubrir al asesino ahora que

la noticia había saltado a todos los medios. Ya no eran los 60, sino los 80. La tecnología había transformado los hábitos y costumbres de la gente, pero no en Fairmont. Todo el estado había cambiado excepto ese lugar en el que apenas las personas habían evolucionado. Independientemente de eso, poco podían hacer contra las televisiones y periódicos estatales que se apresuraron a presentarse en el pueblo aquella misma mañana.

No abrió las puertas de casa, así que desistieron y se marcharon pasadas las tres de la tarde. Imagino que gestionarían sus investigaciones de cualquier otra manera. Le ayudé a preparar su declaración y antes de marcharme, le pedí por favor que no hablara con nadie más, que no le contara a nadie nada de lo que sucedió o de lo que estaba ocurriendo en esos momentos.

—El teléfono ha estado sonando toda la mañana—dijo ella intentando no darle importancia. Pero la tenía, claro que la tenía. Nos habíamos acercado a la cocina, me senté junto a la mesa que estaba situada contra la pared. Ella continuó de pie.

—¿Con quién has hablado?

—La mayoría era gente del pueblo con la que no hablaba desde hace tiempo.

—Vamos, chismosos—dudó unos instantes en contestar. Quería no darme la razón, pero sabía que la tenía y terminó asintiendo.

—Controla lo que les dices. La gente de este pueblo habla demasiado y me da igual que todos digáis que nadie cuenta nada de puertas a fuera. En cosas como ésta, cualquier habladuría podría meteros en un lío, así que intenta mantener la boca cerrada.

Estuve una media hora más con ella hasta que me aseguré que se había calmado. Pensé en el camino que estaba tomando la investigación y no me gustaba lo que estaba oyendo. Pobre chico. No podía quitarme de la cabeza al niño que vivió en nuestra casa. No podía permitir que por el propio destino, este chaval se viera involucrado en algo que no había hecho. Y sé que no lo hizo porque fui yo quien disparó en la cabeza de ese mal nacido.

Salí de la casa. Caminé por las calles pensando en aquella fatídica noche. Nunca había querido contar nada de esto. Siempre me había mentado a

mí mismo pensando en que no pasó, pero ahora que estoy aquí, vuelvo a recordar momento tras momento. He llegado hasta este punto en el que no puedo ocultarlo más. Desgraciadamente esto me vinculaba a Fairmont muy a mi pesar.

Desde la primera noche en la que Oliver Kenner cruzó las puertas de mi casa supe todo lo que estaba pasando. Las paredes eran tan finas que el silencio de la noche agudizaba cada una de las palabras de los chicos. En un principio, pensé en levantarme y pedirle a mi hijo, que por favor, durmieran o bajaran la voz, pero sus conversaciones me ayudaban a dormir. Además, me sirvieron para ayudar más a Nick sin estar encima de él. Escuchaba cada anécdota, cada pensamiento, cada una de las palabras que se ofrecían el uno al otro, sus conversaciones, las insistentes palabras de mi hijo intentando averiguar cuál era el secreto de Oliver. Poco a poco no tardé en descubrirlo. No necesité tanto tiempo como Nick para descubrirlo, tan solo tenía que encajar las piezas del rompecabezas. Me sentí en deuda con Oliver desde el principio, y sabía que algo tenía que hacer para protegerle.

Aquella noche, en la que Nick salió a toda prisa, me vestí tan rápido como el nerviosismo me permitía. Desde la ventana de mi habitación se veía la parte trasera de la casa y por consiguiente, el descampado que se alzaba frente a los bosques de Clarkson. Vi salir corriendo a Oliver, en la noche, momentos después, su padre cargando un rifle y los pasos y torpes movimientos de mi hijo saliendo de casa. Sabía que no podía acabar bien. Saqué de debajo de unas mantas del armario de mi habitación la pistola que había comprado semanas antes y que mantenía escondida por Nick. La cargué y salí de allí. Me empapé bajo la lluvia pero no hacía más que pensar en mi hijo y en Oliver.

Tal vez debería haber llamado a mi hijo en el momento en el que vi a Joseph Kenner saliendo con un rifle detrás del suyo en dirección a los bosques pero si cogí el arma era porque iba a poner fin a aquello por mis propios medios.

Cuando salí de la casa, divisé la figura de Nick perdiéndose entre los árboles. Me apresuré en la medida en la que pude, caminando por el fango y llegué hasta allí con cierta torpeza. Escuché sus voces, intenté acercarme sigilosamente para no ser visto. Vi como Oliver caía al suelo golpeado por la

culata del rifle con la que su padre le atizó y como Nick echaba a correr saliendo de allí. Seguí a Kenner en silencio. Intenté no hacer ruido. La lluvia se estaba deteniendo y eso no iba a ayudarme. Al menos, el tintineo del agua cayendo amortiguaba mis movimientos, aún así tenía que ser cuidadoso.

Joseph Kenner estaba tan enfurecido, que ni siquiera pudo darse cuenta de que los chicos escapaban. Me mantuve lo más cerca posible de su espalda. Casi podía rozar su nuca con el cañón. Apreté el gatillo dos veces. Cayó fulminado sin saber quien le disparó. Tuve miedo de que los chicos regresaran, pero no lo hicieron. Quedó en el suelo, inmóvil. Me marché rápidamente a casa asegurándome de que no iban a verme. Intenté caminar entre las sombras, ocultándome entre la maleza, consciente de lo que había hecho. Entré en casa por la puerta de atrás, cogí una pala y regresé sobre mis pasos al lugar en el que dejé el cuerpo. Allí seguía.

Le arrastré hasta un lugar en el que la tierra era más blanda y comencé a cavar. Estaba muy asustado, pero era muy difícil que tras la tormenta alguien cruzara por allí a aquellas horas de la noche. Cuando terminé, a punto de salir el sol, regresé en silencio. Crucé con cuidado por el pasillo. Antes de meterme en la cama, me acerqué con sigilo a la habitación de los chicos y vi a Oliver frente a la ventana viendo como el sol aparecía entre las montañas. Me hubiera gustado entrar y darle un abrazo pero no podía hacerlo e intenté dormir sin lograrlo.

Volvía todo a mi cabeza con tal fuerza que parecía que fuese ayer cuando sucedió. Cuando el domingo estuve con los chicos y me contaron todo lo que había sucedido con Oliver y su padre, disimulé. Claro que lo hice. Nunca le dije a Nick que lo sabía desde un principio pero no por miedo a que pensara que podría haber tenido algo que ver con su desaparición, sino porque no quería que se avergonzara por no habérmelo contado.

Escondí el arma en el sótano, tras una piedra en la pared que estaba cubierta con las cortinas del laboratorio y que yo mismo construí para revelar las fotografías que tomaba con mi Kodak. Imagino que seguirá ahí escondida. No reparé en ella, del mismo modo que nadie reparaba en Joseph Kenner desde su desaparición.

Toda mi vida, desde que salimos de Fairmont he pensado en ese momento. No es fácil apretar el gatillo y disparar a alguien, pero agradecí no

tener que mirarlo a la cara. Sencillamente escuchaba en mi cabeza las conversaciones de los chicos, los lamentos de Oliver a las tantas de la madrugada, el dolor que sentía. No dudé en disparar.

Durante muchos años estuve pensando en lo que significaba quitarle la vida a alguien. No ha sido fácil no poder compartirlo con nadie. Pensé quizás en escribir sobre ello, pero no me atreví. Tal vez hubiera sido lo mejor que podría haber hecho. Es algo que me ha acompañado siempre, pero intentaba justificarme con el hecho de haber logrado que el chico no volviera a intentar suicidarse. Aquella noche en la que disparé el arma, mi hijo corría peligro, los dos estaban asustados escapando de ese indeseable. Cualquiera de los dos podría estar muerto si yo no hubiera actuado, así que me sentí ejecutor y justiciero al mismo tiempo. Ahora tenía un dilema entre manos. No podía permitir que a Oliver o a Vivian les imputaran un crimen que yo mismo había cometido. Caminé hasta un nuevo parque que habían construido al lado de la biblioteca municipal y me senté en un banco, intentando poner en orden mi vida para que cualquier movimiento que pudiera hacer evitase que la solución al caso terminara en la casa de los Kenner.

En unas horas iba a cenar con Clinton Roberts. Hacía mucho tiempo que no le veía. Era de las pocas personas con las que tuve relación en Fairmont y todavía sigue aquí. Mi amigo Fred Edwards, quien fue mi mentor durante esos años, el director del Instituto en el que trabajé falleció hacía tres años. Me hubiera gustado volver a verlo. La última vez que estuve con él, fue hacía varios años, en una ocasión en la que volví a Fairmont para ver a Rose. Nunca le hablé a Nick de los esporádicos viajes que solía hacer aquí.

Tenía que volver de vez en cuando, así lo sentía, era algo que no podía dejar atrás. Sé que le he ocultado todo esto a mi hijo, pero no podía hacerle partícipe de un pasado que para él, terminaba en el momento en el que nos mudamos a Nueva York.

Cuando tuve la oportunidad de trabajar en la Universidad, no lo pensé. Tenía que salir de allí porque había momentos en los que creía estar volviéndome loco, recordando aquella madrugada del 18 de abril, en otros, apenas me acordaba, pero tener a Oliver allí, día tras día, no me ayudaba a serenarme.

No quiero que se me malinterprete. Esto no tenía nada que ver con que

él estuviera con nosotros. Adoraba a aquel chico, sólo que lo que hice no tenía vuelta de hoja. Nada podía ayudarme en Fairmont a apartar ese instante que se repetía una y otra vez, tan sólo lo hizo otra ciudad. Pero irónicamente, me sentía atado a este lugar, para bien o para mal. Necesitaba regresar de vez en cuando, asegurarme de que todo estaba bien, que las cosas seguían tranquilas. Fue sorprendente cuando Nick me llamó por teléfono para decirme que regresaba a Fairmont. Rápidamente supe que las cosas no marchaban bien y efectivamente, los huesos de Joseph Kenner aparecieron justo en el lugar en el que le enterré.

Acordamos salir al día siguiente por la mañana. Oliver, Robert y Luke se irían a Topeka, mientras, Emily y yo iríamos al Parque Natural de Shawnee. No planteé mis dudas delante de ninguno de ellos. Lo importante era averiguar quién mató a Joseph Kenner y quien estaba detrás de Oliver. Sólo así podríamos continuar con nuestras vidas.

Emily regresó al periódico, Robert se marchó a casa y Luke y Oliver fueron a hablar con Casey y Stewart después de dejarme en el motel. Llamé a Helena y le dije que volvería en un par de días, no necesitaba mucho más. La noté tranquila. Estuve más de media hora al teléfono, pero intenté no darle excesivos detalles sobre lo que estaba sucediendo. Si que le hablé del padre de Oliver y que iban a celebrar su funeral y me disculpé por no habérselo contado antes, pero tampoco quería preocuparla. Su hermana Susan se había quedado unos días en casa, porque no quería sentirse sola, pero por lo demás todo estaba bien. El bebé estaba en perfecto estado, que era una de mis mayores preocupaciones. Le hablé de alguna idea que me rondaba por la cabeza para una novela y estuvo muy ilusionada escuchándola. Cuando me despedí, viendo la hora que era, no tenía nada mejor que hacer que coger una silla de la habitación, sacarla al rellano y sentarme para contemplar el atardecer.

Fue uno de los mayores placeres que me llevé de ese viaje. Desde la primera planta, noté como el viento iba levantándose, al tiempo que el rojizo atardecer se posaba sobre las montañas. Sólo me faltaba una cerveza para sentirme completamente bien y compartir aquellas majestuosas vistas con Helena. Era como las tardes en las que nos sentábamos en el porche de casa y

veíamos caer el sol entre los edificios de Greenwich Village.

Pensé en llamar a mi padre, pero dudaba que estuviera en el hotel, de cualquier forma, no me apetecía que me diera la charla. Por la noche lo llamaría por si podíamos vernos cuando regresara de Shawnee. Me gustaría hablar con él de todo lo que pasó. Se enteró el domingo en casa de Oliver de todo lo que le sucedió cuando era niño y fue consciente de que yo mantuve el secreto. No dijo nada, ni siquiera se enfadó conmigo. Estaba más pendiente y preocupado por todo lo que tuvo que pasar que cualquier otra cosa, pero aún así, creo que le debía respuestas y una explicación de por qué dejé de ser aquel niño en el que confiaba ciegamente.

Llegué con Luke a la sala de juntas del Ayuntamiento, y me presentó a sus compañeros, Casey Dunham y Stewart Henson. A los pocos minutos, empecé a sentirme algo incómodo. No estaba nervioso, pero cuando le dijeron a Luke que saliera fuera, él se resistió a hacerlo. Volvieron a pedirle que se marchara y no me gustó su actitud. Me miró un tanto intranquilo haciendo que me preocupara. El más alto, el agente Dunham, cerró la puerta. Su compañero me pidió por favor que me sentara en una silla junto a la mesa y lo hice. Los dos se colocaron frente a mí, sentados junto a un montón de papeles. El agente Henson llenó un vaso de agua, y me lo ofreció.

—No, gracias, estoy bien.

—Hemos hablado esta mañana con su madre, señor Kenner. Según su testimonio, cuando le contó a los agentes Barren y Rice los abusos que sufrió durante su adolescencia por su padre,—comenzó a decir Henson mientras que yo, no podía evitar volver a pensar en ello y desviaba mi mirada hacia la mesa—mintieron en su declaración. Los dos dijeron que desayunaron el sábado 18 y que a continuación su padre se marchó a cazar el fin de semana, pero eso no era cierto, ¿verdad?—me terminó de preguntar Casey Dunham. Negué con la cabeza.

—¿Entonces?

—Sólo lo dije porque no quería contar lo que me ocurrió, por eso mentí. No quería que nadie supiera lo que me había pasado.

—Pero ahora que los sabemos... Ya no importa que sepamos la verdad —no respondí. Miré hacia abajo.

—No hay otra verdad. No regresó. Eso fue lo que sucedió.

El agente Henson se levantó de su silla, y en silencio, comenzó a andar por la habitación. Tragué saliva. No me sentía a gusto frente a aquellos dos hombres.

—Tanto usted como su madre iban a estar mejor si su padre no volvía a casa, ¿verdad?—apreté los puños. Levanté los ojos de la mesa y le miré.

—Si va a acusarme de matar a mi padre, será mejor que llame a un abogado.

—Señor Kenner, por favor, nadie le está acusando de nada—me puse en pie.

—Yo no maté a mi padre. Ni creo que mi madre lo hiciera. Escuchamos dos disparos, sí,—miré al agente Henson, que me observaba fijamente—pero yo no lo maté. Y les juro que lo hubiera hecho. Si hubiera tocado a mi hermano, lo hubiera hecho, pero no lo hice, aún así le doy las gracias a quién lo hiciera—los dos se miraron—Si me quieren acusar, háganlo, pero no voy a volver a repetirle a nadie sin un abogado delante lo que pasó aquella noche. Luke lo sabe todo, así que si me disculpan—crucé entre las demás sillas y salí de la habitación. Cerré la puerta y me acerqué a Luke que vino a mi encuentro.

—¿Qué ha pasado?

—Me estaban acusando de haberle matado—a Luke no le gustó lo que le dije, pero no se encontraba en una posición demasiado cómoda como para enfrentarse a ellos y arriesgarse a que lo enviaran forzosamente de vuelta a Washington.

—Ven, vámonos—me sacó del pasillo—No te preocupes, no va a pasar nada—bajamos las escaleras del ayuntamiento y salimos a la calle.

—¿Cómo que no va a pasar nada Luke? Puedo ir a la cárcel.

—No vas a ir a la cárcel. Puedes estar tranquilo. Si no has hecho nada, no te va a pasar nada—guardé silencio unos instantes hasta que entramos en

el coche.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no lo hice yo? ¿de qué no te mentí?—me miró detenidamente antes de introducir la llave.

—¿Lo hiciste?—negué de inmediato. Me asombraba toda la seguridad con la que hablaba. Tan solo me conocía desde hacía una semana. Salimos de donde habíamos aparcado y fuimos rumbo al Credence Inn.

—Sencillamente es curiosidad, ¿cómo puedes creer en alguien a quien apenas conoces?

—Hay veces que funcionamos de forma que ni nosotros mismos sabemos cómo explicar. Yo no tengo mucha experiencia en este tipo de casos, pero en lo que sí creo es en las personas, y pocas veces me he equivocado con alguien.

—Si me hubiera marchado cuando tenía que hacerlo, ahora no estaría así—miré por el cristal de la ventana. Comenzaba a chispear. Tras un día espléndido, la lluvia hacía acto de presencia.

—¿Estar cómo?

—Pues así, asustado, temiendo entrar en prisión.

—Déjalo ya, no sigas con eso. No vas a ir a la cárcel.

—Luke, lo han dejado caer. Mi madre y yo estábamos mejor sin él. Eso es lo primero que me han dicho, pero siendo realistas, no van a culpar a mi madre de eso, todo apunta hacia mí.

—Mira, conozco como trabajan. Si te acusan a ti, van a tener que sacar a la luz todo lo que te hizo tu padre y no van a hacer eso con el héroe del pueblo. Si no tenemos suerte mañana, cerrarán el caso, lo enterrarán y podrás marcharte de Fairmont—tragué saliva.

—Pude haberle matado, lo sabes ¿verdad?

—Lo que no entiendo es que no lo hicieras. Cualquiera en tu situación lo hubiera hecho—aquellas palabras penetraron muy dentro de mí—¿Nunca te preguntaste quien podría haberlo hecho?

—Durante un tiempo incluso pensé que estaba vivo y que nos estaba

espiando. Imagínate.

—¿Y eso?

—Escuchamos dos disparos, pero volví al bosque días después y no encontré nada. Se suponía que si estaba muerto estaría allí, en algún lado del camino, pero no encontré nada, así que tampoco es que lo tuviera muy claro. No creía que se hubiera marchado y nos hubiera dejado en paz. Mi padre, viendo en lo que se había convertido, no era así. Después de lo que pasó en el bosque, si hubiera estado vivo nos hubiera matado, me hubiera matado—rectifiqué rápidamente. Sí, Nick estaba conmigo en el bosque, pero cuando le conté mi relato a Luke, tan sólo lo mencioné, no le conté lo que estuvo a punto de hacerle, y no quería que tuviera problemas por mi culpa—Objetivamente, lo lógico es que fuéramos mi madre o yo los principales sospechosos, Luke. No tenía apenas relación con nadie más. Ya apenas tenía contacto con la gente del pueblo.

—Mañana intentaremos averiguar qué es lo que hay detrás de todo esto.

—Sí, porque no estaba en mis planes volver a este pueblo y que me hicieran culpable de algo que no he hecho. ¿Crees que necesito un abogado? —me miró extrañado.

—No hace falta, nadie te está acusando de nada.

—Ellos lo han hecho, a mí y a mi madre.

—Venga, baja. Compra algo para cenar—detuvo el coche frente a la puerta de una hamburguesería a las afueras del pueblo. Me dio cincuenta dólares pero no los cogí. Salí del coche. Entré y me puse a la cola de cuatro personas. Desde allí leí los menús que se anunciaban en grandes paneles sobre el lugar donde los trabajadores atendían a los clientes.

Pensé en todo aquello de lo que le había hablado y de cómo me sentía. ¿Realmente podían acusarme de matar a mi padre? Si lo que Luke tenía en la cabeza finalmente no salía bien, ¿qué iba a pasar? Sí, entendía lo que me quería decir con que el ejército no querría ver ensuciada su imagen, pero un asesinato es un asesinato, y siendo alguien tan importante no creo que lo dejen sin investigar. No lo comprendo, pero durante toda esta semana sí que es cierto que han querido zanjarlo como fuera, sin tener un culpable. Medité

bien aquellas reflexiones y la única conclusión a la que llegué fue que si Emily no hubiera publicado la noticia, no habría habido un crimen. Hubiera sido una muerte accidental, lo hubieran enterrado y se acabó. Esperé mi turno, compré tres hamburguesas, patatas y unas cervezas y volví al coche. Se lo dije a Luke nada más regresar. Se enfadó, o al menos eso noté por el tono de su voz.

—Sí, sí, si yo te entiendo, Luke, pero el que se juega su inocencia soy yo, el que puede ir a la cárcel soy yo y no me vengas con corazonadas y que conoces a la gente, porque tú puedes querer confiar en mí, pero los demás puede que no lo hagan. Si hubierais dejado en paz lo del periódico y no se hubiera publicado nada, ahora no pasaría esto.

—Sí, tienes razón, posiblemente estarías muerto.—No pensé en ello—Desde que llegaste al pueblo han intentado matarte tres veces antes de que se supiera que tu padre fue asesinado. ¿Sabes cuál es mi teoría? Desde el principio, nadie quería que contaras lo que te sucedió en el pasado, por eso intentaron matarte.—Tenía razón—Tu madre no iba contarle nunca, eso era evidente, y tu hermano no tenía ni idea. Eras tú el único que podía sacarlo a la luz y si lo que tengo en la cabeza es lo correcto tu padre no estaba sólo. ¿Por qué sino mataron ayer a Russell Maynard? Esto es algo más grande Oliver y vamos a averiguarlo—salimos de allí. Guardé silencio. No supe que más decirle. Tal vez tuviera razón, pero ¿qué tenía que ver que mi padre abusara de mí con la muerte de ese otro hombre?

Llegamos pasadas las siete al motel. Nos calamos completamente desde el tramo en el que aparcamos el coche hasta la entrada.

Nick se había echado un rato. Se despertó cuando llegamos y le conté lo que me había sucedido en el ayuntamiento. Luke seguía sin querer darle importancia, pero en ese aspecto no compartía su opinión.

Clinton Roberts me recogió en su coche cerca de mi hotel. Conducía su chofer, un hombre de color de mediana edad, ocupado exclusivamente en la conducción de aquel cadillac. Subí y nos dirigimos a su mansión en Winchester. A pesar de la lluvia, no tardamos mucho en llegar. Apenas

recordaba el majestuoso comedor en el que a tantas cenas y reuniones había asistido, pero pronto vino todo a mi memoria. Nos sentamos a cenar, mientras hablábamos junto a los grandes ventanales viendo como la lluvia caía cada vez con más intensidad.

—Esto es lo que más me gusta de Fairmont, Scott. La lluvia. Verla caer desde aquí—hizo que los dos miráramos el ya oscurecido paisaje.

—Nueva York no tiene nada que ver con esto.

—No soy hombre de grandes ciudades. Los pequeños pueblos siempre te hacen sentir que eres alguien. En las ciudades, pasas desapercibido—Y sí, esa era su filosofía de vida. Seguir siendo alguien aunque ya no lo fuera. Le encantaba que todos le llamaran alcalde Roberts, era algo que todavía le hacía recordar lo influyente que había sido en Fairmont. Yo, en cambio, prefería el anonimato. Eran distintas formas de ver la vida.

—Es triste que nos hayamos tenido que encontrar por esto.

—Joseph fue.... Nadie esperaba esto—lamentó lo sucedido.

—Todo el mundo se imaginaba que se había ido con otra mujer pero nadie dio por hecho que podía haber sido asesinado.

—Scott, siendo realistas. Ese hombre era un borracho—sorbió de su copa de vino.

—Lo sé. A mí no hace falta que me lo digas, Alcalde. Fui su vecino.

—Lo que pasa...

—Lo que pasa es que intenté denunciarle una vez por dejar sangrando a su chico, y no me dejasteis hacer nada—dibujó una mueca por su boca.

—Lo que Fred intentaba decirte siempre, Scott, es que en este pueblo las cosas funcionaban siempre de la misma manera.

—Por Dios, ese hombre era intocable. Podría haber hecho cualquier cosa que no le hubiera pasado nada.

—Y ahí es donde te equivocas, has visto cual ha sido su destino, ¿verdad?

—¿Me estás diciendo que hay que dejar a la gente que haga lo que

quiera que la misma vida se encarga de darle a cada uno su merecido?—sonreí sin poder dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Scott. No te estoy diciendo eso. Tú sabes muy bien lo que era Fairmont hace veinte años. Ese hombre era intocable, sí. Salvó la vida de quince personas. Sencillamente, Fairmont era conocido por él.

—Y lo entiendo, pero explícale eso a su hijo—guardó unos instantes silencio.

—Mira, son cosas que llegas a lamentar, pero sencillamente ocurre en las mejores familias. ¿Qué fue? ¿Algún golpe? ¿Un bofetón de más? Por dios Scott, todo el pueblo tiene sus problemas, sus asuntos familiares, pero nadie va figoneando en la vida de nadie.

—Sí, y al parecer todo sigue igual por aquí—Clinton Roberts no tenía ni idea de lo que realmente le sucedió a Oliver. Ojalá hubiera podido decírselo y cerrarle la boca de un manotazo.

—Todos nos preocupamos por su familia cuando se marchó. Ayudamos a Vivianne a salir adelante. Eso es lo que hace un pueblo, Scott. Nos mantenemos unidos a pesar de las diferencias.

—Un pueblo unido, eso estaba bien en los sesenta, Alcalde. Pero ahora, ¿cómo de unido va a estar cuando se sepa quién le reventó la cabeza?—desvió su mirada sin saber qué decirme—Porque lo que está claro es que alguien le disparó. Apuntaron a su cabeza y le pegaron dos tiros. ¿No lo has leído en el periódico?—dije sarcásticamente. No le sentó demasiado bien mi comentario.

—Claro que lo he leído, ¿quién no lo ha hecho? Es de lo único de lo que se ha hablado hoy en este pueblo—cogió la servilleta y se limpió la boca.

—¿Por quién apuestas tú? Porque lo que está claro es que ha sido alguien de aquí—Hice que reaccionara y se planteara algo en lo que no había querido pensar hasta el momento.

—No sé quien podría quererle muerto. No tenía tantos enemigos como para que alguien quisiera matarlo—comenzó a pensar en la gente del pueblo, en el Fairmont de hacía veinte años.

—¿No recuerdas a nadie que se llevara mal con él, con el que tuviera alguna

discusión, alguien que quisiera que desapareciera?—se levantó de la mesa y comenzó a andar por la estancia alfombrada.

—El FBI está investigando el caso, imagino que ellos tendrán alguna idea.

—Alcalde, por favor, ¿algo que ocurrió hace veinticuatro años? ¿Realmente crees que unos detectives de ciudad pueden saber cómo funcionan las cosas en este pueblo? Fred murió, ¿Cuántos más han muerto? ¿Cuántos de los que solíamos reunirnos todavía viven?—noté como intentaba pensar tratando de darme un argumento con el que zanjar mis pesquisas, pero no había nada que pudiera decirme.

—Joseph no eran tan mal hombre para que acabara así. Sí, era un borracho, pero de ahí a que le mataran... Siempre me he preguntado desde cuando se convirtió en un borracho, o en la persona que yo conocí. Todo el mundo me había hablado bien de él hasta que volvió de Corea, ¿qué pasó exactamente?—traté de disimular mi opinión sobre aquel hombre para ver si lo ablandaba y era capaz de decirme algo más. Regresé a la mesa. Volvió a coger el cubierto y comenzó a hablar.

—Es algo que nadie sabe, Scott. Joseph Kenner fue un padre ejemplar. Todo el mundo odiaba la perfección con la que trataba a su familia, su educación y amabilidad en su trabajo, no había nada que indicara que aquello iba a cambiar. Todo el mundo le quería.

—¿Entonces?

—Ese era el problema. Volvió de la guerra en el 53, habiendo salvado a 15 hombres. Imagínate lo que significó esto para este pueblo.

—Sí, sí, todo eso me lo sé. La gente no hacía más que hablar de ello cuando se les preguntaba por él, lo que quiero saber es el por qué de ese cambio.

—Pues ahí está la cuestión, Scott, que no había un por qué. Las cosas empezaban a cambiar lentamente, sin que apenas nos diéramos cuenta. Eran simples detalles a los que al principio nadie le dio importancia, pero que si echas la vista atrás y ves la perfección de la que siempre presumía unida a esa aglomeración de defectos, realmente y puestos a pensar, lo convertían en una

persona totalmente diferente.

—¿Qué defectos?

—Pues... De la noche a la mañana, comenzaron a llegar multas de tráfico por conducir borracho. Recuerdo que la primera vez, no di crédito, incluso me enfadé con el sheriff. Recuerdo además que hubo un policía en prácticas y lo echamos porque tuvo una discusión con Kenner. No sabía quién era y una noche lo metió en el calabozo.

—¿Qué ocurrió?

—Imagínate. Le expedientamos, tuvo que disculparse ante Kenner y lo trasladaron a otro pueblo. Pero eso fue al principio. Cuando nos dimos cuenta de que realmente Kenner era el que había cambiado ya fue tarde, poco pudimos hacer, sólo cubrirle como fuera, porque había que guardar una buena imagen del héroe del pueblo.

—Así que resulta imposible intentar encontrar un culpable, ¿verdad?— no sabía qué decirme.

—Llegados a este punto, cualquiera podríamos ser sospechosos—dejó caer una sonrisa.

No tardé demasiado en regresar a casa. Su chofer me llevó hasta el hotel Sunrise pasadas las diez de la noche. Tuve tiempo de pensar en todo lo que me había contado. Nadie iba a sospechar que yo pudiera haberlo matado porque sencillamente apenas nadie sabía lo que ocurría tras las paredes de su casa. De cualquier forma, era muy difícil vincularme con el asesinato.

Sé muy bien cuál es mi obligación, pero debía intentar saber todo lo posible de Joseph Kenner para establecer unas directrices. Tal vez tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo por si esto sucedía, pero después de cinco, diez, quince años... ¿quién iba a imaginárselo?

Me hubiera gustado sentarme con mi hijo y contarle lo que ocurrió, decirle que noche tras noche les escuchaba hablar tras las paredes, y el porqué decidí comprar un arma, pero tenía miedo. No era miedo en particular por el rechazo o que se avergonzara de haberme ocultado lo que ocurrió, sino porque pensara de mí de forma diferente. Siempre me había idolatrado, y cuando empecé a ganar dinero con mis primeras novelas, cuando vi en sus

ojos que quería seguir mis pasos, me sentí incapaz de decirle nada.

Nunca le hubiera dicho que yo maté al padre de su amigo, pero sí que me hubiera gustado que supiera que simplemente no era alguien con el que se podía hablar, sino que también sabía enfrentarme a los hechos y que por mi hijo o por alguien indefenso, como era el caso de Oliver, podía hacer cualquier cosa por protegerlos.

En el interior del coche, volví a sentir el momento en el que apreté el gatillo. Sonó dos veces en mi cabeza. El tacto del metal bajo mi dedo, la presión, escuchar el ruido al caer el cuerpo al suelo. Quería averiguar más cosas sobre Joseph Kenner, pero con Fred muerto y sin que Clinton me hubiera ayudado en nada, todo acababa aquí. Subí al hotel y llamé a Nick al Credence Inn. Esperaba que estuviera allí.

—Oliver, ¿está mi hijo contigo?—no tardó en pasarle el auricular a Nicholas.

—Dime papá.

—¿Cómo estás hijo?—tenía una sensación extraña, no sabía por qué pero le echaba de menos. Sentía que había una distancia enorme entre nosotros y ya no me refiero a que nos viéramos poco en Nueva York, sino a esa conexión que teníamos cuando era un niño.

No comprendía el porqué en aquellos momentos Fairmont se había convertido en un oscuro hervidero en el que me estaba sintiendo vulnerable frente a él.

—Quiero hablar contigo cuando tengas un momento, Nick.

—Habla, dime.

—No, no por teléfono, quiero verte.

—¿Estás bien?—me preguntó algo preocupado.

—Sí, sí, tranquilo. No es nada, sólo que quiero verte antes de que regreses a Nueva York.

—Pues, mañana por la tarde puedo recogerte en tu hotel y podemos cenar juntos.

—Me parece bien.

—¿Pero seguro que estás bien?

—Sí, sí. No te molesto más. Sigue con lo que estés haciendo y mañana nos vemos.

Luke había regresado a su habitación. Por la mañana salía temprano con Oliver y Robert rumbo a Topeka. Emily y yo en cambio salíamos a las diez. Shawnee sólo estaba a dos horas y media aproximadamente. Los dos teníamos ganas de que todo aquello terminara.

—Oliver,—le llamé, esperando que no estuviera durmiendo.

—Dime—me respondió en la oscuridad de la habitación. Algo me impedía dormir, y por lo visto, a Oliver también.

—He notado a mi padre algo raro.

—¿Raro cómo?

—Pues, raro. No sé, cuando me ha llamado por teléfono tenían un tono extraño, demasiado amable, demasiado educado...sin meterse conmigo—sé que era una tontería pero conocía a mi padre. Si fuera otra persona posiblemente ni me hubiera dado cuenta, pero ese cariño escondido entre sus palabras... hacía muchos años que no lo sentía.

—Nick, eso son tonterías. No te agobies, es tu padre. Es el mejor padre que podías tener. No me dijiste que pensabas marcharte ya a Nueva York.

—No lo he decidido, Oliver, pero llevamos ya una semana aquí. Tengo que volver a casa. Helena está embarazada.

—Ya, ya lo sé. Sólo que...

—¿Qué, Oliver?—Era como si no quisiera contestar.

—Pues que te voy a echar de menos—me volví hacia él. Veía su silueta echada sobre la cama, mirándome, del mismo modo que le miraba yo a él.

—Oliver, ahora no vamos a dejar de vernos. Han sido muchos años los que han pasado sin que supiéramos el uno del otro, pero para mí eres lo más parecido a un hermano. Y si lo había olvidado, estate tranquilo, que no va a

volver a pasar.

—Gracias Nick. No esperaba menos de ti. Yo no sé lo que voy a hacer. No sé si volver a Baltimore o empezar de cero en otro sitio.

—Pero tienes trabajo allí, ¿no?

—Sí, pero me da igual. No es un trabajo que me guste demasiado. Lo bueno que tiene es que trabajo cuando quiero. Voy a temporadas.

—Aquí tienes claro que no te vas a quedar ¿verdad?—sé que ya me lo había dicho, pero quizás el pasar más tiempo con su hermano, ver a Emily... Estaba claro que yo no formaba parte de este sitio, pero él sí. Nació aquí, se crio entre estas tradiciones, y por mucho que forzosamente tuviera que marcharse, no tenía nada que ver con nuestra filosofía de vida. Nosotros, a pesar de haber estado moviéndonos durante años éramos de ciudad, mientras que Oliver, siempre formaría parte de Fairmont. Era como si el tiempo que estuvo viviendo con nosotros, lo hubiéramos abducido del lugar del que realmente pertenecía y mi padre hubiera intentando moldearlo como había hecho conmigo, pero sus raíces eran demasiado fuertes. Tal vez no había podido ser feliz en ningún otro lado, por sentir que no pertenecía a ningún otro lugar.

—Nick, no. Por mucho que quiera estar aquí con ellos, volver a ver a los que antes eran mis amigos... no podría quedarme. Me volvería loco.

Le entendía perfectamente y aunque las cosas iban solucionándose poco a poco, sé que si se quedara aquí volvería a tener relación con su madre y seguramente aquello no iba a aportarle nada bueno.

—Quiero que sepas que decidas lo que decidas te apoyaré, y estés donde estés iré a verte. Espero que tú hagas lo mismo.

—Mañana hablaré con Robert sobre cuales son sus intenciones—tenía razón. Había vuelto a recuperar a su hermano. Para los dos era una sensación totalmente nueva, ambos tenían remordimientos demasiado profundos.

—De la forma en que te mira, Oliver, va a hacer lo que le digas tú. Creo que está demasiado dolido consigo mismo para verte marchar. Va a ir donde le digas.

—¿Tú crees?

—Sí—noté cierto alivio en el tono de su voz. Demasiado inseguro. Eso era algo en lo que no iba a cambiar.

No sé a qué hora dejamos de hablar. Cuando Oliver encendió la luz de la habitación, me di la vuelta escondiendo mi cabeza bajo la almohada y le pedí que la apagara, pero eran casi las siete de la mañana y Luke estaba esperándole abajo. Ya se marchaba. Me dijo que me llamaría cuando supieran algo. De cualquier forma, todos estaríamos de vuelta por la noche. Apagó la luz cuando estuvo listo y salió cerrando la puerta con suavidad.

Nos esperaba un largo camino hasta Topeka. Eran más de siete horas de trayecto. Recogimos a Robert en casa y nos marchamos rumbo a Kansas. Tanto Robert como yo estuvimos durmiendo en el coche más de dos horas hasta que Luke hizo la primera parada y bajó a tomarse un café. Me di la vuelta y vi a mi hermano estirado, en la medida que pudo, sobre el asiento. Le toqué a Robert en la pierna y le desperté.

—¿Ya hemos llegado?

—No, Robert, aún nos quedan cinco horas—le dije mirando el reloj que Luke tenía en el coche. Se frotó los ojos con las manos y miró a través de los cristales el lugar en el que estábamos. En esos momentos, la puerta del coche se abrió y Luke regresó con dos cafés y nos los dio.

—Tomad. Ya es hora de que os despertéis, hacer este viaje solo es muy aburrido—le agradecemos el detalle y nos lo tomamos mientras retomamos el camino. Luke puso algo de música en la radio, sonaba con una canción de Michael Jackson.

—Robert, cuando me vaya...—no sabía cómo continuar. No quería parecer que ponía distancia entre los dos ni que le obligaba a venir conmigo a ningún lado—¿Te vas a quedar aquí o quieres venir conmigo?—se quedó un tanto sorprendido ante mis palabras.

—¿Cuándo te vas?

—Pues no lo sé aún, imagino que cuando todo esto se acabe, pero si todo va como pienso, no creo que tarde mucho—miré a Luke de reojo. Él se percató de mi gesto pero no quiso decir nada. Continuó al volante dejando que tuviéramos nuestra pequeña charla familiar.

—Pues... —intentó decir. Se notaba que no había reparado en el futuro. Había sido fácil recuperarme y estar en Fairmont, pero tenía que ser inteligente y saber que aquello no iba a durar mucho más. No podía estar en Fairmont.

—Yo no te puedo obligar a nada, Robert, aquí tienes tu vida, pero me gustaría que te vinieras conmigo—tragó saliva, y asintió.

—Sí, sí, yo me voy contigo donde sea—no me servía esa respuesta. Ni siquiera se había parado a pensar en las consecuencias que eso iba a conllevar.

—Robert, no quiero que me contestes aún. Quiero que lo pienses. Yo no quiero volver a Fairmont, pero tu perteneces aquí.

—Y tú también, tú también perteneces aquí, pero entiendo que no puedas estar en este pueblo.

—Por eso mismo, Robert, quiero que estés bien y pienses bien las cosas. No sé si serías feliz en una ciudad grande como Baltimore, pero me daría igual irme a cualquier otro lado. Podría cambiar de ciudad, o lo que tú quieras.

—Oliver, a mí no me ata nada aquí. El trabajo que tengo puedo tenerlo en otro lado, y mamá... bueno, puedo venir a verla cuando quiera. Tampoco pienses que me estás obligando a nada. Quiero irme contigo donde quiera que vayas. Creo que han sido ya muchos años sin estar juntos y encima pensando como pensaba de ti. Lo que no puedo aceptar ahora es que te marches y quedarme aquí lamentándome, así que cuando lo hagas, me voy contigo—no podía rebatir su alegato así que acepté. Cuando tuviera que salir de Fairmont, veríamos a dónde nos dirigiríamos.

Emily me recogió pasadas las diez. Se le había hecho tarde. Tuvo una

fuerte discusión con Jeff aquella misma mañana. Podía llegar a entenderle. Durante la última semana, Emily apenas había aparecido por casa, y si antes de llegar nosotros ya tenían sus más y sus menos, ahora todo se había acrecentado. Estaba algo nerviosa. Entendía que su trabajo era muy importante para ella, pero al mismo tiempo, eso le estaba privando de pasar tiempo con sus hijos. En cierta medida se repetía la historia de su familia. Su padre se quedaba en casa debido a su invalidez, cuidando de los niños, mientras que su madre trabajaba. No era la misma situación, pero era similar y ella lo sabía. La diferencia era que Emily no utilizaba su trabajo exclusivamente como algo con lo que aportar dinero a su casa, sino como un medio para ascender en su carrera. Soñaba con conseguir un Pulitzer y para ello debía hacer lo que estaba haciendo, a pesar de que ello le costara su estabilidad familiar. Era muy consciente de ello.

—Cada vez es peor, Nick. Las discusiones cada vez son más frecuentes.

—No es que lo defienda, pero si no apareces por casa, es normal que suceda así.

—Encima no te pongas de su parte. Si te lo cuento es porque eres mi amigo, no quiero escuchar como me echas la culpa, aunque la tenga.

—Tienes que tomar esa salida—señalé el camino de la izquierda después de haberlo comprobado en el mapa. Carreteras prácticamente desiertas rodeadas de montañas y vegetación. Quedaban apenas dos horas de distancia hasta Herod, Illinois, justo el pueblo más cercano al área del parque natural de Shawnee, donde William Cushman tenía la cabaña.

Realmente no habíamos hablado demasiado sobre lo que íbamos a hacer allí. Emily era la que lo tenía todo en la cabeza. Yo me dejaba guiar por ella. De cualquier modo, no calibraba demasiado el peligro que podía entrañar aquello.

—Te noto preocupado.

—No es preocupación, es que no estoy acostumbrado a estas cosas.

—No va a pasar nada, tranquilo.

—Casi me matan en el hospital, con Oliver lo han intentado tres

veces...mi vida siempre ha sido normal. No estoy acostumbrado a esto.

—Ni yo, pero las cosas siempre ocurren por algo. Tal vez esta sea la historia que necesitas para salir adelante. ¿No te intriga?—Sí, tenía razón pero ¿hasta qué punto era apropiado poner nuestras vidas en peligro por una historia? Me sentía fuera de lugar, y esa sensación la tuve hacía sólo dos días, sin saber a qué se debía.

Miré el reloj del coche, todavía nos faltaba una hora para llegar. Comencé a leer todos esos papeles que nos había dejado Luke, pero desistí pronto, me estaba mareando. Bajé la ventanilla, necesitaba aire fresco. Anoche estuvo lloviendo sin parar, pero afortunadamente dejó de hacerlo antes de que saliéramos. De todos modos, era como si las nubes nos siguieran todo el camino.

—¿Crees realmente que lo mataron sus compañeros de división?—le pregunté.

—¿Por qué no? Su teoría es totalmente válida.

—¿Qué teoría? Que lo mataron, ¿por qué? ¿qué motivo tenían para hacerlo?

—Nick, ¿por qué no? Eran sus amigos. Quizás alguna discusión y... yo creo que tiene mucho sentido.

—¿Más sentido que que lo matara su mujer o su hijo? Porque eso es lo que va a pensar todo el pueblo si se enteran de lo que le ocurrió realmente a Oliver—.

—Nadie sabe eso, y nadie lo sabrá.

—¿Cómo estás tan segura? Lo sabemos nosotros, Luke, su compañera, los otros dos agentes que han llegado, cómo puedes asegurar que ninguno va a decir nada?—No podía rebatirme aquello, sabía que en parte tenía razón— Anoche estuvimos hablando después de cenar cuando Luke se marchó a su habitación. Todo esto se nos ha ido de las manos.

—¿El qué exactamente?

—Pues, todo. Teníamos que haber desistido de vuestro empeño por publicar la noticia.

—¿Cómo?—se desvió a un lado de la carretera y detuvo el vehículo—
¿Qué estás intentando decir?—se volvió hacia mí.

—No te enfades, pero esos agentes que han venido al pueblo, lo que están haciendo es intentar culpar a Oliver y a su madre de lo que pasó. Si esto que vamos a buscar ahora no nos lleva a ningún sitio, ellos son los principales sospechosos.

—¿Pero qué tiene que ver eso con la noticia por Dios?

—Pues que si no hubierais publicado nada, lo hubieran enterrado, nadie sabría que fue asesinado y Oliver y su madre estarían a salvo—me miró sin responderme, abrió la puerta del coche y salió. Estuve unos instantes sin saber qué hacer hasta que salí tras ella. Estaba apoyada, contra la puerta del coche, de espaldas a mí. Di la vuelta y me coloqué frente a ella.

—¿Es por eso por lo que estás raro desde ayer?

—Pues sí. No lo sé. Tal vez.

—¿Y cómo sabes que le quieren culpar a ellos? ¿te lo dijo Oliver?

—Sí, me lo dijo él. Ayer se reunió con los agentes y le hicieron sentir realmente mal. Por la mañana estuvieron en casa de su madre y lo mismo. Nos lo contó Robert anoche—se mordió la lengua. Guardamos silencio unos instantes y me aparté de la carretera—Emily, no quiero que te lo tomes a mal, pero sencillamente es lo que me pasa por la cabeza. Oliver está bastante nervioso.

—No voy a dejar que le pase nada, ¿vale?¿puedes confiar en mí?—
Asentí con la cabeza, pero eso no solucionaba nada. De todos modos, discutir con ella tampoco me llevaba a ningún lugar, así que lo mejor era dejarlo correr.

Llegamos hacia la una de la tarde a Herod. Paramos en un bar de carretera a comer algo ligero y fuimos directos al Servicio Forestal del parque. Emily había llamado desde una cabina en el lugar en el que nos detuvimos anteriormente y habló con un guarda. Íbamos a reunirnos con él a la una y media.

Tardamos un poco en llegar. Tuvimos que ir preguntando a algunos de los habitantes del pueblo para que nos indicaran la dirección, porque, a pesar

de no ser un lugar muy grande, no éramos capaces de encontrarla. Cuando llegamos, Emily detuvo el vehículo frente a una casa de madera sobre la que se encontraba el cartel de “Servicio Forestal”.

Emily empujó la puerta pero estaba cerrada. Intentó abrir con el pomo pero no se abría. —Joder.—dijo intentando mirar a través de las ventanas acristaladas que tenía la puerta pero todo estaba vacío.

—¿Qué hora es?—no lo sabía. No solía llevar reloj. Volvió a mirar hacia el interior y de pronto escuchó unos pasos acercándose hacia la puerta —Menos mal—Esperó a que nos abriera.

—Hola, buenos, días. ¿Emily Matthews?—nos preguntó un hombre joven vestido con un uniforme gris y un sombrero.

—Sí, soy yo. ¿Eres Tom?—sonrió amablemente. Ni siquiera perdió un instante en mirarme. Ese era el problema de ir con Emily, que en el momento aparecía, el resto del mundo dejaba de existir.

—Pasad. He cerrado para que no entrara nadie más. A veces, a pesar de que hayamos puesto el cartel, la gente del pueblo, si sabe que estamos aquí, viene a darte conversación o a pasar el tiempo. Es lo que tienen los pueblos.

—¿No eres de aquí?—dijo cerrando la puerta.

—No, nací en Chicago, y vine a Herod hace unos años—nos colocamos tras el mostrador de la oficina y él se puso al otro lado. Había un montón de folletos del parque y posters con bonitas imágenes de lagos, ríos, montañas y atardeceres pertenecientes al lugar. Había también un gran mapa del bosque colgado a un lado de la estancia.

—Me dijiste que estabais buscando la casa de William Cushman, ¿verdad? —le preguntó el chico. Me limité a observar la oficina.

—Sí.

—En teoría, no podemos dar ese tipo de información, pero hablé con mi amigo Sam y me dijo que te atendiera en todo lo que necesitaras—Al guarda no se le borraba esa cara de bobo. Dios, qué manera más patética de intentar ligar con alguien. Regresé al mostrador con Emily.

—¿Nos vamos?—dijo cogiendo unas llaves, se acercó a la percha y se

puso su cazadora. Emily se extrañó.

—Ah, ¿pero vienes con nosotros? Pensaba que ibas a darnos un mapa y que nosotros la encontraríamos.

—No, no, que va. Tranquila, mi turno ya ha terminado, así que tengo toda la tarde—Emily me echó una mirada un tanto incómoda, y no le respondí. Sabía que no era buena idea que ella tomara la iniciativa.

—¿Te seguimos con el coche?—el chico miró nuestro vehículo y sonrió.

—Será mejor que cojáis vuestras cosas y vengáis conmigo. Con esas ruedas no creo que aguantéis ni la mitad del camino—echó al traste todos nuestros planes.

—A ver ahora como nos quitamos de encima al guarda—le dije echándonos a un lado. Cogimos los documentos que habíamos dejado en el coche y nuestras cazadoras.

—Tranquilo, ya se me ocurrirá algo—subimos en aquella camioneta de color oscuro, pintada con las insignias e identificaciones del servicio forestal y nos dirigimos rumbo a las montañas.

Aún no sabía cómo íbamos a deshacernos del guarda. Con él delante no podríamos hacer nada. No podíamos llegara a la cabaña e intentar colarnos delante de sus narices. De cualquier modo, allí estábamos los tres. Yo sentada en medio de los dos, observando el camino que nos dirigía hacia el corazón de las montañas sin que pudiéramos trazar un plan.

Llegamos a Topeka pasadas las dos de la tarde. Habíamos estado pensando en cómo actuar. Luke no quería volver a llamar por teléfono a Jefferson Dillane, no quería volver a importunarle después de que Jessica estuviera ayer allí. La opción que habíamos tomado era buscar a Adam Dillane, su primogénito. Entramos en el primer bar que encontramos y mientras mi hermano y yo pedíamos algo para comer, Luke se acercó hasta el teléfono que colgaba de una pared y disimuladamente arrancó una página de la guía telefónica y regresó con nosotros a la mesa en la que nos habíamos

sentado.

Se sentó con nosotros, con aquella pagina amarilla medio doblada evitando así que la camarera, cuando regresara, se diera cuenta de lo que había hecho. El 2805 South West, Westport Drive. Esa era la dirección que íbamos a tomar, pero antes de presentarse en su casa, tenía que hablar con él.

—Esta es la dirección chicos, pero me gustaría ir allí y ver su reacción cuando le llamemos.

—Ya, está claro, pero ¿cómo hacemos eso? Podríamos buscar alguna cabina telefónica cerca de su casa—propuso Oliver.

—Hombre, depende de donde esté esa dirección, no hay teléfonos en todas las calles—añadió Robert.

—Esperad un momento—dijo Luke mientras se levantaba y se acercaba a la camarera. Regresó al momento—Está en las afueras, en los suburbios. A unos quince minutos de aquí.

—Pues llamémosle ya y vayamos—respondí.

—Estoy aún pensando en qué decirle.

—Hombre, has tenido todo el viaje para hacerlo. Tú eres el que manda.

—Ya, ya lo sé y he estado planeando cómo hacerlo, pero no sé si ser yo el que le llame o si le llamas tú, Oliver—le miré extrañado—No me malinterpretes, pero si le hablo yo y le digo que soy del FBI, no es lo mismo que si le hablas tu e intentas preguntarle por su padre.

—¿Y qué le digo, Luke? No voy a decirle por teléfono lo que me pasó, ni preguntarle si le pasó lo mismo.

—Lo que quiero ver es la sorpresa, Oliver. Quiero ver su reacción.

—Pues vayamos a hablar con él—dijo Robert—Estáis discutiendo aquí sobre quién le llama. Si lo que quieres ver es cómo reacciona vamos a su casa y le preguntáis directamente—Luke no las tenía todas consigo.

Terminamos de comer y fuimos hasta un barrio residencial plagado de setos y jardines. Todas las casas parecían iguales. Sólo tardamos diez minutos. Aparcamos frente a su casa y nos quedamos allí delante. Era una

vivienda unifamiliar de una sola planta, de color amarillo pálido, con su tejado de teja y grandes ventanales. Un manzano crecía en mitad del jardín, algo que lo diferenciaba del resto de casas cuyos jardines solamente tenían flores.

—Lo único que se me ocurre es buscar una cabina e intentar telefonarle y llamar luego a su puerta.

—Id a su casa y llamad. Más sorpresa que esa...—insistió Robert. Luke se mantuvo pensativo unos instantes.

—Oliver, sal del coche—dijo mientras abría su puerta y me invitaba a que le acompañara. Robert se quedó sentado viendo como nos dirigíamos hacia allí. Estaba nervioso. Tenía la impresión de que cada paso que daba me acercaba más a un lugar en el que no sabía qué iba a encontrar—Quiero que hables tú con él.

—¿Yo? ¿Y qué quieres que le diga?—No estaba preparado para eso.

—Querías venir ¿no? Pues demuestra que ha valido la pena. Cruzamos la calle hasta llegar a la entrada de su casa, y tras caminar por las baldosas nos situamos frente a su puerta. Luke se separó de mi lado, dejándome sólo—pregúntale por su padre, por su relación con él después de la guerra. Si es necesario cuéntale lo que te ocurrió a ti, pero se sutil—me dijo sin dejarme más opción.

Llamé. Pasaron escasos segundos hasta que la puerta de la casa se abrió. Salió un joven rubio de estatura media. Vestía un traje marrón claro, corbata y camisa. Me sonrió.

—Hola, buenas tardes—no supe qué decirle. Me miraba a los ojos esperando una respuesta, pero me quedé mudo. Luke apareció a mi lado y Adam se sorprendió.

—Hola. Adam ¿verdad?

—Sí, soy yo.

—¿Podríamos hablar con usted unos minutos?—preguntó Luke.

—¿Sobre qué?—Adam no entendía nada, pero me sentía inútil allí plantado.

—Mi padre fue con el tuyo a Corea ¿Te hizo algo cuando volvió de la guerra? ¿Abusó de ti?—dije sin pensar. Luke me miró atónito. La cara del chico cambió bruscamente. Cerró la puerta ante nuestras narices.

—¿Qué entiendes tú por ser sutil? ¿Se puede saber a qué ha venido esto?

—Luke, yo que sé, lo he visto ahí delante y...—golpeó la puerta de nuevo.

—¡Adam!, Por favor, abre un momento. Soy agente federal—antes de terminar la frase, Adam salió nuevamente y cerró.

—En mi casa no podemos hablar, están mi mujer y mis hijos, no quiero que me vean así—dijo totalmente desencajado.

—¿Quieres que hablemos en el coche?—Luke le indicó el vehículo en el que estaba Robert. Se lo pensó durante unos instantes y accedió.

—Adam, yo me llamo Oliver Kenner, y ese de ahí es mi hermano Robert—le dije, aunque apenas reparó en ello. Estaba asustado. Robert lo miraba en silencio sentado a su lado, mientras intentaba articular palabra. Luke y yo nos dimos la vuelta desde los asientos delanteros—¿Abusó de ti? —le pregunté. Negó con la cabeza—¿Entonces?—me extrañé. Ni Luke ni Robert perdieron detalle de cada uno de sus movimientos. Le vimos desmoronarse en cuestión de segundos. Nunca había visto unos ojos como los suyos, cargados de un miedo tan indescriptible. Me asusté. Tragué saliva.

—Dices que tu padre combatió con mi padre, ¿verdad?—Yo asentí en silencio —¿Cómo se llamaba?—.

—Joseph Kenner—Luke rebuscó entre mis pies, entre los papeles y carpetas que había dejado aquella misma mañana en el coche, y sacó las fotografías que Nick encontró en mi casa. Las cogió y se las dio a Adam.

—¿Les reconoces?—Adam las cogió y las miró detenidamente, cerrando los ojos a medida que las colocaba una detrás de la otra. Se detuvo en una en la que estaba mi padre con William Cushman junto a un tanque.

—Éste—señaló a mi padre—Asentí.

—¿Lo conociste? ¿lo viste? —preguntó Luke.

—Jamás en mi vida olvidaré lo que les vi hacer—. Adam sintió que le faltaba el aire. Se estaba ahogando.—Por favor, ¿podemos irnos de aquí?—.

—Sí, sí, claro—. Luke giró la llave y salimos de allí. Adam pasaba las fotos una y otra vez. Condujimos durante diez minutos hasta que nos detuvimos a las orillas del lago Sherwood. Había un área de descanso con bancos de madera y columpios y no había nadie por los alrededores. Los cuatro salimos del coche.

—Pensé que jamás iba a hablar de esto con nadie—Adam se acercó hasta una de las mesas. Se apoyó sobre ella.

—¿A qué te refieres con “esto”, Adam?—preguntó Luke.

—Adam, no sé si lo que me ocurrió a mí tuvo algo que ver con lo que te sucedió, pero necesito que nos cuentes qué pasó cuando tu padre volvió de la guerra, cómo actuaba y por qué.—Adam desvió su mirada—Tómame tu tiempo. Entiendo perfectamente por lo que estás pasando—le coloqué mi mano sobre su hombro. Me di la vuelta hacia mi hermano y Luke, y les pedí por favor que me dejaran unos minutos a solas con él. Mi hermano lo entendió enseguida, pero Luke lo hizo a regañadientes. Aceptaron y se alejaron de nosotros, sin perder detalle de lo que hacíamos. Nos acercamos a la orilla e intenté que se relajara.

—No tienes ni idea, Oliver—me dijo desconcertándome.

CAPITULO XIII

Mi nombre es Adam Dillane. Tengo 39 años. Mi madre sufrió una parálisis parcial en 1961 debido a una de las innumerables palizas que le propinaba mi padre, desde entonces ha estado postrada en una silla de ruedas.

Fui testigo, del mismo modo que Oliver, del drástico cambio que mi padre sufrió tras la guerra. No fue inmediato, pero poco a poco fue materializándose en pequeñas discusiones y salidas de tono que desembocaron en un primer golpe.

En el instante en el que vi a mi padre abofetear a mi madre en la cocina de mi casa, sentí que el mundo se derrumbaba bajo mis pies. Me quedé inmóvil, escuchando sus sollozos. Recordaba la imagen de una forma nítida, tanto que casi podía vivirla de nuevo. La mirada de mi padre fue devastadora. Se acercó a mí y me agarró por la muñeca. Me hizo prometer que no le diría a nadie lo que acababa de ver amenazándome con hacerle más daño si lo contaba.

Sufrí en silencio todos aquellos años escuchando paliza tras paliza, hasta que un fatídico martes, mi madre cayó por las escaleras y jamás volvió a hablar.

Toda mi vida estuve recluido en este silencio del que quería escapar sin poder hacerlo. Tenía miedo de que matara a mi madre, pero mi día a día era peor que eso. Tan sólo era un crío de 15 años cuando el infierno llegó a las puertas de mi casa.

Oliver me contó lo que le sucedió con su padre. Tuve que tragar saliva escuchando cada una de aquellas atrocidades. Me sentí afortunado por no haber sufrido lo mismo. Era extraña la forma en la que comenzaba a exteriorizar el secreto que durante tantos años me había guardado. No me importó compartirlo con él tras escuchar atentamente el terror que vivió desde los 14 años. Sé que pretendía que viera que no estaba sólo, que estaba allí a mi lado, y que aunque no le conociera teníamos algo en común, nuestro silencio.

Apenas podía hilvanar las palabras sin romperse por dentro, pero sabía

que tenía que hacerlo. Me resultó duro escucharlo, pero no fue ni por asomo parecido a lo que tuve que sufrir yo. Escuché su historia y vi como cada una de las palizas que relataba le golpeaban con fuerza.

—Adam, tranquilo—le dije. No hacía falta que siguiera hablando. Guardé silencio mientras intentaba dar vueltas sobre lo mismo—¿De qué conocías a mi padre, Adam?—le pregunté.

—Lo de mi madre fue duro, Oliver, pero lo que vi en la cabaña...—comenzó a decir. De inmediato, giré mi cabeza hacia él. Aquel simple comentario atrajo toda mi atención.

—¿De qué estás hablando?

—Una noche me escondí en la furgoneta de mi padre y le seguí. Sentía curiosidad por lo que hacía los fines de semana cuando se iba a cazar con sus amigos. Y sobre todo, quería saber el por que de las fuertes palizas que le daba a mi madre cada noche que volvía de allí.

—¿Qué sucedió? ¿Qué viste?

—No puedo, Oliver. No puedo—me dijo mientras intentaba volver a ese lugar. Trataba de hacer un esfuerzo pero parecía demasiado doloroso—¿Sabes qué? He intentado olvidarlo desde que tenía dieciséis años. Jamás he podido hacerlo. Cada noche veía las mismas imágenes, todo ese sufrimiento y pensé que nadie en el mundo era capaz de hacer algo como eso. Vi allí a tu padre, al mío, a los otros tres... No podía mirar. Sólo escuchar los gritos que me privaron del sueño durante años.

—Pero, ¿qué viste?—insistí.

—Estaba muerto de frío, Oliver. Era un crío. Notaba cada uno de los baches del camino, cubierto sobre la lona, atemorizado por si me descubría. Nunca me había puesto la mano encima pero viendo lo que era capaz de hacerle a mi madre, pensaba que yo sería el próximo. Detuvo la furgoneta después de no sé cuanto tiempo allí dentro.

—¿Qué ocurrió?

—Estuve allí escondido hasta que se hizo de noche, entonces me sentí capaz de salir. Bajé con cuidado, y vi la luz que salía de la cabaña. Se escuchaban voces y risas.

—Era la cabaña de Shawnee, ¿verdad?—él asintió.

—Me acerqué con cuidado. Escuché un disparo. Primero pensé que sería algo que había caído al suelo, pero cuando miré por la ventana me di cuenta de lo que en verdad era.

—Pero ¿el qué Adam? ¿el qué? Déjate de rodeos. ¿Qué estaba haciendo mi padre?—le pregunté finalmente, cansado de tanto rodeo.

—Tu padre era un asesino, Oliver, igual que el mío, igual que todos ellos—terminó diciendo. Comenzó a andar cabizbajo, en dirección a los bancos de madera en los que se habían quedado Luke y mi hermano.

—Espera, Adam. Cuéntame lo que viste, por favor—negó con la cabeza. Se mordió el labio.

—No puedo hacerlo, Oliver.

—¿Qué ocurre aquí?—preguntó Luke. No sabía qué decirle. Ayudé a Adam a volver a contar aquella historia, aunque al igual que le pasó conmigo, se quedó bloqueado—Adam, por favor, necesitamos que nos cuentes lo que sucedió en la cabaña.

—Es que no pue...—se separó de inmediato y vomitó junto al tronco de un árbol. Mi hermano nos miró extrañado. Esperamos a que se recuperase.

Algo ocurrió en la cabaña que no nos podía contar. No se repetían los mismos patrones pero tampoco nadie se atrevió a denunciar nada. Topeka no era Fairmont, ya en los cincuenta superaba los setenta y cinco mil habitantes. Jefferson Dillane aterrizó allí con honores y al igual que mi padre, tanto él como su compañero William Cushman, de Wichita, se pasearon por toda Kansas durante años, igual que hizo mi padre en Fairmont. Todo el mundo los admiraba pero ahora empiezo a entender que había un oscuro secreto detrás de esto.

Adam estaba destrozado. Se derrumbó otra vez. Se arrepintió de no haber ido a la policía y denunciado lo que le ocurrió, pero al igual que yo, no pensaba que nadie fuera a creerle. Aún así, posiblemente hubiera evitado que su madre quedara incapacitada. Luke intentó convencerle para que hablara con nosotros, que nos contara lo que vio en la cabaña, pero lo único que consiguió fue, que accediera a hablar de ello cuando estuviera preparado.

Nuestros padres eran unos asesinos, ¿Por qué había dicho eso? ¿Qué había visto tras la ventana? Luke necesitaba convencerle para que hablara con sus superiores del FBI, tenían que saber lo que pasó, fuera lo que fuera y que aquello podría tener conexión con el asesinato de Joseph Kenner. Pero Adam no estaba seguro de hacerlo, ni siquiera se sentía capaz de hablar con nosotros. No quería que su mujer, sus hijos o sus vecinos supieran de lo que fue testigo. Sentía miedo de que se enteraran de que dejó que le ocurriera todo eso a su madre y que fue testigo de algo espeluznante que no denunció. De todos modos, mi padre estaba muerto, Russell Maynard y Douglas Fisher también. Los únicos que quedaban vivos eran William Cushman y su padre. ¿Por qué unos asesinos? ¿Qué vio? ¿Qué le dio tanto miedo que ni siquiera quiere volver a recordarlo? ¿Realmente alguno de esos hombres pudo matar a mi padre?

No podía obligarle a decir nada más allá de lo que ya nos había contado a nosotros, pero tenía que hacerlo. Tenía que abrir esa puerta que permanecía cerrada y contarnos lo que sucedió en la cabaña. Necesitaba que Oliver y Adam hablaran con Casey y Stewart y les hicieran ver que ya no solo era un caso fortuito en el que pudieran culpar a Oliver o a su madre del asesinato, sino que aquello era mucho más grande de lo que pensaban, que si esos cinco hombres eran unos asesinos, cualquier cosa podría haber sucedido. Adam tenía que hablar cuanto antes y contarnos lo que sucedió aquella noche.

—¿Cómo ha sido la relación con tu padre después de lo de tu madre?

—Nunca ha sido lo mismo. No he vuelto a hablar con él de cosas que no fueran estrictamente necesarias, aunque con mi madre en una silla de ruedas y enferma tengo que verle más de lo que me gustaría.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene una parálisis desde hace muchos años y ahora está muy enferma. Tenemos que estar las veinticuatro horas pendientes de ella. Quería llevarla a una residencia para que se ocuparan de ella pero mi padre no quiere moverse de su lado, yo quiero estar con ella, pero no con él delante.

—Ayer cuando fue a verle mi compañera...

—¿Ayer?—se extrañó.

—Sí.

—Ayer estuve con él prácticamente todo el día. Mi madre sufrió una recaída a primera hora de la mañana y tuve que salir del trabajo y quedarme con ellos.

—¿No fue una compañera mía, alta y rubia a hablar con tu padre?

—No—Oliver y Robert me miraron sorprendidos. No entendía nada. ¿No vino? ¿A dónde fue? ¿Por qué me mintió?

Llevábamos un buen rato por un camino rocoso. Habíamos salido de la carretera y después de cruzar por la cabaña de los guardas forestales, que se encargaban de vigilar y gestionar la entrada y salida de los viajeros, Tom cogió el sendero a través del valle. Con el coche de Emily posiblemente no hubiéramos llegado a recorrer ni quinientos metros. El guarda ya no sabía ni de qué hablar. Gracias a Dios, Emily estaba atenta a sus palabras y le daba la réplica a cualquier comentario que hiciera. Llegamos hasta un río y Tom detuvo su vehículo. Bajó a comprobar su profundidad y por fin nos quedamos a solas durante unos minutos.

—Emily, ¿qué vamos a hacer? No vamos a poder entrar en esa casa si está el guarda con nosotros.

—¿Te crees que no lo sé? No sé lo que hacer. ¿Qué le digo? O le entretengo yo y entras tú o no se me ocurre nada más?

—Nos va a pillar—volvió de inmediato.

—El río ha crecido, no vamos a poder cruzar por aquí.

—¿Entonces?

—Tendremos que dar la vuelta y cruzar por el puente que hay más al sur. Por aquí se ataja, pero con las últimas lluvias la crecida del río lo impide. Así que tendremos que ir por allí—estábamos en sus manos. Dimos la vuelta y regresamos por el camino hasta que volvimos a tomar una vía entre los bosques.

Miércoles, 26 Octubre 1983. Topeka, Kansas

Necesitaba hablar con Thomas urgentemente. Sé que me pidió que me mantuviera al margen, que me quedara tras Stewart y Casey y les obedeciera en todo lo que me dijeran pero a juzgar por lo que acababa de escuchar, necesitaba que alguien por encima de ellos me ayudara. No sé si Thomas lo haría pero me ayudó a permanecer en Fairmont. Nos quedaban unas siete horas más de camino de vuelta hasta allí, eso si no decidíamos quedarnos e ir a ver a William Cushman. Si Adam estaba en lo cierto, y Jessica me mintió, no vino a ver a Dillane e imagino que tampoco iría a ver a Cushman, pero ¿a dónde fue entonces? Decidí más tarde que nos quedaríamos en algún motel de carretera y al menos, podría trabajar con Adam y hacerle hablar. Quizás lo que pueda contarnos nos ayude a conocer más a esos hombres y descubrir qué los convierte en asesinos.

Nos indicó un motel a cinco minutos de su casa, el Fineville. El parking se extendía alrededor de las habitaciones, que formaban un gran rectángulo abierto. Había una recepción en la entrada del estacionamiento y tras coger la llave fuimos directamente a la habitación número 17. Aparcamos frente a ella y entramos. Una cama doble grande, más una supletoria, una mesa redonda, dos sillas y poco más. Adam iba a ir a ver a su madre y vendría a vernos antes de cenar. Ahora, lo primero que quería hacer era llamar a Thomas y ver si podía encontrar a Jessica y que me explicara porque me había mentido.

Según nos dijo Tom, el camino que habíamos tomado era más largo pero nos llevaría muy cerca de donde se encontraba la cabaña. Por sus comentarios, ya no se permitía construir desde hacía años en aquella zona. Se había habilitado un área recreativa con casas cerca del lago Glendale, que los turistas solían alquilar y reservar y desde allí seguir las rutas y sendas que se recomendaban desde el Servicio forestal.

La cabaña de William Cushman estaba situada en dirección diametralmente opuesta. Alcanzamos rápidamente la ruta pero de pronto, algo interrumpió la marcha. El vehículo casi se salió del camino. Detuvo el coche a un lado y al bajar vio que la rueda trasera estaba pinchada.

Escuchamos como hablaba por su walkie-talkie con sus compañeros de la oficina por la que habíamos pasado hacía un rato. Nick y yo bajamos del coche y nos acercamos a él.

—¡Oh, joder!—comenzó a llover. Tom se disponía a sacar la rueda de repuesto del vehículo, pero comprobó que en cualquier momento podría desatarse una gran tormenta—Será mejor que entremos al coche—hizo que volviéramos al interior del vehículo. Le obedecimos y nos quedamos allí.

—¿Está muy lejos de aquí la cabaña?—pregunté.

—Exactamente no sé cuanto se tardará desde aquí. Unos veinte minutos andando quizás.

—Eso no está lejos, podríamos acercarnos nosotros andando.

—No, no, de ninguna manera. Sería peligroso con esta lluvia.

—Tom—coloqué mi mano sobre su rodilla haciendo que se pusiera muy nervioso—Tom, en serio, somos mayorcitos. Si tuvieras un paraguas ahí detrás, a nosotros no nos importa ir andando si nos indicas el camino a seguir—él intentaba negar con la cabeza, pero se había puesto nervioso.

—No tengo paraguas, pero creo que hay algún chubasquero—volvió a salir del coche y le di indicaciones a Nick para que hiciera lo mismo. Cerramos la puerta y nos reunimos con él en la parte trasera. Abrió el maletero, tenía varios impermeables, linternas, balizas, una caja con bengalas... un poco de todo. Se notaba que no quería dejarnos ir solos, pero mi insistencia fue bastante decisiva para que se saltase las normas. Se colocó uno él también, al tiempo que nos daba los nuestros y nos indicó que nos mantuviéramos pegados a la carretera. Él iba a cambiar la rueda y cuando terminara nos alcanzaría. A Nick no pareció gustarle demasiado tanta amabilidad, pero era mejor eso que nada, así que mientras se apresuraba a sacar el gato y unos trapos, nos aventuramos por un camino bordeando los abetos que se alzaban a ambos lados. Teníamos que desviarnos por una carretera sin asfaltar en la que había una señal de madera junto a un tronco que decía “Cascadas”. Al parecer había tres pequeños saltos de agua cerca de la cabaña. Insistía en que posiblemente no la encontraríamos, pero que confiaba en que nos adelantaría en cuestión de minutos. Tampoco podía mantenernos encerrados en el coche.

Cogí todos los papeles y documentos que habíamos metido en el coche y se los di a Nick. Agarré mi bolso y salimos de allí.

—Espero que no nos perdamos—me dijo Nick.

—No seas gafe—apresuré la marcha.

—¿Cómo nos vamos a quitar a éste de encima?

—De momento ya estamos solos. Cuando nos alcance ya veremos lo que hacemos—aceleramos la marcha y nos apresuramos a perdernos en la siguiente curva. Dejamos atrás el vehículo y la lluvia comenzó a intensificarse.

—¡Joder!—Nick se puso la capucha. No le respondí, le agarré de la mano y comencé a caminar a mayor velocidad.

Llamé a Thomas y no supo qué decirme. Al principio se enfadó conmigo por haber hecho lo que me había venido en gana. Me tenía aprecio, lo sabía, pero no le gustaba que tomáramos sus recomendaciones a la ligera. Se sentía molesto por el hecho de haberme dado una oportunidad más y haberle decepcionado, pero cuando comencé a decirle lo que nos había sucedido y le hablé de Adam Dillane, su tono de voz se relajó. Me pidió que no le dijera nada a nadie, que me comunicara únicamente con él y que le explicara todo lo que pudiera descubrir y que mantuviera bajo vigilancia a Adam, temeroso de lo que pudiera contar. Me inquietó.

No es que estuviera intranquilo, sólo que me hizo entrever que estaba solo frente a aquello y que algo grave estaba sucediendo. No sabía nada de Jessica, también le pareció extraño que me mintiera. No había hablado con ella desde ayer, cuando saltó la noticia en primera plana, aún así, parecía que ella tenía su propia agenda. Me pidió que tuviera cuidado y que no fuera a ver a William Cushman. Me extrañó que me pidiera eso, pero me dijo que lo dejara en sus manos. ¿Quién era ese hombre?

Oliver y Robert se mantuvieron al tanto de toda nuestra conversación. Él se encargaría de hablar con Casey Dunham y Stewart Henson y de paralizar las investigaciones que, según lo que me había contado, focalizaban la atención sobre Oliver y su madre.

Cuando le conté lo que nos había dicho Adam, su ira, su testimonio sobre las palizas a su madre, el oscuro suceso de la cabaña y sobretodo cómo señaló a aquellos cuatro hombres junto a su padre en las fotografías, la historia se teñía de un color diferente. Todo ello sin contar con la declaración de Oliver y con el asesinato el Russell Maynard y su hermana.

Iba derivando en una escalera de caracol en la que no estaba seguro de llegar a alcanzar el final. Llegué a Fairmont intentando descubrir quién mató a Joseph Kenner. Tras los tres fallidos intentos de eliminar a su hijo Oliver, la situación había desembocado donde nos encontrábamos ahora, retrotrayéndonos al pasado y haciendo que el asesinato de Kenner pasara a un segundo plano. Mi prioridad seguía siendo proteger a Oliver, pero estando allí conmigo, no podía evitar sentirme atraído por el inquietante pasado que les rodeaba.

Algo me hizo sospechar que Thomas sabía más de lo que me estaba diciendo. Me escondía algo, pero parecía sincero y entendía perfectamente a dónde me estaba llevando la investigación. Me dijo que volaría al día siguiente a Indianápolis y que intentaría localizarme lo antes posible. Contaba con ello.

¿Qué estaba ocurriendo? Me senté sobre la cama y Oliver y Robert se dieron cuenta de mi preocupación. Intenté tragar saliva, reaccionar de alguna forma, pero no sabía cómo hacerlo. Adam estaba en su casa, así que le llamé y le dije que viniera inmediatamente al motel. Quería haberse pasado antes por casa de sus padres, pero ante mi insistencia y los angustiosos recuerdos que le había devuelto a la memoria, pensó que no era un buen momento para encontrarse con su padre. Finalmente me dijo que se reuniría con nosotros en unos minutos.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien, Luke?—asentí algo preocupado. Oliver me colocó la mano en el hombro, intentando hacerme reaccionar.

—No sé lo que está pasando aquí, pero Thomas me ha pedido que os ponga bajo protección a ti y a Adam por lo que pueda pasar—apenas podía mirarle a los ojos.

—¿Cómo?

—Es lo que me ha dicho. Algo gordo tiene que haber detrás de todo

esto para que él mismo venga a Indiana—Oliver se sentó también tratando de buscar alguna respuesta. Robert se acercó a la ventana y sentí su miedo.

No es que estuviera asustado. Habían intentado matarme tres veces en una semana y parecía que no me importara. Era como si yo mismo hubiera estado buscando la muerte al igual que lo hice en Vietnam. Pero ahora me sentía diferente. El que Robert hubiera entrado en mi vida me ofrecía una nueva oportunidad de volver a vivir. Empezar de cero, apartándome de mi pasado, de todos esos años de psicoanalistas, de un cúmulo de anodinas vivencias sin sentido y de un vacío enorme.

Por eso mismo estaba así. Jamás pensé que me sentiría como en ese instante. No quería morir. Ahora no.

—Nadie sabe que estamos aquí, ¿verdad?—Robert hizo que los dos le miráramos—Pues ya está. Tengamos cuidado. No vale la pena que estéis así —me levanté de la cama y fui a darle un fuerte abrazo. Adam no tardó en llegar. Llamó a la puerta, pero hasta que no respondió y nos aseguramos de que era él, no le abrimos.

—¿Qué ocurre?—Luke le hizo entrar deprisa. Se había cambiado de ropa. Llevaba unos pantalones azules y un suéter, algo mucho más llevadero que el encorsetado traje con el que le recogimos en su casa. Luke le contó por encima lo que había hablado con su jefe y se asustó. Obviamente no estaba acostumbrado a que algo como aquello pudiera suceder. Tan sólo había que ver sus ojos en el instante en el que se lo dijo—¿Crees que podemos estar en peligro?—Ya le habíamos contado antes lo que les ocurrió a Luke y a Emily ayer por la mañana en la casa de la hermana de Russell Maynard, otra de las caras que reconoció en las fotografías, así que teníamos que llevar cuidado—¿Mi mujer y mis hijos estarán bien? Creo que tendría que volver con ellos.

—Adam, tranquilo, van a estar bien.—Luke le acercó a una de la sillas que había junto a la mesa—Pero tú vas a contarnos detalladamente qué viste tras esa ventana aquella noche y por qué dices que esos cinco hombres eran unos asesinos— Adam cerró los ojos y tragó saliva. Regresó a esa noche.

—Hacía frío. Me acerqué con cuidado después de haber oído aquel disparo. Al principio no pude distinguir nada, me asomé pero los cristales

estaban algo empañados. Miré por una rendija y les vi a los cinco allí sentados, alrededor de la mesa, riendo y bebiendo. Había también un chico más joven, de mi edad más o menos. Estaba sentado junto a ellos. Estaba serio. Sacaron un proyector de 16mm y un magnetófono y colocaron una pantalla frente a ellos. En ese momento resbalé y caí al suelo. Me quedé inmóvil. Pensé que me habían escuchado pero tuve suerte. Aún así, me levanté con cuidado unos minutos después. No quería que me vieran. Fue entonces cuando escuché los gritos. Me cubrí los oídos, intentando no oírlos. Era lo más desgarrador que había escuchado en toda mi vida. Esas voces se metieron en mi cabeza y tuve que cerrar los ojos, pero seguían y seguían. Continuaba escuchando aquellas risas al mismo tiempo. Me di la vuelta y comencé a caminar nuevamente hacia la ventana. Necesitaba ver de dónde provenían las voces. Me asomé y de inmediato quedé horrorizado cuando vi a mi padre en una de esas películas caseras... —se levantó de la silla. No podía seguir hablando. Fue al baño y se encerró allí dentro. Miré a Luke y a Robert. Los tres intuimos lo que podía haber visto en esas películas. Me levanté y le pedí que me abriera. Escuché como corría el pasador y entré.

—Adam, no hace falta que sigas. Viste a tu padre y a los demás en esas películas ¿verdad?—él asintió enmudecido. Coloqué mi mano sobre su hombro y salí. Dejamos que permaneciera en el baño el tiempo suficiente para que se tranquilizara y cuando salió, Luke trató de reconducir la conversación hacia otro lugar.

—Una pregunta, Adam, ¿Quién es William Cushman? Es decir, al margen de lo que ocurrió en la cabaña, ¿qué me podrías decir de él? ¿se veía más con tu padre? ¿venía por aquí?

—William Cushman es un hombre muy rico. Es el dueño de media Wichita.

—¿Lo has visto mucho por aquí?

—Desde que ocurrió lo de mi madre no volvió a venir. No sé si sigue teniendo relación con mi padre, nunca le he preguntado por ninguno de aquellos hombres, pero hasta el accidente solía venir mucho con su mujer. Se quedaban a cenar con mis padres, iban a fiestas...

—Tenía una hija ¿verdad?

—Sí, unos años más joven que yo—se separó de él y comenzó a dar vueltas por la habitación. Estuvo así un breve lapso de tiempo, el suficiente como para que me intrigara profundamente.

—¿En qué piensas?—le pregunté desde la cama.

—Tu padre tenía dos hijos, su padre otro,—señaló a Adam—Russell Maynard no tenía descendencia, Cushman sólo una hija y Douglas Fisher tenía un chico y una chica. Tenemos que hablar con todos ellos.

—¿Para qué? Ya tienes lo que buscas. Adam puede incriminarlos a todos. No necesitas hablar con nadie más. ¿Para qué? ¿Quieres causar más muertos?—le dije.

—Tan sólo quiero estar seguro, Oliver.

—¿De qué? Ya has visto que no nos sucedió lo mismo. Su padre fue violento, pero de una forma distinta al mío. ¿Quién te queda? ¿Cushman? Los otros dos están muertos. ¿Qué puedes averiguar de ese otro cabrón? ¿qué golpeaba a su mujer? ¿qué abusaba de su hija? Mételo en la cárcel por asesinato.

—¿Y dónde están las pruebas? Si ese hombre es tan poderoso, ¿crees que va a ser fácil meterlo entre rejas teniendo sólo la palabra de un hombre atormentado? Discúlpame, Adam—éste hizo como que no le importaba. Le entendía.

Luke volvió a la mesa y ojeó todos los papeles que había traído consigo. Comenzó a revisarlos uno por uno hasta que encontró lo que buscaba y fue directamente hacia el teléfono. Llamó a alguien que parecía ser de su confianza y tras unos minutos a la espera, le consiguió el teléfono de Steven Fisher.

—Toma, Steven Fisher. Quiero que le llaméis. Quiero que habléis con él y averigüéis qué le ocurrió a su padre—Luke me dio aquella hoja.

—¿Cómo que le llamemos?—Adam se levantó de la silla y me cogió el papel en el que había anotado el teléfono. Yo no estaba muy seguro de poder hacerlo. Ya, anteriormente, cuando me instó para que lo hiciera con Adam me puse nervioso, de igual modo seguía sin saber qué decirle a Steven pero Adam no parecía nervioso. Se sentó a un lado de la cama, junto al teléfono,

nos miró antes de descolgar el auricular y lo hizo.

—¿Steven Fisher?—me acerqué lo más posible para ver qué era lo que podía escuchar desde el otro lado de la línea.

—Sí, ¿quién es?

—Mi nombre es Adam Dillane. Mi padre luchó con el tuyo en Corea. Sé que lo que te voy a decir posiblemente te moleste pero antes de colgarme intenta pensar. ¿Qué le pasó a tu padre cuando volvió de la guerra? ¿Cambió de alguna forma?—un escalofriante silencio se adueñó de la conversación—
¿Estás ahí?

—Sí—dijo escuetamente.

—¿Qué le ocurrió? ¿Te hizo algo a ti o a tu familia?—no respondió—
No estoy sólo. Estoy con Oliver Kenner, su padre murió asesinado, Steven. Queríamos verte y hablar contigo.

—No sé si quiero hablar de ello.

—Por favor, es muy importante que hablemos contigo.

—Mi padre está muerto.

—Sí, lo sabemos. ¿Cómo murió?

—Voy a colgar.

—No, no, por favor, no me cuelgues. Estamos en Topeka, Kansas en el motel Fineville, habitación 17. Llámanos por teléfono al número...—intentó buscar en el aparato, pero colgó antes de que pudiera encontrar nada—
Ha colgado.

—Pero algo le pasó a su padre, ¿verdad?

—Sí.

—Tenemos que verle y explicarle...

—¿Explicarle el qué, Luke? ¿Quieres que les denunciemos ahora?

—¿No queréis que paguen por lo que hicieron?—nos miró a ambos.
Los dos guardamos silencio.

No sé exactamente lo que Adam pensaba, pero no quería formar parte

de un circo mediático y no creo que él tampoco quisiera. Para Luke era diferente, él sólo quería atrapar a los culpables, pero ¿realmente valía la pena remover algo de hacía tantos años? Adam se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta, pero no la abrió. Se dio la vuelta.

—Luke, yo no quiero que nada de esto se sepa. No quiero que nadie se entere. Me gustaría que se hiciera justicia por mi madre, pero no quiero que mi mujer y mis hijos sepan que no hice nada por detenerle—yo pensaba del mismo modo, pero no me pronuncié.

—¿En serio piensas así? ¿Y esas películas que viste? ¿esos gritos que no te han dejado dormir? ¿Esas muertes sin castigo? ¿De verdad quieres que esos mal nacidos queden libres?—Luke se extrañó y él asintió—¿Y tú piensas igual?—me miró. Yo agaché la cabeza, con lo que respondía afirmativamente a su pregunta. Se acercó a la mesa y dio un fuerte golpe en la misma, al tiempo que se sentaba—¡Joder!— estaba molesto. Todos guardamos silencio—Es la única oportunidad que tienes de aclarar quién mató a tu padre y ¿prefieres dejarlo correr? Posiblemente uno de esos hombres lo matara—nos miraba intentando hacernos entender.

—¿Podrías probar que ellos mataron a su padre?—quiso saber Adam.

—Con lo que tengo ahora, no.

—¿Sinceramente os importa quien lo mató? Porque después de todo esto a mí me da igual—entendía que Luke estuviera allí por aquel motivo, pero lo único que me preocupaba era que no me acusaran de algo que no había hecho y tras escuchar a Adam, ojalá se hiciera justicia por su madre, por lo que sea que le haya podido ocurrir con la persona con la que acabábamos de hablar y por lo que vio Adam a través del cristal de la ventana de la cabaña.

—Ayer justo mataron a Maynard y a su hermana, y quizás sólo por lo que podían contar. Nadie sabe que Adam fue testigo de algo en esa cabaña. Por eso imagino que mi jefe me ha pedido que os proteja. No lo van a dejar correr—trató de meternos el miedo en el cuerpo. Miré a Adam, a mi hermano. Adam estaba asustado, pero sospechaba que no era por él, sino por su familia.

Me sorprende cómo somos las personas. ¿Qué era aquello tan

escabroso que le atormentaba? Si al menos le hubiera sucedido a él mismo, como me ocurrió a mí, pero ¿ver a unos hombres matar a alguien? No tenía ninguna trascendencia para mí, pero claro, ver lo que vi en Vietnam y lo que hice allí me volvió alguien diferente. Yo ya estaba marcado antes de la guerra y lo que ocurrió cerca de Saigón terminó por convertirme en lo que soy. Pensándolo así, puedo entender que a Adam le costara hablar de lo que vio. Sí, tal vez tuviera que ser más empático y no pretender que todo el mundo reaccionara del modo en el que lo he estado haciendo estos días y más teniendo en cuenta que toda mi vida he permanecido en silencio.

Me incomodaba cargar con todos los papeles y más si la lluvia se intensificaba, pero no podíamos hacer otra cosa así que continuamos andando. Acabábamos de coger el desvío de la ruta a las cascadas, teníamos que encontrar un camino empinado por el que difícilmente podían subir los coches y tomarlo.

Escuchamos el sonido de un vehículo acercándose. Emily y yo corrimos entre la maleza a un lado del camino y nos escondimos tras unos árboles. Tom cruzó por allí delante intentando buscarnos a lo largo del camino, pero nos mantuvimos alejados de su ángulo de visión.

—Emily, va a estar esperándonos allí.

—Ya lo sé, pero algo se nos ocurrirá—salimos de nuestro escondrijo. Seguimos a nuestro paso, menos preocupados ahora.

CAPITULO IV

Miércoles, 26 Octubre 1983. Fairmont

Llamé a mi hijo al motel pero no conseguí encontrarle. Miré mi reloj y pasaban ya de las cuatro y media. Me dijo que estaría ocupado por la mañana, pero no había vuelto a tener noticias suyas, y allí estaba, en la habitación del Sunrise esperando a que el teléfono sonara. No quería marcharme por si llamaba, así que intenté pasar las horas sin aburrirme. Cogí un bloc de notas de los que siempre llevaba conmigo y comencé a escribir algunos apuntes.

Hacía unos minutos, que nos habíamos encaramado por la cuesta. Tom tenía razón. No hubiéramos podido meter el coche de Emily por allí. Me dolían los pies.

Después de caminar unos cinco minutos, divisamos la cabaña desde lo alto del camino. Nos escondimos porque el coche de Tom se encontraba

frente a ella y él merodeaba por los alrededores buscándonos. Imagino que no entendía cómo podíamos habernos perdido. Desde la roca en la que nos habíamos ocultado no podía vernos.

—¿Qué hacemos? Hay que sacarlo de ahí.

—Voy a ir yo, le digo que te he perdido y entras tú en la cabaña, Nick
—Era la única opción posible.

Emily salió de detrás de aquella roca grande y comenzó a caminar en dirección hacia la casa. Tom la vio inmediatamente y comenzó a agitar el brazo indicándole que se acercara. Ella le sonrió desde allí y se apresuró a reunirse con él. Al mismo tiempo, yo me deslicé por entre los arbustos a un lado del camino, bajando hacia dónde estaba el coche.

—¿Dónde está tu amigo?—les escuché perfectamente. Repté como pude hasta acercarme lo más posible. En ese instante, desde arriba, se escuchó un disparo. Miré hacia el lugar del que parecía provenir, pero no vi a nadie. Algo se me había escapado.

—¡Nick!—Emily gritó. Tenía entre sus brazos el cuerpo inmóvil del guarda. Me levanté y corrí hacia ellos. De pronto, escuchamos otro disparo pero no nos alcanzó. Tal vez la propia lluvia nos estaba echando una mano. Emily se sobresaltó. Le dio a uno de los cristales del vehículo. Me lancé contra ella, que todavía sostenía el cuerpo de Tom y caímos al suelo. Los papeles que sujetaba se esparcieron desordenadamente y la arrastré detrás del coche para permanecer ocultos del tirador.

—¡Está muerto, Nick!; Está muerto!

—Sí, lo sé. No lo repitas—me tumbé boca abajo e intenté arrastrarme por debajo del coche, pero no alcanzaba a ver nada. El cuerpo de Tom, con un disparo en mitad de la frente yacía boca arriba con los ojos abiertos. La lluvia volvía a caer con fuerza. Retrocedí sobre mis pasos y me coloqué al lado de Emily, en cuclillas.

—Tenemos que salir de aquí, Emily—estaba igual de asustado que ella. Estábamos a merced de aquel tirador. La agarré y la alcé en pie agachando la cabeza e intentando evitar los cristales rotos del coche.

Nuestro problema era, que si salíamos de detrás del vehículo en

dirección a la cabaña, estábamos completamente al descubierto y no había nada que nos resguardara bajo el porche. Además, teníamos que forzar la puerta. La tormenta se desató con un relámpago, cuya luz aprovechamos para movernos.

—¡Vamos!—la agarré con fuerza y me la llevé entre la lluvia hasta la cabaña. Nos arriesgamos a que nos dispararan, pero imaginé que con la fuerza con la que caía el agua, iba a ser imposible para cualquiera que estuviera apuntándonos, mantener la línea de visión sin verse afectado.

La puerta estaba completamente cerrada. Se notaba que hacía tiempo que nadie pasaba por allí. Había dos ventanas de madera, también cerradas desde dentro. Era imposible entrar si no rompíamos la cerradura.

—¿Qué vamos a hacer?—estaba asustada.

—No lo sé—miré la cerradura. La puerta no parecía muy firme.

—Espera aquí—salí corriendo ante su sorpresa y fui hasta el todo terreno, arriesgándome nuevamente a que me dispararan. Abrí la portezuela del maletero, e intenté rebuscar entre todo lo que había allí cualquier cosa que me ayudara a abrir la puerta. No había nada. Mi primer impulso fue el de romperla a patadas, eso es algo que hubiera hecho Oliver sin parpadear. Tal vez sea el momento de romper con lo que siempre se espera de mí y comportarme como realmente me pedía aquella situación.

Cogí una pequeña bolsa que contenía bengalas, cerré la puerta y regresé con Emily. Le di la bolsa, y comencé a dar patadas. El sonido de mis botas contra la madera, resonaba con fuerza. Insistí una y otra vez, sin lograr abrirla, pero podía notar como las oxidadas bisagras comenzaban a ceder.

Tras nuevos intentos, logré derribarla. Entramos dentro de aquella oscuridad y cerramos la puerta nuevamente. Intenté encender la luz de los interruptores pero no hubo éxito. No veíamos nada en absoluto. Ella se mantuvo pegada a mí presa del pánico.

—Emily, ¿tienes cerillas en el bolso?—ella metió la mano dentro, pero no encontraba nada.

—No, pero creo que tengo un encendedor. Espera.—rebuscó entre todas las cosas que tenía allí. Dejó caer el bolso en el suelo y se agachó para

buscarlo. Finalmente, lo encendió, dejando que la llama nos diera una ligera idea del lugar en el que estábamos. Se puso en pie y alumbró, extendiendo el brazo, lo que teníamos más próximo.

—Necesitamos encontrar algo que podamos encender—dije alargando la mano, alcancé la puerta que teníamos a un lado que parecía ser de la cocina. Entramos y comencé a palpar los armarios que había por allí. Toqué los cajones, abrí uno y coloqué la mano sobre los cubiertos. Emily apagó el encendedor unos instantes.

—Me he quemado—dijo cambiándolo de mano. Volvió a encenderlo. Abrí el segundo cajón y encontré unas cuantas velas. Inmediatamente, acerqué una hacia la llama y la prendí. Emily respiró aliviada, apartando su dedo del pulsador. Le di dos velas a ella y la otras cuatro las sujeté yo.

—Colócalas donde puedas—le acompañé fuera de la cocina e intenté repartir las luces por la estancia principal.

Una vez las velas mantuvieron la habitación alumbrada, nos miramos. El agua golpeaba fuertemente el tejado. Una gotera caía por un lado de la habitación cerca de la chimenea. La puerta permanecía como la habíamos dejado. No habíamos olvidado de que alguien nos acechaba. Me acerqué a una mesa que había a un lado de la entrada y la arrastré hasta allí bloqueando el paso. Emily se acercó a la chimenea y miró a su alrededor. Había troncos y ramas pequeñas.

—¿Por qué no la encendemos?

—Déjate de chimeneas, Emily. Eso es lo de menos. No hace tanto frío—me quité el chubasquero totalmente empapado. Ella hizo lo mismo y los dejamos en el suelo. Se sentó en el sillón que había junto a los troncos. La miré. Fui hacia ella, me senté a su lado y se echó a llorar sobre mi hombro.

Estábamos en la habitación, sin saber qué hacer. Robert se había tumbado sobre la cama y Adam estaba sentado en una silla junto a Luke, repasando una y otra vez todos los documentos, como si fuera a encontrar algo nuevo. Me levanté y miré por la ventana. Ninguno se atrevía a hablar. Sé que le decepcioné cuando apoyé a Adam en su punto de vista. Había

recuperado a Robert y quería dejar que las cosas volvieran a su cauce, que el pasado permaneciera enterrado. Adam se levantó y se acercó a la ventana donde yo estaba.

—Hay una cosa que no os he dicho, Oliver—susurró. Mi hermano se había dormido y Luke, permanecía demasiado enfrascado en sus papeles, tomando notas, como para prestarnos atención.

—¿De qué estás hablando?—Hizo que me intrigara

—Regresé a esa cabaña.

—¿Cómo?—No daba crédito a lo que estaba escuchando. Pero, ¿cómo? ¿por qué?

—No lo sé—comenzó a decir entre espaciados silencios. Dejé que se tomara su tiempo y hablara—Aquella noche, cuando vi... salí corriendo de allí como pude. Me perdí en el bosque hasta que encontré la carretera y paré el primer coche que encontré. Regresé a Topeka haciendo auto-stop, totalmente desencajado. Aún me acuerdo de la cara del camionero y la preocupación que tenía por mí. Pensaba que me había ocurrido algo. Quería llevarme a la policía pero simplemente le dije que estaba intentando regresar a casa. Se desvió incluso de su ruta para traerme. Mi madre pensaba que me había marchado para no volver. Ya ni me acuerdo de la hora que era, pero estaba amaneciendo cuando llamé al timbre. Me prometió que no le diría nada a mi padre y ahí quedó todo. Yo no era un chico rebelde ni de los que hacían ese tipo de cosas.

—¿Por qué volviste?

—¿No lo hubieras hecho tú?

—No lo sé, Adam. Si tan duro fue para ti para que no seas capaz ni de contarlo estoy seguro de que no hubiera regresado—Adam asintió, entendiendo mi respuesta.

—Necesitaba encontrar una respuesta. Necesitaba saber por qué habían hecho eso.

—¿Y lo descubriste?—negó con la cabeza.

—Vi a tu padre saliendo del lago arrastrando el cuerpo de una mujer

por el pelo. Sonreía mientras llamaba a mi padre y a los demás. Y allí estaba aquel chico, cavando una zanja frente a la casa, con la mirada perdida, ajeno a todas esas risas pero siendo partícipe de ese secreto—cerré mi puño con fuerza. Sentí rabia—Yo estaba escondido detrás de unos arbustos. No quise acercarme más a la casa.

—¿Cómo llegaste hasta allí? —volví a meterme en la furgoneta, pero cuando se metió en el camino de tierra que llevaba a la cabaña, no recuerdo en que momento, salté sin que me viera. Le había dicho a mi madre que me quedaba en casa de un amigo, así no tenía que preocuparme por volver, pero no pude estar mucho más tiempo allí.—No supe como encajar todo lo que me estaba contando. Intenté desviar la mirada, pensar en algo más. Adam notó ese distanciamiento—Estaban matando gente, Oliver—tragué saliva.

Empecé a sentir miedo por como se estaba desarrollando todo. ¿Qué es lo que íbamos a acabar descubriendo? No pensé que mi padre fuera capaz de hacer lo que me estaba contando Adam. Me convirtió en alguien frío, pero en esos instantes, comencé a verlo de otra forma. Ya no era el monstruo con el que había tenido que enfrentarme. Adam parecía estar desahogándose conmigo, sacando afuera todo aquello y se lo agradecí, aunque me revolviere el estómago.

—Tienes que contárselo a Luke, Adam—Ni siquiera se había inmutado. Continuaba absorto en los informes intentando descubrir algo. Buscar un hilo del que tirar.

—Si no lo he dicho antes era porque tenía miedo. No sabía como reaccionarías si te decía que vi a tu padre...

—¿Qué más da eso, Adam? Ya dijiste que era un asesino, ¿qué iba a cambiar esto?

—No lo sé, nunca había hablado de esto antes.

Acerqué a Adam junto a la mesa e hice que Luke levantara los ojos de sus papeles.

—Has de escuchar esto—dije antes de reunirme con ellos. Robert se incorporó y se sentó con nosotros. Luke, tras escuchar su confesión, colocó su mano sobre la muñeca de Adam y le ofreció todo su apoyo y ayuda. Nos

contó con más detalle lo mismo que me había confesado momentos antes. La animosidad con la que hablaban, como mi padre arrastraba aquel cadáver hasta la zanja que estaba cavando ese chico, como se limpiaba las manos en sus pantalones y agarraba una cerveza.

—¿Veis como tenéis que hacer que esto se sepa? Hay que encerrarlos—los dos asentimos, aunque Adam sentía miedo. Sabía que exponer todo eso iba a ponerle en el centro de la noticia. Al fin y al cabo, nadie tendría por qué saber lo que me hizo a mí mi padre, simplemente con el testimonio de Adam... pero seguía siendo su palabra contra la de aquellos hombres. Sería complicado—Necesitamos algo más. Su palabra no va a servir de nada si no encontramos algo que lo refuerce—terminó diciendo.

—Luke, Emily y Nick están en esa cabaña. Tal vez...—le dije. Se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas por la habitación pensando en cómo comunicarse con ellos.

Luke parecía interesado en las películas de 16mm de las que Adam habló la primera noche que fue a la cabaña. Había quedado claro que mostraba al grupo de soldados haciendo atrocidades, pero poco más pudo decir de ellas. La segunda vez, solamente vio a mi padre y la complicidad con el resto. Eso significaba mucho más.

Luke no sabía qué hacer, lo vi en sus ojos. El padre de Adam vivía a escasos minutos de dónde estábamos. Supe por su mirada que le hubiera gustado ir allí y matarlo el mismo, arrancarle las tripas. Quizás eso sea lo que yo pienso y él solamente se limite a detenerle.

—¿Puedo salir de aquí?—preguntó Robert.

—No—respondió Luke.

—No puedo estar aquí dentro, necesito que me de el aire, me estoy ahogando.

—Luke, deja que salgamos ahí fuera. No va a pasar nada.

—Oliver, no fuerces las cosas. Mira lo que te pasó en la puerta de tu habitación.

—Tienes razón, pero no podemos estar encerrados mucho más tiempo.

—Robert, ve al baño y abre la ventana—Mi hermano, a regañadientes, se enfadó, se metió dentro y cerró la puerta. Miré a Luke de no muy buena gana.

—¿Qué?—me preguntó como si quisiera que me enfrentara a él.

—Pues que podían habernos disparado en cualquier momento, Luke. No hacía falta que fuera en la puerta de la habitación, pero no lo han hecho.

—¿Y si ahora lo hacen?¿quieres arriesgarte?¿queréis arriesgaros?—incluyó a Adam en la conversación. No le dijimos nada más. Tenía su parte de razón pero era cierto que si nos quisieran muertos ya lo estaríamos. Abrí la puerta del baño con cuidado y me encontré a Robert, fumando, nervioso, con la ventana abierta. Me miró.

—¿Desde cuándo fumas tú?—recordé la noche en la que le vi por primera vez al llegar a Fairmont.

—¿En serio crees que papá hizo todo eso?—dijo desviando la conversación hacia otro lugar. Cerré la puerta y guardé silencio.

—Has creído todo lo que yo te he contado, ¿verdad?—él asintió—Entonces que no te quepa la menor duda de que fue capaz de todo eso y más—Robert se desmoronó.

No sé qué era peor. Tener un padre que abusara de ti o darte cuenta de que era un asesino y que disfrutaba de ello. Tal vez el no sentir tan real aquella historia me impedía verla con los ojos con los que yo sufrí la mía propia. Comprendía que para Robert todo se estuviera convirtiendo en un camino al infierno.

—Me siento incómodo Oliver.

—Te entiendo.

—No, pero no es por eso, no es por lo que te imaginas. Tú intentaste protegerme, pero ¿qué crees que habría pasado si no hubieras estado? ¿si no te hubieras preocupado por mí? Si me hubiera pasado lo que te hizo a ti—intentaba decir entrecortadamente, fumando, como si la vida le fuera en cada una de las caladas.

—No pienses en eso ahora, Robert. Y deja de fumar como un

desesperado—traté de quitarle el cigarrillo de las manos, pero él, rápidamente, lo impidió.

—Te juro que si no fumo ahora, mato a alguien.

—¿Cuando empezaste a fumar?—preferí cambiar de conversación.

—¿Y qué más te da a ti? Tú fumabas con tus amigos—me hizo recordar aquellos tiempos. Era cierto, lo hacía pero fue más la imagen que quería dar que otra cosa. Cuando empecé a pasar más tiempo con Nick apenas lo hacía. No podía hacerlo en su casa, le tenía demasiado respeto a su padre así que poco a poco fui dejándolo.

—¿Qué piensas que va a pasar ahora? Ojalá acabara esto ya y podamos tener una vida tranquila—pensaba lo mismo que él. Era lo único que quería, pero visto el cariz que estaban tomando las cosas...

Me levanté del sillón. Podíamos movernos con cierta facilidad, aunque no conocíamos el lugar y la parcial oscuridad entorpecía un poco nuestra búsqueda, pero realmente ¿qué queríamos encontrar?

—¿Qué es lo que estamos haciendo aquí, Emily?—se encontraba ya un poco más tranquila. Miró a su alrededor, intentando buscar algo.

—Pues...—se puso en pie.

El salón no era muy grande. Todas las paredes eran de madera. Junto a la chimenea estaba el sillón en el que estábamos sentados, y frente a ella, otro un poco más grande. Había varias estanterías con libros y algunos trofeos, un gran aparador pegado a la pared opuesta a la chimenea y al lado de la puerta, cuatro sillas. La mesa seguía atrancando la entrada. No había mucho más. Había tres puertas más, cerradas, y la de la cocina que ya habíamos visto.

Se acercó a las estanterías y comenzó a ojear los libros. Acercó la vela que había dejado sobre el aparador pero no había nada que llamara la atención. Todo estaba acumulando polvo. Me levanté yo también y me agaché a buscar en los armarios del mueble, a su lado.

—Pero no sé lo que hay que buscar, Emily.

—Lo que sea. Cualquier cosa que pienses que puede tener que ver con

el padre de Oliver—pero todo eran trastos y cosas inservibles. Cuerdas, herramientas, algún que otro cenicero... en uno de los armarios encontré una cámara fotográfica.

—¿Te sirve esto?—le pregunté con una sonrisa pasándosela. Cogió la vieja Polaroid, sin mucho entusiasmo.

Miré hacia arriba, como si pensara que el techo iba a venirse abajo. Parecía muy endeble y la tormenta no cesaba. Emily también tuvo la misma sensación. Seguimos rebuscando en el mueble pero no había nada más. Me acerqué a una de las tres puertas que había en la habitación. La abrí. Acerqué la luz a su interior. El olor a cerrado era demasiado intenso. Tuve que llevarme las manos a la nariz para tratar de respirar. Había una cama a un lado con un cabecero metálico bastante grande. Una mesa con dos cajones y una silla. Nada más. Cerré la puerta.

—Emily, en esta casa no hay nada.

—¿Y por qué nos han seguido hasta aquí entonces?—quizás nos estuvieran siguiendo, pero ¿por qué entonces matar al guarda? ¿Era una amenaza? ¿Nos buscaban a nosotros realmente? Emily seguía revolviendo entre unos papeles y viejas revistas. Me acerqué a otra de las puertas. Era un baño. Nada que buscar allí. La tercera puerta era otra habitación con una cama doble. Entré intentando mantener la respiración y me acerqué a los cajones de las dos mesillas de noche colocadas a ambos lados de la cama. En la izquierda no había nada, pero la de la derecha estaba cerrada con llave. Salí de la habitación.

—¿Qué buscas?—Emily vio como escudriñaba en cualquier parte como si intentara encontrar algo.

—Hay un cajón cerrado con llave—intenté forzarlo un poco pero no cedía, así que tenía que buscar algo con qué abrirlo. Fui directo a la cocina y tropecé con una tabla del suelo. Casi me caigo. Abrí el cajón en el que había estado buscando las velas anteriormente y saqué un cuchillo. Regresé a la habitación y me senté en la cama. Traté de meter el filo en el hueco de la cerradura y forcejeé hasta que finalmente conseguí romperla. Estaba vacío. No había nada.

No sé qué es lo que esperaba encontrar pero me sentí decepcionado.

Miré a mi alrededor. Un viejo espejo, dos cuadros colgados en la pared, una cómoda. Me acerqué allí, comencé a abrir los cajones, pero sólo había ropa vieja, sábanas, nada más.

—Aquí no hay nada—salí de la habitación. Ya había terminado con el aparador, así que nos quedamos un tanto frustrados.

—¿Qué hacemos ahora?—me miró sin saber darme una respuesta. Realmente pensaba que allí daríamos con algo que nos ayudara a esclarecer lo que ocurría con aquellos hombres, pero todo eran conjeturas.

—Todavía llueve, Nick—no dejábamos de escuchar el sonido de las gotas contra la madera.

—Lo que necesitaríamos sería abrir las ventanas y dejar que entrara la luz. Así es imposible que podamos ver bien—no soportaba estar quemándome con la cera caliente que iba derritiéndose sobre mi mano.

—No podemos abrir.

—Ya lo sé, ya, era sólo que necesitaríamos tener luz para intentar poder ver algo más. Con esto es imposible que encontremos nada—Fui hacia la cocina para ver si encontraba algún candil, algún quinqué o portavelas, porque por allí no habíamos encontrado nada parecido. Había luz en la cabaña, pero tampoco encontrábamos la caja de fusibles para poder encender las bombillas. Seguramente la tendríamos frente a nuestras narices. Me acompañó hasta la cocina, y volví a tropezar con el tablón de madera.

—¡Joder!—me fui de bruces contra el suelo. La vela que sujetaba también cayó y se apagó. Emily alumbró con la suya al suelo y cuál fue mi sorpresa cuando en lugar del tablón, que yo había imaginado, había una pequeña trampilla. Me incorporé rápidamente y los dos nos quedamos mirándola. Tenía un pequeño candado metálico, algo oxidado, que era con lo que realmente había tropezado. Lo toqué, estaba muy oxidado, lo agarré con fuerza intentando tirar de él, pero era imposible que pudiera abrirlo con la mano. Me levanté, apenas iluminado por la luz que teníamos y fui a buscar algo con lo que abrirlo. Cogí un tronco no muy grueso de los que se apilaban junto a la chimenea y regresé.

Lo agarré y cogí también la bolsa con bengalas que Emily había dejado

en el suelo al lado de su bolso. Regresé a la cocina y dejé la bolsa a un lado y mientras Emily se apartaba, comencé a golpear con fuerza el candado. Al final conseguí partirlo. Dejé el tronco en el suelo, me agaché, al tiempo que Emily hacía lo mismo, y con cierta dificultad pude abrir la chirriante trampilla. La oscuridad era casi absoluta, hasta nosotros llegó un repugnante olor a cerrado. Tan sólo una escalera de madera deslizándose hacía abajo sin que pudiéramos saber dónde terminaba.

En ese mismo instante, escuchamos el motor de un vehículo acelerar. Algo impactaba contra la fachada de la cabaña. Tenía que ser el Land Rover que estaba aparcado frente a nosotros. De inmediato, abrí completamente la trampilla y me apresuré en meter a Emily allí adentro, tanteando los peldaños de madera que descendían. Asustada, cayó cuando apoyó su pie sobre el tercero. Se desplomó contra el suelo. Apenas podía verla, pero sus quejidos me tranquilizaron. Sólo había sido un golpe.

Aquel vehículo, que había abierto una enorme brecha a un lado de la entrada, volvió a insistir embistiendo de nuevo, al tiempo que yo me metía por el agujero, cogiendo las bengalas y cerrando la trampilla. Destrozó gran parte de la fachada y aceleró atravesando parte del salón en el que momentos antes habíamos estado. La cabaña quedó completamente derruida. Desde allí abajo, podíamos oír como el coche, a modo de ariete, había destrozado todo a su paso. El olor era intenso, una extraña amalgama entre descomposición y óxido nos invadía. Emily, asustada, se agarró a mí, que me mantenía firme bajo la misma trampilla, rezando para que el suelo de la cabaña no cediera y todo cayera sobre nosotros. Tras tres impactos más, el vehículo se detuvo. Nos mantuvimos prácticamente sin respirar. Escuchamos la puerta del Land Rover abrirse, unos pasos cruzaban entre los escombros de la casa. Después de unos cuantos minutos buscando entre los restos de lo que había sido el lugar que nos cobijó de la lluvia, las pisadas comenzaron a alejarse hasta que desaparecieron.

Estábamos a oscuras. La vela que Emily llevaba en las manos se había apagado al caer al suelo. Había humedad bajo nuestros pies. Comenzamos a mover la cabeza a nuestro alrededor pero era imposible vislumbrar nada. Todo estaba completamente oscuro. Me agaché al suelo, y toqué junto a mis pies la bolsa de bengalas.

—¿Qué haces?—me preguntó ella asustada, sin soltar mi suéter.

—Voy a intentar encender una cosa de éstas.

—Pero ¿sabes hacerlo?

—No creo que sea muy difícil, Emily—cogí una con las manos. Quité el tapón y se encendió una luz rojiza chispeante. Extendí el brazo y fui iluminando el pequeño cubículo en el que nos habíamos metido.

Las paredes eran de madera. Él suelo también, pero se filtraba tierra mojada entre las grietas de los tablones. A un lado de la escalera había un armario cerrado, una mesa de madera con una silla y junto a ella un montón de herramientas tiradas en el suelo. Sobre la mesa unas pequeñas cajas de zapatos, un candil y una cámara fotográfica. Seguí iluminando más allá de la mesa y Emily tras emitir un grito sordo se agarró con fuerza a mi cuerpo, escondiendo su cabeza entre mi pecho. Iluminé en esa dirección y pudimos observar algo que jamás borraré de mi memoria. Junto a la pared, esposados al cabecero de una cama, había dos cadáveres de los que únicamente quedaban los huesos.

—¡Dios!—exclamé en voz baja. Coloqué mi mano sobre la cabeza de Emily para que sintiera que no estaba sola. Ninguno de los dos queríamos seguir viendo esa imagen. Sólo eran dos niños a juzgar por el tamaño de los huesos. Cerré los ojos. No había nada más allí abajo.

Después de que Robert se tranquilizara, salió del baño junto con su hermano. Volví a llamar a mi jefe y le conté todo lo que nos había relatado Adam. Independientemente de que tuviera o no relación con el asesinato de Joseph Kenner, esos hombres deberían estar entre rejas. Thomas enmudeció, no supo qué decirme. Estaba totalmente desconcertado.

Me arriesgaba contándole todo lo que habíamos descubierto pero era el único que podía ayudarme. Si no hubiera sido por él ya estaría en Washington. El problema era cómo desenmarañarlo todo sin que nadie entorpeciera la investigación.

Si todo eso salía a la luz, iba a haber una gran tormenta en la que nadie querría verse envuelto. A nadie le importaba ya que Joseph Kenner abusara

de su hijo si se descubría que los cinco hombres eran cómplices de asesinato. Le conté que hablamos con Steven Fisher y que algo sucedió con su padre, pero Thomas le quitó importancia. Le pedí que investigara su muerte ya que no encontraba nada en la documentación que tenía.

Creo que era la primera vez que mi jefe estaba completamente bloqueado, incapaz de poder actuar por propia iniciativa. Para mí no fue tan difícil sentirme así, era como me había estado sintiendo desde que puse los pies en Fairmont. Me dijo que nos hospedáramos aquella noche en el motel y que viajaría a Topeka en lugar de a Indianápolis. Insistió en que no me separara de Adam ni de Oliver. Mañana por la mañana llegaría.

Me senté sobre la cama. Adam daba vueltas por toda la habitación sin dejar de pensar en lo que había significado ese secreto en su vida y en lo mucho que se esforzó para que siguiera oculto intentando comenzar una nueva vida, pero al saber también del sufrimiento de Oliver y reviviendo las dos veces en las que estuvo en esa cabaña, todo se volvía tan real que no iba a ser capaz de enterrarlo de nuevo.

Adam quería regresar a casa pero le dije que tenía que estar con nosotros, era lo más seguro para él y para su familia, al menos hasta mañana por la mañana. Notaba que estaba preocupado, ¿quién no lo estaría? Robert quería llamar a su madre pero le dije que lo más seguro era que no dijéramos a nadie dónde estábamos. Cuanta menos gente lo supiera sería más seguro. Sólo Thomas sabía que estábamos en aquella dirección.

Volví a pensar en Jessica y en por qué me había mentido. No entendía su comportamiento, por mucho que tratara de hacerlo. Miré el reloj de la mesilla al lado de la cama. Iban a ser las siete.

Empecé a preocuparme. No sé cuantas veces llamé a mi hijo al motel, pero nadie contestaba al teléfono. En cualquier otra situación o lugar, no me habría preocupado, pero en Fairmont, con todo lo que estaba sucediendo, no podía evitarlo. No sabía qué hacer o a quién llamar. Después de mi entrevista de ayer con Clinton Roberts, poca gente quedaba en el pueblo con la que pudiera hablar o relacionarme. Pensé en volver a ver a Vivianne pero era tarde, tendría que esperar a recibir noticias de Nick.

No había ninguna ventana. El aire comenzaba a espesarse y el olor a cerrado era casi irrespirable. Había encendido ya dos bengalas más. No duraba demasiado aquella luz. Nos acercamos a la mesa y encendimos un candil que encontramos con una de ellas. Una bombilla colgaba del techo pero tampoco pudimos encontrar ninguna caja de fusibles ni tampoco había a la vista ningún interruptor, así que nos conformamos con el candil. Comenzamos a buscar entre todo lo que había allí. Emily cogió la cámara de fotos y observó que todavía tenía un carrito en el interior.

La primera de las cajas que abrí, estaba llena de recortes de periódico de los años 50. Todos referentes a las hazañas bélicas de los cinco combatientes. Diferentes periódicos de distintos estados, todos ellos encumbrando a sus protagonistas. La segunda de las cajas también estaba repleta de recortes pero de otra índole, todo eran anuncios de personas desaparecidas y también eran de la misma época.

—Mira esto, Emily—le pasé los recortes pero no tenía ni idea de lo que significaban.

—¿Qué es?—pasó una tras otra, pero eran simples imágenes de hombres y mujeres desaparecidos. Me acerqué al armario, abrí las dos portezuelas y vi en su interior varias cajas de madera y botellas vacías. En una de las cajas se encontraban apiladas cintas de 16mm. Cogí la caja y la llevé a la mesa. Saqué una de las cintas y acerqué la película a la luz. En los fotogramas que iluminé, podían verse unas manos sujetando la cabeza de un chico. Me sorprendí. Inmediatamente fui desplazando la cinta hasta que vi como aparecía una pistola. Emily vio mi expresión y comenzó a temblar.

—Nick, ¿qué ocurre?

—Espera un segundo—dije totalmente absorto en las imágenes. Vi como uno de esos hombres que habíamos visto en las fotografías apretaba el gatillo de su pistola sobre la cara de un chico—¡Dios mío!—dije dejando que me agarrara la película. Hizo lo mismo que yo. Se quedó muda. La recuperé y la guardé junto con las otras cinco películas. Había también un equipo de proyección y un magnetófono en el armario.

¿Qué era todo aquello? ¿Qué había sucedido en esa casa? Después de

haber vivido lo que le ocurrió a Oliver no estaba preparado para nada más. Comencé a sentir náuseas. Quería dejar de pensar. Emily me abrazó y sentí su cuerpo tiritando.

—Por favor Nick, sácame de aquí—comenzó a llorar. Traté de calmarla pero teníamos que salir de aquella tumba. Apenas podía respirar, intenté cubrirme la nariz y la boca con la manga de mi suéter. No sé cuánto tiempo llevarían los cadáveres allí. Quizás las condiciones del habitáculo actuaron demasiado rápido o demasiado lento, no lo sé, todo era demasiado confuso.

—Nick, por favor, vayámonos—regresé a la mesa. Miré a mi alrededor pero la única forma de escapar de la habitación seguía siendo por la trampilla.

Me coloqué justo debajo pasándole el candil a Emily y comencé a subir, esquivando el peldaño roto por el que había caído ella. Llegué hasta arriba y traté de empujar con las manos pero ni siquiera se movía. Subí un poco más y lo intenté de nuevo inclinando mi cabeza y colocando mis hombros sobre la madera, pero seguía sin moverse. Era como si hubiera caído una viga o algo sobre ella. Desistí y bajé al suelo.

—Es imposible moverla—me sentí decepcionado. Continué mirando a mi alrededor.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Espera, déjame pensar—le agarré la luz de las manos y acercándome a las paredes, toqué los tablones de madera completamente ajados que las cubrían y comencé a introducir mis dedos entre las grietas, aprovechando su mal estado.

—¿Qué vas a hacer?—me miró confundida. Conseguí arrancar uno de ellos no sin cierta dificultad. Una vez tuve uno fuera, fue fácil ir desmontándolos.

—No vas a poder. Toma, coge esto—me dijo agarrando del suelo una pequeña hacha cubierta de telarañas junto con unas palancas de metal oxidado.

—¡Espera!—la tierra mojada iba abriéndose camino. Los tablones iban amontonándose a un lado en el suelo hasta que finalmente, el hueco que

había dejado era lo suficientemente grande como para que pudiéramos salir por allí. Me acerqué a ella y cogí el hacha y una de las palancas. Comencé a picar sobre la tierra, y Emily al verme, hizo lo mismo, agujereando con otra de las palancas, aunque sus intentos por arrancar la tierra entorpecían mis movimientos

—Aparta—insistí una vez, y otra, y otra, picando con el escaso filo que tenía hasta que la tierra comenzó a caer al suelo.

La suerte que tuvimos es que debido a las recientes lluvias o a la climatología del lugar, la tierra estaba húmeda, y no era demasiado difícil apartarla, pero pensaba que sería mucho más fácil. . La tormenta volvía a arreciar con fuerza filtrando el agua por el techo del habitáculo. Nos estábamos empapando.

—Emily, guarda las fotos y las películas para que no se mojen— regresó a la mesa y lo metió todo dentro del armario. Volvió para alumbrarme rápidamente.

Pasada una hora, tuve que sentarme en la silla. Estaba cansado de estar arrancando piedras, raíces y tierra embarrada. Emily intentó relevarme, pero apenas podía seguir mi ritmo, así que desistió. Miraba hacia el agujero y veía que iba a ser imposible seguir por allí.

Nos quedamos los dos en silencio, ella apoyada junto a la pared, yo sentado. El candil estaba en el suelo sobre un montón de tierra para que no se humedeciera, cerca del agujero que habíamos comenzado a abrir en la pared.

La imagen era totalmente desoladora. Me sentía cansado. Emily me miraba, buscando mis ojos entre la tenue luz, pero yo tenía la vista puesta sobre aquellos dos cadáveres, recostados sobre la cama como si nos estuvieran observando. Me sentía abatido. Volví a levantarme a pesar del cansancio y continué quitando tierra con ayuda de la palanca, hurgando entre la tierra. Emily, una vez el agujero fue de mayor tamaño, cogió otra y me ayudo intentando cavar un pequeño túnel por el que subir al exterior.

Golpeé con fuerza lo que parecía una piedra. Traté de bordearla para apartarla con mayor facilidad hasta que comprobé estupefacto que lo que acababa de sacar de la tierra era un cráneo humano. Cayó al suelo. Emily gritó con fuerza. Me paralicé. Sentí el miedo en mis ojos, el pánico. Todas

mis extremidades estaban entumecidas y agarrotadas pero tuve que sacar fuerzas de donde pude y continuar cavando.

Una decena de huesos entorpecieron nuestro camino, pero tuvimos que mantenernos fuertes y evitar que aquello nos desmoronara.

Tenía prácticamente medio cuerpo dentro del agujero pero no podía más. Ya había desistido de la palanca y ahora sólo me estaba ayudando con mis manos. Emily iba apartando toda la tierra que caía al suelo e iba amontonándola dejando los huesos a un lado, aterrada, sin querer tocarlos. Estaba exhausto y mis manos estaban ensangrentadas. No había forma de continuar-

—No puedo más, Emily. Es imposible. Tardaría dos días en poder abrir un agujero hasta arriba—dije saliendo de allí y sentándome sobre la tierra, completamente desanimado. Ella no sabía qué decirme.

Miré hacia arriba. Por la trampilla era imposible, pero tal vez... Me levanté y acerqué la mesa justo hasta dónde estaba. Emily no entendía nada. Cogí el hacha y me subí encima. Comencé a atizarle a los tablones que tenía sobre mi cabeza, intentando agrietarlos. No fue muy difícil, menos de lo que esperaba.

Poco a poco comencé a abrir un pequeño hueco a través del cual se filtraba el agua. Caían astillas que iba apartando y trataba de cubrirme los ojos para que no me cayeran las gotas de agua que se deslizaban entre las grietas.

—Ten cuidado—Fui apartando poco a poco, más y más tablones hasta que el agujero fue lo suficientemente grande como para cupiéramos por allí. Con un poco de esfuerzo, me encaramé entre las tablas y saqué la cabeza intentando ver un poco en la oscuridad. Apenas podía verse mucho. A mi alrededor, la cabaña estaba totalmente destrozada, como si un tornado la hubiera arrasado. Bajé de nuevo hasta el suelo.

—No hay nadie, podemos salir—me acerqué al armario y cogí las películas y las metí dentro de las cajas y fui hasta la mesa de nuevo—¿Quieres subir tu primero, Emily?

—No, sube tú.

—Toma—le pasé las cajas. Las sujetó mientras yo me encaramaba por aquel agujero hasta que llegué a arriba.

Miré a mi alrededor, y poco a poco fui acostumbrándome a la oscuridad de la noche. Me agaché y tomé la caja que Emily me alcanzaba y cuando la dejé en el suelo, la cogí por las manos y la ayudé a subir. Una vez los dos arriba, vimos el coche atascado entre los escombros de la cabaña. Emily se apresuró a recoger del suelo de lo que había sido la cocina su bolso completamente empapado.

—Vámonos de aquí—alcancé unas tablas de madera de lo que quedaba del porche y cubrí el hueco. Cogí las cajas del suelo y comenzamos a caminar con cuidado por la senda por la que habíamos llegado por la tarde. El cuerpo del guardabosques no estaba. Eché la vista atrás intentando dar un último vistazo al lugar y nos apresuramos bajo la lluvia, a escapar de allí.

Tuve que alejar mis pensamientos y ser fuerte para poder salir de una pieza. El Nick Hamilton que salía de aquel cementerio era un total desconocido para mí. Siempre me había mantenido a la sombra de mi padre, incluso de Oliver. Nunca había vivido ningún tipo de violencia, salvo la noche en la que Joseph Kenner me agarró en el bosque. Ver esos cadáveres, tener que abrirme camino entre huesos humanos y descubrir aquellas películas me había perturbado intensamente. Traté de ser fuerte delante de Emily y que no intuyera mi estado de ánimo, pero por dentro estaba muerto de miedo.

Jueves, 11 Junio 1959

Oliver cada vez más se alejaba del que era, para convertirse en el que es. Había limado alguna que otra aspereza con su madre, principalmente por la insistencia de mi padre que no tenía ni idea de lo que había sucedido y por otro lado por el cariño que sentía por su hermano y al que no quería involucrar en las desavenencias que tuviera con ella.

Independientemente de eso, su vida se apartaba de esa casa. La temporada de fútbol había terminado y a pesar de la negativa de mi padre, comenzó a trabajar algunas tardes en el taller de Richard Lumis. Intentaba guardar algo de dinero para ayudar a su hermano. Sabía que sin su padre en

casa, tampoco tenían tanto ahorrado como para poder vivir de rentas. Tarde o temprano necesitarían ayuda y quién mejor que él para cuidar del pequeño. Ni siquiera se lo dijo a su madre, aunque se enteró, por descontado que lo hizo viviendo en un pueblo como ese. Se enteró por los vecinos y por los chismes que se cocinaban en el lugar y aunque intentaba disimular le dolió descubrirlo de esa forma.

Emily seguía con Carson. No se relacionaba con nadie del pueblo por no caer en las reglas de aquella América anclada en otro tiempo que se negaba a evolucionar. El que yo llegara fue para ella como una oleada de aire fresco que recargaba de ilusión sus pulmones para ambicionar un mundo mejor.

Quizás Carson le estuviera ayudando a volver a poner los pies en el suelo, porque, a pesar de ser otro chico más del pueblo, deportista y guapo, Carson también tenía inquietudes por salir de Fairmont, y quizás ella se viera reflejada en él.

No la veía todo lo que me gustaría, aunque pasaba tiempo con ellos y los amigos de Carson. Eran buenos chicos y me sentía como uno más. Con ellos no me comportaba como un crío y agradecía que mi padre me hubiera ayudado a madurar a mayor velocidad, porque gracias a ello podía saber estar con gente diferente, con otras mentalidades y otros valores.

El 23 de Junio era el cumpleaños de Oliver. Cumplía 18 años. Quería organizarle una fiesta sorpresa. Se lo dije a mi padre y a Emily, y aunque ella no parecía demasiado entusiasmada, me apoyó de igual manera que lo hizo papá. Sé que a Oliver le faltaba algo así para sentirse bien. Habíamos pasado por muchas cosas juntos durante los últimos meses y algo como eso podría animarle. Sería algo bonito. Podría pedirle a sus amigos que vinieran, su novia, que estuviera su hermano, algunos de los chicos del equipo... a mi me hubiera gustado que mis amigos me hubieran hecho algo así alguna vez, pero nunca había tenido amigos como ellos.

Miercoles, 26 Octubre 1983. Parque Natural Shawnee, Illinois.

Llevábamos un buen rato caminando. Emily apenas podía continuar, no podía aguantar mi ritmo, pero no podíamos arriesgarnos a que nos descubrieran. Quien disparó al guardabosques aún podía estar buscándonos.

Me pareció demasiado fácil el que desapareciera de esa forma. Tan sólo miró entre los escombros que quedaban de la cabaña y continuó adelante. ¿Cómo pensó que habíamos escapado? Las ventanas estaban cerradas. No había forma de salir de allí. Alguien trató de matarnos y simplemente desapareció.

La lluvia amainaba. Continuábamos caminando escondidos tras la primera hilera de árboles que bordeaban la carretera, tratando de recordar el camino por el que habíamos llegado. La noche era cerrada, lo que jugaba a nuestro favor, pero al mismo tiempo dificultaba nuestra escapada.

—Tengo frío, Nick—Emily intentaba cerrarse la cazadora que llevaba, pero era cierto que la lluvia había hecho que la temperatura bajara un poco. Me detuve y esperé a que se colocara a mi altura. La rodeé con el brazo intentando darle calor—¿No podemos descansar un rato?

—Emily,—miré a un lado y a otro—no deberíamos quedarnos aquí.

—Por favor, aunque sean cinco minutos—me arrastró hacia un tronco haciendo que dejara las cajas que llevaba entre manos en el suelo.

Se sentó sobre unas piedras y apoyó su cuerpo sobre la corteza de un tronco. No quería detenerme, pero también necesitaba descansar un rato. Estaba realmente cansado. Apenas podía sentir las manos lastimadas por el esfuerzo al arrancar toda aquella tierra. Me senté a su lado y apoyé mi cabeza sobre su hombro, cerrando los ojos irremediabilmente cuando ella ya los había apagado.

No pudimos evitar quedarnos dormidos en la oscuridad del bosque pegados a una carretera por la que nadie circulaba. Ni siquiera los faros de algún coche podían despertarnos. Dejé que mi imaginación recorriera el vacío que sentía y que el miedo se desvaneciera.

Luke se había dormido. Robert se había echado a su lado, en la cama. Me levanté de la silla en la que estaba sentado viendo como mi hermano cerraba los ojos, Adam me indicó que me acercara hacia él que se encontraba en la puerta. No entendía lo que pretendía.

—¿Te fumas un cigarro conmigo?—me preguntó Adam.

—No fumo—le sonreí—Hace ya tiempo que no lo hago, pero no

podemos salir, Adam. Lo mejor es que fumes en el baño, como mi hermano.

—Son las doce y media, Oliver—se miró el reloj—No va a pasar nada —abrió la puerta con cuidado. Intenté decirle que no lo hiciera, pero se me escapó una sonrisa y le acompañé. Dejamos la puerta entreabierta y nos quedamos junto a ella respirando aire fresco. Llevábamos toda la tarde allí adentro. Adam se encendió un cigarrillo y echó la primera calada. Era como si el humo que exhalaba respondiera a sus ganas de escapar de allí y no verse comprometido en una situación de la que no sabía salir y de la que no entendía cómo había entrado.

—¿Cuánto tiempo llevas con ese secreto?—me preguntó. Me senté en el suelo, en el escalón del porche que rodeaba todas las puertas del motel.

—Nick lo sabe desde que éramos críos pero nunca se lo había dicho a nadie más.

—Es una suerte que tuvieras a alguien a quien contárselo—negué con la cabeza.

—Que va, nos separamos poco tiempo después y desde entonces he estado sólo, de aquí para allá. ¿Cómo pudiste superarlo, Adam? Porque yo no he podido tener mi propia vida—se tomó un minuto para respirar antes de contestarme. Siguió fumando.

—Tuve que olvidar esas imágenes, pensar que mi padre no cometía esas atrocidades. Le veía en casa, actuando con total normalidad... para después irse aquellos fines de semana a la cabaña y convertirse en un asesino. Si no me lo negaba a mi mismo, no hubiera podido conocer a mi esposa y formar una familia.

—Que triste—pensé. Quizás debiera haber hecho lo mismo y esconderlo en algún lugar de mi memoria, pero no pude soportar ver a mi madre tras la puerta. Tal vez si no la hubiera visto, quizás hubiera seguido en Fairmont, hubiera cuidado de ella y de Robert, hubiera trabajado aquí y como bien dijo Adam, tal vez lo hubiera olvidado. —He estado yendo a psicoanalistas y cambiando de trabajo continuamente pero no he podido mantener una relación con una chica más allá de cuatro o cinco meses.

—Yo, sencillamente me refugié en mi madre, mi novia y su familia.

Cuando volví de la cabaña la primera vez, recuerdo que fue un auténtico infierno. No quería salir de la cama. Mi madre quería llamar al médico pero tuve que hacer de tripas corazón y olvidarlo. Tenía que disimular delante de mi padre para que no sospechara que algo ocurría.

—Me pasaba lo mismo. Tenía que disimular por mi hermano. No quería que le pasara lo mismo. No podía contárselo a nadie. La primera vez que ocurrió yo tenía catorce años y él sólo siete. No pensaba que fuera capaz de hacerle daño a un niño tan pequeño, pero cuando me amenazó con que lo haría si no continuaba, me destrozó. Dejé que me hiciera lo que quisiera y a partir de ahí cada vez fue peor.

—¿Tenías novia?

—Sí, pero no era una relación muy estable. Era un crío.

No sé cómo sería su relación con la suya pero desde luego, la mía con Jane fue principalmente de puertas afuera. No tenía confianza con ella más allá de lo que podía unir a un jugador de fútbol y a una animadora. Sabía de sobra que estaba conmigo por quien era, por eso mismo nunca pensé que aquello fuera a tener algún futuro. De hecho, ni siquiera vacilé cuando tuve que dejar Fairmont. Ni pensé en ella. Decidí marcharme al poco tiempo de que Nick y su padre se trasladaran a Nueva York y desaparecí. Emily hubiera sido la chica perfecta, pero fui un idiota.

—No es justo lo que nos ha pasado, Oliver—se acercó a mi lado y se sentó junto a mí. No supe qué decirle. Tenía razón—Al menos tú has tenido suerte—dijo lanzando la colilla.

—¿Suerte?

—No has tenido que volver a verle la cara a tu padre después de todo aquello.

—Me hubiera ido igualmente, Adam. Ver a mi madre era como verle a él. No pude estar en mi casa mucho más tiempo.

—A veces he pensado que si lo atropellaran, que si alguien lo matara, tendría su merecido. No quería pensar mucho más en eso, no me sentía bien conmigo mismo. He tenido que verlo en los mejores momentos de mi vida y quizás eso es lo que me ha ayudado a dejar el pasado atrás completamente.

Mi boda, el nacimiento de mis hijos, cada cumpleaños... y él ahí, con esa endiablada sonrisa.

—Tuvo que ser muy duro.

—Pero lo más duro fue...—.Tan sólo escuché el silencio.

—¿Qué?—noté que algo ocurría. Se levantó y se dio la vuelta como si quisiera entrar en la habitación. Hice lo mismo y lo agarré por el brazo—¿Qué?—se detuvo. Se giró y no pudo mirarme a la cara.

—Esto tampoco lo he dicho antes. Después de todo lo que conté no quería decir nada más.

—¿Qué ocurrió?

—¿Te acuerdas cuando he dicho antes que ese hombre, Cushman, solía venir de vez en cuando con su mujer a cenar con mis padres?—comenzó a decir. Asentí—Una noche, antes del accidente de mi madre, yo estaba limpiando mi coche en el garaje. Me gustaba cuidar de mi deportivo. Sabía que venían a casa y recordaba perfectamente su cara desde la cabaña. No quería estar cerca de ese hombre. Sin darme cuenta, la luz del garaje se apagó, y cuando salí del interior para encenderla, allí estaba, de pie, en la habitación a oscuras. Me quedé petrificado, no podía moverme. Su sonrisa hizo que me paralizara. Y ese “Hola Adam” que me dijo recorrió mi cuerpo como el veneno.

—¿Por qué no le dices a tu padre que te traiga un fin de semana a cazar con nosotros?—me quedé mudo. No supe que contestar.

—Señor, yo...—intenté decir. En ese instante encendió la luz. Se dio la vuelta y se marchó. Me quedé de pie unos minutos pegado a mi coche. Casi me muero de miedo. Me senté en el suelo llorando. Fue la primera vez que pensé en cometer una locura, Oliver—No pude hacer otra cosa que darle un abrazo y dejar que apoyara su cabeza sobre mi hombro. No pude evitar pensar en el puente de Fairmont Hill y en la noche que se cruzó Nick en mi vida.

Admiraba que alguien pudiera haber sobrevivido a aquello y que hubiera podido vivir una vida normal. Pero ¿qué es normal? ¿Quién dice qué lo es? La normalidad simplemente es una apariencia, un concierto social que

nos limitamos a respetar y a seguir del mismo modo que los demás lo hacen. No llegamos a plantearnos qué estamos haciendo, y por qué. Hay personas que deciden apartarse de ese camino. Yo mismo. Yo lo hice. Viví un calvario alejado de la plácida calma. Después de hablar un buen rato con Adam, de que me contara todo lo que sintió esos años, toda su amargura, entendí que no necesariamente se es más feliz siguiendo unas pautas o simplemente, siendo como los demás. El individualismo te permite ser tú, ajeno a los demás o frente a ellos. No es lo que vivimos, sino cómo lo hacemos. Y Adam me enseñó eso mismo. Escondió una realidad tras el miedo y ha vivido una forzada y falsa vida, mintiéndose sobre un pasado del que yo no supe salir. Yo no podía vivir con ello y no podía dejarlo atrás. No pude afrontarlo.

Quizás son formas diferentes de ver la vida, y no sé quién de los dos fue más feliz, si él con aquella familia creada cuyos cimientos podían resquebrajarse en cualquier instante, o yo, un lobo solitario, viviendo con mis propios demonios.

Le prometí que no les contaría nada a los demás. Tal vez conmigo se sintió seguro. De todas formas, eso no afectaba en nada la investigación que Luke estaba llevando. A los dos nos pasó algo similar aunque la experiencia no fuera la misma. Los dos vivimos con dos demonios. Era tarde, lo mejor sería que nos echáramos un rato, pero mi hermano y Luke habían ocupado la cama grande y en la plegable que nos habían dejado, tan sólo cabía uno. Le dije que se tumbara y descansara unas horas, que yo aún podía aguantar un poco más. Volví a salir a la entrada y pensé en la llamada de teléfono que realizó horas antes, la dulzura con la que le hablaba a su mujer, como le daba las buenas noches a sus hijos. Sentí envidia. No tenía a nadie a quien llamar, de quien despedirme. Le cogí un cigarrillo a mi hermano y apagué la luz.

Lo miré, recordando mis años con Simmons y Hartley. Fue la última vez que había probado el tabaco. No, mejor dicho, en Vietnam fue la última vez. Una guerra en la que cada vez que pensaba en ella, volvía a mi mente la crudeza y la maldad del ser humano. Tommy Davenport. Me destrozaba enteramente pensar en aquel chico y lo que le sucedió. Aparté esos recuerdos de mi mente y miré a mi alrededor. Encendí el cigarrillo apoyándome junto a un pilar de madera y le di la primera calada.

El sabor de la nicotina me recordó a Fairmont. Observé las luces que

podían verse desde el lugar en el que estaba. Nunca antes había estado en Kansas. Quería que esto se solucionara cuanto antes. Me ayudó un poco haber estado hablando con Adam. Tantos años de terapia realmente no habían hecho en mí más que acrecentar esa ansiedad por enfrentarme a mi madre, pero no habían conseguido que aprendiera a vivir con lo que me había pasado. En cambio, participar de nuestras propias experiencias fue doloroso y tranquilizante, al menos ese fue el efecto que causó en mí. Dudo que Adam sintiera lo mismo, aunque pudo sentirse libre para compartir conmigo aquella experiencia en el garaje de su casa.

No llevaba reloj, pero serían altas horas de la noche cuando abrí los ojos. Me incorporé, desperté a Emily y le hice reaccionar. No recuerdo cuando dejó de llover, me dormí con el tintineo de las gotas de agua sobre las hojas de los árboles.

—Emily. Tenemos que marcharnos de aquí—agarré las cajas que llevábamos con nosotros. La cogí de la mano y continuamos caminando hasta llegar a la carretera. Era mucho más fácil avanzar sobre el asfalto que entre los matorrales y zarzas.

Jueves, 27 Octubre 1983

Apenas pude pegar ojo. Entré y salí varias veces, pero dormían tan plácidamente que me sentía culpable si les despertaba, así que di dos o tres cabezadas sentado en la silla, pero como no podía conciliar el sueño, salí afuera.

No podía hacerme una idea clara de lo que me había contado. Mi padre arrastrando un cadáver, sonriente, como si fuera algo habitual. ¿En qué se había convertido? ¿Qué tuvo que pasarles a aquellos hombres para que regresaran así de Corea?

Sentí un irremediable impulso por ver amanecer desde el porche. Aguanté despierto hasta que el resplandor comenzó a hacerse presente. Era la mejor luz, los mejores colores, una libertad envidiable. Pasara lo que pasara, siempre iba a amanecer al día siguiente.

Fui caminando hacia recepción. Quería comprar algo para desayunar. En ese momento, entró un chevrolet de color gris y me quedé observándolo. Giré la cabeza y vi como se dirigía hacia nuestra habitación. Detuvo el coche y bajó. Me di la vuelta sin llegar a la cafetería y fui hasta allí. Era un hombre de pelo moreno y ojos castaños y llevaba barba de varios días. No era muy alto. Subió el peldaño del porche y fue entonces cuando le llamé.

—¡Eh!—Se dio la vuelta. Aceleré el paso. Tenía un aspecto un tanto desaliñado—¿Quién eres?

—Me llamo Steven Fisher.

—Ven, ven conmigo—abrí la puerta de la habitación, la golpeé fuertemente y encendí la luz haciendo que todos se sobresaltaran.

—¿Qué pasa?—preguntó Luke.

—Os presento a Steven Fisher—le asusté tanto con mi comentario, que no sabía si mantenerse a mi lado dentro de la habitación o esperar en el porche.

Luke se incorporó rápidamente de la cama. Ni siquiera se había quitado la ropa. Adam se quedó sentado sobre la suya cubierto por las sábanas.

—¿Cómo...?—Luke se dirigió hacia nosotros.

—No sabía si venir, pero me disteis vuestra dirección y desde el momento en que colgué no pude quitármelo de la cabeza.

—Ven, siéntate—le acerqué hasta la silla en la que anteriormente había intentado cerrar los ojos.

Luke prefería quedarse con él un momento a solas y no pusimos objeción. Quizás no quisiera que lo avasalláramos como hicimos con Adam. Se le veía demasiado tímido. Adam se vistió y me acompañó junto con mi hermano a la recepción.

Quería quedarme y hablar con él, también Adam, pero después de desayunar tendríamos tiempo para hacerlo.

Llegamos hasta el pequeño establecimiento al lado del mostrador del motel, pero la puerta estaba cerrada. Miré a través del cristal pero todo estaba a oscuras y no había nadie en su interior. Eran las siete de la mañana.

—¡Joder!—dio un pequeño golpe a la puerta.

—Es muy pronto, Oliver—se miró el reloj. No pensé en ello cuando había decidido ir hasta allí antes.

—Volvamos a la habitación—sabía que Luke quería estar a solas, pero era lo único que podíamos hacer. Cuando llegamos, Steven estaba mirando unas fotografías identificando a aquellos hombres.

—¿Les reconoces?—le preguntó Adam. Luke y Steven volvieron la cabeza hacía nosotros, que nos manteníamos a un lado de la puerta. No respondió. Siguió mirando las fotografías con los ojos cargados de rabia. Cogió una fotografía, la miró bien y volvió a mirar a Adam.

—Él es tu padre—guardé silencio—Y él, el tuyo—tomó otra y me miró a mí. Nos acercamos. Nos dirigimos a la cama, nos sentamos y él giró su silla hacia nosotros.

CAPITULO XV

Me da miedo todo y nada. Miró a través de los días que han pasado y siempre vuelvo al mismo momento. Me convertí en un hombre y en un asesino.

Me llamo Steven, aunque siempre me han llamado “Tortuga”. Mi padre siempre decía que era muy lento en todo lo que hacía y le gustaba reírse de mí. Tenía 13 años la primera vez que me llevó con él a Shawnee. Lo que vi aquel fin de semana anularía cualquier emoción posterior y convertiría mi locura en una forma de vida.

Estar loco no es ninguna aberración, al contrario, es la mayor lucidez a la que se puede llegar una vez has saboreado la insatisfacción por la realidad. ¿Y que es la realidad? ¿Cuál es la que cuenta? ¿la realidad que vivimos cuando soñamos, o la que soñamos cuando vivimos?

¿Qué es la muerte? Un juego. Eso fue lo que me enseñaron. Cazar, correr y matar. Primero fue un ciervo, después un chico como yo que se había fugado de casa. Alguien que recogieron haciendo autostop.

Iba a cumplir 15 años. Iba a ser mi iniciación. Quería hacerlo ya. Les vi hacerlo, les vi cazar. Quería ser yo el protagonista de esas películas. Quería disparar el arco como hacía aquel hombre. Quería que me enseñaran a disparar y matar.

Aquella fue la primera vez. Corrí por el bosque con una lanza que me

ayudaron a fabricar. Llevaba sangre en las mejillas. Recuerdo que Joseph se agachó y me las manchó con sangre de otra presa. Una que no había dejado de gritar en el sótano. Mi padre grabó cada momento con una pequeña cámara de 16mm, y cuando soltaron al chico, corrí tras él, gritando. Él estaba muy asustado, intentaba escapar sin rumbo. Yo conocía los bosques perfectamente, podía haberme guiado a ciegas por el lugar y aún así acabaría encontrándolo. Lancé con fuerza la lanza y le atravesé. Cayó al suelo y todos se reunieron conmigo para celebrar mi iniciación. Había cazado a un demonio que iba a hacerme más fuerte. Estaba harto de verles cazar y festejar sus hazañas, mientras que yo simplemente cavaba y cavaba sin hacer nada más. Aquel fue mi momento y jamás pude volver atrás. Nunca pude regresar a la vida que tenía, ni quería hacerlo. Eso era mi nueva vida. Desde entonces, deseaba que llegaran aquellos fines de semana, deseaba compartir con mi padre y sus amigos nuestras cacerías.

La habitación en la que estábamos me recordó al interior de Shawnee. El agente del FBI me miraba atónito, esperando que le dijera algo con lo que poder aclarar lo que sucedía en la cabaña. No les conté nada. No quise hacerles partícipes de mi gloriosa vida, no eran dignos de ello. Volver a pensar en la guerra incrementaba mi necesidad de volver a matar. Will, Jefferson, Russell... Necesitaba cazarlos a todos ellos uno por uno y terminar siendo el mejor. Lástima que Joseph ya no estuviera.

El primero en caer fue mi padre. Atravesarle el pecho con un cuchillo mientras dormía fue la sensación más placentera que jamás había experimentado. Le quería y sabía que estaría orgulloso de mí mientras lo hacia. Toda su energía fluyó en mí cuando mojé mi mano con su sangre.

Toda su experiencia y vitalidad pasó a mí. Mi madre no dejaba de gritar, aterrada, pensando que iba a matarla a ella también pero ella no era mi presa. Eran los otros cuatro.

Desgraciadamente me encerraron en un psiquiátrico y nadie volvió a pensar en mí. Todos me olvidaron. Todos excepto Russell. Siempre había tenido una atención especial por mí, pero yo eso no lo veía. Venía a verme varias veces al año, pero yo sólo tenía ganas de cazarlo. A los pocos años de estar ingresado, en una ocasión, traté de estrangularlo con mis manos. Me separaron con rapidez. Esa fue la última vez que lo vi. Estuve sedado y

drogado no sé cuanto tiempo. Ya ni recuerdo el paso del tiempo. Olvidé. Lo olvidé todo.

Hasta ayer estaba llevando una vida normal. Llevaba dos años trabajando en un Seven Eleven y vivía con mi hermana. Mi madre nunca había querido volver a verme. Todo mi pasado se había borrado, toda mi locura permaneció latente hasta anoche cuando volvió a convertirse en mi realidad. Cuando mi padre regresó a mi cabeza.

Apenas les dejé que me preguntaran nada. Me inventé una historia sobre un padre maltratador y lo difícil que fue vivir con alguien que me ataba a la silla de mi casa y que me mantenía días sin comer y sin beber. Les causé empatía a estos idiotas. Fui tan detallista y tan espeluznantemente fiel a mi ficticia historia que incluso el más joven fue al baño a vomitar. El mayor, Oliver, salió de la habitación, y Adam se quedó conmigo. No fue muy difícil disimular.

—Siento lo que te sucedió—menudo idiota pensé.

—No tienes que sentir nada, tú no tienes culpa—le dije dejándole que se compadeciera de mí. Oliver volvió a entrar mientras que el agente del FBI nos escuchaba en silencio. Había tomado notas de vez en cuando durante mi relato. Adam me contó lo que vio en la cabaña lo que le sucedió a madre. Oliver también me relató su trágica relación con su padre desde los catorce a los diecisiete años. Pensé en la cabaña cuando la mencionó, pensé en las cacerías. La sangre que corría por mis venas comenzaba a hervir. Aún no sé exactamente porque fui a verles. Curiosidad tal vez. A quien tenía que ir a ver era a Jefferson. Quería verle de nuevo, quería probar su sangre y acabar con él. Fue una lástima descubrir que Russell había muerto y que no le había cazado yo.

Adam me estuvo hablando de su relación con su padre, de cómo tuvo que soportar verle después de lo que vio en la cabaña. Tuve que disimular y hacerle ver que le entendía y me preocupaba. Tenía una madre enferma y odiaba estar cerca de él siempre que quería ir a verla. Vivía unas manzanas más allá de su casa y asumía el tener que verlo a diario. Oliver, por su parte, había arrastrado una vida traumática. Vaya par de blandengues. No servirían ni para levantar una lanza.

Cuando ayer descolgué el teléfono y oí lo que me dijeron... No podía contarles que me encerraron en un psiquiátrico. Nunca lo entenderían. No estaba loco. Los locos eran ellos por no ver la realidad que tenían delante. No veían a un cazador, sino a un hombre. Los cazadores sabemos descubrirnos unos a otros. Seguí con mi mentira y les conté que sufrí depresión tras depresión hasta que tuvieron que internarme en un sanatorio. Intenté contarle, le hablé a los médicos de lo que me había sucedido pero no me creyeron. Pensaron que eran fantasías de un perturbado y mi madre se enfadó conmigo por intentar ensuciar el nombre de la familia. Qué fácil estaba siendo todo.

Tras más de una hora escuchando y analizando todo lo que había estado sufriendo, me levanté de la silla. Se mantuvieron algo distantes después de haber hablado de todo aquello. Me acerqué hacia la entrada, sin que repararan demasiado en mis movimientos y antes de que se dieran cuenta cogí la pistola que había sobre la mesa ante la incrédula mirada del agente y les apunté, abrí la puerta con la otra mano y comencé a salir de la habitación.

—¿Qué estás haciendo, Steven? Baja el arma—Luke Barren intentó que me tranquilizara pero yo estaba tranquilo. Sabía lo que tenía que hacer. Tenía que ir a cazar.

—¡Vosotros quedaos ahí!—Oliver se colocó entre su hermano y Adam que ni siquiera parpadearon.

—Eras tú, ¿verdad?—dijo Adam. Los demás le miraron—Eras el chico que cavaba. Estabas en la cabaña con ellos—no pude evitar soltar una sonrisa.

—Mi fama me precede, como buen cazador—respondí.

Me acerqué hacia mi coche, saliendo por el porche, mientras Luke caminaba hacia mí intentando detenerme, pero mi amenaza era lo bastante real como para mantenerlo a raya. Tan sólo sus palabras intentaban pararme sin tener éxito.

Abrí la puerta del vehículo, me metí dentro sin dejar de encañonarle y cuando puse en marcha mi chevrolet se apresuró a acercarse algo más, pero disparé rápidamente a las dos ruedas traseras de su coche, el único aparte del mío, que estaba aparcado frente a su puerta. Se protegió con los brazos pensando que iba a dispararle a él. Salí a toda velocidad de allí. Luke se

recuperó enseguida del sonido de los impactos y vio que no podía hacer nada por detenerme.

No podía cazar ni a Joseph Kenner ni a Russell Maynard. Lástima. Mi padre hace años que pasó a la historia...sólo faltaban William Cushman y el padre de Adam. Por un instante, cuando cerraba los ojos y escuchaba hablar a Adam, al volver a abrirlos creía estar viendo a Jefferson.

Salimos afuera rápidamente. Pensé que había herido a Luke pero habían sido las ruedas. ¿Qué había sido todo eso?

—¿Estás bien?—le cogí por los brazos, examinándole por si tenía algún rasguño.

—Las ruedas, ha disparado a las ruedas—entró en la habitación sin saber exactamente qué hacer o a quién llamar.

—¿A dónde va?—preguntó Robert. Nos quedamos en silencio. Ninguno dijo nada. Todos mirábamos hacia el lugar por el que se había marchado. Tras unos segundos...

—A casa de mi padre. Va a matar a mi padre—reaccionó con rapidez y regresó al interior de la habitación acercándose al teléfono. Le miré sin saber si detenerle o no.

—Adam, ¿qué le has dicho? ¿qué significaba eso?—le pregunté intrigado.

—El chico, el chico que os dije que vi en la cabaña la primera vez. El que vi cavando una zanja cuando regresé. Era él. Noté algo extraño cuando entrasteis por la puerta, pero me acababa de despertar—colgó el teléfono. Nadie respondía. Volvió a insistir nuevamente—Va a matarlo...—dijo asustado.

No sé si estaba siendo un egoísta, si me sentía una mala persona o no pero decidir en aquel instante qué hubiera hecho yo en su situación, sería hartamente complicado. Llegar al punto de saber que van a matar a un criminal, a pesar de ser tu padre...sería algo moralmente condenable pero cuando has sido tú la víctima... No supo cómo calibrar sus sentimientos. Había vivido toda su vida con ello. Era su padre. Sabía todo lo que había hecho pero aún

así vivió con él, lo asumió, no lo denunció, quizás su miedo, el dejar a su madre sola o la vergüenza de sacar a relucir todo lo que hicieron... pero era su decisión. Lo que le pasó a mi padre no sé si fue debido a una situación límite o si tal vez alguno de esos hombres aprovechó la ocasión para dispararle. Pero era demasiado absurdo pensar en eso después de cómo se desarrolló la noche. Aún no soy capaz de discernir qué fue lo que le ocurrió o quien lo mató.

Me acerqué a Adam y me senté a su lado intentando calmarle. Luke de inmediato llamó por teléfono a recepción y pidió que le pasaran con la policía. Le preguntó a Adam la dirección de su padre y éste se la dijo.

—No puedo quedarme aquí—se levantó y salió a toda prisa por la puerta.

—¡Adam!—Luke le gritó intentando detenerle. Salí corriendo tras él.

Atravesó el parking velozmente y se dirigió, por el margen derecho de la carretera en dirección a la casa de su padre. Corrí y corrí hasta que, alargando el brazo, pude agarrarle por el jersey y le detuve. Estaba exhausto. No había muchos vehículos circulando por la zona a aquellas horas.

Intentó recuperarse, apenas tenía aliento, igual que yo. No estaba acostumbrado a las carreras a primera hora de la mañana. Era imposible que llegara antes que Steven por mucho que corriera.

—Adam. La policía está de camino. Tranquilo.

—No van a llegar—le acerqué a un banco cercano en la acera y nos sentamos.—Le va a matar—me miró fríamente a los ojos. Apenas se le humedecieron. No quería decirle lo que me pasaba por la cabeza, pero después de lo que me hizo mi padre, en ningún momento me arrepentí de que terminara como lo hizo. Lo agradecí incluso, pero tan sólo tenía 17 años. De cualquier modo y aunque estando en Vietnam me acordé bastante de él, nunca sentí arrepentimiento por haber pensado de esa forma y mucho menos ahora después de lo que estoy descubriendo.

—¿Le quieres? Después de todo lo que le hizo a tu madre, lo que viste en la cabaña, después de todo eso...¿le quieres?—Durante unos segundos no supo qué decirme. Intentó negar, pero...

—No...—no sabía qué contestar.

—Nadie te va a juzgar por ello, Adam. Era tu padre, independientemente de lo que hubiera hecho, pero...

—Ya lo sé, Oliver, lo sé. Sé lo que piensas, sólo qué... ha estado cuidando de mi madre, y... No, no le quiero. No quiero que se acerque a mis hijos, ni a mi mujer, ni que me hable. Quiero que se pudra en la cárcel cuando mi madre ya no esté pero...

—Eso es egoísta, Adam.

—¿Egoísta?

—Sí, egoísta—me enfadé—¿Sabes lo que habrá pasado ese chico para tomar la decisión que ha tomado? ¿Oíste cada una de sus palabras?

—Sí, claro que lo hice, claro que lo oí.

—¿Entonces? ¿Por qué no has cuidado tú de tu madre? ¿Por qué no te has impuesto como deberías haber hecho? Que digas que él cuidó de ella, cuando fue él quien la puso en una silla de ruedas...—me miró con los ojos vidriosos sin saber qué más decirme.

—Yo no soy como tú, Oliver.

—¿Cómo yo? ¿a qué te refieres? No me conoces. No puedes decir que no eres como alguien que no conoces.

—Con todo lo que pasé ayer, con todo lo que me hicisteis recordar y escuchando todas tus experiencias, Oliver, creo que una idea me hago. Y no, no soy como tú, no soy un chico duro, no soy alguien que se pueda enfrentar a su padre, que pueda coger sus cosas y marcharse y empezar una vida nueva y olvidarse de todo—sonreí sarcásticamente, levantándome del banco, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿En serio me estás diciendo eso? ¿Me estás diciendo que mi vida ha sido mucho más fácil porque me fui de casa? Me violaba, Adam. No fue una vez, ni dos, ni diez. Cuando te he estado contando todo lo que pasé, ni siquiera me has escuchado ¿verdad? ¿Crees que es fácil estar solo toda tu vida? ¿Eso es de valientes? No tener a nadie con quien hablar, un hombro sobre el que llorar, a quien contarle tus problemas. Irte a una guerra porque

piensas que es la mejor forma de morir, sentirte una mierda toda tu vida.... Tú, en cambio, con tu mujer, tus hijos... Sí, puedes estar jodido en muchos momentos, pero desde luego tu vida no tiene ni punto de comparación con la mía.—Me di la vuelta y comencé a andar en dirección al motel. Se quedó sentado en el banco unos instantes, hasta que se levantó y vino hacia mí hasta darme alcance.

—Espera—me di la vuelta.

—¿Qué?

—Perdona, no tenía que haberte dicho eso.

—Me lo has dicho sintiéndolo de verdad Adam, no tienes que disculparte por algo que sientes, pero estás muy equivocado.

—Sé que he sido un cobarde y que si le hubiera denunciado, si hubiera intentado pararle cuando le puso la mano encima a mi madre por primera vez, ahora no estaría en una silla de ruedas. Toda mi vida he vivido con ello y no he podido perdonarme. Quizás el verlo todos los días fuera una especie de castigo que me merecía.

—Jamás digas eso, ¿me oyes? Jamás. Ninguno de nosotros hemos tenido culpa alguna de lo que ocurrió en nuestras vidas, pero pasó. Tú lo afrontaste de una forma y yo lo hice de otra. No somos mejores o peores, quiero que eso te quede claro pero yo lo perdí todo, Adam, todo.

—Perdóname, por favor.

—Volvamos, Adam.

Asumía que pudiera pensar aquello. Entendí que de puertas afuera mi imagen pudiera ser totalmente diferente, como cuando era niño, pero vivía con ello. Siempre lo había hecho.

No tardamos en girar la esquina y regresar al motel. Nuestra sorpresa fue cuando cuatro coches de color oscuro, se atrincheraban frente a la puerta de nuestra habitación.

Thomas me acababa de contar lo difícil que fue encontrar la información acerca de Douglas Fisher y entendí inmediatamente por qué. Su

hijo Steven lo mató. Lo encerraron quince años en un psiquiátrico y no dejaron que nadie lo supiera. Borraron todos los registros que condujeran hasta aquel lugar. A estas alturas era fácil apuntar a quien estaba detrás de todo esto. Sólo podía ser Cushman, el único que irremediablemente quedaba vivo, sino deteníamos a Steven antes.

Acababan de llegar de Washington. Esperaba que Adam apareciera por allí y cuando lo hizo, le agarré y le metí en el coche.

—Vamos, llévanos a la casa de tu padre—nos apresuramos a subir a uno de los vehículos y salimos con rapidez. Dos coches más nos siguieron. Se quedaron dos agentes en uno de los vehículos custodiando a Oliver y a su hermano.

Seguimos por la carretera, cansados, sedientos. Las nubes nos acompañaban, pero desde la madrugada no había vuelto a llover. Vimos una cabaña a un kilómetro más o menos. Tan sólo teníamos que caminar en línea recta y estaríamos a salvo.

—Vamos, Emily. Ya estamos—aceleré el paso, cargando la caja en las manos, adelantándome a ella.

—Espera, no puedo correr más, Nick.

—Venga—le agarré por la mano, intentando tirar de ella.

Cuando llegamos, encontramos a un hombre de unos cincuenta años y una chica más joven. Los dos vestían el mismo uniforme que llevaba Tom. Junto a la cabaña podía verse escrito un gran panel de madera que decía “Bienvenidos al Parque Natural de Shawnee”. Era el mismo lugar en el que nos detuvimos el día de ayer. Eran las oficinas que permitían la entrada de los vehículos en el parque.

Cuando nos vieron entrar por la puerta, se asustaron de inmediato al ver nuestras ropas y el estado en el que nos encontrábamos. Emily estaba muy nerviosa, casi se echa a llorar. La guarda la ayudó a sentarse en una silla, junto a una de las dos mesas de madera que había en mitad de las dependencias.

—¡Está muerto!—rompió a llorar—¡Están todos muertos!

Era una oficina pequeña. Tenían toda la información disponible para visitar al parque y alojarse en las zonas de esparcimiento. Folletos, mapas, guías... Dejé la caja sobre una de las dos mesas, ante la atenta mirada de aquel hombre con barba blanca, que se llamaba Jerry a juzgar por la identificación de su chaleco.

—Siéntese por favor—trataba de respirar pausadamente y tomar asiento.

Le contamos todo lo que sucedió. Desde la muerte de Tom, a lo que encontramos en la cabaña. Emily les dijo que era periodista, que estaba investigando para un artículo pero tampoco añadió mucho más. Les dijimos que alguien nos estaba persiguiendo, que nos escondimos en la cabaña y que encontramos dos cadáveres en el sótano pero no les contamos los de las películas y el cadáver que encontramos cuando cavamos en el suelo. Inmediatamente y a medida que continuábamos con el relato, el primer impulso de aquel hombre fue intentar contactar con Tom. Por lo que hablaban entre ellos, llevaba desaparecido desde ayer. Ninguno de los dos supo nada por mucho que intentaran localizarlo, así que nuestra versión contaba con cierta credibilidad.

Rezaba para llegar antes que Steven a la casa del padre de Adam. Thomas iba sentado delante en compañía de John Kirkpatrick, su mano derecha. Adam y yo íbamos detrás. Él les iba indicando la dirección que tenían que tomar. Faltaban unos diez minutos para llegar a la zona, unas calles más abajo de dónde estaba su casa. Steven llevaba mi arma. Thomas se enojó conmigo por mi despiste, pero tenía que entender que acabamos de despertarnos, que no podía imaginarme que Steven pudiera hacer eso. De todos modos, sé que no era una excusa.

Intentaba ponerle al corriente de lo sucedido pero en aquel momento apenas me prestaba atención. Sólo quería detenerle. Había llamado a la policía momentos antes pero no sabía si lo harían a tiempo...

Detuve el coche en su jardín y miré a mi alrededor. Todo estaba tranquilo. No había movimiento en aquel barrio residencial. Caminé despacio

con el arma en mis manos. Ni siquiera me la escondí. Llegué hasta la puerta y llamé al timbre. Esperé unos instantes. Segundos que se transformaron en minutos. Volví a llamar, pero esta vez no tuve que esperar ni un instante. Escuché pasos acercarse. Mi presa se acercaba. Quité el seguro del arma. Odiaba cazar con armas de fuego, quitaban toda la emoción y la aventura, pero tenía que conformarme con ello. Abrió la puerta y la sonrisa con la que iba a mirarme se convirtió en repentino miedo.

—“Tortuga”...—me dijo. Le sonreí. Estaba temblando. A pesar de la barba descuidada de un par de días que yo tenía, sabía perfectamente quien era, de igual modo que yo vi esa mirada que junto a mi padre, me enseñó a marcar las huellas y a cazar de noche. Sólo lo hice una vez, y nunca sólo. Era demasiado peligroso.

—¿Quieres que volvamos a cazar?—apenas reaccionó. No podía hablar, se quedó callado, pero no me inmuté. Levanté mi mano, le apunté a la cara ante su sorpresa y disparé a bocajarro. Cayó en suelo de la entrada. Me agaché, coloqué mi mano sobre su cara, toque la sangre caliente de la que todavía recordaba su olor y la acerqué a mis labios. Cerré los ojos y en ese instante saboreé mi éxito. Sólo faltaba uno más, Will.

Me di la vuelta y comencé a caminar de vuelta a mi coche. Fue entonces cuando oí las sirenas de la policía. Eché a correr con rapidez hacia el vehículo pero me cercaron con rapidez.

Aparecieron dos coches y otros vehículos de color oscuro con una sirena intermitente en la parte superior que teñían de azul y rojo la calle. Ya no tenía nada que perder así que comencé a disparar en su dirección. Tenía que cazar o morir cazando.

Sentí los primeros impactos contra mi cuerpo que me hicieron tambalear y caí al suelo. Mi sangre buscará un cazador que sea digno de nuestras hazañas, que sea capaz de seguir nuestra...

—¡No!—grité mientras salía del coche viendo como Steven Fisher se desplomaba sobre el pavimento. Adam fue rápidamente hacia su casa y se quedó en la entrada, de rodillas en el suelo, levantando el cuerpo de su padre. Tenía la cara destrozada. Lo dejó allí y corrió asustado por lo que pudiera

haberle pasado a su madre.

Me acerqué a Steven, pero estaba muerto. Los agentes de los otros vehículos entraron en la casa. Thomas se quedó conmigo.

—Esto no tenía que haber pasado—. Todo el vecindario estaba fuera de sus casas observando la escena. El sheriff se acercó a Thomas y los dos empezaron a hablar. Me mantuve al margen.

Emily estaba muy nerviosa. Quería llamar al periódico, pero no quería hablar demasiado delante de ellos y que nos confiscaran las cajas que habíamos cogido. Llamó a Peter y le preguntó por alguna novedad en el pueblo, pero todo seguía igual. Se contuvo. Inmediatamente después habló con Jeff, pero parecía por el tono de la conversación que iba a derivar en una disputa y no era el momento, así que prefirió dejarlo para más tarde. Fue entonces cuando la puerta se abrió y apareció Jessica Rice. Pude respirar tranquilo, los dos lo hicimos.

—Os he estado buscando toda la mañana. Luke me dijo que estabais aquí. — Les enseñó la placa a los guardabosques. Vestía un traje negro, con una camisa blanca y el pelo rubio que le caracterizaba, recogido en una cola de caballo.

—Jessica, ¿Dónde están? ¿dónde está Luke?—me levanté de la silla.

—A cinco horas de aquí, Nick. Tenemos que irnos cuanto antes.

—Esperen un momento. No pueden irse de aquí—Aquel hombre trató de detenernos. Yo ya había cogido las cajas de la mesa y Emily se había levantado. Los dos nos disponíamos a salir por la puerta, pero no lo hicimos.

—Déjeme hacer una llamada, por favor—Jessica se acercó a la mesa— Vosotros dos subid al coche—la obedecimos. Abrimos la puerta, nos dirigimos a la parte de atrás y entramos en el vehículo que esperaba afuera con las luces de emergencia encendidas. Subí en el asiento delantero y Emily se quedó en la parte de atrás junto con las cajas.

—Guárdalas bien—Emily asintió y las sujeto con fuerza. Esperamos cinco minutos más aproximadamente y Jessica regresó con nosotros. Subió al coche y salimos de allí con rapidez.

—¿Qué es lo que ha pasado? He intentado contactar con vosotros pero no ha habido forma.

—Jessica, no sé por dónde empezar. Tenemos todo lo que necesitamos para acusar a todos esos hombres—Emily sujetó las cajas con fuerza. Jessica la miró por el espejo retrovisor. Emily quería enfrentarse a ella y demostrarle que estaba equivocada, que nosotros llevábamos la razón investigado a los veteranos de guerra.

—¿Dónde tenéis el coche?

—En el pueblo, en la oficina del guarda forestal—respondió Emily. Continuó con la vista puesta al volante circulando por la carretera por la que habíamos llegado ayer por la tarde.

—¿Cómo está Oliver? ¿se sabe algo nuevo?—le pregunté.

—Todo está bien. Luke me ha pedido que venga a recogeros. Cuando lleguemos a Fairmont podréis verles.

A estas alturas poco puedo esconder sobre mis verdaderas intenciones. Nunca pensé que me viera forzada a convertirme en algo que no soy o que le daría la espalda a personas que han confiado en mí pero desde el momento en el que mi padre me pidió ayuda no pude negarme. Apenas tenía relación con él ya que desde pequeña había pasado la mayor parte del tiempo con mi madre pero cuando enfermó, anduve de colegio en colegio pasando por dos internados para finalmente terminar en la Universidad. Nunca había tenido un padre al que admirar o con quien hablar. Siempre había sido un número de cuenta, dinero que llegaba sin tener que preocuparme.

Cuando comencé en el FBI apareció. Recuerdo el primer día que llegó y se cruzó conmigo en el parque al que salía a almorzar con Luke. Ese día estaba sola. Nos sentamos en un banco y tras mi inevitable enfado, empezó a ablandarme con una historia llena de problemas familiares y otras excusas. No quería creerle pero sus visitas fueron convirtiéndose en algo habitual. Nunca le hablé a nadie de ello.

William Cushman siempre había sido alguien al que había visto por televisión o del que había leído en prensa pero nunca pensé en él como mi

padre. Ni mi madre ni yo hablábamos de él y nuestro parentesco siempre permaneció ajeno a los medios. Leía sobre su vida, su otra hija, sus negocios, pero me mantuve al margen. Por mucho que envidiara aquella vida, me conformaba siendo feliz con lo que había conseguido gracias a mi madre, aunque hubiera sido con su dinero.

Recibí una carta suya hace unos años. A mi madre no le gustó que mantuviera contacto con él, pero era mi decisión y durante un tiempo estuvimos escribiéndonos.

Seguí con mi vida a pesar de ello. Traté de no pensar demasiado en él y focalicé toda mi energía en mi trabajo. Sabía que no iba a ascender fácilmente en el departamento y por mucho empeño que ponía y a pesar de los altos índices de resolución en todos mis casos, ser una mujer seguía siendo un escollo. Siempre tenía que hacer el doble que los demás, incluso aunque lo hiciera, siempre habría protegidos como Luke, que seguirían ascendiendo y se introducirían en el círculo privado de Thomas Piers, simplemente por quienes eran y no porque lo mereciesen.

La relación con mi padre se había fortalecido. Consiguió que perdonara su ausencia sin un solo dólar, simplemente siendo un padre al que apenas había conocido y que se estaba convirtiendo en alguien indispensable. Necesitaba ayudarlo, quería que nuestro vínculo se estrechara todavía más.

Quizás influyó también el momento en el que ocurrió. Me habían denegado un ascenso, estaba furiosa con el departamento y simplemente quise estar ahí para él. Tan sólo tenía que asustar a un chico y lo hice de la mejor forma que sabía.

Fue difícil llevar una doble agenda. Tuve que esperar a que Luke me llamara para pedirme consejo. Era algo que sabía que ocurriría, así que fui precavida y desvié el número de la oficina a un teléfono privado desde el que esperaba su llamada. Era un procedimiento fácil y no se iba a dar cuenta. Fingí que llegaba al aeropuerto y que no sabía nada. Luke necesitaba la ayuda de alguien que, aunque él no lo supiera, ya estaba en aquel maldito pueblo. Tuve que disimular con Thomas y con el padre de Luke que intentaba inmiscuirse como siempre.

Era buena disparando pero no quería matarle. Supe bien dónde

apuntaba. Pero ni los dos balazos ni la explosión consiguieron ahuyentarlo, así que tuve que implicarme más en la investigación para que mi compañero no sospechara.

Acostarme de nuevo con Luke no fue una gran idea. Esta vez necesitaba que se dejara arrastrar por sus sentimientos pero no lo hizo. Estaba más inmerso en el caso que en poder comenzar una relación conmigo.

Pensé que actuaría como hace años. Para mí no significó nada más pero para él fue una decepción el que no siguiéramos adelante.

Tenía mis metas, mis objetivos, y no iba a minimizarlos por comenzar una relación con alguien que se cruzó en mi camino en un momento de mi vida en el que no había cabida para nada más.

No quería mentir a Luke pero no podía hablarle de mi padre y de lo que estaba haciendo por él. Siempre había apostado por mi integridad, por ser la idealizada figura que tanto le había enseñado, en quien se fijaba cuando necesitaba ayuda y por eso fui la primera a la que llamó cuando empezó a sentirse acorralado con el caso.

Cuando aparecieron los restos de Joseph Kenner en Fairmont, mi padre me llamó y me contó lo que iba a suceder paso a paso. Tuve dudas. Llegó un momento en el que quería echarme atrás pero era mi padre. ¿Qué podía hacer? De cualquier modo ya había comprometido mi integridad, así que muy a mi pesar, la única opción que me quedaba era continuar mi trabajo según lo pactado.

Supongo que desde que subieron al coche, Nick y Emily ya sabían que algo no marchaba bien. Tal vez fui demasiado obvia con la periodista. No nos caímos bien desde el primer momento y cuando Luke me ocultó lo de la portada del periódico, supe que había perdido mis opciones con él. Decidí convertirme en su sombra, falsear mi viaje a Kansas y seguirle. No podía dejar que descubriera que William Cushman era mi padre.

Lo único que tenía que hacer era silenciar a Oliver Kenner. No podía dejar que investigara nada sobre su padre. El mío ya se había encargado de torpedear a los superiores de Thomas para que no trascendiera ningún detalle de la autopsia. Todo era muy simple. Tenía que conseguir que aquella muerte pareciera un accidente. Celebrar un funeral militar y regresar a Washington, pero todo se complicó con la persistencia de Oliver y las malditas corazonadas de Luke.

En el momento en que Oliver comenzó con su dolorosa historia sobre su pasado parte de mí se sintió afligida. Todo explotó con la noticia de la primera plana en el New Chronicle. Entonces mi trabajo cambió. Sé que Luke lo filtró a la prensa, sé que se lo dijo a esa periodista de tres al cuarto y eso

acabó con mi tapadera. Tenía que proteger mi vinculación con mi padre a cualquier precio. Tenía que eliminar a Russell Maynard y a Jefferson Dillane si se veían expuestos. Lo hice con Maynard. Tuve miedo de haber matado a Luke, pero cuando me aseguré de que Maynard y su hermana estaban muertos desaparecí sin despertar mayor sospecha. Fui una sombra.

No podía contar con nadie más así que tuve que priorizar siguiendo a Luke en primer lugar y a la periodista y su amigo después. Nunca imaginé que esto iba a alcanzar tales dimensiones. De todos modos, tenía que terminarlo. Me había equivocado yendo más allá de lo permitido pero una vez cruzada la línea, la única solución era cubrir mis huellas y olvidarlo. De cualquier forma, no era capaz de entender qué estaba pasando. Comencé a plantearme las preguntas que no me hice cuando me metí en esto. Ahora ya era tarde.

¿Por qué mi padre quería a Oliver muerto? ¿Acaso fue él quien mató a su padre? Había algo más que le comprometía pero ¿qué? Tras mi discusión con Luke en el Ayuntamiento, no quise seguir adelante, me planteé decirle a mi padre que lo dejaba, pero ¿dónde me llevaba eso? Le perdería de nuevo. No era una opción. Debería continuar y si me descubrían tendría que enfrentarme a Luke y si se daba el caso, eliminar a los tres chicos.

Tuve que desplazarme a Illinois, sin saber qué iba a encontrarme. Mi padre me llamó cuando supo que Nick y la periodista iban hacia una cabaña que nuestra familia tenía en Shawnee. Para mí todo era nuevo, no tenía idea alguna de lo que podía encontrar en su interior o lo que ellos buscaban allí. Le pregunté a mi padre pero no me respondió. Mi trabajo era eliminarlos pero quizás fui demasiado paciente y esperé para ver hasta dónde me conducían sus averiguaciones. Parte de mí todavía pertenecía al FBI y el que el favor que me pidió mi padre fuera complicándose me alertaba de que algo más estaba sucediendo.

No vacilé en disparar al guarda para asustarles, pero se me escaparon. Estampe en Land Rover contra la cabaña varias veces, hasta que conseguí derribar sus paredes. No fue muy difícil. El estado en el que estaba no ayudó a que aguantara. Tal vez salieran por alguna ventana trasera o hubiera otra vía de escape, pero no les encontré. Les vi entrar pero desaparecieron. Seguí buscándoles durante aquella larga noche, sin éxito.

Cuando aparecí en las oficinas forestales a la entrada del Parque Shawnee, pensé que fue una simple casualidad, pero allí estaba Nick sujetando unas cajas entre manos. ¿Qué habría en su interior? ¿De qué tenía tanto miedo mi padre?

Tuve que sacarles de allí rápidamente, eliminando a los dos guardas para que no hicieran más averiguaciones. Suerte que llevaba conmigo el silenciador. Salí de allí, tan sólo tenía que llevarlos a algún lugar solitario, hacerles desaparecer y quedarme con el contenido de las cajas.

Si en algún momento me sentí tentada a dejarles marchar, a intentar que lo dejaran y no complicaran más las cosas, ahora ya no había vuelta atrás. Debía recuperar el material que habían conseguido y muy a mi pesar, enterrarlos en la frondosidad de los bosques.

—¿Cómo sabías que estábamos en la caseta de los guardas?—preguntó Emily.

—No había otro lugar a donde ir. No estabais en la cabaña, no sabía dónde más buscar.

—¿Estuviste allí esta mañana?

—Sí, pero no había rastro de ninguno de los dos—noté que Emily me miraba a través del espejo retrovisor del interior del vehículo. No quise levantar sospechas. Algo no cuadraba en sus respuestas. ¿Estuvo allí? ¿No nos dice que estaba destruida? Quizás estaba siendo demasiado sutil en sus respuestas. No me fiaba de ella y evidentemente, Emily tampoco.

Acerqué mi mano al asidero de la puerta, agarrándolo con fuerza y de repente, los cuatro seguros de aquel Ford de color oscuro se cerraron.

—¿Por qué has cerrado la puerta?

—¿Pensabas salir?—me miró de reojo—Simplemente para que estemos más seguros.

—Para el coche.

—¿Por qué?

—Necesito mear, para el coche.

—Nos queda poco para llegar, aguántate.

—¡Que pares el coche, joder!—grité, pero hizo caso omiso. Continuó por la carretera llena de curvas rodeada de pinos y abetos. No dijo nada más. De pronto, en una de las curvas, me abalancé sobre el volante intentando que se saliera de la carretera, pero de un empujón, me lanzó contra el lado opuesto golpeándome la cara contra el cristal y sacó una pistola con la que me apuntó en el costado mientras conducía.

—Estate quietecito, y tú también—dijo mirando a Emily por el espejo. Los dos guardamos silencio, intentando pensar en la forma para escapar de allí. Minutos después, me lancé sobre su pistola. Forcejeé con ella mientras conducía y disparó. Aminoró la marcha por unos instantes pero presionó nuevamente el acelerador sin detenerse.

—¡Nick!—gritó Emily acercándose a mí. Jessica esgrimió la pistola intentando apuntarle y Emily se asustó. Me toqué el costado. Comenzó a brotar sangre y presioné fuertemente la mano contra la herida. De pronto, las dos forcejearon. Emily, se situó tras ella, colocando sus rodillas contra el asiento de Jessica y sin pensárselo dos veces, agarró el cinturón de seguridad por los dos extremos a la altura de su cuello y tiró de él intentando que Jessica detuviera el vehículo, pero no lo hizo. El arma cayó al suelo y trató de soltarse sin éxito del cinturón que la asfixiaba. Ni siquiera pude ayudar a Emily. Comencé a desvanecerme. Traté de agarrarme al salpicadero. Los ojos se me estaban cerrando. En una de las curvas, me eché sobre el volante, haciendo que el coche se saliera de la carretera y caímos por una pendiente dando varias vueltas de campana hasta que finalmente impactamos contra un árbol.

Martes, 23 Junio 1959. Fairmont

No fue un día como esperaba. De hecho creo que ahora, tumbado en mi cama recordándolo, sólo me han entrado más ganas de llorar. Nick se ha sentido decepcionado conmigo. Me siento mal conmigo mismo por haberlos despreciado de esa forma.

Durante todo el día me he sentido triste. Era mi 18 cumpleaños, y ni siquiera Nick me ha felicitado. Nadie lo ha hecho. Nos hemos despertado y

hemos ido a correr, como todas las mañanas desde que acabamos el instituto. Luego nos bañamos en el río, como de costumbre y volvimos a casa a la hora de comer. Evitamos pasar por la entrada de Clarkson que siempre habíamos utilizado, ya que desde la desaparición de mi padre no quisimos volver por allí. Nos cruzamos a Emily y Carson Miles cuando regresamos del río pero apenas repararon en nosotros. Sé que Nick habló algo con ella en privado pero rápidamente volvió conmigo y fuimos a casa.

Ni siquiera vi a mi hermano. Mi madre se lo había llevado a casa de su hermana unos días durante el fin de semana y todavía no habían regresado. Me hubiera gustado verle aunque hubiera sido un rato. Había perdido un poco el contacto con Simmons y Hartley, pero aún así les llamé. Ya no teníamos entrenamiento así que apenas coincidíamos los viernes o sábados por la tarde. Habían cambiado demasiado las cosas desde que me mude a casa de Nick. Simmons no estaba en casa y en casa de Hartley nadie contestó. Lo mismo pasó con Jane. Era como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para esquivarme en un día en el que no quería sentirme solo. Max era el único que, incondicionalmente estaba conmigo.

Nick estaba con su padre en el sótano revelando fotografías. Era algo que me aburría un poco así que, cuando regresé de dar una vuelta por la ciudad me tumbé en la cama.

Estuve pensando durante un buen rato en el futuro y esas cosas. En lo que podía hacer con mi vida. Escuchaba muchas veces hablar a Nick con su padre sobre la Universidad, sobre mil y una cosas en las que nunca me había detenido a pensar. Estuve vagueando allí arriba, sin siquiera bajar. Nick subió pasadas las siete de la tarde para ver como estaba pero sinceramente no tenía ganas de hablar, ni con él ni con nadie.

—Pero ¿qué haces todo el día ahí tirado, Oliver?—sonrió, intentando que reaccionara, pero me molestó el que no se hubiera acordado de aquel día.

—¿Y qué más te da?

—¿Estás enfadado?—me preguntó algo preocupado.

—Da igual, Nick. No pasa nada, al fin y al cabo la familia es la familia, ¿no? Y cada uno se preocupa por la gente que le importa ¿no?

Se sintió incómodo, lo supe en ese instante. No sabía cómo reaccionar. No había tenido una mala palabra con él desde... ni lo recuerdo ya.

—Nick mira, perdóname, pero no me apetece ni verte a ti, ni a tu padre, ni a nadie. En serio—me levanté de la cama, cogí una camiseta que había sobre una silla, me puse las zapatillas y bajé las escaleras dejándole en la habitación.

Cual fue mi sorpresa, cuando antes de alcanzar la puerta, en el comedor, vi a todos los que conocía alrededor de una mesa repleta de comida sonriéndome. Cuando vieron mi cara, supieron que algo había sucedido. Abrí la puerta y me encontré a mi madre que traía a Robert.

Me sonrió, intentó hablarme, pero salí corriendo de allí. Corrí todo lo que pude. Atravesé por Clarkson, independientemente de lo que hubiera pasado con mi padre. Me daba igual. Crucé el bosque. Necesitaba gritar.

Estaban todos allí. Simmons, Hartley, algunos otros chicos del equipo, Jane, Rose, Emily y su novio, Scott, mi hermano que acababa de llegar... Lo que le habría costado al pobre Nick hablar con Simmons o incluso convencer a Emily para que vinieran. Y yo, pensando en que todo el mundo me estaba ignorando. Que egoísta estaba siendo. ¿No podía haber pensado en algún momento que me iban a preparar una fiesta sorpresa? Pero ¿cómo iba a poder pensar eso si desde que mi padre volvió de la guerra todo lo que había visto en mi casa había sido desprecio? Después de lo que me ocurrió con catorce años, perdí cualquier sentimiento de bondad por los que supuestamente debían quererme. Si mi padre y mi madre eran capaces de aquello, ¿de qué me servía confiar en alguien más que no fuera yo mismo?

En el bosque intenté enfrentarme a mis miedos. Todavía no había anochecido pero los árboles evitaban que la luz del sol llegara hasta mí. No sé cuánto tiempo estuve por allí pero sería algo más de una hora. Regresé cabizbajo arrepentido por mi comportamiento sin saber qué iba a decirles a Nick y a Scott. Supongo que estarían preocupados, todos lo estarían. Y salvo mi madre que me había visto marcharme y Nick, ninguno de los demás tendría ni idea de lo que había estado pasando aquel día. ¿Qué iba a decirles? ¿Cómo evitar que pensarán que era un imbécil?

Cuando llegué a la entrada, su padre estaba en el porche. Le miré unos

instantes pero no pude mantener mucho los ojos en él. Aún así no estaba enfadado. Lo noté. Me miró con cierto cariño.

—¿Por qué te has ido Oliver?

—No lo sé. ¿Dónde está Nick?

—Está arriba. Ve a hablar con él—entré en la casa. Vi de reojo la mesa llena de comida, con algunos platos cubiertos. Unos globos, un cartel que decía “Feliz cumpleaños”. Escuchaba a Rose en la cocina... pobre chica. Habría estado toda la tarde cocinando para que yo hubiera reaccionado de esa forma.

Subí las escaleras y entré en la habitación. Nick estaba acostado en la cama de espaldas a la puerta de la habitación. Me acerqué y le toqué en el hombro para que se diera la vuelta. No se movió. Me senté sobre mi colchón.

—Nick, por favor perdóname—no me respondió—En serio, por favor, perdóname.

—¿Sabes el tiempo que llevaba preparándolo?—guardé silencio.

—Lo imagino. No tengo ninguna excusa para hablarte como te he hablado—se volvió algo enfadado. Yo estaba hecho polvo. Me miró a los ojos y lo entendió.

—¿Pero por qué has reaccionado así, Oliver?

—Porque llevaba todo el día en casa, sin hacer nada, nadie quería quedar conmigo, no me ha felicitado nadie y me he sentido muy solo, Nick. Ni siquiera tú o tu padre—se sentó en mi misma posición, frente a mí.

—Joder, Oliver, ¿cómo se te ocurre pensar que nos íbamos a olvidar?

—Yo que sé, Nick, con todo lo que ha pasado últimamente.... ¿crees que me siento muy querido?—se calló. No supo qué decirme. Se sentó a mi lado y me dio un abrazo fuerte.

—Eres como mi hermano, Oliver—me dijo haciendo que casi me pusiera a llorar.

—¡Quita que no quiero llorar!—intenté no hacerlo. Le sonreí. Se rio y se echó encima de mí. Comenzamos a bromear, intentando echarnos de la

cama. Conseguí tirarle sobre la madera del suelo y no paró de reírse. Se levantó.

—Ven abajo. Había una tarta de chocolate que tenía una pinta...

Encendió la luz del comedor y comenzó a quitar los plásticos de encima de los platos y pude ver toda la comida que Rose no había retirado. La tarta era gigante. No pude evitar sonreír al ver la ilusión que tenía enseñándome todo aquello, casi más que yo.

Fue un momento en el que me sentí querido de verdad. Scott entró y sonrió al vernos allí. Nick me había hecho sentarme en mitad de la mesa frente a la tarta. Se acercó a nosotros.

—Eres un idiota, Oliver.

—Ya lo sé, señor. Lo sé—Nick encendió las diecisiete velas sobre el pastel. Rose aún no se había marchado, así que nos acompañó y celebramos una pequeña fiesta.

—Esperad, esperad un momento—dijo mi padre saliendo a toda prisa. Nos extrañamos. Regresó momentos después con su cámara fotográfica y después de decirle a Rose dónde tenía que pulsar, se colocó para salir con nosotros en la foto. Tras soplar las velas, Scott se marchó un momento y volvió con mi hermano. Estuvo un rato jugando con nosotros y luego lo acerqué a casa.

Cuando Nick se durmió, estuve llorando en silencio. Así me dormí. Sentí que verdaderamente estaba encontrando mi lugar. Volvía a verme como aquel niño que no tenía nada que envidiar a nadie, antes de que estallara la guerra de Corea y destruyera mi hogar.

Me sentí culpable cuando Oliver se excusó conmigo. Podía entender como se había sentido durante todo el día. No pensé en que le afectaría de esa forma. Sencillamente quise animarle de la mejor forma posible. Me costó convencer a Emily para que viniera. Sé que no tenía nada que ver, pero fue más un detalle para mí que otra cosa. Hablé con Mark Hartley y él contactó con Jane y con Simmons. Pensé que no iban a venir porque con los chicos ya se había enfriado bastante su relación pero finalmente aparecieron. Cuando

me habló con aquella rabia antes de marcharse de casa, me sentí un idiota por haber preparado la fiesta pero pude ponerme en su lugar y traté de entenderlo. A pesar de que no salió como esperábamos, al final, pudo soplar las velas.

Jueves, 27 Octubre 1983 Parque Natural de Shawnee. Illinois.

Fue todo muy rápido. Cuando me incorporé, tenía algunas heridas en la frente. Quizás perdí el sentido unos instantes, no lo sé. El coche quedó boca abajo contra un árbol. Salí a través de la ventanilla rota de la parte trasera y abrí como pude la puerta por la que asomaba Nick. Lo arrastré hasta afuera. Estaba inconsciente, notaba su respiración, pero no reaccionaba. Me agaché e intenté reanimarlo pero no había forma. Tenía una herida en el costado. Me puse muy nerviosa. Jessica estaba sobre un tronco. Tenía la cabeza abierta. Tuve que mirar hacia otro lado. Estaba todo lleno de sangre. Sólo podía salir y pedir ayuda. Acercarme a la carretera y esperar a que algún coche pasara.

Llevaba unos quince minutos en la carretera hasta que pasó el primer vehículo. Me coloqué en mitad del camino evitando que pudieran cruzar. Era un coche familiar, seguramente unos turistas que llegaban a pasar el día en el parque. Me vieron tan asustada que incluso ellos mismos se alarmaron. Tuve que dejar a Nick recostado en un árbol para pedir auxilio. Me acercaron a la oficina en la que habíamos estado anteriormente y nos encontramos a los dos guardas asesinados. Aquel matrimonio de mediana edad que me acompañó allí no se podía creer lo que estaban viendo. Me acerqué rápidamente al teléfono y llamé a la policía.

Rezaba para que llegaran a tiempo y salvaran a Nick. Necesitaba que lo hicieran. Estuvimos allí parados hasta que se presentaron dos coches de la policía del condado. Le expliqué al alguacil lo que había sucedido y me acompañaron con uno de los vehículos a la curva en la que nos habíamos salido. Recogí las cajas parcialmente destrozadas del asiento trasero, cuyo contenido se había esparcido e intenté ordenarlo. Algunos recortes se habían manchado de sangre y parte de las cintas de 16mm estaban desenrolladas en el asiento. Cogí todo lo que pude, lo metí en mi bolso sin que los agentes se dieran cuenta y esperé al lado de Nick a que llegara una ambulancia. Les conté todo lo que había sucedido desde que me desperté en el coche. No les dije que había intentado estrangularla para que detuviera el vehículo.

Sencillamente que forcejeamos.

Llamaron a mi periódico, a Jeff, a la policía de Fairmont, a la del condado y finalmente, lograron hablar con el FBI. Después de eso, me llevaron al Hospital General de Hardin. Iba en compañía de Nick sujetándole la mano. Me llevé conmigo los recortes que pude y una de las cintas de 16mm porque no me dejaron llevarme las cajas. Escondí lo que pude. Me dijeron que estaría todo custodiado, que no me preocupara pero después de descubrir lo que hizo Jessica, no me fiaba de nadie que no fuéramos nosotros mismos.

Veinte minutos después, cuando llegamos al hospital nos separaron. Me quedé en observación mientras a Nick lo trasladaban a la unidad de cuidados intensivos. Fue la última vez que le vi.

No me separé de mi bolso en ningún momento. Estaba bien, tan sólo tenía algunos rasguños en la cara y mi cuerpo estaba un poco magullado por el golpe. Jeff vino a verme inmediatamente. Dejó a los niños con sus padres y avisó a los míos. Me reuní con él cuando salí de observación. Necesitaba una ducha. Cuando me vio, me abrazó con fuerza, casi rompe a llorar, igual que mis padres. No sabían qué decirme. Estaban felices de verme con vida. Sé que cuando me vieran limpia, sin aquellas ropas sucias, sin el olor que desprendía, mi madre se enfadaría conmigo por no haberle hecho caso y no haberme mantenido al margen cuando me lo advirtió.

Estaba muy preocupada por Nick. Querían que volviéramos a Fairmont, pero no quise. No me iba a marchar de allí hasta que no supiera que Nick estaba a salvo. Fuimos a un motel cercano y reservamos una habitación en la que poder bañarme y descansar.

Viernes, 28 de Octubre 1983.

Fue un duro día antes de poder, por fin, subir al coche y marcharnos de Kansas. Habíamos estado en la habitación de motel sin que apenas nos dejaran respirar.

No quería volver a repetir todo lo que le conté a Luke en su hotel, pero tuve que hacerlo hasta que no les quedó más remedio que tomar como válida

mi palabra. Primero hablamos con unos agentes, luego con otros. Luke nos presentó a su jefe y tuvimos que contarle nuevamente toda la historia. Ni siquiera oía ya mis palabras. Fue duro decirlo delante de Nick aunque ya lo supiera, pero exteriorizar cada momento allí delante.... Fue doloroso asumir que personas cercanas a ti, como Emily o mi propio hermano sabrían algo de lo que habías estado huyendo toda tu vida y que a partir de aquel instante, irremediabilmente siempre que volvieran a mirarte a los ojos, verían a ese niño indefenso.

Me enfurecí, aunque no lo exterioricé. Era como si no me estuvieran creyendo, como si pensarán que me lo estaba inventando. A cada instante en el que me detenía al intentar relatar mis malogrados recuerdos, aprovechaban para preguntarme, intentando hacerme dudar, tratando de desestabilizarme, pero no pudieron conseguirlo. A Adam le hicieron lo mismo pero lo suyo tenía mucha más complejidad. Él era el único que podía conectar a los cinco hombres con Steven Fisher y las películas de las que habló la primera vez que fue a la cabaña.

Adam y yo hablamos tras prestar declaración. Era una buena persona. Me hubiera gustado haberlo conocido en otras circunstancias. Llegó su mujer aquella misma tarde. Nos la presentó a Robert y a mí. Fue duro porque ella no tenía ni idea de nada de lo que le sucedió en el pasado. Sé lo devastador que puede ser eso.

Él fue el que se llevó el golpe más duro. Primero la muerte de su padre y después, explicarle a su mujer lo que acababa de suceder. Eso era lo que temíamos, que saliera a la luz, pero era inevitable. No podía ocultarse por más tiempo algo así. Y si realmente alguien nos quería muertos por esconder esos crímenes, hacerlo público era la única forma de que nos dejaran con vida.

Ahora ya nada me importaba. Me avergonzaba el hecho de que la gente lo supiera o al menos eso pensaba, pero no era eso lo que realmente sentía. No me sentía humillado por ello, sino todo lo contrario. No era la gente ajena a mí, sino los míos. Ahora ya no importaba todo eso. Me daba igual que la imagen de mi padre se arrastrara por los suelos al igual que la de esos hombres. No hablé con Robert de ello. En ningún momento sentí que mi hermano se compadeciera por él.

El padre de Adam había fallecido junto con aquel lunático. Luke habló con nosotros. Todo lo que nos había contado era una gran mentira. Mató a su padre y estuvo internado en un psiquiátrico durante quince años. Su hermana llegaba de camino esa misma tarde. Al parecer era un trauma que había acarreado toda su vida. Cuando salió del hospital, su madre no quiso verlo. Fue su hermana la única que se preocupó por él y le ayudó a conseguir un trabajo. Parecía que todo iba bien en su cabeza hasta que le llamamos.

Stella Fisher no podía dar crédito a lo que la policía le estaba contando. Arrancó a llorar desconsoladamente. Creo que nunca antes había escuchado un llanto tan desgarrador como el de esa chica. Todo lo que contó Adam, lo de la cabaña... su hermano sólo era un niño. Su padre le había llevado a ese lugar y le convirtió en lo que era, un monstruo.

Envidiaba la doble vida que Adam se había creado. Me hubiera gustado ser capaz de tener una propia. Su bella esposa, sus hijos. Formaba parte de una familia que, de alguna forma, le había ayudado a mitigar su dolor.

Kathleen Dillane, estuvo un tiempo con Robert mientras esperaba a que terminaran con nosotros. No había dejado de llorar desde que llegó y las lágrimas hicieron que Adam se derrumbara. Ella entendía que no hubiera querido contarle nada, que se avergonzara de haberlo mantenido en secreto, pero se sentía traicionada en cierta forma por el hecho de que hubiera querido cargar con todo ello sin pedirle ayuda. Ella había estado toda su vida con él y ahora, al conocer toda la verdad, se sentía inútil, como si todo hubiera sido una farsa. Robert intentó encauzar sus sentimientos haciéndole ver, que Adam no había tenido nada que ver, que tan sólo había estado protegiéndoles. Ahora entendía el distanciamiento entre Adam y su padre. Claro que lo entendía, de igual modo que comprendía la infinidad de veces que ambos habían discutido porque Adam no quería que los niños pasaran tiempo con su abuelo.

No podía dejar de llorar. Adam y su mujer estuvieron hablando mucho tiempo allí afuera, en el parking. Ella lo entendía, aunque hubiera preferido saberlo antes, que le hubiera hecho partícipe del profundo y escondido dolor que sentía. Pero, ¿cómo se hace eso? Yo sólo pude compartirlo con Nick y porque me descubrió, sino, jamás lo hubiera contado.

Robert, Luke y yo pasamos la noche en el motel y a la mañana

siguiente regresaríamos a Fairmont. Ese era el plan. No sabíamos nada de Emily ni de Nick, pero suponíamos que estarían bien. Nos fuimos pronto a la cama. Estábamos muertos, después de estar todo el día de pie, hablando con unos y con otros, repitiendo veinte veces lo mismo. El FBI se había marchado a Wichita. Ahora tenían entre manos una orden contra William Cushman y en Topeka ya no pintaban nada. Antes de acostarnos, llamaron a la puerta. Era Adam.

—Pasa Adam—abrí. Robert ya se había metido en la cama y Luke se estaba desvistiendo para acostarse en la supletoria.

—No, no, sal un momento, por favor—los dos lo saludaron desde las camas dejándonos un momento. Robert estaba cansado de no haber hecho nada durante todo el día, y Luke estaba destrozado. Desde que anocheció hasta ese momento, había estado diciéndolo una y otra vez. Y era normal después de los días que habíamos llevado. Dejé la puerta entreabierta y nos quedamos en el porche. Me entregó una bolsa.

—¿Qué es esto?—miré en su interior.

—Son bocadillos y un poco de tarta que ha preparado mi esposa para el viaje.

—No tenías que haberte preocupado, hombre.

—Sólo quería darte las gracias Oliver, por todo.

—No tienes que darme las gracias por nada, Adam. Creo que los dos nos hemos ayudado mutuamente.

—Sí, lo sé. Pero sé que si no te hubiera conocido, no hubiera sabido llevarlo. Hablar con alguien como tú me ha ayudado, jamás hubiera podido contárselo a la policía o a nadie más si no hubieras estado aquí—Hizo que me sintiera especial, que me sintiera como cuando Nick y su padre me acogieron. Desde entonces, sólo en Vietnam pude sentirme parte de un algo, ser un referente para alguien, pero todo aquello acabó. Aquí, en mi día a día, sólo había sido una sombra. Y desde hacía una semana, esa oscuridad comenzaba a iluminarse.

—Adam, para mí ha significado lo mismo que para ti. Poder hablar contigo, haber conocido a alguien que ha pasado por lo mismo que yo, me ha

hecho sentir diferente. Y por eso te doy las gracias.

—Sé que te conozco de apenas dos días, pero para mí ha sido tan fuerte lo que hemos vivido, que me gustaría seguir en contacto contigo.

—Pues claro, Adam—sacó un papel del bolsillo y me lo dio.

—Te he escrito mi dirección y mi número de teléfono para lo que necesites. En Topeka siempre tendrás un amigo, Oliver—no supe qué más decirle.

—¿Cómo llevas lo de tu padre?—cambié drásticamente de tema. Estaba incómodo cuando alguien me hacía sentir especial. Su mirada cambió.

—Bueno, no sé. Lo estoy asimilando. Vamos a mudarnos a casa de mis padres, para poder cuidar a mi madre y por lo demás, bien, poco a poco—continuó.

—No, quiero saber cómo estás tú, ¿cómo lo estás gestionando?—coloqué mi mano sobre su cuello, tratando de forzar un arranque en sus verdaderos sentimientos.

—Pues no lo sé, Oliver. Creo que aún no me he enfrentado a ello.

—Te doy un consejo. Piensa lo que realmente ha sucedido. Sé que a lo mejor es duro lo que te voy a decir Adam, pero no fue un hombre bueno. Tu padre y el mío no fueron buenas personas. Alguien que es capaz de cometer esas atrocidades no merece ni una lágrima.

—Sí, sí lo sé. Sólo que no supe actuar de otra forma.

—Adam, lo que ocurrió fue real. Lo que le ha sucedido, es lo que tenía que suceder. De un modo u otro, esos hombres tenían que enfrentarse a lo que hicieron.

—Pero...—trató de decirme.

—Sé que era tu padre, lo sé Adam, pero no sólo es lo que le hizo a tu madre, sino todo lo que viste en la cabaña.— Levantó la mirada del suelo con lágrimas en los ojos—Hiciste lo que tuviste que hacer, eso nadie lo juzga, lo que quiero es que ahora, no te sientas culpable ni sientas pena por la muerte de tu padre. Eso es lo que quiero.

Nos despedimos y se marchó agradecido. Me llevaba un buen amigo después de todo. Esas experiencias traumáticas son siempre las que marcan las grandes amistades. Entré en la habitación sin encender la luz por no despertarles y a tientas, localicé la cama y me acosté. Todavía estuve unos minutos pensando, con los ojos abiertos, imaginándome el sufrimiento que esos animales podrían haberles provocado a esas personas que asesinaron.

Me dormí pensando en Robert, en qué hubiera hecho si le hubiera sucedido lo mismo que a mí. Era inimaginable. Alargué el brazo y le toqué el hombro. Me dormí en esa posición, sintiendo que mi hermano estaba a mi lado.

Tanto Adam, como Steven y como yo, éramos tres claros ejemplos de lo que la vida de unos desgraciados hizo con nosotros. Mil y una veces había querido correr la suerte de Steven, pero no pude hacerlo, me faltó el valor. No pude saltar desde el puente de Fairmont Hill.

Permanecimos en Topeka hasta que Oliver y Adam prestaron declaración. Yo fui quien me los llevé de allí después de que Thomas lo autorizara. Todo se estaba complicando si pensaba en la prensa.

Hablé con él antes de marcharnos y me confirmó las presiones que tenían desde arriba para agilizar el caso y pasar por encima cualquier complicación que surgiera con Joseph Kenner. Todo ello, sin mencionar el nombre de William Cushman. Pero después del asesinato de Russell Maynard y ahora del de Jefferson Dillane junto con el testimonio Adam principalmente, ya no había nada que pudiera encubrirse. Se tramitó una orden de detención contra William Cushman y pudimos regresar a Indiana.

De camino, en una de las paradas que hicimos para descansar y comer algo, nos enteramos de lo que había sucedido. Ante la imposibilidad de hablar con Emily o con Jessica, llamé a la policía y al periódico. El sheriff tampoco me informó demasiado, algo que ya esperaba, pero cuando llamé al periódico y hablé con el editor, Peter Berry, las noticias fueron devastadoras. Emily se encontraba en Hardin, Illinois, y Nick estaba en coma. Agradecí la información y regresé al coche. No podía fingir demasiado.

—¿Todo bien?—me preguntó Oliver, intuyendo, por mi aspecto, que algo no funcionaba. Guardé silencio unos instantes mientras cerraba la puerta

y me colocaba el cinturón de seguridad—¡Luke!

—Nick está en el hospital, está en coma. Emily está bien.

—¿Cómo?

—¡Mierda! No tenía que haberles dejado ir—susurré dando un golpe sobre el volante. Robert estaba sentado en el asiento de atrás, inquieto. No preguntó ni dijo nada. Se mantuvo expectante.

—¿Qué ha pasado?

—No me han dicho nada más, sólo sé eso. Que están en el Hospital General de Hardin.

—¿A cuánto estamos de ese hospital?

—Sí, tranquilo, vamos para allí. Hardin sólo está a cinco horas y nos viene de camino hacia Fairmont.

Cuando Luke entró en el coche su expresión revelaba que algo no había ido bien, pero jamás hubiera pensado que iba a decir aquello. ¿En coma? Dios, no tenía que haber pasado. No a él. Estaba allí por mi culpa. No le hubiera ocurrido nada si no me hubiera presentado en su casa la semana pasada. Sé que le presioné, indirectamente lo hice. Le conocía, por eso fui hasta allí. No quería venir sólo y sabía, conociéndole como lo hacía y a pesar del tiempo que habíamos estado sin vernos, que las personas como él no cambiaban. Lo haría. Vendría conmigo. .

Llegamos a Hardin antes de comer. Había estado durmiendo casi todo el viaje en el asiento de atrás del camaro. No sabría cómo describir los días que pasamos en Topeka. ¿Fui afortunado? ¿Realmente debía sentirlo así? Sólo podía pensar en lo que ellos sufrieron. Oliver se sintió demasiado identificado con Adam.

No tengo grandes recuerdos de mi padre, tan sólo la memoria que la gente del pueblo me ayudó a construir. Y ahora al descubrir que era un asesino...No quería odiar a mi madre, pero eran tantas las preguntas que tenía y a las que parcialmente había encontrado una respuesta, que no entendía el

valor familiar que habíamos tenido en casa.

¿Fui yo mejor que Oliver? ¿Él merecía todo aquello y yo no? ¿Fue mi madre realmente consciente de que abocaba a mi hermano a ese calvario mientras yo seguía ignorándolo? Sólo era un niño pero Oliver también lo era cuando comenzó a pasar. No tuve tiempo para sentarme con mi madre y preguntarle directamente por todo esto, o no quise quizás. ¿Cómo empezar? ¿Qué decirle? Había sido mi madre. Me crio estando sola. Todo lo que tengo se lo debo a ella, pero ¿por qué tuvo que sacrificar a Oliver? Es algo que nunca entenderé.

Oliver estaba nervioso y lo entendía. Nick había sido como su hermano. Tenía cierta envidia. Me hubiera gustado ser yo el que le hubiera ayudado a soportar lo que le ocurrió. Estaba allí, acompañándole de camino a Hardin pero apenas me decía nada, no hablaba mucho conmigo pero sabía que estaba allí y con eso le bastaba. No me siento ofendido ni enfadado, sólo que me hubiera gustado significar algo más. Para mí, él había significado mi referente. Lo había sido todo hasta que se marchó. Todo cambió, se convirtió en todo lo opuesto y ahora, que he descubierto la verdad, quiero aún más que siga siendo el hermano que idolatraba, sólo que para él soy un desconocido.

Cuando llegamos a Hardin, fuimos directos al Hospital. Nick seguía en coma. No había habido ninguna evolución. Su padre estaba allí, había llegado por la mañana y Emily estaba con él. Los dos estaban almorzando en la cafetería del hospital. Fuimos los tres directamente hacia allí y cuando nos vieron acercarnos, Emily se levantó y abrazó a Oliver fuertemente echándose a llorar. Él la rodeó con sus brazos intentando consolarla pero sentía su dolor como propio. Cuando se separaron, se limpió las lágrimas y se acercó a mí. Cogió su bolso y sacó una película en 16mm y unos recortes de periódico.

—Mira esto—me dijo Emily entregándome lo que había guardado.

—¿Qué es?—Oliver y Robert me rodearon y observamos aquellos pocos recortes de personas desaparecidas que Emily había recogido—¿Qué significa esto?

Emily comenzó a contarnos todo lo que les sucedió desde que pusieron un pie en Herod. Nuestras caras cambiaron por completo. Las cintas, los

recortes, el cadáver de la zanja. Fue fácil atar cabos. Cada palabra suya abría paso a una nueva línea a seguir. Realmente cabía la posibilidad de que esos cinco hombres hubieran convertido la cabaña en un cementerio y que las personas desaparecidas de esos recortes pudieran ser los que aparecían en aquellas cintas de de 16mm. Era horrible lo que estaba tomando forma en mi cabeza. Sus conjeturas estaban desestabilizando todos mis esquemas.

Habían cuatro cintas más, junto con más recortes y fotografías pero las custodiaban la policía de Herod. Necesitaba hablar con Thomas. Salí de allí a toda prisa y me acerqué a los teléfonos que había en la entrada.

Jessica había muerto en el accidente de coche tras haber intentado matar a Nick. Los dos guardas forestales aparecieron asesinados, al igual que Tom O'Donnell, el guarda que guió a Emily y a Nick y cuyo cuerpo fue encontrado flotando en una de las cascadas de Shawnee.

Habían recuperado todas las pruebas de las que me habló Emily y según palabras de mi superior, el material era altamente escandaloso. No podía exponerse en ningún lugar, ya no solo porque comprometería al ejército estadounidense, ya que en la mayoría de las tomas y escenas en las que aquellos hombres aparecían vestidos, lo hacían con el uniforme militar, sino porque era absolutamente repugnante el sufrimiento al que sometieron a tantas personas.

Habían puesto patas arriba los alrededores de la cabaña y por el momento habían aparecido diecisiete cuerpos. Thomas pensaba del mismo modo que yo, que posiblemente serían las personas desaparecidas cuyas fotografías habían aparecido en las cajas.

Jessica trabajaba para William Cushman, pero ¿Cómo?. Estaban investigando sus cuentas corrientes, sus contactos, toda su vida. Me sentía insignificante en esos instantes. Era como si te arrancaran una parte de ti y te hicieran ver que esa realidad no lo era.

No supe encajarlo. Quería estar solo. No quería estar con ellos, ni hablar con nadie más. Dejé a Oliver y a Robert con Emily y Scott Hamilton y me marché a dar una vuelta con el coche. Les dije que volvería en una hora aproximadamente pero no sabía el tiempo que iba a necesitar para sentirme bien de nuevo.

Detuve el vehículo junto al puente de Joe Page sobre el río Illinois y comencé a andar hasta que me situé en el centro. Las nubes poblaban un cielo encapotado que no llegaba a estallar. Se sentían del mismo modo que yo, contenidas. Pensé en los buenos momentos que habíamos pasado juntos. Pensé en la noche en el hotel de Fairmont. Sentí cada palabra que había tenido con ella desde el momento en el que nos conocimos, desde que nos acostamos la primera vez. ¿Quién era realmente? ¿Había sido así desde el principio? ¿Me había utilizado? No le demostré demasiado interés en la habitación del hotel porque no quería que pensara que era algo similar a lo que ocurrió cuando nos conocimos, pero seguía sintiendo lo mismo por ella, sólo quería que pensara que había cambiado, que me comportaba igual que ella. A la mañana siguiente actué como si nada hubiera pasado. ¿Era realmente una treta para que le confiara mi manera de actuar? Sé que se enfadó cuando no le dije lo que planeé con Emily en un intento de tener más tiempo para investigar el caso, pero ahora, sabiendo lo que sé, intuyo que si se lo hubiera contado lo hubieran paralizado de alguna forma.

Aquel hombre, William Cushman era un hombre poderoso. Por lo que supe, podía hacer cualquier cosa en Kansas, lo que quisiera. Se codeaba con políticos, importantes hombres de negocios por todo el país, incluso tenía fotografías con Nixon y Gerald Ford. Sin todas esas pruebas hubiera sido muy difícil detenerle, pero aquello lo cambiaba todo.

Los diecisiete cadáveres, junto con los dos que encontraron en el sótano iban a ponerle las cosas muy difíciles, por no hablar de las películas.

Caminé durante un buen rato antes de que comenzara a llover y todavía no encontraba vínculo alguno entre Jessica y Cushman. Esperaba a que Thomas me informara de algo más pero hasta el momento, era lo único que sabía. Decidí regresar al hospital asumiendo que había hecho partícipe a alguien, que quería eliminar a las personas a las que estaba protegiendo y ni siquiera me había dado cuenta de ello.

Nick no despertaba. Nos habíamos acercado al motel en el que se alojaba Emily. Yo quería quedarme en el hospital pero su padre me obligó prácticamente a que me marchara. Él me avisaría cuando hubiera alguna novedad, por lo demás era tiempo perdido el estar allí y sabía que no tenía

que demostrarle a nadie lo que sentía por Nick. No por estar allí más tiempo era mejor.

El marido y los padres de Emily regresaron a Fairmont. Sólo estaba a poco más de dos horas de allí. Estaba sentado en la cama viendo los pequeños fotogramas de la película una y otra vez, recordando lo que mi padre me hizo a mí. Ahora le veía, junto con esos otros hombres y con las personas a las que utilizaban como presas.

—Oliver, dámela. Te vas a volver loco—dijo Emily levantándose de la silla en la que estaba sentada e intentando arrancármela de las manos. Mi hermano se levantó de la cama y en silencio abrió la puerta y salió. Fui tras él y le detuve junto al porche. Emily volvió a guardarlas en su bolso.

—¿Dónde vas?

—¿Ese era nuestro padre? ¿Ese engendro?—me preguntó roto de dolor.

—Sí, Robert. Ese era—le sujeté por el brazo.

—Pues no quiero tener su sangre. No quiero tener nada que ver con él —le abracé, intentando no soltarle, pero fue más rápido—Toda tu vida has estado huyendo de eso, ¿verdad? Y yo pensando que nos habías abandonado, joder.

—Ya te lo conté todo en Fairmont, Robert.

—Sí, ya lo sé. Lo sé. Pero ¿y todo esto? ¿todas estas muertes?—abracé a Robert y esta vez no se separó de mi lado. Ver esa película nos unió más que nunca.

Hablé con Peter desde la habitación del motel. Ayer ya le conté a grandes rasgos todo lo que había sucedido. Íbamos a abrir con una noticia de alcance nacional y sabíamos todo lo que eso iba a acarrear. Habíamos hablado con el FBI, sabían que teníamos todo el material y aunque temían un poco por las consecuencias que la noticia iba a desencadenar, era algo que no iban a poder controlar. Ya se escuchaban ciertos rumores en Kansas sobre la figura del millonario William Cushman de que algo estaba sucediendo.

Mañana sábado, Fairmont despertaría con un escándalo que pondría

patas arriba sus cimientos. Todos los que cobijaron, aplaudieron y silenciaron la actitud de Joseph Kenner tras la guerra tendrían que verse en el reflejo de sus acciones. La sacudida que golpearía al que fue nuestro pueblo durante ese sábado 29 de Octubre iba a ser peor que cualquier terremoto que pudiera asolar la ciudad.

Después de comer, me acerqué al hospital y hablé con el padre de Nick. Por el momento seguía estable. Los médicos no supieron adelantarnos nada, y cualquier cosa podía suceder. Dejé a Oliver con él y me llevé a Robert de vuelta a Fairmont. No quería marcharse pero allí, poco podía hacer. Oliver insistió en quedarse con Scott. Esperé a que Luke llegara pero no regresó. No podía perder más tiempo y me marché con el coche de Jeff. Él se marchó con mis padres, dejándome el vehículo. El mío continuaba en Shawnee pero ahora no podía perder tiempo yéndome hasta allí, necesitaba hablar con Peter y preparar la edición de mañana.

Cuando regresé al hospital Oliver me dijo que Emily se había marchado. Me hubiera gustado hablar con ella antes de que regresara a Fairmont pero entendía que lo hubiera hecho. Tardé más de cuatro horas en aceptar que Jessica me había traicionado y asimilar toda la locura que estaba apareciendo bajo el suelo de la cabaña de Shawnee. Simplemente tuve que mentirme a mí mismo. No encontraba otra forma de enfrentarlo. Estaba muerta. No podía hablar con ella, no podía exigirle una respuesta o que me diera una explicación. Jamás sabría si sus sentimientos por mí eran sinceros o si realmente lo que pretendía era saber todos mis pasos para adelantarse e intentar truncarlos.

Hacia las ocho de la tarde volví a hablar con Thomas. Habían detenido a William Cushman. No se había filtrado todavía nada a la prensa. De momento, nada lo relacionaba con los recientes homicidios pero cuando The New Chronical publicara la noticia, todo quedaría al descubierto. Era el acuerdo al que habían llegado con el editor del periódico local. Emily había sabido jugar muy bien sus cartas y me alegraba por ello. No publicarían ninguna imagen escabrosa de lo que habían visto pero tenían la exclusividad de la noticia.

Intentaba disimular cómo me sentía realmente. En realidad, mi labor

había terminado allí. Sí me había quedado era por la afinidad que tenía con Oliver y con Nick pero Thomas me había pedido que regresara a Washington lo antes posible. Poco había que hacer ya. Parecía que Jessica estaba detrás del asesinato de Russell Maynard y su hermana pero aún así, no podía dar crédito. Yo estaba dentro de la casa. ¿Intentó matarme? ¿Quiso hacerlo realmente? No quería seguir pensando en ello porque iba a volverme loco.

No le dije nada a Thomas sobre el asesinato de Joseph Kenner pero ¿a quién le importaba? Alguien lo mató hacía veintidós años pero después de lo que había sucedido y todo lo que se había puesto al descubierto, nadie iba a dar un centavo por descubrir quién lo había hecho. Preferí dejarlo correr aunque entendería que hubiera sido él. Sabía que Oliver no lo había hecho y nunca me equivocaba en mis corazonadas.

Thomas quería que investigara la identidad junto con Casey y Stewart de todos los cuerpos que aparecieron en la cabaña. William Cushman era el único responsable de todo lo que estaba apareciendo. Por muchos abogados que tuviera, todos los demás estaban muertos y según Thomas, su participación estaba más que probada en las películas de 16mm. Todavía no sabía que Emily guardaba una pero sabía que se la haría llegar cuando publicara la noticia.

Dejamos a Scott en la habitación con Nick y Oliver me acompañó hasta mi coche. Regresaba a Washington esa misma noche. Pasaría por Fairmont a recoger mis cosas y a despedirme de Emily y volvería al lugar al que pertenecía dejando atrás unas semanas que sin querer darme cuenta, habían cambiado parte de mi concepción del mundo. Desde las oficinas manejaría toda la investigación junto a Casey y Stewart.

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho por nosotros, Luke.

—Tan sólo he hecho mi trabajo.

—No, no sólo has hecho eso. Has creído en mí. Otro me hubiera detenido y hubiera estado encerrado hasta que descubrieran quién mató a mi padre. Y posiblemente me hubieran culpado a mí. Sin ti, nada de todo esto se hubiera sabido—Y era cierto. Lo lógico era lo que intentaban hacer Casey Dunham y Stewart Henson. Las únicas personas que pudieran tener motivos para acabar con Joseph Kenner y a tenor del testimonio de Oliver sobre lo

que le ocurrió, eran su esposa y su hijo. Posiblemente les hubieran acusado a uno de los dos o a ambos quizás. Ahora todo eso pasaba a un segundo plano —Luke, desde Vietnam, nadie se había portado conmigo como tú lo has hecho, sin conocerme apenas de nada, pudiendo haber sido un asesino.

—Pero no lo eres—agradeció mis palabras con una sonrisa. Me separé de él y me dirigí hacia mi coche. Abrí la puerta.

—No sé si volveremos a vernos, agente Luke Barren, pero ojalá sea en otras circunstancias. Estoy en deuda contigo. Todos lo estamos—me acerqué nuevamente y le estreché la mano. Me dio un sólido abrazo para el que no estaba preparado. No era alguien tan emocional para asumir ese tipo de gestos por mucho que me comprometiera en exceso en mis casos pero aún así, me hizo sentir bien. Entré en mi coche y salí de Hardin en dirección a Fairmont. Oliver se mantuvo de pie, sin moverse, viendo como me alejaba de allí. Desapareció cuando tomé la curva en el siguiente cruce.

Me sentí afortunado por tener un sexto sentido que me ayudaba a confiar en algunas personas. A veces un simple gesto, un reflejo en un cristal, un chasqueo de dedos te hace fijarte en alguien y te permite confiar en él. Sé que tarde o temprano me equivocaré, puede que pronto ocurra, pero hasta el momento, seguiré creyendo en la bondad de los desconocidos.

Hacia las nueve de la tarde, después de cenar en la cafetería del hospital me llevé a Oliver a dar un paseo por los alrededores. Los dos necesitábamos un respiro. Estaba callado. Apenas hablaba en mi presencia. Era como si se sintiera intimidado y no entendía el porqué.

—Hijo, agradezco mucho que estés con nosotros—caminábamos por la larga vereda rodeada de cipreses. Era un bonito paseo que durante el día utilizaban muchos enfermos que precisaban de rehabilitación. Ya de noche, sólo la luz de las farolas iluminaba los adoquines de color verdoso.

—No hubiera podido irme sabiendo que Nick estaba aquí, señor—le sonreí.

— Nunca has podido dejar de llamarme Señor, ¿verdad?

—No.

—Se va a poner bien, Oliver. Ya lo verás. Nick siempre ha sido muy fuerte.

Me sentía extraño. Hacía más de veinte años que no le tenía a mi lado. Era una gran persona. Me sentí culpable por no habérmelo llevado a Nueva York pero no podía hacerlo. Él tenía su vida aquí. Esperaba que con el tiempo, volviera a estrechar vínculos con su madre, pero no fue así. No entendí hasta el momento en el que regresé estos días a Fairmont, a qué era debido el dolor que sentía Oliver contra su madre. Era una de las piezas que faltaban en mi rompecabezas particular. Si lo hubiera sabido, me lo hubiera llevado.

Caminaba a su lado. No sabía qué decirle. Maté a su padre sin ningún remordimiento. ¿Me hacía eso una mala persona? Eso imagino que daría para un debate sobre la calidad moral del ser humano. Me hubiera gustado contarle que cuando fui consciente de lo que ocurría, cuando tuve la oportunidad de hacerlo, lo hice, pero ¿cómo se le dice eso a alguien?

Sé lo mucho que significaba para Nick. Empezaron a escribirse al poco de marcharnos. Nick lo hizo nada más llegar a Nueva York pero su primera respuesta tardó unos meses. Nick estaba desanimado al principio y me echó en cara el que nos hubiéramos ido. No quería estar en Nueva York pero pocos meses después recuerdo la ilusión con la que sostenía la carta de su amigo que acababa de llegar al correo.

La vida continuaba. Nosotros teníamos que estar allí, y él tenía en Fairmont a su familia. Él mismo debía de ser capaz de encauzar su destino.

—No puede ser—Oliver miró al cielo sin poder dar crédito. Miré hacia arriba y comprobé que estaba comenzando a nevar. Sonreí. Los dos lo hicimos—¡Está nevando!—estaba entusiasmado—Nick tiene que ver esto—levantó los brazos y tocó con las palmas los pequeños copos de nieve que caían. Vi la ilusión que tenía en los ojos y volví ver al chico que vivió bajo mi techo y al que rescaté del infierno. Recordé cuando entraba en casa corriendo con mi hijo subiendo las escaleras a trompicones ensuciándolas con las zapatillas embarradas.

No hacía demasiado frío como para que nevara y la previsión

atmosférica tampoco había adelantado nada, así que fue una bonita sorpresa que esperaba que augurara la pronta recuperación de Nicholas.

No quise preguntarle sobre su vida porque sé que no había sido fácil. Sentía unos lazos fuertes con él pero al mismo tiempo veía a un desconocido. Fui prudente. Toda mi vida lo he sido. Era un chico completamente fragmentado y ahora empezaba a recomponerse poco a poco. Ojalá le hubiera visto receptivo para poder sentarme en uno de los bancos que adornaban el paseo y poder hablar claramente pero no iba a ser justo para él.

Me preguntó sobre mis novelas, sobre Nick, sobre el hecho de convertirme en abuelo... Todas aquellas trivialidades fueron las que me hicieron decidirme a no dar el paso, a dejar que me hablara de lo que quisiera, a intentar cerrar la herida que se había abierto tiempo atrás y que ahora, podía empezar a cicatrizar si mi hijo recobraba en breve la consciencia.

Hablamos sobre Nick y su vida en Nueva York. Me preguntó sobre Helena. Hablé con ella hacía dos días, pero en su estado no quise asustarla. No le he dicho nada de lo que había ocurrido. Le dije que estaba muy ilusionado tomando notas sobre lo que podría ser su próxima novela. No sé si sería cierto o no pero era un modo de mantenerla alejada de todo esto sin que se preocupara él. No me perdonaría que tomara un avión y se presentara aquí, nerviosa y asustada. Oliver pensaba lo mismo. Era mejor actuar de esa forma.

Viernes, 4 Diciembre 1959. Fairmont

Era la primera vez que veía nevar desde un sitio tan alto. Parecía que estuviéramos tocando el cielo. Habíamos subido hasta allí arriba después de haber salido del instituto. Mi padre nos había prohibido que saliéramos por la tarde porque se avecinaba ventisca y nevadas fuertes pero no le hicimos caso. Oliver insistió en que fuéramos hasta el Pico de Willow's Lake, desde donde las vistas eran increíbles y según él, ver nevar desde allí, era algo absolutamente espectacular.

Emily nunca me había llevado a ese sitio y no entendía por qué. Podíamos haber pasado muchas tardes allí arriba. En verano, ese lugar tendría que ser increíble, pero por algún motivo, era la primera vez que tenía conocimiento de esas alturas. Fue por eso que sentí curiosidad cuando lo dijo. Era la primera vez que escuchaba ese nombre, así que, sin dudarlo,

desobedecí las órdenes de mi padre. Los dos lo hicimos.

Hacía más de seis meses que no se sabía nada del padre de Oliver. Cuando pasaron las primeras semanas, todo el mundo pareció olvidarse. Todos menos Vivianne y Oliver Kenner.

Joseph quedó en un recuerdo, aunque para mi amigo seguía siendo una amenaza. Aún meses después, se levantaba por las noches asustado, sufriendo pesadillas, aterrado. Estuve pendiente de él en todo momento, tratando de que mi padre no fuera consciente del cambio que sufrió tras la desaparición.

Allí estábamos. Sentados el uno junto al otro, con nuestras gruesas chaquetas de invierno y las bufandas y gorros que nos protegían del frío. Llegamos en la camioneta de Oliver hasta allí, a casi cuarenta minutos de Fairmont y tuvimos que caminar por un sendero escarpado y trepar por unos riscos que, aunque parecían peligrosos, no lo eran tanto. Hasta que no llegamos arriba no supe ver toda su belleza.

Las cosas no habían cambiado demasiado en Fairmont. Comenzamos un curso nuevo. Él seguía siendo el capitán del equipo de fútbol, seguía con Jane Chambers y aunque pasaba más tiempo en casa que con ella, intentaba no desligarse demasiado de Simmons y Hartley. Las cosas no eran lo mismo entre ellos. No les explicó nada a sus amigos sobre el porqué de su distanciamiento y ello, sumado a los demás secretos que iba acumulando, hizo mella en su relación.

No quiero decir que a Oliver no le importara, claro que lo hacía, pero no podía hacer otra cosa. Tenía que lidiar con ello y si para eso iba a tener que perderlos, se arriesgaría a hacerlo.

Mi padre, además, nos llevó de vacaciones a Oliver y a mí durante tres semanas a Los Ángeles y San Francisco, con lo que dejamos atrás Fairmont durante prácticamente todo el mes de julio. Aquel viaje sirvió para que el vínculo que creamos se intensificara mucho más.

Emily y Carson continuaban con su historia de amor a lo largo y ancho de Fairmont. Apenas la vi durante el verano, ya que pasaba casi todo el tiempo libre en la casa que los padres de él tenían a las afueras del pueblo, pero a finales de agosto volvimos a tener un acercamiento. Nos prometimos que jamás dejaríamos pasar tanto tiempo sin hablar. La echaba de menos.

Viernes, 28 Octubre 1983. Hardin County General Hospital. Illinois.

El Señor Hamilton cayó rendido sobre el sillón de la habitación en la que estaba Nick. Apenas se sentó, cerró los ojos. No quise despertarlo. Me hubiera gustado poder hablar con él de otras cosas, pero me sentía avergonzado después de que se enterara estos días de lo que me sucedió cuando era un crío. No pude contárselo cuando viví bajo su techo y ahora me sentía un hipócrita.

Sé que él no me veía así, que me entendía, pero a pesar de ello, yo no podía levantar la cabeza, mirarle a los ojos y explicarle que no pude hacerlo. Nick empezó a mentirme desde que me conoció, desde que le hice prometer que no le contaría a nadie lo que estuve a punto de hacer en el puente de Fairmont Hill. Su hijo cambió por mi culpa y a pesar de que el motivo era lo suficientemente importante para que lo hiciera, yo fui quien alteró esa confianza y estabilidad entre ambos.

Me quedé cerca de la ventana y entre las rendijas de la persiana, pude ver como seguía cayendo la nieve y tiñendo de blanco todo lo que mi vista alcanzaba. Sonreí. Recordé una tarde en Widow's Lake y cómo nos quedamos allí sentados, muertos de frío, observando cómo caían todos aquellos copos. Volví la vista hacia él pero no despertaba. Se borró toda la ilusión de mis ojos. Dejé atrás la nieve y me senté en la silla que había junto a su cama. Me quedé observándole durante unos instantes, con las vías en sus brazos, los tubos que le administraban aire, sus ojos cerrados... cerré los míos y apoyé mi cabeza sobre las sábanas.

Aún no sabía la hora que era cuando noté unos dedos acariciando mi cabeza. Abrí los ojos, reaccioné de inmediato, dándome cuenta del lugar en el que estaba y me incorporé sobresaltado. Había abierto los ojos. Estaba despierto.

—¡Nick!—su padre se despertó de inmediato. Se levantó del sillón.

—¡Hijo!—se acercó al otro lado de la cama. Nos miró sonriente intentando quitarse los tubos que tenía en la boca. Presioné el botón de emergencia y rápidamente se personó una enfermera que, al darse cuenta de lo que acababa de suceder, avisó con celeridad al resto del equipo y nos

sacaron de la habitación sin que apenas pudiéramos hablar con él.

Le di un fuerte abrazo a Scott Hamilton y respondió de igual manera. No podía haber comenzado el día de mejor manera.

Pasaban de las siete de la mañana cuando amanecía, sin que las briznas blancas se hubieran detenido. Estábamos los dos en una sala de espera, contigua a la habitación de Nick. No podíamos permanecer sentados. Scott se quedó apoyado junto a la puerta mientras que yo no podía evitar ir de un lado a otro, intranquilo, hasta que me detuve junto a la ventana. Volvía a agradecer a la nieve que caía el que le hubieran brindado una nueva oportunidad a Nick.

Al principio, cuando abrí los ojos, no sabía dónde estaba. Apenas había luz en la habitación. Me quedé inmóvil unos minutos viendo como la luz del día iba entrando por las ventanas. Era una habitación blanca. Incorporé un poco la cabeza y me vi tendido en una cama de hospital. Casi no podía moverme, me dolía el costado. Tenía unos tubos que me salían de la boca. Eran incómodos, pero no podía mover las manos y quitármelos. Vi a Oliver con la cabeza apoyada sobre la cama, sentado en una silla y a mi padre, durmiendo en un sillón cerca de la ventana. Al principio no supe ubicarme, pero rápidamente sentí en mi cuerpo el tacto del vendaje que cubría gran parte de mi lado izquierdo. Apenas recordaba lo que había pasado. Intentaba pensar en un momento concreto, pero no era capaz. Comenzaba a ver imágenes inconexas que no sabía si pertenecían al presente o al pasado. Estaba desorientado.

Pasaron unos minutos hasta que pude asimilar que había estado inconsciente. Fui moviendo poco a poco mis dedos, deslizándolos hacia abajo sobre las sabanas hasta que alcancé la cabeza de Oliver que reposaba sobre la cama. Los deslicé entre su pelo hasta que conseguí que despertara.

Pasadas unas horas, pude hablar con ellos pero no me acordaba de nada de lo que me estaban diciendo. Sí, había cosas que les escuchaba decir pero me costaba asimilarlas. Los médicos dijeron que era un estado normal al despertar del coma. Estaría unos días en observación y poco a poco comenzaría a recordar. Se alegraban de que estuviera bien. Me hablaron de personas a las que no reconocía. Escuchaba nombres, pero todo ello

provocaba en mi una sucesión de rostros a los que apenas podía dar forma. Estaba aturdido. No quería seguir escuchándoles. Se dieron cuenta de ello cuando cerré los ojos y giré la cabeza hacia otro lado.

No querían abrumarme, así que entendieron, que lo único que podían hacer era ayudarme a que los días que iba a estar en observación me sintiera lo más cómodo posible.

Necesitaría un poco más de tiempo allí. Le prohibí a Oliver que le mencionara nada de lo sucedido. Nos turnamos para estar con él, o al menos esa era mi intención, pero Oliver no quería despegarse de su lado. Apenas podían hablar de nada que no fuera aquel hospital o pequeñas cosas que recordaba, así que teníamos que ir con cuidado para no desestabilizarle. No le dije nada de Helena, al menos por el momento. Le telefoneé y le dije que todo estaba bien, que volvíamos a Nueva York en dos días. Imagino que sería el tiempo necesario para que volviera en sí, y si no lo había hecho, al menos, sería consciente para poder hablar él mismo con ella.

Oliver se encargó de llamar a Emily y decirle que Nick había despertado. Aún no podía hablar con él pero todo iba a solucionarse. Ella le puso al corriente de lo que estaba sucediendo en el pueblo y de cómo se estaba tomando la gente la edición del New Chronical de aquel Sábado 29 de octubre de 1983.

El FBI se interesó por el estado de Nicholas. Llamaron por la mañana al hospital y hablé con ellos, todavía era pronto para que pudieran decirles nada. De todos modos, Emily ya había contactado con ellos. Cualquiera cosa que quisieran preguntarle a mi hijo, ella podía testimoniarlo. Hasta que no recordara todo lo que había sucedido era una pérdida de tiempo abrumarlo con preguntas.

Sábado, 29 Octubre 1983. Fairmont.

De igual forma que días atrás, el pueblo había despertado con el asesinato de Joseph Kenner y el consecuente revuelo que eso causó, aquel

sábado 29 de octubre sería considerado como el día de la vergüenza local. Tras leer la primera página del New Chronical, todo Fairmont quedó paralizado. Nadie quería relacionarse con ese hombre, ni con las festividades que se realizaban conmemorando la llegada de los veteranos de guerra durante los cincuenta. La “casa de los horrores”, como la bautizaron iba a convertir a esos cinco hombres en unos monstruos.

Clinton Roberts sufrió un infarto y tuvo que ser ingresado en el Saint Francis. Vivianne no salió de su casa por vergüenza, al igual que Robert, que no quería ser el centro de todas las habladurías del pueblo. Prefirió mantenerse alejado de las cámaras de televisión y demás medios de comunicación que se agolpaban frente a su casa.

Firmé un artículo en el que contaba absolutamente todo lo que ocurrió durante años en la cabaña de Shawnee y que acusaba a los cinco de Corea, como se les llamó desde ese momento. No apareció ninguna imagen gráfica en el artículo que pudiera comprometer el caso, ese fue el acuerdo al que llegó Peter con Thomas Piers, tan sólo material de archivo referente a los homenajes que se realizaron tras la guerra y una fotografía de Oliver Kenner de los días en los que regresó a Fairmont. Peter mandó a sus dos fotógrafos a Shawnee y a Kansas junto con otros periodistas, para que realizaran un seguimiento sobre lo que estaba sucediendo, aunque en ese instante ya no iban a gozar de la misma exclusividad.

Focalicé la historia en todos los recortes de periódico, en las personas desaparecidas cuyas familias no les buscarían más. Narré con detenimiento lo que contenía la película de 16mm que vi en el despacho de Peter y que tuve que obligarme a ver antes de devolverla al FBI. Tan sólo mencioné a Adam y a Oliver como víctimas forzadas de algo que ocurrió años atrás, sin ahondar en su pasado. Traté de preservar su intimidad en la medida de lo posible, pero no pude protegerle completamente. Sé que no le gustaría verse mezclado en todo esto y que la gente del pueblo pondría rostro a lo que hizo su padre, pero creo que lo entendió. Haber recuperado a su hermano y que Nick estuviera vivo, valía más que todo aquello. No conocí a Adam Dillane, pero hablé con Oliver y me contó lo suficiente como para poder hacerme una idea de lo que había sufrido.

El teléfono no dejó de sonar durante toda la mañana en el periódico.

Ayudé a mi jefe a responder a todas las llamadas importantes que buscaban información sobre lo que acabábamos de publicar. Madres y padres desconsolados buscando a sus hijos. Sentía lástima por todos ellos.

“La casa de los horrores” se convirtió en la portada de todos los periódicos importantes del país. El *Washington Post*, *Los Angeles Times*, *Chicago Tribune*, *New York Times*, todos se hicieron eco del terror que había surcado esos bosques.

Hablé con Oliver por la mañana y fue un alivio saber que Nick había despertado y que todo marchaba bien. Si podía escaparme por la tarde iría a Hardin a verlo, pero seguramente pasaría el resto del día con Jeff y los niños. Sabiendo que estaba bien ya me sentía tranquila.

Luke Barren llamó esa misma mañana al periódico y estuve hablando con él durante un buen rato. Hablamos del caso pero también quise agradecerle la oportunidad que me dio para poder escribir este artículo. Tanto éste como el anterior. Sin su ayuda, no habiéramos podido adelantarnos a todos los demás. Quiso pasar a verme pero tenía que regresar a Washington cuanto antes así que me llamó antes de salir del motel.

Sé que comenzó como un intercambio, fue algo mutuo, pero su implicación emocional fue decisiva para que habiéramos podido participar de toda la investigación. Me deseó suerte y le ofrecí mi ayuda siempre que la necesitara, aunque claro, difícilmente precisaría de una periodista aquí en Fairmont.

Domingo, 30 Octubre 1983. Hardin.

Recuperé la consciencia el domingo por la noche. Durante el fin de semana, Oliver y mi padre alternaban turnos para acompañarme. Mi padre apenas me decía nada. Se sentaba al lado de mi cama y me contaba viejas historias que no recordaba. Algunas de ellas me decía que durante años habían sido mis favoritas, pero no las reconocía. Era como si las escuchara por primera vez. Fue bonito. Oliver, en cambio, me hablaba de Fairmont, de nuestra infancia, de los momentos que pasamos. Una infancia que tampoco recordaba, aunque varios destellos hacían que determinadas imágenes volvieran a mi cabeza.

El costado seguía doliéndome pero la herida estaba cerrada. Todo había ido bien. Tenía que comenzar a andar en breve. Al principio me llevaban en silla de ruedas, pero cuando empecé a mostrar interés por bajar de ella, quise ir por mi cuenta y el mismo domingo, por la tarde, puse los pies sobre el suelo y con ayuda de mi padre y de Oliver comencé a caminar por el pasillo. Vestía un pantalón de pijama azul celeste y una camisa del mismo color. Me encontraba bien. Caminaba con cierta dificultad, pero era normal y pronto iba a recuperarme. Ahora sólo necesitaba recordar, eso era lo que me decía a mí mismo.

Mi padre había bajado a la cafetería a cenar algo, mientras que Oliver estaba sentado conmigo en la habitación. Estaba cansado de estar tumbado así que me acerqué a la ventana y pude comprobar como la nieve que cayó los días pasados aguantaba ligeramente. La observé detenidamente y cerré los ojos. De pronto, mis rodillas cedieron. Tuve que sujetarme a la pared para no caer al suelo. Oliver se asustó y se acercó a mí.

—¿Estás bien?

—Emily ¿Dónde está Emily?—Entonces recordé. Volví al sótano. Visualicé los dos cadáveres, el cráneo que apareció mientras cavábamos... Todas aquellas imágenes comenzaban a tener sentido.

—Ven, siéntate—me arrastró hacia la cama.

—¿Dónde están? ¿Qué ha pasado Oliver?—estaba asustado. Quería saberlo todo.

—Espera—no sabía muy bien cómo comenzar. Miró a un lado y a otro, imagino que buscaba a mi padre, su aprobación, pero no estaba.

Recordaba cada momento, cada minuto, todo lo que sucedió antes de perder el conocimiento en el coche, cuando Jessica me disparó mientras forcejamos con el arma. Necesitaba saber qué había pasado con las cajas que nos llevamos y con Emily. Oliver se sentó a mi lado y comenzó a situarme dentro de la historia que nos había llevado hasta allí.

Minutos más tarde, cuando mi padre entró en la habitación y fue consciente de lo que había sucedido, se apresuró a reunirse con los dos.

—¿Ya estás bien? ¿Has recuperado la memoria?—asentí con la cabeza.

Oliver me puso al corriente de todo lo que había sucedido durante esos días y empecé a asimilarlo—Tienes que llamar a Helena, Nick. Creo que sospecha algo. Le dije que volvíamos a Nueva York en dos días y que estabas tomando notas para tu próxima novela pero creo que no le convenció demasiado el que yo la hubiera llamado—Sí, sabía que tenía que hacerlo, tenía que contarle la verdad. Sabía que estábamos en Hardin, pero quería volver cuanto antes a Fairmont.

CAPITULO XVI

Lunes, 31 Octubre 1983. Halloween. Fairmont.

Durante aquellos días, las cosas habían transcurrido demasiado rápido como para detenerse a pensar en lo que estaba sucediendo. El periódico fue un caos. Y mi vida también lo fue. Tuve una fuerte discusión con Jeff cuando llegué a casa el sábado y decidió marcharse a casa de sus padres. Estuve llorando toda la noche pero no quise llamarle. Sé que llevaba razón, pero aún así, no pude levantar el auricular y encontrar su voz. Era uno de mis grandes defectos, mi orgullo.

Sabía que había estado demasiado ausente desde que Nick y Oliver regresaron a Fairmont, pero los problemas venían de lejos. Desde que Jeff se quedó sin trabajo y las cosas empezaron a flaquear. Intentaba disimular, asumiendo que era una temporada en la que cuidaría de los niños y que tendríamos que apretarnos un poco el cinturón todo iba a salir bien, pero no fue así. Cada vez pasaba más tiempo en el periódico, me evadía de las continuas discusiones que teníamos, aunque fueran simples tonterías como la educación de los niños, la compra semanal o el hecho de llevarme su coche sin decírselo.

A veces pensaba que íbamos a separarnos, pero no quería ser la comidilla de este pueblo y tampoco Jeff. Alguna que otra vez se lo dije, pero la cara con la que me miraba lo decía todo. No, era inviable. Mis padres, sus padres, todo nuestro entorno. Era algo que no podía contemplar. La única opción era que encontrara un trabajo y estuviera menos irascible. Por mi parte, poco a poco iba obsesionándome con la historia que había perseguido durante semanas. Las aguas jamás parecían calmarse.

Si no hubiera sido por los pequeños, creo que no hubiera aguantado a Jeff por más tiempo. Tenía tantas ganas de ver a Nick, de pasar tiempo con

él y también a Oliver. Me sentía una auténtica idiota por haberme portado con él como lo hice cuando era una cría. Achaqué toda aquella arrogancia adolescente a su inmadurez, y yo, creyéndome conocedora de todo, simplemente fui una idiota.

Me tomé su indiferencia como algo personal y la fui arrastrando hasta que se marchó del pueblo. Y ahora, veinte años después, era inevitable que la atracción que sentí por él siendo niña, se hubiera triplicado y ya no sólo por su físico, sino porque ese chico al que odiaba de niña, se había convertido en alguien totalmente diferente. De cualquier modo, no podía tener esos pensamientos rondándome por la cabeza. Era una mujer casada, que aunque no estaba en sus mejores momentos, sabía que todo se encauzaría, o eso pensaba yo.

Lo que se propagó por el pueblo con la publicación de la noticia, fracturó los cimientos de Fairmont. Nadie daba crédito a lo que había estado sucediendo durante años. Incluso algunos se planteaban la veracidad de los hechos, pero cuando Clinton Roberts sufrió el infarto, las especulaciones cesaron. Todos aceptaron que habían encumbrado a un criminal y que lo que había convertido a Fairmont en un pueblo ejemplar y famoso durante los 50 era una mentira, una lacra que les iba a acompañar por el resto de sus vidas.

Me llamó por teléfono un productor del programa 60 Minutos, de la CBS, interesándose por la historia que había detrás del artículo. Querían hablar con Adam Dillane, con Oliver, con su hermano pequeño, conmigo, pero paralicé la oferta hasta hablar con ellos. Sé que era una gran oportunidad para mí, pero intuía que ni Robert, ni Oliver querrían verse involucrados mediáticamente a nivel nacional.

El sadismo al que sometieron aquellos cinco hombres a las personas que asesinaron en la cabaña fue tan brutal, que apenas la gente comentaba nada. Veían a esas figuras idolatradas años atrás como demonios. Nick me llamó al periódico y me dijo que llegarían por la tarde. Prometí a Jeff que iría con él y con los niños por las casas del pueblo celebrando Halloween, así que ya encontraría el momento para verlos. Me alegró mucho escuchar su voz. Hablé con su padre y con Oliver antes de que recobrarla la memoria. Sabía que era cuestión de días que la recuperara y así fue. Le avancé algo de lo que había sucedido en Fairmont, pero poco más pude decirle que Oliver no le

hubiera dicho ya.

Se alegró de que los dos estuviéramos bien. Casi rompe a llorar pero le tranquilicé. Ahora sólo necesitábamos vernos. Debía marcharme a casa y ultimar, junto a Jeff, los disfraces que íbamos a llevar con los niños e intentar recuperar el tiempo perdido y comenzar de cero.

Desde que regresé con Emily a Fairmont, apenas sentí fuerzas para salir de casa. Veía a todos los medios de comunicación frente a la casa y no podía enfrentarme a ello. Apenas sabía todo lo sucedido. Sí, sé lo que ocurrió, pero aún así, me sentía al margen.

Oliver regresaba esa misma tarde de Hardin. Me llamó todas las noches a casa. Me contó cómo estaba yendo todo. Me había acostumbrado a escuchar su voz, a verle, a recordarle como cuando era un niño. Aquellos días separado de él, me hicieron darme cuenta de que me marcharía con él cuando se fuera de Fairmont.

El pasado viernes cuando regresé a casa, apenas pude hablar con mi madre. No quería verla. Sentía que en mi interior se desencadenaba una batalla y no sabía quien sería el vencedor, pero de lo que estaba seguro era, de que quien lo fuera, seguiría realmente derrotado.

Entendió que no quisiera estar con ella, aunque le entristeció profundamente. Bajé las escaleras del sótano y me encerré allí. Me eché sobre la cama con Rocky y pensé en mi padre, en ese demonio. ¿Qué es lo que tiene que pensar un hombre para hacer todo eso? Vi las imágenes de “la casa de los horrores” que se emitieron en televisión con los ojos cerrados. Se me quedaron grabadas todas las caras de chicos y chicas desaparecidos de los recortes que nos enseñó Emily, que ya no iban a volver. Sentí asco de mí mismo por haberle tenido como padre. Pensé en mi hermano de nuevo. Quería sentarme junto a mi madre y preguntarle abiertamente el por qué. ¿Por qué consintió lo que le ocurrió a Oliver? No pude hacerlo antes. Ni siquiera ahora era capaz. No me sentía con fuerzas.

El sábado por la mañana, me desperté pasadas las doce. Subí a la cocina y me esperaba mi madre, sentada junto a la mesa, con el desayuno recién hecho. Su mirada desprendía tristeza, pena, vergüenza. Una mezcla de

sentimientos que intentaba transmitirme y amedrentarme pero no lo iba a conseguir.

—No tengo hambre—cerró los ojos y antes de que pudiera volver a abrirlos le pregunté. No pude contenerme—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me mentiste?—ella no supo qué decirme. Comenzó a llorar. Me senté frente a ella y la obligué a mirarme a la cara—No, mamá. Esto no te va a servir conmigo. Ahora no—intentó recomponerse pero no iba a lograrlo fácilmente.

—Hijo.... yo...—comenzó a decir, titubeante a la par que insegura.

—¿Por qué Oliver? ¿Cuándo empezó a pasar? ¿Por qué no hiciste nada? ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué me dejaste odiarle de esa manera?

—Porque nos dejó.

—Nos dejó por tu culpa mamá. Por tu culpa—ella rompió a llorar de nuevo.

—Ojalá hubiera sabido lo que hacer, Robert. Ojalá una mujer como yo hubiera podido enfrentarse a tu padre y detenerle.

—¿Sabes lo que le hizo papá a Oliver? ¿Sabes lo que les hacía junto con sus amigos a esas personas?

—¿Crees que si lo hubiera sabido no hubiera hecho algo?

—Pues no lo sé, dejaste que lo hiciera con Oliver y era tu hijo—se levantó de la silla, fue hasta el frigorífico y antes de abrirlo se dio la vuelta.

—Robert, me di cuenta la noche en la que desapareció. Hasta entonces sospechaba, pero hasta que no lo vi, allí—se restregó las lágrimas con la mano.

—Y Oliver te vio, te vio, mamá. Y desapareciste—no podía evitar que las lágrimas me brotaran de los ojos.

—Toda mi vida me he arrepentido de no coger un cuchillo y clavárselo a tu padre mientras dormía, pero ¿qué iba a ser yo para vosotros entonces? Me encerrarían, os dejaría solos, Robert.

—¿Y no sería mejor estar solos que destrozarle la vida a uno de tus hijos?, a los dos, porque me has hecho crecer pensando que mi hermano no

me quería y ahora me siento un extraño a su lado—me desmoroné. Ella se acercó hacia mí intentando abrazarme pero la rechacé.

—No, mamá. No puedo. No puedo—me levanté de la silla—Necesito tiempo, mamá—ella lo entendió. Le hubiera gustado pensar que como con nuestro padre, todo iba a quedar enterrado, pero había ciertas cosas que no podían esconderse bajo la alfombra.

Por mucho que no hubiera querido salir de casa, la televisión, la radio, los chismes al teléfono y sobre todo, la insistente presencia de los medios afuera, la hacían incapaz de dissociarse del problema. Escuchó todo lo que esos hombres hicieron durante años en la cabaña de Shawnee, la detención de William Cushman y los cargos por múltiples homicidios. Ya nada podía permanecer oculto. Todo saltó a la luz pública y se convirtió en un escándalo a nivel nacional. Lo único que el FBI logró, fue mantener ocultas las películas que, aún causarían más dolor a las familias de todas las personas desaparecidas.

Nadie en Fairmont era incapaz de no hablar de lo sucedido. Clinton Roberts se recuperaba en el hospital de su repentino infarto, el actual alcalde dio una rueda de prensa, junto con la policía, disculpándose por la imagen que hasta el momento habían tenido de Joseph Kenner y despojándole de cualquier insignia o mérito especial que se le hubiera otorgado.

Al igual que mi madre, apenas salí durante el fin de semana. El poco tiempo que pisé la calle me sentía observado. Fue una sensación incómoda. Todo el mundo me conocía, todo el mundo siempre me saludaba cuando nos cruzábamos pero ayer, no. Nadie lo hizo. Me miraban, cuchicheaban y bajaban la cabeza. No querían hablar conmigo.

El domingo fui a casa de mi jefe, Dwight Fledmon y al menos, me sentí arropado por alguien del pueblo. Entendía perfectamente por lo que había estado pasando, aunque es cierto que hasta la mañana del sábado, cuando apareció la noticia en los periódicos, nadie en Fairmont podía imaginarse que fuera cierto. La gente hablaba y hablaba pero era lógico que lo hiciera. Dwight fue muy amable, al igual que su mujer. Entendían mi preocupación y mis inseguridades. Nunca antes había fallado un sólo día al trabajo, y sabían que podían contar conmigo para cualquier cosa que necesitaran, por lo que me dio aquellas semanas para que me las tomara sin contraprestación alguna.

Me dijo que no me preocupara y que ignorara cualquier habladuría o comentario malicioso de la gente. Ya sabía cómo funcionaban las cosas.

Agradecí el que me ofreciera ese periodo de tiempo, pero era demasiado para mí. Le dije que quería volver a trabajar, aunque mi verdadera intención era hablar con Oliver y ver lo que iba a hacer. No podía quedarme en casa por más tiempo. Iban a celebrar un funeral por mi padre el martes, día de difuntos, pero al ser una festividad tan señalada y dada la repercusión social que tenía el caso, decidieron posponerlo al miércoles y mantenerlo así alejado de la mirada pública.

A nadie pareció preocuparle quién le disparó veinte años atrás, pero era algo que en esos momentos no importaba. Lo que quería era que todo terminara y poder marcharme con Oliver.

Era Halloween. No quería quedarme en casa escuchando como el timbre sonaba cada cinco minutos y que los niños aparecieran pidiendo caramelos. Mi madre ya lo había organizado todo para recibirlos. Había decorado la entrada y había dispuesto dulces caseros y golosinas como todos los años. Necesitaba marcharme. No aguantaba tanta hipocresía. Desde el sábado apenas habíamos cruzado palabra. Me sentí incómodo por ello y le di vueltas a la cabeza, intentando encontrar la forma de decirle que me marchaba de allí. Oliver todavía no había regresado. Pensé en ir a su motel y esperarle allí. ¿Qué más podía hacer? No quería llamar a mis amigos y que me acribillaran a preguntas que no quería responder. Me apetecía estar solo, o en su defecto, con Oliver.

Hacia las seis y media de la tarde de aquel lunes, salí de casa, y me metí en el coche, perseguido por dos o tres periodistas que intentaron forzarme a hablar. Aceleré y me marché dejándolos atrás.

Llegamos pasadas las siete a Fairmont. No estaba del todo claro que le dejaran marchar, pero había estado en observación y su padre y yo nos preocupamos de que recobrará sus hábitos con la mayor rapidez posible. Nick quería marcharse a toda costa y regresar a Fairmont. Quería ver a Emily. Su padre no quería que la viera hasta que no recobrará la memoria, no quería que el encuentro entre ambos le provocara ningún shock, pero cuando la llamé y

le dije que lo recordaba todo, insistió en venir, aun así, Nick quiso hablar por teléfono con ella.

Tras la llamada entre ambos, Nick estaba más tranquilo. Ya no sentía esa necesidad flagrante de saltar de la cama y marcharse pero teníamos que regresar.

El taxi nos dejó en la puerta del motel, y mientras su padre y yo ayudábamos a Nick a salir del asiento trasero, mi hermano se acercó hacia nosotros. No me había dado cuenta de que su coche estaba allí aparcado.

—¡Robert! ¿Nos estabas esperando?

—Sí, no sabía dónde más ir, Oliver. No quería estar en casa en Halloween y tampoco quería ver a nadie más que no fuerais vosotros. ¿Cómo estás Nick?

—Bien, bien, nada que no se cure con un poco de reposo.

Scott le pagó al taxista dejando que Robert y yo ayudáramos a Nick a subir las escaleras y poco a poco fuimos hasta la habitación. Su padre nos siguió. Nick intentaba subir sólo, pero se resentía. No podía hacerlo sin nuestra ayuda, por mucho que insistiera.

Entramos en la habitación y le ayudamos a recostarse sobre la cama. Su padre se quedó con él mientras yo salía al pasillo para hablar con mi hermano.

—¿Cuándo nos vamos a Baltimore, Oliver?

—¿En serio? ¿Lo tienes decidido?—No pude evitar dejar salir una ligera emoción de mis labios. Asintió con una sonrisa y le di un fuerte abrazo.

—Aún no le he dicho nada a mamá, ni sé cómo reaccionará, pero no voy a quedarme aquí y menos ahora. Quiero alejarme de todo esto.—Entendí que una vez se publicó la noticia, nuestra familia se había convertido en una especie de vergüenza local. Me resultaba indiferente. Era algo que no me preocupaba. Sé que mi nombre estaba en boca de todo el mundo. Era inevitable que cuando todo fue público, Emily no pudiera hacer nada por mantenerme al margen por mucho que me lo prometiera. Sólo quería marcharme de allí cuanto antes. Robert me dijo lo del funeral, pero no pensaba ir. Mis días en Fairmont pasaban por sus últimos momentos. Imagino

que en uno o dos días regresaría a Baltimore o donde Robert quisiera ir.

Para él sería todo nuevo, pero estaría conmigo, no tenía nada por lo que preocuparse. Realmente era lo que había estado deseando desde que hablé con él.

Martes, 16 Mayo 1961. Fairmont

No sabía cómo iba a decírselo a mi hijo. Mi amigo Matt, me llamó por la mañana para ofrecirme un puesto vacante en una de las universidades privadas más prestigiosas de Nueva York, donde podría iniciar un taller de escritura y comenzar así algo con lo que siempre había soñado. Sin dudarlo, acepté. Sé que Fred Edwards lo entendería, por mucho que le apenara mi marcha, pero quien realmente me preocupaba era mi hijo Nick. No sabía cómo separarle de ese lugar y como iba a afectarle romper el estrecho vínculo que tenía con Oliver.

Por aquel entonces, ya no venían conmigo al instituto. Los dos iban en la destartalada camioneta que pertenecía al padre de Oliver y que no sé como todavía funcionaba. A Oliver se le daban bien los coches y cada dos por tres montaba y desmontaba las piezas de ese trasto para limpiarlo y cuidarlo para que así, el mantenimiento le proporcionara una mayor longevidad. Esperé a que llegaran a la hora de comer para hablar con ellos.

La situación con Oliver también iba a ser difícil para mí. Me había acostumbrado a ese chico como si fuese uno más de la familia. De hecho, ayudó en muchas cosas a Nick, más de las que imaginaba. Al principio, se sentía un extraño en nuestra casa, por lo que intentaba no molestar y ayudar en la medida de lo posible. Dejaba su ropa sucia en la lavadora, recogía las toallas cuando se duchaba, ayudaba a Rose a recoger la mesa... No es que Nick no lo hiciera, sabía que tenía que hacerlo, pero era cierto que antes de la llegada de Oliver, era más olvidadizo con todas esas tareas y viéndole hacerlo, se sintió algo más obligado, hasta que llegó un momento en el que ya no era una obligación, sino una rutina.

Llegaron riéndose, como de costumbre. Los problemas entre Oliver y su madre, seguían estando latentes aunque yo no entendía muy bien el problema entre ellos porque una vez que su padre estaba fuera de la ecuación,

lo lógico era que entre madre e hijo la relación fluyera, pero no era así.

Se sentaron a la mesa y Rose sirvió unos deliciosos emparedados de queso y pollo, que terminaron en cuestión de segundos. No sabía cómo empezar.

—Chicos, tengo una noticia que daros—los dos soltaron la cuchara del postre y me miraron—Me han ofrecido esta mañana un trabajo para el curso siguiente en Nueva York. Y he dicho que sí—las reacciones no se hicieron esperar. Mientras Oliver se quedó en silencio, sin saber hacia dónde mirar, mi hijo enfurecido se levantó de la mesa y se marchó escaleras arriba sin darme opción a explicarme. Miré a Oliver que no sabía qué decirme.

—Súbete con él—le dije.

No sabía cómo encajar aquello. Se iban a ir. Se marchaban, pensaba una y otra vez mientras colocaba mis pies en los peldaños de las escaleras para hablar con Nick. ¿Qué iba a hacer ahora? Ya había cumplido los dieciocho años, no tenía por qué depender de nadie, eso lo sabía, pero me sentía como hacía años. El Señor Hamilton, se convirtió en lo más parecido a un padre durante ese tiempo y Nick en mi hermano. Ahora tendría que volver a retroceder en el tiempo. No, no iba a hacerlo. Tendría que buscar un lugar donde quedarme y alejarme de Robert, muy a mi pesar.

Entré en la habitación y cerré la puerta. Nick estaba llorando, con la cara sobre la almohada, como si no quisiera que sus sordos quejidos fueran escuchados.

—Nick, vamos. No pasa nada—me senté a su lado, intentando que se tranquilizara, pero no insistí demasiado. Mi cabeza iba a diez mil revoluciones.

No podía llevarme de allí a mi hermano. Tendría que quedarme y verla cada día, sin poder tener la vida que llevaba hasta ahora. Pensaba y pensaba intentando encontrar una solución. Tal vez la hubiera, tal vez no fuera todo tan malo, quizás hubiera una salida. El Señor Hamilton lo único que había dicho es que había cogido un trabajo en Nueva York, pero tal vez pudiera irme con ellos. Bueno, no me iría, no podía dejar a Robert aquí y no verlo.

No, eso no podía hacerlo. No podía marcharme.

Me acerqué a la ventana de su habitación y me quedé allí mirando al horizonte. Nick dejó de llorar pero no se movía. Sabía que tendría que marcharse con su padre y dejar Fairmont y no quería. Había comenzado a tener una vida de la que no había disfrutado en otros lugares y justo en ese momento, iba a marcharse de nuevo. Me sentía incapaz de decir nada.

Lunes, 31 Octubre 1983. Fairmont. Halloween.

Nick se encontraba mejor. Habíamos pedido algo de cena y nos la trajeron al motel, aunque tardaron más de lo normal debido al tráfico y a la cantidad de gente que estaba por las calles celebrando la noche de Halloween.

Estuvimos hablando durante un buen rato sobre lo que íbamos a hacer a partir de entonces. Después de que Robert me hubiera dicho que se venía conmigo, una nueva perspectiva se abría camino. Ya no me circunscribía únicamente a Baltimore, podíamos ir a otra ciudad. Cualquier lugar en los Estados Unidos, Europa quizás. Tenía algo de dinero ahorrado y no me importaba mientras estuviese con mi hermano. Ninguno de los dos íbamos a ir al funeral el miércoles, así que decidimos marcharnos ese mismo día a mi casa de Baltimore y desde allí, ya pensaríamos qué hacer, pero lo importante era eso, estar juntos. Veía a Robert ilusionado, como el niño que me seguía a todas partes cuando vivía en Fairmont.

Nick y su padre volverían a Nueva York mañana. Nick quería ver a Helena y le prometí que en unas semanas iría a Nueva York, de cualquier forma, necesitaba reposo y en Fairmont ya estaba todo hecho. Yo quería marcharme de allí cuanto antes, no quería cruzarme con las miradas de nadie sintiendo lástima por la vida que me había tocado vivir. Quería volver a llamar a Luke Barren antes de irnos, pero ya lo haría el miércoles. No podía estar más feliz que en esos momentos. Mi vida volvía a tener sentido.

Por fin las cosas se solucionaban y regresábamos a casa. Hable con Emily, me dijo que vendría al motel antes de acostarse. Me contó que había

tenido serios problemas con Jeff y tenía que pasar la tarde con los niños, pero tenía muchas ganas de verme. Sabía que estaba bien, que ya había recuperado la consciencia y que Oliver y mi padre me habían puesto al corriente de todo lo que había sucedido desde el accidente. Aún así, necesitaba verla y abrazarla, que ella misma me contara lo que sucedió. Supongo que pasadas las once vendría, al menos eso fue lo que me insinuó por teléfono.

Helena estaba bien. Todo marchaba a la perfección. La noté preocupada, pero cuando escuchó mi voz se tranquilizó. No es que mi padre la alarmara, pero el ser él y no yo quien le hablara, le hizo sospechar que las cosas no marchaban bien. Le dije que teníamos que hablar cuando llegara, que todo estaba bien, que tenía muchas ideas para mi próxima novela y en fin, Nueva York era mi hogar. Me moría de ganas de tumbarme en mi cama después de aquellas semanas.

—¿En serio quieres escribir sobre esto?—me preguntó Oliver, sentado a un lado de la cama, mientras comía una hamburguesa.

—No lo sé, quizás—miré a mi padre que se reía sentado en una silla al lado de la cama. Robert, que terminaba de cenar junto a la mesa de la habitación y Oliver le miraron también.

—A mi no me miréis, yo sí que no voy a escribir nada de esto. No es mi estilo.

—¿A qué hora os marcháis mañana?—me preguntó Oliver dejando la bolsa de papel en la que guardaba su comida sobre la mesa.

—Saldremos a primera hora, quiero que le vea un médico allí.

—Papá, ya estoy bien—intenté levantarme de la cama incómodo por el vendaje que me rodeaba el costado. Tanto Oliver como él se adelantaron impidiéndome que lo hiciera.

—Nick, ¿quieres estarte quieto?—ya no me acordaba de lo que era vivir con él—Te han dejado salir del hospital porque ibas a hacer caso y guardar reposo, así que ni te muevas.

—¿Y por qué no os quedáis unos días más?—antes de responderle, mi padre ya estaba negando con la cabeza.

—Lo mejor es que nos vayamos y le vean unos médicos que conozco.

Además no iremos en avión. He llamado a un servicio de ambulancias privado que nos llevara hasta allí.

—¿Cómo que has llamado ya?

—¿Hasta Nueva York?—se extrañó Oliver.

—No importa lo que cueste cuando se trata de la salud, hijo—Oliver me miró de reojo sonriéndome, recordándome que cuando éramos niños no podíamos nunca llevarle la contraria.

Por lo visto aquella sería mi última noche. Como cuando era niño, sólo quería despedirme de Emily y de Oliver antes de marcharme y después de estos días aquí, sé que los tres volveríamos a mantener el contacto y no dejaríamos que pasara tanto tiempo sin saber los unos de los otros.

Pasadas las diez y media, Robert se ofreció a llevar a mi padre a su hotel. Me despedí de él, sabiendo que estos días nos sirvieron para estrechar relaciones. Mi padre me dijo que a las nueve de la mañana estaría aquí. No me apetecía mucho madrugar, pero mucho menos discutir con él, así que acepté a regañadientes. Cuando se marcharon, Oliver se tumbó a mi lado con los brazos detrás de la cabeza y nos pusimos a hablar como siempre solíamos hacer.

Aunque le dije a Oliver y a mi padre que no tenía claro si escribir sobre lo sucedido, todo estaba planificado en mi cabeza. Las partes estaban bien diferenciadas, los capítulos, los personajes, pero sólo faltaba un detalle. Imagino que cuando regresara a Nueva York y desde la distancia, podría tener una imagen global de todo lo acontecido, podría poner punto y final a aquella truculenta historia.

Tal vez no quise afirmarlo porque no quería que ninguno de los dos me quitara la idea de hacerlo. Cuando todo estuviera terminado, hablaría con ellos. Intentaría tener su beneplácito. De cualquier modo, era una historia, y aunque estuviera inspirada en hechos reales, nadie, salvo nosotros, sabríamos cuánto de verdad había en ello y cuánto no.

Apenas sabía que decirle al padre de Nick. Yo era muy pequeño cuando vivían en Fairmont, así que poco podíamos hablar de entonces. Yo no es que

fuera una persona tímida, pero me sentía intimidado ante ese hombre que lo conocía todo sobre mí y del que apenas yo sabía nada. Cuatro o cinco preguntas triviales hasta que finalmente llegamos a la entrada del Hotel Sunrise. Se despidió de mí estrechándome la mano, con la intención de volver a vernos en un futuro. Le sonreí y me marché.

No tardé en llegar a casa. Me crucé con varios chicos disfrazados. Los más jóvenes ya se habían retirado, pero los de quince en adelante disfrutaban como nadie hasta altas horas de la madrugada. Aún podía recordar las noches en las que salíamos por el pueblo. Nos encantaba escondernos detrás de los coches y asustar a todo el que pasaba. ¡Qué recuerdos! Cuando llegué a casa las furgonetas de las televisiones ya no estaban. Conforme pasaron los días, y ante nuestra negativa, cada vez había menos medios allí apostados. Imagino que querrían cubrir la noche festiva y esperaba que no lo hicieran en Fairmont.

Dejé el coche frente a casa y subí las escaleras del porche. Todas las luces de la planta baja estaban encendidas. La puerta estaba entreabierta. La empujé. Me extrañó que no estuviera cerrada. Tampoco le di demasiada importancia porque era Halloween, pero a pesar de ello, tampoco es que nuestro barrio fuera demasiado frecuentado, aunque siendo realista, sí, aquella noche, sí.

Lo que más me sorprendió es que todo estaba intacto. Todos los dulces, los caramelos y golosinas, todo estaba allí, en sus cuencos. Nadie había cogido nada.

—¡Mamá!—grité. Pero no me respondió. Me acerqué a la cocina, pero no estaba. Escuché a Rocky ladrando y abrí la puerta de la cocina que llevaba al jardín y salí. Bajé los escalones y lo encontré atado a la valla—¡Joder!—maldije. Sabía que no le gustaba demasiado Rocky pero nunca había hecho eso. Rocky era feliz esperándome en el sótano. Le encantaba tumbarse en mi cama resguardando mi habitación y cuando llegaba por la noche salíamos a dar un paseo. Cuando sintió mis manos sobre él desenganchándole del collar, comenzó a lamerme por toda la cara. No pude evitar sonreír. Pensé en Oliver. Tenía que decirle que Rocky se venía con nosotros. No iba a dejarlo allí con mi madre. Aproveché y salimos a dar una vuelta por el barrio como hacíamos todas las noches.

—Abridme—llamaron a la puerta. Los dos estábamos tumbados, con la luz apagada, hablando de nuestras cosas. Reconocimos la voz de Emily. Oliver encendió la luz del interruptor, se levantó con rapidez y abrió. Cuando lo hizo, no pudo evitar reírse.

—¿Pero de qué vas disfrazada?—intenté incorporarme para poder verla, porque desde la cama apenas podía mirar afuera. Si no hubiera sido por el sombrero puntiagudo que llevaba, apenas me hubiera dado cuenta. Simplemente llevaba un vestido negro y el pelo coloreado con reflejos verdes.

—De bruja, ¿no lo parece?—sonrió. Le había dicho a Jeff que se había olvidado unas cosas en el periódico y que las necesitaba urgente—He tenido que salir así vestida para no discutir con Jeff. Estas semanas ha estado imposible—resopló.

Se acercó rápidamente a la cama mientras Oliver cerraba. Me incorporé un poco y me abrazó con fuerza.

—Dios, Nick, qué ganas tenía de verte.

—Sí, yo también. Me costó recordar todo lo que había pasado.

—Menos mal que te recuperaste. Si te hubiera pasado algo, yo...

—Estoy bien—me llevé la mano al costado.

—¿Te duele mucho?

—Puedo con ello. Soy un chico fuerte—sonreí.

—¿Vosotros como estáis?—le preguntó a Oliver, que se acercaba a nuestro lado.

—Bien, nosotros bien. Robert se ha llevado a su padre al hotel y se ha marchado a casa—añadió.

—Emily, mañana regreso a Nueva York.

—¿Mañana?

—Mi padre quiere que volvamos a casa, y aquí ya está todo claro. Además, Robert se va a marchar con Oliver a Baltimore el miércoles—

asimiló toda la información lo más rápido que pudo.

—¿En serio os vais a marchar el miércoles?¿Después del funeral?—le preguntó a Oliver.

—¿El funeral? ¿En serio me estás preguntando eso?—se sentó al otro lado de la cama. Emily no dijo nada más. Entendió la contestación.

—De todas formas, hay una cosa que no se ha aclarado, quién mató a tu padre.

—Sinceramente Emily, después de todo lo que ha pasado, de todo lo que ha hecho, me importa una mierda quien lo mató. De hecho, le daría las gracias si lo supiera—Se levantó de la cama algo irascible—¿En serio crees que alguien va a perder un segundo de su tiempo para averiguar quién mató a ese animal? Ya viste las noticias... “la casa de los horrores”, ¿en serio quieres aún saberlo?

—No quería decir eso, Oliver. Sólo que...

—Emily, a nadie le importa ya lo que le ocurriera. Casi acusan a Oliver y a su madre—un frío silencio se hizo eco entre los tres.

Rocky entró a toda velocidad por la puerta de la entrada y fue rápidamente escaleras arriba.

—¡Rocky!—le dije, intentando que me obedeciera, pero estaba demasiado decidido en ir tras algo—¡Mamá!—no hubo respuesta—¿Rocky! ¿Dónde vas?—le seguí hasta la planta superior. No era la primera vez que se colaba un gato o un mapache en casa. Estaba ladrando frente a la puerta de la habitación de mis padres. Fui hasta allí e intenté abrir, pero estaba cerrada—¡Mamá! ¿estás ahí?— giré el pomo pero no cedía. Era extraño, porque la puerta no tenía seguro por la parte interior, así que forcejeé un poco y la abrí de un empujón.

Cayó al suelo la silla que estaba haciendo de palanca contra el pomo, y me encontré a mi madre colgada de una de las vigas de madera que sostenían el techo de la habitación.

—¡Mamá!—Grité corriendo hacia ella intentando bajarla, pero era

demasiado tarde.

Me subí al taburete que había tirado al suelo en el momento en el que decidió quitarse la vida e intenté arrancarle la soga del cuello. Conseguí hacerlo con mucha dificultad y se desplomó sobre mí. Me eché sobre ella, sin dejar de llorar. Me sentía culpable por lo que le dije el otro día en la cocina. Ahora estaba allí, muerta, a mi lado. Rocky no dejaba de ladrar viendo como me derrumbaba.

Permanecí sobre ella unos minutos. Estaba completamente fría. Su tacto, su mirada. Había desaparecido cualquier resto de humanidad. Me levanté de allí entre sollozos y bajé a llamar a la policía. Tenía que llamar también a mi hermano.

Sonó el teléfono de la habitación. Los tres nos sorprendimos. Oliver se acercó y descolgó el auricular.

—Tranquilízate—le escuchamos decir, algo nervioso—Robert, por favor, cálmate. Voy para allá—colgó. Su cara estaba desencajada.

—Oliver, ¿qué pasa?

—Mi madre se ha suicidado—Emily se puso en pie y colocó su mano sobre su hombro.

—Oliver...

—¿Puedes llevarme a mi casa?

—Sí, sí, claro.

—Yo...—intenté decir.

—Tú te quedas ahí, Nick—obedecí. Era el mismo tono que pronunciaba mi padre cuando realmente, quería que le tomase en serio. Los dos se marcharon dejándome allí tumbado, preocupado. Cogí el teléfono y llamé a mi padre.

—Oliver, ¿estás bien?—me preguntó Emily al volante de su coche. Yo

estaba sentado a su lado, sin ni siquiera saber qué contestarle.

—No lo sé—ni yo mismo sabía cómo me sentía en esos instantes. No quería verla, no quería que estuviera cerca de mí, pero tampoco la quería muerta. Al fin y al cabo era mi madre y para Robert lo había sido todo. Era extraño lo que sentía. Se me hicieron interminables aquellos minutos en el coche hasta llegar a la que había sido nuestra casa. Emily estaba preocupada, podía sentirlo, pero tampoco sabía qué decirme. Sólo podía pensar en Robert.

Cuando llegamos, había dos coches de la policía de Fairmont fuera. Algunos vecinos se habían apresurado a salir de sus casas para enterarse de lo que había sucedido. Otros más jóvenes, en cambio, todavía disfrazados, se acercaban de igual forma. Salí rápidamente y entré en casa. Emily se quedó fuera, con su disfraz, sin saber muy bien qué hacer y decidió ir a casa de sus padres, ya que había algo de luz en la sala de estar. Pasaban de las doce de la noche, pero era obvio que las luces de los coches de policía iban a mantener al vecindario despierto hasta que se marcharan.

No conocía a ninguno de los jóvenes agentes que controlaban el paso en la entrada. Tuve que decir que era el hijo de aquella mujer que se había quitado la vida. Robert estaba allí sentado en una silla, en el pasillo, al pie de las escaleras junto a Rocky que se mantenía quieto a su lado. Cuando me vio entrar, se levantó con rapidez y se acercó a mí hecho pedazos. Rompió a llorar sobre mi hombro y le abracé.

—Ha sido por mi culpa, lo sé. Ha sido por mi culpa.

—Tranquilo, Robert. Tranquilo—lo saqué de allí y le llevé a la sala de estar. Le senté en el sillón y me quedé a su lado consolándolo.

—Le dije que por qué te había hecho eso, que por qué me mintió todo este tiempo—insistía entre lágrimas. Le entendía, claro que le entendía, pero Robert no estaba hecho de la misma pasta que yo. Se oían pasos en la planta de arriba. Alguien bajó. El alguacil se acercó a nosotros.

—Eres Oliver Kenner, ¿verdad?—asentí con la cabeza—Esto estaba sobre la cama—me dio un sobre cerrado con mi nombre escrito en él. Robert se sorprendió. No lo había visto cuando entré en la habitación. Me lo entregó y se marchó a la entrada. Robert me miraba completamente destrozado. Lo abrí por un extremo y comencé a leer la carta que contenía en su compañía.

Querido Oliver:

No sé por dónde empezar escribiendo esta carta. Nunca antes le he escrito a nadie y menos para decir cosas como las que tengo que decirte aquí. No puedo decir lo siento por escrito porque sería de cobardes, hijo mío, sé que no me has perdonado, ni lo hiciste, ni lo harás, pero no hay día que no me arrepienta de no haber reaccionado antes y de no haber matado a tu padre mientras dormía. Ahora ya no importa que escriba algo así, si estás leyendo esto quiere decir que ya no estoy entre vosotros.

Nunca podía imaginar que tú padre sería capaz de algo así. Ni de lo que te hizo a ti ni de lo que dicen las noticias. Cuando se levantaba en mitad de la noche no le daba importancia. Nunca se la di. Pensaba que tenía insomnio, pesadillas, no lo sé, pero nunca llegué a pensar que pudiera hacerte daño. Aquella vez, aquella noche cuando me viste... no supe qué hacer. Había subido otras veces y la puerta estaba cerrada, pero me daba miedo entrar. No podía pensar que lo que vi había estado sucediendo todo ese tiempo. Cuando me di cuenta de que me estabas mirando, pidiéndome ayuda con los ojos, creí morir. Me fui de allí, bajé a la cocina y cogí un cuchillo. Estuve tentada de volver a

subir, pero no tenía fuerzas. Fue entonces cuando desde abajo, te vi caer por la ventana. El cuchillo se me cayó al suelo. Me quedé petrificada. Escuché los gritos de tu padre. Luego te vi salir corriendo por el jardín y oí a tu padre bajar las escaleras. Me escondí en la cocina. Estaba muy asustada. Cuando salió de casa fui a la habitación de Robert y me quedé acostada a su lado. Tu hermano estaba muerto de miedo, intenté tranquilizarle y me quedé despierta esperando a que volvieras. Rezaba para que fueras tú quien regresara a casa y Dios me escuchó esa mañana.

Sé que con estas palabras no puedo pedir nada más, sólo que entiendas que ser madre no es fácil, Oliver. A veces no sabes cómo actuar, tal vez por miedo como fue mi caso. Me sentía muy sola en esta casa y cuando tu padre regresó de la guerra las cosas no fueron fáciles. Debería haber estado más pendiente de ti, lo sé, pero te ruego que no vivas toda tu vida pensando que tu madre no te ha querido porque no es así.

Pasó el tiempo y pensaba que las cosas volverían a ser como antes. Fue duro para mí verte a través de la ventana de la cocina cuando llegabas del instituto o de entrenar y no era aquí a donde te dirigías. Tuve que ver como tú mismo creabas otra familia sin incluirme

en ella, pero aunque fuera en silencio, me gustaba ver cómo te preocupabas por Robert.

Cuando los Hamilton se marcharon y regresaste, intenté hacerlo lo más sencillo posible pero no me dejaste. Intentaba agradarte de cualquier forma, pero estabas enfadado todo el tiempo, ya no sabía qué hacer o qué decirte hijo. Me hubiera gustado sentarme a hablar contigo e intentar ayudarte de la misma forma que lo hacían los Hamilton, pero me cerraste las puertas antes incluso de que pudiera llamar. Aún así, te entiendo perfectamente. Nunca podría echarte nada en cara.

Tanto tú como tu hermano sois mayores, aunque para mí siempre seréis mis pequeños, por eso te pido que ahora que yo ya no estoy, aunque regreses a Baltimore, mantengas el contacto con él. Él te adoraba de pequeño y por mi culpa, por mi ingratitud y egoísmo te ha odiado toda su vida cuando, a quien debería haber despreciado era a tu padre o a mí por haberle criado en una mentira. Él no tiene culpa de nada y espero que puedas perdonarme y si has de culpar a alguien, culpame a mí, pero no dejes a tu hermano fuera de tu vida.

Sé que intentarás estar en contacto con él, lo he intuido estos días pasados, así que por favor, cuidad el

uno del otro, sed los hermanos que yo os he impedido ser y recuperad ese vínculo tan especial que teníais. Espero que seas feliz Oliver, que lo intentes al menos y que sepas que tu madre, te ha querido, te quiere y te querrá allá donde vaya.

Vivianne.

La doblé, la volví a meter en el sobre y me levanté. No podía evitar que mis ojos se me humedecieran. Robert me observaba sin saber qué decirme. Esperaba que le dijera algo, que reaccionara, pero no sabía a dónde mirar. No quería derrumbarme. Tenía las ideas muy claras, había llegado a Fairmont con un objetivo y ahora después de leer aquello, no sabía qué pensar. No quería ponerme en su lugar y relativizar ese sentimiento de culpabilidad, pero algo dentro de mi me oprimía.

—Oliver—la voz de Robert intentaba reconfortarme desde allí sentado, haciendo que, involuntariamente volviera mis ojos hacia él. Mis labios temblaban por la vorágine de arrepentimiento que me invadía. Me eché a llorar sin poder remediarlo. Robert se puso en pie y me abrazó, consolándome por todos aquellos años de dolor.

Lunes, 7 Agosto 1961. Fairmont

Era el final de mi verano. Tenía que decir adiós a Fairmont. Creo que estaba siendo el momento más triste de mi vida después del fallecimiento de mi madre. Era otra despedida a la que no quería hacer frente. Desde mayo, cuando mi padre anunció la noticia, fui asimilándolo como pude. Los primeros días no quería ni verle, pero tuve que ir aceptando que las cosas sucedían siempre por algo y esa oportunidad era la que necesitaba para progresar en su trabajo. Hablé con Oliver cien mil veces sobre el tema. Por un lado, quería que se viniera, que se mudara con nosotros a Nueva York, al fin y al cabo era uno más, pero no podía hacerle elegir entre nosotros y su

familia por mucho que detestara a su madre. No se perdonaría nunca el alejarse de Robert. Por eso tuve que ser sutil y no pecar de egoísta. Debía dejar que fuera él quien diera el paso.

Estaba terminando de ayudar a meter en el coche unas cajas, cuando Oliver, bajó las escaleras del porche en compañía de mi padre. Sonreía. Llevaba unas bolsas en las manos y me las dio para que las metiera dentro. Mi padre había contratado un camión de mudanzas para que se llevaran algunas de las cosas que había adquirido durante estos años y a pesar de ello, todavía dejaba en el sótano algunas cajas más. Recuerdo esa sonrisa mientras me las daba. Jamás la olvidaré.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes y nos dimos un fuerte abrazo. Mi padre se quedó allí de pie. Se le escaparon unas lágrimas mientras nos veía, pero intentó disimular con rapidez. —Venga Nick, ya os habéis despedido muchas veces a lo largo del día. —sonrió mientras se dirigía a la puerta del coche.

Era cierto. Fue el último desayuno, nuestras últimas charlas sobre la vida, sobre lo que queríamos hacer cuando fuéramos mayores. Aquellos días fueron los que más disfruté desde que me hice a la idea de que se acercaba la fecha en la que nos marcharíamos. Emily bajó corriendo cuando nos vio en la calle, con una falda color azul celeste y una blusa de color claro, que aún le resaltaba más el color de sus ojos. Prácticamente sin mediar palabra se abalanzó sobre mí y me dio un abrazo. Las lágrimas le caían por el rostro.

—Nick, dime que me vas a escribir—la abracé con fuerza.

—Creo que me gusta que te vistas como una chica—bromeé recordándole la de veces que me había metido con ella, diciéndole que desde que estaba con Carson era más normal. Me devolvió el comentario con una colleja. La estrujé recordando cada instante que pasé con ella desde el primer día que llegué, cuando estaba sentado en las escaleras del porche y apareció con su bicicleta. Cerré los ojos y la sentí como la noche en la que nos bañamos en el río. Recordaba cada una de sus palabras, cuando nos enfadamos por Oliver, cuando nos divertíamos en la feria... todo lo que había hecho para que Fairmont se convirtiera en un lugar especial.

—Claro que te escribiré. Tengo vuestra dirección y os he dado la mía,

espero que vosotros también me escribáis—les miré a los dos frente a mí. Oliver se emocionó pero intentó disimular. Me eché sobre ambos. Les abracé como si fueran uno. Eran los mejores amigos que uno podía tener.

Mi padre interrumpió ese momento con el estruendoso sonido del claxon. Teníamos que marcharnos. Los hombres del camión de mudanzas esperaban a que mi padre se decidiera a comenzar el viaje. Les toqué suavemente las manos, una especie de caricia envuelta con unas briznas de melancolía y entré en el coche cerrando la puerta. Rose estaba de pie en el porche de casa. Iba a terminar de limpiar, ya había hablado con mi padre, y entre ella y Fred Edwards lo dejarían todo como antes de que llegáramos. Eso creo que fue lo que habló mi padre con ellos. No estoy muy seguro.

Giré la cabeza a través de la ventanilla y agité la mano despidiéndome de ellos, de mis dos amigos, de mis mejores amigos. Era duro hacerlo, pero por un instante, me sentí orgulloso de poder verlos a los dos juntos allí, el uno junto al otro, sintiendo lo mismo. Poco a poco iban haciéndose más y más pequeños, hasta que desaparecieron en el reflejo del cristal del retrovisor.

Me acomodé en el respaldo y no pude dejar de llorar. Mi padre colocó su mano sobre mi rodilla e intentó tranquilizarme.

—Nick, no va a pasar nada, chico. Os vais a escribir, vendrá a vernos, y tú puedes venir a Fairmont en vacaciones—Sí, bueno, esa era la única opción que quedaba pero ya no iba a ser lo mismo, ya no íbamos a compartir todos aquellos momentos, nuestras conversaciones, o el saber con sólo una mirada, cómo estaba el otro, o cómo se sentía. Lo que tuve con Oliver y Emily era lo más increíble que había tenido con nadie, incluso mi padre llegó a decirlo. Nunca había visto una amistad como la nuestra en tan poco tiempo.

Subí el volumen de la radio, escuchando el “Cryin’” de Roy Orbison. Una triste canción para un momento duro. Apoyé mi cabeza a través de la ventanilla, sacándola para sentir el contacto con el exterior. Me encantaba la velocidad, me hacía sentir especial.

No podía creer que ese instante fuera a ocurrir, que se marchara. Pensaba que siempre estaría aquí. Sé que hacia relativamente poco tiempo que nos conocíamos y que una buena amistad requiere de tiempo, pero no fue

nuestro caso. Imagino que habrá veces que funciona y otras que no. Lo nuestro fue simple conexión. Mi euforia primera cuando conocí a Carson me distanció un poco de la vida que llevaba al lado de Nick, pero poco a poco y sin darme cuenta seguíamos haciendo lo de siempre.

Carson y yo seguíamos juntos, a pesar de que a mis padres no les gustaba demasiado, pero simplemente por tonterías, ya que no congeniaban demasiado bien con su familia, pero a mí eso me parecía ridículo. Las cosas durante ese año habían cogido forma y pensaba que estaba en uno de los mejores momentos de mi adolescencia, pero como no todo lo bonito duraba eternamente, Nick tenía que marcharse.

Cuando me lo dijo el pasado mes de mayo, la noticia me desestabilizó. No podía dar crédito a que fuera verdad. Intenté recuperar todo el tiempo perdido desde entonces. Me esforcé en pasar más tiempo con él sabiendo que se marchaba y no quería que lo hiciera. Imagino que Oliver se sentiría mucho peor.

Sólo quería que acabara. No quería verle marchar, pero tenía que hacerlo. Me hubiera gustado despertarme y que hubieran desaparecido. No quiero que se me malinterprete pero no estoy preparado para las despedidas de la gente que quiero. Nunca me planteé conocer a alguien como él. Siempre había pensado que tendría una vida como los demás, que crecería en este pueblo, que seguiría con mis amigos... hasta que mi padre hizo que todo cambiara.

Nos volvimos inseparables. Me sentía cada vez más solo en este pueblo e iba volcándome en él poco a poco. Y todo cambió la tarde que me vio en el bosque con mi padre. A partir de ese instante sólo había dos opciones, estar con él o borrarlo de mi vida y esa segunda opción era inviable. Jamás hubiera imaginado que podría contarle eso a un amigo sin que me juzgara. Desde los catorce años llevaba una doble vida. Por un lado, la del eterno adolescente de Fairmont, por otro, la ponzoña que iba devorándome por dentro. Nick trató de eliminar todo ese veneno, acompañándome en cada momento que me sentía solo, volcándose en mí y ahora tenía que verlo partir.

Tenía que volver a mi casa. No podía hacer otra cosa. Aguantaría el

tiempo que pudiera y ya veríamos después. Quería estar con Robert por encima de todas las cosas. No sé cómo sería volver a estar bajo ese techo, pero lo intentaría por él. Mi madre había hecho lo indecible por volver a tener relación conmigo, pero siempre me cobijaba en casa de los Hamilton. Nunca había llegado a tener una conversación con ella o a intentar arreglar las cosas, pero es que no quería hacerlo. ¿Arreglarlo para qué? No iba a poder volver mirarle a la cara. Saltaría a la mínima oportunidad que tuviera y sería peor para Robert. Ya sufrimos bastante las discusiones entre ella y mi padre para que ahora mi hermano tuviera que soportar lo mismo.

Cuando su coche comenzó a alejarse, una sensación de congoja me recorrió el cuerpo. Estaba allí de pie con Emily, sin poder pensar que parte de mi se distanciaba. Aquel chico de diecisiete años se marchaba y a partir de ese día iba a enfrentarme a una andadura en solitario. Realmente cualquiera podría pensar que todo esto son más que tonterías, que uno ha de ser lo suficientemente duro para enfrentarse a la vida que le toca, pero si yo hubiera hecho eso en su momento, posiblemente me hubiera encontrado flotando en el río Deneson.

Aquellos dos años que transcurrieron ahondaron en una parte de mí de una forma que jamás hubiera pensado. Cuando disparé el arma, no lo dudé, lo hice. No me detuve ni un instante a pensar en las consecuencias. Se convirtió en una desaparición como las muchas que suelen haber a lo largo y ancho de los Estados Unidos. Quedó como un referente para Fairmont del que nadie más supo. El arma sigue escondida en su sitio, la pala que utilicé para cavar el agujero se convirtió en una herramienta más de jardín y cualquier vinculación que pudiera tener con ese misterio era inexistente, pero aún así, no podía dejar de pensar en ello día tras día. Tuve alguna pesadilla, pero poco a poco fue pasando, aunque mi conciencia seguía manchada por haber matado a un hombre.

Me juraba a mí mismo una y otra vez que era la única solución, que mi hijo y Oliver podían haber muerto, por eso me tomé la justicia por mi mano. No entiendo a todos esos que cometen esta clase de acciones un día tras otro y aparentemente, viven sin remordimientos. Sí, quizás los tengan y se consuelen a sí mismos como yo mismo hago, pensando que lo que han hecho

era lo correcto, pero no deja de ser un crimen.

Nueva York era una salida. Sí que es cierto que cuando me ofrecieron el trabajo en lo primero que pensé fue en mi carrera, pero marcharnos de Fairmont suponía también, alejarnos del pasado.

Martes, 1 Noviembre 1983. Fairmont.

Hablé con mi padre la noche pasada cuando supe que la madre de Oliver había muerto y le convencí para quedarnos unos días más. No quería irme a Nueva York dejándolo así. Helena lo entendió de igual manera. Tan sólo era retrasar el servicio de ambulancias. Emily me llamó al motel desde casa de sus padres y me contó lo que había pasado. Todos los vecinos hablaban de ello. Me dijo que aquella noche nadie se acercó a la casa de los Kenner. Ningún niño, solo o acompañado, llamaba a la puerta de Vivianne para pedir algún caramelo. A la madre de Emily le dio lástima el verla tan sola. Después de la noticia del sábado todo el pueblo culpaba a Vivianne del destino de todos los desaparecidos.

La gente había comenzado a hablar, todos entendían que su hijo se marchara del pueblo, aunque no sabían muy bien por qué. No era un irse a buscar un futuro y no volver a aparecer por aquí. Nadie deja a sus seres queridos durante veinte años. Imagino que Vivianne sentía que su vida se había terminado. El nombre de su familia arrastrado por los suelos, nadie se acercaba a hablar con ella, y lo sucedido con Oliver en boca de todo el mundo. Por mucho que quisiera solucionar las cosas, iba a ser difícil.

Mi padre vino a verme y me trajo el desayuno. Entendía que quisiera quedarme con mi amigo, así que no puso objeción alguna. Me levanté de la cama con cuidado me duché y cambié el vendaje. La herida parecía que cicatrizaba correctamente. Me vestí con unos pantalones negros y un suéter de color azul. Me senté junto a la mesa, a pesar de su negativa a que me levantara de la cama, y me comí un croissant recién hecho y chocolate caliente.

—Tengo que decirte una cosa hijo—No iba a darle demasiada importancia a lo que me dijera. Imaginaba que empezaría a organizarme el regreso a mi rutina, sus charlas literarias, las ideas que tenía que plasmar en

mi próxima novela para recuperar el prestigio, etc.

—¿Qué?

—Fui yo.

—Fuiste tú ¿el qué?

—Yo maté a Joseph Kenner—casi me atraganto con aquel bocado. Tuve que toser varias veces para poder recuperarme de ese comentario.

—Papá, ¿qué estás diciendo?—no podía creerle.

—Aquella noche, cuando saliste corriendo de casa, fui tras de ti. Me temía lo peor. Claro que sabía lo que le ocurría Nick. Os oía noche tras noche hablar hasta que os quedabais dormidos. Supe lo del puente, lo que hablabais Oliver y tú durante semanas, lo oí todo. No fui consciente de los abusos hasta la última noche cuando até todos los cabos y entendí lo que le sucedió en el bosque cuando lo descubriste. Compré una pistola en la armería del pueblo y la escondí por si tenía que usarla.

—Pero...—Era cierto. Mi padre lo había hecho—Papá, ¿es verdad? ¿tú le mataste?—apenas podía tragar saliva. Asintió sin apenas decir nada más. No supe cómo reaccionar. Creo que estaba preparado para cualquier cosa menos para eso.

—Después de aquella noche en su casa, cuando me dio el puñetazo, y visto que en el pueblo nadie iba a levantar un dedo en su contra, cuando me di cuenta de todo lo que le estaba haciendo a ese chiquillo, sentí que tenía que hacer algo. No quiero que me malinterpretes, hijo. Pensé que quizás asustándole o amenazándole con la pistola... pero cuando aquella noche le encontré en el bosque, lloviendo, con el fusil, y vosotros escondiéndoo de él, lo maté. Ni siquiera lo pensé. Me escondí detrás de un árbol y cuando estuvo de espaldas a mí, apunté y le disparé. Os oí correr saliendo de allí, así que volví a casa después de haberle ocultado entre unas ramas y cuando estuve seguro de que estabais acostados, cogí la pala y regresé para enterrarle—intenté levantarme, pero todavía me costaba hacerlo. Aún así lo logré. Él intentó ayudarme pero le impedí que se acercara.

—No te levantes—me miró como si fuera un niño asustado.

—Nicholas, tienes que entenderme. Lo hice por vosotros. No podía

consentir que siguiera haciéndole eso a Oliver.

No sabía qué pensar. ¿Cómo lo hacía? No podía enfadarme con él. Imagino que yo en su situación hubiera hecho lo mismo, sólo que quizás jamás lo hubiera contado. Tenía que valorar que lo hubiera hecho, pero ¿Ahora qué? ¿Qué hacía? ¿Por qué no quedarse con ese secreto?

—¿Por qué me lo has tenido que contar, papá?

—Porque han sido ya demasiados años escondiéndote la verdad, hijo. Al principio pensé que podía vivir con ello, pero conforme han ido pasando los años, seguía estando ahí, y me mataba por dentro. Cuando supe que veníais aquí, sabía que el destino volvía a llamarme y tenía que decírtelo, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Crees que tengo que ir a la policía?

—¿Estás loco? ¿Qué estás diciendo? No tienes que contárselo jamás a nadie, papá. Es algo que se queda aquí.

Guardó silencio. No podía decírselo a nadie. Ni siquiera a Emily. Oliver lo entendería, imagino que lo haría con todo lo que había ocurrido estos días y el descubrimiento de todos esos cadáveres. De todos modos era su padre aunque fuera un asesino. Lo que mi padre hizo fue una locura, pero aquella noche cualquiera de nosotros dos pudo acabar bajo el cañón de su fusil. Los dos podíamos haber muerto. Aún así eso no justificaba lo que hizo, o sí, tal vez sí, pero habían pasado más de veinte años. ¿por qué esa necesidad de contármelo ahora?

—Papá, quiero estar solo, por favor—abrí la puerta de la habitación. No pretendía echarle bruscamente pero necesitaba asimilarlo. Minutos después de que se marchara, el teléfono sonó, era Oliver preocupado por si no me encontraba ya en la habitación. Estuve algo tenso, pero no me notó nada. Le pregunté por Robert pero apenas quiso hablar. Le dije que nos quedábamos un par de días más, así que insistió en venir a verme cuando terminara. Le esperaba una mañana bastante ajetreada en compañía de Robert.

No fue hasta tarde cuando pude escaparme. Había sido una noche larga y un día aún más. Tuvimos que esperar a que se llevaran el cadáver, hacer todo el papeleo y hablar con el sheriff. Robert no quería dormir en casa solo,

así que le dije que se viniera al hotel, pero antes él quería ir a Medora, a casa de nuestros tíos. Yo apenas tenía relación con ellos y no me apetecía ir a ver a nadie. Sé que no era políticamente correcto pero poco me importaba. Discutí con él esa mañana, pero me calmé de inmediato. No quería tener ningún tipo de encontronazo con mi hermano. En un principio, sopesó la idea de enterrarlos juntos, pero yo me negué. Pensé en la carta que me escribió mi madre y no quise que lo hicieran. Preferí no hablar del tema, le dije que hiciera lo que quisiera que no pensaba ir al funeral. Me entendía y no me entendía al mismo tiempo. Era como si quisiera que borrara de mi cabeza todo lo que había sucedido, para tener tranquilidad durante el funeral y despedirnos así de Fairmont.

Sentía lo de mi madre, y más después de haber leído aquello, pero no iba a presenciar el funeral de mi padre. No tengo que demostrarle nada a nadie y menos en este pueblo. No iba a ir a un lugar para evidenciar algo que no había existido nunca. Puede que con el tiempo, me hubiera reconciliado en cierta forma con ella y por eso, sentía lo que había sucedido. Y se lo dije, le dije que si la enterrábamos en un lugar lejos de él iría y le ayudaría con lo que necesitara, pero no cerca de ese asesino.

Pasadas las siete fui a ver a Nick. Me desahugué con él, le conté lo de la carta, cómo me derrumbé y lo difícil que era para mí posicionarme. Intenté hacerle entender cómo me sentía. Con Nick era fácil, no me supuso ningún esfuerzo. Ojalá Robert lo hubiera entendido de la misma forma. Era a lo que tenía que enfrentarme a partir de ahora, a una familia. Por un lado, me gustaba tener esas discusiones, sentía que le importaba a alguien, pero por otro, era estresante. Lo bueno de ello es que no era ninguna de esas relaciones esporádicas que solía comenzar y no me llevaban a ningún sitio. Me cansaba de sentirme aislado. A partir de ahora Robert iba a estar en mi vida en cualquier circunstancia.

Me gustó ver a Nick de esa forma. Ya podía levantarse con normalidad, aunque se resintiera todavía cada vez que hacía algún determinado movimiento. Robert acudiría allí cuando volviera de Medora.

—¿Y por qué no has ido?

—¿Para qué? ¿para que empiecen a preguntarme por mi vida y me echen en cara lo mal que traté a mi madre? No se me ha perdido nada allí,

Nick.

—Te entiendo.

—¿Y a ti que te pasa? Te noto ausente, como si no estuvieras en esta habitación—Era cierto, hablaba con él y era como si estuviera en otra parte, como si no me centrara en lo que le estaba contando. Abrí la puerta y los dos nos asomamos para ver atardecer. Nos apoyamos junto a la barandilla y vimos desde la primera planta, como los tonos rosáceos del cielo iban tornándose en azules.

—Pues que tengo ganas de volver a Nueva York. Quiero ponerme a escribir. Tengo la cabeza que me va a reventar y no sé por dónde empezar.

—¿Entonces lo vas a hacer? ¿vas a escribir sobre esto?

—No quiero hablar de ello, Oliver. Es una buena historia, aunque parezca demasiado enrevesada, pero tiene posibilidades—sonreí. Llevaba razón. Demasiadas historias cruzadas—Bueno, tengo que trazar una línea, focalizar y dejar que mi cabeza haga el resto.

—Sólo te falta averiguar quién mató a mi padre—me quedé petrificado. No pude reaccionar.

—Eh, ¡despierta!—chasqueó un dedo frente a mis ojos para que espabilara. Sonreí nuevamente intentando disimular. Desde que llegó no pude quitarme de la cabeza las palabras de mi padre de aquella misma mañana.

—Bueno, eso es algo que se va a quedar en el aire.

—¿Sabes qué? Que me da igual. Sea quien fuera nos hizo un favor a todos. Seguramente habrá sido alguno de ellos, pero me da igual. Ahora que lo entierren y que nadie vuelva a pronunciar su nombre. Al menos sé que en este pueblo no volverán a hacerlo—Desde allí vimos el coche de Emily aparcando frente a nosotros.

—Mira quien llega—Hoy ya no se parecía a una bruja—sonreí—volvía a ser ella, con su pelo largo, sus pantalones azules y su blusa de color blanco. Nos saludo cuando nos vio allí afuera y se apresuró a subir las escaleras y a reunirse con nosotros.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, Emily, tranquila—contestó Oliver—Escuchad, a los dos os lo digo, no me miréis como si fuera un insensible o no tuviera sentimientos. Anoche estuve mal, anoche lloré y sentí todo esto, pero ya está. No voy a seguir lamentando lo que ha pasado, y más con todo lo que ha sucedido, así que por favor os lo pido, no me hagáis sentir incómodo pensando que creéis que soy de piedra.

—A mí no me tienes que decir nada—le conocía de sobra. Nunca hubiera podido ser tan duro como él, pero se había construido a sí mismo. Eran sus decisiones y sus actos.

—Perdóname, Oliver. Es que me siento tan fuera de lugar. Anoche me sentía igual mientras te llevaba a tu casa.

—Emily, lo de anoche era normal, el que estaba perdido era yo. No sabía cómo encajar lo que había hecho mi madre, pero ahora ya estoy bien.

—¿Y tú? Ya te veo genial.

—Sí, bueno, tanto como genial no estoy, aún me duele un poco esta zona,—me señalé el costado—pero creo que en unos días estaré como nuevo.

—¿Y por qué no nos vamos a celebrarlo y nos tomamos unas cervezas? Bueno, tú no deberías beber en ese estado, pero nos acompañas—accedimos a su propuesta, y nos fuimos en su coche a un bar de carretera llamado “Busy Road”, a unos cuantos kilómetros de nuestro motel.

No sé si hice bien contándole a mi hijo lo que hice con Joseph Kenner, pero los remordimientos ya no me dejaban vivir. Fue una auténtica lástima lo que le ocurrió a esa mujer, pero imagino que la soledad a la que se veía abocada acabó con ella. Quería regresar a Nueva York y dejar Fairmont atrás.

Caminé aquella tarde por la plaza principal y me acerqué a la que fue nuestra casa. Quise despedirme de Rose pero cuando fui allí, esa no fue la única cosa que quería hacer. Me tomé un café con ella, su marido y sus hijos no estaban en casa, así que pudimos hablar sobre el paso del tiempo y cómo habían cambiado las cosas. Aquella mujer estaba eternamente agradecida por lo que hicimos por ella entonces, aunque para mí no fue nada que no hubiera

hecho con cualquier otra persona. Rose era especial y se convirtió en nuestra salvación cuando llegamos al pueblo.

Le pedí que me dejara bajar al sótano un momento. Quería volver a ver el lugar en el que pasé tantas horas revelando fotografías. Me acompañó y me dejó sólo unos instantes. Me acerqué a la mesa que utilizaba para revelar y con cierta dificultad, la aparté con cuidado, dejando la pared enladrillada a la vista. Quité las telarañas que se habían formado, me agaché y desencajé el tercer ladrillo empezando por el suelo. Lo saqué con cierta maña y metí la mano en su interior. Todavía estaba allí. La toqué, la saqué del agujero y pude volver a ver la pistola que utilicé hace años.

Pensé en lo que había hecho. Pensé en las historias que contaban en prensa y televisión sobre lo que esos cinco hombres hicieron. No me arrepentía y sabía que lo hubiera vuelto a hacer. No sé si Nick me entendió o no, pero si hubiera estado en mi lugar, sé que hubiera hecho lo mismo que yo. Era sangre de mi sangre y en esas cosas, uno no se equivoca.

Volví a guardarla donde estaba y encajé de nuevo el ladrillo, dejándolo todo como estaba. No sé por qué la guardé. Pensé en tirarla al río o enterrarla junto con el cuerpo, pero tenía miedo de que la encontrarán, de que me relacionaran con ella, así que decidí esconderla entre aquellas paredes y cuando me marché y si Rose se quedaba aquí, tenía la seguridad de que nadie mejor que ella velaría por la protección de lo que había allí dentro.

Dudaba que alguien pudiera encontrarla en ese lugar, pero aún así, quería asegurarme de que seguía en su sitio. Me levanté del suelo y salí de allí. Me despedí de Rose y regresé al hotel. No quería importunar a Nick durante ese día. Sé que tenía que encajar lo que le había contado, pero yo mismo también necesitaba mi espacio para empezar sin aquella presión que no me dejaba vivir. Poder hablarlo con él significó algo indescriptible y no hubiera podido hacerlo sin haber estado en Fairmont.

Pasadas las diez de la noche, regresamos al motel. Tuve que conducir yo el coche, porque Emily, por mucho que dijera que podía conducir, no estaba en las condiciones más óptimas. Yo solamente había bebido un agua con gas, pero ellos dos no sé cuántas cervezas se tomaron. Dejé el coche

frente a nuestra habitación y salimos los tres.

—Oliver...—le miré a los ojos. Emily sonreía, mientras cerraba una de las puertas. Oliver se colocó a su lado.

—Que estoy bien, en serio, Nick. Os juro que necesitaba este momento—me miraba sonriente. No podía creer lo que estaba viendo. Esa chispa que había entre ellos cuando tenían quince años, seguía viéndola. Sonreí.

—Parece que tu hermano no ha venido todavía—no me respondió.

—Emily, mañana nos vemos en el funeral—me acerqué a darle un beso en la mejilla. Ya habíamos hablado de ello. Oliver no estaba demasiado entusiasmado con la idea, pero aceptó el estar con nosotros. Le convencimos entre los dos. Y ya no sólo por él, sino también por Robert—Voy a subir, necesito cambiarme el vendaje—.Me separé de ellos.

—Si quieres te ayudo, Nick.

—No, vosotros despedíos—me marché. Quería dejarles solos.

Sentía como mi cuerpo se estremecía. Siempre había estado enamorada de él, y Carson tan sólo era una excusa para intentar olvidarle. Cuando se marchó de Fairmont, sencillamente lo aparté de mi cabeza. Ahora volvía y me hacía sentir tan vulnerable... No estaba bien con Jeff y él lo sabía. Había llegado en el peor momento, cuando más frágil me sentía. Sería capaz de tocarme y romperme.

Parecíamos dos ingenuos adolescentes riéndonos por tonterías. Me había apoyado sobre el capó de mi coche y él se mantenía de pie frente a mí. Intentaba no mirarme, se tocaba las manos continuamente, notaba que estaba muy nervioso.

—Fuimos unos idiotas, Oliver—él me miró. Dios, no podía soportar por más tiempo sus tibios ojos azules mirándome.

—Lo fuimos y lo somos—me hizo sentir todavía más frágil. Cerré los ojos. No podía estar más tiempo allí o me arrepentiría. Me levanté e intenté darme la vuelta. Entonces me cogió por detrás, me rodeó con sus brazos por la cintura y apoyó su cabeza sobre mis hombros. Los abrí.

—Espera—volví a cerrarlos y le sentí como nunca había hecho. Me di la vuelta e hice que me mirara. Tragó saliva—¿Puedo...?—coloqué mi dedo sobre sus labios, impidiéndole seguir hablando.

—No lo digas, hazlo—me besó. Sentí sus labios como algo que había estado buscando toda una vida y lo encontraba ahora, en un momento en el que aquello sería lo único que podría guardar dentro de mí.

Fueron unos escasos minutos en los que nos besamos como si el mundo se hubiera paralizado. No escuchaba nada más que el silencio de la noche y el sonido de sus manos enredándose entre mi pelo. Nos separamos. Le miré como nunca antes había mirado a nadie y sin decir ninguna otra palabra, me marché. Me metí en el coche y salí de allí sin dejar de mirarle a través del retrovisor. Volvía a mi realidad, dejando marchar mi fantasía.

Todo mi cuerpo palpitaba. El sonido de las ruedas sobre el asfalto alejaba la belleza de una vida soñada. Volvía a ser el reflejo de aquel Oliver Kenner. Se marchaba. Nunca más volveríamos a tener un momento así. Lo que había sucedido era lo que había deseado desde el instante en el que la conocí y no me refiero a esa chiquilla de instituto con la que me sentía vulnerable, sino a cuando puse los pies en este pueblo hace unas semanas y la vi.

Esa fragilidad me hacía añicos. Afortunadamente, todo lo que había estado sucediendo, había alejado de mi cabeza los sentimientos que tenía por ella. Pero aquella noche me dejé llevar por mis propios recuerdos. Sentir sus labios, convertirme en un tierno adolescente. Sé que no podría pasar nada más. No podría despertarme en Willow's Lake, al amanecer, haciéndole el amor mientras los rayos de sol nos caldeaban. No podría regresar a casa y verla esperarme junto a la barandilla del porche. No podría pasar el resto de mis días junto a ella pero al menos, ese beso, sirvió para recordarme que era humano, que sentía el corazón latiendo más fuerte que nunca y que mi vida me ofrecía una nueva oportunidad. Subí y entré en la habitación.

—Por fin os habéis besado. Más de veinte años esperando este momento—me sonrió Nick, dándome una palmada en el hombro.

—¿Nos has visto?

—¿Qué si os he visto? Me faltaban las palomitas—su comentario me provocó una carcajada—Aquí estaba, con la luz apagada, espiándoos por un lado de la cortina—No pude evitar sonreír. Me acerqué a la cama y me senté —¿Y qué? Cuéntame.

—¿Qué quieres que te cuente Nick que no sepas ya? Está casada. No va a pasar nada más. No va a dejar a sus hijos ni a su marido por mi—intenté hacerme a la idea de que lo que había pasado era algo que quedó pendiente en el pasado y que los dos habíamos aprovechado la oportunidad de tomarlo.

—Ya...—Nick asumió aquella realidad. No había que darle más vueltas a las cosas. No iba a olvidarlo, jamás lo haría, pero no quería volver a pensar en ello, al menos en mis últimos días en Fairmont. Robert llegó veinte minutos después de marcharse Emily, pero no le conté nada. Lo que sucedió quedaba entre nosotros tres.

Miércoles, 2 de Noviembre 1983. Fairmont

El cementerio de Fairmont Hall no era demasiado grande. Se alzaba sobre la ladera de Greynord Peak y estaba a casi dos kilómetros del pueblo. Había estado lloviendo todo el día desde que nos despertamos, pero durante el entierro tan sólo caía una ligera llovizna. Aquella mañana, dejamos a Nick con su padre, en el Hotel Sunrise y los dos nos marchamos a la que había sido nuestra casa. Ahora, allí de pie, frente a los dos ataúdes, lloviendo, me sentía estar viviendo otra vida.

Apenas había venido gente. Emily y su marido junto a la señora Matthews, Nick y su padre, Mark Hartley, a quien no esperaba ver allí, mis tíos con mis primos y sus mujeres, a los que hacía años que no veía, el jefe de Robert, Dwight Fledmon y su esposa y dos o tres mujeres del pueblo a las que no reconocía. El sacerdote oficiaba la misa, junto a un monaguillo que le resguardaba de la llovizna sujetando un paraguas.

Robert y yo estábamos allí en medio, con nuestros trajes negros, junto a todos los demás. Parte de mí me decía que no debía estar en ese lugar. Intentaba no mirar a nadie. No quería mirar a mis tíos, porque no me apetecía tener que dar explicaciones, ni en ese momento ni después. Robert era mucho más considerado y atento pero a mí me daba igual no pertenecer a esa

familia. Nick estaba a mi lado arropado por su padre. Contaba con él para cualquier cosa. Al lado de Scott Hamilton se encontraban Emily y Jeff. Los dos se acercaron para ofrecernos sus respetos a Robert y a mí. Ni siquiera pude mirarla a la cara. Me di cuenta de que ella también estaba nerviosa, pero no era momento para ponerme a pensar en ello.

Frente a nosotros, al otro lado de los féretros se encontraban mis tíos y sus hijos, el señor Fledmon y su esposa y unas mujeres que sostenían unas biblias en sus manos. Apenas podía escuchar palabra alguna de lo que decía el sacerdote. No ahondó demasiado en la figura de mi padre, y era lógico con lo que había sucedido, pero recalcó varias veces eso de que “sus pecados serían perdonados en la otra vida”. Hubo un instante en el que mi hermano sujetó fuertemente mi muñeca evitando que hiciera ninguna tontería. No podía soportar como aún sabiendo la lacra en la que se había convertido nuestra vida, el cura rememoraba la figura de la familia como una unión indisoluble, asentada y conformada entre iguales. No podía aguantar más allí. Me solté de Robert, me di la vuelta y me marché.

Caminé entre las lápidas que se abrían a ambos lados del camino, y me refugié bajo un chopo centenario situado en un lugar céntrico del cementerio. Todos desviaron su mirada hacia mí, siguiendo mis pasos, sin que el sacerdote dejara de lado su sermón. Robert aguantó estoicamente, mientras que Nick se separó de su padre y vino a ver cómo estaba. Me apoyé sobre el tronco deseando gritar. No recuerdo haberme contenido tanto desde hacía años. Era como si estar cerca de Nick provocara que mis sentimientos afloraran más fácilmente y no sé hasta qué punto eso era bueno.

—¿Cómo estás?—colocó su mano sobre mi hombro y me incorporé.

—Nick, no puedo estar aquí, no quiero hablar con nadie, no quiero ver a nadie, y no quiero oír a ese cura como habla de ellos como si hubiera sido un matrimonio que ha muerto en un accidente de coche—No cabía en mi cabeza eso del perdón. No para mi padre. Nick no decía nada. Aguardaba a mi lado. Robert desviaba la cabeza de vez en cuando hacia nosotros, pero mantenía su firme actitud delante de los demás—Quiero marcharme de aquí—asintió con la cabeza y nos fuimos dejando perplejos al resto.

Imagino que me entenderían y si no lo hacían no era mi problema. Bastante había hecho llegando hasta allí. Robert, Emily y Scott eran los

únicos que me importaban y sé que hiciera lo que hiciera me iban a comprender. Cruzamos todo el manto verde cubierto de cruces y lápidas y llegamos hasta el empedrado camino rodeado de sauces a ambos lados que conducían a la salida.

Los coches estaban aparcados fuera, así que cogimos mi subaru y nos marchamos de allí. Necesitaba estar con Nick aquel último día en Fairmont.

Martes, 17 de Octubre 1961, Fairmont.

Apenas pude pegar ojo la noche pasada. Había decidido marcharme de Fairmont. No aguantaba más. Me prometí a mí mismo que cuidaría de Robert cuando Nick y su padre se marcharan, que me quedaría aquí viéndole crecer y siendo un padre para él, pero era insoportable estar bajo ese techo. Sin Nick, cerca, me sentía solo. No podía apoyarme en Mark o Simmons. Jane ni siquiera significaba ya nada para mí.

Además, Max murió la semana pasada. Un coche lo atropelló cuando salía detrás de una pelota y no pudimos hacer nada por él. Fue casi instantáneo. Lo sujeté entre mis brazos aquellos últimos instantes y lloré. Afortunadamente Robert no lo vio. No estaba en casa. Lo enterré en la parte trasera de la casa y preferí decirle que se había escapado, que ya no estaba. Tuve que tragarme el dolor que, sumado a lo que ya cargaba a mis espaldas, se hacía insoportable.

Levantarme cada mañana, respirar un aire viciado. Recordar a mi padre, la mirada de mi madre buscando la absolución en la mía. Día a día sintiéndome cada vez más vacío. No podía soportarlo.

Sé que no tenía a donde ir. Tenía la dirección de Nick en Nueva York, pero no me parecía prudente presentarme allí. Hacía más de dos meses que se habían marchado y creo que era el momento de empezar a vivir mi propia vida. Tenía algo de dinero ahorrado escondido en mi armario.

Compramos un colchón nuevo y lo colocamos con un somier en la habitación de Robert. No quería volver a dormir en mi cuarto después de lo que pasó la última vez. Cuando se lo dije a Robert irradiaba felicidad. Sólo pensaba en que dibujáramos juntos o talláramos figuritas de madera. Era un encanto de niño. Me dolía tener que marcharme y dejarlo, pero sé que estaría bien con mi madre. Hacía más de dos años que no sabíamos nada de mi

padre, así que cada vez se afianzaba más la idea de que los dos disparos que escuchamos Nick y yo realmente significaban lo que sospechábamos. Al menos, eso me daba la seguridad de que a mi hermano no le pasaría lo mismo que me sucedió a mí.

Llevaba ya varias semanas con esa idea en la cabeza, pero no podía estar más tiempo en Fairmont. Por la noche, preparé una mochila con mi ropa y lo que pudiera necesitar, cogí mi dinero y me marché. Salí antes de que amaneciera, porque no quería que se despertaran. Me quedé observando cómo dormía Robert durante unos instantes, dejé la carta que le escribí, le di un beso en la frente y salí de la habitación.

Caminé con cuidado por el pasillo y salí de casa. Ya en la calle, eché la vista atrás, la miré por última vez y comencé a andar en dirección a cualquier parte, lejos de Fairmont. .

Jueves , 3 de Noviembre 1983, Fairmont

Los tres. Nosotros tres. Si algo habíamos aprendido de nuestro viaje era que la amistad, cuando es verdadera, no tiene caducidad. Somos capaces de hacer lo que sea por alguien que ha significado algo en nuestras vidas, aunque pasen siglos sin vernos. Eso me pasó con Oliver.

Aquel 3 de noviembre de 1983 comenzaba nuestra nueva vida. Esta vez no íbamos a esperar a que una carta nos llegara uno o dos meses después. Era nuestra voluntad, la que firmábamos esa mañana. Tal vez esas dos semanas sirvieron para darnos cuenta de que lo que había habido entre nosotros hace más de veinte años, significó mucho más de lo que imaginábamos.

Cientos de veces le dije a Emily que Oliver no era como lo imaginaba, ahora lo sabía. Y yo volvía a tener a mi lado a ese hermano que perdí y que me hizo crecer de una forma diferente a la que mi padre tenía pensada.

Nos encontramos con Emily frente al motel pasadas las doce de la mañana. El vínculo que yo tenía con los dos, por separado, seguía siendo igual de intenso que el que tracé con 15 años, y el que creció entre ellos dos esos días derrumbó la barrera con la que Emily quiso bloquear la presencia de Oliver cuando eran unos niños.

Estaba nublado, como siempre en Fairmont. Mi padre esperaba a un lado del parking, con un coche de alquiler. Le convencí para que no llamara a la ambulancia, ya que me encontraba mejor. Robert, después de despedirse de Emily y de mí, regresó a su coche, llenó de cajas en la parte trasera y situó a su perro Rocky de copiloto. Había cargado también algunas cosas en el subaru de Oliver. No podíamos demorar más la partida.

En efecto, era una despedida, pero esperaba verlos pronto en Nueva York o donde fuera. Me marché hacia el vehículo de color azul en el que me esperaba mi padre junto al chofer, me metí la mano en el bolsillo y toqué aquella pequeña llave. Recordé lo que era. Regresé con ellos nuevamente.

—Oliver, esta llave estaba en la caja de fotografías de tu padre que encontré en tu casa. Tu hermano me dijo que era de un escritorio que él usaba y que estaba en el taller donde trabajaba.

—Nick, deja eso ahora, ya está todo olvidado. Deja que el pasado se quede enterrado.

—Sí, bueno, sólo que la he encontrado. Toma—se la di. No le hizo demasiado caso. Le di un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—Eres mi hermano, que nunca se te olvide—me dijo. Acto seguido le di un abrazo a Emily—me voy ya porque si no, no me iré nunca. Me apresuré a meterme en el coche y salimos de allí.

Nueva York en mi horizonte y Fairmont en mi pasado. Me hubiera gustado poder hablar con mi padre sobre lo que ocurrió con Joseph Kenner, pero no pude hacerlo con ese hombre delante. Le notaba diferente desde que me lo contó. No se comportaba como el viejo mandón que se enorgullecía de organizarme la vida. Estaba calmado, tranquilo. Se había quitado un peso de encima, pero no entendía por qué no me lo había contado antes. Tal vez venir a Fairmont reblandeció sus heridas.

Había pensado en ello desde que me lo dijo. No le insinué ninguna palabra a nadie pero entendí perfectamente que lo hiciera. No le pregunté si vio a Joseph Kenner cuando me agarró y me lanzó contra el tronco. Imagino que no, si le hubiera visto hubiera actuado antes, pero estaba en lo cierto, un padre era capaz de cualquier cosa por proteger a su hijo. Me moría de ganas de ver a Helena y de cómo había aumentado su preciosa barriga en estas dos

semanas. Quería pasar más tiempo con mi padre y que se convirtiera en el abuelo que mi hijo necesitaba. Que hiciera de él, lo que supo hacer conmigo.

Nos miramos. Nos cogimos de la mano y no hicimos nada más. Mi hermano esperaba con Rocky en su coche. Lo de la otra noche bastaba para que cuando nos miráramos a los ojos, no hicieran falta palabras. Estaba guapísima. No me hubiera cansado de mirarla.

—Oliver, si me sigues mirando así, tu hermano se va a dar cuenta.

—¿Y qué más da? Es mi hermano.

—Desearía que las cosas fueran diferentes—sé a qué se refería. Habíamos pasado aquellos dos años en los que Nick vivió a nuestro lado huyendo el uno del otro, aunque para ser realistas, era ella la que huía de mi. En fin, no había vuelta atrás.

—Ese es mi sino, Emily. Nunca nada me ha salido bien en la vida. Sólo espero que a partir de ahora, con mi hermano, podamos tener la vida que nos merecemos.

—Claro que si, Oliver. Vas a ser feliz. Sé que sí.

—Ojalá pudiera encontrar a alguien como tú—le dije volviendo a cogerle de una mano.

—No me digas eso, Oliver .

—Joder.

—¿Qué?

—¿Por qué no te comportaste así cuando éramos niños?—Hizo que sonriera

—Pues porque mi vida era complicada, Emily—le recordé con aquellas palabras lo que había descubierto.

—Dios, perdona. No quería decir eso—la cogí y la abracé.

—Tranquila, no te preocupes. Y siento que no pueda ayudarte a hacerte famosa en 60 minutos—recostó su cabeza sobre mi pecho.

—Oliver, me entrevistarán igual, a lo mejor no en ese programa, pero con toda la información que tenemos se va a hablar de esto durante bastante tiempo. Entiendo perfectamente que ni tú ni Adam queráis participar en ello —pensé en él en esos momentos. ¿Cómo lo habrá llevado todo? Le llamaré cuando regrese a Baltimore. Me gustaría volver a hablar con él. Puede que podamos ayudarnos mutuamente. El claxon del coche de mi hermano hizo que regresara a la realidad. Nos separamos.

—¿Me llamarás?—ella negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo Oliver—respondió cálidamente. La entendía perfectamente. Me entristecía, pero la entendía—Pero nos veremos—insistió.

—Claro que nos veremos. Nos hemos prometido hacerlo los tres al menos una vez al año, así que cuenta con ello—terminé diciendo mientras ella se dirigía hacia su coche, dejándome allí de pie viendo como se marchaba.

—¡Emily!—la llamé. Se dio la vuelta mirándome con una sonrisa que jamás olvidaré.

—¿Qué?—me preguntó.

—Nada, sólo quería volver a verte—le sonreí. Y se marchó. Regresó con su marido y sus hijos, con su periódico, con su vida. No sé cómo se sentiría por dentro, pero si era parecido a lo que a mí me pasaba, la compadecía. Desapareció como lo hizo Nick, en otra dirección. Regresé con Robert.

—¿Nos vamos?—asentí con la cabeza.

—Toma—le lancé la llave que me dio Nick.

—¿Qué es esto?—la reconoció.

—Me la ha dado Nick. Dice que es de un escritorio que está en el taller de Dwight. ¿Te importa si pasamos por allí?

—Claro, sin problema, Oliver—entró en su vehículo. Salió él primero del parking y le seguí.

Detuve el vehículo a un lado de la carretera. Me quedé sentada allí dentro. Maldije una y otra vez. Me sentía atada. La vida se escapaba ante mis ojos y me quedaba allí, aferrada a cosas que me gustaban, que me mantenían feliz, cosas con las que siempre había soñado, pero cuando volví a ver a Oliver supe que lo que tenía no me hacía sonreír por las mañanas.

Aquel beso, sus manos, el mirarnos sin decir nada... me sentía como una adolescente. Amaba a Jeff, le quería, era el padre de nuestros hijos y me hizo feliz durante mucho tiempo, pero las cosas cambiaban. No me sentía igual que antes y no quería tener una vida como la de mis padres, pero tampoco iba a marcharme de Fairmont. Había conseguido todo lo que quería, incluso ahora, con la oportunidad que me había aportado el caso de Joseph Kenner podría llegar a algo mucho más ambicioso, pero se me escapaba lo que apenas pude saborear.

Le dije que no le llamaría. Me moría de ganas de hacerlo, pero no podía. Me volvería loca. No puedo estar con Jeff sintiendo que quiero estar con otra persona. Tengo que olvidar a Oliver, como cuando lo hice de niña, sólo que ahora iba a ser más difícil. Iba a tener que aprender a dejar marchar a alguien al que no quiero abandonar.

Regresaba a una vida nueva. Sentía que las cosas funcionaban. Por una vez lo hacían. Dejé atrás mi pasado. Pensé que sería más duro tener que contar lo que me sucedió, y lo fue, no voy a negarlo, pero la sensación con la que me quedé después fue de alivio. No fue algo tan sumamente preocupante. Imagino que sin Nick no lo hubiera logrado y sin aquel agente, Luke Barren, tampoco. Me sentí seguro en todo momento, excepto en el instante en el que tuve que enfrentarme a mi madre.

No sé si hubiera tenido el valor para hacerlo antes, quizás no estuviera preparado. De cualquier modo, el tiempo me condujo hasta allí. Aquella llamada de teléfono avivó en mí la chispa que necesitaba para hacerlo y me llevaba conmigo al pequeño que dejé atrás. Teníamos tanto de lo que hablar, tanto por hacer... Tal vez Baltimore se nos quedara pequeño.

Fui un niño demasiado maduro para la edad que tenía, demasiado asustado para lo que le había tocado vivir. Un león y un cachorro al mismo

tiempo. Pensé que todo acababa cuando realmente no había hecho más que comenzar y con esa filosofía he llegado hasta aquí.

Sí, sufrí, no le deseo a nadie lo que me tocó pasar, pero pensando en Adam Dillane, tuve suerte si me comparaba con él. Tal vez en su lugar, hubiera acabado en el fondo del río. Ningún Nick Hamilton que cruzara con su bici cerca del puente hubiera podido ayudarme. Hoy, despertaba de ese sueño. Volvía a salir del Fairmont del que me marché, con una vida ante mis ojos.

EPÍLOGO

Ser director adjunto del FBI suponía ceñirme a unas directrices con las que a veces no comulgaba. Hasta aquel caso, nunca antes me había tropezado con ningún impedimento que entorpeciera una investigación. Tuve que descolgar el teléfono y recibir la orden del director ejecutivo, mi inmediato superior Andrew Shaw y limitar las actuaciones de Luke Barren.

No quise parecer excesivamente desconfiado, así que me reservé la opinión. Me limité a obedecer órdenes. Pero más adelante, a medida que Luke iba pidiéndome más tiempo y más concesiones, me sentí atrapado entre responder a mi deber y lo que realmente sentí como mi obligación.

Cuando Luke descubrió lo que ocurrió en la cabaña tenía que posicionarme, aunque lo hiciera en la sombra. Consecuencia de ello, tras el tiroteo en las calles de Topeka y la muerte de Steven Fisher, Cushman salió en todos los medios de comunicación y “La Casa de los Horrores” se convirtió en una pesadilla para la agencia.

Shaw y el subdirector Owen Nichols se vieron forzados a dimitir, y la imagen del ejército norteamericano quedó por los suelos. Fueron muchas las manifestaciones que se organizaron por todo el país, sobretodo tras el juicio de Cushman y la leve sentencia con la que se le culpó. Tan sólo tres años de prisión debido a su avanzada edad. Toda una demostración de imparcialidad por parte de los jueces que llevaron el caso.

A pesar de que la noticia apareció en prensa y en todas las televisiones, a excepción de algunos medios pequeños, como era el caso del periódico del condado de Crawford, ninguno quiso poner en entredicho la figura de Cushman señalándolo como el organizador de todos esos crímenes y le convirtieron en un mero colaborador. Aquellas imágenes no aparecieron en ninguna parte, con lo que los periodistas no tuvieron material para indicar lo contrario.

Vi varias veces el material nauseabundo que teníamos sin pensar que acabaría en una estantería sin que se castigara a los culpables como merecían, pero ese era el poder del dinero en este país.

Momentos como este hacen que odie mi trabajo. La política y el gobierno siempre acaban siendo un impedimento para casos como este. Nadie quería ver más manchada si cabe, la reputación del ejército norteamericano y ahora yo me vendía para mantener intacta mi reputación. Ocurrió con Kennedy, con Nixon y con una infinidad de casos que, de no haberse hecho públicos, seguirían bajo llave. Esto era una insignificancia, comparado con todo ello, pero indudablemente tenían miedo de no saber hasta donde podía llegar si se revelaba el contenido y los porqués de la investigación.

“La Casa de los Horrores” estuvo en todos los medios durante aquellas semanas, pero una vez pasada la tormenta, la actualidad la relegó a un macabro suceso al que ya nadie quería hacer referencia. Esperaba que Luke nunca me pidiera explicaciones sobre ello y afortunadamente, no lo hizo. Dejé que su ascenso le ayudara a olvidar ese caso y se centrara en otros que

le mantuvieran ocupado.

Narrar lo que vi me resultaba de tal dureza que no pude hacerlo. Cuando conocí a Oliver y me contó lo que le sucedió, envidié la entereza con la que pudo despreocuparse de un doloroso pasado. Yo no era como él, pero quizás, si le hubiera conocido antes, lo hubiera llevado de forma diferente.

La primera vez que vi la película tras los cristales de la cabaña no podía cerrar los ojos. La calidad no era demasiado buena pero pude distinguir perfectamente a un hombre corriendo por el bosque, al que cercaban mi padre y sus amigos. La cámara se movía demasiado, pero los gritos de aquel hombre y las voces de esos asesinos eran suficientes para imaginar lo que hacían.

Lo acorralaron y lo acuchillaron uno tras otro mientras él se desangraba y caía de rodillas. Durante años, fue imposible que esas imágenes desaparecieran de mi cabeza. Me aterrorizaban cada noche. No tenía a nadie con quien hablar, con quien desahogarme.

Cuando me llamaron insistentemente los medios de comunicación, tuve que abandonar la ciudad unas semanas con mi esposa y los niños. No podía estar aquí. Estaba asustado por todo lo que estaba sucediendo. Llamé a Luke Barren pidiéndole consejo. Era la única persona dentro de la policía que me daba confianza suficiente para ayudarme. Lo que Oliver me pudiera decir, aunque lo agradeciese, no iba a ayudarme. No iba a enfrentarme a las cosas como él solía hacerlo.

Trató de tranquilizarme y estuvimos hablando durante un rato. Me quedé de piedra cuando Luke me contó que a todas esas personas desaparecidas, las recogían haciendo autostop y posteriormente las drogaban. Pensé en las dos veces que me fui de esa cabaña asustado. ¿Y si mi padre me hubiera visto? ¿y si alguno de ellos me hubiera recogido mientras buscaba a alguien que me llevara de vuelta a Topeka? Luke me aconsejó que no le diera más vueltas. Todo había acabado. Ahora lo único que tenía que hacer era comenzar de cero. Iba a ser duro después de lo sucedido pero la vida me abría un camino nuevo.

Bajé a dar una vuelta por mi lugar favorito. Crucé por la 17 después de bordear el monumento a Washington y atravesé los jardines y la gran fuente hasta que llegué al Lincoln Memorial. Me senté sobre las escaleras, junto con mi almuerzo, y contemplé como los grupos de turistas se acercaban a fotografiarse en aquel emblemático lugar.

Habían pasado seis meses aproximadamente desde que sucedió todo. Las cosas ya se habían calmado. Vi a Emily Matthews en la CBS en el programa 60 minutos, con unos altos índices de audiencia. Había hablado con ella en un par de ocasiones antes de que se emitiera. Al final no consiguieron los testimonios de Adam y Oliver pero lo hicieron igualmente. Buena chica. Estaba consiguiendo sus logros por sí misma sin perjudicar a nadie y eso era lo que se esperaba de alguien como ella. No llegué a conocerla demasiado, pero sí lo suficiente como para entender su forma de actuar.

William Cushman acabó en prisión pero su condena poco tenía que ver con la que hubiera merecido. Contra eso ya no podía hacerse nada. Las influencias que tenía hacían inviable que tuviera un juicio justo. Hablé con Thomas varias veces, sobre ello, y me entendía perfectamente, pero éramos David contra Goliat. Bastante que conseguimos que el caso explotara en los medios de comunicación y no tuvieran más remedio que enfrentarse a la opinión pública.

Cushman mintió. Alegó que la cabaña dejó de usarse a principios de los 70 y que Russell Maynard disponía de una llave, que era consciente de que iba allí muchos fines de semana a pescar y a cazar. Era su palabra contra la de un muerto que no podía defenderse. Estaba intentando librarse de todas las acusaciones. De lo que no pudo escapar era de su imagen en las películas, pero no se vieron en ningún sitio. Su imagen quedó envuelta en un halo de misterio y crimen. Imagino que la sentencia fue lo más justa, pensarían ellos. Sería inviable dejarle en libertad con la que se estaba organizando en todo el país. Aunque sólo fuera por eso, sus abogados tuvieron que pactar con la fiscalía y enviarlo a una prisión de mínima seguridad.

Trabajé con Stuart y Casey en todas las desapariciones y en los cuerpos encontrados. Todavía quedaban cinco por identificar, pero la historia que más me impactó fue la de los dos cuerpos que encontraron Emily y Nick en el sótano. Perteneían a los hermanos Jonathan y Elias Hatcher, dos chicos de

13 años. Desaparecieron en 1964 cerca de su localidad natal, un pequeño pueblecito, Ridgway, en el condado de Gallatin, Illinois. No se supo nada de ellos desde que regresaron una tarde del colegio. Fue una noticia muy mediática por aquel entonces, ya que su madre apareció en todos los medios de comunicación estatales.

Durante las primeras semanas, el caso puso en entredicho el adoctrinamiento que seguían los soldados en el ejército y el porqué esas cinco personas, cuando regresaron de Corea, actuaron de esa forma. El Gobierno tuvo que ingeniárselas como pudo para salir al paso. La administración Reagan, intentó desligarse como pudo de ese mediático caso alegando que William Cushman, había sido un importante hombre de negocios, pero que no tenía contacto real con la presidencia. Su amistad o contactos con Gerald Ford y Richard Nixon, salpicaron la solidez del partido republicano por parte de la prensa más liberal pero capearon el temporal como pudieron, hasta que la noticia quedó relegada a una mancha indecorosa en la reciente historia americana.

Nadie habló de Jessica Rice. Quedó como un nombre anónimo que nadie podía mencionar.

Aprendí de ella desde el día en el que puse mi primer pie en esta ciudad y desde entonces, ya sea por un tipo de sentimientos u otros, no quise separarme de su lado. A pesar de que éramos prácticamente de la misma edad, se convirtió en mi mentora, la persona a la que le pedía consejo y la chica de la que me enamoré. La idolatraba, pero aquel pueblecito, Fairmont, me hizo sentir otra realidad. No sé por qué comencé a desconfiar de ella, pero lo hice. Sentí que no estaba siendo ella misma. No me arropaba de la misma forma, no intentaba llevar la iniciativa y cuando la tomaba, siempre era controlando las acciones, como cuando me dijo que ella se encargaba de viajar a Kansas. Eso fue lo que me hizo comenzar a dudar.

Saqué mi sándwich y me quedé observando desde las escaleras al pie de Abraham Lincoln, el monumento a Washington.

Oliver Kenner se había instalado junto a su hermano en Philadelphia. Le llamé una noche, pocos meses después de que todo terminara. Creo que se lo debía. Al parecer los dos encontraron trabajo en una empresa de construcción. Intentaba llevar una vida normal después de lo sucedido.

Lamenté lo de su madre. Me enteré ya de vuelta a la capital, cuando habían pasado unas semanas. Al regresar de Fairmont, tuve una charla con mi padre. Quise reunirme con él y Thomas Piers, después de mi ascenso y ser yo mismo quien controlara mi vida. Nadie más iba a conspirar a mis espaldas, ni siquiera por una buena causa. Creo que les demostré a todos mi capacidad para resolver el caso, aunque el asesinato de Joseph Kenner quedara inconcluso. Aquello ya era lo de menos. Nadie quería volver a oír hablar de él. No sentí el más mínimo interés en averiguar lo que le pasó a ese hombre.

Era gracioso. Llegué a Fairmont siendo un novato, y regresé a Washington capaz de enfrentarme a cualquier cosa. No sé exactamente qué fue lo que me cambió. Tal vez el darme cuenta de que no todo es como parece, que las personas cambiamos, que alguien que quieres puede convertirse en un engendro y que alguien que apenas conoces puede llegar a ser una persona indispensable en tu vida.

No sé por qué Nick me dio esa llave, pero tampoco tenía nada que perder. Desviarme unos kilómetros, quizás. Quería acabar con aquello, marcharme de allí, pero las cosas siempre sucedían por algo, así que seguí a mi hermano y nos detuvimos en el taller de Dwight Fledmon.

Ese hombre apreciaba a mi hermano de verdad. Sentí como se emocionó al verlo. Se quedaron hablando unos instantes mientras los dos me indicaron a donde tenía que ir.

Entré en el taller y caminé entre los coches aparcados uno tras otro, esperando ser reparados y encendí la luz de una habitación algo sucia. Reconocí el mueble. Lo vi. Al principio, cuando tuve la llave entre manos, no supe a qué escritorio se refería, pero al verlo, entre todas las cajas y muebles, lo recordé.

Aparté unas viejas sillas de madera, una mesa de cocina, unos cajones con revistas y periódicos y por fin, pude situarme frente a él. De color negro, envejecido, con tres cajones en el lado derecho. Me agaché, intenté abrir el primero, pero estaba cerrado. Metí la llave, forcejeé un poco hasta que conseguí girarla y lo abrí. No había nada en su interior. Pensé en ese momento en levantarme e irme. Era una tontería. Abrí el segundo cajón del

mismo modo, pero también estaba vacío. Me levanté y le di una patada al tercero. Entonces escuché algo. Algo cayó. Me extrañé. Volví a agacharme, desencajé el tercer compartimiento rompiendo los rieles y metí la mano hasta el fondo. Cogí un pequeño cuaderno que no sería más grande que mi mano. Estaba atado con un cordón. Lo rompí y lo abrí. Era un diario. Era la letra de mi padre.

Comencé a leer la primera página. Eché una ojeada por encima al resto... Lo cerré. Entré en el coche y lo dejé sobre el asiento de al lado. Tal vez encontrara en esas palabras las respuestas que buscaba. Lo que había hecho que mi padre se convirtiera en un monstruo.

Sentía curiosidad como el que más. Pero por un instante, me puse a pensar en lo que había conseguido enterrando mi pasado, y prefería seguir disfrutando de ello. Meterme en el coche, seguir a Robert, alejarnos de allí y comenzar así nuestra nueva vida.

Lo que encuentre en este diario ya no pertenece a nuestra historia, quizás a otra. En otro momento, puede que esté preparado para abrir esas páginas y entender el significado de lo que le ocurrió a Joseph Kenner. Pero no ahora.

Dejábamos Fairmont atrás pero antes de coger la autopista en dirección a Baltimore, decidí desviarme y tomar el camino secundario que conducía a Summon Creek. Mi hermano hizo sonar el claxon varias veces sin entender qué estaba haciendo, pero optó por seguirme. Observé varias veces el diario. No podía llevármelo, tenía que acabar en otro lugar.

Miré por el retrovisor a mi hermano que no dejaba de gesticular, pero me limité a sonreírle y a hacer que me siguiera. No tardamos en llegar al puente de Fairmont Hill. Hubiera llegado allí con los ojos cerrados. Su estado no era el de hace veinte años, estaba oxidado, había quedado en desuso y ya nadie pasaba por allí, a juzgar por la maleza que crecía por todas partes.

Aminoré la marcha y detuve el vehículo antes de llegar a los pilares que lo sostenían. Le dije a mi hermano que me esperara un instante. Robert se quedó allí sentado con Rocky observando como me dirigía a la barandilla desde la cual, hace más de veinte años estuve a punto de saltar.

Me apoyé sobre ella y miré a mi alrededor. Vi como el rio continuaba

igual de profundo que entonces, vi los mismos árboles y montañas alrededor. Recordé a Nick pasar por allí... una vida que cambió en aquel instante.

Volví a la realidad y apreté con fuerza el diario que sujetaba en las manos. Lo ojeé nuevamente sin detenerme en ninguna página o palabra. Cerré los ojos unos instantes. Era el momento de que el pasado regresara al pasado.